



El caso Rosso

Javier Vázquez Aponte

Abrazaron la modernidad en su
totalidad sacudiéndose las pulgas
del pasado, pero la novedad trajo
sus propios parásitos.

La factoría. (Castillo Farnese, viernes, 15 septiembre 1989)

- Vlad es realmente excelente. Ha sido una gran suerte encontrarlo. Es nuestro hombre. Me gusta trabajar con él; es correcto, atento ante cualquier contratiempo que pueda surgir... ¡Un gran profesional! —dijo Alma.
- No nos podemos quejar... —respondió escuetamente Vittorio.
- ¡Vamos! Siempre nos ha proporcionado una mercancía de primera calidad. Además, me cae bien. Es tan educado y culto, ¿te has dado cuenta? Creo que es un individuo muy interesante —le interrumpió Alma.
- ¿A qué viene eso ahora?... a mí también me lo parece, y me gusta. La verdad, no sé a qué otras actividades se dedica, y me intriga ¡ah, si decidiera dejarnos...! —dijo Vittorio, y tras una breve reflexión continuó—. Sencillamente, no sé si sobreviviríamos. Tendríamos que marcharnos —sentenció.

Vittorio puso cara de preocupación, nervioso, como de costumbre, sin dejar de hacer los preparativos para la cena.

- Pero ¿por qué nos iba a dejar? —le reprochó Alma, mientras revisaba una vez más la lista de tareas pendientes.
- Bueno, puede que encuentre a otros que le den mayor porcentaje o que sean capaces de procesar más mercancía. ¿Sabes? a veces tengo la sensación de que se nos acumula el trabajo —dijo Vittorio apesadumbrado.
- Estás estresado. Eso que dices es imposible y lo sabes. No nos puede sustituir de la noche a la mañana. Somos los únicos en todo el país, es más, no creo que haya nadie más en toda Europa en el negocio —contestó Alma convincentemente.
- No lo sé, no estoy seguro; cada día tengo más dudas... Y estoy más cansado.
- Vittorio, por favor, son los nervios del momento; siempre te ocurre lo mismo. Vamos hombre, que no es para tanto. ¿Cuántos hemos hecho? ¿doscientos, trescientos? —dijo Alma, tranquilizándolo—. Ya he perdido

- la cuenta —añadió bromeando.
- Ciento noventa y cinco. Si no me equivoco... y cualquier día fallaremos —sentenció Vittorio, pesimista.
 - ¡Otra vez con eso! ¿Alguna vez hemos pifiado un ejemplar? —preguntó Alma, perdiendo la paciencia.
 - Todavía no, pero...
 - ¿Qué? Vittorio, ¿qué? —gritó Alma, fuera de sí, encarándose a su marido.
 - Alma, estuvimos muy cerca con los esclavos —contestó Vittorio, frío y cruel.
 - Pero... Lo solucioné, ¿no? Lo hice por nosotros.
 - Solo fallaremos una vez... después, se acabará desmoronando todo, como un rascacielos sin cimientos, perderemos la confianza de la clientela y Vlad nos dará la espalda —argumentó Vittorio.
 - Eso no va a ocurrir; tenemos pedidos de las mejores familias. Estoy segura de que no hay otros, nadie que cuide tanto el género como nosotros. Nuestras instalaciones son únicas. Además, esto funciona con las leyes del mercado. Oferta y demanda. Y hay demanda. Si perdemos un pedido, nos reponemos, seguimos y punto. Vlad lo entenderá, no le queda más remedio ¿Te crees que se puede montar una red paralela de fabricación sin que lo notemos? ¿piensas que es fácil? —preguntó Alma mirándolo fijamente.
 - Eso de las mejores familias... es lo que nos cuenta Vlad —le espetó con brusquedad Vittorio.
 - Ahora me dirás que tampoco se llama Vlad, que no te fíes de él y que cualquier día nos traicionará... —le recriminó Alma.
 - ¿Tú te lo crees todo? Eres muy ingenua. —le interrumpió Vittorio, cortante.
 - Sencillamente, sí, le creo, debo ser tonta. Dime una cosa —le retó— si no... ¿De dónde saldría tanto dinero? —preguntó Alma mientras recogía la cocina.

Se mantuvo absorta en sus pensamientos y tras un par de minutos, se quedó quieta con los brazos caídos sujetando con la mano derecha un gran cuchillo con el mango de acero y con la izquierda un trapo de cocina. Lo miró fijamente

y añadió:

- Cariño, cada día me aburren más tus paranoias, estoy harta de que siempre seas tan negativo —le dijo contrariada—... El negocio va bien —añadió Alma, imprimiendo ternura en su discurso.
- Eso es lo que más me preocupa, que solo ves el negocio —le reprochó Vittorio.
- Llevamos más de cinco años dedicados a este trabajo, ¿no? Nos sabemos todos los trucos, tenemos ahorrado más dinero del que jamás pensé que podríamos ganar en toda nuestra vida. Te recuerdo que, cuando comenzamos, el primer año, sacamos 250 mil dólares. Ahora estamos rozando el millón y medio y seguimos abriendo más mercado —añadió Alma.
- Cosa que cada vez me parece más arriesgada.
- ¡Por Dios, Vittorio, todo son problemas!
- Sí, es peligroso, por no hablar de que tenemos muchos gastos, movemos grandes cantidades; cada vez me cuesta más ocultar nuestro dinero a Hacienda. Además, hay demasiada gente involucrada; ya sabes lo que dicen: un secreto a voces es como una caja fuerte abierta en medio de la *Piazza del Popolo* —puntualizó Vittorio.
- ¡Vamos! —lo arengó—. De seguir así en un par de años tendremos suficiente para retirarnos y hacer lo que siempre hemos soñado —dijo Alma con un brillo de rabia en los ojos.
- Ese es el problema, Alma. Para ti nunca será suficiente. Disfrutas demasiado con el trabajo. Y yo... yo... Lo he pasado bien, te lo aseguro, pero solo es trabajo, es una manera de ganar dinero. Tenemos ya mucho, cariño, no necesitamos más. Creo que este debería ser nuestro último encargo —respondió Vittorio con cara de preocupación.
- Ahora no puedo pensar en ello. Definitivamente, no es el momento. Debo concentrarme en lo que estoy haciendo. Tenemos que posponer esta charla, retomarla con más tranquilidad y tomar una decisión.
- ¿Me lo prometes? —preguntó Vittorio, conciliador.
- Insisto. No es el momento y, además, te recuerdo que, en cualquier caso,

este sería el penúltimo. No podemos dejarlo a medias. ¿De acuerdo? Te lo he explicado ya varias veces —dijo Alma contundentemente, dando por acabado el tema.

- Es cierto. Sí. No lo he olvidado. No puede quedarse así como así. Tenemos que cerrar esa puerta —contestó Vittorio enigmático.

Vittorio se quedó en silencio, pensativo, con la preocupación tatuada en la cara, mientras seguían con los preparativos. Nada especial, solían hacer una o dos por semana, excepto cuando hacía mal tiempo o se tomaban vacaciones. En cualquier caso, no permitían que se volviese rutinario. Nunca. Las consecuencias podrían ser catastróficas, y lo sabían. Tenían que mimar cada detalle. Como si fuera el atrezo en la escena principal de una película romántica. Una cena especial en el jardín de una mansión de ensueño, romanticismo para dos. Habían puesto un mantel de tela rojo, immaculado, con servilletas a juego, copas, varias botellas de vino, cuchillos, sobre todo cuchillos, por todas partes, pan, los canapés, un horroroso jarrón de forma alargada con un ramo de flores secas, dos candelabros de acero con sus velas, cajas envueltas con papel de regalo, cinta americana, cuerda, bridas... Y todo danzando con un vaivén cansino y rítmico, como si fuesen hormigas, mientras sacaban de la casa la quincallería, para que al final quedase en perfecto orden.

Cuando estuvieron listos, Vittorio y Alma se sentaron tranquilamente en el jardín, en la mesa junto al pozo. El final del verano se hacía notar, había refrescado y las primeras hojas secas comenzaban a tapizar el suelo. El muro del patio de la casa estaba abierto por un lado. Era una puerta con un arco de piedra, grande, que daba al perímetro de la muralla exterior del castillo. Y como única iluminación había un reguero de velas, que conducían desde la cocina directamente hacia donde ellos estaban. Era bello.

- Se hace tarde —dijo Vittorio pasados quince minutos.
- Sí —contestó Alma.
- Parece que vamos a cenar un poco después de lo previsto —apuntó Vittorio.
- O antes. Si nos damos prisa... —contestó Alma, a modo de chiste.
- ¿Estás segura de que era hoy? —preguntó él, con una mirada que decía por

sí misma más que las palabras.

- Sí, era hoy. Estoy totalmente segura —contestó molesta, fuera de tono—. Esta mañana hablé con Vlad y me lo confirmó, es hoy, viernes, quince de septiembre, segura. ¡Por el amor de Dios! ¡Venga, ámate, ya verás qué ejemplar! —exclamó Alma justificándose, y sin dejar hablar, añadió—. Ya lo sé, solo me confundí de fecha una vez, solo una vez, y siempre me lo recuerdas, como si me equivocara todos los días.
- No, bueno... cualquiera puede cometer un error, no pasa nada —rectificó Vittorio mientras jugaba con los cubiertos.

A Alma, lo que más nerviosa le ponían, eran esos minutos previos de espera, la sorpresa y la incertidumbre. Le embriagaba la adrenalina corriendo por sus venas cuando todavía la situación no estaba bajo control. Era su momento especial, como el instante justo antes del descenso estrella de la montaña rusa; se había hecho adicta y pagaría por esa sensación. Pero, además ella era una profesional y él le confiaba su vida, cada vez. Solo eran unos segundos en los que ella enloquecía y perdía la compostura. Él lo sabía perfectamente y era comprensivo. En breve, cuando dejasen de elucubrar, ella volvería a ser la máquina fría sin fallos a la que él estaba acostumbrado. Vittorio tenía que relajar un poco el ambiente y cambió de tema.

- ¿Te acuerdas de la primera vez? —dijo él, con aire distendido, y una mueca en la boca.
- Claro que sí —dijo ella, y prosiguió con una amplia sonrisa—. Fue bastante divertido pero un auténtico desastre. La verdad, pensé que en este negocio no tendríamos ningún futuro, casi nos matamos, me partí la nariz, pero lo tuyo fue peor, ¿recuerdas?
- Imposible olvidarlo, aquel animal me fracturó varias costillas y me perforó un pulmón, no me podía mover y acabé en el hospital, estuve de baja dos meses —dijo Vittorio, mientras se echaba la mano al costado izquierdo.
- Fueron tres.
- No, dos.
- Vittorio, fueron tres meses, pero valió la pena —rectificó Alma dando por

zanjada la conversación.

El nerviosismo de Alma iba en aumento y Vittorio ya no se molestaba en entretenerla. Cogió su copa de vino y se la acercó a la boca.

- Ni se te ocurra. Son las normas y lo sabes —dijo Alma, amenazante.
- Solo era un trago, tengo la boca seca —se excusó Vittorio.
- ..ta —sonó una voz lejana, casi inaudible.
- Shh. Déjala... —ordenó con voz calmada, suave, terriblemente suave.

Vittorio quería contradecirla, iniciar una nueva discusión, como el niño pequeño que recibe una reprimenda y se atrinchera en sus posiciones; pero Alma había escuchado algo. Al instante también él pudo apreciarlo, un ruido extraño, sabían que había llegado el momento.

El intruso recorrería el camino que ellos cuidadosamente habían planificado. El camino natural hacia el jardín donde esperaban completamente preparados para comenzar con su trabajo.

Al cabo de un par de minutos, apareció un tipo alto, alrededor de 1.90, fuerte, con un pasamontañas por la cabeza. Iba vestido de negro, como los cacos de las películas y empuñaba un revolver.

Lunes perro (Monte Catadau, 10 de abril de 1989)

Había sido una mala compra, Lola lo intuyó desde el primer momento, pero se dejó convencer por su jefe, por un tío, que, de carambola, era su chico. Uno de esos tipos con el gen dominante del conocimiento de la mecánica que solo se transmite a través del cromosoma Y. El Seat Ibiza de segunda mano, cuando se sentía maltratado, se calentaba demostrando su displicencia por la traición del primer amo que lo había abandonado y malvendido como a un esclavo leproso; el radiador estaba picado y perdía refrigerante. Lola tendría que detener pronto su coche y rellenar el depósito con el zumo verde que su nueva adquisición devoraba con más ansia de lo que su cartera deseaba. A lo lejos, divisó una gasolinera de Campsa, saciaría la sed del modelo con motor *system* Porsche de menos caballos de la historia de la marca de Stuttgart y de paso, aliviaría la sequedad del depósito de combustible para mayor gloria de la petrolera.

Salió del coche, hacía frío, necesitaba estirar las piernas. Saludó a la defensiva. El empleado la miró con curiosidad canina, una forastera sola, bajándose de uno de los coches de moda de los pijos muertos de hambre, atractiva, con acento del sur, lejos de su casa; estaba dispuesto a entablar conversación, como el lobo que huele a su presa, con aspecto de perro faldero y falsa docilidad. Sujetaba la manguera con la mano derecha y mantenía la izquierda rebuscando en el bolsillo del mono naranja en la dirección de la ingle.

- ¿Morena, te lleno el depósito? —preguntó maliciosamente, sonriendo.
- Sí, hasta que rebose y tendrás que hacerme una factura a nombre de la inspectora de policía Berlín —contestó rutinariamente—. ¿Harías eso por mí, gordito? —preguntó haciendo un gesto ensayado, como involuntario, dejando ver su arma—. ¿Tienes teléfono aquí? —volvió a preguntar sosteniéndole la mirada.
- En la oficina —contestó el gasolinero bajando la cabeza de inmediato.

Se dirigió a la oficina, como el *sheriff* victorioso en un duelo, y llamó a la comisaría.

- ¿Sabes que el coche es una mierda?
- Ah, hola, eres tú, la que no se quiere gastar veinticinco mil pesetas en un radiador nuevo. Me alegra saber que estás bien. ¿Por dónde vas?
- Acabo de pasar Requena, si no me quedo tirada, en un par de horas estaré allí. ¿Algo nuevo?
- No, bueno..., sí. Me han garantizado plena cooperación por parte de los de verde.
- ¿Has hablado con la comandancia? ¿Les dijiste que tuviesen preparado un informe completo?
- No habrá problema, te lo garantizo.
- Vale, vale. Y, cambiando de tema, Ernesto, ¿echas algo de menos? — preguntó Lola en tono suave.
- Eres idiota —bromeó—. A ti —le confesó en voz baja, algo ruborizado, mirando en todas direcciones.
- Más te vale, si quieres conservar las pelotas en su sitio. Tengo permiso de armas —contestó algo más seria.
- Lola, ten cuidado.
- Lo tendré, adiós.

Volvió al Ibiza, consultó su mapa y continuó. Puso la radio, le ayudaba a pensar. No entendía por qué había tenido que ser ella ni por qué tenía que hacer quinientos kilómetros para meterse en medio de esa mierda de investigación que ya estaba viciada. Además, era la más novata, se había incorporado a la unidad a finales de enero, casi coincidiendo con la aparición del primer cuerpo. Y había sido gracias a la influencia de Ernesto. Siempre Ernesto.

Desde que llegó, sus nuevos compañeros la miraron con lupa. Si ahora metía la pata, la hazaña se convertiría en una losa para el resto de su carrera, ningún tío la perdonaría ni la volvería a tomar en serio ni para pedirle un café con sacarina. Eran todos unos cabrones, incluso Ernesto. Especialmente Ernesto, le jodía cuando se obsesionaba con el rollo paternalista. No tenía derecho, aunque se acostaran y él se hubiese divorciado por ella sin dudarle un instante.

Lola reconocía que el tío los tenía bien puestos y que había tirado por la borda muchas cosas al escogerla. Pero, ella nunca le había pedido nada y no deseaba una relación convencional. Quería seguir manteniendo su libertad pública y su compromiso furtivo y, a su padre lo había dejado en Cádiz.

Estaba cabreada, según le había explicado Ernesto, la orden venía de arriba. Principalmente, se había tenido en cuenta su expediente académico y los buenos resultados en su anterior destino. Era para joderse, buenos resultados en la oficina de expedición de DNIs. No era lógico, lo sabía y le fastidiaba como una sopa hirviendo con hambre. No veía qué había detrás de esa arbitrariedad. Ernesto le dio un abrazo frío, como si fuera el maestro dando la alternativa al novillero, suavizando la situación y brindándole su apoyo delante de todos en la comisaría en plan profesional. Un ridículo espantoso. Lo habría matado en ese mismo momento si hubiese tenido la pistola encima. El tío parecía sincero al decir que era pan comido, pero después, por la noche, durante la cena, lejos del alcance de ojos conocidos, la cosa parecía menos clara. Porque a Ernesto, su sexto sentido le ordenaba mantenerse alerta. Y, a ambos, lo que más les preocupaba, era que ni siquiera le habían permitido que Lola fuese acompañada.

Cuando llego, bajó del coche con la pesada digestión de ideas transitando por su sistema neuronal, revisó el nivel del depósito del anticongelante rutinariamente, como el enfermo de diabetes que se mide el nivel de glucosa en sangre. Comenzó a rebuscar en su bolso, sacó una pequeña libreta y se dirigió hacia los guardias civiles.

- Disculpe señorita, ¿es periodista? No puede estar aquí.
- ¡Policía! —gritó mostrando su identificación y tras unos instantes, añadió mientras se acercaba a los civiles—. Y el chico ¿cómo apareció aquí?
- Vaya con la listilla que nos envían de Madrid. A mí lo que más me jode es que una tía me grite y me dé órdenes, por mucha recomendación que traiga. A saber a quién se tira —dijo entre dientes el sargento Novo de la guardia civil, haciendo un chascarrillo para su compañero, ajustándose las gafas para echar un ojo mientras la inspectora se reunía con ellos.
- ¿Cómo dice, cabo? —preguntó la inspectora amenazante, ante las risas del otro civil.

- No, nada, que no lo sabemos —puntualizó incómodo al comprobar que ella debía de haberlo oído.
- ¿Sabe, cabo? —miró al guardia sopesando sus palabras—, los tíos de uniforme sacan lo mejor de mí, son mi especialidad. Y luego acaban llamando a sus madres —suspiró—. Mejor volvemos al caso —dijo fríamente, cambiando de tema y perdonándole la torpeza como el César que concede la vida al gladiador que ha perdido el combate—. Entonces, los tres chicos desaparecieron el sábado...
- Bueno, no fue así exactamente —le interrumpió el otro guardia civil sorprendido por la respuesta y el temple de la policía—. Ese día fue cuando salieron de excursión —argumentó.
- ¿Y?
- Lo que mi compañero quiere decir es que los tres fueron vistos en un bar de aquí cerca el 14 de enero y en compañía. A partir de ahí ya no sabemos que pasó hasta el 19 de enero, cuando encontraron al primer cadáver, la putilla —contestó el sargento Novo, menospreciándola, hastiado y desafiante.
- Bien, es un comienzo, no es bueno, pero... es un comienzo. ¿Tiene un minuto, cabo? —preguntó la inspectora agarrando del brazo al civil y apartándolo de su compañero.
- Eh..., sí claro —contestó el sargento Novo dejándose guiar por la inspectora, visiblemente incómodo.
- Creo que no le caigo bien —susurró—. ¿Es algo en especial? ¿El color de la blusa, el vaquero? ¿No vengo guapa? Vaya, usted a mí tampoco me gusta, el verde... no me favorece, ni siquiera en verano; pero somos profesionales, ¿no? He venido cumpliendo órdenes, para colaborar con ustedes, pero si lo prefiere llamo a mis jefes y les digo que el cabo Novo no tiene ni puta idea de qué ha pasado aquí, pero que él y sus cojones se bastan solitos para solucionarlo —concluyó tensa.
- Eso no será necesario —contestó Novo violentado.
- Perfecto —dijo teatralmente, con la alegría de una presentadora en un concurso de televisión cuando el participante acierta la pregunta—. Ese cadáver tenía nombre, ¿se lo sabe? y era una niña de catorce años. Ahora mírenme a los ojos, los dos —añadió levantando la voz—. Ustedes

batieron la zona cuando apareció la chicha. Lo hicieron ¿verdad?

- Verá inspectora...
- Lola, Lola Berlín. Puede llamarme como quiera, estoy acostumbrada —sonrió con sarcasmo.
- ¿Pone en entredicho mi profesionalidad? —preguntó el sargento indignado, atacando.
- No, en absoluto, pero no quiero sorpresas ni excusas a posteriori. Me vale con su palabra —dijo con tono de voz neutro, buscando su cooperación.
- Lola, le juro que cuando pasamos por aquí la primera vez, el niño no estaba. Se lo juro por lo que usted quiera —afirmó el sargento Novo contundentemente, dando por zanjado el asunto.
- ¡Magnífico!, es exactamente lo que quería y necesitaba oír; eso solo puede significar una cosa, que alguien lo puso después, porque obviamente, él no estaba en condiciones para venir solito, ¿no? —concluyó la inspectora.
- Suponemos que fue así —respondió el otro guardia ante la sorpresa del sargento.
- Seguro que lo fue.
- Y ¿qué opina del pie que apareció el otro día, cree que está relacionado? —volvió a preguntar el otro civil intrigado.
- No sé. Esto... anoche estuve repasando el caso. No me cuadra, no creo que sea de la otra chica.
- ¿En qué se basa, inspectora? —preguntó Novo.
- Es una corazonada, quizá todavía esté viva y podamos rescatarla. Prefiero pensarlo así. En fin, ya solo nos queda la pregunta del millón... ¿Algún sospechoso?
- Esto... —dijo el guardia sin atreverse a seguir, tras la anterior mirada de su superior, esperando el beneplácito de este.
- No —respondió tajantemente el sargento Novo, interrumpiendo a su subordinado.
- ¡Vaya! —exclamó Lola, sintiendo que el sargento había cortado algo interesante—. Entonces, ya han interrogado a los que estaban en el bar, no había nadie que se aproximara más de la cuenta y los chicos no tenían

amigos por la zona, ¿es así? ¿Han hablado con los que encontraron el cadáver?

- Sí, claro que lo hemos hecho, pero... inspectora, usted no es de por aquí, no lo entiende. Esos chicos... —insinuó Novo con malicia sin concluir la frase.
- ¿Qué está diciendo cabo? —preguntó Lola alucinada.
- Que no eran trigo limpio, ¿sabe? —le espetó—. Esos llevaban muy mal camino, todo el día drogados, esnifando disolvente; de buenas piezas nos hemos librado. El chaval era un delincuente, estaba en un reformatorio por robo, y las chicas... vaya usted a saber cómo conseguían el dinero para drogarse —concluyó el sargento Novo.
- Por Dios, cabo, solo eran unos críos, podían haber sido sus hijos o los de cualquiera. ¡Gamberradas hemos hecho todos! —contestó Lola, sorprendida por la crueldad de las acusaciones del sargento.
- Mis hijos, no. Antes les pego un tiro.
- Ya —contestó con tono inquisidor.
- Inspectora, no sé cómo es el trabajo en Madrid, pero aquí se ven cosas muy duras, los chicos se pierden muy pronto. Aunque los conozcas, desde muy niños ya ves por dónde van y casi nunca se puede hacer nada —puntualizó—. No sé, quizá lleve razón con todo ese rollo de la igualdad de oportunidades que está de moda ahora. Entre nosotros, gilipollecas de chupatintas que no tienen ni puta idea. Por experiencia, le puedo asegurar que estos eran carne de cañón —añadió Novo volviéndose algo menos agresivo.
- Le voy a decir lo que pienso, puede que fueran unos malos chicos y que el mundo esté mejor sin ellos, puede que no. Quizá se podrían haber recuperado para la sociedad y sacado algo de provecho o podrían haber sido unos *quinquis* de puta madre. Ya nunca lo averiguaremos. ¿Sabe? Yo también tengo experiencia, he visto más mierda de la que me habría gustado y, sí, es difícil sacarlos de allí, en parte por culpa de los que piensan que no se puede salir mientras le ponen una bota en el cuello, pero le aseguro que no es imposible. En el fondo, me da igual, ese no es el asunto, los han pulverizado... Y le juro que no pararé hasta encontrar al cabrón que se los ha cargado —dijo Lola con dureza.

La materia prima. (Roma, lunes, 25 septiembre 1989)

Bruno Barone se había desvinculado de su pasado. Ya no era el quinceañero rebelde que, bajo los efectos de la marihuana y el alcohol, tonteaba en busca de emociones fuertes. Aunque, en sus recuerdos, todavía se veía a sí mismo realizando alguna que otra incursión de pérdida de inocencia en el mundo del pillaje. Afortunadamente, sus travesuras se quedaron en eso, chiquilladas. A poco más de sesenta kilómetros de Roma. En su pueblo natal, Anzio, junto con sus amigos de la niñez, mientras él arrancaba una vida nueva y le imprimía cordura.

De esa época habían pasado ya casi ocho años y no lo olvidaba. Cada vez que volvía a casa o sus padres le contaban cómo vivían algunos viejos amigos, Bruno pensaba en su fortuna y le estaba inmensamente agradecido a su ángel de la guarda. Él no creía en esas cosas, pero no encontraba otra explicación satisfactoria al hecho de por qué él sí pudo seguir adelante y los otros no. Quizá tuvo más suerte que el resto de chicos del barrio, o puede que fuese más listo. Tal vez sus padres supieron tener la paciencia y el acierto de empujarlo en el momento oportuno y en la dirección correcta, como un barco en un estanque, a favor de viento. De cualquier manera, él era otro, como también lo era su vida.

Aquel lunes, a Bruno, le tocaba hacer guardia, en la puerta de la comisaría de Vía Farini. Cuando el agente Barone, de uniforme, paró al padre de su antiguo amigo de escarceos, no lo reconoció. Se encontró a un hombre empequeñecido y envejecido, que prácticamente no se parecía en nada al marino orgulloso y valiente que había visto tantas veces en su adolescencia.

- Buenos días, ¿qué desea? —preguntó el policía.
- Bruno, eres tú, ¿verdad? ¿No me recuerdas?
- ¡Antonio, qué sorpresa! ¿patrón, es usted? —dudó Bruno, algo sorprendido.
- Sí, hijo, soy yo —sonrió tristemente.
- ¿Qué le trae por aquí?
- Yo... No sé a quién acudir. Estoy desesperado y necesito que me ayudes —

sentenció Antonio, algo confuso.

- ¿Qué puedo hacer por usted, patrón? —preguntó respetuosamente Bruno.
- Mi hijo... Toni... ha desaparecido —dijo en voz baja.

Toni Rosso era distinto. De su padre, de su hermana y de los demás chicos. Durante su primera adolescencia jamás dio el más mínimo problema. Estudioso, inteligente, algo retraído e incapaz de mirar el escote de las chicas. Parecía que solo estaba interesado en devorar libros y más libros que sus padres ponían a su disposición con orgullo, como si sintiesen la necesidad de que su hijo equilibrase la balanza intelectual que siempre estuvo fuera del alcance del apellido. Todo hacía presagiar que Toni tendría un futuro universitario y laboral excepcional. Hasta que, a los dieciséis, se topó con el golfillo más divertido del barrio, Bruno. Le enseñó un mundo distinto, que le resultó más atractivo y sugerente. Porque Toni había perdido demasiado tiempo pasando páginas y quemándose la vista como ratón de biblioteca. Tenía que resarcirse. Quería correr, volar. Necesitaba ir rápido por la vida. Atragantarse. Sentir. Experimentar. Quizá su brillante expediente académico y las esperanzas que tenían todos depositadas en él suponían una presión extra que no supo o no quiso soportar. Puede que se limitase a llevar la contraria, o quizá su espíritu rebelde le obligase a tirar por el retrete la oportunidad que sus padres le habían puesto en bandeja, sacada del fondo marino con tanto sacrificio.

Al final, cada uno es dueño de su vida, y decide qué hacer con ella. Y, en consecuencia, en esa libertad, el individuo es el último responsable de sus actos. Mientras Bruno dejó atrás las gamberradas de la adolescencia, Toni se quedó anclado en ellas hasta que acabó dando un salto cualitativo. Quizá no tuvo la misma lucidez que Bruno y puede que, desde entonces, el joven policía se sienta culpable.

Cuando Toni se marchó a la gran urbe para completar su formación y ampliar sus horizontes comenzó dos carreras: la primera, derecho, y la segunda, torcida y descendente, aficionándose todo tipo de sustancias para saciar sus ansias por comerse el mundo y sentir nuevas experiencias. Y ya había llegado al final del recorrido, con matrícula de deshonor. Se había convertido en un yonqui. Uno de esos despojos de aspecto lánguido con ojos secos que van

arrastrando su disimulo en mangas largas para ocultar las marcas que deja la aguja en los brazos, como si fuera la picadura de una serpiente. Era un colgado en estadio 1, uno de esos tipos a los que el mal todavía no les ha hecho estragos y el dinero aún les suena en los bolsillos. Toni Rosso era miembro *cum laude* de ese club, a punto de pasar a estadio 2. Convirtiéndose en un apestado, que daba sablazos a conocidos y amigos. Y cada vez disimulaba menos y olía peor.

- Eh, no, no puede ser, lo vi... hace poco —dijo Bruno dubitativo, sin atreverse a especificar más, manteniendo el tipo, en la puerta de la comisaría.
- ¿Iba cargado? —preguntó Antonio triste.
- No.
- Vamos Bruno, no me mientas y ayúdame. ¿Cuándo lo viste?
- Hará un par de semanas. No, espera. Hace diez días. El viernes de [\[1\]](#) hace dos semanas. Después del mediodía... Estaba...
- ¿Bien? —le interrumpió Antonio frío y aséptico— ¿Ibas a decirme que estaba bien? Después de todo... Bruno, ¿me mentirías? —le reprochó el marino.
- Eeeeh... no, no estaba bien —se sinceró Bruno, avergonzado—. Lo vi nervioso. Me confesó que tenía un asunto importante, que su suerte iba a cambiar. Me pidió dinero. Me dijo que tan solo necesitaba algo de calderilla para ir a las afueras. Tenía que coger un tren, se había dado cuenta de que no tenía suficiente para comprar el billete y se había pasado por la comisaría para ver si estaba yo por casualidad. No tenía que haberlo hecho, pero se lo di. No me dijo dónde iba. Se marchó hacia Termini, pero... eso no quiere decir nada. Probablemente fuese todo mentira. Lo siento —contestó Bruno, bajando la cabeza.
- No importa, Bruno, está bien. Entonces, lo viste el viernes... —dudó unos instantes—. La última vez que hablé con él fue el día anterior, pero a mí no me contó nada. Bueno, ¡espera! —pensó rápido—. Había conocido a un tipo. Un tal Vlad.
- ¡Qué nombre más curioso!, ¿sabes su apellido, o algún dato más?
- Le he estado dando vueltas todos estos días. Me temo que no.

- No te preocupes, cuando necesite algo de dinero y no tenga a donde ir, entonces aparecerá... ya verás.
- No —contestó secamente Antonio—. Nunca había pasado tanto tiempo sin tener noticias de él. Esta vez es distinto. Lo sé, presiento que mi hijo corre un gran peligro. Te lo aseguro, Bruno. No lo puedo explicar, sé que es absurdo, pero... temo... que incluso pueda estar muerto.
- Patrón, no diga usted eso... no puede ser, aparecerá. Ya verá como vuelve a dar señales de vida.
- Bruno, tienes que ayudarme a encontrarlo, antes de que sea tarde... Por favor, te lo suplico —imploró—. Nos lo debes —añadió Antonio endureciendo la mirada y la voz.

Bruno sabía a qué se refería Antonio.... Siempre supo que, tarde o temprano, el viejo marino le echaría en cara su pasado rebelde y la influencia que ejerció sobre su hijo. Era su deuda particular y, aunque el viejo patrón no lo expresase verbalmente, el joven policía sentía el insoportable peso de los remordimientos sobre su conciencia. El tiempo le había llegado.

- Está bien, patrón. Lo buscaré. Y le mantendré informado. Hablaré con mis superiores.
- Gracias. No tengo a nadie más a quién recurrir. Bruno, si... si no lo encuentras, yo... me volveré loco. ¿Me prometes que harás todo lo posible? —preguntó Antonio, algo aliviado, aunque incrédulo.
- Se lo prometo, márchese a casa. Lo llamaré cada vez que tenga algo nuevo, por poco que sea. Lo haré cada día. Cuente con ello.
- Gracias, Bruno, eres un buen chico —le soltó con ternura paternalista, despidiéndose de él.

Rendez-vous (Roma, jueves, 14 de septiembre de 1989)

Cuando Vlad Popesk se cruzó en el camino de Toni Rosso, este se hallaba al borde de la frontera, apuntando en la dirección equivocada y a velocidad constante, como el cometa que se dirige al Sol, a punto de sublimarse. Directo hacia el lugar sin retorno de los que caminan con la prisa de la nada y hacen cualquier cosa por dinero para canjearlo por polvo de irrealdad inyectable. Toni era un zombi más, un soldado de infortunio, alistado en la cuadrilla de esclavos que enriquecen a los que se aprovechan de los más débiles. Uno de esos que acaban desechados por el sistema.

Vlad lo interceptó. Su radar era casi infalible, como los detectores de velocidad en las autopistas. En cuanto lo vio, lo escrutó y su mente lo fotografió, para después pasarle factura. Sabía que era su hombre. Daba la talla, algo delgado, alto, aún fuerte. Sus vidas se habían cruzado en el momento y estado oportunos. Toni estaba sin blanca y con los signos visibles de un mono prolongado. Fue fácil, Vlad solo tuvo que convertirse en su benefactor, invitándole a unos cuantos paseos ingrátidos para ganarse su confianza, como el ganadero que alimenta a los cerdos antes de rebanarles el cuello.

Aquel jueves, a media tarde, una vez más, habían quedado en una cervecería de barrio cercana a Roma Termini, para charlar y tomar algo. En el sitio perfecto, con un camarero muy discreto, que sabía agradecer las generosas propinas de Vlad, al que siempre trataba como si fuese la primera vez que lo viera. El Koliseum, un sitio indescriptible, atestado de tipos de futuro incierto. Vlad tan solo tenía que observar, esperar y lanzarse a por su presa como el tiburón que sigue a un banco de peces.

- Necesito una *papela* —dijo Toni, nervioso, sin atreverse a perder la compostura, al borde del abismo.
- Lo lamento mi joven amigo, hoy no puedo hacer nada más por ti — contestó Vlad con la frialdad de un vampiro, apurando su cerveza.
- No lo entiendes —gritó Toni— ¡lo necesito ahora! —añadió desesperado, con la mirada perdida.

- Compórtate, este sitio está abarrotado. Además, no tengo suficiente dinero para todos tus caprichos —respondió Vlad, serio.
- Pensé que eras mi amigo, ayúdame, por favor. No tengo a nadie más.
- No puedo... o, déjame pensar —dijo con teatralidad barata, sin molestarse demasiado en actuar—. Quizá sí; si me ayudas tú también. Hay un sitio... los que me suministran la droga... Me están haciendo la vida imposible... —añadió Vlad, sin querer concretar.
- No sigas —dijo Toni—, si te refieres a liquidarlos... no, no puedo hacerlo.
- ¿Liquidarlos? Mira chaval, lo que te doy es información de primera. Hay mercancía y dinero para aburrir; es un sitio discreto, sin policías, sin guardianes ni cámaras de seguridad. Nada. Lo lleva una pareja de químicos borrachos que no aguantan media hostia. Solo tienes que coger la pasta y todas las bolsitas de golosinas que puedas y salir corriendo. No se van a enterar. ¿Liquidarlos? no imagines. Te estoy sugiriendo que los dejes fuera de combate, nada más. Ella debe medir uno sesenta y cinco y él no llega a uno setenta y cinco. Nada que no puedas manejar con ese cuerpo. Pensé que eras un tío... no un colgado llorón —esperó unos segundos—. Está bien, quédate con tu mono, ah... y ¡que te den por culo! Me voy —amenazó Vlad, levantándose de la mesa, dirigiéndose hacia la salida de la cervecería.
- ¡Para! —exclamó Toni, agarrando el brazo de Vlad, que no opuso resistencia.
- De acuerdo, te espero mañana a las cinco de la tarde en Termini. Aguanta un poco, por la noche seremos ricos.

Миша. El frío polar (Moscú, finales de primavera, 1962)

Apenas se acordaba de sus padres, tan solo eran una foto mal enfocada, en blanco y negro, doblada cuidadosamente en la cartera y en la mente de Mijail. Él estaba seguro de que, si pudiesen verlo desde el más allá, se sentirían orgullosos. Pero no estaban, no existían, no quedaba nada. Al menos, de eso sí que estaba convencido. Lo habían adiestrado convenientemente y Dios no estaba en el temario.

Cuando, a los diez años de edad, entró en la academia militar, tuvo miedo. Todos los chicos lo tenían. Hijo de una madre invisible que no lo abrazaba ni le daba besos de buenas noches, pero que le prometía un futuro menos lúgubre que el que le esperaba en la calle. En aquel instante, se sintió afortunado, como si la vida lo compensase por el mal trato que le había dispensado hasta ese momento. Él, en la prestigiosa academia Suvorov, en Moscú. Después de todo, tenía suerte.

Aún recordaba la ceremonia de apertura del curso en Suvorov, como si viera una película. Aquella mañana de hacía doce largos años, Misha era una cara asustada bajo una ostentosa gorra con la estrella de cinco puntas, roja brillante y unos ojos azules intensos, vivos, ansiosos, en la fila del patio, justo antes de que sonase la campana. Su voluntad estaba fresca y lista para ser modelada por manos hábiles, como el estuco recién preparado. Tenía por delante una oportunidad, miles de horas de trabajo y un futuro cierto. Una decisión tomada por un niño de diez años en un instante, como una premonición. Sería oficial del Ejército Rojo. Cuando acabase la formación inicial, en Suvorov, seguiría su camino hacia la academia superior. Sin saberlo, su destino se escribió aquel lejano día de 1950.

Misha era un niño del régimen, un hijo de la patria, sin ataduras, ni lealtades más allá de los deseos de las estructuras del partido. Como si este último fuese un ser etéreo cariñoso, con voluntad colectiva y benévola. Su padre físico desapareció durante la guerra, la segunda guerra, en el asedio de Leningrado. Él no lo conoció.

Su madre nunca le habló de Leningrado, ni de la extrema delgadez forzada de su cuerpo, ni del hambre enquistada, aliviada con la vergüenza de *carroñear*

cualquier cosa para sus pequeños y para ella. Mamá tampoco le contestaba cuando Misha preguntaba por su amigo Igor, algo mayor que él. Misha no se olvidó de su amigo, tenía muy buena memoria; delgado, con los ojos hundidos, moreno, risueño y le sacaba cuatro dedos; desapareció. Comían cualquier cosa, sin escrúpulos. Quizá vivían en Norilsk por poner distancia de por medio, por no encontrarse con la madre de aquel chico por la calle y tener que bajar la cabeza y para que su madre no tuviera que vigilarlos continuamente, a él y a su hermana, sin descanso, sin poder pegar ojo. Porque ella tampoco habría perdonado.

Y, Misha nunca supo nada de la operación Iskra que se llevó a su padre por delante. Su papá era un héroe con una medalla de hojalata oxidada, un insulto a su sacrificio. Una ponderación a la baja de la vida humana que no servía para darles de comer ni a su madre ni a ellos. Aunque si hubiese regresado a casa vivo, si hubiera vuelto, habría hecho el camino de los 7 años, como muchos miles de soldados. Siete años al gulag, por luchar por la URSS, por no morir, por haber peleado más allá de las fronteras o porque Stalin agradecía las cosas a su manera. Ella no le habló nunca de esto, jamás se atrevió a levantar la voz ni a disidir porque, además, era muy doloroso y peligroso.

Desde su primera jornada en Suvorov, aquel niño vestido de cadete con uniforme reusado mil veces, aprendió a dejar atrás muchas cosas para siempre: su infancia, una infancia fría que había perdido la ternura y el olor a chocolate caliente y bizcocho cuando se podía; a su hermana, su única familia; y a una ciudad minera en el círculo polar ártico que, en la capital, era conocida por ser la sede de uno de los hoteles de lujo ideados por Stalin para reconducir mentes desviadas. Norillag. Curioso juego de palabras.

Recordaba el campo de su ciudad como un sitio fantasmagórico, misterioso y atrayente, un lugar para jugar a intrigas y a agentes del antiguo NKVD, como apariciones siniestras vestidas de negro. Al menos, eso le parecía en los tiempos en que era feliz y no se tenía que ocupar de nada. Se acercaba al complejo trotando y los observaba desde el lado exterior de la valla. No sabía qué hacían aquellas personas, ni por qué estaban allí, pero el lugar le despertaba el morbo de lo prohibido. Los vigilaba, tras el espino, los habitantes del gulag eran como lagartijas mustias deambulando por el patio para atrapar algún rayo de sol.

Desde la fila, en el día de su graduación, se le vino a la mente una chica, un poco mayor que él, debía tener la edad de su hermana, era hermosa, pero con la misma mirada desanimada que el resto de internos. Por lo que ahora sabía, ella podía haber dejado de existir ya. Pero, por aquel entonces no comprendía qué hacía aquella muchacha tan joven allí. Suponía que pagar por algo terrible. Por lo que le decían en el colegio, era una enemiga del pueblo. Ella y todos los demás reclusos. Grave delito. Su madre le había advertido de lo peligroso que era hacer preguntas inadecuadas y le había enseñado a mantener la boca cerrada. Y en aquella época, al pequeño Misha, le bastaba con eso.

Durante el discurso de su coronel, contempló su vida, como si pudiese asimilar la información a toda velocidad para realizar el tránsito indoloro hacia un estado del espíritu más elevado. Recordó cuando ella también lo abandonó; él estaba a punto de cumplir su primera década de vida. Aquel fatídico día de 1950. Parecía tan cerca... y habían pasado doce años. Podía ver perfectamente el momento, pero no a su madre. Y le aterraba olvidarla. Si se esforzaba casi tocaba con la punta de los dedos aquel instante, como si pudiese rebobinar el tiempo, recuperarla y dejar de echarla de menos. Fue en verano, el verano de Norilsk, que es como una primavera avergonzada, que pasa de lado para que nadie se fije en ella, como si no llevase el traje adecuado para la ocasión. Misha volvía de jugar junto a la valla del gulag. Su madre estaba en el suelo, sin más. Plácidamente, como dormida, pero para siempre. Sin explicaciones, sin médicos de urgencia ni autopsias. Se quedaron solos, él y su hermana, convertidos en una ficha escrita a mano en el buró de asuntos sociales de Norilsk, junto a las oficinas del Komsomol, a casi tres mil kilómetros al Norte de la capital de la URSS.

Pero había pasado el tiempo. Volvió a la realidad, como de un sueño. En la fila, el teniente Novikov, el mejor de su promoción, era uno más, inidentificable, invisible, como le gustaba ser, igualado por el rasero que impone el uniforme. Era el final del recorrido y todo había quedado atrás: su infancia, su ciudad, sus padres, el gulag, incluso Suvorov, su amada academia, el último sitio dónde fue moderadamente feliz. Atesoraba en su cabeza la imagen del primer desfile de la Victoria. Una victoria que le había costado un padre. Recordaba a la gente, las banderas rojas y a su cada vez más distante hermana, que acudió a verlo, radiante, guapa, casi más nerviosa que él. La

adoraba. Pero de eso hacía mucho tiempo, ahora era su último día y el momento de guardar los instantes importantes para que no se estropearan, hacer limpieza y tirar el resto; y como en la celebración del año nuevo, hacerse promesas. Recuperaría la relación con su hermana.

Ya estaba listo, ansioso como el mastín que sabe que le van a soltar la cadena. Sí, recordaba perfectamente su primera jornada en Suvorov, al pequeño Misha que nunca volvería a ser y el camino recorrido. Respiró profundamente, cerró los ojos y se sintió teletransportado a ese instante una vez más. Un sentimiento de nostalgia y emoción le invadió el cuerpo, por el pasado y por un nuevo futuro, una burbuja rota por su coronel al pronunciar su nombre. Mijail Kirilievich Novikov. Estar allí, en la ceremonia de clausura de su promoción, era un honor: le entregaban el despacho con su primer destino como oficial del Ejército Rojo.

Misha creía en el trabajo honesto, en el esfuerzo, el sacrificio por la patria, la equidad del sistema y en que cada uno recibiría la recompensa acorde con los resultados obtenidos y en sintonía con una especie de universo armonioso que tiende a equilibrar las injusticias en el país del proletario, como cuando le tocó Suvorov. Ese debería ser el funcionamiento de su sistema ideal. Sin interferencias y sin trampas. Pero esa era su visión bucólica de la URSS y nadie se había molestado en contradecirlo. No tenía sentido. Lo que uno no quiere aprender por las buenas, acaba por descubrirlo de la otra forma. Y así fue, y pronto. Mientras sus compañeros, los que tenían contactos, se afanaban en asegurarse un destino cómodo y con proyección, él, el camarada sin enchufes, se paseaba despreocupadamente por la Plaza Roja de la mano de una joven que había conocido unos meses antes, iniciando una relación que pronto, si no reaccionaba con rapidez, se helaría, literalmente. Lo mandaban al fin del mundo, a Kolymá, en Magadán, de vuelta al permafrost, en la Siberia oriental. Movería sus hilos. Tenía compañeros de promoción, camaradas con familiares influyentes. Gente que podría ayudarlo. Tenía que hacerlo por Tania y por él.

Consiguió una dirección y un despacho, un lugar donde probablemente accedieran a sus peticiones. Aunque había pasado por delante del edificio muchas veces, era la primera vez que se dejaba tragar por las tripas de la Lubyanka. Conocía el turbio pasado de la sede del KGB. Sabía que allí se habían devorado muchas almas sin dejar ni las raspas y le imponía, pero no se

dejaría intimidar, se entrevistaría con el funcionario e impediría ese traslado sin sentido. Sabía qué tenía que hacer.

...

- Camarada Novikov... —respiró teatralmente el comisario—. No se deje engañar por las apariencias. Su misión es muy importante. Esperamos mucho de usted —dijo el comisario del Ministerio de Aseguramiento de Orden Público.
- Pero... debe de haber un error. Kolymá es... —objetó Mijail.
- No hay ningún error —gritó el comisario, interrumpiendo al teniente.
- Camarada, yo... en este momento, no puedo...
- Teniente Novikov, es una orden. No se atreva a contradecirme. No sé. ¿Sabe usted dónde está? Estos son los sótanos de la Lubyanka. Hace diez años, no se habría atrevido.
- Hace diez años era un niño...
- Me sorprende su insolencia y su insubordinación. Con franqueza, no lo esperaba de alguien con un expediente académico como el suyo. ¿Qué ha aprendido estos últimos años en la academia? —preguntó retóricamente, dando por zanjada la discusión.
- Sí, lo lamento... —contestó reconsiderando su postura. Tras unos instantes prosiguió—. Disculpe. ¿Y qué esperan de mí? —atacó Mijail, desafiando al comisario político.
- Usted se incorporará al osoblagi de Kolymá, estará bajo mis órdenes directas. Sin interferencias, sin informes escritos, con la máxima discreción y sin preguntas... y ya está haciendo demasiadas.
- Pero... los campos especiales de trabajo... ¿no habían sido clausurados? —preguntó Mijail sorprendido.
- Oficialmente... Sí. Claro —contestó, y pasados unos segundos prosiguió, como si se tratase de un discurso aprendido al pie de la letra—. Pero seguimos en guerra. Los motivos por los que se crearon los campos no han caducado. Si quiere, les podemos cambiar el nombre, pero son lo mismo, y siguen siendo necesarios. Ahora más que nunca. La Unión Soviética tiene enemigos, dentro y fuera de nuestras fronteras. Elementos

desestabilizadores, traidores y espías extranjeros, algunos muy peligrosos. Dentro del ministerio pensamos que es necesario seguir manteniendo el orden. A nuestra sociedad le ha costado mucho sacrificio llegar hasta aquí superando la era caníbal. No podemos tirarlo todo por la borda. Nosotros somos la última barrera de defensa ante el caos y el ataque capitalista. Y contamos con usted, camarada Novikov —concluyó satisfecho.

- Sí, camarada comisario —respondió Mijail, algo confuso.
- Una cosa más... Tiene que firmar esto.
- ¿Qué es?
- Es un acuerdo de confidencialidad. A partir de ahora, todo lo que haga, vea, escuche o cualquier asunto del que tenga conocimiento es secreto de estado. No se lo podrá comentar a nadie. Ni siquiera a sus novias... —dijo contundentemente el comisario, como si la vida de Misha no tuviese secretos para él.
- Eh... Pero usted —comenzó a decir el joven teniente, buscando argumentos, mientras escribía su nombre en el documento.
- ¿Cree que se nos escapaba? ¿Ha pedido permiso para esa relación? ¿Sabe quién es la chica, camarada? ¿Sabe si es una buena comunista y está afiliada al partido? ¿Sabe si en su familia hay algún traidor? —le espetó el comisario, que estaba deseando demostrarle al teniente que dominaba la situación.
- Yo... no sé qué quiere usted decir, camarada. ¿Qué insinúa? ¿Piensa que me pierden las faldas y que no sé mantener la boca cerrada? ¿Es eso?
- Camarada, es muy joven, y se lo perdonaré por esta vez. Pero, por favor, no se deje engañar por una cara bonita. Putas como esa hay cientos —dijo pausando unos instantes, sintiendo que el insulto se le clavaba en su propio corazón—. Están pagadas por la CIA. Se acercan a los oficiales novatos, son amables, simpáticas y complacientes. Tejen su red como una araña y les atrapan en ella. Después acaban sacándoles el jugo con la ayuda de una botella o de una cama. Y cuando ustedes ya no les son útiles, desaparecen con toda la información...
- Pero... ¿Cómo se atreve a insinuar algo así de la mujer que amo?, ¿Tania? no... es imposible —contestó el Teniente visiblemente enfadado, a punto de explotar.

El comisario no parpadeó. Ni se molestó en parar el envite. Tan solo le dio la vuelta a una carpeta de cartón marrón. La abrió. Había una foto de la chica, era inocente, pero paseaba junto a otro oficial. Y, por muchos motivos, el comisario estaba disfrutando con la escena.

- Afortunadamente para usted, la hemos neutralizado. Aquí tiene su confesión. Ni si quiera se llama así.
- Y, ¿cómo se llama?
- Lo siento, de momento no estoy autorizado a decírselo. Pero tranquilícese, no estará bajo su custodia —dijo el comisario del Ministerio de Aseguramiento del Orden Público, mientras golpeaba el dossier con los dedos—. Su trabajo es muy importante, camarada. Necesito confiar en usted, que usted confíe en mí y necesito saber qué pasa exactamente en ese campo de trabajo. Y usted lo averiguará para mí. Solo para mí. No se fie de nadie. Absolutamente de nadie. ¿Lo ha comprendido?
- Sí, camarada —contestó escuetamente Mijail aún contrariado sin entender a qué se refería el comisario.
- Teniente, a partir de ahora su vida es secreta, y si incumple será juzgado por alta traición. Me aseguraré de que acabe fusilado. Se lo prometo. Le recomiendo que la próxima vez que se le acerque una mujer, un niño o un perro, averigüe primero quién es y qué quiere. Pídame ayuda, si es necesario... Y vaya preparando su equipaje. En una semana se incorporará a su nuevo destino.
- Si le soy sincero... Esperaba algo más... —dijo en voz baja, Misha, sintiendo como se hundía el suelo bajo sus pies.
- ¿Algo más?... Cumpliré mis órdenes. No me defraude.
- No lo haré camarada, quiero decir, no le decepcionaré. En cuanto tenga un informe, lo llamaré por teléfono.
- Ya ha empezado mal. No me llamará. Los teléfonos no son seguros. Debería saberlo. Esperaré hasta el deshielo, yo contactaré con usted y vendrá a Moscú para hablar conmigo. No se muera de frío, ni deje que uno de esos apestados lo mate, no deje que lo haga nadie —dijo enigmáticamente—. ¿Sabe una cosa, Teniente? ¿Sabe por qué su destino es

Kolymá?... —esperó unos segundos, mientras Misha negaba con la cabeza, desconcertado—. ¡Yo lo escogí! —añadió el comisario con soberbia—. Me pareció el más adecuado. No suelo equivocarme. Usted no sabe quién soy, me consta. Y por el momento se quedará en la ignorancia. Quiero que sepa que vengo siguiendo su carrera desde hace tiempo y sé que es la persona adecuada. Sé que no fallará.

- No lo haré —respondió Misha, intrigado. Hasta ese momento no se había percatado de lo extraño que había sido su encuentro con aquel tipo—. Una pregunta más, si tengo que comunicarme con usted, ¿cómo puedo localizarle?
- No puede, de eso, ya me encargo yo. Perdona... pero no tengo tiempo para seguir discutiendo. ¿Lo ha entendido todo, camarada? —preguntó el comisario, en tono conciliador.
- Sí.
- Ah, y, sobre todo, no deje que lo maten.

Novo y Reyes (10 de abril de 1989)

Lola echó un vistazo a su alrededor, insegura. Pensó que no le quedaba mucho por hacer en aquel paraje desangelado, o quizás sí, necesitaba fundirse con el entorno, como si fuese un jefe indio o un monje budista e intentar una conexión cósmica y que el chico muerto le hablara. Mirar, buscar y tejer conjeturas, como si fuera calceta, con paciencia de vieja, hasta tener una idea aproximada de lo que había ocurrido, eso haría. Tenía que comprender al asesino o a los asesinos. Pero Lola aún no era una experta. Era su primer caso tras el ansiado cambio de destino y estaba perdida y aturdida. Lola veía indicios, pinceladas como si la escena fuera un cuadro impresionista, pero no era capaz de juntar las piezas, aún no. Le faltaba visión de conjunto y necesitaba algo de rodaje en la unidad. Le jodía sentirse como la becaria a la que, de repente, le habían colgado el marrón volante que nadie quería. Afortunadamente, tenía un infiltrado que la ayudaría, contaba con Ernesto, lo vería en el fin de semana y hablarían. Hizo fotos de todo lo que le pareció interesante. Las interpretarían juntos con tranquilidad, sería tema de conversación de una cena romántica, tomando una cerveza o un vino.

Era *cabreante* porque con el tiempo tendría madera como la vara verde que acaba siendo leñosa, pero esa maduración se le había denegado sistemáticamente desde el primer instante. Estaba obligada a demostrarle a sus compañeros que valía para el puesto a pesar de llevar falda, mear sentada y pintarse discretamente los labios. Era buena, tanto como cualquier otro, no estaba allí por sus tetas, tenía agallas y no se amilanaba fácilmente.

- Inspectora, creo que ya no hacemos nada aquí. Nos vamos —dijo Novo.
- Ah, perfecto, me quedaré un poco más, si no tienen inconveniente —contestó Lola absorta, dándole a entender al sargento que sus órdenes no iban con ella.
- Como usted quiera —replicó el sargento sin comprender qué iba a descubrir aquella mujer que ellos no hubiesen visto ya—. ¿Estará por aquí mucho tiempo? quiero decir, por el pueblo —añadió.
- No lo sé —contestó despreocupadamente.
- ¿Cómo? —preguntó el sargento Novo, sintiendo que lo estaba desafiando.

- Novo —dijo mirándolo fijamente, buscando un cierto compañerismo que intuía que no había—, ¿sabe quién soy yo? no tiene ni idea, ¿verdad? Se lo voy a decir. Está usted delante de la última mona de la comisaría. Esto es lo que les han enviado desde la capital —le espetó mientras recorría su cuerpo con las manos, de arriba a abajo mostrando la mercancía, con desfachatez—. Además, soy como ustedes, una mandada. Si mañana me ordenan que deje el caso, regresaré encantada a Madrid y no me volverán a ver el pelo. Pero, por lo que sé, creo que ni ustedes ni yo vamos a tener esa suerte —concluyó con amargura.
- Está bien —sonrió pensando que su cometido iba a ser más fácil de lo que, en principio había pensado—, la entiendo, inspectora "*no lo sabes muy bien, te entiendo perfectamente, bonita, y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que te vuelvas a tu casa lo antes posible*" —pensó—. Reyes se quedará con usted, para lo que necesite, le será de ayuda —dijo señalando al guardia, con amabilidad.
- Gracias, no es necesario.
- Insisto.
- Como quiera.

El joven guardia vio como se lo rifaban como si fuera una pelota de tenis en un partido para ver en qué campo daba los dos botes. Hasta ese instante, se había mantenido al margen en el rifirrafe entre su jefe y la inspectora, observándolos desde cierta distancia tanto física como metafórica. Pero le tocaba entrar en el juego, finalmente se quedaría con la policía, no sabía qué pensaba Novo ni qué esperaba él. Miró al sargento, buscando una explicación mientras este se le acercaba. Lola se mantenía alejada, pensando en aquel rompecabezas.

- No la pierdas de vista ni un segundo. ¿Lo has entendido? Ah, y mantenme informado de todo lo que haga —susurró Novo.
- A la orden.
- Adiós, inspectora, suerte —gritó Novo subiéndose al Nissan Patrol.
- Adiós y gracias —respondió Lola.

El sol flirteaba con las nubes, que trotaban agolpándose como si fuese la hora

punta celeste. Lola no iba preparada y el viento la había cogido a traición, llevaban más de una hora deambulando por aquel pedregal, tiritando, incómoda con una brisa que le acuchillaba la espalda; se había levantado muy temprano y solo tenía en el cuerpo un triste café con leche de bar de carretera, de esos que las tripas inmediatamente detectan como si fuera el disparo de salida en una carrera de obstáculos hacia el cuarto de baño. Pero, Lola había pospuesto llegar a la meta de porcelana, todo lo que su cuerpo había podido. Se había concentrado en su trabajo, sus ojos y su cámara habían inmortalizado la zona, dividiéndola en cuadrículas, seleccionando lo que parecía más interesante. El cadáver del chico había aparecido dos días antes y algo en su mente le decía que ya no había nada. Y tuvo una sensación extraña e inexplicable: sintió como si el escenario estuviese manipulado. Era el momento de abandonar la zona cero y concederle un respiro a su cuerpo.

- ¿Y ahora qué? —preguntó Reyes mientras abría la puerta del acompañante del Ibiza.
- Da un golpe.
- ¿Qué?
- Que cierras fuerte, la puerta no va bien.
- Ah, y ¿qué más? —volvió a preguntar Reyes dando un portazo.
- Tengo que buscar hotel —respondió Lola.
- Pues... por la zona lo va a tener complicado. Inspectora, esto no es precisamente un destino turístico.
- Joder, lo que me faltaba —bufó entrando en el coche—. ¿Me guías hasta el pueblo?
- Como quiera, pero ya le digo que no va a encontrar nada por aquí. Quizá algún vecino le arriende una habitación... O se podría quedar en mi casa, si no le importa —dijo Reyes, sorprendiéndose a sí mismo por la oferta que salía por su boca, perdiendo fuelle a medida que acababa la frase.
- Vale —contestó Lola, sin pensarlo, aceptando la invitación con naturalidad—. Vamos para allá, entonces. Pero, por favor, ya que vamos a compartir techo, tutéame, llámame Lola —añadió mirándolo fijamente, mientras arrancaba el coche con un gesto automático.

- Por cierto, es sargento —dijo Reyes a modo de explicación.
- ¿Qué? —preguntó Lola, que no había lo oído.
- Que Novo no es cabo, es sargento y le has cabreado —puntualizó Reyes.
- Ah, eso. Ya lo sabía —contestó sonriendo—. Era para joderlo —añadió, desviando la mirada de la carretera, fijándose en el guardia, mostrando su lado más simpático.
- Pues lo has conseguido.
- Ha valido la pena verle la cara.
- Sí —contestó Reyes, devolviéndole la sonrisa.

Hacía solo unas horas que Lola se había acercado por primera vez a los guardias civiles; estudió al sargento y lo intuyó inmediatamente, el tipo no se lo iba a poner fácil. En cuanto lo escuchó gritarle lo supo. Pensó rápidamente, podía ser cortés, educada y profesional, dejar pasar la prepotencia del de verde y comportarse con él. O no, y reírse en su cara, ser borde y sacarlo de sus casillas. Quizá no fuese capaz de resolver el caso, pero al menos, se divertiría un poco. Y decidió degradarlo a cabo.

El paseo hasta el pueblo por el camino de cabras no invitaba a pisar el acelerador, si Lola no quería que su coche dejase algo más que la impronta del dibujo de sus gomas en aquel paraje. Se dejó guiar por la España profunda, dócil como una turista que sale del *resort* en busca de una dosis de mestizaje con la cultura local adulterada de uno de esos lugares del tercer mundo con burbujas *VIP* para los del primero. Pensaba en sus cosas, en que ella se había criado en un sitio, que, en el fondo, era similar, tan solo había que cambiar las montañas de piedra por las montañas de agua que el viento de levante encabronaba cuando se ponía terco. Igual de jodido ganarse la vida.

Miró de reojo al civil, reparó en él, hasta ese momento no lo había hecho. Apenas habían intercambiado unas palabras. El chico era joven y atractivo, aún con la cara aniñada y barba de pelusa como si fuera la piel de un kiwi. El uniforme le daba más seriedad. A Lola el espacio de su Ibiza se le hizo pequeño, como si el asiento del conductor hubiese encogido. Fue a coger un pitillo de la guantera, pero cambió de opinión. Lo miró de nuevo, escrutándolo, intentando averiguar algo más sobre el hombre con el que iba a

compartir alojamiento los próximos días. No sabía ni cómo se llamaba aquel chaval que debía tener poco más de veinte años. Parecía tímido. Pensó en lo dura que era la profesión de picoleta, que, en demasiados aspectos, también era la suya.

Al cabo de media hora de camino se sintió agotada, necesitaba mimar a su cuerpo que apenas había descansado la noche anterior, nervioso, alerta, como si fuese un caballero medieval velando armas la víspera de una justa. Solo unos minutos más. Cuando, por fin Lola llegó al domicilio del guardia lo inspeccionó como si fuera el escenario de un crimen: salón con cocina abierta y dos puertas hacia el más allá inmobiliario, limpio, moderno y ordenado; no estaba mal. Aunque la música de fondo era un poco disonante: los ladridos de un perro que parecía que lo estaban matando allí mismo.

- Como si fuera tu casa —dijo a modo de bienvenida—. Tú duermes en la habitación, yo me quedo en el sofá —añadió señalando el camino hacia el dormitorio.
- ¡Uy! Un caballero, qué ilusión. Como en las películas, ¿no? —dijo con ironía—. *Quillo*, eres un *pringao* —añadió sin forzar el acento, permitiendo que su yo gaditano hablara—. De eso nada, es tu casa —le retó Lola, dejando en el suelo su mochila, tomando posesión del terreno, con la intención de instalarse en el salón.
- No estoy dispuesto a negociarlo.
- Tú mismo —contestó sin darle importancia—. ¿Suena toda la noche? —preguntó Lola con el dedo en alto, intentando apuntar al ruido animal.
- No —sonrió Reyes—. Es Librero, mi perra. La tengo en el garaje.
- ¿No sería Librera?
- Creo que a ella le da igual. Es por una casera que tuve.
- Una hija de puta...
- Sí, supongo —puntualizó sonriendo—. Librero quiere que la saque a pasear, es muy sociable, no te preocupes, no molestará.
- No me lo habría imaginado. Eres un tío curioso. ¿Me vas a decir cómo te llamas? —preguntó Lola con descaro, cambiando de tema, divertida.

- Juan —sonrió.
- Está bien, Juan, eres un encanto —dijo mirándolo con ternura—. Esto..., necesito dos cosas. La primera, una ducha.
- ¿El baño? Por la otra puerta. ¿Y la segunda?
- Quiero que me consigas toda la información que tengas del caso.

Hacía mucho tiempo que el sargento había superado la crisis de los cuarenta, lo hizo cuando, en España, el temido síndrome de madurez aún no tenía ni nombre, cuando todavía las canas tenían valor como la plata en la manada de gorilas, recién muerto el Caudillo; otros tiempos y otras necesidades básicas distintas, sin el glamour de los niños de sonrisa perfecta de las series de Beverly Hills y ni un solo segundo para gimoteos ni chorradas sensibleras. Tenía que ser duro para sobrevivir, un poco más resistente que los demás y casi lo había logrado, ya estaba rozando la reserva. Tenía un pie fuera del cuerpo verde y una paga por los servicios cumplidos esperándolo como la zanahoria atada al palo, justo un palmo delante del burro. Y él caminaría todo lo que hiciera falta.

Novo no olvidaba que había sido más afortunado que otros compañeros y, tras lo de Burgos, nunca lo mandaron a jugarse el pellejo al norte. Hasta la fecha, sus superiores lo habían respetado y pagaba por ello con servilismo radical. Él sabía que un movimiento en falso, un atisbo de disidencia o un comentario fuera de lugar y cualquier dedo de mano negra con peso le obligaría a hacer la maleta. Y no se lo podía permitir. Si cumplía, no lo enviarían al matadero con una diana dibujada en la parte trasera del tricornio ni se levantaría de la cama con el vergonzoso miedo perro y gris de tener que agacharse como una rata cada mañana a comprobar los bajos de su coche. Ni tendría que esconderse de unos cretinos psicópatas metidos a libertadores. Si todo seguía así, como mucho pisaría la zona maldita una vez jubilado, y por curiosidad. Le habían asegurado que era realmente hermosa. Novo era de la vieja escuela, había aprendido a obedecer calladamente y tenía marcado a fuego que una orden es una orden y ni se piensa ni se pone en entredicho. Su comandante había sido claro y directo, facilitar la vida de la inspectora y conducirla sutilmente hasta

llegar a la meta esperada, sin sorpresas ni sobresaltos. Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Rozando el mediodía, Novo se sorprendió al ver al guardia entrar por la puerta del cuartel amarrando a la perra junto a la valla. Iba solo. Había sido claro, conciso y la orden no era difícil de cumplir. Si el chico no era capaz de entender lo que tenía que hacer, tarde o temprano se toparía con alguien con menos paciencia que él. Y sería una pena. En el fondo, a Novo, el novato le caía bien. Había cierta química, al menos en sentido superior a subordinado. No sabía qué pasaba por la cabeza del chaval, y no se atrevía a preguntar qué opinaba el joven guardia de él. No era de esa clase de mandos.

- Cojones, Reyes, ¿no te lo dejé claro?
- Mi sargento... No sé qué quiere decir —balbució Reyes, algo confuso.
- Vamos a ver muchacho, ¿qué significan para ti las palabras no la pierdas de vista ni un segundo, eh? —preguntó malhumorado el sargento Novo.
- Ah, entiendo. Tranquilo. Está en mi casa —contestó sin darle importancia.
- ¡¿Cómo dices?!
- Mi sargento, que Lola no tenía dónde quedarse y como usted me dijo que me ocupara... Que la he invitado a mi casa. Se quedará allí. Ahora está, bueno, con sus cosas, ya me entiende.
- ¿Lola? ¿Ya la llamas Lola? ¡Qué cabrón! Y te la vas a tirar y todo, porque todavía no te ha dado tiempo, ¿no? Serás hijo de puta, y yo que pensaba que eras uno de esos maricones, un gay moderno. ¡Qué tío! —contestó el sargento alucinado agarrándolo de un brazo, entusiasmado como si fuese un árbitro en un combate de boxeo que proclama la victoria del campeón por K.O.
- Mi sargento... —comenzó a decir Reyes, incómodo.

Y como al boxeador que le salva la campana, otro guardia reclamó la atención del sargento Novo. Había una llamada de teléfono que no podía eludir, desde más arriba, la voz de su amo.

- Mi sargento, comandante Pérez... —anunció un guardia.

- No, no, no sigas, tienes mi respeto. Ya, te entiendo, uno es un caballero — le soltó Novo a Reyes, mientras se dirigía a su despacho.
- Que no, mi sargento, que no —repitió Reyes, negando con la cabeza e intentando hacer cambiar el punto de vista de su superior.
- Claro hijo, claro. Si yo tuviera tu edad... Si lo entiendo, una tía buena, sola, sin amigos, te la llevas a tu casa —respondió socarronamente—... Anda campeón, vete a hacer lo que tengas que hacer. Ya veo que estás "sobre el asunto". ¡No la pierdas de vista! —añadió con malicia y sin dejar de sonreír.

Reyes se quedó pensativo unos instantes. Reconocía que la inspectora era atractiva y podría fantasear si se dejase a sí mismo, pero él no era de esa clase. La vida no tenía por qué reducirse a que cualquier roce con gente del otro sexo tuviera que acabar haciendo la croqueta en la cama. Estaban trabajando juntos y ya está. Solo eso. Cuando la invitó a quedarse en casa, no pensó en nada más que en hacerle un favor a un colega. Pero el sargento tenía otra forma de ver la vida, más simplista o más primitiva. Quizá el equivocado era él, quizá no. Y no soportaba las risitas ni los comentarios de macho ibérico. Lo había salvado la campana. El tal Pérez, el misterioso comandante al que nadie había visto. Pérez... habían hablado unas cuantas veces. Tenía algo en su voz... era simpático. Quizá demasiado. No, definitivamente, no le gustaba. Nada.

No tenía prisa por regresar, su vivienda estaba a unos pocos kilómetros del puesto de la guardia civil de Buñol. Además, sabía que Lola se tomaría su tiempo para volver a estar operativa. Recordó que cuando alquiló la casa, los compañeros pensaron que era una estupidez, y que el chico nuevo era más tonto y raro que otra cosa. Pero él quiso mantener cierta distancia. La necesitaba para no sentirse al pie del cañón todo el día, para tener espacio y aislarse de los chismorreos.

Venía de una ciudad mediana, diez o quince minutos de coche eran una nimiedad, un precio asumible para que su intimidad estuviese un poco más a salvo dentro de las posibilidades que le brindaba su primer destino: un pueblo de poco menos de diez mil almas. Casi veinte mil ojos aburridos, esperando a que ocurriera algo con lo que alimentarse y digerirlo para después

regurgitárselo a los vecinos y romper la puta rutina, aunque ese algo fuera una cara nueva que vive dos calles más abajo y hace lo mismo que los demás. Simplemente, el morbo de un rostro con facciones poco familiares.

Tras liberarse del ensalzador de machos ibéricos, se dirigió a la oficina donde estaban los archivos, revisó la documentación y cogió todo lo necesario para llevárselo a la policía. Mientras, a unos metros de distancia, el sargento toreaba en otra plaza.

- ¿Gabi, cómo ha ido?
- A tus órdenes, mi comandante.
- Déjate de gilipollecés. Al grano, que no tengo todo el día.
- He dejado a Reyes controlando el tema. Se lo ha tomado en serio.
- No me jodas, Gabi, ¿confías en el niño?
- Mi comandante, no es mal chico, a veces un poco moderno para mi gusto, pero supongo que va con los tiempos. No lo puede evitar, ya sabe, la tele, la puta libertad de prensa y toda la basura que sale en los periódicos. Si sigue bajo mi ala, creo que haremos algo bueno con él.
- ¿Te pongo a alguien?
- No, no hace falta.
- ¿Seguro? No me cuesta ningún trabajo. Tengo a Urruti libre.
- No es necesario, seguro.
- ¿A ver si la caga? Te estás jugando mucho, brigada Novo —dijo el comandante, recalcando el cargo—, te recuerdo que estás a un paso —concluyó.
- Mi comandante, confío plenamente en él. Es un *pichabrava* y los tiene muy bien puestos —aseguró el sargento Novo, con un punto de duda, pensando que no era lo mismo llegar a la reserva en su actual puesto que un peldaño más arriba. Ansiaba el ascenso y no podían fallar.
- ¿Estás seguro? Mira que esto es muy grande, ¡eh! No sabes los problemas que me están causando estos putos drogatas de mierda. Además, no veas cómo se está poniendo la cosa y la repercusión que puede llegar a tener. Joder, Gabi, no podemos dejar ni un solo cabo suelto. Un consejo: la

prensa, bien lejos; que no se convierta en una feria, ya me entiendes.

- Descuida, a tus órdenes.
- Novo, este caso es nuestro y no vamos a consentir ninguna intrusión, y menos de una mujer policía que nos deje en ridículo. Todo apunta a un suicidio por envenenamiento —dijo el comandante, tomándose unos instantes, para dar más seriedad a la conversación—, no me puedes joder y, sobre todo, no puedes dejar que saquen otras conclusiones, ¿entiendes? —concluyó.
- No creo que haya ningún contratiempo. Mi comandante, esta todo controlado, además, hemos tenido bastante suerte con la inspectora que nos han enviado, la tía es una de esas feministas prepotentes, mucha pose, muy borde, buenas tetas, crecidita y maciza, pero, entre nosotros, no parece muy espabilada.
- ¿Y el otro?
- ¿Qué otro?
- Coño, Gabi, hoy estás tonto de los cojones. El otro policía.
- Mi comandante, eso es lo mejor, está sola.
- ¡No jodas! Bueno. Esto lo cambia todo. Parece que, por una vez, los de arriba no nos dejan con el culo al aire.

КОЛЫМА (final de verano 1962)

Mijail estaba agotado después de haberse cruzado la Unión, con escala técnica de por medio. El vuelo del Antonov 8 había sido todo lo incómodo que cabía esperar, sin azafatas ni café con bollos ni periódicos. Y él era el más afortunado, porque los demás pasajeros hacían el vuelo forzados y sus billetes eran solo de ida, Moscú-Evensk. Larga estancia con pocos gastos pagados. Y tenían suerte, porque el viaje, en barco, era peor. Habían llegado a su nuevo hogar.

El paisaje era bello, hostil y abrupto. Con la fascinación que produce la naturaleza cuando se muestra inmisericorde con los débiles. Misha sentía la llamada del lado oscuro y presentía que la fatalidad estaba agazapada tras las colinas, para cebarse con los que fallasen. Pudo imaginarse los rugidos de la nieve en invierno y las manadas de lobos o los osos patrullando el perímetro, esperando a algún desesperado, como un maná o la cena de Nochebuena. En aquella época del año sus ojos contemplaron un pedregal montañoso con algunos matojos en flor. Una maleza que, durante el verano, se empleaba a fondo para dar un tono verde avergonzado a la corteza terrestre bruta, rota por los barracones de madera y piedra. La impronta humana ensuciaba la foto. Y, al igual que en Norilsk, la mano de obra barata servía para arrancarle materias primas a un subsuelo rencoroso, que se cobraba caro cada gramo que concedía. Un precio que el Politburó pagaba con pellejos ajenos sin rechistar. Sin medidas de seguridad, sin huelgas, sin felicidad ni derechos. Minería de saldo en el país del proletariado.

Al cruzar la puerta de entrada al campo pudo leer la frase de Stalin del 31, que todavía retumbaba en la cabeza de los soviéticos: "El trabajo es un asunto de honor, valor, gloria y heroísmo".

El teniente Novikov bajó de su transporte, respiró hondo y miró a su alrededor aceptando su destino. Calculó que viviría allí al menos un par de años, y no le importaba, ya nadie le esperaba a su regreso en Moscú. Además, dos años no era nada comparado con los veinticinco que la mayoría de los pasajeros del Antonov tenía por delante, él portaba un arma y disfrutaría de vacaciones.

Misha observó al comité de bienvenida, con la curiosidad del mono nuevo que

llega a la jaula del zoo, con una extraña sensación en el estómago. Despacio, deteniéndose en cada detalle. Aprendiendo, sabiendo que el escenario no daba segundas oportunidades. Recorrió el complejo con la mirada, buscando a los líderes, tanto guardias, como presos. Identificar a los machos alfa. Pudo ver media docena de soldados armados, tres perros y un número indefinido de convictos, ajenos a la actividad social, apáticos. La mayoría de ellos ni siquiera se molestaron en levantar la cabeza para echarle un vistazo al nuevo carcelero, excepto un par que parecían expectantes, deseosos de algo. Recordó sus caras. Averiguaría quiénes eran. Los vigilaría de cerca. Él sabía que para ellos, para los *zeks*, el nuevo teniente era solo un perro guardián más, con pistola al cinto, capaz de acabar con sus sufrimientos o hacerles la vida aún más dura. Y por supuesto, eran fieras encerradas que lo devorarían ante el más mínimo error como las pirañas del acuario, sin dudar un instante y sin importarles lo que hubiera dentro de la ropa de teniente recién estrenada.

Contempló la fila de miserables que se apeaban del camión, con los pies trabados, como una reata de caballos, camino de los barracones. No pudo evitar pensar en la ex novia que había dejado en Moscú, en que nunca volvería a verla y que jamás sería suya. Todavía la amaba, y sabía que en ese mismo instante Tania, o como se llamara, estaría ocupando un puesto en un destino similar, pero ella estaría en el lado más amargo de la verja. Sentía rabia y lástima al mismo tiempo. Tenía que centrarse en su trabajo.

Los observó: carne nueva, tersa, aún con el recuerdo en la pituitaria del jabón y de la ducha de agua caliente de un hogar que pronto olvidarían. Ya olían a podrido. Misha había aprendido a leer sus pensamientos, imaginando cómo eran sus vidas y cuáles eran sus aberraciones. Los conocía bien, desde hacía años, desde que él era pequeño. Él había vigilado de cerca a los enemigos de pueblo, cuando los veía caminar por la zona, desde el otro lado de la valla, en Norillag. Estos eran otros, pero sus rostros parecían idénticos. Como si siempre fuese el mismo prisionero clonado. Puede que lo hubiesen escogido para el puesto por su capacidad de observación. O quizá no y le tocó el premio por ser huérfano, por pensar más de la cuenta o por haberse enzarzado en una discusión absurda con uno de sus profesores de último curso. Puede que aquel tipo, el comisario del que ni siquiera sabía su nombre, hubiese dicho la verdad y lo hubiese seleccionado personalmente. ¿Por qué? Daba igual.

Misha sabía que muchos de los reclusos no durarían un año, que él redactaría las notificaciones de defunción y sabía cómo funcionaba el sistema que los había deportado al culo del mundo. Tortura, confesión y juicio. Después, si no los sentenciaban a muerte, los reos comenzaban de inmediato su *readoctrinamiento* en un campo, con sorprendente diligencia, sin revisión ni apelación. Se sometían a una nueva realidad. Aprenderían, aunque fuese a golpes o a tiros. Tendrían todo el tiempo del mundo para hacerlo. Para volver al redil. Para dejar de leer libros prohibidos o para dejar de hacer comentarios inapropiados en voz alta. Y pastorear a los desviados era la misión que le habían encomendado al joven teniente Novikov.

Pero ya no era el niño de Norilsk que miraba tras la valla. Había evolucionado y había descubierto que el sistema, como un torrente tras la primera tormenta del otoño, arrastraba inmundicias. Había aprendido a disimular y no mostrar su desacuerdo ante ciertos aspectos turbios. Sabía que muchos de aquellos pobres desgraciados no habían llegado hasta allí para aprender nada nuevo. No eran enemigos de la URSS y Misha, personalmente, no tenía nada contra ellos. No, no le gustaba la jerga empleada. La gratuidad y la impunidad con la que los burócratas desacreditaban y humillaban a aquellas personas. Era una falsedad. Sabía que los habían quitado de en medio para que no molestasen y que sus gritos no perturbasen los cimientos del orden establecido. O peor, por rencillas personales. Y le molestaba, porque el sistema era lo suficientemente robusto como para no quebrarse por unos cuantos disidentes. Pero a nadie le importaba lo que él pensara o quizá sí y era mejor mantenerse callado. En cualquier caso, era su trabajo. Y cumpliría... para poder escapar en primavera.

Beirut (verano de 1977)

- ¿Qué quieres ser de mayor, Nabil?
- Mamá, quiero ser piloto de helicópteros.
- ¿Por qué?
- Porque son como las libélulas. ¿Las has visto volar? Son mágicas.
- Y muy hermosas.
- Mis favoritas son las azules. Cuando son pequeñas, pueden estar hasta cuatro años viviendo debajo del agua.
- Y, ¿qué hacen?
- Cazar.
- Nabil, sabes muchas cosas de las libélulas. ¿Te las ha contado el abuelo?
- Sí, también me ha dicho que son carnívoras.
- Y, ¿qué otra cosa te gusta?
- Ir a cazar con el abuelo.
- También como las libélulas.
- Sí, igual que ellas. Son muy fuertes. Mamá, ¿tú crees que podré ser piloto?
- Puede que algún día, hijo. Algún día.

Era como una parte más del procedimiento, cada vez que Nabil Elbouri se acomodaba en el asiento del Bell UH-1H repetía la misma ceremonia: cerrar el *cockpit*, conectar *brakers*, encender luces anticolidión, la conversación con su madre de hacía unos años... Siempre en el mismo orden. Le traía suerte. Desde que todo empezó, o quizá desde que se precipitaron las cosas, como cuando el profesor de química mostraba cómo se llegaba al punto de saturación en las disoluciones, cuando ya no se admitía más soluto y comenzaba a dejar posos en el fondo del vaso. Parecía brujería. Puede que el estallido del 13 de abril de 1975 fuese algo así, una precipitación del exceso manejada por una mano negra.

Y todo comenzó con un asesinato múltiple, *micromaldad* que podía haber pasado inadvertida para la gran mayoría, como echar un poco de azúcar en

agua y remover, pero ya no cabía más. El atentado contra los falangistas cristianos se convirtió en la excusa para masacrar un autobús cargado de palestinos. Cuatro, veintiséis, doscientos... Después, la escalada de violencia fue imparable y la guerra se adueñó de la calle devorando a sus siervos. Como tantas otras veces a lo largo de la historia, siguiendo el ritual de despilfarro de sangre. Y como en un juego, el reparto desigual: para unos, el ataúd, para otros, los supervivientes, su hábitat y para los señores de la guerra, un negocio de miles de millones de dólares. Ese era su país, el sitio donde vivía junto con los muertos, las explosiones y los tiros. El hogar de Nabil.

- ¿Y padre?
- Tu padre es un hombre importante, Nabil.
- ¿Cuándo lo voy a conocer?
- Algún día hijo.
- Eso me dices siempre...
- Ya lo sé. Pero todavía eres pequeño. No lo entenderías.
- Madre, ya no soy un niño.
- Es verdad, estás creciendo mucho. Ya tienes casi trece años y eres el hombre de la casa. Es que no quiero darme cuenta.
- Venga, mamá.
- Es peligroso
- ¡Mamá!
- Nabil... si te lo digo ¿lo mantendrás en secreto?
- Sí madre, te lo prometo.
- Está bien, pero no se lo puedes decir a nadie.
- ¿Ni al abuelo?
- Ni siquiera al abuelo.
- Trato hecho.
- Recuerda, me lo has prometido.
- Sí.

- Hijo, fue hace mucho tiempo, cuando era joven. Tu padre y yo nos conocimos en la universidad americana y nos enamoramos sin pensar en nada ni en nadie más. Por eso naciste tú, porque nosotros quisimos que fuera así. Pero no es fácil, aquí no. No espero que lo entiendas todavía, pero no podemos vivir con él. Quizás algún día...
- ¿Por qué? ¿Ya no te quiere?
- Sí, Nabil, nos queremos mucho, pero es complicado.
- Entonces, ¿es por mí?
- No, cariño, no es por ti. Tu padre pregunta por ti, pero él...
- ¿Qué?
- No pueden vernos con él...
- ¿Por qué?
- Hijo, tu padre es druso.
- ¿Y por eso no puede venir a casa?
- Así es.
- ¿Por qué?
- Hace mucho tiempo hubo una guerra contra los drusos.
- ¿Mucho?
- Más de cien años.
- Y ¿qué pasó?
- Que perdimos y mataron a la familia del abuelo.
- Y ¿por eso el abuelo odia a los drusos y no puedo ver a mi padre?
- Más o menos. Cuando seas mayor lo entenderás...
- Entonces, ¿ya no soy maronita?
- Claro que sí, hijo, eres como los demás.

Y ahí estaba una vez más, poniendo en marcha su libélula de acero importada de la guerra de Vietnam, perfectamente engrasada para que el negocio siguiera funcionando. Ni siquiera recordaba cuántas misiones llevaba. Y daba igual, era una incursión más en las posiciones en el sur del Líbano, en la franja

maldita donde los milicianos del frente popular se habían hecho fuertes. Un ataque contra los sin tierra, para expulsarlos del trozo de suelo que ocupaban y ser digno de su apellido.

Cada vez era una demostración de su fe y de su militancia. Una prueba exigida desde las filas del Kataeb que miraban con recelo al aprendiz de falangista de padre desconocido. Pero Nabil no mostraba señales de dudar ni un instante. Y lo hacía por el honor de su madre y el de su abuelo. Cumpliría ciegamente las órdenes: irían a la frontera sur para atacar los asentamientos de los palestinos y echarlos de una vez de su país como habían hecho los jordanos unos años antes. Los problemas de los parias no eran de su incumbencia y se habían convertido en una amenaza para el fin la guerra. Las continuas incursiones de la OLP en el territorio de Israel, daba pie a que estos devolvieran el ataque sobre los pellejos de los que pisaban la tierra del cedro, fuera cual fuera su credo, echando más gasolina al fuego.

- Entonces, madre, el hombre que me presentaste esta mañana, ¿es mi padre?
- Sí, Nabil, es él, ya lo has conocido.
- Has tardado dieciséis años en decirme quién es, madre. Y no es un druso cualquiera, es un *uqqal*.
- Se llama Sami El Masri. Es muy respetado en su comunidad.
- Es horrible, lo odio.
- Hijo, es complicado. Espero que lo entiendas, ya eres lo suficientemente mayor. No lo odies, es tu padre y hace mucho por este país. Y también por ti.
- Pero entonces, no vamos a poder estar juntos nunca. Me has engañado. No es solo por el abuelo. También es por su familia. Ellos tampoco aceptarían un matrimonio con una maronita. Ni a un hijo. Es como si...
- Sí, sé lo que piensas. Así es. De momento. Pero puede cambiar. Y cambiará. Algún día nadie pensará en maronitas, suníes, drusos o judíos. Solo serán personas. Ya lo verás.
- El abuelo dice...
- El abuelo, siempre el abuelo. Hay que dejar el pasado de lado para no repetir el mismo futuro, Nabil. No digo que lo olvides, pero no dejes que

te lastre ni que se perpetúe.

- Mataron a tu familia.
- Los que lo hicieron ya están muertos... Hijo, no podemos cometer los mismos errores generación tras generación, como si fuera una tradición o un elemento cultural a preservar. El nieto del asesino de tu bisabuelo es tan inocente como tú. Espero que lo comprendas y que tu generación viva de otra manera. Tu padre y yo hemos gastado nuestras vidas para que sea así. Para eso te he educado. Y me gustaría verlo antes de morir.
- Y ¿cómo puedes?
- ¿Vivir así? Porque este es mi hogar y no quiero estar en otro sitio.

Era una misión como otra cualquiera. Tripulación: 4 personas. Velocidad: 140 nudos. Altitud de crucero: 7000 pies. Temperatura exterior: 12 grados. Armamento: 2 M60. Volaban costeano hacia el sur, siempre hacia el sur con el sol saliendo entre las montañas por el lado izquierdo. El valle de la Bekaa un poco más al este. En diez o quince minutos desaparecería el velo de invisibilidad que brindaba la noche. A partir de ese momento, no solo serían el ruido característico de una batidora gigante amasando aire, sino que también perdían el encantamiento como la Cenicienta a las doce de la noche. También se esfumaría la extraña paz silenciosa que reinaba durante esos minutos místicos en los que se sentían como gladiadores encomendándose a los dioses antes de pisar la arena. En cuanto descendiesen, los enemigos podrían disparar sobre ellos. Y, como tantas otras veces, lo harían devolviendo el mismo odio de ida. Comenzarían los gritos en la cabina y los miedos. Tenían que ser muy rápidos y actuar perfectamente coordinados para volver a casa de una pieza.

Ese era el momento de Nabil, el instante en que se conectaban sus dos mundos. Los palestinos no eran bienvenidos en su país, ni para los drusos ni para los cristianos maronitas. Servía a sus dos causas y sentía que su cuerpo estaba en conexión consigo mismo, como si fuera una alineación cósmica. Honraba a todos sus cromosomas, a sus dos estirpes. Y cazaba, como cuando, de pequeño, el abuelo se lo llevaba a escondidas para pegar unos tiros al primer bicho que se moviese, disparando por el puro de placer de sentirse el rey de la creación. Empuñar el arma era casi como ser un dios con derecho a decidir sobre la vida y la muerte. Eso hacía, atacar el campamento viendo puntitos

escondiéndose en sus madrigueras o corriendo de un lado a otro, como conejos. Cazar, disparar hasta que los conejos dejaban de moverse.

- Abuelo, ¿por qué vamos a cazar?
- Porque nos gusta.
- A mí, a veces, no sé si me gusta, abuelo.
- Claro que sí, Nabil. Lo que pasa es que todavía no lo sabes. Eres muy pequeño aún.
- Ya soy mayor, tengo ocho años.
- Sí, ya eres mayor. Ya verás. ¡Mira aquella perdiz!
- ¿La de la rama?
- Sí, coge mi escopeta. Si aciertas el disparo, será la cena.
- Y ¿qué tengo que hacer?
- Tienes que poner el puntito del final del cañón encima de la perdiz, y apretar el gatillo. Eso es todo.
- ¿Así de fácil?
- Sí, pero sujeta bien la escopeta que no se mueva. Anda, que te ayudo.

Nabil no tenía miedo, o eso creía. Por lo que decían, sabía que la bala que te da no duele ni se oye y, si te mata, ni se siente. Pero eso son palabras huecas de quién no ha muerto nunca y puede que ni siquiera se haya encontrado en una refriega. Sintió un agarrón fuerte que lo descompensó. Lo tiró hacia la izquierda, dándose un golpe contra el *cockpit* y comenzó a sangrar copiosamente. En un instante sintió que la herida le quemaba como un martillazo en un dedo y no era capaz de pensar con claridad qué tenía prioridad, si mantener el helicóptero volando o si apretar el agujero que tenía en el hombro para no vaciarse como una botella de cerveza agitada. Perdieron altura mientras los palestinos se ensañaban con ellos como si fueran la paloma en un tiro de pichón. Y siguió con fe ciega la última idea que surcó su mente antes de caer: cruzar la frontera sur y aterrizar en territorio no hostil.

La cena. A las afueras de Roma (Viernes, 15 de septiembre 1989)

Desde que dejó a Vlad el día anterior, había madurado la propuesta. Lo haría, sí. Porque lo necesitaba. Pero Toni tenía el miedo de la primera vez que hacía algo más que pillar desprevenido a un pardillo. Entraría en una casa, inmovilizaría a sus ocupantes y se llevaría un succulento botín. De la forma más aséptica que pudiese. Después pensaría qué hacer con su vida. En su cabeza había una luz roja encendida desde hacía tiempo, y no podía ignorarla más. Sabía que el camino que estaba recorriendo se había vuelto inhóspito, ya no le parecía atractivo, pero estaba enredado. No encontraba el sendero de regreso a casa. Pero, al menos, reconocía que tenía que comenzar a buscarlo.

Aquel viernes, cuando Toni dejó al agente Bruno Barone fue en dirección a la estación. Hizo sus cuentas, dos veces, pensando, tranquilizándose. Su antiguo amigo había sido generoso. "*Un yonqui sableando a un policía*", pensó. Le pareció divertido. Quizá Bruno lo hiciera por el pasado o puede que por quitárselo de encima. Daba igual. Tenía dinero suficiente para el billete de ida y vuelta. Incluso le sobraba algo. O bien... tenía dinero solo para la ida en tren, y para hincarse un viaje. Sería la última vez, la despedida. Era perfecto. Además, si no se metía algo, no podría continuar. Le estaba reventando la cabeza. Solo necesitaba para la ida. Se echó a reír, pensó que con lo que iba a robar se podría buscar un taxi conducido por el puto Presidente de la República. Se encontró con una cara conocida, Vlad. Recibió las últimas instrucciones a pie de andén y salió de Roma Termini, colgado, cogiendo la línea FR3 hasta la parada de La Olgiata.

Después, gastó casi una hora deambulando. Desorientado. Consiguió llegar a dónde le había indicado aquel tipo, Vlad, con su extraño acento y sus maneras de rico. Comenzó a pensar. ¿De qué lo conocía? ¿Se podía fiar de él? Hasta ese momento, le había parecido un buen tío, un colega. Pero... ¿se llevaría un cuarenta por ciento de lo robado por la información! Al menos, inicialmente, ese era el trato. ¡Puto idiota! Con suerte, Toni, no volvería a ver más a ese miserable con aires de conde centroeuropeo. Definitivamente no. No compartiría lo aprehendido. En primer lugar, el chivatazo, el pasamontañas y la pistola no valían ese porcentaje. Él era quien se la jugaba. Un desconocido en un pueblo pequeño, merodeando con ojos de lobo hambriento, de aspecto sospechoso y portando una mochila a la espalda cargada con el instrumental

necesario. Si lo paraban, estaría perdido. Muchos días. Sin poder reblandecer sus neuronas con basura. Lo pasaría mal y acabaría encerrado por demasiado tiempo. En segundo lugar, la excusa de Vlad para no acompañarlo era poco sólida, argumentaba que lo podían reconocer. Toni se asqueaba con esa clase de tipos: pusilánimes incapaces de hacer algo, de coger al toro por los cuernos, buitres siempre escondiéndose detrás de otros, esperando a que los demás hiciesen el trabajo sucio por ellos. Él no era así. No compartiría el botín con esa rata y esa noche daría un giro definitivo en su vida.

"*No tiene pérdida*", recordó las palabras de Vlad cuando se encontró a sí mismo delante de la finca y así era. Sin duda alguna, a aquellos tipos les iba muy bien. Vlad no había exagerado. La mansión era un antiguo castillo medieval, incrustado en la piedra, como si alguien se hubiese ocupado de darle forma geométrica a la roca. La fortaleza se había construido sobre una pequeña colina, infranqueable. La muralla exterior tenía una altura de cinco o seis metros. Podría intentar escalarla, pero no se le daba bien.

Toni decidió esperar a que anocheciera. Quedaba poco. Repasó los alrededores. Tan solo dos coches aparcados, un Porsche 911 Targa y un BMW 635CSI. Eran una pareja, recordó. Dio una vuelta al perímetro, buscando la mejor manera de entrar. No tenía prisa. Todavía quedaba al menos una hora de luz. Al final lo encontró. El único punto por el que parecía lógico entrar era un trozo de valla de unos dos metros de altura, en estado ruinoso, con varios huecos, que fácilmente servirían de apoyos. Entraría por allí.

Una vez dentro, se encontró en un pasillo de unos cuatro metros de ancho, con bastante maleza, salvaje. Si se movía con sigilo no sería visto. Estaba oscuro. En su lado izquierdo tenía el muro exterior de la finca que le proporcionaba cobertura frente a la única farola de la calle y en el derecho la base del castillo. La primera ventana estaba a unos siete u ocho metros de altura. Recorrió el jardín furtivamente. Agudizó sus sentidos.

Vlad volvió a su mente, tuvo miedo y pensó en abortar su misión. ¿Quién era de verdad? Aquel extranjero se había interesado por él y le había ayudado, pero ¿por qué? Pensó rápido, agobiado por su sexto sentido, y llegó a una conclusión convincente: el tipo debía de tener planeado el golpe desde hacía tiempo, y necesitaba a alguien para ponerlo en práctica. Vlad se había

aprovechado de él. Era un cobarde.

Continuó recorriendo el perímetro, despacio, aún asustado, con el corazón a punto de salirle por la boca. Llegó a las inmediaciones de la puerta de entrada a la mansión. Un impresionante arco de piedra que daba paso a un jardín interior. Se escondió y se quedó completamente quieto. Tenía que observar. Vio a unos metros a una pareja, en medio del patio del castillo, sentados, parecía que estaban celebrando algo especial. Debían de ser millonarios. Cenaban y hablaban, pero no los podía oír. Toni estaba sudando, mareado. Necesitaba parar, descansar y tranquilizarse. Lo que iba a hacer... ¿Y si tuvieran armas o hubiese más gente? Tenía que respirar hondo. Calmarse. Si no actuaba con profesionalidad, podrían matarlo. Comenzó a sentir que se le estaba pasando el efecto de la última dosis. Pronto necesitaría más. Tenía que apaciguar al monstruo que lo corroía por dentro, si no, lo devoraría; se calmó, sabía que lo saciaría de inmediato. Se tocó la cara. Estaba empapado en sudor. Y no se había puesto el pasamontañas.

- Puta ... —exclamó Toni sin pensar, arrepintiéndose inmediatamente de haber abierto la boca.

Se quedó observando a la pareja. Era un tipo afortunado, no lo habían oído. Abrió su mochila. Cogió la pistola. Sabía poco de armas, pero la que llevaba parecía fácil de manejar. Era un revolver, como los de los westerns. Se cubrió la cara, respiró hondo y escuchó la voz de la heroína pidiendo una nueva cita con la jeringuilla. Lo tenía que dejar en cuanto pudiera. "*Adelante, a por ellos*", pensó. Y recorrió la distancia hasta donde estaba la pareja.

- ¡Uff, qué guay!, de primera —dijo ella, mirando al intruso con un extraño contoneo.
- Adelante, te estábamos esperando —añadió él, riéndose y tambaleándose incapaz de tenerse en pie.

El ladrón novato se quedó extrañado con la reacción de la pareja, perdió la concentración tan solo unos segundos, pero no estaba dispuesto a relajarse. Aunque era su primera vez, sabía que no era lógico que las víctimas se pusieran contentas, por muy pirados o borrachos que estuviesen. Lo habitual

era gritar, correr, o, lo propio de amantes y parejas, tratar de hacerle frente. Toni tenía que ser violento, sin escrúpulos y sin fallos. Les pegaría, a los dos, con contundencia. Pensaba que, en estos casos, siempre es mejor dar que recibir. Lo hacía bien y no le suponía ningún cargo de conciencia. Eran unos putos narcos. Los culpables de su adicción.

En ese momento Vittorio que tenía una copa en la mano, se cayó torpemente al suelo y comenzó a reír, boca arriba, pataleando como si fuera una cucaracha gaseada. Toni lo miró confuso, vio cómo milagrosamente la copa se había salvado y tras unos segundos, decidió que era un buen momento, se acercaría al borracho tirado en el suelo y le propinaría una buena patada en el estómago, sin pasarse. No tenía intención de matarlo. Porque si lo hacía, habría una investigación. No, solo les haría el daño suficiente para que supieran qué tenían que hacer. No saldrían malheridos, aunque sí un poco magullados. En cuanto los pusiera a tono... Si eran lo suficientemente inteligentes, harían exactamente lo que él les ordenase. Tenían que captar el mensaje, y pronto, cuanto más rápido fuera todo, mejor. Se acercó con cautela al hombre tirado en el suelo, empuñando su arma y justo cuando iba a lanzar su pie, la mujer reclamó su atención. Sonreía, se había quitado la ropa y estaba totalmente desnuda.

- Hola cariño, te he estado esperando toda la tarde, has sido malo y has tardado demasiado. ¡Quítate la ropa!... ya sabes lo que tienes que hacer — dijo ella con voz sensual, alcoholizada.

El intruso se quedó paralizado, perplejo. Era el atraco más extraño del mundo. Rápidamente evaluó la situación. El tipo estaba tirado casi sin sentido y la chica estaba muy buena y poniéndose a tiro para echar un polvo. Hacía tanto tiempo que solo tonteaba con la jeringuilla... Dudó unos instantes, el otro tenía un aspecto lamentable, sencillamente no estaba en condiciones y no les iba a molestar: cuando se la follara retomaría el asunto del robo.

Comenzó a quitarse la ropa mientras se acercaba a la mujer, apuntándola con su pistola y sin saber qué hacer con ella. Pensando que no debía soltar el arma. Dejó al hombre semiinconsciente en el suelo, a su izquierda, un poco por detrás, casi fuera de su vista y avanzó hacia su trofeo. Ese preciso instante era lo que esperaba Vittorio, y como aparecido de la nada, tan rápido como

pudo, sacó el cuchillo que tenía guardado en la espalda entre la camisa y el pantalón. Al momento, se acercó gateando y se lo clavó en el pie izquierdo a Toni, que sintió un escalofrío recorriendo su pierna que le paralizó. El intruso dio un grito por el dolor y sintió un espasmo que no pudo controlar y que casi le hace perder la pistola. Alma se tiró al suelo en el instante en que Toni Rosso, forcejeando con su rabia, soltó un disparo. Tras la detonación, permaneció unos instantes aturdido.

- ¡Cabrón te voy a matar! —gritó rabioso, fuera de sí, ordenando su mente y recuperando su interés en el hombre.

¿Tenía que volver a su plan inicial? No, ya no, se desharía del tipo. Lo liquidaría. Después mataría a la mujer, que parecía débil e inofensiva. Le daba igual la policía, la investigación, las huellas o el puto Vlad. Estaba rabioso. Consiguió darse media vuelta con bastante torpeza porque el cuchillo había atravesado el pie y se había clavado en el suelo. Aturdido por el dolor, empuñó el arma con fuerza. Se disponía a disparar a su agresor que estaba alejándose por el suelo como si fuera una lagartija. Temblaba. Necesitaba unos segundos para apuntar bien y acabar con aquel hijo de puta. Lo tenía ya a tiro, en un instante apretaría el gatillo. Centró toda su atención en aquel cabrón que estaba huyendo y no se percató de que Alma sacaba del jarrón de la mesa una barra de acero. Rápidamente, desde atrás, le partió el brazo de la pistola con un tremendo golpe. El atracador se quedó inmóvil, gritando, sin fuerzas en su brazo, aguantando la pistola, que se había quedado enganchada en el dedo del gatillo, pero manso como un cachorro. Alma le retorció el brazo roto y le quitó la pistola. Sin vacilar lo más mínimo, le disparó en la pierna derecha.

El hombre cayó de rodillas al suelo, incapaz de ponerse de pie, tenía las dos piernas inutilizadas, y comenzó a arrastrarse por el suelo, lento, como una babosa, dejando un reguero.

- ¡Putá, cabrón, os voy a matar a los dos, hijos de puta, os voy a machacar! —gritó mientras se retorció de dolor e intentaba quitarse el cuchillo del pie izquierdo.
- Haz que se calle —dijo Vittorio, con tono trivial, sin levantar la voz, sensiblemente molesto.

- Ahora mismo, cariño —respondió Alma, divertida.

La mujer desnuda manejó al hombre de cerca de 100 kg de peso con una habilidad impresionante. Le trabó las piernas con los pantalones, que tenía a medio poner; le amarró las manos a la espalda con bridas y le colocó en un tobillo unos grilletos que estaban clavados al suelo. Por último, le tapó la boca con la cinta americana.

- Bueno, ¡por fin podemos cenar! —dijo Alma llevándose una mano a la frente, y continuó— ¿me pasas la ropa?
- Claro, cariño. Has estado espléndida.
- Tengo un hambre...
- Y yo —contestó Vittorio.

Macastre (lunes, 10 de abril de 1989)

Lola no era partidaria de hacer grandes maletones por si nevaba, hacía sol, caía un meteorito o comenzaba la tercera guerra mundial... Pero, esta vez se había pasado, no traía casi nada, dos mudas de ropa interior, el neceser, un vaquero viejo, un par de camisetas y un jersey. Y lo peor, que lo recordaba perfectamente, había olvidado el resto del equipaje en la calle. La maleta se quedó como un perro abandonado en verano junto al portal del piso y, ni siquiera albergaba la esperanza de que un vecino misericordioso la inspeccionase, reconociese el contenido y después, se la devolviera. La pasada noche había dormido en el piso de Ernesto.

Salió del baño con la misma ropa que entró y la sensación de dejar el trabajo a medias. Había estado pensando bajo la ducha mientras entraba en calor. Repasó mentalmente la información que le habían enviado por fax el día anterior, pulverizándoles el tiempo libre que tenían para ser amantes. Desde el primer momento, el caso llamó su atención. Por un lado, le parecía extraño, sobre todo el hecho de que apareciesen dos de los cuerpos tan cerca el uno del otro en el espacio, pero con tanta distancia temporal, como si el asesino fuese aficionado a las cuestiones relativistas. No era lógico, alguien se estaba riendo de los investigadores, y desde ese momento, también de ella. Por otro lado, creer que la tercera desaparecida estaba viva era mejor que la otra opción.

Encerraría a aquellos hijos de puta y de paso, rescataría a la que quedaba. Pero, ¿por qué los habían matado? y, ¿por qué a la otra no? ¿Qué sentido tenía para los asesinos volver al lugar donde abandonaron al primer cadáver? Eran demasiadas preguntas. Necesitaba más datos y esperaba que su anfitrión cumpliera su misión y no se dejase ningún conejo en la chistera. Los trucos sucios le jodían enormemente como una rozadura con zapatos de tacón nuevos y sabía que podía ocurrir, que la utilizaran para resolver el caso ocultándole información, para que los de verde se apuntasen el tanto. Se lo había advertido Ernesto: la cooperación entre cuerpos era un tema peliagudo y los roces o los piques eran habituales. Pero ella no estaba allí para iniciar ninguna pelea, ni demostrarle nada a nadie. O quizá sí, pero a los suyos, a los de su oficina, con sus risitas y sus *capulladas*. Con una batalla cada vez tenía bastante. No estaba dispuesta a combatir en otras guerras. En cualquier caso, en breve

averiguaría de qué rollo iba Reyes. Pensó en dar un paseo, echar un vistazo, una toma de contacto, visitaría el bar del pueblo con las antenas puestas y, de paso, buscaría una tienda donde comprar un par de bragas y un paquete de tabaco. Se sonrió. Seguramente, no tendría mucho donde escoger.

Era un pueblo pequeño de casas bajas, sin la presión del ladrillo. Nada que ver con su barrio en la capital. Debía de ser un sitio tranquilo, calculó que sobre los mil habitantes. La temperatura comenzaba a ser más agradable. Se topó con varios vecinos que la saludaron con ojos de rayos X. Seguramente, ya todos se habían enterado de que el picoletto traía a una morena con pinta de moderna que conducía un coche amarillo chillón con la puerta del acompañante de color azul, como para pasar desapercibida. Las mujeres estarían escandalizadas por la desfachatez del representante de la ley y el descaro de la fulana y los hombres, babeando con grapas en los párpados para no perder detalle. Se los imaginaba subidos a las chimeneas de sus casas haciendo señales de humo para que todos en cinco kilómetros a la redonda estuviesen informados del cotilleo del mes.

Por el momento, no sabían que ella era poli, y quizá sería bueno mantenerlo en secreto. Se dio cuenta de que tenía hambre como si le hubiesen retorcido el estómago con un palo y le jodía, le cambiaba el carácter, como a un hombre lobo cuando hay luna. Necesitaba tomar algo, entró en el primer bar que vio, uno con la fachada pintada de verde descolorido, saludó como solo saludan los acostumbrados a vivir en la ciudad cuando pisan terreno desconocido, con extraña amabilidad; pidió un pincho de tortilla y una cerveza, se sentó en medio de la barra y comenzó a devorarlo como si fuesen a quitarle el plato en cinco minutos.

- Usted no es de por aquí —dijo uno de los parroquianos con pinta de cinturón negro tercer dan en ejercicios de barra de bar.
- Vaya, y es usted, muy perspicaz —contestó Lola.
- ¿Cómo dice? —preguntó con ira contenida, mirándola con desprecio.
- No, nada, me preguntaba que si soy la primera forastera que ve —contestó Lola, simulando desinterés.
- ¿Últimamente...? —rebuscó en su mente.

- Sí, últimamente —contestó Lola con hastío.
- Santi, no molestes, deja a la señorita en paz —dijo una mulata desde el otro lado de la barra moviendo la cabeza y mirándolo seriamente.
- No, no se preocupe, no me molesta —replicó Lola con una sonrisa forzada, negando con la cabeza, como si estuviese matando el rato.
- Perdónelo, es mi cuñado, se pone muy pesado, ya sabe... —concluyó la camarera, justificándose, haciendo el gesto de empujar el codo.
- Tú no te metas... —contestó Santi con malos modos.
- De verdad, no hay problema —le aclaró Lola, sintiendo la violencia de las palabras del tipo.
- Déjame pensar. Mmm. Sí, eres la única —respondió Santi, riéndose de ella, tuteándola.
- Qué lástima, estoy buscando a unos amigos... —dándose media vuelta y olvidándose de él.
- ¿Últimamente, cómo de últimamente? — volvió a preguntar el borracho reclamando la atención de Lola, con más ganas de charla.
- Santi, ¡ya! —ordenó la camarera.

Lola pensó que el tipo le estaba tomando el pelo, lo miró sin decir nada, dispuesta a mandarlo a la mierda. Todavía la comida no le había hecho efecto y no estaba para aguantar gilipollices. Esperó unos instantes perdiendo el interés, mientras que comenzaba a centrarse en el ABC que estaba en la barra: el ex-presidente Adolfo Suarez iba a comenzar una cruzada contra el PSOE en la Comunidad de Madrid, amenazaba con una lluvia de mociones de censura. Pensó en su padre y en el asco que le daba la política.

Levantó la cabeza un instante, con la mirada perdida, transportándose al lugar y al tiempo que su mente le estaba regalando: la playa de Conil de su infancia. Pero la magia se rompió por un movimiento inesperado. Uno de los clientes del bar se dirigió hacia los servicios y le dio la espalda. Apenas lo vio. Parecía fuerte, vestía ropa de cazador. Observó que tenía el pelo muy corto. Era castaño, casi moreno, con la piel oscurecida por el sol. Tenía varias cicatrices en la cabeza, como si lo hubieran operado a vida o muerte tras un accidente de coche. Lola decidió que no le encajaba. Parecía que venía de la

barra de donde estaba Santi, había dos vasos. Hasta ese momento, no había hecho un repaso del ecosistema y era un error. Primera lección para un policía. No es un trabajo, es una forma de vivir. Uno es policía las 24 horas del día, porque los cabrones ni duermen ni perdonan cuando estás de descanso. Comenzó a observar las caras de los clientes. Tres rostros resecos como la tierra que pisaban a punto de iniciar una partida de dominó y una pareja de jóvenes rematando el amor del fin de semana. Nada reseñable.

Recordó que cuando entró en la policía, creía que a un asesino se le tenía que notar, que tendría que llevar una especie de cartel de culpable en la cara. En este momento, la idea le resultó graciosa e infantil. Activó perezosamente sus sentidos, aún a la espera de que la glucosa llegase al cerebro. Parecían gente corriente con vidas normales. Sonrió refrescando la frase favorita de uno de los profesores de la academia: cualquiera de ellos podía ser un cabrón camuflado.

- El caso es que, desde hace algún tiempo, se ve alguna cara nueva por aquí... —dijo el borracho, haciéndose el interesante.
- Ah, ¿sí? —preguntó Lola, sosteniendo el periódico, sin dejar de escrutar caras.
- Sí, bueno, vienen, con ganas de juerga, ya me entiendes —respondió acercándose a Lola.
- ¿A menudo?
- Ahora mismo hay una.
- Anda, que gracioso. ¿Alguna más, aparte de la mía?
- Pues, casi todas las semanas vienen chavales, son buena gente, no suelen dar guerra y para mí que no tienen media hostia. Un grupo de pijos con pasta, aburridos de la movida de Valencia que se vienen al pueblo a ligar con las de aquí.
- Estoy buscando a uno moreno, pero... Quiero decir, de pelo oscuro, larguirucho, fuerte, como de unos veintipico años.
- Uff, son todos así, bueno, los hay altos, bajos, rubios, morenos...
- Será uno de esos... Se llama José —puntualizó Lola, inventándoselo.

- No puedo ayudarte —respondió Santi, comenzando a dudar.
- Santi... Cállate.
- Si no pasa nada, mi amiga y yo estamos charlando, ¿verdad, bonita?
- Sí, eso es, tú lo has dicho, hermoso, ¿y los otros? —preguntó Lola.
- Santi. ¡Ya! —exclamó la camarera con voz autoritaria.
- Disculpa morena —dijo mirando a Lola—, la de la barra es mi cuñada.
- Muy guapa —contestó Lola, algo confusa.
- Déjate de coña, esta —hizo un gesto con la cabeza, señalando a la camarera— es una puta que se cepilló a mi hermano e hizo que acabase en la cárcel por defender su honor. Hay que joderse, con su honor —concluyó, escupiendo en el suelo.
- ¡Santiago Cuevas, te estás pasando!
- ¡Te jodes! —le soltó, mirándola con odio—. Tú a mí no me mandas, *sudaca* —dijo, recalcando la última palabra.
- ¡Fuera, a la puta calle! —gritó la camarera.
- Déjenlo, no quiero molestar —contestó Lola, intentando que las cosas no se le fueran de las manos, mientras de fondo escuchaba los ladridos de un perro que le sonaba familiar—. *Ahora no, ahora no* —pensó.
- ¡Inspectora, eh... Lola! —dijo Reyes.
- Anda, ¡si he ligado con una madero de la secreta! —exclamó Santi, asombrado, cerrándose como una ostra.
- Sí, ya ves que sorpresa —resopló con resignación Lola—. Pero, no nos importa, ¿verdad? Lo nuestro es para siempre. ¿Por dónde íbamos?
- ¡Anda y que te den! —le espetó Santi, marchándose del bar.

Olor a perro (lunes, 10 de abril de 1989)

De camino a casa, Lola se sentía como el cura en el confesionario de una ermita, preparado para oír los pecados del viento. Aún le jodía la interrupción del guardia civil, tan solo habría necesitado unos minutos más con aquel imbécil. Salió del bar con la sensación de que el tipo tenía ganas de recibir su absolución e intuía que, a poco que se hubiese esforzado, Santi habría cantado sus pecados. Se quedó unos instantes dubitativa, miró de reojo la carpeta verde con un par de gomas que llevaba Reyes. Quizá descubriese algo en esos papeles y puede que el picoletto nuevo tuviera más ganas de cooperar que el sargento. Tomó una decisión: le tocaba el turno a Reyes.

- ¿Qué sabes del tal Santiago? —preguntó Lola con curiosidad, camino a casa del guardia civil.
- Poca cosa, el tío no es muy espabilado, es el borracho del pueblo y un fanático del fútbol, cada vez que hay partido la lía. Aparte de eso, desde que el hermano está fuera de combate, Santi es inofensivo como un gato sin uñas.
- Me pareció que quería aligerar la lengua. Eso, o hacerse el interesante con la forastera.
- A mí me parece más lo último.
- Puede ser —siseó dubitativa—. Y ¿del hermano y la cuñada?
- Esa es otra historia —contestó Reyes con celeridad.
- ¿Qué quieres decir? —preguntó con interés creciente.
- Pues que, no sé, son habladurías del pueblo. No te imaginas lo que es esto. Aquí se conoce todo el mundo y se saben hasta el detalle más insignificante de la vida del vecino. Además, lo comentan por entregas como si fuera la telenovela del mediodía. Y repiten los capítulos más que Verano Azul.
- Lo pintas tan bien que estoy deseando mudarme a vivir aquí.
- Te encantaría: aire puro, sin estrés, todo cerca... El problema es que, cuando yo llego, cambian de tema o cierran la boca. Desconfían de mí. Imagínate, un desconocido que además es guardia en el pueblo de al lado. Resumiendo, parece que el tal Salva, el hermano, no es trigo limpio y la

cuñada, Gisela, tampoco.

- Pues no me dices mucho, ¿no? —respondió casi insultante.
- Tranquila, que he tenido tiempo para sacar mis conclusiones —siguió Juan, con paciencia—. A ver, por lo que he ido averiguando de aquí y de allá, los hermanos Cuevas son las manzanas podridas del pueblo. Salva era el cabecilla y, el otro, el pobre diablo, era el brazo ejecutor. Para que te hagas una idea: Santi es más tonto que un centollo.
- ¿Tienen historial?
- Hasta lo de Salva, nada. Ellos siempre han estado vinculados a la noche, porteros en discos de verano, *puticlubs*, matones en timbas de cartas, alguna que otra bronca, en fin, un poco de todo.
- Unos benditos, ¿no?
- Sí. Los van a hacer hijos predilectos. Lo curioso es que siempre han sabido mantenerse fuera del radio de acción de la Guardia Civil, como si supiesen cuando dejar pasar un asunto o como si tuviesen un ángel de la guarda. No sé, a mí me parece sorprendente —concluyó Reyes.
- ¿Y qué pasó con Salva Cuevas? —preguntó Lola.
- Eso es aún más raro. Salva se encaprichó con una de las chicas del club de alterne de las afueras del pueblo.
- ¡Encoñao!
- Sí eso, y acabó casándose con ella cuando esta se quedó embarazada.
- No me jodas. Es la España profunda en estado puro.
- Y ahora viene lo mejor. Por lo que se ve, uno de los mejores clientes de Gisela cuando ejercía era Santi.
- Joder, por eso la tiene atravesada, porque ya no...
- Eso, ya no. Como te iba contando, desde que apareció Gisela en la vida de Salva las cosas cambiaron y para mejor. Cuando yo llegué al pueblo, ella ya estaba, no sé cómo era la vida de los Cuevas antes de ella. Pero, parece ser que les va muy bien.
- Que la fulana es lista de cojones, ¿no? —apuntó Lola.
- Debe serlo, en el pueblo la tachan de arpía, de descarada y de ambiciosa sin escrúpulos.

- Y ¿cómo te enteraste?
- ¿De qué? —preguntó el guardia civil, sin entender la pregunta.
- De que va a ser, de que les iba mejor que antes, de que prosperaban...
- ¿No te lo imaginas? —le interrumpió, sonriendo—. No hay nada peor, Lola —dijo contundentemente—. Es lo único que aligera las lenguas aquí, la envidia cochina. Ya sabes lo que dicen: el pobre que prospera, zancadilla de otro pobre espera.
- Me lo estoy imaginando: el macarra del pueblo con pasta en el bolsillo de la mano de una puta extranjera que se ha pasado por el camastro a toda la comarca, paseando un niño que podía ser hijo de cualquiera, y medio pueblo buscando algún parecido en el otro medio ¿no?
- Vaya, lo dices de una manera... Sí, supongo que algo así. Sigo: comenzaron a mostrar un tren de vida que no les correspondía, cogieron el traspaso del bar, compraron una finca, se hicieron una casa y compraron un coche para cada uno.
- Sí, la verdad es que tienen dinero.
- Ahí donde lo ves, el centollo se pasea en un Mercedes que ni tú ni yo, con nuestros sueldos, podremos pagar nunca. Ah, y tienen una furgoneta de reparto, ¿para qué? No lo sé, pero esa furgoneta últimamente se le ve mucho cargada con comida y bebidas del bar. Los he parado varias veces; todo en regla. ¿A quién le llevan la mercancía? ¿De dónde salió la pasta? No lo sé.
- Ya, puede que estén trapicheando con drogas, igual pasan pastillas en Valencia ¿Se sabe si hay algún laboratorio?
- No, por ahí no. Una vez les metí en la furgoneta a Librero...mmm, y te aseguro una cosa, ella no falla —afirmó dándole un par de palmadas en el lomo a la perra—. Tendrías que haber visto la cara que puso Salva cuando el chucho pisoteó el género. Si hubiese podido, me habría matado allí mismo —concluyó sonriendo.
- Y ¿por qué está el Cuevas listo en la cárcel? —preguntó Lola con curiosidad.
- Bueno... Como te conté Gisela antes tenía otra vida, las malas lenguas dicen que él no es el padre del niño.

- Entiendo. Las matemáticas son crueles. Supongo que sí, es una posibilidad.
- Sí, pues ese chismorreó que lo enfurece más que a un toro un picador, su orgullo y su mala leche innata hicieron que dejara malherido a un chulo de jersey rosa atado al cuello. Lo malo es que el niño era el hijo de uno de los jefazos del partido en Valencia. No, espera... si no lo recuerdo mal, eran de Castellón. El pijo se tiró dos meses en el hospital y aprendió a medir su lengua a hostias en cuerpo propio. Pero Salva se llevó la peor parte. Le cayeron 8 años y un día por homicidio en grado de tentativa. Con un poco de suerte, llegará a la primera comunión de su chaval. Imagínate, se la devolvieron bien.
- Ya, es que todos somos iguales ante la ley —contestó Lola con cinismo.
- Sí, seguro, la justicia cada día va más ciega.
- E independiente.
- También —bromeó—. En cualquier caso, no encuentro la relación entre estos tipos y nuestro asunto —puntualizó Juan, con naturalidad.
- Parece que no, pero ya lo veremos —respondió Lola señalando la carpeta de papeles que llevaba el guardia civil al llegar a la puerta de su casa.
- Te invito a una cerveza.
- Ah... No, mejor no. Ya me he tomado una, gracias —respondió Lola, incómoda y alerta.
- Oye ¿te importa que pasee unos minutos más a Librero mientras le echas un vistazo a eso? —preguntó el guardia civil, cambiando de tema y señalando los informes—. Yo ya me lo sé de memoria.
- Vale. Oye, ¿puedo usar tu teléfono?
- Claro.

Se sentía perdida. En una situación normal habría pensado en seguir el rastro del dinero, pero en este caso no lo veía claro ¿qué tendría que ver el trapicheo de los hermanos Cuevas con la desaparición de los niños? ¡Nada!, eso quedaba claro. Solo era un chismorreó de pueblo. Cerró la puerta, se fue hacia la mesa del comedor, encendió un pitillo y comenzó a devorar papeles con angustia, sintiendo que el tiempo se acortaba para la tercera desaparecida.

Pero era decepcionante. No había ninguna novedad, el informe era solo el del primer cadáver. La chica apareció el 19 de enero en una caseta de campo, llevaba muerta desde el 16 y había sido encontrada por un agricultor. Según el testimonio, parecía que estaba dormida. No había indicios de violencia ni de abusos. Había una frase que parecía una incongruencia: "ni de lo contrario". ¿Cómo podía ser que el dictamen fuese tan poco concluyente con respecto a un tema tan básico como ese? O había abusos, o no los había. No lo entendía. La chica estaba totalmente vestida. Debió de hacer mucho frío porque llevaba dos *jerseys* y dos pares de calcetines. O eso, o alguien se había preocupado de ponerle la ropa. El pantalón le estaba estrecho y tenía bajada la bragueta. ¿Sería suyo, de su talla o le habían puesto lo primero que habían encontrado? ¿Quizá de la otra chica? Demasiadas preguntas.

El informe describía la autopsia, los datos debían de ser irrelevantes porque se llegaba a una extraña conclusión. Una especie de muerte natural por envenenamiento con una sustancia que, curiosamente, no dejaba ninguna traza. Lo volvió a releer todo una vez más. No tenía ningún sentido, no encajaba, pero no sabía por dónde buscar. Si la chica había muerto por intoxicación o por sobredosis de lo que fuera, entonces, ¿también el chico? Y ¿qué pasa con la tercera desaparecida? ¿Acaso los ha envenenado ella y ha huido o también aparecerá en cualquier rincón del monte? ¿La han asesinado? ¿Y su cuerpo, dónde y cuándo va a aparecer y, por qué? ¿Qué probabilidades hay de que los tres hubiesen muerto de forma accidental? ¿Y de que uno saliera huyendo como buscando ayuda? Y lo que es aún más grave. Si eso era así, ¿cómo la Guardia Civil y el montón de buscadores de setas y que merodean la zona los fines de semana no habían visto el cadáver del chico en todo ese tiempo? No podía ser. Al chico muerto, alguien lo puso allí. No fue solo. No fue en busca de ayuda. Lo pusieron en aquel paraje. Y cuando alguien pone un cadáver en un sitio, normalmente, tiene cierto protagonismo en su transición de vivo a muerto. Por otro lado, estaba el asunto de las huellas. En la cabaña, además de las de los chicos, había pisadas de un 43 o un 44 y no coincidían con las del agricultor. Cogió el teléfono y marcó frenéticamente el número de Ernesto.

- Esto... Esto es una puta mierda. No tiene ni pies ni cabeza. Seguro que se me escapa algo, pero no sé lo que es. No logro verlo —atacó Lola.
- ¡Ah, hola!, yo también me alegro de hablar contigo. ¿Cómo estás, Ernesto?

Bien, gracias. Por aquí también. He recuperado tu maleta. ¡Oh, qué detalle! —contestó él, con cinismo.

- Está bien. Hola, cariño ¿qué tal va todo? ¿Y los niños, me echan de menos? ¿Has hablado con tu madre? ¿Te gustó el pastel de carne? Límpiame detrás de las orejas. ¿Te apañas con la comida y el lavaplatos, amorcito?
- Joder Lola, eres imposible.
- ¿Qué quieres? Tú ya conocías el sabor de la fruta cuando la mordiste.
- Tú ganas. Dime, ¿qué ocurre?
- Ese es el problema, que no ocurre nada. ¿Lo entiendes? Nada. Desaparecen tres chicos que no le importan a nadie, o a casi nadie. Aparecen dos de ellos a escasos metros uno del otro, pero con meses de diferencia, las posibilidades de que la tercera desaparecida también esté muerta son altas. Me asignan el caso, a mí, a una novata y si ves los medios y el interés que tienen los de verde, te caes de espalda. Yo... —dijo Lola a toda velocidad.
- Lola —le interrumpió Ernesto—, ¡respira! Tranquilízate, es normal que estés preocupada, es tu primer caso.
- Pero esto es importante. Se lo tenían que haber dado a otro, ¿no?
- Te ha tocado, alguna vez tenía que ser... Bienvenida a la unidad.
- Es todo muy raro.
- No creas.
- Y el informe de la autopsia que me diste, no encaja.
- ¿Qué quiere decir que no encaja? Vamos, Lola, no hay ninguna conspiración. No seas paranoica.
- Ernesto... —respiró unos segundos—. No sé por dónde empezar —confesó Lola en voz baja.
- Lo entiendo. Hacemos una cosa, el miércoles te pasas por aquí con el material que tengas, le echamos un vistazo y regresas el jueves. ¿Cómo lo ves?
- Joder, mal. Me voy a hacer mil kilómetros, pero creo que es lo mejor. Gracias. Ah, y muchas gracias por recuperar la maleta. Eres un sol. Tengo

que colgar.

- Ten cuidado.

Quizá no fuera buena idea quedarse allí. Ernesto le había dicho que recogiera más datos. Pero ¿de dónde? Por la tarde no tenía nada que hacer salvo chismorrear y pasearse con Reyes como si fueran novios aburridos, y por lo que había visto, la excursión acabaría muy pronto. En cambio, si se daba prisa, llegaría a casa justo para cenar. Era mejor plan. Quién sabe, igual pillaba a Ernesto con las manos en otra masa. No, eso era poco probable y lo sabía, pero le gustaba jugar a pensar que no lo tenía seguro y que debía pelear cada día para que fuese único y distinto. Y muchas veces, lo conseguía.

Decidió que le convenía no abusar de la amabilidad del guardia. Por un lado, no soportaba el olor de Librero, ese olor a aliento perruno mezclado con el de pelo de bicho que empeora cuando se moja. Necesitaba encontrar otro alojamiento o acabaría volviéndose alérgica a los animales. Entró en la habitación de Reyes y miró lo poco que había llevado. No se había desparramado demasiado. El viaje relámpago era lo mejor. Por otro lado, ignoraba por cuánto tiempo estaría asignada al caso. Definitivo, se volvía a Madrid, recogía la maleta perdida como si fuera un cazabombardero que se reabastece en el aire y seguiría su camino de regreso a la misión. Al día siguiente, volvería a la carga con algo más de ropa y con ideas frescas. Ernesto le echaría una mano. Comenzó a replegarse mientras sonaban las llaves en la cerradura.

- ¿Has visto algo? —soltó Reyes a modo de saludo.
- No, no hay nada nuevo, es una copia igual que la que me pasaron en comisaría —contestó Lola rutinariamente, echando un vistazo a lo que le quedaba por empaquetar.
- ¿Y qué opinas de lo del semen?
- ¿Qué semen? —preguntó Lola, sorprendida.
- Eh, lo pone ahí —contestó torpemente el guardia civil, a la defensiva.
- Esto... No sé —dijo Lola, sin entender—. Te aseguro que lo he leído varias veces. No he visto nada de ningún semen —añadió, segura de sí misma.

- ¡Cómo que no! Dame —dijo Reyes, quitándole los papeles de un manotazo—. ¡Mira aquí! —exclamó rebuscando en el informe.
- Te digo que yo no he leído nada —repitió Lola.
- Espera, déjame un momento, aquí en la parte de la autopsia —sentenció Reyes, nervioso.
- Ya te digo que...
- ¡Anda! ¿Y esto? —exclamó Reyes.
- ¿El qué? —preguntó Lola, perdiendo la paciencia.
- Que han cambiado la autopsia. Que esto no es.
- ¿Qué cojones estás diciendo? ¿Estás seguro?
- Sí. Había semen, fluidos y algo de sangre —gritó Reyes.
- No me jodas. Seguro que esto tiene una explicación.
- Lola, esto es raro. Este informe es del toxicológico de Madrid y la autopsia se la hicieron aquí, en Valencia.
- ¿Estás seguro? —preguntó Lola mientras el guardia afirmaba como un poseso moviendo la cabeza—. ¡Joder! —exclamó Lola—. Bueno, parece que sí tenemos algo. Paso a paso. ¿Sigue en pie lo de la cerveza?

Haifa (final de verano, 1977)

Estaba seguro de que no había muerto, pero no sabía mucho más. Desde su semi inconsciencia, Nabil pensaba que el enemigo de su enemigo tenía por fuerza que ser su amigo, siguiendo la regla matemática de la multiplicación de números negativos. El resultado tenía que ser positivo. Por eso se habían estrellado en Israel cruzando la franja ocupada por los palestinos, para tener una posibilidad. Abrió los ojos, echó un vistazo rápido. Estaba en una habitación pequeña de unos 2 por 3 metros, había una ventana ridícula con un cristal oscuro y la luz era pobre. A su izquierda, en una hamaca de playa, una mujer grande adormilada descansaba como un mastín viejo, custodiando una puerta de hierro de color azul claro. No sabía cuánto tiempo llevaba allí ni si era de día o de noche. Le dolía la espalda por la inmovilidad e intentó cambiar de postura. No pudo, el ruido era inconfundible. Estaba esposado, quizá menos por menos no era necesariamente más.

- Bueno, ya te tenemos —dijo la mujer con voz neutra, recuperando la postura y sonriendo.
- ¿Dónde estoy? —preguntó Nabil, desorientado.
- ¡Teniente! —gritó la mujer, cerrando la hamaca para marcharse.

Volvía a estar solo. La puerta se había quedado entreabierta. Instintivamente, forcejeó unos segundos para comprobar que los que lo habían amarrado no era tan tontos como los malos de las películas. Sabían lo que hacían, el maronita no iba a liberarse por pegar cuatro tirones. Como mucho, se dislocaría una muñeca. No era una opción. Si las cosas no iban bien, necesitaría su cuerpo en perfectas condiciones y esperar su oportunidad, porque, si la había, solo tendría una. Necesitaba calmarse. Tomar aire como cuando iba de caza con el abuelo y aguantar hasta encontrar el momento de disparar y aprovecharlo. No tenía sentido gritar.

Seguramente, lo estarían observando tras el ventanuco. Él era el invitado y su anfitrión no tardaría en aparecer. Tenía unos segundos para analizar la situación. En primer lugar, lo habían atendido y la herida del hombro había dejado de dolerle. Además, parecía que todos sus miembros respondían. No tenía nada roto, eso era lo bueno. Probablemente, los habían trasladado a un

hospital militar y sus compañeros también estarían aislados. Los interrogarían uno a uno hasta convencerse de que no suponían una amenaza. Era un trámite que tenía que pasar, como si fuera un control de pasaportes en un aeropuerto o el sarampión. Molesto pero transitorio.

- ¡Vamos a ver qué tenemos aquí! —dijo a modo de saludo una mujer de unos treinta, entrando como un torrente en la habitación —¿Tu nombre?
- Nabil.
- Bien, Nabil. ¿Vas a colaborar? —preguntó acercándose a la cama donde estaba inmovilizado.
- ¿Qué quiere decir? —preguntó Nabil, sin entender
- No me lo pongas difícil, no te conviene —siseó la mujer endureciendo el rostro mientras le daba una bofetada a medio camino entre el dolor y la reafirmación de que ella estaba al mando—. De nuevo: nombre y graduación.
- Nabil, sargento Nabil Elbouri, soy piloto de helicóptero de las milicias maronitas.
- Mucho mejor, pero mientes —respondió con sequedad—. Puedo verlo en tu cara. ¿Quién eres y qué has venido a hacer?
- No, no miento.
- Nabil, ni siquiera creo que ese sea tu nombre —sonrió—. Te lo voy a explicar: habéis atacado al estado de Israel. Has dicho que eras el piloto. Bien. Eso es una confesión. Has entrado en el espacio aéreo israelí con un helicóptero de guerra. Es una acción hostil y serás juzgado como criminal. Te fusilarán a no ser que cooperes. La duda es si serás lo suficientemente inteligente como para decirme lo que quiero saber.
- Ya se lo he dicho. Mi nombre es Nabil...
- Sí, ya. Lo he oído, Nabil el piloto —le interrumpió—. Pero, creo que tú no me has oído a mí. No te preocupes, tengo mucha paciencia. Hablarás.

Nabil pensó que quizá no era sarampión. Puede que el pronóstico fuese algo más grave. Algo como un infarto o un cáncer, algo de lo que a veces se sale y otras no. Y si no lograba convencer a la teniente judía de su sinceridad, no lo

contaría. Tenía un problema.

- Supongamos que te llamas Nabil —concedió la teniente, relajando la situación.
- Elbouri, piloto y no hemos venido a atacar a nadie.
- Shhh. No me interrumpas —dijo agarrando a Nabil en el hombro herido, clavándole el dedo pulgar un instante—. Has roto mi línea de pensamiento. Ahora tendré que empezar de nuevo —añadió dándole otra bofetada algo más fuerte.

Le dolió el hombro como si una aguja le entrase en el cerebro por un ojo. Un dolor frío que lo dejó sin respiración. Pero descubrió que era una pose y la había pillado. La mujer había hecho una mueca, una pequeña sonrisa, como si fuera una actriz barata despechada en una escena con el galán. Respiró hondo y se relajó. Aun así, una voz en su cabeza le advirtió de que era mejor dejar que ella mantuviera las riendas de la situación. Decidió quedarse en silencio hasta que ella diera el siguiente paso. Era incómodo, la mujer se limitaba a mirarlo con desdén y parecía no saber qué hacer. A la media hora, Nabil rompió el silencio.

- ¿Por qué dices que no me crees? —preguntó Nabil con curiosidad.

La mujer siguió en silencio.

- Íbamos a atacar las posiciones del Frente Popular, pero nos alcanzaron. No podíamos regresar, apenas era capaz de mantenerme consciente y pensé que, si caímos en la franja, no viviríamos para contarlo. Puse rumbo al sur y después caímos —prosiguió Nabil.

De nuevo, Nabil se acordó de sus compañeros, no sabía cuál había sido su suerte. Sintió la necesidad de averiguarlo.

- ¿Qué ha pasado con mi tripulación? —preguntó preocupado. Tras unos segundos de indiferencia, prosiguió—. ¿No me vas a contestar? ¿Esta es tu forma de interrogar? ¿Así crees que te diré que soy un espía o un

terrorista? Vamos, piensa, el helicóptero es un modelo americano, me han instruido los marines. Puedes investigarlo tu sola. No tiene sentido tenerme aquí.

- ¿Sabes una cosa, Nabil? El miedo es un arma. Tú has invadido mi espacio y has usado esa arma para asustar a mi gente. Eres famoso, has salido en los periódicos. Y ahora, los directores de esos mismos periódicos esperan que actuemos para sentirse seguros. Es como una cadena, después se lo transmitirán a la población para que puedan dormir y para saber que tienen una línea de defensa que impedirá que en el futuro a otro Nabil se le ocurra entrar en mi casa con dos M60. Lo entiendes, ¿verdad?
- Estamos en el mismo bando —contestó Nabil, sin comprender a dónde quería llegar la teniente.
- Ese es el tema, Nabil —prosiguió la teniente sin escucharlo—. El miedo, ¿me sigues?, el miedo. Muchas veces es la tortura más fuerte porque la desesperanza de saber lo que puede pasar es incluso peor que el hecho en sí. Ni te imaginas... Desde que nos atacaste, la gente se pasa las noches sin dormir mirando al cielo, agudizando el oído, esperando a que otros vuelvan a intentarlo. Miles de personas sin pegar ojo por tu culpa. Todos pensando que les vas a ametrallar su casa. Como si pudieses ir a por ellos, uno a uno. Y mírate, estás enjaulado y ni siquiera has disparado un solo tiro porque en cuanto entraste en nuestro espacio, te derribamos. Pero eso, a la gente, le da igual. No lo entienden, no valoran nuestra eficacia y no les importa porque cuando se siembra miedo...
- Espera. ¿Has dicho que vosotros nos derribasteis? —la interrumpió.
- De verdad ¿creíais que ibas a poder pasar? —preguntó con incredulidad.
- ¡No! Estás equivocada. Nos dispararon los palestinos —gritó Nabil.
- Tus amigos —sonrió—... Claro, primero te mandaron atacar nuestro país y después te dispararon. No tengo todo el día, quiero los nombres de los cabecillas de la OLP —le pidió la teniente con cortesía como si fuera una charla de bar.
- Te estoy diciendo la verdad —contestó indignado.
- Los nombres, Nabil, será lo mejor para todos.
- ¡No miento!

- Eso lo veremos —le retó la teniente mientras llamaban a la puerta—. ¡Adelante, estábamos esperando! —gritó—. Querías saber cómo estaban tus compañeros, ¿no? —preguntó la teniente con suavidad, dirigiéndose de nuevo a Nabil, Aquí llega el primero, él mismo te contestará... o no —añadió enigmática.

La mujer que lo había custodiado antes situó la silla de ruedas junto a la cama para que el prisionero pudiera verlo. Había un hombre amarrado con cinchas, como un fardo, con el uniforme de las milicias totalmente ensangrentado. Llevaba una capucha y no se movía. Como si fuera el metre levantando la tapa en el plato estrella del restaurante, la teniente le quitó la caperuza al prisionero. Tenía los ojos abiertos y la cara quemada, pero Nabil lo reconoció al instante, era su copiloto. Y el maronita descubrió dos cosas: la primera, que no era una pose, ni una actriz barata. Se dio cuenta de que su carcelera disfrutaba con su trabajo. Se sentía orgullosa mientras observaba la reacción de Nabil. Y la segunda, que tenía miedo.

- Bien, Nabil. Creo que ya estamos en ese punto. Nuestra relación se basa en el entendimiento —dijo mientras volvía a ponerle la caperuza al copiloto—. Despidete de él. Ya no nos sirve —añadió sacando su arma y disparándole en la cabeza.

El tiro sonó en sus oídos como si le hubiesen reventado los tímpanos. Supo que aquella demente también lo mataría, pero eso no era el problema. Él vivía con los muertos desde que todo empezó, desde que en Beirut los estudiantes intercambiaron las carpetas y los bolígrafos por AK-47 y cada noche pasaban lista de los caídos. Veía la muerte de cerca, casi como una compañera del juego. Se está y se deja de estar. En un segundo, sin dramatismo y sin sufrimiento. Pero a él le había tocado otra cosa, otra partida. E iba a desear haber sido uno de esos estudiantes dados de baja de la clase de matemáticas. La miró a los ojos desde su cama, indefenso, buscando una explicación o quizá algo de compasión. Que le pegara un tiro en ese instante y que no se ensañara con él como debía de haber hecho con el otro, o los otros. No quería ver más ni saber qué había pasado con los dos comandos restantes. Solo que acabara.

- ¿Te lo puedes creer? —preguntó la teniente—. He tenido quejas de las

limpiadoras. Las paredes, el suelo, el techo... Ahora me obligan a poner una puta bolsa. No puedo veros la cara y vosotros tampoco podéis verme a mí. ¿Sabes? No es lo mismo —concluyó sin imprimir pasión en sus palabras.

- Eres una demente —dijo Nabil, asqueado.
- Hago bien mi trabajo —puntualizó la teniente.
- Puta psicópata.
- Nabil, no gastes energías. Ahora estás conmigo. Tú y yo —susurró ella tocándole una pierna—, y eres mío.
- Vamos, dispara —la retó.
- Todo a su tiempo, Nabil. Todo a su tiempo —dijo sin perder la compostura.

Тайная (Rusia central, finales segunda guerra)

El instinto de supervivencia es uno de los más poderosos de la naturaleza. Cualquier animal hará lo que sea necesario para seguir en este mundo. Ningún espécimen en su sano juicio se entrega a la parca sin enseñar los dientes. Y Clara no era una excepción. El sexto sentido, desde que nació, fue su único ángel de la guarda. Se mantenía con vida en una Unión Soviética que, por el lado Oeste se desangraba a borbotones para saldar viejas cuentas. Rescoldos aún candentes de la anterior refriega en la que habían quedado restos de odio por barrer. Y, por el Este, ese mismo país se moría de inanición y de frío. Clara sobrevivía, en el invierno de 1944, lejos del frente, de los tiros y de las bombas, aunque cada noche se acostaba con los huesos helados. El tifus, la tuberculosis y el hambre la acechaban como si fuesen la jauría que duerme a los pies de la cama.

Era una entre muchas, la más pequeña del grupo, casi invisible. Languidecía floreciendo raquítica en una casa de acogida, sin padres y sin el soporte vital. El estado ya no se molestaba en disimular que aquellos mocosos extranjeros no eran otra cosa que un forúnculo en el culo. Ya no había foto oficial del recibimiento ni propaganda en el *Pravda* y la solidaridad se había quedado congelada por el camino. Además, Clara ni siquiera se bajó del barco que transportó en su barriga a los casi tres mil niños en busca de la seguridad del gigante de la bandera roja, lejos de la guerra de España. Y, desde la invasión nazi, esa misma guerra, porque todas las guerras son la misma, bramaba en la puerta de su nuevo hogar para devorarlos a todos, como si fuese el toque de nudillos del lobo en el cuento de los tres cerditos.

Alejar a los chicos de las familias y de su entorno fue una de las brillantes ideas de los líderes de la revolución satélite fracasada. Los *salvapatrias* arrancaron de la tierra prematuramente a la nueva cosecha, otorgándole la custodia de los pequeños al camarada gran hermano, para que murieran de pena o de asco. Nadie lo notaría y nadie se atrevería a exigir responsabilidades. Consideraron más importante exportar la muestra de ADN ajeno a cinco mil kilómetros que permitir que los pequeños permaneciesen al cuidado de los familiares que les quedaran. Todo para mantener vivo el ideario por encima de las personas, como si este fuese una valiosa especie en peligro de extinción. Pero esa extinción llegó. En el 44, casi la mitad de los

pequeños habían muerto solos como ratones en una trampa de pegamento. Cualquier cosa antes que dejar que dorasen sus caritas al sol o se pusiesen el uniforme de color azul de las nuevas juventudes dominantes con la otra mano en alto. Y la idea final: crear una élite con el adoctrinamiento adecuado que guiase al país díscolo por la senda estalinista cuando se recuperasen las riendas. Pero, Stalin sabía que la reconquista jamás llegaría y alimentar bocas ajenas para repartir hambre había dejado de tener sentido.

Además, Clara ni siquiera tenía la mala suerte de pertenecer a ese lejano mundo donde en invierno decían que no hacía frío. Su madre, desde el principio, había escoltado a la prole roja como soporte educativo. Una de las maestras que mantenía vivos los rescoldos del vínculo con la tierra y las costumbres; una unión que cada día era más débil y borrosa en la mente de unos pequeños que se empeñaban en crecer contra todo pronóstico. Clara nació allí, en la casa de acogida, sin padre conocido, con los cuidados básicos, en secreto, sin que nadie de fuera supiese de su venida al mundo. Más allá de los muros de la casa cuna, Clara no existía, ni para el Buró ni para los comunistas extranjeros. Y, cuando su madre desapareció, para nadie. Con tan solo cuatro años ver la luz del día siguiente se había convertido en su principal ocupación. Ella era como un cometa sin estrella, errante en el vacío sin una gravedad que le impusiera un camino.

Había aprendido a desaparecer, a no estar visible en los controles rutinarios, a mantener la boca cerrada y esconderse de los ojos de los adultos. Era un ser mágico que casi podía volar como Baba Yaga. Ni siquiera la llamaban por su nombre, Clara era Tainaya, la chica misteriosa. Ningún adulto se fijaba en que había una boca de más. Y ella, con cautela aprendida, no se molestaba en hacerse notar para corregir el error. Cuando, a principios de verano del 45, se replantearon qué hacer con los alevines de revolucionario de importación, nadie supo de dónde había salido aquella niña.

Clara no tenía historia ni pasaporte. Cuando le preguntaron contestó que su madre se llamaba mamá, no recordaba su nombre y mamá se había llevado la identidad de su padre a la tumba. Intuyeron que debía de ser española, y alguien recordó a la maestra como si hubiese sido la protagonista en un sueño de la primera parte de la noche. Debía de ser su hija, se parecían. Aunque fuese así, la pequeña era un problema, sin papeles era difícil justificar que el

paraguas con agujeros que cobijaba al resto cubriera también la cabeza de Tainaya. No sabían qué hacer con el esqueleto con ojos que comía sobras como si fuera una rata, hasta que acabó siendo la camarada chacha al servicio del director del centro.

Pero las ganas de saciar el hambre son como correr la maratón, y Tainaya, mientras recibía los palos, veía el camino que tenía delante y lo seguía, con paciencia y ambición, con una obstinada idea en su cabeza: no morir.

Cambio de planes (Rusia central, 1950)

Aprendía rápido, más de lo que su amo deseaba y, a veces, era un inconveniente que hacía que el negrero metido a libertador se ensañara con ella. El camarada director era un tipo tosco y torpe que siempre llevaba la razón por el mero hecho de que mandaba. Su padre, desde su pedestal, lo había puesto en el cargo de un dedazo. Un incompetente con suerte que sabía que Clara, si las cosas fueran de otra forma, quizá sería una niña prodigio. Puede que en ajedrez, matemáticas o música. Pero su doctorado era otro, había hecho todos los cursos y, con solo 11 años, leía el lenguaje corporal y sabía qué esperar de cualquier desconocido con un simple vistazo. Una habilidad que le permitía esquivar casi cualquier revés, devolviendo el golpe con elegancia, sin despeinarse, dejando la pelota en la esquina contraria, donde su adversario ya no era capaz de hacerle daño.

Recordaba aquel día de 1950 como si fuese una foto. Entró en el despacho del director con una bandeja con dos tazas con té y un plato con pastas duras. Le faltaba la cofia, pero, para un proletario sería inapropiado. No sabía para quién era la otra infusión, pero no era para ella. No era el estilo del camarada. Prefería atenderla de otra forma. Y aquel día todo cambió. Sin saber muy bien cómo, las peripecias de la chica misteriosa habían conseguido traspasar los muros del centro y alguien en la oficina del NKVD pensó que la niña sin historia podía ser útil al partido. Y lo sería. Se ganaría el pan y no le quedaría otra.

- Camarada director... ¿Dice usted que la niña es española? —preguntó el comisario del NKVD.
- Sí camarada. Así es —contestó el director, midiendo sus palabras, sin perder de vista a quien tenía delante.
- Pero... Es imposible, los chicos llegaron en el 37 y todos eran mayores, esta cría apenas tiene 10 años. No puede ser —argumentó el NKVD.
- Ya, tiene 11 y es hija de una de las maestras españolas —sentenció el director.
- Ah, ¿y dónde está la madre? —preguntó intrigado.
- Murió —contestó escuetamente el director del centro.

- ¿Y el padre?
- No hay padre.
- Entiendo. La niña se viene conmigo —dijo el comisario político agarrando a la niña de la mano.
- Camarada... ¿Tiene usted autoridad para llevársela? —se atrevió a decir el director, sopesando las palabras, con contrariedad contenida.

El comisario político del NKVD lo miró de arriba a abajo. El aspecto del director del centro de acogida era lamentable, sucio, con barba, pobre. La oficina era lúgubre, en penumbra, llena de polvo y papeles amarillos sobre una mesa carcomida. El director no era rival y no se merecía su tiempo ni sus explicaciones. Además, el NKVD había hecho sus deberes y sabía quién era su adversario. Aquel individuo había llegado a lo más que podía aspirar. Era un mediocre que ya no contaba con el apoyo de nadie. Un apellido que, día a día, perdía peso con un padre desaparecido de la esfera política que se había encerrado en su dacha a las afueras de Moscú y se había dedicado a vaciar botellas de vodka.

Cada uno sabía qué pensaban los otros como en una partida de póker en la que no hay posibilidades de tirarse un farol porque las cartas están marcadas. El director no se atrevió a contradecir al comisario, su centro no pasaría una inspección, convencido de que encontrarían algún motivo para deportarlo. El comisario del NKVD leyó en los ojos del director su miseria. Se dio la vuelta, sin molestarse en contestarle y se llevó de la mano a la niña. Y Tainaya estaba contenta, segura de que cualquier cosa sería mejor que el camarada director. La pequeña sabía que aquel nuevo amigo la respetaría, lo podía ver en su rostro, lo vio desde el primer momento y lo sintió cuando le dio la mano. Era un tacto distinto, agradable, cálido y cariñoso. Lo sabía, sabía que estaba mejorando y que ya nunca más volverían a tocarla de aquella forma tan asquerosa que la hacía vomitar. Sonrió por dentro y por fuera. Era libre.

Porque Tainaya detestaba al director y se estremecía cada vez que oía su voz. Durante todos esos años él le había contado que era especial, una mezcla salvaje. Al tipo le llamaba la atención la niña flaca de piel un poco más oscura, pelo rizado moreno y ojos verdes. Y le gustaba ser su dueño y amo. Como si fuese un señor feudal en una tarde de pernadas. Sabía que nadie

movería un dedo por aquel fantasma. Y, sin embargo, allí estaba ella marchándose con el arrogante NKVD, con su chaqueta de cuero negro y su imponente figura como si fuera un caballero andante de esos que deambulaban por la tierra de la pequeña. No sabía quién había dado el chivatazo a aquel hijo de puta que se llevaba su juguete. Y no podía hacer nada para evitarlo.

Cuando llegaron a la puerta de la oficina, la niña se paró en seco, como si tuviese miedo a lo nuevo y desconocido. Sin que el NKVD lo esperase, se soltó de su mano y se volvió hacia el director del centro. Corrió hacia él y lo abrazó como si fuese su familia, como si lo quisiera. El director no supo reaccionar, pero se sintió a salvo. La niña no lo delataría. Se le hizo un nudo en la garganta, a pesar de todo, aquella cría había demostrado una lealtad que no esperaba, como si fuese un perro apaleado que vuelve a su amo moviendo el rabo. Le reconfortó el abrazo espontáneo de la pequeña y sintió lástima por la pérdida. Tainaya se dirigió de nuevo hacia la puerta mirando fijamente al NKVD que la observaba con paciencia de padre. A este le pareció una niña sensible y tierna. La cuidaría, se encargaría de ella. No entendía por qué la pequeña había tenido ese gesto con aquella alimaña hambrienta. Quizá él había sacado conclusiones precipitadas y claramente erróneas. Dudó de su instinto. Y Tainaya lo leyó en su rostro, pero no se molestó en corregirlo. Había matado dos pájaros de un tiro. Por un lado, ya sabía cuál era la cara del NKVD cuando estaba desconcertado, y por otro, y aún más importante, la siguiente vez que se acercara a aquel perro rabioso para matarlo, él se mostraría manso y confiado como un corderito.

El negocio. (Castillo Farnese, viernes noche, 15 de septiembre 1989)

Alma se vistió con la parsimonia de una novia, mirando al intruso, desafiando y mostrando al prisionero por última vez, un cuerpo desnudo que jamás cataría. Estaba satisfecha y nerviosa. Mientras, Vittorio se volvía a la cocina, casi de forma rutinaria. Puso música de fondo, algo de jazz. Billie Holiday. Apagó y encendió tres veces las luces de la casa. A renglón seguido, sacó el asado del horno, cogió la ensalada y lo llevó todo a la mesa. El resto estaba ya preparado. Después tenían trabajo pendiente. Para ellos iba a ser una noche muy larga. Y comenzaron a cenar.

- ¿Puedo ahora? —preguntó Vittorio, cogiendo su copa.
- ¡Por supuesto! —sonrió Alma—. Brindo por ti, cariño.
- Como te decía —comenzó Vittorio—... Tenemos que dejarlo. Este es el último, perdón, el penúltimo. No podemos seguir haciéndolo.
- ¿Por qué? ¡Ha sido genial! ¿Acaso te parece mal? ¿Tienes remordimientos? ¿Dónde está el problema? —preguntó Alma.
- Ese hijo de puta me iba a disparar a la cabeza. Ha faltado muy poco. Lo he visto en sus ojos —contestó Vittorio aún asustado.
- Exageras. No ha sido para tanto. ¿Te he fallado? ¿No he sido lo suficientemente rápida?
- Alma, ahí quería llegar, cada día tendremos menos reflejos y en algún momento cometeremos un error. No sabes parar y ya no tenemos la necesidad de exponernos, ¿crees que no he visto tu cara cuando te apuntaba con la pistola? Estabas muy asustada. Si hubieses tardado en tirarte al suelo... ¿cuánto? ¿dímelo tú? ¿uno, dos segundos más? Cariño estarías herida, o vete a saber —dijo Vittorio con las lágrimas saltadas.
- Ya sabes que la munición está trucada.
- Confías demasiado en ese tipo. No me creo que le quite parte de la pólvora a cada proyectil. Ya has visto lo que la bala ha hecho en la pierna.
- Es una quemadura superficial, no exageres.
- Aunque eso sea verdad, es muy peligroso, puede que no te mate, o puede que sí. No estoy tan seguro.

- Amor mío, no —dijo Alma, intentando un reproche...
- No, no podemos seguir —le interrumpió tajante Vittorio—, prométeme que lo dejaremos, es muy arriesgado. Cualquiera día llegará alguien que piense que primero me dispara y luego folláis, o que no te vea atractiva, o que sea gay, que traiga su propia arma, o..., qué sé yo. Cuanto más nos exponemos, más posibilidades hay de que se vaya todo a la mierda. Y ya nos hemos arriesgado bastante. Ya no nos compensa... no me compensa —rectificó Vittorio, viendo la cara de decepción de Alma, con voz entrecortada y suave, pero convencido de lo que estaba diciendo. La idea rondaba por su cabeza desde hacía meses.
- Y... ¿qué vamos a hacer? Dime, ¿de qué vamos a vivir? —preguntó Alma metiéndose un trozo de tomate en la boca.
- Querida, tenemos mucho dinero, Alma, mucho: un par de millones de dólares invertidos en bonos. Aunque reconozco que tardaríamos unos meses en recuperarlos; otro millón más en Gibraltar y dos en las Caimán. Podemos desaparecer, venderlo todo e irnos a otra ciudad, otra región u otro país. Podemos comenzar en cualquier parte, tenemos para vivir de las rentas si nos administramos —dijo Vittorio en tono explicativo.
- Veo que lo has madurado... Bueno, déjame por lo menos que yo también lo estudie. Ahora prefiero hablar de otro tema —contestó Alma dubitativa.
- Solo una cosa más, solo una, ¿tuviste miedo? —preguntó Vittorio.
- Supongo que sí —dijo Alma secamente. Y tras unos segundos añadió— Cariño, de las finanzas te encargas tú. Siempre lo has hecho. Eres el mago de los números. Quizá podamos retirarnos mañana mismo. Dedicarnos a pasear, ver museos, comprarnos una auto caravana —dijo distendida y se echó a reír—. Es verdad, es tentador, no obstante somos buenos, muy buenos ...
- Déjalo, Alma.
- Estoy de acuerdo. ¿Cuándo viene Vlad?

Toni Rosso era testigo mudo de la conversación de la extraña pareja. Estaba furioso y necesitaba una dosis. No podía moverse, aquella zorra sabía lo que se hacía, pero, tarde o temprano cometerían un error. Los mataría, de eso estaba seguro, pero les haría sufrir, especialmente a la zorra. Las heridas se le

estaban enfriando y dolían como un perro rabioso, tenía los sentidos embotados, hasta que escuchó a la mujer mencionar el nombre de Vlad. Lo supo inmediatamente, le habían traicionado, por algún motivo que desconocía. Intentó recordar. Nada. Iban a por él, temió por su vida y comenzó a llorar, como un niño que se queda sin bicicleta. Sabía que había cometido muchos errores en los últimos años y comprendió que su tren se había detenido definitivamente. Era el final. Se acordó de sus padres, de sus amigos y de su pueblo, como un condenado que se despide de todo mientras va camino del patíbulo.

- En breve. Ya sabe que hemos acabado —respondió Vittorio.
- Perfecto.
- De esta conversación —comenzó Vittorio...
- Lo sé, ni una palabra —lo interrumpió Alma.

A los pocos minutos apareció Vlad. A Toni le dio la sensación de que aquel tipo conocía cada rincón de la mansión como si viviera allí. Si estuviera en su mano, si tuviese la más mínima oportunidad se lo haría pagar caro. Comenzó a forcejear con sus ataduras, pero la tarea resultaba imposible. Vlad se acercó, sacó su pistola y le apuntó, sonriendo e hizo el gesto de disparar. Lo miró con desprecio y le propinó una fuerte patada en la cabeza.

- Me molestaba tanto ruido —le explicó a la pareja—. Veo que ha ido bien... Como siempre —añadió con una sonrisa maliciosa.
- ¿Siempre llevas pistola?
- Dos. Nunca se sabe, podéis necesitarme.
- Pero si tú no te expones —le reprochó Vittorio.
- Yo sí me expongo —dijo con tono duro—. Los busco, soy el último que los ve con vida y soy quién se encarga de todo. No te olvides. Hago mi parte. Y, por cierto, necesito que lo mantengáis vivo. Traigo buenas noticias, hay negocio extra —añadió mirándolos a los dos, y tras unos segundos preguntó Vlad, agarrando una silla libre—... No he cenado, ¿puedo?
- Claro, siéntate. Vittorio, trae cubiertos, por favor... Es una buena noticia.

¿De qué se trata y de cuánto estamos hablando? —preguntó Alma con entusiasmo, mientras Vittorio se alejaba.

- De momento... Nada. Hay que ver si es compatible. No le estropeéis los riñones ni el hígado. El resto... ya sabes, como siempre —le explicó a Alma, mientras se sentaba a la mesa.
- Vlad, tenemos que hablar: tú y yo, a solas —dijo Alma, cuando Vittorio se había alejado lo suficiente, enigmática, casi susurrando.

El prisionero 3 (principios de otoño, Haifa, 1977)

- No llores. No me gustan los llorones, pareces una niña —le dijo el abuelo.
- Pero tengo frío y me he hecho daño —contestó Nabil, enfadado.
- Te dije que no te acercaras a la orilla del río. Sal del agua sin hacer ruido que estás asustando a los patos —le ordenó el abuelo sin dejar de apuntar con su escopeta.
- Ayúdame, abuelo.
- Shhh. Espera. Mira allí y quédate quieto —dijo el abuelo en voz baja, señalando a lo lejos.
- Está helada —susurró Nabil.
- El agua fría te vendrá bien para los huesos, será un momento, están muy cerca. Hoy cenamos pato —añadió el abuelo, acariciando el gatillo.

Y no lloraría, como le había enseñado su abuelo. A pesar de que llevaba más dos semanas encerrado sin días ni noches. No soltaría ni una lágrima delante de la doctora muerta, a pesar de que le metía la cabeza en una bañera de agua con hielo hasta que sentía que se iba a ahogar. No se vendría abajo aunque durmiera en el cemento, muerto de frío acurrucado como un perro, le hicieran mearse encima o le pusieran la capucha y lo llevaran en la silla a otras celdas para hacer el numerito de la pistola. Porque lo que ella quería oír no era la verdad. Y era tentador, una confesión y lo dejarían en paz. Muerto, pero en paz. Porque no había otra salida, aunque dijera de carrerilla la historia completa de su religión, de su Dios, de los profetas del antiguo testamento o del fundador de su iglesia, san Marón. Nabil sabía que no serviría de nada. La conocía, había aprendido a reconocer a esa clase de gente en Beirut, los que hacían el trabajo más sucio. Lo había visto antes. Aquella mujer llevaba la razón porque empuñaba la pistola y le gustaba usarla. Y su verdad era que él era un terrorista del frente popular y lo odiaba por eso.

Dejó de pensar en días y horas. Eran ratos, solo eso, ratos en los que se olvidaban de él y le dejaban tomarse un respiro en la inseguridad húmeda de su cueva. Y ratos en los que tocaba aguantar. Había memorizado cada rincón de su celda. Junto a la ventana, en el hormigón había una grieta. En el suelo, frente a la puerta, tres disparos clavados. En el techo, en cada esquina, un

altavoz. Podía ponerse de pie con un grillete amarrado a un tobillo. Y poco más. Si pudiera saltar... arrancaría de cuajo la música que sonaba todo el tiempo. Seguramente, tendría consecuencias, pero no le importaba. Tenía sueño atrasado. Los pocos ratos en los que le dejaban dormir los interrumpían subiendo volumen o arrojándole cubos de agua fría. Y tenía hambre.

- ¿Cómo vienes así? —le preguntó su madre.
- Me caí al agua. El abuelo me pidió que no hiciera ruido y traemos la cena —respondió el pequeño Nabil.
- El abuelo, siempre el abuelo. Sois inseparables. Te gusta ir de caza con él ¿verdad?
- Sí, y me deja disparar.
- Ya, entiendo. Tengo que hablar luego con el abuelo. Ponte ropa seca y baja a cenar.

Sonaba bien, cenar en casa con su madre y con su abuelo como si pudiese volver a aquella época sin guerra, libre. Pero no iba a ser posible. Ni siquiera cenar. Aquella hija de puta lo estaba matando de hambre. Debía de llevar cuatro días sin nada que llevarse a la boca. Tenía sed, como si hubiese arrastrado la lengua por los altos del Golán. Seco como el esparto. Y, sin ningún motivo, paró la música.

No sabía cuánto tiempo había dormido. Era la primera vez que se despertaba por sí mismo en aquella celda. Se sentía nuevo, con hambre. Abrió los ojos, incrédulo. Pensó que era un nuevo tipo de tortura, que estaba bajo los efectos de alguna droga. Había una silla en la celda, una mesa con mantel y comida. Seguía soñando, debía de ser eso. Se sentó y cogió un pedazo de pan con las manos. Lo palpó y lo olió. Se le saltaron las lágrimas. Era lo único agradable que le había pasado desde que lo habían encerrado. Casi podía oír la voz de su abuelo.

- ¿Qué haces aquí?
- Me gusta venir. Me gusta este olor.
- Nabil, si tu madre te ve...

- Abuelo, cuando sea mayor, quiero trabajar en la panadería, como tú.
- Hijo, tienes que ir a la escuela y tienes que hacer algo mejor.
- ¿Por qué?
- Porque un panadero no es nadie y yo quiero que tú seas un hombre importante.

Puede que ya no pudiera ser panadero, quizá no sería nada. Comenzó a comer. Primero, despacio, con miedo, y después con ansia, como si fuesen a llegar en cualquier momento y a quitarle aquellas migajas. Pero no vino nadie.

Cuando terminó, se abrió la puerta y entraron. Era la mujer grande del primer día, la recordaba. La de la sonrisa. Le pareció guapa.

- Eres libre, Nabil. Hemos comprobado tu historia. Puedes irte —le dijo la mujer, dejando la puerta abierta y cediéndole el paso.
- ¿De verdad?
- Sí —respondió la mujer amable, cerrando los ojos, moviendo la cabeza en sentido afirmativo y sonriendo.
- Y ¿por qué ahora? ¿Cuánto tiempo llevo?
- Es hora de volver a casa, Nabil, llevas mucho tiempo. Más del necesario.

Llegó un soldado, se acercó y le quitó el grillete del tobillo con cuidado. Pensó en vengarse pero no tenía fuerzas. Lo dejaban ir, era verdad. Dio un paso hacia la puerta. La mujer lo acompañó, recorrió un pasillo con puertas a cada lado, quince o veinte, iguales que la suya. Al final había una reja que se abrió a su paso. Estaba más cerca.

- Espera, tienes que ponerte otra ropa —dijo la mujer.
- Me da igual la ropa, quiero irme.
- Hay reglas, Nabil, y tendrás que cumplirlas. Cuando salgas, te estarán esperando, hay periodistas y no pueden verte de cualquier manera. Tienes que estar en las mejores condiciones. Dirás que te rescatamos y que te hemos cuidado todo este tiempo. ¿Entendido?

- Haré lo que sea. Quiero irme a casa.
- Mejor. Ah, te lo advierto, si hablas, si dices lo que no debes, volverás.

El paisaje estaba mejorando, al salir de los calabozos había mesas, sillas, paredes limpias, ventanas... luz del exterior. Era de día y hacía Sol. Nadie reparaba en el maronita, era como cualquier otro, vestido con el mismo uniforme que los demás militares que estaban en aquellas instalaciones. A cinco metros estaba la puerta hacia la libertad, había un soldado con una metralleta, haciendo guardia. Pisaría la calle, sentiría el viento en la cara y respiraría aire limpio. Era un buen día.

Quedaba poco, estaba a dos metros, no sabía que había detrás de esa puerta y no le preocupaba lo más mínimo lo que tuviese que hacer en la rueda de prensa. Tampoco entendía por qué resultaba de interés su caso. Solo tenía que pasar página y recuperarse. Pasó por el lado del soldado, parecía un muñeco.

Fue un instante, su pie derecho atravesó la línea imaginaria que separa el interior del exterior y sintió la brisa. Cerró los ojos. Al momento, la teniente se puso justo delante de él cerrándole el paso. Era la doctora muerte. Pero él se marchaba, aquella mujer no era nada, a partir de ese momento no. La perdonaba y con el tiempo llegaría a olvidar su cara. Con el rabillo del ojo vio como el soldado se activaba como un resorte, sintió un fuerte golpe en la espalda y cayó al suelo boca abajo. Desde su posición vio como varios pares de botas negras lo rodeaban y oyó los clics de los seguros de sus armas. Una de las botas se cebó con su estómago. Cerró los ojos y vomitó la comida.

- Lleven al prisionero 3 de nuevo a su celda —ordenó la teniente.
- Pero, ¿y los periodistas? —preguntó Nabil, sin comprender, aferrándose a su ilusión, con los ojos llorosos.
- Idiota, nunca saldrás de aquí —le respondió ella, riéndose.

Волков (final de verano 1962)

Al principio sus ojos no recalaron en el soldado raso que salía de uno de los barracones con mejor aspecto del recinto. Pero pronto, aquel gallo de pelea acaparó su atención. Era un tipo fuerte, de unos cuarenta años, grande como un oso, desaliñado, como si despertase del letargo invernal. Parecía tayiko o uzbeko. Se estaba ajustando los pantalones y llevaba la camisa desabrochada. Despreocupado, como el león que domina la manada, marcando su territorio. Saldría de las letrinas, o eso pensó Misha. En su dejadez, el soldado lucía sin complejos la panza. No se molestaba en disimular ni siquiera ante un oficial nuevo. Allí faltaba disciplina. Algo no cuadraba.

- Eres el nuevo, ¿no? —preguntó el hombre desde lejos, acercándose, seguro de sí mismo.
- Sí, camarada —respondió Misha, sin saber muy bien qué esperar de aquel tipo.
- ¿Teniente ...? —preguntó sin acabar la frase.
- Novikov, camarada —respondió Misha.
- ¡Ah, ya lo recuerdo...! Mijail Kirilievich Novikov, ¡Bienvenido a Kolyma! —contestó el hombre, efusivo, abriendo los brazos amistosamente, pero manteniendo a Misha en la incertidumbre.
- ¿Y usted es, soldado...? —preguntó Misha, haciendo hincapié sobre la graduación de aquel tipo, que no se molestaba en cuadrarse ante un oficial.
- Discúlpeme, no estamos acostumbrados a recibir visitas. Soy el director del campo. Comandante Volkov. Yuri Sergeevich Volkov —dijo disfrutando del malentendido creado por su uniforme.
- ¡A sus órdenes, camarada comandante! —gritó Misha, como un robot, con la marcialidad del día de la Victoria.
- Anda, anda, déjate de gilipollecas —dijo divirtiéndose—... Primera lección: Cuando estemos a solas, puedes llamarme Yuri; delante de los soldados o presos, camarada director. Ah... y no te cuadres delante de mí en campo abierto. Nunca se sabe quién nos vigila. Vamos dentro, te tengo que poner al día —concluyó mientras se daba la vuelta para dirigirse de nuevo al barracón.

Misha tenía sus sentidos embotados. Demasiada información en muy poco tiempo. Caras, nombres, órdenes, costumbres, peligros... Y tenía que familiarizarse con el complejo hotelero sin estrellas de inmediato. Porque estaba lejos de la biblioteca de su academia, muy lejos; aquello era un mundo real y hostil, como un campo de minas, como la selva y no quería acabar siendo la víctima de ninguna alimaña al caer la tarde.

Oteó el horizonte, las montañas cercanas y las edificaciones. ¿Qué querría decir el comandante Volkov? ¿Quién los observaría? Le llamó la atención la disposición del complejo, no entendía la arbitrariedad de la ubicación de los barracones. Algunos parecían estar alineados, manteniendo un orden. Otros, dispersos sin ninguna lógica dentro del recinto alambrado, siempre a distancia de tiro de las torretas de vigilancia. Todo diseminado en la ladera de aquella montaña. Y pensó una vez más en el invierno. En que, seguramente, tendría que hacer a pie los más de mil metros que había hasta los edificios más lejanos del gulag; por la nieve. No sería agradable. Definitivamente, en el diseño de la prisión no se había pensado en la comodidad de los ocupantes, cualquiera que fuera su estatus. Echó un último primer vistazo, memorizando cada detalle y entró en el barracón de mando.

El comandante había convertido su guarida en su pequeño reino; cómoda, con excéntricas concesiones al cuerpo y a los placeres sencillos. Al margen de las directrices de sobriedad características del partido. Misha observó con detenimiento las dependencias de su nuevo amo; chimenea y estufa, gramófono, biblioteca, cocina y bar con amplio surtido de bebidas. No estaba nada mal. Había hasta un frigorífico americano. Era la primera vez que él veía algo así. Volkov abrió la nevera con un gesto cotidiano y algo hastiado, sacó unas Coca-colas. Le ofreció una, con una sonrisa falsa como un rublo cuadrado. Escrutándolo, poniéndolo a prueba. Misha se sintió incómodo, sonrió y la cogió sin preguntar, como si estuviese de acuerdo en aceptar cada pequeño soborno que se le pusiera por delante. Lo hizo recordando una de sus asignaturas favoritas, pensando que antes de atacar tenía que asegurar el perímetro, como un comando que traspasa las líneas enemigas. Con cuidado de no recibir un tiro por la espalda a las primeras de cambio. Sí, se tomaría ese refresco sacado de las entrañas del enemigo americano.

Resultaba imposible averiguar cómo el comandante había conseguido todos esos lujos, en un lugar sin carreteras, aislado más de seis meses al año. Seguramente, los caprichos de Volkov serían la envidia de los más altos dirigentes del partido en Moscú. Se mantendría el secreto, al menos, por el momento, pero Misha averiguaría qué había detrás de todo aquello. Sí, descubriría cómo un tipo como Volkov había logrado traerse un trozo de occidente a la Siberia más oriental.

Sonrió por compromiso, asqueado de ver cómo en su impertinencia y osadía, el comandante se lucía sin tapujos delante de él, como si fuera un gorila dominante, exhibiendo su fuerza. Volkov se sentía seguro de sí mismo, de su feudo y de sus vasallos. Misha sacó una conclusión inmediata. El humilde uniforme de soldado raso era una fachada, una forma de disimular su corrupción. El emulador de Stalin era un farsante, un cáncer que se merecía más una estancia de media condena que la mayoría de los reclusos. Y pensó rápido. Alerta. Tendría que ser cauto.

Lo comprendió todo de inmediato. El comisario del ministerio de Aseguramiento de Orden Público lo había enviado a la boca del lobo, solo, a seis mil kilómetros de Moscú y Yuri Volkov era el líder de la manada.

Madrid (lunes, 10 de abril de 1989)

Las dudas se agolpaban en la cabeza de Lola, como si, tras la afirmación de Reyes, hubiese tenido una revelación incompleta. Tenían trabajo por delante, se sentía radiante y con capacidad para resolver el enigma de la autopsia. A la mierda Ernesto. Recuperaría el documento del primer forense y hablaría con él para sonsacarle lo que este no se había atrevido a plasmar en el papel. Volvería a Madrid para entrevistarse con el segundo profanador de cadáveres y le exigiría una explicación. Además, pediría un favor, se acercaría al anatómico a ver a un viejo amigo y le entregaría toda la información para tener una lectura en plata de la jerga. El problema era decidir qué hacer primero, porque Lola comenzaba a sospechar que el orden de los factores sí alteraría el producto.

- Y ¿cómo es el sargento? —preguntó despreocupada mientras comían.
- Bueno, no se porta mal, es el jefe —contestó Reyes, a la defensiva.
- Venga, Juan, si quieres empiezo yo —dijo Lola, buscando romper el hielo —... Mi jefe es un capullo que se cree que puede tutelarme porque soy una tía, y ya sabes, hasta hace tres días, si eras mona, estabas de florero repeinado como las de la vuelta ciclista y si eras de las feas, para poner los cafés y escribir a máquina. A parte de eso, es majo y me cae bien. Supongo que no lo puede evitar, que lo ha mamado y que no es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de su idiotez.
- Pues sí que te cae bien.
- Más de lo que crees —sonrió—. Estamos liados.
- ¡Eres sorprendente! —contestó el guardia civil, confuso—. ¿Qué vas a hacer ahora?
- Tú vienes conmigo ¿no?
- Bueno, sí —dudó.
- Supongo que tu jefe te ha puesto para echarme una mano y controlarme con la otra.
- No se te escapa una...
- No me queda más remedio. Ya lo he decidido. Nos vamos a Madrid.

Ahora, en cuanto comamos.

- ¿A Madrid? Esto no funciona así, tengo que ir al cuartel, pedir permiso...
- Ya, esto —lo interrumpió Lola—... Creo que voy a pedirte un favor.
- Que no vaya al cuartel, ¿no?
- ¡Oye, mira! Empiezas a caerme bien. Tú tampoco eres tonto.
- No puedo hacerlo.
- Claro que sí, además cumples órdenes. Te han dicho que no te despegues de mí, y si yo voy a Madrid...
- Ya, claro. ¿Tú crees que el sargento Novo es idiota?
- Venga hombre, sabes que lo dejará pasar. Además, seguro que piensa que, en un par de días, me estás follando.

El clima se enfrió unos cuantos grados. Tras el comentario, Reyes se sintió tremendamente incómodo con Lola, era lista y demasiado franca para su gusto. Habría preferido que la inspectora tuviera algunos pelos más en la lengua y se hubiese guardado su perspicacia para ella. Presentía que estaría aún más arrinconado si se metía en el coche con la policía unas cuantas horas. Comenzó a sopesar lo que Lola le había propuesto. Por un lado, no le apetecía y tenía una buena excusa, pero por otro, estaba el caso de los chicos que llevaba meses en vía muerta, y presentía que la inspectora Berlín podía ser de ayuda. Si se iba con Lola, el jefe lo miraría con condescendencia y sacaría dos conclusiones. La primera, que su subordinado era imbécil y la segunda que era capaz de hacer cualquier cosa siguiendo el contoneo de una falda. Lola llevaba razón en todo. No pasaría nada y, seguramente, en el cuartel lo verían con buenos ojos.

- ¿Entonces? —preguntó Lola, levantándose de la mesa.
- Vale. Pero, tengo que cambiarme de ropa y dejar a Librero con el vecino.
- No hay problema, de paso hago una llamada.

Durante el viaje conversaron amigablemente con esa extraña familiaridad que algunas veces dan los desconocidos. Reyes tenía un acento curioso y una voz grave, algo ronca, si hubiese sido del sur, probablemente podría haber sido un

buen cantante de flamenco. Una pena, la forma que tenía de pronunciar las eses, tan marcadas, como si quisiera silbar a la vez que hablaba, habrían estropeado cualquier martinete. Supo que el chaval era doce años más joven que ella, que ese era su primer destino y que había entrado en el cuerpo por vocación y por seguir la tradición de su padre y de su abuelo. Parecía majo e inofensivo. Lola se sintió a gusto.

La rutina es lo que hacemos sin pensar, asumiendo que es así porque lo tenemos automatizado. Durante el viaje, para Lola, lo normal era parar cada dos por tres, bajarse para revisar el nivel del refrigerante, esperar unos minutos echando un pitillo para que el circuito perdiese presión y rellenar. Pero, para Reyes el procedimiento era una novedad. Y, además, no estaba acostumbrado a ver una mujer abriendo un capó y desenvolverse con naturalidad, como si se estuviera pintando las uñas. En la última parada técnica antes de llegar a destino, la observó más de lo que quiso regalarse la vista y le pareció irresistiblemente atractiva. Se dejó llevar hasta que los ojos de Lola apuntaron en su dirección, Reyes apartó la mirada, con vergüenza, pillado mirando el escote sin querer, pero queriendo. La policía entró de nuevo en el coche. Podría haberse sentido halagada, humillada o molesta.

- ¡Vámonos! —exclamó Lola con tono neutro—. Bueno, qué... —añadió pasados unos segundos sin que Reyes reaccionase—. Ahora que me has visto bien las tetas, ¿me cuentas lo que sabes del sargento?
- Perdona, no quería molestar —balbució Reyes haciéndose pequeño.
- ¡Joder! Si la mitad del planeta tiene tetas —exclamó divertida—. Bueno, es normal, hombre, no te cortes. En fin, la verdad es que no lo es o no debería serlo, pero sí es habitual. No haces nada que no tenga que soportar todos los días. No te preocupes, no eres un perverso o, al menos, no eres más perverso que los demás, estás en la media. De hecho, creo que son las tetas más famosas de la comisaría. Bueno, también son las únicas que están de buen ver, las otras... ¡Uff! No sé yo si te gustarían —dijo sonriendo.
- Pero, ¿cómo puedes mantener una conversación tan superflua? ¿No estás molesta?
- Pues sí, claro. Pero, tú no eres una tía, ¿verdad? Qué quieres, ¿que sea una

amargada y que me acabe cortando las venas? Juan, esto es a diario. Yo no voy a cambiar el mundo. Ni siquiera voy a conseguir que me tomen en serio en la oficina por muy bien que lo haga. No tienes ni idea de lo complicado que es esto. Tú estás ahí, tranquilo, con tus pantalones y tus calzoncillos. Eres la hostia y tienes que demostrar incompetencia para que te pongan la cruz al *desmérito*. Tu jefe va a pensar que te estás ligando a una pirada y te van a pasear por el patio a hombros a tu regreso. Ya lo veo: ¡La guardia civil siempre encima de la policía! —dijo impostando la voz.

- Venga ya —contestó riéndole la broma.
- Ya lo verás. En cambio, de mí pensaré que soy un putón fácil que se lio con el jefe para conseguir el traslado y que soy inspectora porque soy muy abierta, y no de mente. No te rías. En la oficina me ven como una *torpona* que se empeña en hacer un trabajo que no le corresponde. Y, como mucho, cuando llegue a vieja, alguien dirá en voz baja con miedo a que otros lo oigan, que no lo hice mal. Así son las cosas y mira que me jode.
- No, no es así. Creo que exageras.
- Ese es parte del problema, ni siquiera os dais cuenta. Pero no te preocupes, las mujeres pensamos igual. ¡Mira una mujer policía, virgen santa qué cosas! Anda, cambiemos de tema que me caliento, te dejo en la cuneta y te vuelves a casa andando —dijo Lola sonriendo con amargura.
- Espero que sea una broma —contestó Reyes mirando a Lola a los ojos—. Está bien —contestó sopesando la propuesta de Lola, sin atreverse a arriesgarse al paseo de vuelta —. Dime una cosa, ¿qué quieres saber del sargento y por qué?
- Y —comenzó pensativa—... No sé. Cuando llegué esta mañana, me pareció como si a Novo se le hubiese reventado de repente un herpes en el labio. No le gusté. Todo me dio una sensación extraña: él, el sitio, la investigación que no tiene sentido y además el asunto de las autopsias. No puedo explicarlo, pero tengo la corazonada de que aquí pasa algo raro. Te voy a contar una cosa que no sabes. Soy la más nueva en la unidad, es cierto que llevo unos meses, pero no tengo experiencia suficiente para esto. Ernesto, el jefe, dice que me han asignado el caso desde arriba. A ver ¿quién cojones se preocupa de una cosa así y por qué? Nada es normal. Quiero comprender qué clase de tipo es Novo porque necesito

saber con quién me estoy jugando los cuartos para poder ir un paso por delante y no llevarme sorpresas.

- No está mal. Me has convencido. Empezamos... Por lo que sé, Novo lleva más años en el cuerpo que el duque de Ahumada. Es de la vieja escuela, rancio como el tocino amarillo. Yo creo que le cuesta adaptarse, y, no te lo tomes a mal, no es por ti.
- Y el gesto ese de las gafas, ¿lo hace continuamente?
- No, solo cuando está nervioso —contestó sonriendo.
- ¿Lo incomodo?
- Puede que un poco —respondió Reyes, tímido, evitando ser indiscreto.
- Venga ya, no me jodas ¿qué más? —preguntó Lola, pasados unos segundos.
- ¡Por unas tetas!... ¿Qué más quieres? —bromeó.
- Anda, ¡si tienes sentido del humor y todo!
- Sí, me lo enseñaron en la academia. Todos somos así. Es una asignatura nueva para que, cuando le clavemos una multa a un conductor, a la vez, le contemos un chiste y no se nos cabree.
- Vas mejorando por momentos, a ver qué chiste cuentas cuando te eche del coche.
- Ya, ¿y quedarte sin el resto de la historia?
- ¡Joputa! Anda, pásame el paquete de tabaco que está en la guantera —bromeó.
- El sargento, cómo decirlo, no es el más listo, pero te aseguro una cosa, es el más...
- ¿Pelota?
- Sí, eso.
- Mira, no me sorprende.
- Un compañero me contó una historia sobre el sargento cuando era guardia y asegura que es cierta.
- ¿Te lo crees?
- Bueno, el tío me dijo que estuvo allí y parece convincente. Resulta que

Gabino Novo es un cobarde de libro. A principio de los ochenta, Novo estaba destinado en León. Por lo que se ve montaron un control en una carretera con la mala suerte de que pararon a unos etarras que comenzaron a disparar. Novo se quedó escondido en un rincón. Los terroristas primero hirieron a los compañeros de Novo y después, se acercaron a ellos y los remataron en el suelo. Ni siquiera fue capaz de sacar su arma. Cuando llegaron los refuerzos ya no había nada que hacer.

- Qué tío más mierda.
- Sí. El que me contó la historia fue el que después los detuvo y dice que él encontró a Novo temblando, con los pantalones meados y que tuvieron que gritarle varias veces para que reaccionara.
- Y ¿no lo echaron?
- Sorprendente, ¿no? El tío sabe moverse, es una rata de oficina con suerte. Resulta que en la comandancia tenían el chivatazo, pero nadie advirtió a la patrulla. Y supongo que intercambió cromos.
- Ya, yo me callo lo tuyo si tú también lo haces con lo mío.
- Algo así. Redactó un informe muy imaginativo. Al final, consiguió una medalla, un cambio de destino para poner tierra de por medio y un ascenso. Ya ves. Ahora va dando lecciones a los nuevos, se ha convertido en una leyenda para los que no conocen la verdad y cada día que cuenta la hazaña, ha detenido a dos terroristas más.
- Joder, me lo imagino.
- Una última cosa, debes tener cuidado, por lo que he visto, tiene muy buenas conexiones. ¡Anda!, ya te he contado todo lo que sé.

Antes de comenzar a tragar kilómetros, mientras Reyes se hacía a la idea, Lola llamó a su contacto en el anatómico y le propuso un plan: quedar para cenar. Sabía que él no se resistiría y que haría lo imposible por impresionarla y sabía que se sentiría decepcionado en el momento en que descubriera que eran un trío. También estaba segura de que encajaría la humillación con elegancia y que le sacaría toda la información que buscaba. Pablo era así, majo, educado y correcto, pero aburrido como contarle un chiste a un noruego. A la mañana siguiente, Lola iría a comisaría para explicarle al jefe lo que había averiguado y a mediodía, regresarían al pueblo. Esa noche, dormían en casa, sin su

Ernesto: tenía un invitado y no podía dejarlo solo.

- ¿Me enseñas los papeles? —preguntó Pablo, en mitad de la cena, con su mejor cara.
- Claro, eres un cielo —contestó, Lola mostrándose encantadora.
- Queremos que nos des tu opinión, porque me parece que hay algo que no encaja —dijo Reyes.
- Esto... ¡Juan! —lo interrumpió Lola—. Deja que tome sus propias conclusiones. No te precipites.

Era lo que Lola quería evitar, que su amigo se dejara influenciar y se decantase por la versión oficial y Reyes había estado a punto de echarlo a perder. Lola le dio a Pablo solo el informe técnico y lo dejó macerando los datos como si fuese adobo, hasta que este se hiciese una idea de lo que pudo haber ocurrido. Su propia idea. Se habían tragado medio millar de kilómetros para eso, para tener una versión diferente y no iba a dejarle tomar el camino fácil que estaba firmado por uno de los más prestigiosos forenses del Instituto Toxicológico. Lo conocía bien, Pablo se quedaría absorto, en trance, sonreiría y comenzaría a hablar como una radio con pilas nuevas. Solo serían unos minutos.

- Esta chica murió ahogada en agua dulce —sentenció al cabo de un rato.
- ¿Sí? —preguntó Reyes, interesado.
- Es básico, casi de principiante. Tenía una mancha verde en la parte superior del cuerpo, ¿no? —preguntó dispuesto a impartir una clase magistral.
- Sí, en el pecho, el cuello y los hombros —puntualizó Lola, lanzando el cebo, ansiosa.
- Esa mancha aparece entre las 24 y 48 horas después de la muerte, se debe a la putrefacción de los tejidos, es sulfohemoglobina —comenzó a explicar con voz neutra y aburrida, como si fuese un documental del UHF para dormir la siesta—, y es debida a la cantidad de gérmenes que entran por las vías respiratorias cuando el sujeto se está ahogando. Además, tenía un edema pulmonar, compatible con esa clase de muerte. Por otro

lado, la lividez es muy clara, se llama hemodilución, es debido a la cantidad de agua que alcanza la sangre, es un proceso osmótico que... Bueno, creo que eso no os interesa —puntualizó Pablo, mirando a Lola a la cara—. El caso es que también es compatible con ahogamiento en agua dulce. Y, por último, está la sangre en las fosas nasales. Me juego la cena a que esta chica murió ahogada —concluyó con algo más de pasión.

- Sí, eso es. Lo has acertado, has ganado. Te invito —contestó Lola.
- Tengo una curiosidad —intervino Reyes.
- Adelante, hombre, no te cortes —respondió Pablo.
- El semen ¿se puede confundir?
- No te sigo.
- Quiero decir, ¿se puede uno equivocar y decir que algo es semen y que sea otra cosa. ¿Hay algún fluido que se parezca?
- No sé si te he entendido. Creo que quieres saber si hay un fluido corporal que pueda hacerse pasar por semen. La respuesta es no, absolutamente no —respondió Pablo con seguridad.

Era el merecido descanso del guerrero, tras una jornada intensa, se dirigían al piso de Lola para dormir unas horas. Reyes nunca había estado en el barrio del Pilar. Se sentía como un furtivo. Le sorprendió que, a pesar de la hora, parecía que la ciudad no dormía. Madrid, bajo las luces de las farolas, se le antojó demasiado grande para él y sintió un miedo infantil, como si hubiera un monstruo mitológico capaz de devorarlo en cualquier rincón oscuro sin dejar rastro. Pensó que todas las grandes ciudades eran la misma, que la amalgama de edificios y gente producían una mezcla con un tono pardo indefinido, como si fuese el resultado final de una caja de plastilinas de colores en manos de un niño de cuatro años. Durante el camino, dio gracias al cielo por no haber sido destinado a un sitio como ese.

El coche hizo el recorrido con los ocupantes en silencio, digiriendo la cena y la información. Lola se dio cuenta de que había aparecido un ruido nuevo, al llegar, paró y abrió el capó y descubrió que la correa del ventilador chirriaba, como si el Ibiza se quejara de agujetas por tanto trajín. Algún día tendría que llevarlo al taller.

- Siéntete como en tu casa. Ahí está la habitación. Descansa, yo me levantaré pronto y me acercaré a la comisaría. Después, te vengo a buscar y nos volvemos —dijo Lola cediéndole el paso a Reyes, tras abrir la puerta de su piso.
- De eso nada, tú duermes en la habitación.
- No, ahora estás en mi territorio y mando yo. ¿Habitación o puerta? Escoge —contestó Lola señalando su posesión.

Reyes pensó que el piso de Lola era como una caja de zapatos. Los techos casi se podían tocar con la mano y se apreciaba a simple vista que los materiales eran de segunda, con las pretensiones de una reforma sin posibilidades. Era como ponerle asientos de *polipiel* a un Seat 133. El guardia civil le echó un ojo a su reloj. Demasiado tarde para discutir, la miró y la vio desvalida, cansada y en cierto sentido, adorable. Sintió ganas de besarla en la mejilla, de abrazarla y darle las buenas noches, dio un paso en la dirección de Lola, pero se dio cuenta de que era inapropiado y se corrigió sobre la marcha. Se fue al cuarto de baño y después se perdió en la habitación.

Valencia, Mardi gras (Martes, 11 de abril de 1989)

Solo había pasado un día fuera, pero Lola, cuando volvió a la comisaría a primera hora, se sintió como una espía entrando en el cuartel general enemigo. Las caras de sus compañeros preguntándose qué hacía ella allí no la invitaban a relajarse. Encendió un pitillo y fue directa al despacho del jefe, obviando a cretinos y mirones, sorteándolos con un buenos días cortante como el frío en la cara.

- ¿Qué tal, jefe? —dijo Lola al entrar en el despacho, sonriendo, mientras le daba una calada al cigarrillo.
- ¡Por Dios, Lola es muy temprano! Te he dicho veinte veces que no me gusta que fumes aquí. ¿Qué haces aquí? —preguntó Ernesto, sorprendido.
- Te echaba de menos —bromeó.
- Ya y yo a ti, pero no habíamos quedado para hoy ¿qué te ha pasado?
- De todo, ni te imaginas, aquí hay basura para llenar un camión.
- Venga ya.
- Que sí Ernesto, que lo presiento.
- ¿Y eso?
- Por todo, para empezar al primer cadáver le hicieron dos autopsias.
- Pero eso es normal.
- No tanto. Sobre todo, teniendo en cuenta de que, en la segunda, a alguien se le olvidó mencionar ciertos datos.
- No, por favor, no me vengas con esas. Ya te dije que aquí no había ninguna conspiración. ¿A qué viene esto?
- No lo entiendes, la chica murió ahogada. Sin embargo, en la versión oficial consta como si fuese una especie de suicidio o accidente.
- ¿De dónde sacas esas teorías? Lola, no la jodas.
- ¡Qué cojones, Ernesto!, tú no lo has visto, no sabes.
- Lola, si esto te sobrepasa, si lo prefieres —Ernesto se tomó su tiempo para continuar—... Mando a otro —concluyó midiendo sus palabras,

sabiendo que le estaba dando dónde más le dolía.

- Ni se te ocurra. ¿Lo has entendido? —le amenazó gesticulando la mano con el dedo índice en posición de ataque y sintiendo que la había insultado.
- Está bien, como quieras, pero cualquier cosa que necesites, o si te lo piensas mejor. No sé, dímelo —se ofreció reculando como un cobarde.
- Te he dicho que no —le repitió con voz suave, pero concluyente.
- Vale, vale, entendido. Ya que estás aquí, tengo una sorpresa.
- ¿Me vas a pedir en matrimonio? —preguntó Lola haciéndose la romántica.
- De eso se trata, lo has adivinado —dijo Ernesto levantando una caja de cartón—. Aquí tienes el regalo de pedida.
- ¿Y esto? —preguntó intrigada
- Un teléfono. Lo último en tecnología. Lo llevas en el deportivo como James Bond. Es un TM450. Ve a cocheras y haz que te lo pongan.
- ¿Así de sencillo? No puedo, tengo que volverme a Valencia —dijo pensando en que no podía alargar la estancia del guardia civil.
- Lola, es una orden.
- Vamos, jefe. Me acerco y me lo instalan en un momento, ¿verdad? —preguntó Lola mofándose de su novio.
- Ve ya, que te estarán esperando. Llamo ahora mismo —contestó Ernesto, convincente.
- A tus órdenes.
- Ah, ¿vendrás para el fin de semana? —preguntó más distendido.
- Sí, claro. No te vas a librar de mí tan fácilmente —contestó Lola, amigable—. Nos vemos el viernes por la noche. Ah, y no quedas con nadie más. Ya sabes —concluyó Lola, irresistiblemente seductora mientras se marchaba.
- Ten mucho cuidado y no busques fantasmas —respondió cuando ella ya se había marchado y no podía oírlo.

Debía de ser su día de suerte, en poco más de una hora, el Ibiza salía del garaje con su flamante equipo. Podía hablar con quién quisiera, en cualquier

momento y sin cables. Era como una ventana al futuro. Además, los mecánicos le cambiaron la correa y le revisaron el sistema de refrigeración. De una tacada y gratis se habían acabado los viajes por etapas y la música monocorde. Lola pensó en su siguiente paso. Ya que estaba allí, lo lógico, lo más cómodo era visitar al experto de Madrid, al de la segunda autopsia, espetarle su teoría del ahogamiento y ver qué cara pondría. Pero ella no era una entendida en la materia, sabía que el forense se podía sacar cualquier as de la manga y dejarla sin argumentos. Y solo había dos posibilidades: o bien, el experto era un *vendemotos*, uno de esos inútiles que alcanzan fama porque trepan por el sitio oportuno en el momento adecuado o, por el contrario, el tipo sabía lo que hacía y había algo turbio. Dedujo que si el *matamuertos* no era trigo limpio, entonces lo mejor sería visitar primero al otro médico. Y era una putada, porque implicaba ir a Valencia, regresar a Madrid y otra vez volver a la zona cero. Lo que no lograba entender era qué sacaba el reputado doctor de todo ese embrollo. Lo del semen, ¿sería un olvido? Volvía a casa a recoger a Reyes.

- ¿No vamos a parar? —preguntó el guardia civil, al cabo de una hora de trayecto.
- No —contestó escuetamente Lola.
- ¿Y eso?
- Un extra del teléfono. Me lo han arreglado —contestó Lola, contenta como si acabara de sacar el coche del concesionario.
- Ya solo te queda la puerta.
- Me gusta así, es como la equipación del Cádiz.
- Anda, ¿te gusta el fútbol!
- ¿Más de veinte tíos en calzoncillos corriendo para darle puntapiés a una pelota? ¿Te has parado a pensarlo? No, no me gusta el fútbol pero es el Cádiz de Mágico González.
- Lo has ridiculizado. No es tan así.
- Claro, si tú lo ves de otra forma...
- Es más que eso. El fútbol... Déjalo, no lo entenderías. Oye, ¿has pensado en cambiarlo? —preguntó Reyes, aguantando la risa, mirando el interior

del vehículo.

- ¡Qué dices, si lo acabo de comprar! Otro comentario de mi coche o de mi capacidad para entender idioteces y te bajas y esta vez no tienes con qué negociar —le advirtió Lola.
- ¿Cómo que no? ¿Qué sabes del chico?
- ¡Eres listo, tío! Cuéntame —le invitó Lola.
- Bueno, por lo que sabemos estaba en un correccional.
- Joder con el picoletto, ¿tú de dónde sales?, que estamos casi en los 90. Ahora son centros de menores, y se supone que tenemos que reinsertarlos en la sociedad antes de que se corrompan y nos salga más caro el collar que el perro.
- ¿Tú crees? —preguntó el guardia incrédulo.
- Pues sí, espero que algún iluminado de una puta vez haya hecho las cuentas y que se lo estén tomando en serio. ¿Sabes? A veces creo que a los políticos solo les interesan los números. Estoy convencida de que, a largo plazo, reformar a un individuo, educarlo y hacerlo producir es más barato que dejar que crezca salvaje.
- No lo veo.
- ¿Y eso? Te juegas ir a pie —soltó Lola, molesta, esperando una respuesta hostil.
- Porque un político solo está cuatro años, como mucho ocho. Ningún sinvergüenza va a gastar dinero a veinte años vista sin robar nada para que la medalla se la ponga otro.
- Pero eso es como conducir mirando el capó.
- Es lo que hay.
- Y, ¿si hay comisión? —apuntó Lola.
- Eso vale para una autopista o un aeropuerto, pero no para un pobre. En fin, el chaval salió con un permiso de fin de semana. Había quedado con sus amigas y tenían montada una fiesta privada. Esnifaban benzol y fumaban hachís hasta ponerse ciegos y caerse de culo. Por cierto, no era la primera vez que iban por la cabaña.
- Y se toparon con quién no debían.

- Eso parece.
- Lo que indica que quién se los ha cargado los estaba vigilando desde hacía tiempo —apuntó Lola, como posibilidad.
- Puede ser —dijo Reyes.
- Bueno, esperemos a tener el informe de la autopsia del muchacho. A ver si tenemos suerte.
- Al menos a este le harán algo más digno.
- ¿Qué quieres decir? —preguntó Lola.
- La autopsia de la primera la hicieron en el cementerio del pueblo, en un sitio poco adecuado, sin medios ni luz. Para que te hagas una idea, el forense no tenía ni herramientas y él y su ayudante tuvieron que ir a comprar el material a la ferretería. Fue muy desagradable.
- ¡Qué cutre!
- Ni te imaginas.
- Y del chico del otro día, ¿algo raro? —preguntó Lola.
- Lola, te juro que hicimos una batida en condiciones. Yo estaba allí.
- Juan, tranquilo. Lo sé. No era eso lo que te estaba preguntando. Es evidente que al chaval lo habían puesto poco tiempo antes de que lo descubrieran. ¿Sabes? Cuando llegué, el escenario me dio una sensación rara, como si el sitio estuviese preparado.
- Y a mí. Yo ya no sé qué pensar. Es curioso —dijo pasados unos instantes —, muy poca gente ha visto el cuerpo. El que lo encontró y poco más.
- Ya, ¿sabes quién es?
- Es un conocido del pueblo.
- ¿Y?
- Aseguré que el chaval tenía un tiro.
- ¿Por qué cojones no lo has dicho antes?
- No sé, supongo que la autopsia...
- Ya te vale.

Con lo del TM450, Ernesto se había salido. Para Lola, era una sensación nueva, se sentía conectada con el universo. Con la libertad de poder agarrar el aparato en cualquier momento y acceder a quién quisiera. Quizá en el futuro, todo el mundo llevara algo así en su coche. Descolgó el auricular y llamó a la comisaría. Por una parte, para ver cómo funcionaba aquel artefacto y por otra, quería conseguir el teléfono del forense de Valencia. Tenían que localizarlo y hablar con él. En unos minutos tenían el número.

- ¿Doctor Bellido?
- Sí, ¿quién es?
- Soy la inspectora Lola Berlín de la policía. Estoy investigando el caso del chico que apareció el otro día cerca de la cabaña...
- Ah, ya. Sí, ¿qué quería?
- Verá, yo necesito hablar con usted. Realizó la autopsia de la otra chica, ¿verdad?
- Sí, pero no tengo nada nuevo que decir. Ya hice mi informe.
- Sí, bueno... —dijo Lola tomándose unos instantes—. Solo serán unos minutos. Podríamos quedar sobre las tres y si es tan amable, ¿tendría una copia de ese informe?
- Claro. Veré qué puedo hacer por usted.

Era perfecto, tenía al alcance de su mano los resultados de la primera autopsia. Tan solo era cuestión de mantener la presión del pie sobre el pedal durante unas cuantas horas y la información sería suya. Y no había paradas. Se sonrió, pensó que las echaría de menos, sobre todo con lluvia. Cogió un pitillo, era el último, arrugó el paquete con asco. Tendría que detenerse en el primer bar de carretera que encontrase. O no, o aguantarse las ganas como había hecho muchas veces. El puto tabaco que le habían metido por los ojos viendo la tele. Miró a Reyes de reajo, escondida tras las gafas de sol, para que el chaval no se sintiera incómodo. El compañero de viaje era simpático y avisado. Recordó que el guardia todavía estaba en la escuela cuando ella ya era policía. Se sentía a gusto con él, como si fuesen amigos de la infancia. Retomarían el intercambio de trivialidades personales por un rato. Les haría el viaje más llevadero y la mantendría entretenida. Después, centraría toda su

atención en el forense.

- Buenas, soy la inspectora Berlín. Hemos hablado por teléfono —dijo Lola a modo de saludo al llegar al Instituto forense de Valencia.
- Ah, encantado —dijo el doctor Bellido, alargando la mano formalmente y mostrando desinterés.
- ¿Es un buen momento? —preguntó Lola, intentando ser amable, notando la aspereza de la acogida.
- La verdad —comenzó a decir el forense—... En fin, no, no lo es. Es un día de perros. Estamos cortos de personal, hoy me han quitado a mi ayudante. ¿Sabe que ya estuvo aquí su compañero hace un rato y hablé con él? Perdome, no quiero ser descortés, pero tengo trabajo.
- ¡Espere! —ordenó Lola con un tono algo más brusco de lo que esperaba.
- ¿Cómo dice? —preguntó el forense, midiéndose con la inspectora como si fuesen dos gatos afilando las zarpas.
- ¿Mi compañero? ¿Qué compañero? —preguntó desconcertada Lola.
- Era el comisario... Déjeme pensar —dijo del doctor Bellido, leyendo la cara de decepción de la policía—. Creo que dijo que se llamaba Ernesto.
- ¿Ernesto? —preguntó sobresaltada.
- Sí, era el comisario Sánchez, Ernesto Sánchez —contestó el forense sin entender el porqué de la ansiedad de la inspectora.
- Eso es imposible —sentenció Lola.
- Inspectora, ¿duda de mí? —preguntó con arrogancia.
- No, pero Ernesto está en Madrid —puntualizó Lola.
- Espere, un tipo con el pelo rubio, rapado, ancho de espaldas...
- No, definitivamente ese no es.
- No, eso no tiene ningún sentido —respondió el médico, aturdido y asustado.
- Si quiere, puedo llamarlo ahora mismo.
- No, no hace falta. La creo.

- Y ¿el informe de la autopsia?
- Inspectora, esto es muy embarazoso y creo que va a ser un problema. El falso Ernesto se ha llevado la última copia.

Екатеринбург (Rusia central, 1955)

- Парá, no sé si quiero ir a Moscú.

Cada vez que su niña le dirigía la palabra, le costaba trabajo disimular que se le erizaba el vello con su voz de caramelo y la profundidad misteriosa de sus ojos. Recordaba el primer día cuando la rescató de la jaula donde vivía y cómo ella, al traspasar la frontera de su pequeño mundo, se aferró a su mano como si fuese el último bote salvavidas en el hundimiento del Titanic. Todavía resonaban en sus oídos las primeras palabras de la pequeña en libertad:

- ¿Cómo quieres que te llame? —le preguntó el comisario aquel lejano día, al abandonar el centro de acogida.
- Tainaya —respondió ella con naturalidad, sin miedo.
- Pero ¡eso no es un nombre! —le dijo él con una sonrisa, agachándose un poco para mirarla a los ojos desde su misma altura.
- Todos me llaman así.
- Entiendo, pero yo no soy como todos. Ya lo averiguarás —le aseguró con un tono algo más autoritario de lo que pretendió.
- Ya lo sé —respondió ella dominando la situación, sin asustarse.
- Entonces, ¿prefieres Tainaya al nombre que te puso tu madre?
- Me llamo Clara, pero tú puedes llamarme como quieras. Estará bien. Te doy esa libertad —respondió ella, con la palabra madre de fondo.

Habían pasado casi cinco años de ese momento y caminaban hacia la estación tren de Ekaterimburgo con su pasado empaquetado camino de Moscú. Él se lo había explicado muchas veces, la capital de la URSS era una oportunidad para los dos. El NKVD se había modernizado, le habían cambiado el nombre y poco más. A él lo habían ascendido dentro de la nueva estructura. La niña trabajaría para él y para el KGB. Estaría bajo su ala, todo el tiempo que él pudiese cobijarla. Tainaya lo entendía perfectamente y estaba de acuerdo. Pero él percibía que su niña volvía a sentirse insegura, como cuando salió del centro. Estaban a punto de entrar en el *hall* de la estación de la ciudad donde Clara se había convertido en una persona real. Había dejado de ser la chica

misteriosa. Y él olía su nerviosismo, Ekaterimburgo era lo mejor que les había pasado en la vida, a los dos. Y se marchaban de la seguridad de su hogar por muchos motivos. Él sería paciente, como si cuidara un rosal en el jardín de su dacha.

- ¡¿Papá?!

Papá sonaba bien y se había acostumbrado a que ella lo llamara así. La niña era su hija, aunque no llevase su sangre y fuera de segunda mano. Ahora, era una joven hermosa y, como cualquier padre, se sentía orgulloso. Regresó a sus recuerdos, al momento en que se la llevó. En aquella época, el plan era distinto y como siempre, ella lo desbarató con su mágica presencia. Él seguía instrucciones de su jefe directo en el NKVD. Su misión era buscar chicos con talento y sin lazos familiares. Los adiestrarían y conseguirían gente capaz de obedecer una orden ciegamente sin interferencias. Crearían una red de espías como la hilera de peones del ajedrez, una línea *sacrificable* de defensa y de ataque para la consecución de un bien superior. Podrían usarlos dentro o fuera del país. Y él sería el oficial de enlace.

Para eso él tendría que estar seguro de la lealtad de la pequeña. Durante un tiempo compartirían techo, sería amable y sellarían un vínculo sin fisuras. Y, si lo conseguía, tendrían un diamante perfecto, pulido, listo para lucirlo como joya. La niña ya hablaba otro idioma sin acento. Era perfecta para operaciones en el exterior. Se la ganaría como el halconero que mimaba a su rapaz con el miedo en el cuerpo, sabiendo que en el momento en que su protegida levantara el vuelo en occidente, podría no volver a la llamada de su brazo. Ese era el reto, que ella no sucumbiera a la libertad de volar a su aire y regresara a su lado para recoger la ridícula recompensa. Ese era el proyecto Tainaya hasta el día en que ella, en voz baja y sin atreverse a mirarlo a la cara lo dijo por primera vez.

Lo llamó papá, como con vergüenza, casi sin voz, aterrada al mostrar sus cartas y verse desnuda. En aquel instante, el NKVD no le dio importancia e hizo como que no lo había oído, pero algo dentro de su cuerpo se descongeló. Durante un tiempo, ambos lo olvidaron, como si fuese un beso furtivo con el novio de la mejor amiga, simulando que nunca ha ocurrido. Pero ella volvió a repetir la palabra demoledora, más firme, exigiendo que él tomase una postura

al respecto. Y lo comprendió al instante. Él la necesitaba tanto como ella a él.

- Pero, papá, ¿qué te pasa hoy? —volvió a preguntar Clara con la impaciencia de los dieciséis años.
- Nada, hija, mis cosas, que me voy haciendo mayor —respondió melancólico.
- No digas tonterías, eres muy joven para pensar así. Además, no te perdonaría que me dejaras tan pronto —bromeó.
- Es que —dudó mirando hacia la ciudad, como si pudiera volverse—, este sitio es muy especial para mí —añadió.

Y lo era, cuando Clara lo adoptó, él tenía desterrada esa posibilidad. Vivía solo porque lo que quería no era posible y lo que era posible no era lo que quería. Era discreto, con la mirada siempre perdida para que nadie sospechara ni lo señalara. Su delito era muy grave y vivía con el miedo en el cuerpo porque tarde o temprano alguien querría ocupar su puesto, ataría cabos y lanzaría el rumor de la duda. Un torpedo silencioso a la línea de flotación. Para cuando lo detectase, ya no tendría margen de maniobra y se hundiría en la tundra. Pero la chica lo había salvado. Nadie se haría preguntas, si tenía una hija, en algún momento habría tenido una esposa y el asunto quedaba zanjado. Pero él no era así, no se estaba aprovechando, Clara no había llenado su vida como cobertura como si fuera el chocolate de un helado de fresa. Clara era un sabor intenso y era el único.

Aquella ciudad representaba la materialización de su paternidad. Y no se desprendería de ese recuerdo, como tampoco olvidaba el día en que le dijo a la pequeña que tenía la posibilidad de retornarla al país donde no hacía tanto frío en invierno, que podía volver con la familia materna y pasar página. Porque, por fin, los dirigentes extranjeros sucumbieron a la presión y los dejaban regresar. Podía haber sido antes, y haberlos devuelto a casa cuando todavía eran niños. Pero hasta la fecha, se habían negado en redondo. Prefirieron dejarlos a su suerte antes que *devolverlos hechos unos delincuentes o putas, o peor aún, unos anticomunistas*. Al menos, eso ponía en una carta firmada por la líder extranjera que le había pasado un colega. Por un lado, le aterraba la idea de perderla, si se marchaba no la vería nunca más, ya no era su halcón y no consentiría que fuera moneda de cambio. Pero por

otro, sentía que la niña tenía ese derecho, y él no era quién para robárselo. En aquel momento, Clara tenía doce años, pero parecía que tenía el recorrido de una persona de veinticinco. Ella lo miró fijamente y se lo dejó nítido. Con lágrimas en los ojos le gritó enfadada y le dijo que él era su padre, que no quería volver a tener esa conversación y que no tenía ningún interés en conocer a más familia. Él hizo lo que tuvo que hacer, pidió un favor a un viejo amigo, se inventó un pasado, una familia y la inscribió con su apellido. Un favor que debería de por vida. Pero su historia tenía un punto flaco y ambos lo sabían.

- Vamos, hija, subamos a ese tren.

Pero Tainaya no era de las que dejaban las cosas a medias. Su vida era buena, todo lo buena que podía ser, mucho más de lo que ella jamás habría imaginado. Al lado de su nuevo padre había alcanzado la paz que tanto necesitaba para poder crecer y ser una persona. Al menos, de día porque el odiado director del centro de acogida todavía se escondía por los rincones de su joven cabeza. Cada noche se personaba en sus sueños para reclamar el botín de guerra, reptando como una serpiente, nauseabundo y frío. Ella peleaba con toda su alma, pero él era más fuerte, la inmovilizaba con su abrazo de anaconda, dejándola sin respiración. Siempre ganaba. La chica se despertaba en medio de la noche, asustada como cuando tenía cuatro años y se ocultaba de los adultos. Lo temía, aún tenía su olor a sucio y a sudor rancio incrustado en la pituitaria. Lejos de olvidarlo, el director se había convertido en un espectro, aún más peligroso que cuando era una amenaza real.

Y era un problema: el camarada director era el único que podía dismantelar su vida, pulverizarla con un descuelgue de teléfono y hacerla volver a la cueva de dónde ella había escapado de la mano del NKVD.

Ella sabía que uno de los motivos por el que iniciaban una nueva vida estaba relacionado con aquel asqueroso cabo suelto. Vivían a escasos kilómetros de su antigua cárcel. Su padre nunca decía nada, pero ella lo notaba, su mirada de halcón, siempre alerta cuando daban un paseo por su ciudad, Ekaterimburgo, temiendo encontrarse al camarada. Cuando la rescató, el NKVD amedrentó al director y le robó su trofeo, como el lobo que le quita al zorro la perdiz de la boca. Consiguió sacarla a la luz, pero por el camino se salió del plan trazado

para ella y la borró del programa de espías. Si el director se topaba con ellos, si decidía vengarse de la arrogancia con la que el NKVD lo había tratado, si alguien hacía preguntas y se sembraba la duda, probablemente, a su padre lo acusarían de traición. Y, Clara era cualquier cosa, menos tonta. De ahí a descubrir que su árbol genealógico era una farsa había un paso y, en el siguiente salto, a su padre se lo llevarían a un gulag.

- Papá, ¿estás contento? —preguntó Clara mirando por la ventanilla del tren.
- Sí, mucho —contesto el comisario, relajado, acomodado en su asiento.

Y era la primera vez que ella lo veía así. Dejaban todo atrás, lo bueno y lo malo. Su piso de 25 metros cuadrados, los amigos, las charlas en voz baja en la cocina, los recuerdos y al fantasma del director del centro de acogida. El cambio era apenas perceptible, pero Clara había notado que el rostro de su padre había dejado de hacer esa extraña mueca de preocupación que él adquirió cuando se la llevó de la mano. Y podía haberse relajado mucho antes, pero la chica misteriosa sabía que no debía contárselo. No era bueno para ninguno de los dos que él lo supiera. Podía involucrarlo, perjudicarlo, y eso, jamás se lo permitiría.

Sencillamente, ocurrió porque, en la mente de Clara, todo estaba planificado hasta el más mínimo detalle, porque ella no perdonaba fácilmente y porque no estaba dispuesta a perder su futuro por culpa del miserable que le había robado el pasado. Tan solo tuvo que esperar su oportunidad.

Tras la muerte de Lavrenti Beria, la reconversión del antiguo NKVD se estaba convirtiendo en un quebradero de cabeza para el comisario. Él sabía que, con solo un movimiento en falso, podría dar con sus huesos en una oficina de asuntos internos en cualquier rincón perdido de Siberia, acumulando papeles e investigando a pobres campesinos a los que les tendría que arruinar la existencia para demostrar su lealtad a la patria y poder seguir con su vida de felicidad tutelada con cuentagotas. Ese era el juego establecido. Un timo piramidal vertebrado desde el vértice más alto con pegamento de recelos e intrigas ficticias en todas direcciones contra el que era imposible revelarse sin sufrir las represalias en carnes propias y cercanas. Lo había visto muchas veces, si él caía en desgracia, si era declarado enemigo del pueblo, lo

liquidarían. Pero no de un disparo. Primero, le retirarían el carnet del partido, después, la cartilla de racionamiento, la casa o el saludo, y, por último, lo dejarían morir de asco, a su suerte. A él y a su hija, la hija de un traidor. La vida era un tema sencillo, una elección: mostrarse inflexible con el pobre desgraciado al que le tocaba la bola negra, o ser compasivo y débil y acabar siendo el siguiente plato de la cena caníbal.

Pero ese no era su objetivo, ahora que tenía una hija que salvar, apuntaba alto, quería ser influyente, jugar en la liga de la capital y poner tierra de por medio para que la chica tuviese una oportunidad de ser alguien. Por eso hacía un año que el padre de Tainaya viajaba continuamente a Moscú, para no acabar en el vagón de cola del nuevo KGB aborregando infelicidad o vigilando la frontera con Mongolia.

El verano anterior fueron al mar Negro, con un propósito híbrido: mitad de vacaciones, mitad viaje de negocios. Si algo se movía en la corte cuando el termómetro subía en la capital por encima de los 35 grados, era allí, junto a la orilla y el comisario aprovecharía el momento. Se estaba gestando el nuevo comité para la seguridad del estado con poder dentro y fuera de la URSS. Ese sería su sitio.

También fue la primera vez que Clara vio el mar, en un campamento, junto a otros hijos de los más feroces defensores del sistema. Un pequeño premio por la fidelidad de sus padres. Y un lugar curioso, un campo de entrenamiento donde la savia nueva aprendía a manejar un arma, un equipo de comunicaciones, recibía clases de supervivencia o era adiestrada en métodos para neutralizar una amenaza. Para un adolescente revolucionario, un plan soberbio.

Y el momento, llegó. Tras el verano, durante una de las incursiones de su padre a la capital, Clara decidió hacer una visita de cortesía a través del túnel del tiempo. A finales de otoño, una mañana, volvía a ser Tainaya, la chica huidiza semitransparente que estaba ante la puerta de la casa de acogida donde había nacido. Estaba allí para desempolvar el pasado y ajustar cuentas.

Su plan era meticuloso, durante el verano había descubierto las propiedades del fruto de una de las plantas que crecía por la zona. Recolectó las semillas y

sacó el jugo, un líquido viscoso y transparente. Si lo hervía, fabricaría aceite de ricino, pero no lo hizo. Su idea era sencilla, a punta de pistola haría beber al director el ricino virgen extra para purgar los pecados del pasado. Después, se marcharía, sin cabos sueltos.

Era temprano y hacía frío. No recordaba muy bien cómo había llegado hasta allí. Respiró hondo. Parecía que no había pasado el tiempo, que volvía a ser la niña misteriosa de diez años que sabía cómo entrar y salir del recinto sin ser vista. Recorrió el pasillo, se vio a sí misma con la bandeja y las tazas de té, temblando, esperando y detestando ser manoseada y sintió el asco del pasado al ver la puerta del fondo. Entró en el despacho, al acecho, como un gato que espera pacientemente a que el ratón salga de su escondrijo. Dejó el abrigo sobre un sillón cochambroso. Estaba allí y no sabía si el director estaría solo o acompañado. Se dio cuenta de su error, pero era tarde. Comenzó a ponerse nerviosa. Tendría que improvisar. Al instante sonaron pasos, parecía un hombre, sin compañía. No lo había pensado hasta ese momento, pero ¿y si él ya no trabajaba allí? ¿Y si al abrir la puerta se encontraba otra cara? Le sudaban las manos. No podía huir, su única salida estaba ocupada.

Y él abrió la puerta, como siempre, con aire frío, vicioso y descuidado. La observó durante unos instantes con desdén, rebuscando en sus recuerdos como si fuese un baúl viejo. Apenas la reconoció, comenzó a sonreír, primero con timidez como el cobarde que era, y a los pocos segundos, más abiertamente, como si le hubiese tocado el premio en la tómbola y tardase unos minutos en reaccionar.

Se quedó inmóvil, pensando con cara de felicidad. Allí estaba, aquella chica, la que había desaparecido de su vida hacía unos años, raptada por aquel tipo, el comisario del NKVD, un chulo de pueblo que no era nada sin su acreditación, un campesino bastardo. Basura con una chaqueta de cuero negro. Además, la niña lo había abrazado antes de irse. Sí, la pequeña fulana se sentía más cómoda con él que con el otro tipo. En el fondo, él lo sabía, a ella le gustaba desde el principio. Y él le daba algo que el otro no. Si no fuese así, entonces ¿por qué había vuelto? No recordaba su nombre, o... sí, era Clara, Clara Soria, la hija de la maestra española. ¡Eso era, una puta española!

Apenas la reconoció, comenzó a acercarse peligrosamente, con autoridad,

retomando el pasado. Clara tardó unos instantes en reaccionar, poco, lo justo para sacar su arma cuando él llegaba al cuerpo a cuerpo. Sostuvo la pistola clavada en la barriga del director. Lo miró fijamente, sin hablar, desafiándolo con los ojos y él tuvo un atisbo de pánico que controló al instante. Clara sacó de su bolso el bote donde guardaba el elixir, torpemente, mientras con la otra mano sostenía el arma. Iba a decir algo, a resarcirse, a escupirle un discurso ensayado miles de veces y obligarlo a beberse el repugnante brebaje para humillarlo como él había hecho tantas veces unos años atrás, y vengarse, pero el director no era presa fácil. Él le cogió la mano con las suyas y se puso la pistola en su propio cuello, en dirección de la cabeza, desde su altura, fuertemente, seguro de sí mismo, como un jugador de cartas alargando el farol, agresivo, convencido de que ella se derrumbaría en unos instantes, se rendiría y volvería al redil de su bragueta. Le dijo que no sería capaz de disparar, que sabía lo que ella buscaba, que era una zorra y que él le daría su merecido. No dio tiempo a más. Clara cerró fuertemente su dedo índice reventándole los sesos al director, que se desplomó en suelo como un cerdo en el matadero. No estaba en sus planes, pero Tainaya acababa de apretar el gatillo.

La chica misteriosa soltó el arma con frialdad como si estuviera habituada a ese tipo de situaciones y comenzó a pensar. Recordó el entrenamiento del verano. Decidió que su mejor opción era simular un suicidio. Tuvo cuidado con las pisadas. Borró sus huellas del arma. Acto seguido, le quitó las gafas, las limpió con mimo de maestro de escuela y las dejó encima de la mesa. Después, le puso el arma en la mano. Una TT-33 con silenciador que el padre de Clara guardaba como si fuera un tesoro. Una pistola no controlada de cuando la guerra con los alemanes. Por último, escribió una nota imitando la letra del director, con una sola palabra: adiós. Se limpió los salpicones de sangre de la cara lo mejor que pudo, se cubrió con el abrigo y se marchó tan sigilosa como había llegado.

- Y ahora, ¿quién está perdido? —preguntó el comisario a su hija, mostrando su mejor cara— ... ¿En qué piensas? —añadió cuando el tren aceleró la marcha.
- En nada, papá —contestó Clara, sintiéndose definitivamente libre de su pasado.
- Ya veo, no soy solo yo el que se hace viejo —bromeó.

- No, no es eso —respondió Clara.
- ¿Entonces?
- Uff —resopló la chica—. No sabría por dónde empezar —añadió alarmada.
- ¿Puedo ayudarte? —preguntó su padre con misterio.
- Ya no hace falta, papá. En realidad, hace tiempo que somos libres.
- De eso, hasta este momento, yo no estaba tan seguro. Ahora sí lo somos —dijo su padre.
- ¿Qué quieres decir? —preguntó Tainaya, intrigada.
- El director... —dejó caer su padre con mirada inquisidora.
- ¿Qué pasa? —balbució Clara asustada.
- Hija, lo sé —contestó escuetamente.

Era imposible, era cierto que la pistola se había quedado en el despacho del director... pero, el arma siempre estaba en el mismo cajón, al fondo, sin usar, su padre nunca la revisaba. Y, tras su visita al centro, ella buscó otra igual y la sustituyó en un tiempo récord. No sabía cómo él se había dado cuenta. Además, cuando todo ocurrió, él estaba fuera.

- Aquel día —comenzó su padre con paciencia—, volvía a casa antes de tiempo. Era una sorpresa, regresaba esa misma mañana porque por fin me habían asignado Moscú, tenía cuatro días para incorporarme a mi nuevo puesto. Pero al llegar, me informaron que tendría que quedarme. Había ocurrido algo extraño. El director del centro de acogida aparentemente se había suicidado y yo era el máximo responsable de la investigación.
- Entiendo —dijo Clara horrorizada.
- Lo supe en cuanto llegué a la escena. Pero no quise creérmelo. Después vi el bote que te dejaste con el aceite de ricino, supe que eras tú. Y, además, estaba mi pistola. No me quedó ninguna duda, y lo entiendo...
- No papá, no lo entiendes, él no se portó como tú, y... y seguro que estaba haciéndole lo mismo a otros niños —comenzó a justificarse con lágrimas en los ojos.

- Déjalo hija. Da igual. Ya nadie va a hacerte daño. Eres libre e inocente. Fue un suicidio, ya me encargué yo de eso —dijo su padre, susurrando.
- Entonces, todo este tiempo, ¿lo sabías? —preguntó Clara, asombrada.
- Sí —respondió escuetamente el comisario, suavizando el rictus.
- ¡Lo sabías, lo sabías y no has dicho nada! Pero, ¿qué clase de persona...? —comenzó a decir indignada.
- Tu padre y te protegeré de cualquiera, como sea y por lo que sea —respondió interrumpiéndola, serio y autoritario—. Lo único que siento es no haber apretado el gatillo antes que tú. Ya está.
- Pero, ¿tardaste tres días en volver a casa? Y yo... todo este tiempo... pensaba que estabas en Moscú.
- Dirigí la investigación —sonrió—, y no fue fácil. Fueron tres días muy intensos. Casi no dormí. Tenía que asegurarme de no dejar nada al azar. Investigué al director y sus prácticas. Había otros niños. Hablé con mis superiores. Tuve que convencerlos de que el partido no quería un escándalo, que el director no era trigo limpio y que era mucho mejor así, sin ruido.
- ¿Y no me dijiste nada?
- ¿Para qué? ¿Acaso ibas a ayudarme? Además, era peligroso, tú no pintabas nada en todo esto y había un policía joven, Sasha Scriabin que sostenía que era un asesinato. ¿Sabes? Me llevó más de un mes contenerlo, él seguía y seguía investigando y cada día estaba más cerca. Como una apisonadora, lenta pero letal. Tras un periodo de calma, pensé que había desistido. Pero la semana pasada, se presentó en mi despacho con un montón de pruebas, fotos, manchas de sangre, restos de pisadas. Aseguraba que, frente al director, en el momento de la muerte, había una persona, que la física y la fuerza de la gravedad son irrefutables. No sé cómo lo hace, pero te aseguro que el tipo es bueno, muy bueno. Le dije que hiciera lo que le diera la gana, que yo ya había terminado mi trabajo y que él sería mi sustituto. Que lo dejaba en sus manos, que se peleara directamente con mi superior en Moscú y que le explicara a él por qué había seguido por su cuenta indagando en un asunto que estaba oficialmente cerrado. Le cambió la cara, creo que se asustó. La verdad no sé si seguirá buscando o no, y no me importa. Ya no, estamos fuera de su

alcance —concluyó despidiéndose del paisaje nevado, con la mirada perdiéndose por la ventanilla del tren.

[2]

La deuda. (Roma, lunes, 25 de septiembre de 1989)

Cuando Bruno le brindó su ayuda al viejo Antonio Rosso, lo hizo más por quitárselo de encima que por convencimiento. Salvar a un yonqui era como intentar parar con las manos la cuchilla de la guillotina para rescatar al ajusticiado. Pero cuando vio marcharse al padre de su amigo, desgastado, cabizbajo y derrotado, se le partió el alma. Se imaginó a sí mismo en una situación similar y sintió que tenía que hacer algo. Se lo debía, saldaría su cuenta. Buscaría a Toni, aunque no tuviera experiencia en el campo de la investigación ni en el de las drogas, al menos desde ese lado de la justicia. Era un poli novato que apenas llevaba seis meses en la calle. Hasta la fecha no había hecho otra cosa que patrullar y vigilar la puerta de la comisaría. Se quedó pensando. Tenía un nombre, Vlad, que no era corriente, aunque en Roma debía de haber cientos de tipos que se llamasen así, si es que ese era su verdadero nombre. En definitiva, no sabía por dónde empezar. Dedicaría su tiempo libre al caso, como en las series de detectives, pero necesitaba ayuda.

Paolo Feltracco era uno de los investigadores estrella de la prefectura romana, trabajaba en la comisaría de Vía Farini desde hacía más de diez años, y, mientras Bruno se preguntaba cuál sería su primer paso, este salía por la puerta principal.

- Comisario, disculpe, eh... ¿tiene un minuto? —preguntó Bruno.
- ¿Agente...?
- Barone, señor, agente Bruno Barone.
- ¿Es importante?
- Verá, no sé qué hacer... Necesito que me asesore.

Para Paolo eran palabras mágicas que le engordaban el ego y le hacían sucumbir a la voz que acariciaba su orgullo como si fuesen aplausos para dar un bis. Aquel chaval le estaba pidiendo ayuda, lo respetaba como superior y le reconocía su valía. Era todo oídos.

- ¿Qué puedo hacer por ti, Bruno? —preguntó.
- Es... un asunto personal, un viejo amigo necesita mi ayuda. Ha

desaparecido y su familia está muy preocupada...

- ¿Han puesto una denuncia?
- Eh... creo que no —dudó Bruno.
- Pero, ¿has hablado con ellos y no les has dicho que pongan una denuncia?
- No —contestó Bruno apesadumbrado.
- Vamos chaval que eres policía. Es lo primero que hay a hacer. La rellenas y la firmas como si fueras un familiar. Vigila que nadie te vea hacerlo.
- Gracias, jefe, hay algo más... Es un yonqui.
- Uff, entiendo... te voy a hacer una pregunta, Bruno, y quiero que lo pienses antes de dar una respuesta ¿esto es importante para ti?

El policía se quedó callado unos instantes.

- Sí, es del pueblo, un viejo amigo. Mi familia y la suya se conocen... desde siempre.
- Lo pillo. De momento, resérvate la afición de tu amigo.
- Pero...
- Nadie moverá un dedo por un drogata, lo comprendes, ¿verdad? —se explicó alterado—. ¿Hay algo más?
- Su padre dice que tenía un asunto importante y un socio, un tal Vlad.
- No es mucho.
- Además, lo vi. Hace diez días. También me contó que estaba tras algo. Necesitaba dinero, pero eso, es lo esperado. Cuando se marchó, se dirigió hacia Termini. Me temo que no hay más.
- ¿Iba colocado?
- No.
- Espera... ¿por dónde vino?
- No le entiendo.
- Sí, ¿de dónde venía?
- También de Termini...

- Perfecto. Vino y se fue por el mismo camino. Ya tenemos algo. Si le diste dinero y estaba con el mono probablemente fue a por una dosis. Hay un par de sitios donde pudo detenerse para pillar mercancía... Pásate por ellos, discretamente. Observa, vigila, ve con la ropa más informal que tengas, no hagas nada más. Esos hijos de puta nos huelen, como abras la boca para pedir algo más que una cerveza, te descubrirán y no averiguarás nada. Mañana me buscas y hablamos. ¿Lo has entendido?
- Sí —contestó Bruno, algo sorprendido por la sagacidad del comisario Feltracco.
- Bruno...
- ¿Qué?
- No abras la boca, no preguntes, no enseñes fotos. ¿Lo pillas?
- Gracias, comisario —contestó Bruno, algo molesto por el tono paternalista.

La prueba (Castillo Farnese, viernes, 15 de septiembre de 1989)

- La carne está deliciosa. ¿Qué es? —preguntó Vlad.
- No me lo puedo creer —dijo Alma sonriendo.
- ¿A qué te refieres?
- Vamos, no me digas que no la has comido nunca —añadió Vittorio sorprendido...
- ¡No! —interrumpió Vlad con incredulidad.
- De nuestra cosecha. Del penúltimo. Madurado especial. No todo en la vida es negocio, ya sabes, también hay placeres —le aclaró Vittorio mirándolo fijamente.
- ¡Interesante! —exclamó Vlad pensativo—. Por cierto, este año estamos teniendo suerte. Nos está haciendo un tiempo fabuloso —añadió Vlad.
- Es verdad, estamos teniendo suerte —repitió Vittorio con tono lastimero.
- Pues hay que aprovechar la racha. Tengo otro par de ejemplares casi listos...
- Espera, no —interrumpió Vittorio contrariado—. Esto... necesitamos descansar.
- Querido Vittorio, pronto empezará a hacer frío y será más complicado —puntualizó Vlad.
- Vlad, nosotros... yo... ¿no crees que arriesgamos demasiado? —preguntó Vittorio.
- Y ganáis mucho... ¿Sabes, Vittorio?, todavía recuerdo cuando nos conocimos. Creo que lo has olvidado.
- Vlad... te estaré eternamente agradecido, pero, ya no puedo seguir arriesgando —contestó Vittorio, que no había planeado la respuesta.
- Eternamente es mucho tiempo —bromeó Vlad.
- Podríamos... podríamos acabar con el material que tenemos y tomarnos unas vacaciones —puntualizó Alma, intentando buscar un punto intermedio, sin revelar las verdaderas intenciones de su marido.
- Alma —dijo Vlad, en tono condescendiente—, sabes que esto no funciona

así. Tenemos una serie de pedidos, clientes a los que abastecer. Y son gente poderosa a la que no se les puede dejar en la estacada. Lo siento, pero no podemos cerrar el grifo sin más. La cadena de distribución se rompería.

- O sí —dijo Alma.
- ¿Cómo dices? —preguntó Vlad, algo molesto.
- Digo que sí, que podemos. Y, si además creamos un efecto de escasez, el precio subirá —replicó Alma con un punto de avaricia en sus palabras.
- Alma, no es exactamente un mercado libre y ya pagan bastante —concluyó Vittorio.
- Está bien, amigos, al menos estos dos, lo necesito. Después, os dejo descansar y dosificamos la mercancía. ¿Te parece? —le preguntó Vlad a Vittorio buscando su aprobación.
- Lo pensaré —contestó mirando al cielo oscuro plagado de estrellas.
- ¿Y qué hacemos con este ahora? —dijo Alma, señalando al fardo en que se había convertido Toni, cambiando de tema.
- Tú eres médico. Toma unas muestras para verificar la compatibilidad con el receptor. Averigua si da positivo en hepatitis, sífilis... lo típico. Y manténlo vivo, que la última vez se te fue la mano —contestó Vlad.
- ¿Te quedarás a dormir? —preguntó Alma con voz sugerente.
- No puedo, mañana tengo trabajo —contestó Vlad.
- Por favor, lo necesito —suplicó Alma.

Alma había conocido a Vittorio Dal Santo unos años atrás, cuando ella estaba en último curso y la casualidad les hizo compartir bancada en unas jornadas de medicina forense. Él era un advenedizo que había conseguido colarse en una charla para profesionales y pronto captó la atención de la joven. Era algo mayor que ella, atractivo, con el pelo cano, que le hacía parecer más experimentado e interesante, como de vuelta de muchas cosas. La volvía loca.

Al principio, no la hizo sospechar. Ella pensó que era un colega más, uno de

esos que se toman los estudios con calma, al abrigo de los recursos económicos familiares. Un niño de papá. Se mostraba atento, tomaba notas, era tímido e intentaba pasar desapercibido. Tenía un cierto aire de galán trasnochado, de caballero andante. Y le gustaba. En los descansos, charlaban amigablemente. Su voz era aterciopelada, musical, acariciando los tímpanos de la joven, que esperaba con impaciencia hasta el siguiente *break*, para seguir oyendo a aquel Romeo tan cautivador. Aun así, muy pronto Alma notó sus carencias académicas y su pose de impostor, como si fuera un tornillo de plástico. No entendía cómo Vittorio perdía el tiempo con una materia tan ardua y desagradable que hasta había conseguido que muchos futuros médicos abandonaran la sala para ir a vomitar. Una disciplina que, definitivamente, no estaba hecha para curiosos.

Era casi imposible notarlo, pero Alma intuía que había algo más tras la fachada. Tenía curiosidad por averiguar qué hacía aquel tipo con aspecto de pintor bohemio sacado de una peli francesa de los años sesenta en medio de aquel mundo sin piedad repleto de botes de alcohol y éter, en pro de la humanidad. Tras las primeras jornadas, descubrió que Vittorio se veía irresistiblemente atraído por la muerte, por el trasiego de pedazos de cuerpos como si fuesen piezas de un Lego para hombres lobo, y por la parafernalia de la ciencia de la casquería. Y lo supo. Supo que eran almas gemelas, comprendió que él sentía lo mismo que ella, que a él también se le erizaba la piel. Alma se excitaba al ver la cara de Vittorio cuando el ponente mostraba un trozo de desguace. Se excitaba como si fuera la invitada en un trío. Comenzaron a salir.

Alma cayó en los brazos y en el juego de Vittorio, se sentía atrapada, hechizada por su pose de intelectual, su cultura y sus irresistibles grandes ojos marrones, capaces de diseccionar un hígado con la mirada, ávidos y lujuriosos. No sabía hasta dónde podría llegar con él y por primera vez en su vida estaba perdida, a merced de un desconocido. La sensación le provocaba desasosiego, y a la vez le embriagaba, como si fuera una colegiala fumando yerba a escondidas en el patio de un colegio de monjas. Y Alma también descubrió que Vittorio era experto en química, pero solo en la que era capaz de hacerle sentir la ingravidez del espacio exterior y, aferrada a la mano de su nuevo maestro, se inició en el mundo de los apasionantes viajes interestelares. Cada vez más y más lejos, hasta llegar a los confines de nuestro sistema solar,

hasta que se quedaron sin combustible. Comenzaron a navegar a la deriva y acabaron atrapados como satélites, cautivos por la gravedad de un planeta lejano, más allá del cinturón de Kuiper; un lugar inhóspito y frío: el planeta Vlad.

En un tiempo récord Alma y Vittorio perdieron el título de propiedad de sus vidas, que, casi sin meditarlo, cedieron a su nuevo mecenas. Este pagaba religiosamente todos los excesos de la pareja, sin quejas, sin reproches y sin límites. Al cabo de unos meses aquel tipo se había convertido en una parte de la familia, el tío rico de América que guardaba como un tesoro la libreta con la cuenta de deudas, dispuesto a sacarla en el momento más inoportuno. Y la sacó.

Vlad tenía planes, los chicos apuntaban maneras. Si su instinto no le fallaba, tenía en sus manos una pareja de diamantes en bruto. Eran dos cachorros de depredador, dos T-rex, ambiciosos, aprendiendo a seguir el ritmo de su batuta. Él tenía los contactos necesarios para poner en marcha un nuevo negocio para el que sabía que había un mercado virgen y exclusivo. Tan solo tenía que buscar la forma de presentarle la idea a sus fieras. Y serían leales como los perros de la finca.

Al principio Vlad pensó en usarlos el tiempo que los necesitara. Sabía que su idea de negocio era temporal. Una moda para ricos y *yuppies* sin escrúpulos, tipos hastiados de la normalidad. Transgresores y depravados con una cartera lo suficientemente abultada como para pagar por algo aberrante, que otros, sencillamente, no podían permitirse. Licántropos de guante blanco. El producto no era mejor ni más sabroso ni más nutritivo. Comer carne humana. La vida de otro, que habían matado ex profeso para servirlo en una mesa con mantel de hilo como rareza culinaria. Tan solo era caro, prohibido y exclusivo. Y tenía un valor añadido, hacer sentir por encima del bien y del mal al poderoso comensal, al que le quedaban pocas cosas nuevas que probar. La idea era brillante.

Y en cuanto dejase de ser rentable, Vlad se desharía de ellos, de sus perros, limpiamente, sin compasión y sin remordimientos, como el cazador que sacrifica a los viejos sabuesos cuando ya no son capaces de seguir a sus presas.

Pero, Vlad, por primera vez en mucho tiempo, había subestimado a la humanidad. En concreto, a su cartera de clientes, a la minúscula porción de individuos que desangraban metafóricamente a sus congéneres con su ingeniería financiera especulativa para monopolizar un buen trozo del PIB mundial. Y, gracias a él, ahora esos *VIP* también podían chuparle el tuétano al resto de mortales, de forma literal. Para sorpresa de Vlad, el negocio lejos de ser una fugaz excentricidad, se había convertido en una de las mejores ideas de su vida y una de las más lucrativas. Y, además estaba el tráfico de órganos, la respuesta al anhelo que desde siempre ha mostrado el hombre por vencer a la muerte, o al menos, por ganarle alguna batalla. Un tiempo extra que Vlad cobraba caro. Y sus estrellas eran Alma y Vittorio. Sin ellos, el negocio no sería factible.

Por último, se había establecido un vínculo más allá del comercial. Vlad había aprendido a apreciarlos, a cada uno por distintos motivos. Vittorio tenía una personalidad arrolladora, envolvente, como la neblina de la mañana. Era imposible no sentir la magia de su conversación interesante, meditada y profunda. Ella, además, era divertida, con sentido del humor, abrumadoramente inteligente y calculadora. A veces llegaba a asustarle la velocidad con la que procesaba las cosas. Siempre un par de pasos por delante de Vittorio, y algunas veces, también de él. Se complementaban. Eran los seres humanos más peculiares que jamás había conocido. Y, desde que habían intimado, tenía un sentimiento extraño hacia ella, quizá a su manera, Vlad la amaba, si es que él pudiera albergar ese sentimiento.

Simplemente, ocurrió. Hacía ya casi un año. Tras una de sus cacerías, en la que, por sorpresa, se presentaron dos ejemplares.

Los dos tipos se acercaron por el camino habitual. Uno de ellos portaba el revólver y el otro, el espontáneo, llevaba un bate de béisbol. Llegaron hasta el centro del patio y se acercaron a la mesa a grandes zancadas. El del bate comenzó a gritar en un idioma extraño y a golpearlo todo, fuera de sí, como un niño malcriado con una rabieta. Vittorio se quedó petrificado, sin plan B, incapaz de improvisar. Aquellos tipos no eran unos advenedizos asustados, como sus otras presas. Parecían profesionales de un país del este. El pistolero le gritó al del bate, que se dirigió a Vittorio, amenazante, para romperle la

cabeza, mientras su compinche apuntaba a la sien de Alma, y se acercaba a ella a toda velocidad. No habría contoneo ni posibilidad de mostrar su formidable cuerpo. No se iban a poner cachondos ni iban a perder la concentración por verle las tetas. No eran de esa clase de chorizos. Alma supo que aquellos dos los iban a machacar, sacarles el jugo y tirarlos a la cuneta.

El pistolero golpeó a Alma en el estómago y la agarró fuertemente, apuntando con su revolver a la cabeza de la mujer. Vittorio perdió los nervios, incapaz de encajar, de aceptar que el juego era así, y que podía perder; perderlo todo. Se puso de rodillas para implorar clemencia, llorando. Los agresores se echaron a reír y, el del bate comenzó a ridiculizar a Vittorio por su patético comportamiento, por no ser lo suficientemente hombre. Tras unos instantes, el pistolero le dijo a su compañero que ya era bastante. Se ayudó con un gesto de su brazo izquierdo, levantándolo de forma automática, señalando a Vittorio e instruyendo a su compinche para que acabase pronto. Aflojó la mano del revolver apuntando al vacío. Un instante. Dejó de agarrar a Alma que se sacó un cuchillo y le seccionó la arteria carótida, de un tajo certero, mortal como un alacrán y rápida como un rayo. El tipo se llevó su mano izquierda al cuello, sin entender qué estaba pasando, sin evaluar la gravedad de la situación. Otro instante. Inmediatamente, Alma le dio una coz en la tibia con toda su rabia y sus zapatos de puntera dura, el agresor, como acto reflejo, aflojó sus músculos y ella le agarró la mano de la pistola, le acuchilló de nuevo en el cuello, sobre la otra mano, le dejó el cuchillo clavado y le quitó la pistola. Antes de que el otro tuviese tiempo de reaccionar y llegar hasta la chica para inutilizar la amenaza, Alma le disparó varias veces, cada vez más cerca, en la cara. El atacante del bate quedó malherido, revolviéndose en el suelo, gritando como un cerdo. El pistolero apenas se movía, con los ojos abiertos, aterrado, sintiendo debilidad en su cuerpo y su propia sangre caliente brotando de su cuello derramando sus últimos instantes de vida. El problema se había solucionado a la velocidad de la luz y habían conseguido mercancía extra.

Estaba nerviosa, excitada como nunca, como una fiera que tras la carrera se siente agotada y jadeante, sosteniendo a su presa en sus fauces. Después de la intervención de Alma, Vittorio seguía en trance, aliviado, aunque incapaz de reaccionar, pero por distinto motivo. Alma completaría el ritual. Y él disfrutaría como en el estreno de una película, solo le faltaban las palomitas y la butaca. Cuando llegó Vlad, ella estaba empapada en sudor y sangre, había

colgado al tipo de la pistola bajo un árbol del jardín y comenzaba a descuartizarlo, como si estuviera posesa. Vittorio estaba hechizado contemplando a su esposa, excitado como una ninfómana multiorgásmica. A él le gustaba verla así, y ella lo sabía. Ese era su secreto, su parafilia y su perversión. El motivo por el que se había apuntado al curso de medicina forense y que había hecho que se juntasen sus vidas. Y ella no podía negárselo.

Pero no eran almas gemelas puras. Mientras que, por un lado, Vittorio sentía como le salía el corazón cuando diseccionaban a un infeliz, por otro, se mostraba adormilado e inapetente, como el bostezo de un oso perezoso, ante la visión del cuerpo de Alma desnudo y lascivo. Era chocante y frustrante, ella necesitaba un Vittorio que satisficiera sus deseos, pero, él casi nunca llegaba a la cama. Ella lo necesitaba, especialmente ese día. También estaba excitada, pero, a diferencia de su marido, Alma tenía que culminar su orgasmo de forma convencional, y no quería hacerlo sola. Allí estaba Vlad, alto, elegante, moreno, disponible y apetecible. Lo necesitaba, como el café de la mañana, como nunca lo había necesitado antes, y a su marido le parecía bien. Como recompensa, lo invitaría a mirar.

La propuesta pilló a Vlad a contra pie. Como tantas otras veces, Alma lo había sorprendido. Pero no se negó.

Vlad pensaba que, llegado el momento, deshacerse de la singular pareja iba a ser un mal trago, como tomar un antibiótico, necesario, pero desagradable. Nunca había conocido a nadie como ellos. Eran unos buenos perros guardianes. Fieles y feroces. Los echaría de menos.

Jaque (final de verano 1962)

Había pasado el primer examen de Volkov con buena nota. Por la cara que Misha puso, el comandante debió de pensar que tenía un aliado en aquel aprendiz de caníbal. Cambiaron de tercio. La conversación derivó hacia un tema más formal: la instrucción del joven pupilo. Tenía que comprobar hasta qué punto el nuevo era moldeable y cuál sería el precio que tendría que pagar para llevárselo a su terreno. Y lo haría de una manera o de otra. Volkov le explicó de forma velada al teniente, con algunas cartas boca arriba, que, si hacía la vista gorda, si se adaptaba al ritmo del campo, viviría como el hijo del zar. Pero si pretendía que el libro rojo volviera a ser la lectura de cabecera del comandante, entonces duraría menos que un iceberg en el mar Negro en agosto. Misha sabía que no tenía elección, en su situación y con los apoyos que contaba, tenía que decir sí a todo.

- No son como nosotros. No son nuestros camaradas. Perdieron el derecho de ser llamados así cuando traicionaron a la Patria. Ni siquiera pueden usar ese término entre ellos. Está prohibido... Y castigado. No son personas, solo son números, y así hemos de tratarlos. Misha, te haces cargo, ¿verdad?
- Sí, comandante —dijo Misha, mientras pensaba que él tampoco era como el comandante.
- Yuri... Llámame Yuri. Hijo... ¿Por dónde iba? Ah, sí, esos parásitos no tienen nada, y nada les debemos. ¿Sabes? No nos pagan por pensar ni por decidir qué convicto es más culpable que otro. No es nuestro trabajo. Para mí..., para nosotros, son todos iguales, rémoras que cada día tendrían que agradecernos que no les metamos dos tiros. ¿Lo ha entendido, teniente? —preguntó el director del gulag, volviéndose formal.
- Sí, camarada... Yuri —contestó escuetamente el teniente, algo confuso.
- Teniente Novikov —sonrió—, Misha, creo que te lo voy a explicar una vez más para que no haya problemas. Tú y yo representamos el orden, la paz y las calles limpias de Moscú. Eres de Moscú, ¿no?
- Norilsk —contestó, sin querer dar más explicaciones.
- Bueno, da igual. Somos el último bastión contra el imperialismo y los elementos desestabilizadores. Nuestra misión es hacer que los criminales

que están bajo nuestra custodia entren cada día en la mina, sanos, enfermos o moribundos, que mantengamos la producción y que cumplan sus condenas hasta el último día o que salgan de aquí con los pies por delante. Al final de cada campaña nos recompensan si mantenemos o subimos la producción. Es importante, al precio que sea. Muchos guardias dependen de ese premio. Si se lo quitas... te ganarás unos cuantos enemigos.

- Entiendo —contestó Misha, algo aturdido.
- Créeme, llevo mucho tiempo en este puesto, tengo experiencia y, además, me gusta mi trabajo —dijo casi mecánicamente, como si fuese un discurso aprendido y repetido a cada novato que caía en sus manos—. Ten cuidado ahí fuera, he visto a guardias ablandarse, llorar como niños y sentir pena por esos perros. También este invierno, he visto cómo, en el último motín, esa misma jauría los ha despedazado sin compasión. Eso fue lo que le ocurrió a tu predecesor, sin ir más lejos. Te lo advierto, son nuestros enemigos, no tienen sentimientos y nosotros tampoco debemos mostrarle nuestro lado humano —explicó con tono amenazante, como el abuelo que cuenta a los nietos historias de terror.
- Entendido, camarada Yuri —contestó Misha, con la impertinencia propia de la juventud.
- ¡Teniente, vas aprendiendo!
- Sí, camarada.
- Misha, una advertencia —esperó unos segundos—... Si disparas, si cometes un error, el castigo son dos semanas sin paga, pero si fallas..., si uno de ellos se escapa y tú eres el responsable, ocuparás su puesto. Serás un zek. Dejarás de ser el teniente Novikov y pasarás a ser un número. Su número, su condena y su cuota de producción. Y ellos, los perros, no tratan bien a los vigilantes. Ni siquiera a los que caen en desgracia —concluyó.
- Entendido, camarada Yuri. No ocurrirá.
- Misha... —dijo mientras, el teniente se marchaba.
- ¿Sí, Yuri?
- Una cosa más. Hay un zek especial. Tiene a los demás de su parte, como si fueran su ejército. Se cree mejor que el resto. Le vaciaría el cargador de

mi pistola con gusto y aceptaría las dos semanas sin paga, pero por lo que sé, aún conserva amigos poderosos. No dejes que te impresione, pero... Es complicado. Tienes que demostrarle quién manda; pero lo quiero vivo, traería problemas y no necesitamos ninguna visita inesperada de Moscú que nos diga cómo debemos vivir aquí; ya me entiendes.

- ¿Quién es?
- Es un tipo peligroso, más que los demás... Le llaman el general. Cuídate de él.
- ¿Es un general?
- Lo fue. Recuerda, ya no. Es un número más.
- Entendido... Ah, y gracias por la Coca-Cola —contestó el teniente a modo de despedida final.

Al salir del edificio, desde la puerta volvió a revisar el entorno. El refresco le había dejado la boca dulzona y pastosa. Sintió un escalofrío, como si presagiara el crudo invierno. Parecía todo distinto a como Misha lo había percibido unos minutos antes al entrar, como si hubiese desaparecido la magia de la novedad; los reclusos se habían reincorporado a sus tareas y mimetizado con el entorno como si fuesen parte del decorado mientras los vigilantes habían perdido el rictus, como los novios después de la boda. Pensó en el discurso de bienvenida; si Volkov había pretendido impresionarlo, lo había conseguido. Quizá el comandante llevase razón y fuesen unos criminales, o puede que simplemente fueran unos desesperados a los que les habían arrancado el alma. Recorrió las caras con las que se topó buscando un indicio de altanería, ¿reconocería al general? Nada. Pensó que, a aquellos presos, al cabo de un tiempo ya no les quedaría nada de orgullo, ni de cualquier otro sentimiento que no fuese el recelo o el odio filtrado. Pensó en lo que había leído al respecto, sobre cómo tratar a los prisioneros. Murmuró:

- "Primera lección: deshumanizar al reo" —sonrió amargamente comprendiendo el significado de la frase en toda su extensión.

Recordó al catedrático de sicología de masas explicándoles que no bastaba con convertir a los caídos en desgracia en enemigos. Porque al enemigo se le

puede comprender o respetar y se le puede tener piedad. Es lícito. En ese sentido, la guerra es más justa con los perdedores. Los contendientes están forzados por la situación, y, si llegan con vida al final de la fiesta, se les permite volver a casa. Pero a los enemigos del pueblo... esos no tienen derecho.

Al reo, hay que *cosificarlo*, es un traidor por decisión propia. Era libre y optó por desafiar el orden establecido. El Estado está obligado a reaccionar, a defender a los que siguen la línea contra los transgresores. A estos últimos hay que convertirlos en objetos no deseados, son un subproducto odioso, como los residuos radioactivos; hay que mostrar su verdadera idiosincrasia ante el pueblo para que comprenda que los desgraciados no son más que alienígenas con piel humana, seres despreciables y ridículos. Y, como a los residuos, hay que enterrarlos a mucha profundidad, lejos de la civilización, para que no contaminen.

Después, cualquier aberración cometida contra ellos estará justificada y será acogida con regocijo. Parecía que Volkov se sabía al dedillo la asignatura.

002242 (Колыма, principios de octubre, 1962)

- Comprendes que hablar conmigo te traerá problemas, ¿verdad?

Debería haber sido un preso más, el 002242 que tenía pegado en la ropa, pero Volkov ya lo había puesto sobre aviso. Y, si su sexto sentido no le fallaba, la advertencia significaba que tendría que cuidarse de los dos. Evidentemente, si tenía que escoger, el que más le preocupaba era el camarada director, porque al general siempre le podía meter dos tiros y aceptar la reprimenda.

Cuando llegó al gulag, Misha lo estuvo observando unos días, como el cuidador novato que intenta familiarizarse con el león viejo antes de meterse en la jaula. Pero el general no tenía aspecto de león y sí de viejo. Y Misha ya había aprendido algo: el que lleva la pistola al cinto siempre tiene las de ganar. Lo miró con una mezcla de curiosidad y pena como el científico que se encariña con el chimpancé en el laboratorio. El tipo conservaba el orgullo casi intacto. Debió de haber sido todo un personaje. Y tenía que alabárselo porque en aquel lugar, llevar la cabeza alta era un signo de distinción que pocos lograban mantener con dignidad. Supuso que la altanería del general era lo que más le asustaba a Volkov. Sentía que eran polos opuestos. Pero, por encima de todo, Misha quería saber por qué un oficial de su rango había acabado allí, en Kolymá, mezclado con la basura de la peor clase.

- 002242, no te he dado permiso para hablar —contestó Misha sin alterarse.
- ¿Eso es todo lo que te han enseñado en la academia, muchacho? —preguntó decepcionado.
- Te recomiendo que vuelvas a tus asuntos o me encargaré personalmente de que mañana vayas a la mina —amenazó Misha.

Porque, incluso dentro de la miseria, había pobres de primera y de segunda. A los que les quedaba algún amigo dentro o fuera del campo con la influencia suficiente, no les hacían bajar al hoyo. Los *zeks* de primera cumplían condena en los comedores, en el aparcadero de desahuciados o en las oficinas. Las posibilidades de regresar a casa se multiplicaban por mil. Aunque, si regresaban no podían acercarse a la ciudad a menos de cien kilómetros. Destierro de por vida. Sin familia ni amigos. Muchos, se quedaban a vivir en

los asentamientos cercanos a los gulags. Como carceleros o para seguir haciendo lo mismo en la mina, aunque algo más libres.

Y el general era uno de los afortunados en el infortunio.

- Entonces, ¿ya sabes quién soy? —preguntó el general haciendo caso omiso de la advertencia.
- Sí, 002242 —respondió Misha, pausadamente.
- Ya. Me gusta tu determinación... ¿juegas al ajedrez? —preguntó el general.

Era una invitación formal a la cena de gala, pero sin cena ni gala. Y era tentador sentarse en el barracón de la enfermería, en una isla de luz a miles de kilómetros del resto de la civilización, en medio de aquel sinsentido y del mundo de bestias en que vivía. Hacer algo culto, elevado, relajarse lejos del frío y de los ojos de los demás guardias que, desde que él llegó, lo examinaban a diario para ver si daba la talla. Los esbirros de Volkov y sus chivatazos. Se había dado cuenta. También los había visto entre los *zeks*. Podía quedarse, tenía tiempo y de paso, averiguaría algo sobre el famoso interno.

- ¿Ajedrez? —preguntó Misha.
- Sí, ya sabes. El tablero, las fichas de dos colores, el cuento de los granos de trigo —comenzó a decir mientras sacaba el juego, entusiasmado ante la posibilidad de un rival digno—... Aquí no hay mucha gente que sepa jugar. En realidad, no hay mucha gente que sepa muchas cosas... Y si las sabían, la mayoría ya las ha olvidado.
- Yo apenas juego. Solo sé mover las piezas —contestó algo aturdido.
- Antes era casi una asignatura obligatoria —se explicó el general, indignado.
- Ya, yo no tenía tiempo para juegos —se excusó Misha.
- Teniente, el ajedrez no es un simple juego para un soldado. Es la diferencia entre seguir vivo y morir a las primeras de cambio. Es la esencia de la estrategia. Es la victoria de la gran guerra patriótica.
- Probablemente sea así —dijo Misha encogiéndose de hombros.

- En fin, eres mi mejor opción. ¿Te animas o no?

Misha recapacitó y dudó unos instantes. Si lo que 002242 le pedía era que se sentase frente a él, manteniendo las distancias y que lo siguiese tratando en público como una basura, podría aceptarlo. Pero si lo que buscaba era un amigo que lo ayudase y lo tratase con respeto, era comprometido. Porque implicaba desafiar abiertamente a Volkov y no estaba en posición. Tenía que reconocerlo, no sabía por qué, pero el general le caía bien. Permaneció de pie unos instantes, sopesando los pros y los contras.

- Vamos hombre, que no te voy a quitar la pistola —lo animó 002242—. Además, piensa, ¿dónde iría? ¿Crees que llegaría lejos? Vamos, si quiero que me maten, hay otras opciones.
- ¿Contra mí? No creo que tengas muchas posibilidades en el cuerpo a cuerpo.
- Teniente, te voy a dar un consejo gratis. No subestimes a tu enemigo. Mi mayor aliado, el de cualquier preso, es el hambre y la desesperación. Si te mato, gano, si me matas, gano. En cambio, tú llevas un grillete amarrado a un pie con una bola de hierro que pone miedo; y es más grande que tu cabeza.
- Vaya, lo tendré en cuenta.
- Pero para mí lo más importante es otra cosa. Puede que algún día te lo cuente. Además, si te liquido ¿con quién iba a echar la partida después? —bromeó—. ¿Con Volkov?
- No, supongo que no es tu tipo.
- Eso sí, te lo advierto, como no aprendas a jugar decentemente de aquí a la primavera, te arranco la pistola, te meto dos tiros y me vuelo la cabeza —concluyó algo más serio.
- Bueno, si lo posponemos hasta la primavera... Acepto.

Autopsia (Valencia, martes, 11 de abril de 1989)

El doctor Bellido era un hombre muy ocupado y con demasiados frentes abiertos como para mantener en su memoria los detalles de una intervención hecha dos meses atrás. Al menos, esa era su versión. Reconoció recordar el hecho inaudito de tener que ir a por material a la ferretería del pueblo, como si fuera un matarife de pacotilla en la matanza del cerdo para hacer morcillas. En toda su carrera nunca se había sentido tan humillado. Pero no podía ir mucho más allá. Los policías querían arrancarle declaraciones muy concretas e intuía que esas afirmaciones sin la posibilidad de contrastar los datos lo pondrían en un aprieto. Tal y como estaban las cosas en el Instituto y con las presiones que recibía a diario, lo que menos que necesitaba era que su trabajo se pusiera en entredicho. No, no recordaba si había sacado una muestra de semen del cuerpo, ni lo de las manchas, ni nada. Tenían muchos clientes, eran pocos los que, como él, leían la muerte y, encima, acababan de despedir a su ayudante. Además, en ese momento, estaba cegado y rabioso. Un indeseable, el falso policía, había profanado su santuario y lo había engañado como a un turista en un zoco.

Cuando se despidió del forense, Lola tuvo la sensación de que habían hecho el viaje en balde, pero cambió inmediatamente de opinión. Cada instante que pasaba, el asunto olía peor, como si fuera una sardina podrida al sol. Alguien se estaba tomando muchas molestias y eso alimentaba su hambre. Salió del Instituto apresuradamente. Reyes la seguía varios pasos por detrás, sin atreverse a acercarse más de lo necesario. Estaba cabreada y no lo disimulaba. Se le habían adelantado en la jugada y había sido por poco. Sonrió, quedaba partido. En la calle, captó su atención un tipo con bata blanca que estaba metiendo cajas en un Ford Fiesta como si fuera el Tetris. De repente, una de las cajas de cartón se desfondó. Parecía que no era la única que había tenido un mal día.

- ¿Le echo una mano? —se ofreció Reyes con amabilidad.
- Gracias, no hace falta —respondió el hombre, mirando con recelo a los desconocidos.
- De verdad, no hay problema —dijo Lola, mirando la chapa identificativa que llevaba el hombre en la bata.

- No se molesten —volvió a decir el hombre.
- ¿Trabaja usted en el Instituto Toxicológico? —preguntó Lola.
- No... Trabajaba.
- Entonces, ¿usted es el ayudante del doctor Bellido?
- Y ¿quién quiere saberlo?
- Disculpe soy la inspectora Lola Berlín, y él es mi compañero el guardia civil Juan Reyes.
- Sí soy yo, trabajaba con Bellido. *¡Vaya, esto es nuevo, la poli y los civiles juntos!* —pensó—. Discúlpenme soy el doctor Muñoz, pueden llamarme Carlos.
- Carlos, ¿nos puede dedicar unos minutos?
- Eh... —se quedó pensativo, intentando ganar tiempo.
- Es sobre el caso de los chicos desaparecidos —apuntó Reyes, leyéndole el pensamiento al forense.
- ¡Ah, eso! —exclamó, relajado—. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?
- Verá, no sé si se acuerda. Usted colaboró con el doctor Bellido en la autopsia del primer cadáver, ¿verdad?
- Sí, un desastre. Y, además, a mi juicio, un asunto turbio —dijo Carlos, pensativo.
- ¿Puede concretar? —preguntó Lola, nerviosa.
- No, no puedo, no debo... o no debía —corrigió—. Creo que ya da igual. Sí, lo recuerdo bien y en casa tengo una copia del informe.

Era lo que necesitaban. Un golpe de suerte. Lola no pensó el motivo por el cual el médico tenía la documentación de un caso en su domicilio. No le importaba. Sus oídos oyeron las palabras mágicas y comenzaron a obedecer al forense como si estuviesen en una sesión de hipnosis masticando cebolla.

El médico vivía cerca de una zona industrial, en un piso viejo, casi sin vecinos. El Instituto debía pagar poco. Probablemente, para Carlos, quedarse sin trabajo no era tan malo. Un médico podía encontrar cualquier cosa mejor.

- Si no les importa, espérenme aquí —dijo Carlos, dejándolos en el zaguán del piso.
- No se preocupe —contestó Reyes, contrariado.
- Es mi esposa, Nadia, está enferma, tiene las defensas bajas y no puede exponerse —se explicó Carlos.
- Lo entendemos —respondió Lola.

El espacio era de apenas dos metros cuadrados. Lola y Reyes se quedaron mirándose el uno al otro sin saber qué hacer. Sintiendo incómodos por momentos, como si estuviesen en un ascensor. Carlos entreabrió una puerta con misterio, lo justo para entrar. Se deslizó a través de ella y la cerró. Parecía cómico. Lola pudo observar un instante lo que había más allá, era un salón, había un mueble de pared *setentero* y rancio, algo polvoriento, lleno de libros y carpetas.

- ¡Hola cariño! —gritó Carlos.
- Sí, estoy con unos amigos —volvió a decir un poco más flojo, como alejándose.
- No, no te preocupes —añadió Carlos—. Sí, son policías.
- Ya, ya lo sé. Me han echado del trabajo. Pero, con la ayuda de estos señores, lo recuperaré.
- Nadia, no. De verdad, no hay ningún problema.

Para Lola y Reyes, el sonido de la voz de Carlos cada vez era más tenue. Lo último que escucharon fue un susurro.

- Nadia, no pasa nada. Solo quieren un informe —dijo Carlos, blandiendo una carpeta.
- Bueno, se la entrego y ahora vuelvo. No te pongas nerviosa.

Lola y Reyes sintieron pasos crecientes. Ante sus ojos y con el mismo misterio se abrió la puerta del salón, Carlos la cruzó y volvió a cerrarla.

- Aquí está —dijo sonriendo.
- Gracias —respondió Lola cogiendo la documentación.
- En su opinión... —comenzó a decir Reyes.
- Sé por dónde van. Mi opinión —comenzó a decir con amargura—... Todo lo que pone ahí es verdad. Me acuerdo perfectamente del caso, de la chica, de las pruebas, de los resultados objetivos y de la mierda de conclusiones que dicen estos papeles y Bellido también, pero no querrá comentarlo con ustedes. Tiene miedo. Saben, el doctor y yo hemos hablado muchas veces del tema y hemos recibido instrucciones... Pero ya no van conmigo. No sé qué pasa con esa chica, pero les aseguro que es la primera vez que veo algo así.
- ¿A qué se refiere? —preguntó Lola
- Se lo voy a resumir. Las conclusiones oficiales del informe no las escribimos nosotros, nos vinieron dadas.

El médico se despidió de los policías con amabilidad, cerró la puerta de su casa y se quedó detrás de ella como si sintiera la necesidad de atrincherarse.

- ¿Lo ves, Nadia? Ya está Te lo dije, los policías se han ido —susurró pegado a la puerta, vigilando el pasillo exterior a través de la mirilla y viendo cómo Lola y Reyes se subían al ascensor.
- Sí, ya lo sé, si vuelven a molestarnos, tendremos que hacer con ellos lo mismo que con los demás. No te preocupes más.

Doctor Muñoz (martes, mediodía, 11 de abril de 1989)

Lola y Reyes dejaron el piso con una sensación extraña y amarga. Salieron a la calle en silencio, meditando el siguiente paso. Les faltaba saber si el médico de Madrid estaba pringado por voluntad propia o si, por el contrario, había sido forzado. Lola pensó que podían dar otro salto a la capital, llegarían por la noche. Con un poco de suerte, su viejo amigo Pablo se dejaría invitar a cenar de nuevo y volvería a soltar una charla monótona con argumentos técnicos explicando lo que ya sabían: a la chica le habían ayudado a morir. Pero sería marear la perdiz. El problema era otro. Alguien los vigilaba y estaba boicoteando la investigación. Tenían que saber quién era y por qué lo hacía.

- ¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Reyes cuando subieron al coche.
- ¿Qué sugieres?
- La inspectora eres tú.
- Ya. Yo creo que tenemos que volver a Madrid.
- ¿Para qué?
- Muy fácil, para tocar los cojones —respondió Lola, sonriendo.
- No te comprendo.
- Pues, verás, creo que nos siguen o más bien nos llevan la delantera. Al tipo que nos ha seguido lo vi ayer en el bar. Me pareció que conocía a Santi, pero no puedo asegurarlo. La putada es que lo vi de espaldas. ¿Sabes?, quiero ponerle una cara a ese hijo de puta. Si se pone nervioso, igual... Ya me entiendes.
- Ahora sí te comprendo —contestó Reyes con una mirada cómplice—. Pero Lola, yo, esto, tengo que reportar a mi jefe —añadió.
- Bueno, nos coge de camino. ¡Qué cojones! Tenemos el teléfono —exclamó pasados unos segundos—. Además, paga el Estado.

Para Reyes era embarazoso. Lola estaría allí escuchando todo lo que él y Novo se dijeran. Le caía bien la inspectora, era lista como el hambre y dura de roer, pero ese no era el asunto, su relación era circunstancial, no eran compañeros y no podía jugársela por ella. Cogió el terminal sin convicción y comenzó a marcar el número del cuartel con la esperanza de que Lola no

tuviera que oír ninguna inconveniencia.

- Mi sargento, soy yo.
- Ya era hora de que aparecieras, ¿no te parece? —gritó el sargento Novo.
- Estoy cumpliendo sus órdenes, mi sargento —argumentó Reyes titubeando.
- ¡Qué cojones, Reyes! ¿Te he dado permiso para ir a ninguna parte?
- Eh... Estoy dando apoyo a la inspectora, como usted me pidió.
- ¿Apoyándola hasta Madrid? ¿Está ella ahí?
- Afirmativo, mi sargento.
- Hay que joderse. Mira chaval, ¿tú te crees que yo soy tonto? si te la quieres cepillar es cosa tuya, pero hazlo en tu tiempo libre. Han llamado de arriba y he puesto la cara por ti.
- Mi sargento, ¿qué? ¿quién ha preguntado por mí y por qué?
- Reyes, no me toques lo cojones. Tú no haces las preguntas. Vuelve inmediatamente si no quieres que te meta un paquete que te vas a cagar. ¿Lo has entendido? ¡Te quiero aquí ya! —le volvió a gritar y colgó.
- A sus órdenes, mi sargento —respondió Reyes con el ruido de fondo del teléfono comunicando.

El Ibiza arrancó con suavidad. Lola pensó que hubiese sido mejor esperar fuera. Novo gritó tanto que se enteró de todo. Fue humillante para los dos. Puso la radio, los 40 principales como si nada y miró a Reyes esperando instrucciones.

- De verdad, Lola, lo siento, tengo que volver —dijo Reyes, cabizbajo, sin atreverse a mirarla a la cara.
- Tranquilo, hombre, ¿qué pasa? —le preguntó como si acabara de subirse al coche.
- Lola, el sargento se ha cabreado bastante, creo que ya lo has oído. Quiere que vuelva.
- Entiendo, ¿Juan, te puedo hacer una pregunta? —dijo Lola con voz aterciopelada.

- Sí, claro, dime.
- ¿Cómo cojones sabe Novo que nos hemos ido de excursión?
- ¡La leche! —exclamó Reyes.
- Te llevo, no te preocupes por nada. Tú sígueme el rollo que yo asumiré toda la responsabilidad. Después, vamos viendo. Mierda, y yo sin tabaco —soltó Lola con suavidad, sonriendo, intentando tranquilizar a Reyes mientras conducía.

Desde el principio, Juan Reyes sabía que había algo oscuro en la historia de aquellas desapariciones. No tenía nada concreto y no podía precisar el momento exacto en que se dio cuenta. Era más bien una sensación, un inusual cúmulo de pequeños errores e imprecisiones que acabaron dando al caso una impenetrable capa de incertidumbre. Pero, en ese momento, era distinto. Ya no era una idea rocambolesca lo que tenía rumiando en su mente. Era real. "*Permiso para ir a ninguna parte*" y "*Vuelve inmediatamente*" fueron sus palabras. Y no había forma humana de que el sargento supiera que se habían marchado, a no ser que alguien se lo hubiese contado. Y ese alguien podía muy bien ser el mismo tipo que se les había adelantado hacía un rato en el Toxicológico. Cuadraba.

Piso de Carlos (martes, mediodía, 11 de abril de 1989)

El timbre sonó y él no esperaba a nadie. Nunca recibía visitas. Lo de hacía un rato había sido excepcional, algo que Carlos nunca se había permitido hasta ese momento porque era malo para el karma. Sí, había dejado que dos desconocidos penetraran en su guarida porque estaba lleno de rabia y porque le habían mancillado su trabajo. Y les dio el informe a los policías, eso hizo. Porque odiaba la chapuza en la que se estaba convirtiendo aquello. Porque su esposa lo quería así. Y porque él amaba su trabajo y no soportaba el hecho de que su firma estuviese immortalizada en aquel pasquín barato. Echó un vistazo por la mirilla y lo vio. El primer policía, el que había estado esa mañana en el Instituto, el tal Ernesto, si es que ese era su nombre, pronto lo averiguaría. En el Instituto, él lo observó de lejos unos minutos mientras este se acercaba al doctor Bellido. Era cuando todavía tenía trabajo. Estudió al intruso mientras el jefe supremo le decía que lamentaba mucho tener que prescindir de sus servicios y que en cuanto pudiera, lo llamarían de nuevo. Cínico. Se había parapetado tras la débil excusa de que la orden venía de Madrid. Mentiroso. Dejaba a Bellido solo. Desvalido y ciego. Se habían deshecho del alma del laboratorio y todos lo sabían.

Y ahí estaba... Debía de ser la providencia. Cogió del armario de la entrada uno de sus juguetes, un invento de un viejo amigo. Y abrió la puerta, como si estuviera esperando un envío especial. El hombre se identificó como policía y él le dio la mano con amabilidad, sonriendo con la franqueza de un agente inmobiliario, la palma de su mano protegida con cinta y con un par de cables conectados a un condensador con muchos faradios. El policía puso una cara muy graciosa y cayó al suelo retorciéndose como una serpiente con la cabeza pisada. Lo registró, un tal Urruti. De inmediato, Muñoz lo arrastró hasta su habitación favorita. El laboratorio. Porque su conocimiento era empírico.

Era feliz. Nadia lo comprendería. Tenía cosas que hacer. Experimentar...

Final de etapa (martes de tournée, 11 de abril de 1989)

Durante el trayecto de regreso de Valencia intercambiaron cuatro palabras. Aquel forense, el Doctor Muñoz, parecía un tipo raro. Lola se encerró en sus pensamientos, se sentía frustrada. La habían mandado allí para no hacer un trabajo. Le jodía enormemente como un escupitajo en la cara. Ahora, el embrollo cobraba sentido, por eso iba ella sola, la paleta del sur, como la llamaban a sus espaldas. Ignorantes que se creían mejores porque se rompían la garganta al pronunciar la jota y silbaban con la ese. Y la dejaban a su suerte para que colase la primera patraña que se les ocurriera. Pero ¿quién podía estar detrás de todo eso? ¿Cómo podían estar pringados los de la cadena de mando? Pensó que, al guardia lo habían puesto para vigilarla por si se salía de la línea trazada, para que ella fuera dócil como un borrego. Y ninguno de los dos había cumplido con las órdenes. Traería consecuencias. Quienquiera que fuera el responsable, se había tomado muchas molestias y tenía buenos padrinos. Tirar de ese hilo sería jodido.

Reyes rumiaba una idea: el sargento sería desagradable con él como cuando era pequeño y recibía una bronca por malas notas. Pero el sargento solo era su superior y al guardia cada vez le molestaba más el tono paternalista y autoritario que Novo se permitía. Percibía que el sargento tenía la necesidad de reeducarlo y guiarlo por una senda de moral preconstitucional para que, en cuanto volvieran los suyos, la fuerza nueva pudiera agarrar el testigo rancio con firmeza.

- Mira, ahí va Santiago con la furgoneta —dijo Lola despertando a Reyes de su trance.
- ¿Dónde? —preguntó Reyes levantando la cabeza.
- Nos acabamos de cruzar con él.
- ¡Espera, frena! —gritó el guardia.
- ¿Para qué? —preguntó Lola, mientras detenía el coche.
- Ese no es Santi —dijo Reyes, que vio a la furgoneta pararse en la entrada de una finca y al conductor bajarse para abrir la verja.
- Pues se parece —aseguró Lola.

- Es el hermano, Salva.
- ¿No estaba en la cárcel? —soltó Lola, confusa.
- Sí, deben de haberle dado el tercer grado, porque no hay ningún aviso de fuga.
- Joder, me alegro por él. Al final, va a poder ver al chaval recibiendo una hostia —dijo Lola, bromeando.

En cuanto llegaron al cuartel, Lola y Reyes bajaron del coche como los polis de serie en misión especial, pero el guardia civil la paró en seco. Ya conocía lo suficiente a la inspectora como para saber que, si se encabronaba la situación, empeorarían las cosas. Y ella estaba de paso, pero él tendría que soportar a su sargento que lo putearía hasta el final del milenio. Sorprendentemente, Novo no estaba y nadie sabía dónde había ido. Había abandonado el puesto. Reyes volvió a la calle, tranquilo, como si hubiese entrado a recoger un bolígrafo. Era media tarde, se marchaban a casa. Lola le alabó el temple, pero no tenía mérito. Él mantuvo la pose. Lo que tuviera que caerle, le caería tanto si se quedaba como si se iba. Y Reyes se sentía agotado. Si lo necesitaban, estaría atento a la llamada de su amo.

Habían quedado en un punto intermedio entre la capital y el puesto. Sin posibilidad de que nadie los oyera ni los viera. Para el comandante, los teléfonos no eran seguros. Sobre todo, cuando había basura de por medio. El sargento Novo estaba nervioso, sabía que el asunto se le había ido de las manos y que el chaval no había sido capaz de controlar a la inspectora. También estaba al tanto de que se habían dado una escapada a Madrid y Valencia para recuperar una copia del informe de la primera autopsia que él guardaba bajo llave.

Por lo que sabía, de momento el chico y la *poli* habían fracasado en su intento. Y no gracias a él, sino al efectivo que el receloso comandante asignó a pesar de que él había dicho que no hacía falta. Y no era una buena noticia. El jefe no confiaba en él y eso era malo para el negocio. También sabía que, en parte la culpa había sido suya, porque Reyes no estaba en el ajo y solo le podía dar órdenes vagas al respecto, a la espera de que el chaval entendiera lo que se le

pedía. Pero el cabrón pensaba con la polla. Y si la jodía, Novo estaba dispuesto a cortársela.

- Gabi, la orden era fácil. Te dije que no la cagaras —soltó con tono aparentemente tranquilo.
- Mi comandante, no es para tanto.
- Pero ¿tú eres tonto o te lo haces? Te dije que controlarás a la tía esa, y vas y le pones a un niño para que le ría las gracias y que la jalee mientras nos da por culo. ¿Es que no te das cuenta?
- Mi comandante...
- Ni comandante ni hostias. A la payasa metida a poli, me la quitas de en medio con tu gente, y al chico, si se pone tonto, lo mandamos a Bilbao. Y como me toques los cojones un poquito solo, lo acompañas tú y tu puta familia. ¿Lo has entendido?
- Sí, mi comandante.
- Vale. A ver, te cuento lo que tenemos. Como te expliqué, no han conseguido el informe, y ¿sabes por qué? Te lo digo yo, porque Fran Urruti es mejor que tu chico y se ha adelantado a la jugada. Se lo quitó de las manos al forense de Valencia una hora antes de que llegaran. Así que lo que tienen es basura. No pueden demostrar nada.
- Es una buena noticia.
- Sí. Te voy a repetir lo que vas a hacer, para que te quede claro. Al niño, me lo sustituyes por Gómez que ese es un perro viejo. Mi chico va a estar detrás de... ¿Cómo cojones se llama la poli?
- Lola
- Eso.
- Y en cuanto puedas... Ya sabes, que se vuelva a su casa.

Los chorreos siempre van en la misma dirección, de arriba a abajo para no quebrantar la ley de la gravedad. Novo aguantó el tipo intentando no cabrearse, *manseando* como un perro apaleado por el amo. Pero no era más que una fachada. Su cobardía fue escondiéndose en el maletero del coche a medida que la silueta del comandante se desvanecía en el espejo retrovisor y

fue dando paso a otro Novo. Un Novo que estaba harto del jefe con sus "Gabi, cojones". Cualquiera día le metía dos tiros. Era un gilipollas engreído con menos mili que él que lo tuteaba como si él fuera su chacha. Y se creía más que nadie porque tenía un papá y un apellido que lo habían enchufado en la academia de oficiales. También era su contacto hacía arriba, que, bien mirado, si lo cortaba de un tajo, lo dejaba libre como a un pajarillo. Miró de reojo una última vez hacia atrás. Estaba lejos. Se tocó la cara y se ajustó las gafas, lo hacía cada vez que estaba cabreado. Ahora le tocaba despacharse a él. Al niñato... sí, igual era un niñato, se le iba a caer el pelo. Y a la estúpida de la policía que ni siquiera sabía leer los galones, le iba a joder la vida. Al llegar a la comandancia, bajó del coche, coceando como un potro salvaje en un rodeo.

- ¿Dónde está Reyes? —preguntó con malos modos.
- Sin novedad, mi sargento. Se fue a su casa. Dijo que lo llamaran.
- ¡Me cago en mi puta cara! Llámalo ahora mismo, que venga cagando leches y búscame a Gómez.
- Sí, mi sargento.

Cuándo Reyes recibió la orden de volver al cuartel, ya era casi de noche. El guardia que lo avisó le explicó la situación como si fuera el meteorólogo de la tele. El pronóstico: fuerte marejada con rachas de mar gruesa. Reyes tardaría unos quince minutos en llegar, tiempo suficiente como para que el sargento sufriera un infarto y lo dejara para otro momento. Era lo que en ese momento deseaba, que su jefe lo pasara por alto. Pensó incluso en la posibilidad de contraatacar, de preguntarle a Novo por qué lo habían seguido. Pero la policía le advirtió que no era buena idea deambular por ese camino. Para Lola, la mejor opción era encajar como un saco de boxeo hasta que el sargento se cansara o se pelara los nudillos. Ella se ofreció a acompañarlo y el guardia aceptó con una sola condición: se quedaría fuera esperando.

Cinco minutos antes de que Reyes llegara, Novo recibía otra llamada, se identificó como Pérez. El comandante tenía una nueva ocurrencia.

- Gabi —exclamó con premura.

- Sí, mi comandante —contestó rutinariamente.
- Esto lo cambia todo. A ver, abre bien las orejas. Mi perro Fran se ha esfumado ¿lo pillas?
- Sí, me está diciendo... —comenzó a decir, incrédulo.
- Shh, vamos a ver sargento... —le interrumpió—. Creo que la gatita y su amigo tienen cosas que contar y que es muy probable que ahora se estén riendo de la gran manada. Quizá no los hemos valorado en su justa medida. Yo creo que saben qué ha pasado con el sabueso. Igual lo han llevado a la perrera.
- Joder, comandante, no veo yo a estos con lo que hay que tener...
- Ya, si tu no los ves. Ese es el problema, que no ves lo que tienes delante de tus narices. Mira, los dejás juntitos, hacen buena pareja y así nos facilita la tarea de cuidarlos. Para que no se hagan daño ni vayan por libre, ya me entiendes.
- Por supuesto, ¿algo más?
- Sí, averigua todo lo que puedas.
- A mí me parece que están avanzando en la dirección equivocada.
- Eso espero. De todas formas, hay que cerrar el asunto cuanto antes. No me fío.
- Y ¿después?, la gata ya es vieja, habrá que sacrificarla sin que sufra.
- Mira, hay que reconocerlo, han tardado, pero al final te han crecido los cojones.
- Mi comandante, —dudó unos instantes cuál era la respuesta adecuada—. Usted no estuvo allí —refiriéndose al asunto de Burgos.
- Ya, un momento malo lo tiene cualquiera. Bueno, me gusta tu idea. Creo que es lo mejor para que no vaya por ahí buscando lo que no tiene que encontrar, pero a su debido tiempo. Y tiene que ser discreto. Ya me entiendes.
- Claro —sonrió.
- En cuanto al gato, ya estoy preparando los papeles para que lo adopten en otro sitio con más acción.

- Él solito se lo ha buscado.

No hubo amenaza de bomba, ni otro 23F y el sargento tampoco sufrió un infarto, pero, cuándo Reyes llegó, el jefe parecía que tenía la cabeza en otro sitio.

- ¡Machote, ya estás aquí! —exclamó con ironía.
- Mi sargento, yo... —comenzó a explicarse Reyes.
- No pasa nada chaval. ¡Tranquilo! —continuó, dicharachero—. Anda, dame novedades. ¿Qué habéis descubierto? —preguntó Novo con su mejor cara.
- Pues... —comenzó Reyes, desconcertado, dudando qué contar y qué no—. Verá, mi sargento, creo que ha habido un error con la autopsia.
- Anda, si nos ha salido forense —bromeó.
- No, pero...
- Entonces, ya lo sé. ¡La inspectora es médico! —continuó alargando la cosa.
- No, mi sargento, es sicóloga, pero sabemos que la chica murió ahogada.
- Y ¿eso dónde lo has averiguado? —preguntó Novo, poniéndose más serio.
- La inspectora Berlín tiene un amigo que trabaja en el Toxicológico, le enseñamos el informe y dice que no hay dudas.
- ¿Ya no es Lola? ¿Qué pasa, os habéis enfadado? Tanto viaje y al final es una estrecha, ¿no? Bueno, quiero que me hagas un informe detallado de lo que has averiguado, de los sitios donde habéis estado y de las personas que habéis visto.
- A la orden, mi sargento.
- Venga, hasta mañana —se despidió Novo.
- Adiós —contestó Reyes, desconcertado y visiblemente cansado, pensando en las palabras *tanto viaje*.
- ¡Reyes! Una cosa más. Mira chaval, creo que no entendiste bien mis órdenes —comenzó a explicarse el sargento mirando al guardia con condescendencia, dándole una última oportunidad—... Te pedí que acompañaras a la inspectora, pero también que la ataras en corto. Y ahora

vais de excursión como si estuvieras en el colegio, buscando qué se yo. Esto... Tienes que pensar más lo que haces y en tu futuro, aquí tienes un porvenir. Escúchame bien, no puedes joderla más. Daré la cara por ti por esta vez, es la última y me debes una —concluyó enigmático.

Era mejor no entrar, aunque parecía una invitación. Resultaba evidente que el sargento sabía cosas que no debía. Seguramente, hasta conocía la hora exacta en la que había ido a mear durante la cena del día anterior con el forense de Madrid. El rompecabezas empezaba a encajar. Si le respondía, acabarían a gritos, si no, ganaría algo de tiempo. Y si no lo había entendido mal, el sargento le estaba pidiendo que dejara la cal sobre los muertos para que no infectaran a nadie y que, de camino, echara un poco de basura sobre la cabeza de la inspectora. Y era a cambio de un futuro prometedor dentro del cuerpo. Sí, lo había entendido perfectamente. A partir de ese momento, tendría mucho cuidado, pero con Novo, porque esa tarde, Juan Reyes no estaba en venta.

Зэкс (Колыма, primeras nieves, 1962)

Al final, la rutina es rutina y a todo se adapta uno. O no, porque a veces, no se puede con ello. Los *zeks* tutelados por el teniente Novikov y sus hombres se levantaban a las seis de la mañana, en una zona del planeta que en verano apenas se oscurece unas horas, una penumbra triste que es como una noche comprimida. Y, tras el equinoccio de otoño, el sol sube un palmo en el horizonte como si pesara el doble y, al rato, se vuelve a esconder.

Le asustaba verlos, comprender que, en cualquier momento él también podía convertirse en uno de la fila. Estaba solo, y lo único que podía hacer era ser un buen chico. Aquel comisario de Moscú se la había jugado porque nadie movería un dedo si lo hacían desaparecer o si lo incorporaban a la masa bruta de barrigas hinchadas en que se habían convertido aquellas personas.

El desayuno era un insulto, hasta para los guardias. A pesar de lo escaso y del hambre que les hacía comer hierba en verano, la bazofia resultaba asquerosa. Misha no comprendía cómo seguían vivos, quizá las ganas de no morir o puede que el odio y el deseo de venganza. Y tenía que reírse más fuerte que los demás cada vez que Volkov, en su barracón del tesoro, decía que la comida estaba sobrevalorada. Y lo hacía porque él era el segundo de abordo y porque estaba aprendiendo a tenerle miedo.

A las siete, él era el encargado de pasar una lista de la que cada día se caía algún nombre que rara vez volvía a ser pronunciado. Y media hora más tarde, independientemente de las condiciones exteriores, con puntualidad británica, una fila de zombis de colores muertos iniciaba su caminata hacia la mina. Con cuarenta bajo cero, se helaba la respiración, con cuarenta y cinco, se oía un silbido cada vez que entraba aire en los pulmones, con cincuenta, se helaba la saliva al salir de la boca. Cientos de pequeños pitos al unísono y el crujir de las pisadas en la larga noche durante la hora de camino. Sin carreteras ni vehículos con calefacción que los llevase al trabajo. Una incongruencia, porque la mina era de oro. Con solo una pequeña parte de los recursos que arrancaban cada día, la vida de aquella gente podía haber sido distinta, haberse incrementado la producción y haber sacado mejor rendimiento. Era lo lógico, solo que, para Volkov nada tenía sentido, porque había aprendido que el valor de un recluso, como cualquier cosa, y al igual que en la economía de

mercado, iba en función de la escasez. Y allí, lo que sobraban eran *zeks*.

El teniente los miraba sin mostrar su lado humano, agarrándose a su pistola como si fuese un salvoconducto para atravesar las líneas enemigas, conduciéndolos al agujero al que entraban de noche y del que también saldrían con la misma luz. Pero Misha no permanecía impasible, cada día no podía evitar recordar la justificación de Stalin: “*Nadie en su sano juicio vendría a un sitio así por su propia voluntad*”. Era evidente, ¿arriesgar el pellejo sin sacar nada extra y volverse a casa cobrando lo mismo que el vendedor de entradas del Bolshoi? No, nadie iría al culo del mundo, por eso los machacaban, porque el Estado no quería pagar más porque iba en contra del libro sagrado. De hecho, no pagaba nada, pero necesitaba esclavos para sacar lo que aquella tierra escondía. Y los hacían trabajar hasta caer reventados, como los caballos de los apaches. Solo les faltaba ponerles en la barriga una rama ardiendo para que siguieran. Lo que Misha no entendía, era por qué seguían siendo así las cosas casi diez años después de la muerte de Stalin.

El viaje de regreso se iniciaba a las 18:00 y el camino de vuelta era amargo, tanto como el de ida, pero no era el final de la jornada. Otra hora por la nieve. Y rápido porque la cena era a las 19:30. La ración era directamente proporcional a la productividad de cada uno. Lo que significaba que, en cuanto caían enfermos, la “*paika*” se reducía drásticamente. Una de las genialidades del ideólogo, el camarada Naftaly Frenkel: la escala de alimentación. Y era un camino de no retorno, porque si trabajaban menos, cenaban menos, y cuando eso ocurría, al día siguiente rendían aún menos. Un círculo vicioso. La forma lenta de matarlos.

Tras la cena, a las ocho, comenzaban las tareas de mantenimiento del campo y a las 11 de la noche, se apagaban las luces. Hasta el día siguiente, todos los días del año, todos los años de la condena.

Media condena (КОЛЫМА, noviembre 1962)

Las escapadas para echar la partida se habían convertido en la mejor parte de la rutina diaria. Después de que Misha escoltara a la fila, recuperaba la temperatura tomando un café. Acto seguido, supervisaba el cambio de guardia y se volvía casi al medio día, con uno de los camiones que transportaban el mineral que habían sacado la tarde anterior. Un camino de apenas unos minutos para un vehículo con cadenas que devoraba la nieve sin piedad. Otra incongruencia porque si llevasen a los presos en él, podrían trabajar más y no gastar dos horas andando. Dos horas en el congelador sin producir nada. Pero eran las reglas de Volkov, que debía de haber olvidado el cambio de tercio del 5 de marzo del 53.

Y, tras unas cuantas partidas, Misha había mejorado su juego y bajado la guardia con el general, como si le sobrasen los peones.

- Otra vez mate —dijo el general satisfecho.
- 002242, no pongas esa cara. ¡Un día te ganaré! —exclamó Misha con un punto de envidia y enfado comedido.
- ¡Venga hombre! Misha, eres muy bueno, solo necesitas entrenar más —lo animó.
- Mierda, general, me has engañado, me pusiste el caballo y a partir de ahí...
- Efectivamente. Lo has entendido. Una vez que tomas un camino, ya no te puedes enmendar. Te he obligado en cada movimiento, sin piedad. Recuérdalo hijo, el enemigo nunca concede, ni siquiera cuando parece que lo hace. Te he hecho arrastrar el error sin posibilidad de enmienda.
- Como en la vida misma.
- Lo has entendido, teniente. Creo que no vamos a tener que liarnos a tiros en primavera. Es un alivio —bromeó 002242.
- Te habría ganado —dijo con soberbia.
- Seguro —contestó con un punto de beligerancia.
- Dime una cosa... —comenzó a decir Misha, relajado.
- Vamos, chico. Suéltalo —lo animó 002242.

- General, ¿por qué estás aquí?
- Estabas deseando... ¿No has leído mi ficha?
- Por supuesto —contestó rápidamente, defendiéndose, poco convincente—, pero quiero tu versión. Quiero la verdad.

Y era complicado, porque 002242 ya no sabía si su verdad era un cuento inventando. Suspiró unos instantes, ordenando sus ideas. Hacía demasiado tiempo que nadie se interesaba por él.

- Creo que puedo empezar por aquí: En el 43 yo era comandante...
- ¿Durante la guerra?
- Sí, durante la última gran guerra.
- Espera, ¿desde cuándo estás aquí? —preguntó sin comprender a dónde quería llegar el general.
- Desde finales del 52, pero, ¿tú no habías leído mi ficha?
- General, la verdad es que no, no quise hacerme una idea preconcebida de ti. Ya se había encargado de eso el camarada Volkov y no quería seguir por ese camino. Me pareció mejor observarte...
- Hasta que estuviera a punto como si fuera un bizcocho en el horno.
- Algo así.
- Fui capturado por los alemanes.
- ¿Y? —preguntó sin comprender.
- Que lo oculté. —se explicó.
- No te sigo.
- Cuando acabó la guerra, Stalin, Beria y los aplaudidores ciegos y sordos de la cúpula del PCUS comenzaron a ver fantasmas por todas partes: enemigos, espías, traidores... Parece que con la gran purga no tuvieron bastante sangre en las manos.
- Sí, aquello debió de ser horrible.
- Lo fue. ¿Sabías que había cupos?

- No te entiendo.
- La NKVD tenía que cumplir unos objetivos de detenciones. En la región de Moscú, en el 34, tenían que detener al menos a 35.000 al mes.
- No tenía ni idea.
- Sí, para tener esclavos suficientes, y también había otro cupo, un mínimo de ejecuciones.
- ¿Cuántas?
- ¿En Moscú? Dos mil al mes.
- ¿Y si no lo conseguían?
- ¿No te lo imaginas? Les habría tocado a ellos, a los agentes de la NKVD, por negligencia, por traidores, o por lo que les diera la gana.
- Ya, y ¿quién estaba al frente de las purgas en los años treinta?
- No lo sabes, ¿verdad? Además de Stalin y Beria... En Moscú el responsable de la policía secreta era el camarada Nikita.
- Increíble.
- Sí, ¿verdad? Pero me voy por las ramas, con respecto a la política de Moscú con los repatriados tras la guerra, en parte, llevaban razón, al menos, en teoría. Ellos... todos sabíamos que, en cuanto el enemigo común fuera derrotado, las alianzas con el Oeste se romperían de inmediato. Comenzaría una nueva guerra y no habría sitio para camaraderías ni amistades con gente del otro lado. Cualquiera que hubiera confraternizado era un espía potencial.
- Entiendo.
- ¿Sabes qué pasó con todos los que luchamos más allá de nuestras fronteras?
- No.
- Siete años era la condena media por haber defendido a la patria, haber sido apresado por el enemigo y haber vuelto a casa tras ser liberado. Todos, absolutamente todos, acabamos en un gulag. Nos tomaron por traidores.
- Pero a ti no porque conseguiste ocultarlo...

- Más o menos.
- ¿Qué quieres decir?
- Pavel Poneledin.
- ¿El general?
- Sí, éramos íntimos, me guardó el secreto, o más bien me protegió ante sus superiores cuando se supo. Por lo que sé, dio la cara por mí.
- ¿Me estás hablando del mismo general Pavel Poneledin que ejecutaron en el 50?
- Muchacho, ¿hay otro? —preguntó, levantando la vista.
- No, no, disculpa. Es que me cuesta trabajo creerte.
- Y a mí, ¿sabes? Fui un cobarde, cuando lo ejecutaron pude haber levantado la voz, haber hecho algo en su favor, haber dejado de aplaudir en los discursos del camarada, pero tuve miedo. No por mí, sino por la familia. Por verlos defenestrados y expulsados del partido, por saber que tras mi ejecución se iban a morir de hambre porque ese loco mesiánico no perdonaría ni a mis nietos. Sí, teniente, me inhibí como un miserable.
- Hasta que ya no pudiste aguantarlo.
- ¡Muy bien, teniente! Así fue hasta que la vergüenza me hizo levantar la voz. Disidir. ¡Qué palabra tan maravillosa! Disidir, pensar distinto y tener la valentía de hacerlo en voz alta. Tendrías que haber visto la cara que pusieron algunos de mis mejores amigos, fue divertido y patético a la vez... Mis amigos, como había hecho yo un par de años antes con mi mentor, cruzaban la acera al verme para no darme los buenos días, para no contagiarse con el virus que agudiza la capacidad de criticar y suelta la lengua. Peligroso.
- Y por eso estás aquí.
- ¿Oficialmente? No, por supuesto que no. Eso jamás lo consentirían. Son muy listos. Sobre el papel, todo se hace conforme a la norma que es dictada por los representantes. La voluntad popular y todo ese rollo. ¡Este es el país del proletariado, no tienes más que echar un vistazo a tu alrededor! Yo estoy aquí por alta traición, por haber ocultado que fui capturado durante la guerra. Para el juez que me leyó la sentencia, soy un espía aleccionado durante su cautiverio, un enemigo durmiente que en

cualquier momento acabará con el comunismo.

- Pero, el general fue restituido.
- Sí, siete años después de muerto. Dime, Misha, ¿para qué sirve eso?
- Para que tu familia no se muera de hambre, para que los tuyos puedan volver a Moscú y que les vuelvan a dirigir la palabra. ¿Te parece poco?
- No, claro que no... Si no se han muerto antes.
- ¿Y la amnistía de Jruschov?
- Era para los presos de condenas más cortas.
- ¿Cuánto te cayó?
- Media condena.
- ¡Veinticinco años!
- Sí, y lo que no sé es si saldré por la mañana o por la tarde. Y me preocupa —bromeó.
- Ya, la incertidumbre no te deja dormir —sonrió Misha.
- Puede que sea mi penitencia y que me lo merezca por no haber defendido a Poneledin cuando tuve la oportunidad —continuó más serio.
- Pero... se podrá hacer algo. Cuando vuelva a Moscú, hablaré con el comisario de Aseguramiento de Orden Público...
- ¿Qué comisario de qué? —lo interrumpió— ¿En qué juego estás metido, chico?

La carretera de los huesos (КОЛЫМА, diciembre 1962)

- ¿Qué opinas del camarada Novikov? —preguntó el comandante Volkov.
- ¿El teniente? No sé, supongo que tendremos que ponerlo a prueba —respondió el sargento.
- Y ¿si no nos sirve? —cuestionó el comandante del campo, levantando la vista del Pravda caducado.
- Pues... si es gilipollas, habrá que deshacerse de él —puntualizó el sargento, evidenciando la obviedad.
- El anterior era un idealista y se lo merecía —argumentó Volkov, gesticulando con el dedo índice de la mano derecha.
- Sí, se metió en nuestros asuntos. ¿Cuánto tiempo lleva el teniente? —preguntó el sargento.
- Desde finales de verano.
- ¿Tanto?
- Sí. ¿Qué dicen tus espías? —se interesó Volkov.
- Que va todos los días a la enfermería.
- ¿A qué?
- Parece que a jugar al ajedrez con el general —le explicó el sargento.
- ¿Son amigos! —exclamó el director del campo—. Hay que vigilarlos. No me fío de nuestro querido general —añadió pensativo.
- Creo que no son íntimos, que solo mantiene las formas para matar el rato. Por lo que sé, no hay mucho más, casi ni se hablan —puntualizó el sargento.
- ¿Estás seguro? ¿Los has escuchado?
- Sí. Un par de veces dejé el teléfono descolgado.
- ¿Y?
- Ya te lo he dicho, parece que no hay nada más allá de que juegan.
- Espero que lleves razón. Toquemos al teniente. Y lo mejor para todos será que mire para otro sitio. ¿Sabes? No nos interesa que Moscú inicie una

investigación. No debemos perder otro teniente. Preséntaselo con naturalidad, que no se asuste, que se lo trague poco a poco. Lo entiendes, ¿verdad?

- Claro que sí —contestó el sargento abandonando el barracón del director—. ¡Yuri! —dijo desde la puerta—, pero ¿si no queda más remedio?
- Si no hay otra alternativa, entonces, ya sabes, se lo dejas a los presos y que lo devoren. Asumiremos las consecuencias como sea.
- Entendido.
- Llámalo y que venga.
- A tus órdenes.

Hacía frío, habían comenzado las rebajas térmicas. Treinta bajo cero, como si se hubiesen dejado abierta la puerta de la cámara congeladora. El teniente Novikov, como todos, buscaba cualquier excusa para resguardarse del demonio de los glaciares. Recibió la orden contrariado porque se perdería su partida y porque el barracón del camarada director estaba a trescientos metros. Cuando llegó, tenía el alma helada.

- Pase, teniente —le instó Volkov con un tono que invitaba a pocas licencias.
- ¡A tus órdenes! —respondió formalmente Misha, prevenido.
- Bueno, me han dicho que ha confraternizado con el general —le espetó Volkov escrutándolo fijamente.
- Sí —se sonrió Misha—, 002242 y yo somos íntimos, este verano lo voy a invitar a mi dacha —concluyó con cinismo.
- Y ¿entonces? —preguntó Volkov, buscando una explicación que le satisficiera.
- Yuri... —dudó unos instantes—. Fuiste tú el que me dijo que era un preso especial.
- Pero teniente, no me refería...
- Camarada director —lo interrumpió con osadía—. Tenía que comprobar por mí mismo con qué clase de enemigo me estaba midiendo. Presos especiales, medidas especiales. ¿Se te ocurre una forma mejor de saber

- qué pasa en el campo que dirigirte a su cabecilla?
- ¿Cómo dices? —preguntó con interés creciente.
 - Llevabas razón. 002242 es el líder de la manada. El enemigo, y lo tengo en la palma de mi mano.
 - ¿Eso es lo que crees? ¿No será al revés?
 - Si me mata, es cosa mía. Asumo las consecuencias.
 - Vaya, teniente, qué sorpresa.
 - Tranquilo camarada. Lo controlo. Quiero estar vivo y salir de aquí por mi propio pie. De la mejor manera posible, si me lo permites —le espetó con codicia. Tras unos instantes prosiguió—. Te voy a confesar lo que he averiguado sobre 002242: si mañana decide arrasar el campo, si se lo ordena a sus hombres, entonces todos los *zeks* se dejarán la vida para satisfacer su deseo y nosotros nos enteraremos cuando tengamos los cuchillos clavados en el cuello. Prefiero correr el riesgo a despertarme desangrándome.
 - Eso no es verdad, no tiene tanto poder —contestó Volkov meditando lo que había oído.
 - ¿Por qué? —gritó actuando—. ¿Porque ese estúpido sargento que antes era un *zek* te mantiene informado? Por eso te crees que lo tiene todo controlado, ¿verdad? ¿No pensarás que lo siguen respetando y que le siguen siendo fieles? Aquí no hay amigos.
 - Es muy eficiente —contestó dudando.
 - Vamos, Yuri, tú mismo me lo dijiste.
 - ¿Qué yo te lo dije? —preguntó incrédulo.
 - Si te equivocas, si fallas, ocuparás su puesto y su condena, serás un número. Me lo explicaste el primer día. Todavía lo recuerdo, no lo he olvidado.
 - Y ¿qué tiene eso que ver?
 - Que me dijiste que, para los *zeks*, los guardias caídos en desgracia no eran bienvenidos.
 - Así es.
 - Entonces, si a un tipo que ya no puede dispararte sigues odiándole por lo

que pudo haberte hecho pero hizo; dime ¿por qué los restituidos van a ser distintos? ¿Por qué, Yuri?

Era lo que necesitaba. Sembrar cizaña. Era el nuevo y partía con desventaja porque el sargento era el alma del gulag. Lo había estado observando. Y, Misha también sabía perfectamente qué clase de tipo era Volkov, un perro receloso que ladraba como si hubiese recibido una paliza y que jamás volvería a fiarse de nadie.

- Misha —sopesó lo que iba a decir—. No estoy seguro de qué pasta estás hecho y empiezas a ponerme nervioso. Si eres como intuyo, este es tu sitio. Saldrás de aquí mejor de lo que esperas. Aunque te lo tendrás que ganar. Y, ¿sabes una cosa? Vamos a comprobarlo muy pronto. Saldré de dudas. Te vas a Magadan con el camión. Irás mañana por la mañana.
- A tus órdenes.
- Ah, una cosa más. Vigila al sargento.

Era un bello paisaje y algún día sería un morboso atractivo turístico. Pero solo en verano y para aventureros hastiados buscando emociones fuertes. Porque la carretera hasta Magadan, en cualquier época del año, era una trampa mortal, un camino a medio terminar con puentes en ruina, lodazales, vadeos imposibles y chatarra abandonada. Y, por lo que Misha podía comprobar, el mantenimiento de la vía era una de las asignaturas olvidadas. Sabía que la obra era del 32, una de las ideas estratégicas del primer plan quinquenal del gran camarada. La propaganda vendió que construirían una carretera entre Yakutsk y Magadan para poder dar salida al mineral al mar. Dos mil kilómetros por una de las zonas más agrestes e inhóspitas del planeta. Y el invierno del 32 no fue precisamente benévolo. La temperatura rondó los 67 bajo cero. Pero la adversidad no era un problema, porque parte del plan contemplaba una mano de obra infinita y barata. Había comenzado la caza indiscriminada de elementos subversivos.

Lo que Misha no sabía era que, para dar firmeza al suelo, los ingenieros de la Dalstroj tuvieron una idea.

- Trituraban los huesos de los muertos para evitar que el asfalto se agrietara y de paso se deshacían de los miles de cadáveres —le explicó el sargento, disfrutando con la cara de repugnancia que mostraba el teniente,
- ¿Te lo estás inventando?
- No. Lo puedes comprobar tú mismo si rebuscas en la cuneta. Así acabaron los que desafiaron al mando, los débiles, los kulaks, los socialistas, los maricones y los pervertidos, los troskistas y... los putos enemigos del pueblo —dijo el sargento conduciendo sin dejar de mirar a la carretera, finalizando su narración.
- De verdad, sargento ¿te crees esa mentira?
- ¿Qué quieres decir?
- ¿Crees que se lo merecían? —preguntó Misha, sin comprender la pasividad del sargento.
- Eres muy joven, hace diez años, ni siquiera te habrías atrevido a contestarme, a poner en duda el sistema. Te aseguro que nadie te habría perdonado la impertinencia y que te habría costado muy caro.
- Puede —contestó Misha— pero hace diez años tú estabas preso y no te habrías dirigido a un teniente. En cualquier caso, esa época ya se ha acabado.
- Eso díselo a tu amigo, el general. Sigue aquí a pesar del cambio.
- 002242, camarada, solo es un preso más, no es mi amigo.
- Seguro —dudó—. Es mejor que no te encariñes con él. Por tu bien.
- Gracias por el consejo, camarada.
- Dime una cosa, ¿te gusta Kolymá? —preguntó el sargento cambiando de tema.
- Es hermoso —respondió, dando largas.
- ¿Y como destino?
- Sargento, es mi primer despacho, lo haré lo mejor que pueda. Espero adquirir experiencia, volver a la civilización en el mejor estado posible y olvidar todo esto para seguir mi camino.

- No es mala respuesta. El mejor estado posible... es un comienzo.
- ¿Y tú?
- Yo no tengo a dónde volver. Ahora este es mi sitio.
- ¿Destierro?
- De por vida. Por cierto, tenemos que parar.
- ¡No está programado, sargento!
- Camarada Novikov, tenemos que dejar parte del cargamento.
- Esas no son las órdenes.
- Mierda, no te lo ha explicado el comandante ¿verdad? A medio kilómetro hay un puente, solo el camión pesa más de cuatro toneladas. No aguantará. Hay que descargar al menos una tonelada.
- ¿Me estás diciendo que hay que dejar en la cuneta unos mil kilos de lavado? ¿Ahora?
- Sí.
- Pero... —comenzó a argumentar.
- El año pasado perdimos un ZIS-6 como este, todo el cargamento y al conductor. Lo recuperamos en el deshielo. ¿Se te ocurre algo mejor?
- ¿Lo sabe Volkov?
- Sí, son sus órdenes. Algún día, cuando reparen la carretera, volveremos a recogerlo. Teniente, se va a quedar ahí y nadie va a venir hasta aquí para robarlo.

Misha observó el paisaje, había cientos de montículos. Debían de ser de portes antiguos. Lo que decía el sargento parecía tener sentido. Nadie saldría a robar ese mineral. Aunque solo le faltara el último proceso para separar el ansiado polvo brillante de la escoria. No con ese frío. Además, estaban en el fin del mundo, en una zona deshabitada. Miró al sargento, los dos sabían que nunca reforzarían el puente y que el mineral se acumularía en la cuneta año tras año, como si fueran los ahorros para apaciguar el miedo a la vejez. Pensó en contradecir al sargento, en la fatalidad y la incongruencia de aquel sistema que exprimía a los más desfavorecidos para desperdiciar parte de su jugo al minuto siguiente. Se encogió de hombros aceptando la situación como

inevitable, incapaz de encontrar un argumento. Cuando el sargento paró el camión, el teniente Novikov abrió la puerta y saltó. Puso los pies en la carretera de los huesos. Sintió un escalofrío distinto que le recorrió todo el cuerpo, como si miles de manos lo agarraran por los tobillos pidiendo ayuda.

Cogió una pala, apretó los dientes y, juntos, descargaron el exceso.

Oro (КОЛЫМА, diciembre 1962)

Hacía una semana que el teniente Novikov no acudía a su cita de media mañana. Y echaba de menos la partida, la conversación y la estufa. Era como si el comandante del campo lo hubiese castigado con nuevas tareas para que se quedara sin tiempo libre, para no pensar, contagiarse ni disidir. Y, palear una tonelada al día de colado de mineral a treinta bajo cero lo dejaba extenuado como si fuera un *zek* más, sin ganas de encontrar tiempo para adiestrar a sus neuronas en el dominio del tablero. Misha no entendía por qué no le asignaban la tarea a los reclusos. Era denigrante. Puede que esa fuese la estrategia de Volkov para que 002242 dejase de envenenar al nuevo.

Y, por encima de todo, para Misha, ver cómo, día tras día, se desperdiciaba aquel tesoro, era como escupir sobre la tumba de su madre. Porque llevaba tiempo suficiente como para conocer todo el recorrido. Primero, los *zeks* eran engullidos para arañar las tripas de la tierra. Después, se machacaba el mineral hasta hacerlo polvo, se hacía un primer lavado y se centrifugaba a pie de mina. Por último, lo transportaban con el ZIS-6 hasta la planta final. Por cada tonelada bruta de mineral, obtenían entre 10 y 15 gramos de oro. Una insignificancia que Misha creía que no justificaba tanta miseria. Y también sabía que cada tonelada de lavado cargada en el camión, una vez limpia equivaldría a unos 60 u 80 gramos de oro puro. Y en el camino, junto al puente, había cientos de montañas. Algo por lo que muchos matarían.

- ¿Puedes firmar la hoja de carga? —preguntó el sargento.
- Eso es competencia del comandante —contestó Novikov.
- Sí, lo es —respondió escuetamente el sargento—. Pero no lo encuentro y se nos van a helar las pelotas.
- Búscalo.
- No sé dónde está...
- Sargento, es una orden.
- Teniente... camarada —suavizó la voz—. Te recuerdo que en ausencia del comandante, tú eres la máxima autoridad del campo. ¿Lo firmas de una puta vez y regresamos antes de que oscurezca o me voy a buscar a Volkov?

Dudó unos instantes, el sargento tenía algo que le disgustaba. En realidad, nada había sido de su agrado desde que salió de la academia de oficiales, desde que aquel siniestro personaje se pavoneó delante de sus narices diciéndole que lo habían seleccionado para ese puesto. Como si fuera un honor. Y ahí estaba, sosteniéndole la mirada a un matón reconvertido que lo retaba a diario.

Tenía que tomar una decisión, le arrancó de las manos la carpeta con la hoja. Porque el sargento llevaba razón: el comandante podía estar en cualquier rincón del campo, pero también podía estar en una de las minas o en la planta de tratamiento. Plasmó su nombre en el documento, claudicando como el reo que firma la sentencia de muerte.

- Gracias, teniente. ¿Nos vamos?

30 monedas (КОЛЫМА, enero 1963)

Había levantado el pie del acelerador. En un alarde de humanidad, y con más de cuarenta bajo cero, Volkov decidió parar la producción para realizar tareas de mantenimiento en las plantas de tratado del mineral. Para el teniente significaba que podía olvidarse por un tiempo de pastorear *zeks* moribundos y de acompañar al sargento con el camión para palear mineral. Como si hubiesen llegado las vacaciones de invierno para jugar en la nieve, volvía a tener tiempo para sí mismo y para las visitas culturales de cortesía.

- ¿Sabes que nos controlan? —insinuó 002242.
- Vaya novedad, aquí los guardias no tenemos otra cosa que hacer.
- No, Misha, no lo has entendido. Te vigilan a ti. Volkov quiere saber por qué vienes cada día. Por qué has vuelto a visitarme después de tanto tiempo.
- ¿Tan difícil es entenderlo? Me aburro —respondió con insolencia.
- Gracias, lo tomaré como un cumplido.
- No quería decir eso, bueno sí. Pero no tienes que verlo como algo personal. El ajedrez es una forma de pasar la condena. Y, sí, me gusta. No hay nada de malo, aunque juegue con un *zek* disidente —bromeó.
- ¡¿Tu condena?!
- Tampoco puedo irme —puntualizó.
- Por favor, no compares. Me estás insultando, soldado. Esta primavera o este verano te pasearás por las calles de Moscú. Acuérdate de saludar al Kremlin de mi parte. Creo que yo no voy a poder.
- Lo siento.
- No importa, yo con tu edad... —dijo con melancolía.
- General, ¿estás seguro de que me vigilan?
- Sí, comenzaron al poco de reanudar las partidas. Te tienen fichado. Misha, cada día el sargento viene con un par de sus guardias de confianza, justo antes que tú y hacen una inspección rutinaria.
- ¿Y?

- Que hace una semana no la hacían.
- Bueno, una casualidad.
- Teniente... Misha, si quieres llegar a viejo llevando ese uniforme apréndete esto: Nada, absolutamente nada es al azar. Además, se dejan el teléfono descolgado. Supongo que debe de haber alguien escuchando al otro lado.
- Entiendo, se pasean y como el que no quiere la cosa lo dejan preparado.
- Efectivamente.
- Y tú lo colocas en su sitio.
- Por supuesto, que se jodan.
- Me cuadra, Volkov me preguntó por ti y supongo que no le convenció mi respuesta. Mañana no cuelgues.

Comenzaron la partida en silencio. El general parecía imbatible en su puesto de alto mando. Vencerle era un reto, una carrera imposible como conquistar el espacio antes que los americanos. A medida que el teniente mejoraba, como un entrenador personal, 002242 cambiaba de estrategia para desconcertar al aprendiz. Y hasta la fecha, con éxito. Misha salió de la enfermería cabizbajo, casi agradecido por haber perdido una vez más, porque el listón seguía teniendo recorrido. Lo que le rondaba la mente era otra cosa. ¿Por qué Volkov se interesaba tanto por él? Se fue directo al barracón del director. Tenía una idea.

- ¡Novikov, pasa!
- A tus órdenes, camarada.
- Déjate de idioteces. ¿Quieres tomar algo: whisky, ginebra, vodka, coñac, jerez?

Era el estilo Volkov. Establecer contacto cercano, pero mirando desde la atalaya para recordarle a cada instante que, en su feudo, el camarada estaba por encima del bien y del mal. Y lo hacía alardeando de su transgresión impunemente, como si el osoblagi de Kolymá fuera una república independiente. Y aunque hacía cerca de medio año que Misha se había unido

al clan, todavía no había averiguado la forma en la que el director traicionaba al Estado.

- Vodka —contestó el teniente abrumado.
- Ah, ¡claro, cómo no! No esperaba menos de un soldado del ejército rojo. ¿Sabes muchacho?, se puede seguir siendo soviético y probar las pócimas del enemigo, no vas deshonrar a la patria ni te van a hacer un consejo de guerra por ello.
- Vodka está bien, gracias —sonrió con timidez.
- Como quieras. ¿Sabes? quería verte —dijo Volkov, preparando la bebida—. Tengo lo tuyo —concluyó enigmático pasados unos instantes ofreciéndole la copa.
- Gracias —contestó Misha, cogiendo el vaso con el líquido transparente, preguntándose a que se refería el comandante.
- Aquí está —añadió Volkov, cogiendo una bolsita que tenía cerca de las bebidas con dos dedos como si fuera un bicho muerto.
- ¿Qué es?
- Vamos cógelo, es tu parte, te lo has ganado —le susurró con voz pastosa—. Es más de lo que te pagan por llevar ese uniforme durante un año —concluyó, arrojándole la bolsa al cuerpo.

Instintivamente, Misha cazó al vuelo la mordida, pero su cara mostraba disconformidad. Aquel tipo quería comprar su silencio por algo que él todavía no sabía qué era y lo estaba haciendo poniendo el precio de su conciencia por las nubes. Abrió la bolsa con la curiosidad de un ratón. No podía ser otra cosa. Oro.

- ¿Qué es esto, camarada? —preguntó indignado.
- Vamos hombre —condescendió el comandante del campo—. Pensé que eras más listo.
- ¿De dónde ha salido? —volvió a preguntar más molesto.
- De tu trabajo.
- ¿Le estás robando a la patria...?

- Le estamos —puntualizó el comandante—. Y esta es tu parte.
- ¿Yo? Me temo que hay un error. Esto... —comenzó a decir nervioso, agarrando su arma—. Tengo que informar inmediatamente a Moscú. Esto es traición.
- Adelante, hijo, hazlo. Te mereces una medalla, o dos. O quizá, un batallón entero... de fusilamiento. Porque tú caerás a mi lado.
- ¿De qué hablas?
- De que nadie te creerá, o quizá sí, pero a medias. Llevas un mes firmando las hojas de carga.
- ¿Y?
- Los jóvenes sois rematadamente arrogantes y tontos —le espetó mientras Misha agarraba el teléfono—. Vamos, chico. No te voy a detener. Tú llevas la pistola. Haz lo que te dicte tu conciencia. Después tendrás que explicar por qué en los registros de la producción hay números, pero a la planta de lixiviación llegan otros. Y tú, imbécil, eres el que ha firmado los papeles. Dime, Misha, ¿qué has hecho con el resto del lavado de oro?
- Está en la carretera de los huesos, junto al puente. Son tus órdenes.
- ¿De veras?
- Hay cientos de montículos, el sargento...
- Dame un segundo antes de que descuelgues ese teléfono. Te voy a contar una historia sobre el sargento. Es químico, y de los buenos. Cuando llegó aquí... era un *zek* distinto, como tu general. Pero menos engreído y más práctico. Me habló de procesos químicos, de cómo lavar el oro con cianuro, de lo fácil que sería montar una línea de producción privada, de cómo tener un pelotón de *zeks* a nuestra disposición, leales como perros... sencillamente, una mente brillante. Aunque reconozco que a primera vista parece tosco. Congeniamos.
- Me has tendido una trampa. Y eres un traidor que no se va a salir con la suya.
- ¿Sabes?... seguro que en tu barracón hay más oro. Llevas haciendo esto desde que llegaste. Por la bebida no te van a hacer un consejo de guerra, pero por lo que has robado, sí. Eres rico, muchacho y... corrupto hasta la médula.

El teniente Novikov se quedó paralizado, Volkov era un ajedrecista excepcional, aunque su tablero era otro. Lo comprendió todo al instante. Estaba atrapado, como en la partida que había jugado hacía un rato. Arrinconado, casi sin escapatoria. Con una sola salida. Entregar su pieza más valiosa. Su lealtad. Recordó las palabras que el comandante del campo le dijo el primer día, “si se adaptaba viviría como el hijo del zar”. Había estado ciego durante mucho tiempo. Y todo había ocurrido delante de sus narices. Estaba enfadado consigo mismo por su estupidez. Guardó el arma y soltó el teléfono. Entendió la animadversión entre el general y el comandante. Eran razas distintas, especies distintas y enemigos como la cobra real y la mangosta. Comprendió por qué había muerto el anterior teniente. Supo que el sargento debía de estar al otro lado de la puerta, esperando órdenes. Dedujo que el teléfono debía de estar cortado y que era un farol para condenarlo a muerte o conmutarle la pena. Lo entendió todo. Y, Misha fue rápido, muy rápido cambiando de tercio.

- Dadas las circunstancias... Yuri, prefiero whisky —dijo suavizando el gesto mientras tiraba el contenido de su vaso al suelo y ponía su mejor sonrisa.

Traidor (КОЛЫМА, enero 1963)

Misha había aprendido cómo funcionaba el campo y comprendía sus ritmos. Tras la charla con el comandante tendría que mostrarse moderadamente eufórico por su incorporación al capitalismo especulativo. Habría mil ojos observándolo. Pensó que si hubiese una forma de abandonar la Unión Soviética llevándose su pequeño tesoro, sería rico. Pero no sabía cómo y tampoco estaba en sus planes desertar. Tenía que actuar con normalidad, esperar al día siguiente para ver al general, a la única persona en que confiaba en todo el campo. Porque, evidentemente, no podía salir del barracón de Volkov para ir corriendo a llorar en los brazos del general. Eso era una sentencia de muerte. Esperó ansioso hasta el mediodía siguiente sin alterar un milímetro la rutina.

- ¿Por qué cojones...? —comenzó a decir Misha, entrando en la enfermería como un oso, enfadado con el general, mirándolo fijamente, mientras este se limitaba a llevarse un dedo a los labios, señalando el teléfono con la otra mano.
- Teniente Novikov, que agradable sorpresa, con el humor de siempre ¿qué se le ofrece hoy? ¿Tal vez un ajedrez? —preguntó con parsimonia.
- 002242 no sé por qué pierdo el tiempo contigo —respondió Misha, entrando en la dinámica, recordando lo planificado el día anterior.
- Supongo que porque no hay mucha gente que juegue en el gulag y porque soy mejor que usted, camarada Novikov.
- 002242, no somos camaradas. Eres un parásito y un traidor. No eres nada. No vuelvas a llamarme así, no tienes derecho a usar esa palabra. No en mi presencia o irás a la mina. ¿Lo entiendes? —preguntó con violencia, pidiendo perdón con la mirada.
- Sí, teniente —contestó con frialdad.
- ¿Sabes una cosa? Ya no eres general, eres un viejo patético y sin amigos, sin familia ni futuro. ¿De qué te sirve toda esa arrogancia, viejo? No eres nada. Morirás aquí, como los otros *zeks*, lejos de tu familia, solo, hambriento como un lobo sin dientes expulsado de la manada. Y te lo mereces.

- Hoy no tiene un buen día.
- No, no lo es porque te empeñas en desafiarme. Cualquiera día te meto un tiro.
- No perdería mucho.
- Voy a informar sobre ti al comandante —dijo dirigiéndose al teléfono.
- Corre, ve a decírselo a tu amo.
- ¿Sabes 002242? He cambiado de opinión, te voy a dejar vivo para que te mueras de asco —dijo agarrando el teléfono—. Eres un pobre imbécil que ni siquiera sabes usar este aparato. Te lo has dejado descolgado —concluyó y colgó.
- Misha, tienes un par de minutos para salir.
- ¿Ha quedado bien?
- Sí, te van a contratar en la compañía de teatro de Moscú. ¡Misha, tienes un par de minutos!
- ¿Sabes que hacen estos hijos de puta?
- A ver, ilústreme.
- Roban oro.
- Ya lo sabía —respondió el general sin inmutarse.
- ¿Y no me lo has dicho? ¿En todo este tiempo?
- No podía fiarme de ti.
- Eres un viejo cabrón, y ¿ahora sí? ¿Ya puedes? —preguntó enfadado.
- Bueno, dadas las circunstancias me arriesgaré contigo.
- Esta discusión la dejaremos para otro momento. Está bien, me han tendido una trampa, me hicieron firmar las hojas de carga de los camiones falseando el tonelaje. Hay un descuadre entre la producción y el transporte y me han sobornado. Tengo mi barracón forrado de oro. Si se descubriera, yo sería el cabecilla de una conspiración para sabotear al estado.
- Estás jodido, eres un traidor, Misha. Mira, al final puede que tú tampoco vuelvas a Moscú en primavera —bromeó el general.
- General, no estoy para bromas. Me tienes que ayudar.

- ¿Yo? ¿Cómo? Soy un viejo patético sin amigos.
- Estaba actuando, te pido perdón. Sabes que...
- Lo sé, Misha, ya lo sé, no lo decía por ti, es la verdad. Lo soy. Estoy cansado, enfermo y acabado. No puedo contactar con el exterior. Volkov lee mi correspondencia y no creo que las cartas lleguen a su destino, salvo quizá, las que envío a mi hija. No tengo a quién acudir. Creo que ningún amigo ha respondido mis cartas. No tengo nada. Me queda más condena que vida. Solo soy un viejo que le está enseñando a jugar al ajedrez a un chaval que tampoco tiene mucho futuro.
- Piensa algo.
- Me caes bien, en otras circunstancias habríamos sido amigos. Hijo, tienes que irte, ahora. Dame un puñetazo en la cara y vete. Y actúa como si estuvieras cabreado conmigo. No vuelvas en una semana o dos. Ya se nos ocurrirá una solución. Ah, y no dejes que te maten.

Sargento (Колыма, febrero 1963)

Había deambulado toda la semana por el campo como si fuese un zombi, deseando que pasara el tiempo, que llegara la primavera para ir corriendo a Moscú y contarle al comisario del Ministerio de Aseguramiento de Orden Público todo lo que había descubierto. Era su única esperanza de salir ileso, que ese hombre confiara en su palabra, que diera la cara por él para no acabar delante de un pelotón. Y el general sabía lo que pasaba. Podría ser su salvoconducto. Un testimonio que corroborara su versión. Lo necesitaba. Se acercó a la enfermería para verlo y descubrir algo más.

- ¿Qué sabes del sargento?
- Demasiado.
- Tengo tiempo —contestó Misha, abriendo con el peón del rey.
- Llegó hace cinco años.
- Pero ¿antes de eso no era un *zek*? —preguntó Misha, desconcertado.
- No hay antes, vino a cumplir una condena de veinticinco años, el día que llegó se topó con Volkov. Se hicieron amigos o igual se conocían de antes. Nadie sabe de qué hablaban, pero en seis meses cambió todo. No sé cómo, al año, consiguió un indulto. Y ya es sargento. En esto tiene que haber más gente implicada...
- ¿Volkov no es el cabecilla?
- Puede ser que mueva los hilos, pero no creo que sea el mandamás... es más, es imposible, tiene que haber un alto cargo en Moscú —respondió el general adelantando su peón de reina.

Era la primera vez que el teniente Novikov veía esa apertura, una vez más, el general lo sorprendía, si le comía el peón, este sacaría la reina y dominaría el tablero desde el principio. Movié el caballo para proteger a su peón. Había perdido la iniciativa de las blancas.

- Misha, no me estás escuchando —le reprendió el general.
- Eh, sí, claro, Volkov no es el cabecilla, te he oído, pero me parece difícil de creer.

- Es imposible que estén solos. Para el oro necesitan cianuro y en grandes cantidades, no es fácil. Alguien está haciendo la vista gorda.
- Pero ¿qué hacen con el cianuro?
- Lo mismo que en la planta oficial. Mezclan el lavado de oro con él. El cianuro sirve para disolver el oro en agua, así lo separan del resto de mineral. Por cada tonelada sacan unos gramos de oro puro. Después, tiran el agua.
- ¿Y el cianuro?
- Se va con el agua al río.
- Pero es tóxico.
- La mina se abrió a principios de los 30, el estado lleva echando veneno en el Kolymá desde entonces, seguro que se han cargado a unos miles río abajo. Cada semana tenemos en la enfermería unos cuantos ingresos con síntomas de intoxicación por cianuro. No soy médico, pero no soy tonto y llevo mucho tiempo en este puesto.
- Si esto lo supieran en Moscú...
- Misha, somos *zeks* ¿de verdad crees que le importamos a alguien?
- Supongo que no.
- Además, también traen una hierba china que se llama *ma huang*.
- No lo he oído en mi vida.
- Empezaré por el principio. Al sargento le cayó media condena por tener un laboratorio clandestino de drogas. Por lo que he podido averiguar, tenía un pequeño imperio cerca de Stalingrado.
- ¿Sabes que le han cambiado el nombre?
- Joder ¿Otra vez? —preguntó sorprendido el general, moviendo el caballo de su rey para proteger a su peón.
- Sí, hace un par de años, ahora se llama como el otro río: Volgogrado.
- Vaya, van a borrar a Stalin. Se debe de estar revolviendo en su tumba. Qué se joda.
- No te caía bien.

- No mucho, era un psicópata. Como te iba contando, durante mucho tiempo hicieron la vista gorda con los negocios del sargento. Es más hábil de lo que parece a primera vista. Sabe rodearse y sabe a quién tiene que regalar, cuánto y cuándo —se explicó el general.
- Ya me he dado cuenta, ¡también sabe cómo joderte!
- Sí, contigo no se ha esmerado. No te preocupes. Al principio, también me engañó. Cuando llegó, parecía uno de esos inocentes que la mala suerte trae a culatazos.
- Entonces, ¿qué le pasó? ¿Por qué está aquí? —preguntó Misha interesado.
- Supongo que es cuestión de tiempo. Todos estos tipos cometen el mismo error. Les puede el ego y acaban creyendo que levitan y son intocables. Al final se precipitó contra el suelo cuando el hijo de uno de los comisarios políticos de..., dijiste Volgogrado, ¿verdad?, murió de sobredosis.
- Y cayó en picado —dijo decidido, comiéndose el peón reina del general.
- Sí, pero ha sabido remontar. Intercambias peones...
- Y ¿la hierba?
- *Ma huang*, la usan los médicos chinos. El sargento ha montado su laboratorio clandestino aquí para destilarla. Después sintetiza methedrina.
- ¿Dónde?
- En el barracón que está junto a la torreta de vigilancia de la puerta.
- Es un polvorín —puntualizó Misha.
- ¿Y lo has comprobado? —preguntó el general, mientras se comía el peón con su caballo.
- No —respondió Misha, incrédulo.
- Usan la methedrina con los *zeks*, con los suyos. Tienen un ejército aparte. ¿Quién crees que se lleva el mineral que dejas al lado del puente hasta su planta?
- Eso es imposible. Yo mismo paso lista todos los días y reparto las tareas.
- Muchacho, otro motivo más para fusilarte. No sé si pegarte los dos tiros yo mismo —bromeó.
- ¡Hijos de puta! —exclamó apretando los puños.

- Los van escogiendo a medida que los necesitan. Distribuyen la droga entre los más fuertes, les mejoran la ración y les rebajan la jornada.
- Y desaparecen de la lista oficial.
- Sí, junto con los que mueren de verdad. La methedrina les hace sentirse eufóricos, trabajan más y les quita el hambre. Pero los machaca. He visto tipos trabajar a veinte bajo cero casi sin ropa, como si fuese verano. Y los he visto llegar a la enfermería y morir de un infarto con el corazón reventado.
- Y los reemplazan —puntualizó, adelantando el peón reina un paso.
- Misha, te como el caballo y te cruzo un peón. Tienes que estar más atento... Sí, lo peor es que para los *zeks*, la mejor opción es que Volkov se fije en ellos.
- No entiendo cómo he podido estar tan ciego —afirmó Misha, cruzando su peón.
- ¿Te refieres a la partida?
- A todo.
- Tranquilo. No eres el primero que engañan. Aquí hay miles de *zeks*, no puedes conocerlos, son todos iguales. Si uno desaparece, piensas que se ha muerto y es lo normal. Además, cada semana llegan más. Su ejército se pasea delante de tus narices sin que te des cuenta.
- ¡Mierda!
- Es muy sencillo. Misha, piensa... que no eres tan tonto.
- Gracias.
- No, Misha. No te fustigues. Ellos juegan con ventaja. Cuando llegas aquí, aterrizas asustado. Si tienes corazón, si no eres un monstruo, se te cae el alma al suelo el primer día y tardas tres meses en encontrarla de nuevo y hacerte a esto. Intentas sobrevivir, mirando en todas direcciones a cada paso para que no te claven un cuchillo, para que no te asalten por la espalda. Después, llega el frío, que lo tapa todo como si fuese a venir el abuelo de las nieves en fin de año. Es difícil darse cuenta conviviendo con tanta desolación. Desde que llegó el sargento, eres el cuarto teniente. ¡No, espera! eres el quinto. Tres han muerto de forma dudosa, pero eso, solo lo sabemos unos cuantos.

- Los que habéis durado lo suficiente.
- Efectivamente.
- Y ¿qué pasó con el cuarto?
- Imagina, en realidad, fue el primero. Ahora es el comandante.
- ¡Volkov!
- Sí, y tengo que decirte que al comandante anterior tampoco le fue muy bien. Creo que ya sabes cómo va esto.
- Me hago una idea. Lo que no sé es cómo sigo vivo.
- Bueno, llevas casi seis meses. No lo has hecho tan mal—afirmó moviendo dos pasos el peón del rey—. ¡Ahora empieza la partida y partes con desventaja!

El postre (viernes, 15 de septiembre de 1989)

Desde el día del incidente con el invitado del bate de béisbol, Vittorio no fue el mismo. Puede que desde esa fecha hubiese comenzado a madurar la idea de un retiro tranquilo, sin vuelcos del corazón. Le seguía gustando la caza, la matanza y contemplar la hermosura de Alma en todo su esplendor, pero había dejado de compensarle. Había perdido la confianza en sí mismo y, en sus pesadillas, siempre estaba de rodillas, implorando a su verdugo. Dudaba y le atormentaba no saber quién ganaría la pelea que le quemaba por dentro, si el depredador que llevaba adosado a su alma, o el cordero manso que ansiaba tranquilidad. Y, por último, le preocupaban, si tomaba la decisión de dejarlo todo, las cuestiones finales: ¿en cuánto tiempo se arrepentiría de ser un cobarde? ¿cuánto tardaría Alma en aburrirse? y ¿lograrían zafarse de la jauría que les soltaría la gente para la que trabajaba Vlad, o serían el zorro en una triste mañana de campaña?

También desde el día del incidente, esporádicamente, Vlad Popesk se quedaba a pasar la noche, cada vez que Alma quería apaciguar su parte más animal. Lo agasajaban como a un invitado de lujo y él se había acostumbrado. Vittorio era un gran chef y Alma una excelente amante, insaciable, hermosa y salvaje. Al principio, se sintió cohibido ante la atenta mirada de Vittorio, como si fuera el protagonista de un documental de apareamiento de los cocodrilos del Nilo que, en cualquier momento, acaban a dentelladas. Era extraño y no sabía qué pensar ni qué esperar. Al final, cuando se marchaba y dejaba a Alma en la cama, desnuda y deseable, siempre acababa con la sensación agrídulce de estar robándole un bombón helado a un obstinado niño que se empeña en no probarlo. Y Alma merecía la pena. Cada vez. Cualquiera en su sano juicio habría llegado a Marte aguantando la respiración por ella. Pero así eran las cosas.

- Está bien. Me quedo —respondió Vlad a la invitación de la pareja, vigilando a Vittorio.
- Gracias —contestó escuetamente Vittorio, cortés.
- Bueno... solucionado —dijo Alma, complacida— ¿Sacamos las muestras? —añadió señalando al ovillo en que se había convertido Rosso.
- ¿No podemos esperar? Estoy agotado —le reprochó Vittorio.

- ¡Vamos cariño! —le interrumpió Alma, intentando forzar la situación.
- Amor mío perdonadme si hoy no os acompaño —se excusó Vittorio.
- ¡Vittorio!... me gusta que me mires... Es como si follara contigo —suplicó Alma.
- Por favor, no. El próximo día, te lo prometo —respondió Vittorio, jugando con la copa que tenía en la mano.
- Vittorio, yo, no quiero molestar ... me marchó —añadió Vlad, contrariado.
- No, por favor, de ninguna manera. No me malinterpretes. ¡Quédate! Es... es... el trabajo. Ya te lo he dicho. Necesito descansar. Es demasiado estrés. Ya no es como antes —explicó Vittorio, mientras se levantaba de la mesa, besaba a Alma en la frente y se encaminaba a la casa—. Os encargáis de todo, ¿no?

En cuanto Vittorio desapareció, se apagó la música de fondo y Alma se acercó a Toni Rosso con una jeringuilla en la mano. En ese momento le vino a la mente una imagen. Durante un viaje que hicieron a España fueron a ver una corrida de toros a La Maestranza: se vio a sí misma como el torero que administra la puntilla al morlaco humillado y moribundo. Sin compasión y con la delicadeza de un oso. Le cogió el brazo, le clavó la aguja y le sacó dos botes de sangre. Tendrían que comprobar la compatibilidad HLA, el grupo sanguíneo y RH y asegurarse de que el donante no era portador de ninguna infección. Las posibilidades eran pequeñas, pero si el resultado final era favorable, sería como si le tocara la lotería de Navidad, tendrían un ingreso extra, elevado, para un capricho. Cambiaría de coche, se desharía del BMW. Quería un todoterreno.

Aun le quedaba trabajo, tenía que guardar a su presa. Y como una viuda negra, lo tenía que mantener vivo, inmovilizado en su telaraña, para sacarle el máximo jugo. Se lo llevó atado y amordazado, en un carro de mano. Lo bajó hasta las mazmorras con ayuda de unas poleas, lo metió en una de las celdas y lo encadenó. De inmediato y con la pasión de un engranaje, comprobó las heridas, dictaminó que Toni Rosso no se desangraría por el balazo y que no había afectado nada vital; las desinfectó y lo dejó a su suerte, cerrando la única vía de escape posible tras de sí: una puerta de acero que se usó para sellar el búnker construido en el sótano del castillo durante la Segunda Guerra

Mundial. Mientras bloqueaba la puerta pensó que se encargaría de él al día siguiente: comida, agua y cuidados paliativos para que le durase vivo al menos hasta el lunes. Después, la reunión con el Altísimo dependería de si su boleto de lotería había sido premiado. Mientras, Vlad la estaba esperando pacientemente y parecía divertirse. Juntos, subieron a la habitación.

- ¿Te llevarás las muestras al laboratorio mañana? —preguntó Alma, mientras se desnudaba con velocidad.
- Claro. Me acercaré de un salto. Pero tengo otro asunto que atender. Voy a estar fuera unos días.
- Y ¿cuándo tendrás una respuesta?
- Te lo haré saber; en el caso de que dé positivo, tendrás que esperar a que vuelva. Lo entiendes, ¿verdad? —contestó Vlad, algo enigmático, cerrando la puerta de la habitación, introduciendo una rutina nueva. Estaban los dos solos.

Alma se sintió incómoda y alarmada. Si su marido cambiaba de opinión, no quería que se encontrase una barrera física y se ofendiese, o peor, llamase a la puerta en el momento más inoportuno. Además, ella no estaba haciendo nada que él no supiese ni aprobase. El invitado solo era un sustituto. Cuando iba a abrir la boca para pedirle a Vlad que la dejara entreabierta, este intervino.

- ¿De qué querías hablar? —dijo susurrando.
- Necesitamos parar —contestó Alma, rápida, mirando fijamente a Vlad, seria.
- No me gusta cómo suena —dijo Vlad.
- Ni a mí —suspiró Alma.
- Está bien. Acabemos cuanto antes. Lo vais a dejar definitivamente, ¿verdad? —preguntó Vlad.

Los dos sabían que era una pregunta que no tenía una buena respuesta. Vlad no podía dejarlos ir, como si hubiesen discutido en el recreo porque uno le había levantado la falda a la chica del otro. Vittorio y Alma eran las personas más cercanas que tenía, las únicas; ellos sabían demasiado y, de alguna manera,

eran lo más parecido a un amigo que Vlad jamás había tenido. Si lo abandonaban, si lo traicionaban, él estaría en desventaja, en peligro. No los podía perdonar. Nunca le fueron los flecos. Pero Alma también estaba al tanto; desde el primer día en que sucumbieron a sus peticiones, cuando asesinaron a un tipo para trocearlo y se lo entregaron en pedazos envasados al vacío. Alma sabía que Vlad era peligroso, como apostar todo a un número en la ruleta, jugaban fuerte y las normas no daban lugar a otras interpretaciones. La duda era saber quién traicionaría primero al otro, cuál de los dos amantes se adelantaría para acabar con la vida del otro. Y, Vlad sabía que Alma no era una simple aficionada.

- No es momento... ¿puedes abrir la puerta y meterte en la cama? —dijo Alma ofreciéndose, intentando cambiar de tema.
- Alma, hay una posibilidad... —contestó Vlad, desoyendo a la chica, dejando entreabierta una puerta que conducía al abismo.
- ¿De qué estás hablando? —preguntó molesta.
- Podemos dejar a Vittorio al margen —puntualizó con asepsia.
- No sé dónde quieres llegar. ¿Qué me estás pidiendo...?
- Olvídalo —sentenció Vlad con brusquedad, dándose cuenta del error.
- ¡Venga, dime! ¿acaso me estás insinuando que mate a mi marido? —preguntó Alma fuera de sí, retomando el hilo de la conversación.
- ¡No, Alma, no! Tranquilízate. Solo te estoy diciendo que tú podrías seguir, mientras Vittorio se toma unas vacaciones. Buscaríamos un sustituto. Algo temporal...
- Después de todos estos años, ¿cómo te atreves? —dijo ultrajada— ¿es tan difícil para ti entender que necesitamos un par de semanas? Tienes que verlo siempre todo de forma tan trágica... Conozco a mi marido. Esta es su vida, jamás lo dejará. Disfruta demasiado, pero necesita relajarse.
- Entiendo —contestó Vlad con cinismo, desvestiéndose.
- ¿Qué pasa? ¿No me crees?
- Sí, claro —respondió en tono poco convincente.
- ¿No confías en mí y vienes a meterte en mi cama? Déjalo, Vlad. Ya no hace falta que vengas —dijo tapándose con las sábanas, como si de

repente sintiera vergüenza de que él la viera desnuda—. Se me han quitado las ganas de follarte. Puedes irte a la habitación de invitados. Buenas noches —dijo apagando la luz de la habitación y dando la conversación por concluida.

- Alma, lo siento, no pretendía ofenderte —contestó Vlad arrepentido. Se dio media vuelta y se marchó.

Pero Alma no podía dormir. Siempre había sabido que jugaban con fuego y que su relación comercial terminaría de forma explosiva, como el tapón de una botella de champán. Y lo había pospuesto. Hasta ese momento, en el que Vlad le había sugerido que Vittorio sobraba. No podía dejarlo estar. Conocía a Vlad y sabía que se había abierto la caja de Pandora. Ya solo era cuestión de tiempo. Se había retirado, educado, como siempre, encajando la derrota con elegancia, con esa pose de lord inglés despechado que solo ella conocía y que le aterraba. Él buscaría unos sustitutos, tardaría unos meses o quizá un par de años, pero lo haría, sin prisas, pero letal, como la arena del desierto corroyendo a la Esfinge. No le cabía la menor duda. Y después, ella y Vittorio acabarían en las mismas bolsitas, troceados y al vacío, convertidos en delicatessen para ricos. Le recorrió la espalda una horrible sensación. No lo consentiría. Se levantó de la cama y se quedó en medio de la habitación a oscuras, desnuda, sudando. Pensó en que deberían huir, pero sabía que Vittorio no era tan sutil como para entender sus paranoias y tomarse la amenaza en serio. Era más descuidado y confiado y no era metódico. Si no hubiese sido por ella, hacía tiempo que ya estarían en la cárcel o muertos. Se lo imaginó por un instante: no, definitivamente él no estaba a la altura. Y, además, aunque escapasen, siempre estaría alerta, asustada, vigilando su espalda. Eran custodios de un terrible secreto y no los perdonarían, quienesquiera que fueran los caballeros de la orden de los caníbales serían implacables. Tenía que cerrar esa puerta y descansar. Se volvió a la cama, nerviosa, con frío. Podría ir a por él, a por Vlad en ese mismo instante, matarlo, deshacerse de su problema. Se le aceleró el pulso. Acabaría también con el tipo que tenía en el sótano. Después, los pasaría por la trituradora industrial y tendría comida para los perros. El plan sonaba bien. Además, sus niños, tendrían para tres o cuatro meses. Recordó que se había olvidado de soltarlos. Pensó en levantarse, le daba pereza, pero era el procedimiento. Cada vez que cazaban a alguien, los guardaban en el cobertizo. Después, los soltaba para que patrullaran incansables, para disuadir a curiosos sin invitación, sabiendo que al único

intruso que soportarían sería a Pietro, que vivía unas casas más abajo. Y, a esas horas, no aparecería.

Una vez más, Alma se levantó, salió al patio desnuda y liberó a los chicos. Eran fieles, más que Vlad y que su marido, más que ningún humano. Si tuviese que confiar su vida a alguien... Se quedó un rato meditando, acariciando a los guardianes. Pensó que, aún eliminando a Vlad, no se sentiría segura. Puede que ya nunca se sintiese segura. No sabía nada de la estructura que este tenía, ni quién era el jefe o si estos conocían sus identidades. Y tenía que averiguar, en caso de volver al negocio, si podría saltarse a Vlad e ir directamente al cliente, sin intermediarios, llevándose todo.

El silencio de la noche le ayudaba a pensar. Eran demasiadas preguntas sin respuesta. ¡No! No podía matarlo así como así. Necesitaba estudiarlo primero, como el científico que investiga un virus letal hasta comprenderlo, para después erradicarlo de la faz de la tierra. Hacía frío, sonrió, el reto era apasionante, se sentía viva, con fuerza y con un motivo para pelear. Después, movería ficha primero, y... ganaría. Satisfecha, se fue a la cama.

Por su parte, Vlad se marchó al cuarto de invitados rumiando la nueva situación enfadado consigo mismo por el error cometido con Alma. Ella, como siempre, supo leer su pensamiento y desenmarañar sus palabras antes, casi, de que terminara de pronunciarlas. Sí, le había insinuado deshacerse de su marido y quizá, algo en común... Alma le provocaba una extraña sensación que le turbaba, pero ella lo había despreciado y humillado. Tenía ganas de gritar, de odiarla. Comenzó a respirar profundamente, calmándose. Continuó analizando a la pareja: con Vittorio todo era más fácil. Sabía qué pensaba, era menos enrevesado y estaba convencido de que Alma determinaría su postura final. ¿Los mataría? Sería una lástima, a su manera los apreciaba. La velada, hasta que se torció la conversación, fue placentera. Se sonrió. Pensó que, si su anfitrión tuviera que vivir de otra cosa, probablemente tendría éxito montando un restaurante. Le hizo gracia pensar en Anfitrión. Vittorio jamás podría dedicarse profesionalmente a la restauración. Ni a eso ni a nada. Llegó a la única conclusión posible: eran suyos; endureció el rostro. Si lo dejaban en la estacada les haría pagar caro por la traición. Ningún lacayo deja a su amo sin recibir su castigo y él sería especialmente cruel. Reconocía que no se merecían otra oportunidad, eran unos miserables campesinos desagradecidos,

pero encontrar a otros matarifes con las habilidades de la pareja parecía casi imposible. Tras meditarlo brevemente, decidió concederles la última, por Alma y por lo que le hacía sentir: lo turbaba. Sí, les daría tiempo para rectificar, pero más que por ellos, por sí mismo. Esperaba no arrepentirse de su decisión. En mitad de la noche, sin poder dormir, se volvió a Roma. Alma y Vlad casi se cruzan por el pasillo.

Cachorro (Колыма, 16 de marzo 1963)

Era un lujo, cada día el sol se afanaba un poco más, como si se sintiera invencible, como si esa vez fuese la definitiva, dispuesto a quedarse sobre el horizonte para siempre y caldear aquella tierra maldita. Se acercaba el equinoccio y el teniente Novikov, mientras transportaba lavado de oro sabiendo que, con cada pala descargada junto al puente estaba más cerca del paredón, esperaba pacientemente para poder desaparecer del campo unas horas. A la vista tenía un permiso de tres días. Iría a la cercana ciudad de Magadan. Por el momento, seguía vivo.

Su vista se había acostumbrado a ese universo miserable. Ya ni siquiera recordaba la sensación de desolación que sintió la primera vez que pisó el campo y pudo comprobar el retraso en el que vivían. Como si hubiese viajado a un pasado lejano y rabioso que se había incorporado al presente. Ahora se desenvolvía con naturalidad en ese mundo híbrido sin penicilina ni radio, pero con Ak-47 y maquinaria pesada.

Habían espaciado las partidas, una o dos por semana. Misha volvía a estar atareado y cansado, además no era conveniente que Volkov volviera a fijar su mirada en él. Pero era sábado, y Misha, como si tuviera una cita, se arregló para ir a ver al general.

Llegó a la enfermería andando por la nieve, incómoda y hostil como siempre. La caricatura de hospital era un barracón de 4 por 8 de madera ennegrecida con los techos recubiertos de latón oxidado fijado con clavos. Lo habían construido los *zeks* con algo más de esmero que el resto de edificios del complejo, como si supieran que tarde o temprano pasarían sus últimos instantes allí. Desde la calle se entraba a un pasillo con una doble puerta para dejar el frío fuera. Dentro había tres puertas más. A la derecha, estaba el dispensario con un quirófano de fortuna y calefacción propia. Al frente del pasillo, las letrinas con un ventanuco roto medio tapado con cartón y al lado izquierdo la puerta que daba a las literas. Catorce cómodos camastros de 65 por 170 centímetros para los cuidados extensivos. Y en el centro del barracón, como si fuese el becerro de oro, una estufa de hierro. El médico pasaba dos o tres veces por semana si la meteorología lo permitía. El resto del tiempo, estaban en manos del general; un aficionado que hacía lo que podía y que, a

cambio, dormía en el despacho y lo usaba como si fuera suyo.

- Teniente, ¡qué sorpresa, no le esperaba!

El general últimamente estaba especialmente paranoico. El saludo era una señal y Misha reaccionó.

- 002242, no la fastidies otra vez.
- No, esta vez no. Lo prometo. ¿Un ajedrez, mi teniente?
- Sí, a eso he venido —contestó escuetamente, mirando en todas direcciones sin entender qué pasaba.
- Siéntese, enseguida estoy con usted teniente. Hoy he tenido mucho trabajo, me vendrá bien despejarme un rato. Además, he recibido una carta de mi sobrina y estoy de buen humor —puntualizó el general, mirando hacia el quirófano.
- No me interesa tu asquerosa vida, 002242.

Misha se quedó expectante, sin saber qué hacer. Miró hacia la cortina que separaba el dispensario del quirófano. Esta comenzó a bailar; al instante uno de los guardias salía con un brazo en cabestrillo.

- A sus órdenes, camarada. He resbalado en el hielo —se justificó con el teniente.
- Tranquilo, camarada. Vete a descansar. Mañana haremos que venga el médico a echarle un vistazo, no me fío de 002242.
- Ya, pues como no venga con una máquina de rayos X...
- 002242, no te he dado permiso para hablar —lo interrumpió con brusquedad—. No empieces. Si hace falta, camarada —volvió a dirigirse al guardia—, te trasladaremos a Magadan.
- Gracias, camarada.

Esperaron a quedarse solos. Cuando sonó la puerta, Misha fue a hablar, pero el general levantó la mano. Salió al pasillo, el soldado todavía estaba allí.

- ¿Algún problema, soldado? —preguntó el general con amabilidad cortante.
- No puedo abrir bien la puerta, se ha vuelto a cerrar —se excusó torpemente.
- Ya, disculpe. Le ayudo.

Los vigilaban. Era evidente. El negocio era lo suficientemente suculento y arriesgado como para hacerlo. El general volvió sonriendo, satisfecho por la victoria en su pequeña batalla contra Volkov.

- ¿Tu sobrina? —preguntó Misha, emocionado.
- Sí —contestó escuetamente, aséptico.
- Nunca me has hablado de ella —le espetó.
- Es que no tengo ninguna sobrina.
- ¿Entonces? —volvió a preguntar, ansioso.
- He leído la carta cien veces, solo puede ser un viejo amigo que me debe un favor —puntualizó el general—, pero lo que no comprendo es ¿por qué me escribe después de tanto tiempo? ¿Por qué ahora?
- ¿De cuándo es la carta?
- De finales de noviembre.
- Joder, se han tomado su tiempo.
- Ya, imagina, censura en Moscú, al salir, el viaje, censura al llegar a la región, los hombres de Volkov... Y no tienen prisa.
- Entiendo. Y ¿qué clase de amigo es?
- Es una larga historia...
- General, tengo tiempo.
- Te la resumiré. Ocurrió justo antes de que me encerraran por haber perdido la vergüenza, ya sabes.
- Sí, me lo imagino.

- Yo estaba destinado en el ministerio de interior y tenía acceso a datos. Un amigo me pidió que falseara su ficha.
- ¿Tú? No me lo imagino ¿Para qué?
- Un asunto familiar.
- Y ¿estás seguro de que es él?
- Totalmente. Además, solíamos bromear entre nosotros, siempre nos despedíamos con la misma frase: “no dejes que te maten”. ¿Sabes? Lo había olvidado, le había perdido la pista y lo había olvidado... Puede que sea el único amigo que me quede en toda la Unión. Está vivo y ha contactado conmigo. Solo puede ser él
- ¿O Volkov?
- Imposible. Hay cosas que Volkov no puede saber. No tiene sentido.
- ¿Qué te dice en la carta?
- ¿Aparte de nuestro saludo? Nada, pregunta como estoy, habla de la familia en genérico, de que desea que me indulten, que va a intentar que se me aplique la amnistía de Jruschov y me cuenta que ha cogido a un cachorro que parece muy listo y que cuando menos lo esperas, muerde.
- Eso lo puede haber escrito cualquiera.
- No lo creo, es su estilo, lo conozco bien. Tiene que ser él. Dice que cuando vea al cachorro, me encantará... no lo había pensado. ¡Espera! Misha, ¿quién te mandó?
- Un comisario de La Lubianka.
- ¿Qué me dijiste? Tú fuiste reclutado para el puesto, ¿verdad?
- Sí, así fue.
- Eres tú. Muchacho, tú eres el cachorro. ¿No lo entiendes? La carta era para avisarme de tu llegada. ¡Eres tú!
- ¿Qué?
- ¿Cómo era?
- ¿Quién?
- El comisario.

- Calvo, alto, ojos marrones, orejas pequeñas, bielo o ukranio, delgado, misterioso. Tenía la barbilla afilada, puntiaguda. Voz grave y ronca. Solo lo vi unos minutos.
- Ivan Aleksievich. Es él. ¡Hijo de puta! —exclamó el general riendo.

Vacaciones (Колыма, 17 de marzo 1963)

La diferencia entre un *zek* y un vigilante era escasa. Los del primer club, pasado el tiempo suficiente, si no se helaban como un brote en febrero, acababan ingresando en el segundo. Lógica aplastante. No tenían a dónde ir ni qué hacer. Si se quedaban por la zona como hombres libres, la Dalstroï a los cinco años les doblaba el sueldo básico y a los diez, se lo volvía a doblar. Y era motivo más que suficiente para perder la compasión con los antiguos compañeros de miserias. Aunque para el capitán médico, un *zek* siempre era un *zek*, vivo, muerto o reconvertido y no iba a alterar su rutina del fin de semana ni un milímetro por un brazo en cabestrillo. Desplazarse desde el hospital de Magadan hasta el complejo por un traidor no estaba entre sus prioridades.

Pero el brazo del guardia no opinaba lo mismo. El domingo, volvía a la enfermería completamente ennegrecido y el general no tenía ni idea de qué más podía hacer por él. Levantó el teléfono e informó al comandante del campo. La solución pasaba por conducir un flamante UAZ-450 ambulancia a través de los caminos helados y trasladarlo al hospital.

- ¿Lo llevarías tú? —le preguntó Volkov al sargento.
- Yuri, no nos viene bien, mañana llega el enlace —puntualizó el sargento.
- ¿No era el lunes de la próxima semana?
- No, es mañana. Creí que te lo había dicho.
- Es verdad. Se me había pasado —se excusó Volkov.
- Yuri, no puedo ir a Magadan. Es arriesgado, si tengo cualquier contratiempo no podré atender a nuestro contacto. Se irían, no podríamos embarcar la mercancía y nos quedaremos sin suministros para los próximos meses —explicó el sargento.
- Es cierto, me estoy quedando sin whisky —afirmó Volkov apurando la botella—. ¡Mierda! necesito pensar —concluyó enfadado consigo mismo.
- Díselo a Novikov, que acompañe él al guardia —dijo con rapidez el sargento.
- ¿Seguro? —preguntó incrédulo.

- Sí.
- Sigo sin fiarme de él, no quiero que se quede solo, no sé nada de él y no sé con quién puede contactar ni qué le va a contar —puntualizó Volkov.
- Entonces, mávalo —sentenció el sargento.
- ¿Estás seguro? ¿No quieres saber por qué no me gusta?
- Me da igual. Tú sabrás, no me meto en tu trabajo, respeto tus decisiones. No tienes que darle más vueltas ni te pido explicaciones. Le dices que le concedes los días que le habías prometido y acabamos con él. Es el momento oportuno. Si hay investigación será lejos del campo. Tan solo tendremos que justificar por qué escoltó a un guardia herido. Diremos que se presentó voluntario. Nada sospechoso. No tendríamos ninguna conexión con el asunto.
- ¿Sabes que eres un auténtico hijo de puta? —preguntó Volkov pensativo—. Me gusta —añadió sonriendo pasados unos instantes, satisfecho.
- Gracias.
- ¿Te encargarás de prepararlo todo?
- ¿Tú que crees?
- Asegúrate de que no falle nada.
- Así será. Lo harán dos de mis hombres de confianza, ya están avisados.
- ¿Lo tenías previsto?
- Desde hace meses. No te preocupes, Novikov no los conoce. Caerán sobre él sin que se dé cuenta. Y necesito dos vehículos. Saldrán enseguida.
- Coge lo que quieras. Ah, y localiza al teniente, dile que venga, tenemos que llevarlo al matadero.
- A tus órdenes —contestó el sargento, abandonando el barracón.

Era un domingo aburrido y el teniente era tan libre como un pájaro sin alas para hacer lo que quisiera encerrado tras la alambrada del gulag. Miró por la venta. El sol apenas se había asomado un rato, como si se hubiese arrepentido de iniciar el deshielo. Hacía frío y pasear era un sinsentido. Pero, Misha necesitaba hacer algo distinto a leer solo en su barracón. Pensó en su permiso,

en perder todo aquello de vista y olvidarse por unos días, y rezó para que Volkov mantuviese su palabra.

Con gusto visitaría al general para charlar un rato y dejar de darle vueltas a la cabeza, pero no era aconsejable porque no quería ser el último de la saga de desafortunados resbalones en la nieve fundente. Necesitaba romper la macabra estadística. Y también porque creía ciegamente en lo que el general le había revelado. Era evidente, en aquel complot, tenía que haber alguien muy arriba involucrado capaz de abrir puertas que de otra forma estarían cerradas. Y Misha necesitaba desenmascarar al cabecilla de la cadena de producción paralela para mantener inmaculada la hoja de servicio y salvar el cuello. De repente, llamaron a la puerta y, al instante, el sargento entró de golpe, casi sin darle tiempo a cambiar el rictus. El jefe lo requería. Salió al exterior apretando los puños.

- ¡Teniente! —exclamó Volkov al ver a Misha
- ¿Camarada comandante? —preguntó Misha, intrigado.
- Te vas —soltó con su mejor cara, como si fuera un vendedor de coches americano.
- ¿Cómo dices?
- Hay un guardia que necesita atención médica. He pensado que podías llevarlo a Magadan. Te quedarás los días que sean necesarios. Puedes dormir en el hospital. Ya lo he arreglado.
- ¿Pero? Yuri. ¿Qué quieres que haga?
- Bueno, tómatelo como si fueran tus vacaciones. En cuanto dejes al guardia, podrás hacer lo que te dé la gana —explicó Volkov.
- ¿Cuándo? —preguntó Misha.
- Vamos muchacho, un poco más de entusiasmo. Eres joven. He apuntado unos cuantos sitios que te gustarán. Ya me entiendes —dijo guiñando un ojo—. Además, son de confianza, puedes pagarles con oro que no dirán nada. Te vas ahora, cuando salgas de aquí. La ambulancia está lista. Te están esperando —concluyó.
- Pero... tengo que preparar mi equipaje —argumentó Misha, ansioso.

- Teniente Mijail Kirielevich Novikov ... sal corriendo ya, estás perdiendo el tiempo, ah, y lleva dinero, que sé que eres rico. —dijo sonriendo.
- ¿Cuál es el mejor hotel?
- Entiendo... quédate en el Magadan. Está en el centro. Di que vas de mi parte.
- Yuri. Muchas gracias, camarada. Lo necesitaba —dijo Misha, abandonando el barracón del comandante.
- De nada. Suerte, muchacho —contestó Volkov cuando el teniente ya se había ido.

La búsqueda (última semana de septiembre de 1989)

A Bruno, cambiarse de ropa al salir del trabajo, mimetizarse y volver a las andadas, aunque fuera una simple cobertura en busca de algún indicio para encontrar a su viejo amigo, por un lado le provocaba desasosiego. Sobre todo, al comprobar a dónde le habría llevado su otro yo, al que dejó aparcado en Anzio, como si fuera un coche viejo oxidado que ya apenas reconocía como propio.

Por otro lado, sumergirse en ese mundo suponía un aliciente, una forma de reafirmarse en su nueva personalidad. Deseaba meter entre rejas a la recua de camellos responsable de hundirle la vida a toda una generación. Savia nueva que se tiraría por el retrete ante la pasividad de la generación anterior con la excusa de abrazar una modernidad que, como la luna, solo mostraba una cara. Para Bruno, era insoportable ver a aquellos tipejos sin escrúpulos, impunes, exhibiéndose como si hubiesen triunfado en la vida o ganado un premio Nobel. Escoria envenenando a imberbes y colegialas a los que le chupaban la sangre y desecaban la juventud. No entendía cómo la sociedad no se mostraba más expeditiva con la basura y sentía que tenía que poner su granito de arena para que las cosas cambiasen. Era su cruzada, por Toni, por él mismo y por los Tonis venideros. Su determinación le hacía sentirse más seguro, más orgulloso de lo conseguido. Recorrió tugurios, uno a uno, con paciencia. Día tras día, observando discretamente, sin preguntar, anotando mentalmente caras y algunos nombres. Había conseguido un par de candidatos de lengua suelta y poco más. Hasta ese jueves, la búsqueda no le había llevado a ninguna parte.

Cumplió escrupulosamente con su promesa y su conciencia e informó de sus movimientos al padre de su amigo. Si hubiese sido al revés, Toni habría hecho lo mismo por su familia, o eso creía. Aunque, desde el día de su encuentro, cada vez le costaba más trabajo descolgar el teléfono para comunicarse con el viejo patrón y decirle que no tenía nada nuevo y que a su hijo parecía que se lo había tragado el mar, como si fuese un barco que se va a pique.

Esperaba resultados y pronto. Pensó que encontrar a Toni debería ser una tarea fácil. Había seguido los preceptos dictados por el gurú de la investigación. Preguntó en hospitales, albergues y se paseó por el anatómico forense. Las órdenes de Feltracco eran simples: ver, oír y callar. Y así hizo, pero sin llegar

a ninguna parte.

Tras el fracaso de Bruno, la curiosidad del comisario se despertó como un resorte, con la avidez de la cena tras un día de Ramadán. Puede que por la falta de asuntos de primer nivel o quizá el comisario se conmoviera por el respeto con el que el chaval se le había acercado. Más allá de los motivos, el gran Paolo Feltracco intuía que tenía un caso, estaba interesado y comenzaba a impacientarse.

El plan de Feltracco pasaba por confiar en el instinto del policía novato y usar lo que había descubierto durante esos días. Si nadie sospechaba que Bruno era un poli, entonces podría averiguar algo más. Se aprovecharían de la norma no escrita de que, en situaciones complicadas, entre colegas y con el mono, surge una camaradería que los une como hermanos siameses. El novato seguiría infiltrándose.

Ese jueves, Bruno se acercó a uno de los locales de moda, el Koliseum City. Era uno de esos sitios donde se reúnen tiburones y pececillos para devorar y ser devorados, en armonía. En un instante, se intercambiaba papel moneda por papel de plata relleno de miseria, con la complacencia de ambos colectivos y la música tecno de fondo. Primero llegaría Bruno, como cada noche, desde hacía cinco días. Se incorporaría al banco de peces, nadando con la corriente, evitando acercarse demasiado a los jaquetones y en una hora aparecería la policía. Harían una redada y meterían en la misma lata a Bruno y a los dos boquerones seleccionados. Y cerrarían la tapa.

Si tenían suerte, descubrirían algo, y si no, al cabo de unas horas, recibirían unas cuantas llamadas. Empapelarían la comisaría con las quejas por el acoso y el maltrato policial sufrido en las carnes de los honrados narcos, esos que pagan religiosamente sus impuestos con negocios tapadera. Acto seguido aparecerían la legión de abogados y, en unas cuantas horas más, todo volvería a su ser. El ecosistema se regeneraría. Era asumible.

Cuando la policía irrumpió en el local, los agentes se lo tomaron muy en serio, cacheando a todo el que se puso por delante. Casi todos presentes, con una habilidad endemoniada, consiguieron deshacerse del material, como si supiesen que venían los leprosos. Una vez más, un chivatazo dejaba impunes a

los más afortunados y salpicaba a los más miserables, los pobres diablos, carne de prisión sin el respaldo de un cártel influyente. Seguramente, al día siguiente la prensa tendría un titular, se hablaría del éxito policial y del duro golpe al narcotráfico, con fotos en la portada, pero la realidad era algo menos optimista. En cuanto desapareciesen los de uniforme, el comercio volvería a florecer y ni la cartera, ni la agenda de los que mueven los hilos se verían alteradas. Los que se ensucian las manos solo para limpiarle el barro a la pelotita de golf, ni lo notarían.

De los dos balas perdidas que Bruno tenía fichados, solo uno estaba por la zona: el Speedo. Un tipo de unos veinticinco, con todos los dientes destrozados, rubio y medio calvo. Era un ex-nadador que había ganado algunas competiciones a nivel local, y que guardaba en su cartera un puñado de fotos de sus días de gloria luciendo medalla, como si fuese su relicario sagrado. Quién sabe, puede que las conservase con la esperanza de volver a ser una persona normal. Pero el Speedo, con el tiempo, se había reconvertido; para peor. Trapicheaba con pastillas. Era capaz de meterse en el cuerpo todas las ganancias de la semana en una noche, como si fuera otra competición o un experimento de un laboratorio farmacéutico. Ese día había mejorado su marca y no los vio llegar, no estaba en condiciones de ver nada, y no los notó hasta que los tuvo encima, de forma literal. Como encima también llevaba una bolsa de macedonia de anfetás, su especialidad. Se había ganado un billete de ida a uno de esos complejos turísticos sin cielo, subvencionado por el Estado. Larga estancia a pensión completa.

La suite en la que habían acomodado a Bruno y Speedo era pequeña, tres por tres metros, con las paredes de hormigón, sin cuadros, sin bellos elementos decorativos ni ventanas con preciosas vistas y con una puerta de seguridad a prueba de bomba. Disponían de dos camastros, uno encima de otro y un W.C., que olía a mierda. Todo muy íntimo y acogedor. Para recién casados. El comisario Feltracco había tenido especial cuidado: los encerraba a solas, para que pudieran charlar sin interferencias, sin prisas. La misión del novato era sencilla. Tenía solo dos nombres, Vlad y Toni Rosso. Conseguir cualquier dato que les ayudara a deshacer la madeja, sería bienvenido.

En cuanto los encerraron, Bruno comenzó a recorrer la celda, como un gorila claustrofóbico, aun sabiendo que pronto estaría fuera y que era un teatro, se

sentía desvalido, hundido y sin libertad. Era una sensación que nunca había experimentado. Le faltaba el aire, aquello era irrespirable, olía a cerrado, a humedad, a excrementos y a sudor rancio, mezclado con la respiración podrida de los presos. Primero se mareó y después perdió los nervios. No era dueño de sí mismo, aunque sabía que podría salir en cualquier momento. Aporreó la puerta con fuerza.

- Eh... tú ¿Es tu primera vez? —preguntó el Speedo, adormilado.
- Y a ti qué te importa —contestó desafiante Bruno, dando un último puntapié a la puerta metálica.
- Eh... tranquilo, deja de dar patadas. No van a abrir, y si lo hacen va a ser desagradable. Si sigues haciendo ruido nos van a partir la boca. *Traaanqui*, estoy de tu parte —dijo el Speedo levantando las manos con las palmas abiertas, pidiéndole calma.
- Ya, lo siento. Sí, es la primera vez —dijo Bruno volviéndose hacia su objetivo, más tranquilo, sorprendido por el acto compasivo de su compañero de celda.
- Pues vete acostumbrando, esto es así.
- Yo no he hecho nada —afirmó Bruno...
- Ya —le interrumpió el Speedo soltando una carcajada—. Ni yo. Estaba entrenando en la piscina... Para las Olimpiadas, ¿sabes? En fin, te lo voy a aclarar. Nos tendrán aquí hasta por la mañana. El desayuno es asqueroso, pero te va a saber de puta madre. Después vendrán los abogados. ¿Tienes uno? —preguntó el Speedo, interesándose por el novato.
- Te estás quedando conmigo, ¿no? —preguntó Bruno, incrédulo. Como si no supiese cómo iban las cosas.
- Mira —comenzó a decir con paciencia—. Estás aquí. Lo vas a necesitar y cuanto mejor sea, menos tardarás en salir, o ¿te quieres quedar? Si quieres un consejo... Eres nuevo, es tu primera vez. Se te nota. Llama a toda tu familia y a tus amigos. Miénteles. Haz lo que sea. Diles que ha sido un error, la poli te pilló en el sitio equivocado, un camello te metió una bolsita en un bolsillo sin que te dieras cuenta, diles que tú no eres un drogata, que te engañaron. Pídeles dinero y contrata al mejor abogado que puedas.

- Es que —titubeó Bruno, sorprendido...
- Mantente todo lo que puedas al margen. Y si fueras listo, te buscarías una clínica de desintoxicación en cuanto salieses por esa puerta. Pero—lo examinó—..., no lo vas a hacer, tú eres otro borrego.
- ¿Yo? —preguntó Bruno, conmovido por el consejo.
- Mira, ahora es el momento. Todo tu círculo te apoyará, podrás salir de este embrollo. Si esperas, si los quemas, te darán la espalda. Y entonces, será demasiado tarde para ti. Lo malo es que tú todavía no estás maduro para esa decisión, y cuando lo estés, los demás estarán pasados. Es una mierda.
- ¿Y tú?
- Para mí es tarde. Los míos están quemados. Además —mantuvo el silencio unos instantes—..., a mí me gusta. En fin, estábamos hablando de ti. Haz lo que tengas que hacer para salir de aquí, la siguiente vez no los vas a poder engañar... Pero, de momento, puedes volver a la calle. Si tienes cuidado, tardarán en volver a cogerte. Te lo digo por experiencia.

Speedo se quedó en silencio, sentado en su camastro, acostumbrado a esperar como los reos de la milla verde. Parecía que la conversación se había acabado y que el tema no daba mucho más de sí. Bruno lo observó, tenían edades similares, y si el destino hubiese repartido las cartas de otra forma, podían haberse intercambiado los papeles. Tras más de una hora en silencio, deambulando por el perímetro de la jaula, se acercó al camastro del Speedo y se sentó.

- No sé cómo he llegado hasta aquí —dijo Bruno, a punto de llorar. Imaginándose el camino recorrido por el Speedo. Pensando que no era más que otra víctima y que, en el fondo, era un buen tipo con mala suerte.
- Pues... yo sí. Y eso que iba puesto. Hasta arriba. ¿Sabes? Me van a caer unos cuantos años. Me han jodido bien. Y a ti, ¿con qué te han pillado? Todavía no tienes pinta de yonqui.
- Yo no soy un yonqui. Lo controlo —puntualizó Bruno, enfadándose, perdiendo la compostura lo justo.
- Sí, claro —se echó a reír el Speedo—. ¡Como todos!

- Yo sí.
- Eres basura. Una puta mierda que no le importa a nadie, como yo, como todos los que estaban en el Koliseum, y si no eres capaz de aceptarlo, entonces, además eres un puto imbécil. Y créeme, aquí los que peor lo pasan son los tontos. Sobreviven menos.
- Tenía un asunto... había quedado —dijo enigmático Bruno.
- Y yo, pero creo que mi amiga va a tener que esperar.
- Un poco... ¿Es guapa? —preguntó Bruno riéndose.
- No está mal.
- ¿Tú novia?
- Más o menos. Y ¿tú?
- Negocios, lo mío era grande... conozco a un tío, un colega —añadió, haciéndose el interesante.
- Espera... deja que lo adivine... uno que te suministra casi gratis y se muestra comprensivo. ¿Alto, moreno, con pinta de caballero extranjero? —preguntó el Speedo.
- No puede ser. Venga ya. ¿Conoces a Vlad? —dijo Bruno, sorprendido de lo fácil que estaba siendo sacarle información a aquel tipo.
- Sí, a mí también se me acercó hace algún tiempo. Ten cuidado con él. No sé por qué, pero no me fío. Conozco a un tío, un antiguo colega. Últimamente lo veía mucho con él, me dijo que también iba a hacer el negocio de su vida. Hace un par de semanas que no lo encuentro por ninguna parte. Se ha esfumado... y el cabrón me debe dinero.
- ¿Toni Rosso?
- Pero... ¿tú quién coño eres?
- ¡Eh, tranquilo... Toni también es colega mío! De Anzio... y también he dejado de verlo, pero si no quieres seguir hablando...
- Hijo de puta —dijo el Speedo señalándolo con la mano unos instantes, contrariado, buscando en su mente—... Tú, tú... eres el policía ese... eres... ¡eres Bruno!

La carambola. (sábado, 16 de septiembre de 1989)

Alma Della Vedova se levantó el sábado con una idea en la cabeza. Solucionar su problema. Y lo había meditado toda la noche. Lo calculó, dispondría de al menos seis meses. Ella se encargaría de todo, cuidaría de Vittorio, lo salvaría, como la vez que se presentaron los dos depredadores en su casa. Ella lo arreglaría, como hacía siempre.

Estaba enfadada consigo misma, Vittorio la había avisado, a su manera, torpemente, pero la había advertido. Muy a su pesar, tenían que dejar de hacer lo que hacían. Se imaginaba a sí misma, en su reconversión laboral, ejerciendo de médico, salvando vidas, en un consultorio cutre de un pueblo perdido, ocultándose del mundo, vacunando críos o pidiéndole al paciente que sacase la lengua. Era irónico. Le hacía reír. Pasarían página, lo haría por él, porque ya no era el mismo, porque Vittorio había perdido el ímpetu que su negocio requería y ya no podía dejar su vida en las manos de su marido; tarde o temprano acabaría en desastre. Y, sobre todo, porque ya no confiaba en su intermediario. Quizá lo de la auto caravana no era mala idea. Fue al sótano a ver a su presa. Lo observó a través de la mirilla: estaba inmóvil, adormilado; tenía mala cara y debía de haberse pasado la noche forcejeando con sus ataduras, buscando la forma de huir.

Recordó las primeras veces, excitante, prohibido, animal. Se quedaba vigilándolos, desconfiada, dándoles conversación para tranquilizarlos, llamándolos por su nombre, como el dueño que lleva la mascota a sacrificar y tras la inyección letal lo acompaña hasta que se duerme. Pero hacía tiempo que había aprendido a inmovilizarlos e irse a dormir. Ellos, por supuesto, lo intentaban, pero sin resultados y, además estaba la puerta del búnker. Entró y lo miró, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Probablemente tendría todos los músculos entumecidos. Estaba segura de que, si lo soltaba, se mostraría manso, como el perro apaleado por el amo, arrastrándose hacia su maltratador, sin comprender el porqué de la paliza. Aun así, lo mantuvo amarrado, le cogió una vía para preparar la mercancía.

Después de dormirlo, Alma lo desató, lo puso en una camilla y lo volvió a amarrar. Pies y manos, concienzudamente, firme, pero sin cortar la circulación. Comprobó una vez más las heridas, nada importante teniendo en cuenta el

tiempo que le quedaba. Vio signos de deshidratación y le enchufó un bote de suero. Dio un último vistazo a las ataduras, y se marchó a desayunar.

- Buenos días, cariño —dijo Alma, acercándose a Vittorio, que estaba preparando café.
- Hola, ¿qué tal anoche? —contestó besándola en la mejilla.
- Bien... mal. Llevas toda la razón. Tenemos que hablar —respondió Alma, con una sonrisa de circunstancia.
- Eso suena fatal. En las películas, es el comienzo de una ruptura —contestó Vittorio, preocupado.
- Y lo es —dijo pausadamente, respirando hondo—... Pero, amor mío, no voy contra ti —respondió Alma, tranquilizando a su marido.
- Entiendo... es por lo de ayer.
- Sí, tú llevabas razón —repitió como pidiendo perdón—. Tenemos que dejar esta vida —sentenció Alma, aceptando definitivamente los argumentos que Vittorio llevaba semanas exponiendo.
- Pues ya está, se lo decimos a Vlad...
- Vlad, Vlad, Vlad... ¡Vittorio por Dios!
- ¿Qué? —preguntó perdido.
- Pero, ¿es que no lo entiendes? No podemos, no nos dejará. Vlad, es, es... ¡Vlad es el problema! —dijo Alma, levantando la voz, exasperada.
- Ya lo sé —contestó con voz tranquila—. No me interrumpas y déjame terminar. El próximo día, lo invitamos, y después nos deshacemos de él.
- ¿Y se lo damos a los perros? —preguntó Alma.
- Buena idea, no lo había pensado —respondió Vittorio.
- ¿Así de sencillo?
- Sí, así de sencillo —respondió Vittorio tomando un sorbo de café.
- No lo has entendido, Vittorio, no creo que sea tan buena idea...
- Espera un momento —la interrumpió.
- ¿Qué? —preguntó Alma, exasperada.

- Recuerdas nuestro plan de huida, ¿verdad?
- Sí —contestó algo cansada de repetir la misma cantinela.
- Pase lo que pase, aunque te quedes sola.
- Eso no va a pasar, no lo permitiré.
- No lo sabes. Prométeme que lo seguirás.
- Vale. De acuerdo.
- Es importante para mí que tengas pleno acceso a nuestros fondos si algo sale mal. Recuérdamelo.
- Está bien. Ir a Roma, a correos. Abrir nuestro apartado. Hay dinero y billetes de avión que renuevas cada año. Hay una llave, pasaportes y un trozo de papel con un número de teléfono. Lo cojo todo para no dejar pistas. Compraré un billete de tren en efectivo hasta Milán. Iré al aeropuerto. Llamaré al contacto y cogeré el primer vuelo que vaya a Túnez. Recogeré los pasaportes nuevos y quemaré los anteriores. Después volaré hasta Londres. Desde allí por carretera hasta Portsmouth, donde cogeré un ferry para la isla de Jersey. Allí hay una caja de seguridad en un banco.
- ¿Qué banco?
- Vamos, Vittorio... Está bien, el ABN AMRO. El encargado se llama Dubois. No sé si está casado. Y no es mi tipo ¿Contento?
- Ahora sí —contestó Vittorio, aliviado—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, a dar de comer a los perros con Vlad —bromeó.
- No va a ser, de momento. Como te iba diciendo, no nos podemos ir sin averiguar quién está detrás de todo esto, ni qué saben de nosotros, o qué están dispuestos a hacer. Antes de soltar amarras, tenemos que aguantar un poco y hacer los deberes.
- Lo que dices es lógico. Pero ¿y si desaparecemos sin dejar rastro? —preguntó Vittorio.
- ¿A dónde, de quién... y durante cuánto tiempo? —preguntó Alma, alzando la vista y sujetando una naranja de zumo con la mano izquierda.
- Interesante... Entonces ¿qué vamos a hacer? —dijo Vittorio, encargándose de las tostadas.

- Lo he estado pensando... durante la noche. Casi toda la noche.
- ¿Has dormido?
- Poco.
- Alma, de los dos, tú siempre has sido la más inteligente. Dime, ¿qué podemos hacer?
- De momento, solo observar y aprender, nada más.
- Ah... Cuéntame, ¿qué ocurrió en la alcoba? —preguntó Vittorio, interesado.
- Nada. Se me quitaron las ganas y no quiero entrar en detalles —contestó Alma escueta.
- ¿Qué dijo? —preguntó serio.
- Está bien, tú lo has querido. Que me deshiciera de ti.
- ¿Entonces? —preguntó Vittorio, conociendo la respuesta.
- ¡Por supuesto que no! —respondió Alma ligeramente molesta.

Las últimas horas habían sido muy complicadas para Vlad Popesk. Desde la cena con Vittorio y Alma, todo había ocurrido a gran velocidad. Los dejó de madrugada, para volver a Roma con la pequeña nevera que contenía los botes de sangre. La entregó donde siempre. Eran eficientes, estaban disponibles las veinticuatro horas del día y nunca hacían preguntas. Vlad sabía comprar silencio. Solo era cuestión de dinero.

Después se dirigió hacia el Norte para atender asuntos urgentes de otro de sus negocios. Funcionaba bien, sobre todo desde que conoció a aquel artesano veneciano, su nuevo jefe. Lo requería. Pronto se desharían de uno de sus empleados. Lo sustituirían; una nimiedad que no le llevaría más de dos días, tiempo necesario para tener en su mano el fax con el informe del análisis de Toni y regatear precios. Pensó en el nombre y se sonrió. Sus presas eran una manera de ganar dinero y de divertirse. Cuando se acercaban a él, temblorosos, podridos y suplicantes, tenían nombre... Toni, Carlo, Giovanni... Daba igual. Eran apestados, que no valían nada y que más tarde o más

temprano acabarían con un mal viaje tirados en cualquier esquina con los pantalones meados, con un navajazo, o entre rejas por robar unas migajas o por cualquier otro delito. Cuando caían en su red, cuando los cazaba, eran esperpentos. El los procesaba, les daba utilidad, los convertía en fardos sin nombre, un bote de muestras y después, en un trozo de carne en un plato immaculado, perfectamente maridado, mezclándose con gente vip que jamás les habría dirigido la palabra. Y de paso, limpiaba la calle. Él simplemente aceleraba las cosas. Era como el leopardo en la sabana, al acecho, seleccionando la presa enferma, defectuosa, para que el ecosistema se mantenga vivo y puro.

La línea verde

Duha Elbouri tenía por delante un largo camino y las posibilidades de fracasar eran altas. Pero no había otra opción. Ya no. Su único hijo había desaparecido hacía varias semanas en una misión. Su pequeño experto en libélulas había sido derribado y solo esperaba poder llorarlo y enterrarlo. Y necesitaba ayuda, porque a ella nadie la escucharía. Hacía meses que no contactaba con el padre de Nabil. Desde su residencia a dos kilómetros al este de la calle Damasco había un largo trecho hasta donde él estaba, o donde se suponía que vivía ahora que la población se estaba redistribuyendo a tiros. Los cristianos cada vez más al este de la ciudad, los musulmanes en Beirut oeste.

Lo mejor que se le ocurrió fue aprovechar la madrugada del viernes, cuando paraba la percusión y solo se oían las sirenas de las ambulancias y los débiles gemidos de las víctimas como si fuesen pequeñas grietas sonoras del alma. Había una extraña camaradería de enemigos. Todos lamiéndose las heridas. Era el momento más seguro, cuando las ansias de disparar se tomaban un respiro y daban paso al remordimiento. Aun así, tenía miedo. En cualquier instante, la pararía una patrulla de uno u otro bando y, si la suerte no la miraba de cara, alguien podía intentar compensar la mala racha nocturna haciendo diana sobre el primero que se le acercara para mejorar su estadística.

Desde que se recrudeció el conflicto, Duha nunca se había acercado tanto a la línea. Era una suerte de espectáculo macabro. Una zona desierta con varios puntos de control de una u otra facción, plagada de francotiradores de los distintos bandos como únicos pobladores de los pocos edificios que quedaban en pie. Un reflejo de la fractura de la sociedad. Un fracaso. Y, la maleza haciéndose patente con el paso del tiempo, reverdeciendo el asfalto y los escombros con éxito, como si la naturaleza estuviese al margen del problema. Desde el aire se apreciaba un curioso fenómeno, una franja vegetal que partía Beirut en dos, cruzándola de Norte a Sur. De ahí el nombre. La tierra de nadie se había convertido en la línea verde.

El mercedes 250d arrancó después de sobornar a los soldados cristianos. Un par de niños asustados de apenas 17 años que rapiñaron el fajo de billetes sin ningún pudor. El primer paso había sido sencillo. Tenía que conseguir llegar hasta el siguiente *check-point* y convencer a los imberbes del otro bando de

que la dejaran continuar. Pisó el acelerador convencida de que no sería un problema, tenía dólares suficientes como para hacer el viaje varias veces. Siguió por la avenida de la Independencia. Sabía que era un blanco fácil, decidió no pensar en ello, agarró el volante con fuerza sin mirar a los lados, sin querer ver la zona de guerra donde los hijos de la patria se dejaban el pellejo para que algunos de los abuelos se encaprichasen con potingues para tener el suyo más suave. Comenzó a llorar pensando en sus sueños rotos de un Líbano unido. Escuchó disparos al aire, parecían lejanos y tardó unos segundos en reaccionar. De repente, el parabrisas delantero se hizo añicos. Frenó bruscamente sin ver nada. Al instante, alguien golpeó el cristal salpicándola con los fragmentos. Miró a través del agujero. Le apuntaban directamente a la cabeza. Abrieron la puerta, la agarraron de los pelos, la sacaron del coche y la tiraron al suelo. Estaba en el siguiente control, el del enemigo.

- ¿Dónde ibas? —preguntó el que estaba al mando, con desprecio.

Duha no conocía al tipo, pero sabía leer sus ojos. No se mostrarían tan condescendientes como los soldados del otro control. Sonreían, como si hubiesen cazado al líder del Kataeb. La matarían allí mismo, porque sus ropas y su forma de actuar la delataban: ella provenía del Este de la ciudad. Levantó la cabeza y los miró con pena. En el fondo eran unos desgraciados que la sobrevivirían por poco tiempo. Pensó unos instantes, les podía ofrecer algo de dinero o todo lo que tenía escondido en el falso suelo del coche. El problema era que nada les impediría cogerlo y dejarla allí para que sirviera de abono a las plantas.

- Eh, tú, cristiana. Te he hecho una pregunta.

No podía defraudar a su religión ni a su dios. Ella sabía que la estaba poniendo a prueba que, en ese momento, Él la veía. Y ¿si era su voluntad?... ¿No habría una legión de ángeles para salvarla? Desde que empezó la guerra, en el 75, habían caído unos pocos de miles, y nadie los había socorrido. No, no era una prueba. Si no hacía nada iría al cielo. Si era rápido... No sonaba mal, pero estaba asustada. Sintió una llamada dentro de su cabeza. Tenía que posponer su sacrificio. Tenía que averiguar qué había ocurrido con su pequeño

Nabil. Todavía pensaba que podía hacer algo por él a cambio de renegar de su fe. Sonaba horrible. La convertiría en una cobarde y sería impura ante los ojos de Dios. Escogió a Nabil.

- Tengo que ver a Sami El Masri —dijo Duha con calma.
- Ya no verás a nadie —respondió uno de los soldados, apuntándola.
- ¡Espera! —gritó el que estaba al mando—. Repite lo que has dicho.
- Necesito ver a Sami El Masri —repitió Duha, levantándose del suelo y dando un manotazo a uno de los cañones que la miraban.
- ¿En serio? ¿Eres drusa? —preguntó sorprendido el jefe del comando.

Quizá no estaba pecando, puede que solo estaba bordeando las puertas del infierno sin asomarse al interior. Si conseguía pasar de largo, si solo los hacía dudar estaría a salvo sin mancillar el nombre de Dios para seguir viva.

- Tú llévame con él.
- Sargento, es una cristiana. Acabemos —dijo uno de los soldados.
- Atrévete —le retó Duha, mirando al superior.

Era una guerra larga, el sargento había visto mucho y disparado contra demasiados. Contra enemigos que acabaron siendo aliados o contra aliados que ahora eran enemigos. No entendía por qué una mañana los sirios eran sus hermanos y a la siguiente eran el demonio. Y no le importaba, era un soldado preocupado por sobrevivir y cumplir órdenes. No tenía que pensar mucho más. Pero sabía dos cosas. La primera, que en ese momento los drusos estaban en su mismo bando. Y la segunda, que El Masri era uno de los cabecillas de las milicias drusas y no convenía enfrentarse a él.

- Está bien, te llevaremos ante él. Pero, si nos has mentido...
- Ya, me arrepentiré. No tengo tiempo. ¿Nos vamos? —lo interrumpió Duha.

Mar de Ojotsk (lunes, 18 de marzo 1963)

El sargento, entre otras cosas, era el responsable último de las comunicaciones con el exterior. Del mundo de dentro y de fuera de las fronteras de la Unión. La madrugada del lunes había marea. Las condiciones meteorológicas eran las adecuadas para que un submarino emergiese de las profundidades y fletara un par de botes cargados con bienes de segunda necesidad. Y él estaba al tanto. Era el negocio. Los americanos sabotearon la producción para debilitar al gigante rojo y se llevaban parte del oro a vivir junto a la Estatua de la Libertad. El pequeño paraíso a donde el sargento y Volkov tenían planeado retirarse en un par de temporadas. Otros principios y otra identidad. Y, a cambio de traicionar a sus compatriotas, mientras le hacían el juego al eterno enemigo, recibían como adelanto unas chucherías.

Por la noche, el sargento estaba de vuelta y Volkov, como una madre desvelada que no se duerme hasta que su hijo vuelve de la fiesta de fin de año, esperaba en su barracón, ansioso.

- ¿Ha ido todo bien? —preguntó Volkov.
- Sí, el agua estaba helada como siempre —contestó de forma rutinaria.
- ¿No has notado nada extraño? —volvió a preguntar Volkov, paranoico.
- No, Yuri, todo bien —lo tranquilizó—. Llegaron a la hora exacta, el contacto habitual. Había un marinero nuevo.
- Y ¿te fías?
- No del todo.
- ¿Ni del jefe?
- De ese menos. Ah, por cierto, el jefe se fue con ellos. En el próximo cargamento iré yo. Otra vez. ¿Sabes Yuri? Una de estas veces tendrías que venir a conocer Nueva York. Eres el único que no ha ido.
- Algún día, no me gustan los submarinos...
- Ni a mí, pero es nuestro negocio.
- Sí, supongo que llevas razón. Entonces, ¿fue bien?
- Sí, tranquilo. Se llevaron el oro. Cargamos el ZIS, lo he escondido en

nuestra planta y se quedará allí hasta que el teniente este muerto y enterrado y los investigadores de vuelta a Moscú. Estarás sin whisky un par de semanas, quizá tres —le advirtió.

- ¿Te han seguido?
- Sí, dos de la KGB. Están en la puerta, esperándote —bromeó.
- Ya. ¿No queda nada? Si recibimos visita, no encontrarán nada, ¿verdad? —volvió a preguntar, sintiendo que se le podía escapar algún detalle.
- No te preocupes. Me he encargado de todo. Solo queda el barracón del teniente Novikov, te aseguro que mis hombres lo vaciarán en cuanto lleguen. No quedará nada del oro. Después, lo inspeccionaré personalmente.
- Perfecto. Y ¿el laboratorio?
- Pero ¿crees que van a saber qué hago allí? Vamos, relájate, está todo bajo control. Ah, por cierto —dijo el sargento mirando su reloj—. Calculo que a esta hora el teniente está junto al camarada Stalin. Mañana encontrarán el cuerpo. Lo que significa que en menos de una semana tendremos visita. Yuri, tienes que ser convincente. El muchacho...
- No sigas. Estoy muy afectado —le interrumpió Volkov, riendo.

Магадан (lunes, 18 de marzo 1963)

Había entregado el paquete en el hospital, el pronóstico era reservado. Lo operarían esa misma mañana. Misha seguiría las órdenes del comandante, lo que significaba que disponía de, al menos, toda una semana. Sonaba bien. Recorrería la ciudad, sin rumbo, como si fuese un occidental haciendo turismo.

Comprobó que estaba construida con los patrones urbanísticos socialistas. Poca variedad, se acostumbraba uno rápido, como si ya la hubiese visitado cien veces. No estaba mal. Se notaba que el régimen agasajaba a las ciudades más estratégicas con algunos extras. Y Magadan era un remanso de paz levantado para dar salida al mineral que se producía a escasa distancia, en el reverso helado del que él venía. Una de las dos realidades era una aberración y Misha sabía perfectamente cuál de las dos era.

Dejó que sus pies caminaran sin la pesadez de la nieve. El clima era mucho más benévolo, olía a mar y las calles estaban limpias. Podía seguir una línea recta cientos de metros sin encontrarse con una alambrada, una puerta que sortear o una torre de vigilancia. La libertad era hermosa. Sintió pena por el general y porque este, probablemente, nunca más daría un simple paseo. De inmediato, pensó que estaba desperdiciando su propia existencia en aquel sitio, que el destino le había jugado una mala pasada y que, además, no tenía ni idea de cómo iba a salir del aprieto. Y continuó caminando.

Magadan no era Crimea y las posibilidades eran escasas. A media tarde quedaba poco por hacer salvo esperar a que llegase la noche y meterse en el cine-teatro o buscar consuelo siguiendo alguna de las recomendaciones de Volkov. La idea de compañía femenina había ganado puntos con el tiempo y la abstinencia. Misha iba equipado con oro suficiente como para cerrar un burdel. Pero algo en su cabeza se resistía a la idea de alquilar un cuerpo sin cariño. Llegó hasta la entrada del parque de la cultura y el ocio, una arboleda en medio de la ciudad con caminos para pasear y algunas atracciones para los más pequeños. Se sentó en un banco cercano a la entrada a ver caer la tarde mientras disfrutaba con una música nueva para sus oídos. Niños riendo.

No estaba acostumbrado a bajar la guardia, se sentía extraño y aliviado.

Levantó la cabeza y vio a lo lejos una chica hermosa entrando en el parque. Se parecía a la antigua novia que ahora debía de estar pudriéndose en cualquier otro rincón de Siberia. La observó acercándose. Era imposible. O tenía una hermana gemela o era ella, era Tania. Estaba radiante, más atractiva que nunca y parecía querer flirtear con su propia sombra, segura de sí misma y directa. Quizá fuera una ramera como le había explicado aquel comisario, Ivan Aleksievich, el misterioso amigo del general. Y puede que Tania estuviese buscando otra víctima. Lo que no comprendía era cómo Tania había llegado hasta allí ni por qué estaba todavía libre.

La miró fijamente a los ojos y ella lo ignoró, renegando del pasado como un pope sin fe tras la revolución. Misha fue a levantarse para detenerla. Quería pedirle explicaciones, gritarle a la cara y escupirle su indignación por lo que le había hecho. Montarle una escena de novios olvidándose del mundo y de todo como si en el parque estuviesen solo ellos dos. Pero no fue así. Sintió un brazo pesado como la zarpa de un oso, agarrándolo por el hombro izquierdo, desde atrás, deteniéndolo y dejándolo clavado en el asiento. Ella los esquivó como si fuese un ave de paso, alejándose en silencio.

- ¿Dónde ibas con tanta prisa, camarada? —preguntó el hombre que lo había sujetado.
- ¿Quién eres? —preguntó Misha, llevándose la mano al cinto, mirándolo de reojo.
- Tranquilo, no hagas tonterías —le sugirió otra voz por el costado derecho mientras le mostraba un arma.
- Pero, ¿sabéis quién soy? Os ahorcarán por esto —contestó desafiando al segundo.
- Bueno, ya veremos —contestó este, aceptando la fatalidad con condescendencia—. De momento, nos vamos a sentar un momento contigo para tranquilizarte.
- ¡¿Qué?! —exclamó indignado mientras invadían su espacio—. Soy teniente del Ejército Rojo. Exijo una explica...
- Muy bien, camarada. Teniente... Kirielevich Novikov, ¿no? —lo interrumpió el que le estaba apuntando— Vale, eso ya lo sabemos. Ahora tendrás que contarnos qué haces aquí.

- Estoy de permiso... ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Misha, asustado.
- Teniente, somos los que llevamos las armas —se explicó el otro, quitándole a Misha la suya del cinto— ¿No te han enseñado en la escuela de oficiales que los que tienen la pistola son los que hacen las preguntas?
- Está bien, ¿qué desean? —preguntó Misha, resignado, tranquilizándose.
- Mucho mejor. Camarada, ya podemos dar un paseo.

Parecían amigos posando para la foto, habría quedado bonito para la posteridad. Dos hombres de mediana edad, vestidos de oscuro y un joven oficial con su uniforme reglamentario. La tarde cayendo. Como si el hijo estuviese hablando con su padre y su tío. Se adentraron por un camino de árboles que comenzaban a brotar al calor de la primavera, pero Misha no lo vio tan bucólico. El sol parecía apresurarse en su fuga con cada paso como si quisiera quitarse de en medio para que no le exigiesen responsabilidades y las voces resultaban cada vez más lejanas. El teniente comprendió que el parque era lo suficientemente grande como para que sus escoltas encontraran un sitio idóneo para acabar con él. Los acompañantes de Misha, comenzaron a rezagarse uno o dos pasos.

- ¡Ya está bien! —gritó Misha con miedo.
- Calla y sigue. Aquí yo doy las órdenes —contestó el que llevaba la voz cantante.
- ¿Queréis dinero? —preguntó asustado, sin moverse—. Tengo mucho, tengo lo que queráis —se explicó Misha, parándose de nuevo
- ¿Lo has oído? No nos mires, sigue andando. Ahora a la izquierda, fuera del camino —ordenó el otro, empujándolo.
- Sí, es gracioso verlo. Acelera que esta noche va a hacer mucho frío y a nosotros sí nos va a afectar —añadió el jefe.
- Y patético. Dice que tiene dinero. ¡Capitalista de mierda!
- ¿Cuánto, muchacho? —preguntó el cabecilla con ambición fingida.
- Lo suficiente —respondió comprendiendo que no serviría de nada.
- ¿Y oro? No tendrás oro, ¿verdad?

No los conocía, pero ellos sabían perfectamente quién era él y qué hacía. Y no era una visita de cortesía. Si no reaccionaba, se quedaría allí, al raso, desangrándose. Pero no tenía muchas posibilidades. Intentaría ganar tiempo y sorprenderlos.

- Me gustaría que me concedierais un último deseo.
- Vaya, ya sabes a qué venimos. Sí que has tardado. Que sea rápido.
- ¿Por qué?
- Volkov lo ha ordenado.
- Tengo mucho oro —afirmó intentando hacerles cambiar de opinión.
- Lo sabemos, todo lo que está en tu barracón, si no vuelves, es nuestro. Es el precio. No es personal. Lo comprendes, ¿verdad?
- Anda, párate ya. Dime, ¿cómo lo prefieres? ¿De espaldas o de frente? — preguntó el que mandaba.

Misha se quedó inmóvil sin poder pensar, aterrado. No había una respuesta. Comenzó a sentirse mareado. No tenía opciones. Estaban por la espalda, cada uno por un flanco. Sabían lo que hacían. De repente, oyó un ruido sordo e inmediatamente otro. Misha se encogió con miedo, tenían silenciador. Hincó las rodillas en el suelo, pensando que, por algún motivo que desconocía, no le habían alcanzado y estaban jugando con él. Comenzó a tocarse por todas partes, nervioso, buscando su propia sangre, esperando notar el líquido caliente brotando. Cuando las manos volvieron a sus ojos estaban secas e inmaculadas. Todo estaba en su sitio. Se quedó quieto sin atreverse a mirar hacia atrás. Los verdugos permanecían en silencio. Era angustioso. Se quedó unos instantes esperando a que aquellos hijos de puta le diesen el tiro de gracia que no oiría. Cerró los ojos pensando que, en ese momento, le vendría bien creer en Dios. Sintió que le agarraban por un tobillo y escuchó un gemido como un hilo ronco. Miró al suelo. No lo entendía. Era uno de ellos, se retorció torpemente. Misha se levantó rápidamente, esquivándolo y deshaciéndose de él como si el moribundo fuese a contagiarle la peste negra. Se dio la vuelta de inmediato. Vio que el otro estaba inerte con un tiro en la cabeza. Alzó la vista, Tania se acercaba a toda velocidad, desde los árboles, apuntando con un arma. Se acercó sonriendo, puso la pistola en la cabeza del que estaba en el suelo y lo remató.

- Me alegro de verte, Misha. No hay tiempo que perder. Recoge las armas y quítale la documentación a ese. Yo me encargo de este.
- Pero...
- Rápido, no discutas, ya habrá tiempo... Misha. ¿Nos vamos?

Hotel Магадан (lunes, 18 de marzo 1963)

Se sentía nervioso y confundido y necesitaba una explicación. Pero también sabía que tenían que alejarse de los alrededores del parque cuanto antes. Estaba deseando gritarle a la cara, insultarla o detenerla. O quizá lo último ya lo tenía descartado y ahora prefería abrazarla y besarla, pero no era el momento para reencuentros románticos.

Abandonaron el parque por un lateral y recorrieron el paseo Pamyati hasta llegar a la avenida de Lenin, huyendo, intentando que los pocos viandantes que quedaban por la calle no se fijaran en ellos, en silencio, agarrados del brazo. Escuchando sus propias pisadas, alerta. Esperando que, en cualquier momento, alguien gritara y los señalara. Misha aún temblaba. En cuanto doblaron la esquina, Misha aminoró la marcha como un niño rebelde con una rabieta.

- Vamos, Misha, estoy muy cansada. Ahora no puedo. Continúa un poco más, hasta el hotel, está aquí mismo a un par de pasos —suplicó Tania.

No hacía falta decir nada, Misha la miró con ternura, sintiendo que podía confiar en ella, como si jamás hubiese visto aquellas fotos en las que se veía a Tania del brazo de otro. Aceleró el paso comido por la curiosidad. Su mente estaba intentando recomponer un rompecabezas imposible y las preguntas se agolpaban en espera de una respuesta. No lograba comprender quién era la chica ni sabía en qué bando militaba. Tampoco entendía cómo lo había localizado y cómo sabía en dónde se hospedaba. Reconocía que su aparición en el momento más oportuno había sido milagrosa. Solo por eso valía la pena oírla y, si tenía que hacer la vista gorda y dejarla huir, lo haría. Se lo debía. La dejaría marchar, aunque la chica se fuese directamente quemar el Kremlin.

Comenzó a nevar y el viento les escupió los copos a la cara como si les reprochase su huida furtiva, dificultándoles la fuga e intentando delatar a los culpables. La espió de soslayo, con los ojos entornados, estaba seria y preocupada. Cuando faltaban unos metros para llegar al hotel, ella se apartó y le pidió que entrara primero. Le prometió que se verían en unos minutos y se calentarían las manos agarrando una taza de té. La miró y entró.

Se refugió del frío e hizo lo que ella dijo pensando que no volvería a ver a

aquella chica misteriosa. Llegó al bar, estaba concurrido. Miró en todas direcciones buscando un sitio tranquilo. Al fondo, junto a la ventana, había una mesa adecuada. Cuando llegó el camarero pidió un té negro mientras pensaba en las Coca-Colas de Volkov y en la sensación dulzona que contrastaba con la aspereza de la infusión. Vio marcharse al camarero y se quedó absorto con la vista perdida, meditando, sin saber si podría volver al campo. Estaba en un aprieto, si regresaba, el comandante lo liquidaría, y si no, lo declararían desertor. Era como una partida de ajedrez con el general atacando con un jaque doble, y tenía que escoger entre darla por perdida o jugar sin reina. Difícil elección. Y, en medio de todo, lo que más le intrigaba era la chica.

- Hola, otra vez —dijo ella, de pie, delgada como un espagueti, ofreciéndose para satisfacer su curiosidad.
- ¡Has venido! —exclamó sorprendido, algo tosco.
- ¿Puedo sentarme? —preguntó ella, a la defensiva, sintiéndose vulnerable.
- Disculpa —dijo poniéndose de pie y ofreciéndole un asiento—. Claro.
- Gracias.

Le pareció extrañamente frágil y sensible, como si una simple mosca pudiera hacerle un daño irreparable. Pero Misha tenía todavía fresco el recuerdo de Tania, o como quiera que se llamase, disparando a la cabeza de aquel tipo, sin dudar ni un instante, certera y letal.

- Empezamos... ¿por el principio? —dijo Misha, exigiendo no posponerlo más.
- Está bien —sonrió ella.
- ¿Cómo te llamas?
- Hasta eso es complicado. Mi nombre no es ruso, me llamo Clara. Se podría traducir por Svetlana.
- ¿Eres espía? —volvió a preguntar Misha, ansioso.
- Trabajo para el KGB.
- Podrás demostrarlo, ¿no?
- Misha, sé que todo esto es difícil de creer... Yo... Y también es largo y

estoy agotada —suspiró claudicando—. Está bien. Tenemos tiempo.

- Gracias.
- Somos de una unidad especial del KGB, somos una sombra casi invisible. Muy poca gente sabe de nuestra estructura. Oficialmente, nuestra división, no existe. Solo somos oficinistas del Komisariado. Escogen jóvenes sin familia, sin ataduras, sin puntos débiles para que nadie pueda hacernos chantaje. Seleccionados desde pequeños, entrenados, letales, leales a la patria...
- ¿Te reclutaron?
- Fui la primera.
- Espera... ¿has dicho somos?
- Sí, tú también estás dentro.
- Interesante. No tenía ni idea.
- ¿En serio? Pensaba que, al menos, eso lo tenías claro.
- En el fondo, no me sorprende. Me lo imaginaba. Sigue.
- Te destinaron a Kolymá para investigar las actividades del comandante Yuri Sergeevich Volkov. Desde hace tiempo sospechamos de él.
- Ya me imagino por qué.
- Y nosotros, pero cogerlo no es fácil. Por lo que sabemos, hay más gente involucrada. El comisario cree que un alto cargo de Moscú lo protege y que le informa convenientemente cada vez que se hace una inspección de las instalaciones.
- Cuando dices comisario... ¿te refieres al comisario Ivan Aleksievich?
- Veo que ya has averiguado su nombre.
- Sí, un amigo del campo, el único del que puedo fiarme. El general.
- Sigue vivo. Y veo que llegó la carta.
- Es un personaje. Has dicho que se hacen inspecciones en el campo.
- Sí, y eso es lo sospechoso. Está todo en perfecto orden. De hecho, es la única prisión sin irregularidades. Está limpia. Nada.
- Entiendo.

- Podríamos ir a por Volkov, rebuscar en la basura y cazarlo, pero entonces, se nos escaparía el pez gordo. Necesitamos saber qué hacen y por qué, desenmascararlos a todos, tener pruebas y llevarlos ante la justicia. No tenemos ni idea de qué es lo que ocurre en Kolymá. Solo sabemos que, desde que él está al frente, la producción ha caído más de un treinta por ciento. Parece ser que la mina se está agotando, puede ser una coincidencia.
- No, no lo es. Están desviando parte de la producción.
- ¡Lo sabía!
- ¿Y qué más puedes contarme?
- Bueno... la mortalidad de los reclusos ha subido de forma alarmante y tienen la peor estadística de revueltas y protestas de toda la Unión. ¿Sabes cuántos vigilantes han caído en esas peleas?
- No, tengo ni idea.
- Mejor. Te aseguro que son demasiados. Por eso el comisario decidió infiltrarte.
- ¿Me habéis puesto en peligro y no me habéis advertido?
- Ya lo sé y por eso estoy aquí.
- Sí, pero no me habéis avisado.
- Sigues vivo, ¿no? He hecho mi parte. Acostúmbrate.
- Ya. ¿Cómo has dado conmigo?
- ¿Te crees que ha sido sencillo? Me vine a Magadan en noviembre. Aquí viven doscientas mil personas. Misha, sabíamos que tarde o temprano aparecerías por la ciudad y que tendríamos la oportunidad de contactar contigo. Cada día comprobaba las listas de los hoteles, de los hospitales, de las casas que acogen huéspedes. Hay varias. Lo verificaba todo una y otra vez para localizarte. Ayer vi que te habías inscrito en este hotel y salí para encontrarte. Me registré en el hotel, mi habitación está en la primera planta, es la 12. De todas formas, pasé la noche fuera, vigilando, en el frío, esperando a que llegases. Hasta que te encontré esta madrugada cuando regresaste. Te confieso que tuve miedo. Te esperé hasta que volviste a salir y te seguí. No he dormido en más de 24 horas. A mediodía, vi que teníamos compañía y sospeché. Lo demás, ya lo sabes.

- Te agradezco que me salvaras la vida.
- Misha, desde que llegué, te he estado buscando cada día —dijo conteniendo las lágrimas y sorprendiéndose a sí misma de cómo había sonado. Se sintió avergonzada.
- Ah, ¿sí? —dijo complacido.
- Pareces un chulo de Leningrado —contestó recomponiéndose, agria—. Necesitábamos contactar contigo.
- ¡Qué pena!
- ¿Sabes, Misha? Quizá nos equivocamos. Igual solo eres un imbécil y un engreído.
- Tania...
- De pequeña me llamaban Tainaya. Cuando te dije mi nombre, te confundiste. Me pareció gracioso y lo dejé correr.
- Tainaya... Deja que hable yo ahora. Te presentas aquí como si nada hubiera pasado entre nosotros. No lo entiendes ¿verdad? Me dejaste hecho polvo, eras una puta traidora pagada por la CIA que iba a arruinar mi carrera y mi vida. ¿Sabes cuántas veces me he dormido pensando en ti? No tienes ni idea. Ni de cuántas veces me he preguntado en qué prisión estabas y si seguías viva o no o si te estabas congelando o te torturaban. Sí, me he preocupado por ti. La chica con la que quería casarme, la que me traicionó y que me estuvo espiando todo el tiempo. Y ahora vienes con tu ropa impecable, tu pose de patriota y esperas que te perdone porque trabajas para el KGB.
- Así es, lo lamento, pero teníamos que estar seguros de ti antes de reclutarte. Pero, por el camino... yo, te perdí. Misha, eres lo que más deseo del mundo. Necesito que me perdones.
- Tengo que pensarlo.
- No tienes mucho tiempo.
- Tainaya... me gusta cómo suena —dijo mirándola a los ojos.
- Solo me llama así mi padre.
- Y ahora yo.
- Creo que tú también puedes —sonrió.

- Tainaya, está bien. Una condición: no me puedes mentir nunca más.
- Te lo prometo. Tienes que saber una cosa más antes de que me vaya a dormir.
- Adelante.
- Misha, mi nombre completo es Sviatlana Ivanova Aleksievich. Mi padre es el comisario que te reclutó.
- ¿En serio? El asunto familiar del comisario... ¿De verdad, eres la hija que el general legitimó?

Segunda autopsia (Miércoles de cenizas, 12 de abril de 1989)

A la mañana siguiente, Lola se despertó con una idea clara: tenían que ir un paso por delante. Para ese día tenía dos tareas. La primera, entrevistarse con el que había encontrado al chico y la segunda, recopilar toda la información necesaria para ir a un juez y pedir una tercera autopsia del primer cadáver, la muchacha. Salió de la habitación en pijama y vio a Reyes sentado junto a la mesa del comedor. Había un café a medio terminar junto a un montón de papeles desordenados.

- No sé cómo se puede proteger a un tipo que ha hecho una cosa así —dijo Reyes como saludo matutino.
- Joder, ¿ya estás con eso? —preguntó Lola, sorprendida.
- Me he desvelado y tenía que hacerle el informe a Novo —le aclaró Reyes.
- Vaya, pues sí que...
- Pero, ¿es que no te das cuenta? Nos han vigilado todo el tiempo. Me quieren comprar para que mire a otra parte. Bueno, más bien para hacer que tú mires a otra parte —se explicó Reyes, indignado.
- Sí, ya lo sé —respondió Lola, con naturalidad.
- Y ¿no te importa?
- ¿Qué quieres que haga? ¿que me corte las venas? —respondió Lola, haciendo el gesto.
- No, no hace falta. Lola, el sargento recibe órdenes, no va por libre. Hay alguien más arriba. Ese tipo envió al falso Ernesto a robarnos el informe. Son varios y están coordinados. Te asignaron el caso por... —dijo Reyes sin atreverse a concluir la frase, dándose cuenta de la metedura de pata.
- Eres majo. Gracias por el cumplido.
- No quería decir eso. Es que no es...
- Ya lo sé. No hace falta que te disculpes. Yo tampoco me habría escogido a mí misma. Al menos, de momento —se adelantó Lola.
- Y no consigo ver la conexión con los chavales muertos, pero presiento que esto es importante.

- Puede que sí, puede que no. ¿Sabes? Llegados a este punto, creo que deberíamos acabar esta conversación en otra parte —dijo Lola, apuntando en todas direcciones y haciendo gestos.
- Muy lista.
- Me visto y nos vamos. Dame diez minutos.

La idea de la tercera autopsia quedaba descartada tan pronto como salió de la boca de la inspectora. Reyes le explicó que la primera víctima había acabado en una fosa común. Lo recordaba bien, la familia no tenía recursos suficientes para un nicho en propiedad. Ni siquiera tenían un sitio donde derramar lágrimas privadas. Era lo jodido de ser pobre. El dato lo había leído hacía un rato y le había amargado el café.

De las dos cartas que Lola tenía en la mano ya solo le quedaba una: entrevistarse con el agricultor que había encontrado el segundo cadáver: el chico.

- Buenos días, soy la inspectora Berlín y él es el guardia civil Reyes.
- Buenos días. Ya sé quiénes son. El pueblo es pequeño —puntualizó el hombre.
- ¿Tiene un minuto? —preguntó Lola, cortés
- Qué remedio, aunque ya he contestado a sus preguntas.
- Entonces seré breve. ¿Por qué dice que tenía un tiro?
- ¿Ustedes también? Van directos, no pierden el tiempo. Porque lo tenía. Aunque todos se empeñan en convencerme de lo contrario —contestó a la defensiva.
- Nadie quiere convencerle de nada —dijo Reyes.
- Bromea, ¿verdad? Primero, los guardias civiles, después, la policía, ahora una pareja mixta. Miren, soy cazador. Nunca he disparado a una persona, pero sé lo que hace una bala, aunque no puedo precisarles el calibre. El niño tenía un tiro en la cabeza y punto. Y ni ese sargento ni nadie van a convencerme de lo contrario —atacó el hombre.
- Tranquilo, le creemos —dijo con suavidad Lola— ¿Me está diciendo que

el sargento Novo habló con usted para tratar de disuadirlo? —añadió, intrigada.

- Sí, ese y el que va siempre con él.
- ¿Gómez?
- Creo que sí. Mire, es la cuarta vez que me preguntan lo mismo. Buenas palabras y al final me dicen que estoy equivocado y que el chaval tenía un rasguño. ¡Y una mierda! —exclamó visiblemente enfadado.
- ¿Quién más le ha interrogado? ¿Un tal Ernesto Sánchez? —preguntó Reyes, cambiando de tema.
- Puede ser, no lo recuerdo. Yo, para los nombres, soy un desastre. Lo que les puedo decir es que era la primera vez que lo veía, que era de mediana estatura, parecía fuerte y tenía el pelo castaño o rubio oscuro, cortado al cepillo, como si fuese militar.
- Entiendo. Se lo voy a preguntar una vez más. Para que me quede claro. Está usted seguro de que era un tiro, ¿verdad? —dijo Lola, con tono conciliador, dando por hecho la respuesta.
- Calibre pequeño, puede que de una pistola o un 22. Sí, seguro.

Lola no dudaba del testigo, pero era algo así como meter los dedos en la llaga para poder creer. Como decía su profesor de religión: fe sin mérito. Miró a Reyes buscando su aprobación. Su siguiente paso sería volver al toxicológico e inspeccionar el cadáver. Pero antes, una parada técnica. Pasarse por el cuartel para que el guardia liberara su conciencia.

- A la orden, mi sargento —dijo Reyes.
- Buenos días, Reyes. Inspectora...
- ¡Anda, si le han ascendido! Enhorabuena —exclamó Lola, mofándose.
- Sí, gracias, ayer mismo —contestó Novo, sin comprenderla, pensando que la inspectora era idiota—. ¿Alguna novedad?
- No, de momento. No hemos averiguado nada nuevo —respondió Lola.
- Disculpe, inspectora, le preguntaba a Reyes.
- Mi sargento, aquí tiene el informe que me pidió con pelos y señales. Como

le conté, el forense de Madrid dice que la muerte es compatible con el ahogamiento. Pero no hay nada más —explicó Reyes, receloso.

- Entendido.
- Y usted ¿tiene alguna noticia? —preguntó Lola, encarándose.
- Pues mire, sí. Ya ha llegado el informe del chico.
- ¿Y? —preguntó Reyes.
- Pues lo mismo que la otra, unos drogatas que se pasaron de vuelta — contestó Novo, sin darle importancia.
- ¿Me puede dar una copia?
- Sí, era para usted. Para que después digan que la guardia civil no colabora —dijo con sorna.
- Muy amable. Sargento, se rumorea por el pueblo que tenía un disparo — apuntó Lola, incisiva.
- ¿Quién, su amigo el forense de Madrid? Vamos, aquí lo dice bien claro — dijo blandiendo el informe.
- Y ¿le van a hacer otra autopsia? —preguntó Lola, sonriendo.
- ¿Para qué?
- No sé, como a la chica se la llevaron a Madrid —se explicó Lola.
- Esta vez va a ser difícil. A este lo están incinerando ahora mismo — contestó Novo, sintiéndose por encima de la inspectora.
- Entonces se descarta lo del ahogamiento de la anterior, si las pruebas convergen en un punto —dijo como si no le importase un bledo—... Creo que me queda poco por hacer, salvo intentar rescatar a la tercera chica. Sargento, ¿le importa prestarme a Reyes unos días más?
- Ningún problema. Avíseme cuándo cierre el caso.
- Lo haré.

Vuelta de vacaciones (КОЛЫМА, finales de marzo 1963)

El hito de cada día era mirar los periódicos mientras desayunaban en la cafetería del hotel. Rebuscaban entre las páginas con ansia como si fuera el desenlace de una novela de intriga. La policía encontró los cuerpos al tercer día, pero el suceso ni siquiera ocupó portada. Y mejor aún, no se publicaron nombres ni fotos. Lo clasificaron como un ajuste de cuentas de cuarta página entre gentuza de los bajos fondos. Una buena noticia. El resto del tiempo les pertenecería solo a ellos como si lo demás fuese un adorno. Gastaron zapatos y besos como si estuvieran en viaje de novios y la semana se les pasó volando mientras se ponían al día mezclando trabajo y placer. Pospusieron la decisión para el último día intentando no pensar en lo inevitable hasta el final. Misha regresaría al campo con el herido. Volvería a arriesgar el pellejo. Tenía una misión.

Él se presentaría ante Volkov como si no hubiese pasado nada y le miraría a los ojos, ignorante como un imbécil, confiando plenamente en el comandante. Sería miserable y avaricioso, buscando un cambio de actitud de su verdugo. Les seguiría la corriente en el juego del oro y se infiltraría hasta el tuétano como un virus para averiguar quién estaba detrás de todo. Después, acabarían con la red y regresaría a Moscú con ella de la mano, con la chica misteriosa.

Ella volvía a la capital lo antes posible, pondría a su padre al corriente de todo lo averiguado. Hurgaría en el pasado del sargento y en un par de semanas como mucho, regresaría de nuevo a Magadan para seguir investigando y para esperar una limosna, unas migajas de tiempo con su pareja de baile en su siguiente escapada.

Al teniente Novikov, la puerta de entrada al campo le pareció aún más lúgubre que la primera vez. Todavía tenía en su olfato el perfume de Tainaya, suavizó la respiración para que los pulmones no se le viciasen. De nuevo leyó la frase de Stalin, no podía estar más en desacuerdo, aquella vergüenza era cualquier cosa menos honor. Bajó del UAZ-450 y se detuvo unos instantes. Era un reencuentro con sus recuerdos, parecía que había pasado una eternidad, que llevaba media condena allí. Observó la fila de reclusos, había caras nuevas asustadas. Y eran unos afortunados, porque llegaba el buen tiempo y les daría margen para adaptarse a su nueva y miserable vida antes de que las

condiciones climáticas lo redujeran todo a dos estados posibles. Vivo o muerto. Se dirigió directamente al barracón del comandante. Tenía que presentarse y saludarlo como si Volkov fuera su padre, y mostrarse dócil como un cordero en la puerta del matadero, sin levantar sospechas.

Entró. Eran como las hermanastras de la Cenicienta, Volkov y el sargento, sentados, bebiendo vodka, rencorosos como un elefante y sospechando de cada palabra que dijese el hijo pródigo. Era un doble o nada, y Misha lo sabía.

- Teniente, me alegro de verte.
- A tus órdenes, camarada.
- Bah, ¿vodka, muchacho?
- Yuri, prefiero un whisky.
- Te has acostumbrado pronto. Eso es bueno. Pero nos hemos quedado sin suministros —dijo el sargento.
- Entonces vodka estará bien.
- ¿Alguna novedad? —preguntó el comandante cortante como un bisturí, mientras se detenía el tiempo.
- No, mi comandante —titubeó Misha, alerta, con los vellos de punta como un erizo.
- ¿Y ya está? ¿Una semana de vacaciones y eso es todo? Dime muchacho, ¿cuántos burdeles has cerrado? —preguntó el comandante, receloso, inspeccionándolo.
- No, eh... yo no he ido a ninguno —reconoció Misha mirando el suelo.
- No jodas. ¡Has conocido a una pueblerina! —le espetó con sagacidad Volkov.
- Yo... —comenzó a decir Misha, cada vez más perdido, intentando pensar.
- Y le has dicho que estás enamorado de ella. ¿Le has prometido matrimonio? —continuó el comandante.
- Yuri, esto es embarazoso. No es asunto tuyo —contestó Misha, eludiendo la respuesta.

- Y ni has salido del hotel. No has pasado frío. Menudo cabrón. Te la has estado tirando todo el tiempo y sin pagar. Yo a tu edad... —puntualizó el sargento.
- No es así —aclaró Misha.
- Ya. No sigas. Un oficial es un caballero. Te entiendo. Teniente, me has puesto de buen humor. Esto sí que es bueno —dijo el comandante suavizando el gesto—. ¡A tu salud! —exclamó, apurando de un trago su vodka.

El cabrón estaba vivo y tenía explicación. Una fulana de medio pelo lo había cazado al lazo, buscando un porvenir para salir a flote. Volkov sintió curiosidad por conocer a la zorra que no había dejado salir del hotel al teniente. Solo faltaba ver qué había pasado con los dos matones del sargento. Probablemente estarían borrachos por cualquier rincón de Magadan apurando el dinero que les quedaba y acabarían presentándose en unos días. El sargento había fracasado. Y era la primera vez que cometía un error de ese calibre. Cuando Misha abandonó el barracón el comandante recuperó su frialdad.

- Han fallado. Tus hombres han fallado.
- Ya lo veo. Tiene que haber una explicación.
- Eso espero. Por el bien de esos dos.
- Yo me encargaré de eso. ¿Qué hacemos con el chico?
- Nada ha cambiado. Sobra, pero no me lo quiero cargar aquí. Tiene novia, ¿no? En un par de meses le damos otro permiso. Saldrá corriendo para meterse en su cama. Haremos que sea un asunto de faldas.
- Yuri, ¿estás seguro?
- Sargento, el teniente o es demasiado listo o demasiado tonto. Estoy totalmente seguro.

Guardia (Колыма, finales de marzo 1963)

Volkov era complicado. Misha sabía que, de momento, no había pasado el examen, que no había cambiado nada y que el comandante lo mantenía en el centro de su diana. Abandonó el barracón apesadumbrado, sintiendo que se le hacía un mundo cuesta arriba insoportable, como si tuviera que ir a la mina a sacar oro con sus propias manos. Pero seguía vivo y la frase del comisario Aleksievich se le incrustaba en el cerebro como si fuera un clavo en un zapato: “no dejes que te maten”. Como si pudiera escoger, como si al fracasar, él fuese el responsable de su propio infortunio. Pensó en Tainaya y en lo que había aprendido entre caricias, sonrisas y paseos, un curso acelerado de espionaje para volverse huidizo y desconfiado como un vendedor del mercado negro. Solo le faltaba interiorizarlo, y no tenía tiempo que perder, la vida le iba en ello.

Volvió al UAZ-450, el herido aún permanecía allí con el brazo en cabestrillo. Estaba agradecido, parecía poca cosa, callado, pequeño, con los ojos vivos. No le había oído quejarse ni una sola vez y se mantenía a la espera de cualquier orden como si fuera un perro adiestrado. A Misha le pareció raro que ni Volkov ni el sargento preguntaran por él. Quizá la sorpresa de verlo vivo les fastidiara el día. Ahora, le tocaba ir a la enfermería para que el aficionado le echara un vistazo al herido y le hiciera las curas de rigor. De paso, Misha lo pondría al día.

Entró en el barracón de la enfermería mientras el herido comenzaba a bajarse perezosamente, con miedo. A Misha, le pareció extraño. El general no estaba. Y era la primera vez desde que había bajado a los infiernos que no lo encontraba en su puesto. Tuvo un mal presentimiento, podía estar muerto. Hasta ese momento, nunca lo había pensado. Había dejado de verlo como a un preso. El general podría haber rebotado el vaso de las afrentas de Volkov. Podían haberlo llevado a cargar mineral y solo era un viejo que no aguantaría. Se asustó. Interrogó a los ingresados, pero no obtuvo ninguna respuesta. Cada *zek* solo era dueño de un trozo de su alma y, con mantenerla dentro del cuerpo, tenía bastante. Nadie sabía nada. Antes de abandonar la enfermería, el *zek* que estaba en el catre más cercano a la puerta le dijo en susurros que el protegido de Volkov, a veces, se ausentaba. Lo miró fijamente. Era un chico de no más de veinte años. Debía de estar ido y deliraba, porque lo que decía del general no

tenía sentido. Se dio cuenta de que esas podían ser sus últimas palabras. Era una forma muy triste de morir. Le sonrió amablemente, como dándole las gracias y le agarró del brazo para tranquilizarlo. Se levantó y se marchó. Pensó que podía dirigirse a Volkov y preguntarle, pero se significaría aún más y no estaba en posición de mostrarse alineado con el general.

- 002242 no está —dijo Misha en tono neutro al salir del barracón.
- Y ¿qué hacemos? —preguntó el guardia con el brazo en cabestrillo.
- No lo sé. Si es urgente, entra y coge el teléfono y pregunta por él. Te espero en la furgoneta. Voy a echar un pitillo. Te llevaré donde nos digan.

Le pareció lo más sensato, que el interesado indagara. Era lo lógico, lo que no levantaría sospechas. Se fue de la enfermería aparentando calma, esperando que el guardia hiciera el trabajo. Subió a la furgoneta y bajó la ventanilla. A los cinco minutos, vio salir al guardia.

- ¿Dónde vamos? —preguntó Misha, amable, al volver el herido.
- No lo sé. No está.
- Ah —dijo con desdén.
- Al parecer lo han trasladado —se explicó el guardia.

Estaba deseando seguir hablando, pero era mejor no mostrar interés. Lo miró, como pidiendo una explicación, pero Misha no abrió la boca.

- Está en otra planta de tratamiento de mineral. Parece ser que ha habido un accidente y está ayudando. El comandante Volkov no ha dicho nada más.
- Entonces, ¿dónde te llevo? —preguntó Misha, como si solo le interesara descargar el paquete.
- Al barracón de vigilantes.

Lo dejó dónde le había dicho y le ayudó a bajar del UAZ.

- ¡Teniente!

- ¿Qué?, camarada.
- Gracias.
- No hay de qué. He cumplido con mi obligación —respondió Misha, de forma rutinaria.
- De verdad, estoy en deuda con usted, camarada Mijail Kirilievich. Los médicos me han asegurado que gracias a usted no solo he salvado el brazo. Probablemente, no habría durado un día más. Le debo un favor y nunca olvido. Lo que ha hecho por mí no lo habría hecho nadie —le dijo mirándolo a los ojos, serio.
- No se preocupe.
- Camarada, soy operador de comunicaciones, si necesita algo de mí...
- Cuídese ese brazo, camarada Daniilevich, de nada me sirve que me deba un favor un muerto —contestó sonriendo, dándose media vuelta y marchándose.

Misha, mientras se iba, pensó que los últimos días habían valido la pena. Había recuperado a Tainaya, sabía qué cartas tenía Volkov en la manga y ahora parecía que había ganado un apoyo en el campo. No estaba mal, dos personas en quién confiar de una población de unos cuantos miles. Lo que le intrigaba era saber dónde estaba el general y cuándo volvería.

Назино (Колыма, principios de mayo 1963)

Había vuelto el whisky al barracón de Volkov. Y era un misterio delante de las narices de Misha. Por un lado, irritante, pero por otro, tenía que reconocerlo, el brebaje, al someterlo al examen de la pituitaria, tenía más matices que el vodka. Y se había convertido en la nueva rutina, beber para acallar los susurros dentro de su cabeza que le insinuaban que no volvería a ver con vida al general, el amigo del padre de Tainaya. Y parecía como si el buen tiempo acrecentara la amargura del teniente Novikov. Porque echaba de menos a su maestro de ajedrez como si fuera la figura paterna que nunca tuvo. Pero, además tampoco tenía noticias de ella. Aunque, desde el principio, sabía que sería así, era lo acordado, porque la chica misteriosa no era de las de escribir cartas con perfume ni corazones. Lo suyo era más presentarse cargándose a quién hiciera falta para demostrarle su amor. Lo sabía, aun así, verificaba todos los días el correo porque la necesitaba como nunca había necesitado a nadie. Tenía que conseguir un permiso para escaparse a Magadan unos días y verla.

Quizá fueran imaginaciones suyas sin más fundamento que el hecho de desear que fuera así, que Volkov le conmutara la pena. Porque Misha sentía que el comandante cada vez era más asequible, como si estuviese a punto de darle un abrazo y contarle la infancia que él no tuvo. Había estudiado al comandante y al sargento a conciencia y había descubierto que Yuri Volkov no era más que un mediocre con poder, un tipo sin escrúpulos dispuesto a cualquier cosa. Uno de esos seres grises que el azar aúpa a la poltrona. Algo sin más mérito que el hecho de ser un miserable. Y sabía que la voz cantante la llevaban otros. Quizá fuese el sargento. Puede que, desde Moscú, el tipo oscuro fuera quién dirigiera la operación, aunque no le parecía factible algo así desde tan lejos.

Misha pensó que tenía que hacer que Volkov escogiera, y era un juego arriesgado, porque podía precipitar las cosas. Y, para llegar hasta el fondo, no se le ocurrió nada mejor que usurparle el puesto al sargento y deshacerse de él, usando las mismas malas artes. Sabía cómo hacerlo. Esa tarde, el comandante parecía bastante bebido y el sargento llevaba dos días ausente. Misha pensó que podía intentarlo, que podía ser el momento para mostrarle algunas de sus cartas y obligarle a pensar, a escogerle a él. Misha tenía en su bolsillo los pasaportes de los que habían intentado matarlo en el parque de

Magadan. Se los mostraría al comandante y le hilvanaría al oído una verdad paralela sobre el sargento. Después tocaría esperar.

- Yuri —dijo Misha levantándose de la butaca donde estaba sentado.
- Llevas un rato callado. ¿Qué te pasa, Misha? —preguntó él, reclinándose en la butaca, parapetado detrás de la mesa de su despacho.
- No sé cómo afrontar esto —comenzó a decir Misha, sentándose sobre la mesa, inspeccionando al comandante—... ¿Qué has hecho con el general?
- Vaya, al pez gordo le agradecerá saber que le has cogido cariño.
- ¿Lo has matado?
- No, es el alma del campo. De hecho, esta noche vuelve a la enfermería. ¿Otro whisky?
- No te diré que no. Pero, lo que tengo que decir....
- Pues soy todo oídos.
- Y ojos, Yuri, y ojos —le dijo poniendo los pasaportes sobre la mesa de escritorio del comandante.
- ¿Qué es esto?
- Lo sabes.
- No —contestó torpemente el comandante.
- Los pasaportes de los que enviaste a Magadan.

El comandante soltó la botella y lo miró fijamente, como si tuviese poderes en la vista para derrotarlo, pero Misha no apartó sus ojos ni un centímetro.

- No importa —comenzó a decir Misha—. Ya no importa, están muertos y eso ya no tiene solución.
- Eres un cabrón —contestó el comandante, sonriendo.
- Pero deberías escoger mejor a tus aliados...
- ¿Qué estás diciendo, chaval?
- A este —dijo señalando una de las fotos del pasaporte—, lo liquidé de inmediato. Pero este otro... Fíjate bien en él. A este no. Parece duro,

¿verdad? No lo era, y cantó.

- ¿Y? —preguntó desafiante, abriendo un cajón y sacando su arma.
- Que me dijo que el sargento iba a traicionarte. Que no contaban contigo. Y que serías el siguiente.
- Eso es mentira, muchacho —le escupió enfadado, encañonándolo con su arma.
- Vamos, dispara. Pero eso no cambiará nada. Eres el siguiente. Ellos se van a deshacer de ti, te van a quitar tu oro y lo sabes... o lo sospechas.

Podía ser mentira. Lo tenía a tiro, después ya vería qué hacer. Y cómo explicarlo. Desde que había llegado, el jodido teniente solo había dado problemas. Y ahora venía con que el sargento lo iba a traicionar... Era imposible, una broma de mal gusto. Pero tenía pelotas, se había presentado allí, bebido su whisky y le había dicho a la cara que había matado a dos de sus hombres. Sí, eso tenía que reconocérselo, aunque lo matara. Sonrió pensando en lo que dirían los demás... Dudó. El teniente había dicho ellos, el muchacho había dicho ellos. ¿Cómo sabía que no estaban solos en el negocio? Mudó su cara. Algo le decía que se la estaban jugando y que el chico podía ser su nuevo socio.

- Joder, teniente... la verdad —dijo apartando el arma—... Te he juzgado mal. Tengo que reconocerlo, venir aquí a que te meta dos tiros. ¡Tienes cojones!
- ¿Y?
- Deja que te cuente una cosa. ¿Has estado alguna vez en Nazino?
- No.
- Yo sí. En Tomsk.
- Ah.
- Fue en el 33, en primavera. Vivíamos en Moscú.
- No te entiendo...
- Shhh, calla—le ordenó con la voz modulada por el alcohol—. Mi padre era ingeniero, promocionado tres veces. Estábamos muy orgullosos. Nos iba bien. Tenía que ir a Minsk a revisar algo en una factoría. Mi madre y

yo fuimos a despedirlo a la estación vestidos de domingo. Tenía doce años. Doce —repitió con la mirada perdida.

- ¿Qué pasó? —preguntó Misha, entre divertido e intrigado.
- Que solo tenía doce años. Fui un momento a por caramelos y dos tipos de la NKVD me detuvieron.
- ¿A un niño?
- Sí, por no llevar papeles.
- Y ¿qué hicieron tus padres?
- No lo sé, no volví a verlos. Me llevaron y no me dejaron llamarlos. No me dejaron nada. ¿Sabes? Era la política de Stalin. Quitar de en medio a la gente sobrante de las ciudades y llevárselas a lugares despoblados para que los colonizaran. Forzados, como los desgraciados que acaban aquí. El progreso de la sociedad sin contar con el individuo. Querían celebrar el 1 de mayo con las calles limpias de elementos desestabilizadores y yo era un puto crío.
- Y ¿no pudiste hablar con la policía?
- Solo les interesaba rellenar la cuota de detenciones. Yo no tenía papeles, no les importó que mi padre fuera un miembro importante del partido, ni los gritos, ni que llorara, ni que mi madre estuviera a cien metros, no podían perder un segundo en comprobar mi versión. Ni siquiera les importó mi edad. Me meé encima. Todavía puedo verlos riéndose de mí —confesó seriamente.
- ¿Qué pasó? —preguntó Misha, respetuoso, sin entender a dónde quería llegar.
- Nos deportaron al día siguiente. Al oblast de Tomsk. Nos dijeron que allí explicaríamos nuestra situación.
- ¿¡A cuatro mil kilómetros!?
- Sí, y cuando llegamos —apuró el trago—..., se les ocurrió dejarnos a nuestra suerte. En medio de la nada. En una isla en medio de un río Nazino. Sin agua, sin comida, sin ropa.
- ¿Os dejaron?
- No sé exactamente a cuántos, calculo que unos seis mil. Muchos murieron

rápido. Otros, fueron abatidos o se ahogaron intentando escapar. El agua estaba helada. Algunos sobrevivimos varios meses.

- Es horrible.
- Yo era alto y fuerte. Reconozco que no aparentaba la edad que tenía. Nos convertimos en una jauría humana. Sin reglas y sin principios. Nos matábamos unos a otros por unos zapatos, un abrigo o por comida.
- ¿Qué os daban de comer?
- Creo que no lo has entendido, Misha. No nos daban de comer. Los muertos eran la comida. No había otra cosa.
- Es imposible. Y ¿tus padres?
- Por lo que pude averiguar, mi madre se suicidó al poco tiempo y a mi padre lo encarcelaron por molestar. Creo que se volvió loco. ¿Sabes qué más hacíamos?
- No.
- Era como un deporte. Cazábamos a los demás. Una vez cogimos a una chica, era preciosa, para volverse loco por ella. La amarramos a un árbol, la desnudamos y nos la comimos viva. También le arrancábamos los dientes de oro a los muertos, y cada vez que llegaba un nuevo, si veíamos que tenía coronas de oro, lo invitamos a nuestro clan. El tío se ponía contento, se sentía seguro. Y era la cena. Después le cambiábamos el oro a los guardas por tabaco o por vodka. Misha, tengo que decirte que, a veces, echo de menos ese mundo salvaje, el sabor de la carne, la anarquía — confesó rellenando su vaso...
- ¿Y cómo regresaste?
- Tuve mi oportunidad, como tú ahora. Liquidé a un guardia y me hice pasar por él. Ya había cumplido los 13. Lo maté, me puse su uniforme y me metí en la barcaza. Estaba muerto de miedo. No me quité la gorra ni un segundo y miré todo el tiempo al suelo. Creo que los demás se dieron cuenta, pero no les importó o les pareció divertido. Crucé el río y desde entonces soy él, soy Yuri Volkov. Hasta me carteeé con su madre. Con la madre del chaval que maté.
- ¿No es tu verdadero nombre?
- Ahora ya sí. Me robaron a mis padres, la infancia y mi identidad, me lo

quitaron todo. Ahora me toca a mí. Y haré todo lo que pueda por joderlos. Ya conoces mis motivos. La venganza. Escúchame bien, teniente. No sé qué voy a hacer contigo, no lo tengo decidido... Si te doy una oportunidad y te quedas a mi lado, puedo hacerte un hombre rico. Podrás abandonar esta mierda de país e iniciar una vida de verdad. Pero si me traicionas, te invitaré a cenar. Volveré a probar carne. Te dije que tenías cojones. Empezaré por ahí. ¿Misha, has entendido mi oferta?

Sami (Beirut oeste, otoño 1977)

Desde el primer momento, cuando se conocieron en la universidad, los dos lo adivinaron. Si continuaban viéndose, si seguían con su locura nunca tendrían una vida convencional en Beirut. Y lo habían planeado un millar de veces, marcharse lejos y estar juntos. Solo eso. Parecía fácil y se merecían tener ese derecho. Pero la realidad los había amargado. La presión social, la familia y después, la guerra... Siempre había un motivo de peso para posponer una caricia, una sonrisa o un futuro. Incluso en ese momento, esperó pacientemente a quedarse a solas con ella sin mostrar la emoción que le ardía por dentro. La tenía delante de sus ojos, como una belleza en ruinas. Tomó una decisión. Tenían que huir.

- ¿Qué haces aquí? —preguntó El Masri, siseando cuando se quedaron solos.
- No tengo a nadie más —contestó llorosa, desesperada.
- Y ¿tu padre?
- Murió hace seis semanas.
- Oh, lo lamento, Duha, no hay palabras.
- Ya lo sé, amor mío.
- Duha, cariño, no pueden vernos juntos, es muy peligroso para los dos. Pronto podremos. Te lo prometo. Tengo planes...
- Sami, es tu hijo, ha desaparecido —lo interrumpió.

Sami fantaseaba cada noche con ese encuentro, pero de otra forma. Los dos solos, despojados de miedo, lejos de todo y de todos. No podía quitársela de la cabeza y no quería hacerlo. Y ahora ella estaba allí, la de verdad. Parecía más frágil y vieja que nunca, como si fuese a quebrarse con un estornudo. Sintió ganas de abrazarla, llenarla de besos y decirle que no se preocupara que él encontraría a su hijo sano y salvo. Pero sabía que no podía ni tocarla, que en cualquier momento alguien los interrumpiría. Sería inapropiado. Y sabía que no podía prometerle un milagro.

- ¿Qué quieres decir? —preguntó Sami, con inquietud.

- Hace un mes, una misión, no han vuelto —balbució Duha, en trance, sin ordenar las ideas, intentando negarse a sí misma la realidad.
- ¿Por qué no has venido antes?
- No es fácil dar contigo.
- Es cierto, te pido perdón. ¿Puedes contarme algo más?
- No. Nadie sabe nada. En todo este tiempo he intentado averiguar qué ha pasado. No... No sé qué más puedo hacer —susurró.
- Tranquila, ya lo has hecho.

Permanecieron en silencio unos minutos, él se acercó y se permitió rozarle con la punta de los dedos la cara y ella agarró su mano aceptando la limosna. Al instante, Sami retiró el brazo, como si se hubiese arrepentido de la osadía y dio un paso atrás. Venía alguien.

- Haré lo que pueda. Se lo aseguro.
- Bien.
- Es usted muy valiente viniendo hasta aquí. La mantendré informada.
- Se lo agradezco.

El sargento del punto de control entró en la habitación rumiando una mezcla de curiosidad y desconfianza. No sabía quién era aquella mujer y, a pesar de lo que decían sus jefes, no se fiaba de los drusos. No le gustaba el secretismo confesional que procesaban ni la ambigüedad que mostraban públicamente. Miró a El Masri buscando una explicación, después detuvo sus ojos en la mujer, estudiándola más a fondo.

- Protégela como si fuera de tu familia —le dijo Sami, sin concederle el derecho a la explicación que el militar exigía.

El sargento sostuvo la mirada del *uqqal*. Podía preguntarle por qué una mujer que venía del lado cristiano se había entrevistado en secreto con él. Podía recelar. Dudó unos segundos, sopesando la idea. No era el momento. Quizá más adelante, con otro equilibrio de fuerzas. Además, podía venirle bien que

el druso le debiera un favor.

- Así lo haré. La escoltaré hasta la línea verde. Pero después no dependerá de mí.
- Gracias, será suficiente —contestó Duha.

Speedo (viernes, 29 de septiembre de 1989, madrugada)

Hacía tanto tiempo que el agente Bruno Barone no miraba las cosas desde ese otro punto de vista, que casi ni se acordaba. Se había acostumbrado a ser poli, disfrutaba siéndolo y se sentía a gusto consigo mismo. Pero, tras la charla en el calabozo, se *reconectó* con ese otro universo del que había huido antes de que un Big Bang lo hubiese destrozado. Visualizaba perfectamente el entorno en el que se desenvolvía el Speedo, como si un médium lo hubiese transportado hasta ese más allá. Era un mundo sórdido y hostil en el que las dimensiones de espacio y tiempo se relacionaban con otras fórmulas físicas, sin estudiosos en la materia ni premios Nobel. Una física que parecía no interesar a ningún investigador y donde cada uno arrastraba las miserias que había ido acumulando dosis tras dosis con estoicismo, como un enfermo terminal, aceptando el destino porque no queda otra. Para Bruno, cada gesto, cada movida de los apestados, le eran familiares. Él lo había vivido de cerca muchas veces en su adolescencia rota a trompicones y lo tenía interiorizado como si fuese la tabla de multiplicar.

No tenía sentido estar allí. Hacía más de media hora que su compañero de celda había enmudecido como si fuese un monje de clausura con voto de silencio. Decidió que era el momento de abandonar aquel calabozo. Había sacado muy poco en claro, el pájaro que tenían encerrado conocía a Vlad. Pero, dadas las circunstancias, no creía que él y el Speedo fuesen a quedar como colegas. Mucho menos irían a tomar unas copas y, de paso, que el yonqui identificase al tipo. Por un lado, le daba rabia, con un simple gesto, el Speedo le facilitaría su trabajo, y también, ayudaría a Bruno. Pero era un gesto que en ese momento veía imposible. Y, por otro lado, no podía dejar de sentir pena por aquel desgraciado que, a su vez, unos minutos antes se había mostrado misericordioso con él.

- Sí, soy poli —afirmó escuetamente, mientras se dirigía a la puerta de la celda para gritar la consigna y que la jaula se abriera como la puerta de la guarida de Alí Babá.
- Y... ¿Tú de qué coño vas? —preguntó el Speedo, despreciándolo.
- Está bien —resopló Bruno, deteniéndose unos instantes, sin darse la vuelta —. Ha desaparecido.

- ¿Toni?
- Es... Es una historia larga de contar —le confesó, atreviéndose a mirarlo cara a cara.
- Tranquilo, tengo tiempo —sonrió el Speedo, abriendo los brazos y recorriendo con ellos el espacio de la celda.
- En fin, supongo que todo se resume en que Toni y yo somos amigos desde siempre, aunque, hace unos años, cogimos caminos distintos —dijo Bruno.
- Eso ya lo veo —le contestó el Speedo, esperando algo más.
- Y ha desaparecido.
- Es un *drogata*, un puto *colgao*. ¿Seguro?
- Totalmente.
- ¿Eso es todo? —preguntó el Speedo decepcionado.
- Sí y no.
- ¿Me vas a contar más?
- Si me ayudas...
- ¿Qué? —le interrumpió el Speedo, molesto—. Vamos hombre, que no soy gilipollas, ¿me vas a prometer que me sacarás de esta?
- No —reconoció Bruno, sorprendido por la sagacidad del drogadicto.
- ¿Entonces? —preguntó el Speedo, desesperado.
- No sé —contestó el policía, falto de tablas, incapaz de mentirle a la cara.
- Anda, vete ya, aquí huele mal y no soy yo. Lo estás deseando.
- He acabado —gritó Bruno acercándose a la puerta y dando un par de golpes—. Una cosa más, ¿cómo te llamas? —preguntó, dándose la vuelta una vez más y buscando los ojos del Speedo, con empatía.
- De verdad, ¿te importa?
- Sí.
- Me llamo Giulio, pero todos me llaman Speedo —contestó algo extrañado.
- Giulio, ¿nos ayudarás a Bruno y a mí? —preguntó mientras se abría la puerta del calabozo.

- ¿A cambio de nada? Es una oferta que no sé si puedo rechazar. Me pides que me convierta en el chivato de un poli que no sabe disimular ni tener la boca cerrada, ahora que estoy a punto de entrar en chirona... Deja que lo piense. Ya te llamará mi secretaria —le espetó irónicamente.

Bruno escuchó el ruido del roce del metal tras de sí sellando la jaula como si fuera una olla exprés. Él salía y el otro se quedaba en la ciénaga. Sintió premura por huir y asco por un sistema que se limitaba a encerrar como bestias a las víctimas. Una sociedad que se avergonzaba de su propia incapacidad para manejar una situación que, evidentemente, se había ido de las manos. Y, en vez de aceptar esa incompetencia y cambiar de estrategias, de leyes o de dirigentes, el sistema echaba balones fuera. Era lo más fácil y barato, al menos a corto plazo. De lo contrario, algunos tendrían que acabar despidiéndose a sí mismos. Y, a cierta edad, si no se tiene otra experiencia que la política, no se encuentra un trabajo honrado fácilmente. Sobre todo, si no queda hueco en los entresijos de la basura para acomodar al ángel defenestrado y tiene que reincorporarse al mundanal engranaje del mundo laboral. Bruno sentía que no era más que una pieza insignificante de ese gigantesco mecanismo. Hacía lo que estaba en su mano, pero no podía evitar preguntarse qué ocurriría si se dedicasen más recursos a prevenir y reparar, si se viese el problema como un Asunto de Estado, y se tratase a los caídos con algo más de compasión. Estaba convencido de que habría menos Speedos enjaulados y Armani o Maserati perderían muchos clientes. Salió a la calle buscando aire fresco. Era tremendamente injusto.

Estaba enfadado, llegó a la acera de la comisaría de forma automática, como cuando se conduce hasta la oficina por la mañana a través del atasco, sin recordar cómo se ha llegado desde la cama hasta la mesa del despacho. Estaba amaneciendo. Quizá no tuviese el aguante necesario para ser policía. Puede que, como le decían algunos compañeros de promoción, fuese un blandengue que se apiadaba de la primera alimaña que se cruzaba en su camino y lo miraba con ojos de cachorro de pastor alemán. No, él no era así, pero llegado el momento, tampoco entendía la necesidad de pisar el acelerador para pasar por encima de ningún bicho. El caso es que, aunque no era la primera vez que se adentraba en las mazmorras, sí se desvirgaba como habitante de celda. Se sentía mareado y necesitaba renovar el aire de sus pulmones hasta el último alveolo, con miedo como si tuviese la urgencia vital de limpiarse de bacterias.

Comenzó a hiperventilar hasta que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Mientras, desde la puerta, entretenidos, el comisario Paolo Feltracco y otro policía observaban la escena fumando un pitillo.

- ¿Estás bien, hijo? —preguntó Feltracco levantando la voz, sin disimular que todo aquello le parecía divertido.
- Disculpe —contestó secamente Bruno asqueado por la pose de prepotencia del comisario.
- Vamos, chico, es normal —condescendió, acercándose a Bruno.
- Si usted lo dice...
- Anda, damos un paseo, te invito a un café y me cuentas qué has averiguado —contestó en tono amistoso, dándole un par de palmadas en la espalda.

Paolo Feltracco tenía una extraña habilidad, era capaz de reírse de cualquiera sin que el objetivo de su mofa llegase a enfadarse del todo. Quizá fuese porque sabía el momento justo en que tenía que aflojar. En este caso, tras la risa inicial, incluso cambió de tercio, y comenzó a mostrarse comprensivo y paternalista con el novato. Lo veía perdido, como a otros muchos, pero también notaba que el chaval tenía el coraje y orgullo necesarios. Paolo se veía a sí mismo como un maestro Zen dispuesto a adiestrar al aspirante a monje; acogería al joven aprendiz bajo su ala y le enseñaría a controlar su rabia y su frustración para luchar contra el lado oscuro de la sociedad. Y, además, disfrutaría al hacerlo.

Feltracco esperó pacientemente a que Bruno se calmase, como el perro que aguarda a que el amo termine para comerse las sobras. Tenía curiosidad por lo que había averiguado el novato y, después, tendrían que planificar cuál sería su siguiente paso.

- Hemos perdido el tiempo miserablemente —acabó por decir Bruno, frente a la taza del café, agarrándola con las dos manos para calentárselas, aún temblando.
- Vamos hombre, que no es para tanto —dijo el comisario sorbiendo el suyo.

Bruno se limitó a mirar a Feltracco, sin entender ni saber si su superior se estaba riendo de él o no.

- Lo que has hecho está bien —dijo Feltracco, consolando al novato.
- Lo he engañado —respondió Bruno, con cargo de conciencia.
- ¿Al *drogata*? ¡No me jodas! —exclamó el comisario, sorprendido.
- Sí, al *drogata* —contestó Bruno, en voz baja.
- Hijo, esto va de buenos y malos. De los últimos hay muchos que son unos desgraciados, pero no te confundas, son de los malos. Si tuvieran que vender a sus madres por una dosis, lo harían. No, espera. De hecho, lo hacen. Cada día.
- Y eso es todo, buenos y malos, como en los *westerns* ¿no? Los vaqueros son los buenos y los indios son los malos.
- Algo parecido. Por si no te has dado cuenta todavía, te diré algo, este trabajo es así. Tenemos que rebuscar en el vertedero.
- Ya, pero no he encontrado casi nada.
- Verás, ser poli... Yo lo veo como una gigantesca madeja de lana, con muchos flecos deshilachados. Poco a poco vas tirando de ellos, con disciplina y con cabeza, aunque también necesitas algo de suerte. Algunos hilos son cortos, te hacen perder el tiempo, no sirven para nada, retazos, basura. Otros, en cambio, van aligerando la madeja, la van haciendo más y más pequeña, vas entrando en los entresijos, hasta que llega un momento en el que puedes ver exactamente cuánta lana queda y cómo está. Y ese instante es fantástico.
- ¡Mierda! He gastado mi tiempo libre y todos mis esfuerzos en tirar del hilo más corto.
- Eso deja que lo decida yo; cuenta, ¿qué has averiguado?
- Si usted lo dice...
- En primer lugar, si vas a trabajar conmigo, la primera norma: tutéame, no me hagas sentir viejo, ¿entendido? —le interrumpió el comisario, buscando su complicidad, con una sonrisa, para que Bruno se sintiera más cómodo.

- ¿Vamos a trabajar juntos? —preguntó el joven policía, asombrado.
- Sí, ¿no te lo había dicho? —dijo retóricamente el comisario Feltracco—. He pedido que te pongan conmigo, oficialmente. Tardarán un tiempo en contestar —añadió.
- Ah.
- ¡Ilústrame! —exclamó Feltracco.
- ¿Cómo?
- Venga, joder, desembucha, cuéntamelo ya.
- Está bien. La cosa es que he sacado poco en claro. El Speedo conoce al tal Vlad, dice que incluso estuvieron a punto de hacer algo juntos, pero que no se fio, y decidió dejar el asunto correr. También dijo que sabía que Toni estaba trapicheando con Vlad, y que le había contado que tenían un asunto importante.
- Y ¿te ha parecido...?
- ¿Que si me decía la verdad? Sabe, me da pena ese tío. En el fondo es un buen tipo con malas cartas. Me dio un consejo, me sugirió que me desintoxicara, ¡me vio asustado y me quiso ayudar! Sí, le creo —contestó Bruno, con vehemencia.
- Bueno, a mí no me parece un hilo tan corto —le dijo el comisario.
- Además, tenemos una descripción, es alto y moreno, y dice que tiene aspecto de extranjero —añadió Bruno, rebuscando en sus recuerdos.
- Suena bien. Confía en mí, es un buen comienzo.
- ¿Usted... tú crees?, pero es un sinsentido, no tiene por qué tener relación con el caso. Puede haber desaparecido por cualquier motivo, es como aferrarse a lo que deseas, porque no tienes otra cosa mejor.
- Sí, como buscar la...
- Ah, se me olvidaba —lo interrumpió Bruno—. Me dijo que lo invitó un par de veces —añadió sin darle importancia.
- ¡Para! A ver si te he entendido. ¿Me estás diciendo que un camello se acerca los yonquis y, sin conocerlos, los invita? —preguntó el comisario, alucinado.

- Algo así.
- ¡Eureka, es él! —exclamó Feltracco—. Chaval, has tirado del Hilo. Seguro, lo tenemos.
- Pero Giulio no va a colaborar con nosotros.
- ¿Quién es ese? —preguntó el comisario desconcertado.
- El Speedo, no va a ayudarnos.
- No te das cuenta, no importa, no lo necesitamos. Sabemos por dónde se mueve y su nombre o su alias, tenemos una descripción y conocemos su modus operandi. Es nuestro. ¡Solo es cuestión de tiempo!

Libre (viernes, 6 de octubre 1989)

- Puedes irte.

Llevaba una semana encerrado, o quizá más. No estaba seguro. Había perdido la cuenta y no podía precisar cuánto tiempo había pasado a solas. Al poco de que el policía lo abandonase en la celda, el Speedo comenzó a sentir un mono terrible. Se había informado al respecto. Sabía que sus glándulas se habían vuelto perezosas, que no segregaban una sustancia, una droga que, al parecer, fabricaban de forma natural. Cuando lo leyó, le pareció hasta gracioso que su cuerpo metabolizase químicas del placer que no podía comercializar y que, en cambio, se estuviese dejando la vida metiéndose mierda artificial. Pero, desde el instante en que comenzó a estar mal, dejó de ser divertido; le dolía, le dolía todo, todo el tiempo: pensar, mover los párpados, sentía el roce de estos en los ojos y le escocía. Había pasado otros monos, pero nunca durante tanto tiempo. Le dolía horrores cada articulación, casi podía oír como chocaban las distintas partes de su cuerpo entre sí, como si fuese el mecanismo de un reloj con sal dentro y le corroía el cerebro. Era una sensación terrible. Sentía sus tripas moverse y clavarse dentro de sí, como si lo estuviesen acuchillando y temblaba todo el tiempo. Tenía frío y calor como si estuviesen haciendo algún tipo de experimento sobre su cuerpo. Estaba sudando. Y en ese estado, si no era ninguna broma, si su mente no le estaba engañando, le habían dicho que podía irse, correr, volver a lo de siempre, a por lo que pudiera pillar para apaciguar a la bestia que llevaba dentro, y dejarla ronroneando como si fuese un gatito con un plato de leche tibia. No entendía por qué, pero dejaban que se fuera. Quizá el madero con el que había compartido celda había hecho algo por él. Puede que no fuera un mal tío. Se lo tendría que agradecer, aunque casi no se acordaba de su cara. Se levantó intentando parecer entero, aguantando el tipo y se perdió lo más rápido que pudo temiendo que, en cuanto se diesen cuenta del error, lo volviesen a meter en la jaula.

El Speedo era libre, llegó a la calle con la cabeza turbada pero tuvo un momento, un instante en el que pudo pensar. Desde el día en que lo encerraron con el poli, supo que tenía por delante un horizonte borrascoso, que se pasaría toda su juventud entre rejas convertido en una princesa sapo galopada por cuatro maromos y que, con suerte, en diez o quince años volvería a pisar la misma calle que estaba bajo sus pies en ese momento. Para cuando llegase ese

momento, todos los trenes de su vida habrían partido, tendría el cuerpo destrozado, estaría enfermo, apestado, con la dentadura hecha una porquería. Y con una esperanza de vida que, con suerte, no iría más allá de los cincuenta. El error policial debía de ser una señal divina, un milagro. No podía ser otra cosa. Y tenía que aprovecharlo.

Si había aguantado en la jaula esos días sin colocarse, entonces podría soportarlo. Tenía que hacerlo. Comenzó a llorar. Necesitaba ayuda. Arrancó decidido, como si se lo llevara el viento y se marchó a casa de sus padres.

De caza (principios de octubre 1989)

La denuncia interpuesta a nombre de la familia daba cobertura. Por fin se iniciaba una investigación rutinaria. Y la llevaría Feltracco con el visto bueno oficial. El plan era sencillo, Bruno peregrinaría por la zona de marcha. Noche tras noche. Pero no debía ir solo; por lo que pudiera pasar. Cogería a otro novato. Pensó en un tal Giacomo Tempesti. Parecía asequible. Si lo convencía, acompañaría Bruno Barone en su búsqueda, memorizarían cada gesto, cada movimiento, cada nombre, sin comprometerse. Mezclados como si fueran unos apestados más, camuflados entre la podredumbre humana, apostados en los rincones de los tugurios con epicentro en el Koliseum City. Vigilarían a los camellos de cerca y esperarían a su presa: un narco de corazón pío, un altruista con buena presencia. Sería fácil de distinguir, resaltaría entre tanta alma marchita como si fuese un trozo de corcho de embalar en una pocilga. Localizar al samaritano era fundamental, a partir de ahí, Feltracco pensaría cuál sería el siguiente paso.

- ¿Y dices que quiere el comisario que colabore con vosotros porque ha desaparecido un amigo tuyo? —preguntó Giacomo Tempesti.
- Así es —contestó Bruno.
- Y Feltracco me ha escogido personalmente.
- Sí.
- Bruno, no sé qué te ha dicho el comisario ese. No me parece buena idea.
- Ha habido una desaparición. Se ha presentado una denuncia y se va a realizar una investigación rutinaria. Y la orden viene de tu superior. No puedes negarte.
- Ya, pero tú participarás en esa investigación y estás implicado personalmente. No me parece ético. Presiento que nos traerá problemas...
- ¿Y si además fuera un favor personal?
- Joder... Bruno... Sin trampas.
- ¿Cómo?
- He oído hablar de Feltracco. Conozco sus métodos. Dile que acepto trabajar con él, pero sin saltarnos la ley y sin tomar atajos ni...

- Entendido. Sin trampas. Giacomo, te debo una.

Pero, tras varios días al acecho, Feltracco dedujo que estaban en la cuerda floja. Por un lado, la última redada había levantado ampollas en las altas esferas. Probablemente, a un secretario de estado se le había fastidiado un cóctel en el yate de algún gran hombre de negocios nervioso. Y ahora, sin una razón de peso lo suficientemente densa, no podían arriesgarse a repetir la maniobra, al menos hasta que, al que rellenaba los sobres del servidor público no se le normalizara la tensión arterial. Y por otro, para los aprendices de poli, las noches eran cada vez más aburridas y decepcionantes: ninguno de los parafarmacéuticos parecía coincidir con el perfil dado por el Speedo. O este les había mentado o si Vlad seguía por el barrio, debía de haber cambiado su rutina. Algo no cuadraba.

Y no era por casualidad, cuando Vlad abandonó la alcoba de Alma, corrió avergonzado como un potro recién castrado. No pudo soportar estar allí ni que, a la mañana siguiente, Alma le leyese otra vez la mente con sus poderes telepáticos. Cuánto menos se vieran, mejor. Necesitaba tiempo. Llegó a Roma en menos de una hora y esperó a que se hiciese de día, deambulando por los alrededores del laboratorio para entregar las muestras, como siempre, con la rutina del que reparte el periódico con las noticias del día. Después, y, como si lo invocara el diablo, abandonó la ciudad, hacia el Norte.

Como si fuera la ceremonia de la salida del sol, Bruno, al acabar la jornada, se volvía a casa con las manos vacías, a la hora de los vampiros, se duchaba y justo antes de acostarse, reportaba a sus jefes. Al oficial, a Feltracco, le hacía un informe extenso. Tanto él como Giacomo habían aprendido a marchas forzadas y sabían lo suficiente como para poner en apuros a la ya saturada red carcelaria. Pero no estaban en esa batalla, al menos en aquel momento. Ya lo harían. Cuando le colgaba el teléfono a Feltracco, Bruno, buscando aliviar su alma, reportaba a su otro jefe, al que le susurraba con gritos sordos en su conciencia y no le dejaba dormir, al padre de Toni Rosso. Eran llamadas llenas de silencios y de oscuridad. Toni había desaparecido y, cada día que pasaba, su padre albergaba menos esperanzas de volver a verlo vivo.

- Hoy tampoco ha habido suerte, patrón.

- Ya —contestó escuetamente el marino, casi sin voz.
- Esta noche volveré. Tarde o temprano tiene que aparecer —dijo Bruno.
- Eso espero.
- La información que manejamos es buena, es cuestión de tiempo — argumentó Bruno.
- Lo encontraré, se lo juro, aunque sea lo último que haga —volvió a decir Bruno tras unos incómodos segundos de silencio.
- Te lo agradezco —respondió el patrón y cortó.

El sonido del teléfono se clavó en el cerebro de Bruno, doloroso y terrible. Estaba frustrado y cada vez le quedaban menos opciones. Sabía que, más pronto que tarde, Feltracco acabaría por dar prioridad a otro asunto, enterrando a Toni en la pila de papeles de los otros Tonis y dejando un ataúd vacío. Uno más. Bruno pensaba que la nueva orden le llegaría a plazos, avisando, como los recibos impagados del banco, y se estaba preparando para ese momento y poder despedirse definitivamente de su amigo como si fuera un entierro vikingo. Aun así, creía que le daría tiempo a improvisar algo, a encontrar una nueva pista que reavivara el fuego o que diera solución al enigma. Se imaginaba que sería capaz de resolverlo en el último momento como en las novelas de detectives.

Sin rastro (mediados de octubre de 1989)

Después de dos semanas, descubrió que esperar un milagro que resolviera el caso era una idea absurda y pueril, un cabo ardiendo que tenía que soltar. Y el baño de realidad lo tuvo durante una llamada rutinaria a la comisaría: Feltracco le comunicaba que se les había acabado el tiempo.

- Pero, tiene que estar a punto de aparecer —argumentó Bruno, contrariado, pensando en su siguiente llamada y en lo duro que sería comunicarle al padre de Toni que se habían rendido.
- Mira hijo, no depende de... No puedo seguir dando largas. Hay otras prioridades y ya no cuela —le contestó Feltracco, comprensivo.
- Jefe, consíguenos una semana más —suplicó Bruno.
- No puedo.
- Un par de días.
- Imposible.
- ¡Joder! Vete a la mierda —gritó Bruno.
- Vaya chico, te había juzgado mal, sí que tienes cojones —dijo Feltracco, gratamente sorprendido—. Está bien, ¿estás dispuesto y quieres jugar fuerte? Vale, acepto. Cuelga el puto teléfono y vente a comisaría —añadió.
- ¿Ahora?
- Cagando leches —le gritó el comisario con malos modos y colgó.

Bruno se sorprendió de su reacción, él no era así. En condiciones normales nunca se habría atrevido a usar ese tono. Pero lo que más le chocó fue la extraña respuesta de su jefe. ¿Qué querría el comisario? ¿Le abriría un expediente? No tenía ni idea, se duchó rápidamente, se cambió de ropa y se marchó a la comisaría con una sensación mezclada en el estómago, como si hubiese comido chocolate con calamares. Sentía curiosidad, pero a la vez, estaba a la defensiva. Pronto averiguaría qué quería decir Feltracco.

Cuando llegó, el comisario estaba acompañado. Como un pasmarote, sin saber qué hacía allí, un soñoliento Tempesti permanecía de pie junto a la mesa de trabajo del comisario.

- Bueno, ya estamos todos —dijo Paolo Feltracco a modo de bienvenida ante la mirada de circunstancia que intercambiaron los agentes—. Está bien —prosiguió—, ¡vamos a seguir con la investigación!
- Pero, jefe —intervino Bruno—, me acaba de decir que...
- ¡Ya sé lo que te he dicho! —interrumpió Feltracco—. Pero, ¿tú no querías seguir con la investigación?
- Sí, pero está cerrada.
- Eso son tecnicismos que no vienen al caso. Haréis lo que yo diga ¿queda claro? Y seguiréis con el caso. Estoy convencido de que estamos a punto de dar con el tal Vlad. Y también estoy seguro de que el tipo tiene mucho que decir.
- Por nuestra cuenta, ¿no? —preguntó Tempesti.
- Sí —contestó escuetamente Feltracco.
- ¿Jefe, y si volvemos a interrogar a Giulio?... Ya sabes, al Speedo —preguntó Bruno.
- Esa es una buena idea. De hecho, vamos a ofrecerle un trato.
- Jefe, no se puede —argumentó Tempesti, contrariado
- ¿Qué quieres decir?
- Va contra las reglas. Todo va contra las reglas.
- Verás chico, no sé qué has aprendido hasta ahora —contestó molesto y agresivo—. Pero, esto... No sé cómo decírtelo. Una cosa es la teoría, lo que dicen los papeles y otra muy distinta la realidad.
- Ya, pero el Speedo está en la cárcel —añadió Bruno.
- Mmm, no exactamente.
- ¿Eso qué significa, comisario? —preguntó Tempesti.
- No presentamos cargos, lo dejamos ir el viernes pasado —respondió escuetamente Feltracco.
- ¡No entiendo qué quieres decir! —exclamó sorprendido Bruno.
- No vale la pena, es un desgraciado. Lo dijiste tú, ¿recuerdas? Un pringado

más —se explicó el comisario...

- Es un traficante —le espetó Tempesti, desafiando al comisario.
- Pues está libre —respondió secamente el comisario.
- Entonces, ¿qué trato vamos a ofrecerle? —preguntó Bruno, intrigado.
- De momento está en la calle porque perdimos su ficha y las pruebas que teníamos contra él, pero da la casualidad de que ahora mismo —dijo mientras abría su cajón y sacaba una carpeta— acabo de encontrarlas. Lo podemos empapelar esta misma mañana. Pero si coopera, igual se vuelve a extraviar, claro.
- ¡Joder! —exclamó Bruno, comprendiendo lo que el jefe había querido decir con la expresión *jugar fuerte*.
- Esto no me gusta —siseó Tempesti para sí mismo.
- ¿Cómo dices? —le interrogó el comisario Feltracco, incisivo.
- Ya lo ha oído —respondió contrariado el policía novato—. Todo lo que pretende es ilegal, no tiene base, no sabemos nada de ese Vlad y no tiene por qué tener ninguna relación con la desaparición de Rosso. Y nos jugamos mucho. Si no lo he entendido mal, usted me pide que desobedezca las órdenes de arriba y que tire al cubo de la basura mi futuro, que le haga chantaje a... Espera, lo has soltado tú adrede para aprovecharte de él.
- Mira chaval, ¿tu nombre era...?
- Giacomo.
- Escúchame bien, Giacomo, aquí pasa algo raro, hay un tipo que reparte droga y después la gente desaparece. Llevo el tiempo suficiente en este trabajo para oler la mierda, y aquí hay mucha.
- No es un argumento lo suficientemente...
- ¿Ni para ayudar a un compañero? —preguntó el comisario, poniendo al policía entre la espada y la pared.

Giacomo pensó rápido, la situación era incómoda, aquel pavo real había desplegado su plumaje, exhibiéndose, tratando de obligarle a tomar un camino que no deseaba. No le gustaba, lo habían forzado como a una cerradura. Y no tenía ni la resistencia ni la veteranía para decir no. Tras unos segundos, cedió.

- Una semana, podéis contar conmigo una semana. Sin trampas, juegucitos ni chantajes. Después, no quiero saber nada de vosotros. ¿Entendido? — contestó dando un ultimátum.
- Me vale —respondió satisfecho el comisario.

Pero era un dardo envenenado y Giacomo lo sabía. Si cuando expirase el plazo no daban con Vlad o no aparecía Toni Rosso, el comisario volvería a tensar la situación, y él tendría que retomar la decisión pospuesta, decirles que no y dejarlos a su suerte como el náufrago al que le tiran un chaleco salvavidas para después abandonarlo en medio del agua. A partir de ese instante, lo mirarían con rencor y sería el malo de la película. No entendía por qué las cosas tenían que acabar así. A pesar de que les estaba haciendo un favor convirtiéndose en cómplice de algo irregular que les podía costar muy caro. A pesar de que los estaba encubriendo, aunque fuera por una semana, en cuanto llegase el momento, sería un traidor y un esquirol. No le devolverían el gesto y, probablemente, cuando hablasen de él en la comisaría, lo señalarían por los pasillos con la etiqueta puesta. Cuando esto ocurriera, pediría otro destino.

Doctora muerte (Haifa, otoño 1977)

No estaba muy seguro, creía que era la tercera o la cuarta vez que jugaban con él. La primera, cuando volvió a su celda se quedó encogido en una esquina hasta que se perdió el conocimiento, doblado por el dolor de estómago, vomitando sangre. Ese día recuperó por unos instantes la ilusión y la noción del tiempo, para después, volver a sumergirse en el cubo con hielo de la desesperación.

Recordaba que lo habían vestido otra vez más, o quizá dos veces, pero no tenía una visión completa de lo que había ocurrido después. Y ahora, otra vez con el mismo numerito. No iba a picar. Prefería quedarse en la celda. Al menos, se ahorraría los golpes de regreso al hogar.

- Nabil, te vas —le dijo un soldado.
- Ya, qué alegría —contestó hastiado.
- Esta vez —comenzó a decir...
- Es la buena —dijo, sonriendo con amargura—. Creo que me quedaré en casa, la calle me produce dolor de estómago.
- Como quieras... te lo explicará la teniente Aliyah.

¿Suponía un cambio? Era la primera vez en todo el tiempo que escuchaba un nombre. Todo el tiempo... Pensó que era una expresión extraña. No tenía ni idea de cuántas horas o días podrían ser. Comenzó a divagar unos segundos, perdido en sus recuerdos.

- Vamos, Nabil —dijo el soldado, tendiéndole su mano para que se levantara, tocándolo con delicadeza.

Era agradable una caricia, aunque viniese de uno de los carceleros. Volvió a recuperar la línea de pensamiento anterior. Por primera vez, habían mencionado un nombre. Aliyah. ¿Era verdad?, ¿se iba? Le vinieron imágenes nítidas de las anteriores actuaciones, como si le hubiesen quitado de golpe el velo de su cerebro que le impedía verlo. Sí, lo recordaba todo. En cada ocasión había diferencias, eran únicas y genuinas para que él pensase que era

la definitiva. Y después, lo devolvían a la jaula más desesperado. No iba a caer en la trampa. El nombre, seguramente era falso y era parte de un nuevo teatro.

- ¡Teniente! —gritó el soldado.

Parecía que no tenía escapatoria, tocaba paliza, aunque no se moviera de su celda. Se tiró al suelo hecho un ovillo, intentando agarrarse a algo, buscando un cobijo imaginario.

- Buenos días, Nabil —dijo con cortesía.

Era de día, un comienzo. De día. Pero la información no valía nada. En unas horas, perdería la noción de tiempo. Pensó que aquella mujer era una serpiente. Imaginó como sería su rutina en casa y que su amabilidad debía de ser una farsa. La vio comprando pan y leche y dando las gracias, cuando, seguramente, estaba deseando colgar al panadero por los pies y rociarlo con estiércol.

- Hola, doctora —contestó, llamándola por el nombre que le había puesto y que sabía que le molestaba.

- Hoy estoy de humor, Nabil. Puedes llamarme Aliyah.

- Y tú a mí como te dé la gana, doctora —contestó recalcando la última palabra.

- Está bien, veo que quieres ponérmelo difícil. Pero no voy a picar. He hablado con tu padre.

¿Su padre? ¿Qué sabía ella? Nunca había dicho nada de su padre. Era su padre, sí. Pero él casi no lo conocía. ¿Qué se creía la doctora? La miró y quiso hacerse ilusiones. Pero, ¿cómo se había enterado? Fue un instante maravilloso, puede que uno de los momentos más felices de su vida. Apenas unos segundos que le supieron a gloria. Reaccionó: no, era otra mentira.

- Y me manda recuerdos, ¿verdad?

- No, Nabil, pero... No espero que lo entiendas, ni que me perdones, la verdad. Esto es así y te ha tocado. Verás, no sé cómo decírtelo. Tenemos intereses comunes.
- Ah —contestó con incredulidad creciente.
- Sí. Yo... Nunca te creí, y te habría dejado aquí hasta que me dijeras lo que quería oír. ¿Sabes? En el equipo habíamos hecho apuestas.

Nabil se limitó a mirarla sin comprender.

- Para ver cuánto tiempo tardabas en derrumbarte —se explicó Aliyah—. Tienes el récord. La verdad es que hemos llegado a respetar tu firmeza, pero no contábamos con que dijese la verdad desde el primer momento. Eso explica muchas cosas.
- Doctora... ¿mi padre?
- Para nosotros es primordial que los sirios salgan del Líbano, vemos en ellos a un enemigo a medio plazo, un problema potencial.
- Vinieron a echar una mano y se quedaron como fuerza de ocupación. No me dices nada que no sepa.
- Me alegra que lo veas igual que nosotros. Tu padre opina lo mismo. ¿Sabes? Ha contactado con nosotros.
- Ya, claro.
- Sí, se ha interesado por ti. Gracias a él eres libre.
- ¿Libre? Dime una cosa. Los golpes, ¿dónde tocan hoy? ¿En la cara? ¿En la espalda? ¿Me vas a quemar la planta de los pies? —preguntó Nabil, agresivo.
- Entiendo... Y si te digo que tu padre es Sami El Masri y que los drusos son nuestros aliados, ¿me creerías?

Tenía que reconocerlo, la doctora era buena en su trabajo. Nabil se incorporó preguntándose cómo había podido averiguarlo. Era imposible, a no ser que él hablara en sueños o que lo hubiera soltado en uno de los cada vez más habituales interrogatorios en los que perdía la noción de la realidad. Pero, ¿y si fuera?... Estaba demasiado cansado, no podía pensar. Decidió que lo que

tuviera que ocurrir, ocurriría, y de nada servían sus disquisiciones ni su susceptibilidad.

- ¿Qué toca ahora?
- Irte, Nabil, y volver a casa
- No quiero.
- ¿No lo entiendes? Eres libre.
- Ya. Seguro que no me mientes.
- En realidad, llevas razón, no eres libre del todo —puntualizó Aliyah—. He hecho un trato con tu padre. Hay condiciones. Vas a trabajar para mí.

Podría ser el día de las idioteces. Y aquella mujer habría ganado el premio, pero la conocía y sabía que cada palabra que salía de su boca o cada golpe que él encajaba estaban perfectamente medidos por aquella arpía.

- Es muy sencillo, Nabil. Puedes irte, ver a tu madre, a tu padre o a quién quieras y pasar unos días en casa. Después, volverás a Haifa, recibirás entrenamiento, aquí, en este mismo campamento. No te preocupes, te trataré mejor que hasta ahora. Cuando estés listo, estarás a mis órdenes.
- Y ¿si no vuelvo?
- De verdad, Nabil... ¿Crees que tienes opción?
- Si vuelvo será para arrancarte las tripas. Lo sabes, ¿no?
- Me gusta tu energía, pero no va a poder ser. Verás, te lo voy a explicar. Nosotros sabemos que un *uqqal*, uno de los líderes de las milicias drusas, un guía espiritual y militar respetado en su comunidad es en realidad el marido secreto de una maronita y, además, tienen un hijo. ¿Te gusta cómo suena?
- No, no tienes pruebas...
- No seas idiota. Hasta ahora te he respetado. Muchacho, mantén el nivel. Haz lo mismo conmigo. No hace falta demostrar nada. Solo hay que sembrar un comentario por aquí y otro por allá. Ya sabes. La gente... Por menos he visto a muchos acabar pataleando en una horca.

La doctora resultaba más convincente que las anteriores veces. Recapacitó unos instantes. Parecía que todo encajaba. Lo dejaban marcharse. Miró la puerta de la celda con recelo, pensando en lo que podría haber detrás. La cruzó despacio.

- Tengo que estar presentable —dijo mientras salía de la zona de los calabozos.
- Pero, ¿tú te has creído que esto es un salón de belleza? —contestó la teniente con un amago de sonrisa.

Era la primera vez que Nabil miraba a la teniente así. El comentario le pareció gracioso. Era hermosa. Sonrió.

- Anda, te acompaño —dijo Aliyah, condescendiente.
- Aliyah, ¿no? —preguntó Nabil, receloso.
- Hoy sí. Pero soy tu teniente, no lo olvides —le advirtió.

Salió nervioso, esperando recibir una dosis de decepción que lo dejara en el suelo temblando, pero no fue así. Pasó por delante de las mesas de la zona de oficinas. No eran imaginaciones suyas. Lo miraban. Continuó con miedo. Estaba sudando y tenía todos los músculos en tensión. Un poco más, arrastrando los pies, despacio. Disfrutando cada paso por si se frustraba. Intentando sentirse libre el máximo tiempo posible. Cruzó la puerta. Estaba en el exterior del barracón. Entornó los ojos, molesto por la luz. Era la vez que más lejos había llegado. Continuó andando con las piernas cansadas por la falta de uso. La teniente lo acompañó hasta el puesto de vigilancia del cuartel. Abrieron la cancela metálica. Dejó a Nabil fuera, en la calle, le dio la mano y se dio la vuelta.

- Recuerda, Nabil. Un mes —le advirtió la teniente.
- Entendido.
- ¡Nabil! —gritó Aliyah mientras se iba.
- ¿Qué? —preguntó Nabil, pensando que no tenía fuerzas para salir corriendo y que había llegado el momento en que lo devolverían al

agujero.

- Bienvenido al Mosad.

Correspondencia (КОЛЫМА, principios de mayo 1963)

Estaba oscureciendo cuando Misha salió del barracón de Volkov con una mezcla extraña en el estómago. Por un lado, veía que cada vez tenía más sentido la frase del comisario “no dejes que te maten”. Sonrió. Por el momento, lo estaba consiguiendo a trompicones. Por otro lado, la amenaza del comandante del campo le había puesto los pelos de punta. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Volkov devorándolo vivo, lo veía capaz. Y, por último, sabía que el exceso de whisky le haría vomitar pronto. Caminó hacia la enfermería, recibiendo el alivio del frío en la cara, aguantando el tipo. Estaba contento. El general seguía con vida.

- ¡Teniente! —le asaltó una voz familiar.

Miró con torpeza, sensiblemente bebido. Era el tipo ese, Daniilevich, se había convertido en su sombra, el guardia al que le había salvado el brazo. Misha no quería contrariarlo, pero llegaba a resultar molesto. Sabía que lo hacía con buena intención. Y, Misha comenzaba a arrepentirse de su heroica acción.

- ¡Camarada, tiene correspondencia! —volvió a gritar reclamando su atención.

- ¿Qué?

- Tranquilo, no he dejado que nadie la lea. La he ocultado.

Misha lo miró sin entenderlo, como si las palabras no tuvieran significado para él. No podía ser. No había recibido ni una letra desde que llegó porque su hermana no era partidaria escribir, temió que le hubiese ocurrido algo. Volvían a estar en sintonía y la adoraba. Sintió pánico. Era la gota que colmaba el vaso. Se apartó un instante y liberó el volcán de podredumbre que llevaba dentro. Después, se revistió con la dignidad que pudo y cogió la misiva con miedo. Le dio la vuelta para ver quién quería ponerse en contacto con él. No se lo podía creer. Una sola palabra en el revés de la carta. Tainaya. Respiró.

- 002242 también ha recibido carta —le dijo Daniilevich mostrándose

ansioso y servicial.

- ¿En serio? —preguntó Misha con desinterés.
- Sí, es la segunda en poco más de un mes —puntualizó Daniilevich.
- Camarada, me encuentro mal. Necesito ir a la enfermería. Si quieres se la entrego —se ofreció el teniente Novikov.
- ¿De verdad, no le importa?
- No hay problema.
- Gracias, camarada.

Misha cogió la carta del general y continuó su camino ocultando su nerviosismo. Esperó a perder de vista al guardia. Le echó un vistazo a la correspondencia cerrada del general. Pensó que aquellos papeles podían contener una buena noticia. Miró el remitente, estaba firmado por la sobrina inexistente. Había algo extraño. Captó su interés. La letra parecía la misma que la de su carta. Se quedó pensativo. ¿De quién serían las cartas en realidad? Les volvió a dar la vuelta a los sobres. Los matasellos eran de Magadan. Si nadie conocía el nombre en clave de su novia, solo había una respuesta posible. Las dos cartas las había escrito la misma persona: Tainaya.

Las habría abierto antes. Y la del general antes que la suya, porque en su carta sabía lo que ponía, pero la otra... podría contener noticias del indulto... Pero no debía hacerlo, sería una falta de ética, no tendría excusa y perdería su confianza. Aunque él fuera el teniente de campo y el otro un simple *zek*. La dejó visible en la mesa del dispensario como cuando el perro trae la pelota en la boca, esperando que el amo le siga el juego. Y se fue a dar un paseo para terminar de despejarse y leer su carta en soledad. Volvería en un par de horas.

Era casi la hora del toque de queda, pero Misha no se resignaba, tenía que ver a su amigo y saber qué le decía Tainaya en esa carta al general. Era importante. Además, tenía que ponerlo al día de casi todo lo que le había ocurrido durante su estancia en la ciudad.

Entró en el barracón, estaba en silencio, pasó de puntillas al dispensario para no despertar a los enfermos. El general estaba de pie, dando vueltas como un león enjaulado, sosteniendo la carta como si le hubiesen informado de que

Stalin había resucitado. Lo miró a los ojos, estaba fuera de sí y susurraba insultos. Tardó unos segundos en reaccionar.

- General... disculpe.
- Misha, ¿sigues vivo! —exclamó bromeando.
- Por poco, general, por poco —contestó apesadumbrado.
- Ya... ¿Qué tal por Magadan? ¿Ha pasado algo? —preguntó interesándose.
- Pues... que quisieron matarme.
- ¿Quién?
- Volkov.
- Joder Misha, ¿me lo vas a contar todo o tengo que interrogarte?

Lo puso al día y el general se mostró interesado. Especialmente, cuando le contó la milagrosa intervención de la hija de su amigo.

- Claro, ¡cómo no! La pequeña Svetlana. Es una chica increíble —dijo con un tono extraño.
- Lo es —contestó Misha sin comprender muy bien dónde quería llegar el general— ¿Y tu carta?
- Nada importante, tan solo que los de Moscú están revisando mi caso —se explicó, neutro.
- Pero, ¡eso es estupendo! —exclamó Misha.
- Mi querido teniente Novikov, eres demasiado nuevo e impulsivo. Prepárate para lo peor, que si mejora, es fácil de encajar. De lo contrario... En confianza, no creo que salga de aquí. No creo en el sistema. No espero que los mismos violinistas que me encerraron por tocar al ritmo del anterior director de orquesta ahora se den cuenta de que era una barbaridad, porque hacerlo implicaría reconocer su mezquindad.
- ¡¡General!?! Vamos, es una buena noticia.
- Misha, estoy muy cansado. Ha sido un viaje muy largo... ¿seguimos mañana?

Resaca (Колыма, principios de mayo 1963)

Se levantó con dolor de cabeza. La resaca era monumental. No volvería a probar el whisky en su vida. El desayuno era tan malo como de costumbre, pero le supo aún peor. Habría dado el sueldo del mes por una pieza de fruta que le refrescase la boca. Recapituló. El día anterior había sido intenso. Primero, Volkov le había asustado como un ogro a un niño; después, había tenido noticias de Tainaya. Y, por último, su encuentro con el general tras la ausencia de este. Era un tipo singular. Cualquiera en su pellejo de *zek* habría dado saltos de alegría, pero él se mantenía frío, como si el clima de Kolymá se hubiese instalado en su alma. A veces era contradictorio. Y, Misha no entendía la reacción. Puede que fuese el cansancio que no le dejase ver el lado bueno de la noticia. Quizá esa tarde, cuando fuera a visitarlo, el general ya habría entendido el alcance de lo que ponía en aquella carta. Habría dormido y estaría de mejor humor. Eso sería a media tarde. Ahora Misha, vestido de teniente, tenía que arrancar la jornada, llevar el rebaño a la mina, conducir el ZYS con el lavado de oro y descargar un par de toneladas para hacer más ricos a los tipos que querían acabar con él... Lo habitual.

Salió del comedor dispuesto a afrontar su siguiente tarea. De nuevo, Daniilevich estaba merodeando, esperando junto a la entrada de las instalaciones como si fuese el conserje en un hotel de dos estrellas, buscando su oportunidad para demostrarle su agradecimiento tras una succulenta propina.

- ¡Teniente! —le gritó reclamando su atención.
- ¿Sí, camarada? —preguntó mostrándose agobiado.
- Es importante, tengo que hablar con usted. ¿Tiene un minuto?

El día sería complicado. El sargento seguía sin aparecer por ninguna parte. Cuando llegase el momento, tendría que palear él solo. Tardaría más del doble. Acabaría molido. Y el guardia requería su atención. No tenía tiempo para él.

- Ahora no puedo, es muy temprano —dijo con desgana.
- Es de Magadan —puntualizó entre dientes, buscando captar su interés.

Misha se quedó paralizado. ¿Qué sabía él de Magadan y qué quería decir? El guardia lo miró como si pudiera leerle la mente, se mostró cercano buscando su complicidad. Lo cogió del brazo tomándose una licencia que nadie le había dado. Lo apartó del grupo y le susurró al oído.

- Acaban de llamar del hospital. Teniente, un tal Aleksievich mencionó su nombre y pidió que le localizaran. Parece que le han disparado. No sé más.
- ¿Cuándo? —preguntó sensiblemente inquieto.
- Hace diez minutos.
- Necesito hablar con el médico.
- Teniente. Confíe en mí, le puedo ayudar.

Daniilevich estaba bajo el mando directo del todopoderoso sargento en el departamento de comunicaciones. Y, ahora, su jefe no estaba. Por las manos del guardia pasaba cada comunicación oficial que se hacía con el exterior. Una de sus misiones era pinchar los teléfonos para que los tímpanos adecuados fueran excitados, para poderle dar la vuelta a todo lo que se dijera y usarlo contra quién hiciera falta. Y también era su forma de vida, porque, por una nimiedad, garantizaba una comunicación extraoficial, limpia, sin interferencias ni espectadores. Al menos, desde su lado de la línea. Por el teniente, lo haría gratis.

Misha se fue de la mano del guardia, asustado, confiando porque no lo quedaba otra. Llamó al hospital. La información era escasa, le habían disparado la noche anterior en la habitación del hotel. La habían dejado inconsciente, la limpiadora la encontró en la cama desangrándose y avisó a la policía. Misha habló con uno de los médicos del servicio de urgencia, pero no le garantizaba nada. De hecho, el facultativo tendía más a pensar que no iría bien. Misha tenía que ver a Volkov de inmediato y suplicarle un permiso para escaparse a verla. A cualquier precio. Le agradeció el gesto al guardia como si ahora él le debiese la vida a aquel hombre con ojos de comadreja y salió corriendo.

Escapada (Колыма, principios de mayo 1963)

No sabía qué pensar. Por un lado, y como decía el general, no creía en las coincidencias, pero por otro, tampoco le veía sentido a lo que había ocurrido. Volkov no conocía el paradero de Tainaya, no sabía qué aspecto tenía, es más, ni siquiera sabía de su existencia. El comandante no podía ser el responsable. Pero algo le decía que, si la habían dado por muerta, era mejor que siguiera así para todo el mundo hasta que pudiera determinar quién era una amenaza y quién no.

Dudó. ¿Qué hacía él yendo a pedirle un permiso al comandante si no podía fiarse de nadie? Se paró unos instantes. Porque si no iba a Magadan, entonces, la dejaría a su suerte, sola, muriéndose en una cama hostil, rodeada de desconocidos. Continuó andando hacia el barracón de Volkov. No sabía qué hacer. Podría ver al general y pedirle consejo. Volvió a pararse. Se dio la vuelta en medio de un barrizal. No había tiempo. Debía estar con Tainaya. Regresaba para ver a Volkov.

- ¡Misha! —exclamó Volkov, efusivo.

Lo miró, tenía un aspecto horrible. El saludo le sonó extrañamente sincero.

- Tengo que ir a Magadan —le soltó directo, serio, estudiando su reacción.
- ¿Cuándo? —preguntó el comandante, sorprendido.
- Ahora.
- Misha, eres mi socio —intervino, contrariado—... Ahora tienes negocios. Esto no funciona así. Tú y yo, ¿recuerdas? Viniste a mí. No puedes irte. Joder, eres mi socio —repitió resacoso, incapaz de encontrar más argumentos.

En otras circunstancias se habría alegrado de oír esas palabras, incluso, si no estuviera Tainaya de por medio, podría considerar la oferta y cambiar de amigos. Pero no era el momento.

- No sé, chico —continuó el comandante—. La verdad, no te entiendo.

- La pueblerina, ¿recuerdas? —puntualizó Misha, triste.
- Ah, sí. Pero... ¿por qué? ¿Acaso no hay más mujeres? ¿Tiene que ser esa? ¿Tírate a otra? Joder, en el gulag de mujeres... fóllate a todas las que quieras.
- La han matado. Anoche —mintió.
- Pero... tú no tienes nada que ver. Estabas aquí conmigo, se lo diré a la policía —lo justificó sin comprender a dónde quería llegar el teniente.
- No es eso. Tengo que verla. No sé si lo entiendes. Pero tengo que hacerlo. Solo una vez más. Debo despedirme.
- Mira, anoche seguí bebiendo cuando te fuiste hasta que acabé con el whisky. Tengo un dolor de cabeza horrible. Me acabo de levantar. Dame un minuto que piense...
- Por favor. Tengo que irme.
- ¡Ah, chico! Debió de ser una fiera en la cama... En fin, el amor es una mierda. Entonces —resopló meditando—... Anda, vete —claudicó—. Porque si te digo que no, te irás igualmente, ¿verdad?
- Gracias, comandante.
- No me jodas con lo de comandante. En fin, siento lo de la chica y supongo que si ahora te digo que se te pasará, te serviría de poco. Vete. Coge lo que necesites. Llévate el UAZ, llegarás antes. Corre, llora y vuelve pronto. Después, trabaja como un *zek*, emborráchate y búscate una nueva, o dos, pero no aquí, fuera... ya te contaré. ¿Sabes? Cuando estoy borracho veo las cosas con más claridad y he estado pensando toda la noche. Quizá llesves razón. El sargento es demasiado listo. No nos conviene. Ni a ti, ni a mí. Y, además, tenemos que arreglar otro asunto pendiente. Te informaré cuando regreses.
- Yuri, gracias otra vez. Por todo.
- Vamos, corre.

El comandante Volkov se asomó a la ventana de barracón para contemplar cómo el teniente se alejaba como si le hubiesen puesto purgante en el café. Se quedó pensativo. Envidiaba a aquel muchacho que era capaz de enfrentarse a él cara a cara sin miedo con la arrogancia de un secretario del partido recién

nombrado. Y, además, demostraba tanta pasión... Lo envidió porque él nunca se había sentido así por nadie. Quizá si seguían juntos podría aprender algo de él. Comenzó a prepararse para la jornada. Sería horrible. No tenía tiempo que perder. Ocuparía el puesto del teniente Novikov para conducir *zeks* a la mina.

Salía cuando sonó el teléfono de su oficina. Tenía un minuto.

- Volkov. Dígame.
- Escúchame bien, había una perra en Magadan y ya no nos molestará más. Ya solo tienes que encargarte del macho. Hazlo hoy.
- Pero... eh, se ha ido al entierro.
- ¿Le has dado permiso sin consultármelo? Eres rematadamente tonto —gritó enfadado.
- Pero... no es mal chico, está de nuestro lado —argumentó contrariado.
- Idiota. No te enteras de nada —le gritó perdiendo la paciencia—. Trabaja para el KGB. Nos pisan los talones.
- ¿Qué dices? No puede ser.
- Lo sé. Estoy completamente seguro. Y ahora, él estará alerta. Tenemos un problema.
- No te preocupes —dijo cambiando de tercio, volviéndose duro—. Cuando venga, me encargaré de él. Le hice una promesa, lo invitaré a cenar. Sí, la voy a cumplir.
- No lo has entendido. Si habla con su jefe, estamos perdidos. Déjame pensar. Buscaré una solución. Me encargo yo.
- Joder... lo siento. Él, él vino llorando.
- Ya da igual. Quizá hasta sea lo mejor. ¿Sabes? Lo haremos a mi manera. Tengo un hombre de Magadan, es muy eficiente. Tú no hagas nada más. ¿Queda claro?

Cuando Misha se marchaba por la puerta del gulag, vio entre los guardias a una cara amiga, de nuevo Daniilevich. Estaba jadeando. Parecía que se había dado prisa. De inmediato supo que lo estaba esperando. Redujo la marcha del UAZ. El guardia de comunicaciones golpeó el cristal de la ventanilla para que

Misha la bajara.

- Disculpe, ¿tiene un pitillo, camarada?
- Sí claro. ¿También necesita fuego? —preguntó intrigado.
- Sí. Gracias —gritó cogiendo el cigarrillo y metiendo la cabeza por la ventanilla para acercar su cara al mechero—. Una cosa más, teniente. Vigile su espalda. Ellos creen que está muerta. Un tipo le espera en Magadan. Va a por usted —susurró.

Santi Cuevas (miércoles, 12 de abril de 1989)

Lola se subió al coche pensando que aquel perro vestido de verde se iba a salir con la suya. No se merecía el sueldo de sargento ni el uniforme, y por su gusto, se lo habría arrancado ella misma. Pero se tenía que joder. Y lo mejor que podía hacer era sacar a la luz toda la basura que el caso acumulaba. Era como una alfombra mullida con bultos. Tan solo tenía que levantarla por el sitio adecuado. Su siguiente paso sería volver a Valencia, al toxicológico, con las cartas boca arriba. Le restregaría por la cara al forense la autopsia de la chica. La primera, la de verdad, la que no estaba manipulada. Le haría cantar. Después, si lo domesticaba, le pondría delante de sus narices los resultados del chaval y le preguntaría por el asunto del tiro. Seguramente, el doctor Bellido se resistiría mínimamente y, al final reconocería que era un vendido. Sentía curiosidad por saber el precio. Y si no funcionaba, siempre les quedaba acudir al resentido doctor Muñoz. Seguro que no tendría ningún reparo en explayarse. Sería como acudir al ex novio encabronado para sacar información truculenta de la antigua pareja. Pan comido. Le contó su plan a Reyes y cogió el TM450 y llamó a su Ernesto, al de verdad.

- ¿Cómo vas? —preguntó el jefe.
- No sé qué decirte.
- Pues has llamado tú —protestó Ernesto.
- Verás, ya sé que me dijiste que no me fuese por las ramas. Pero —comenzó a explicarse Lola—... En fin, este caso me recuerda al chiste del borracho que busca las llaves bajo la luz de la farola porque ve bien el suelo, pero el tío sabe que se le han caído en otro sitio. Y, ¿sabes? ya he dejado de buscar bajo la luz, porque allí no hay nada. La basura está en la oscuridad —concluyó.
- Lola, al grano.
- Tú lo has querido. Esto es lo que creo: me habéis asignado el caso para ver si me la colabais —le espetó, agresiva.
- ¿Yo? —preguntó Ernesto haciéndose el ignorante.
- No te lo tomes como algo personal, Ernesto. No te culpo —le dijo más calmada—. He atado cabos. Te lo voy a explicar como si fueras tonto.

Como tú me tratas a mí —añadió todo lo ofensiva que pudo—. El traslado a la unidad me lo dan justo en el momento oportuno, curioso, ¿no? Después de varios intentos y de negativas, va y me llega. Justo cuando desaparecen los chicos. Ahora vas y me asignas el caso y me haces venir sola...

- Cumplo órdenes —se excusó.
- ¡Tío, soy tu novia! Y para más hostia, desde que he llegado me han seguido.
- Lola, te lo juro por lo que tú quieras. No es así —se defendió Ernesto.
- Hay más. El informe forense de la autopsia de la chica está falseado —continuó Lola.
- Joder, Lola, ¿qué te dije?, esto te sobrepasa, es el estrés.
- Claro, si no eres tú, soy yo, no te jode. ¡Ernesto! —gritó—. Al chico lo mataron de un disparo.
- Venga, y eso quién lo afirma —respondió incrédulo.
- El que lo encontró y te aseguro que sabe de armas lo suficiente como para creer lo que me dice. Además, ha recibido presiones para que cambie su declaración —le explicó con suavidad, como si estuviera dando clases.
- Lo que dices es muy jodido, Lola. ¿Estás segura? —preguntó Ernesto, asustado.
- Sí, hay un tipo que va por ahí diciendo que eres tú. Fue al toxicológico de Valencia y se llevó la última copia de la primera autopsia.
- ¡Lola, para! —gritó para no seguir oyendo.
- No, Ernesto, aquí hay algo muy extraño. Además, creo que hay relación entre un par de personajes locales y el falso Ernesto. Los vi juntos. Son los hermanos Cuevas.
- No, Lola no sigas por ahí. No puede estar tan...
- ¿Qué? —lo interrumpió—. Creo que la palabra que buscas es corrompido. Pues casi que sí, te adelanto que uno de los hermanos estaba en la cárcel y ha salido. ¿A cuántos conoces que les hayan concedido el tercer grado antes de tiempo?
- Y ¿qué vas a hacer? —preguntó Ernesto, intentando ganar tiempo.

- Pensaba volver a Valencia a hablar con el forense otra vez, pero se me encendió una bombilla, como los chivatos del coche que te avisan cuando algo se va a joder. Recordé que me dijiste que no había ninguna conspiración. Y me lo dijiste así, sin más, sin pedírtelo. ¿Qué hago, Ernesto? ¿Qué quieres que haga? Lo mejor será que me lo digas tú, eres el jefe. Decide de qué bando estás. Haré lo que tú ordenes —concluyó dejándole la pelota sobre su tejado...

Había salido todo mal. Ernesto, cuando la nominó, pensó que podía manejar a Lola según soprase el viento y llevarla o traerla a dónde él quisiera. Pero Lola había sido mucho más rápida de lo que esperaba. La inspectora había atado cabos y a Ernesto no le había dado tiempo a preparar el terreno para amortiguar el golpe.

- Eres una hija de puta, Lola —contestó con rencor de traidor, pasados unos segundos, viéndose acorralado, sabiendo que no había una respuesta buena.
- Y tú estás pringado. Hasta las trancas —susurró Lola, fría.
- No tiene que ser así. No es como lo piensas —se explicó Ernesto pensando en los errores cometidos.
- Ya, entonces los chicos se han suicidado, es eso, ¿verdad? ¿me vuelvo a Madrid ya y quedamos para cenar? Después echamos un polvo y hacemos como que somos felices hasta que vomitemos al mirarnos en el espejo —contestó con ironía.
- Lola...
- ¿Me explicas qué pasa aquí? —preguntó algo más nerviosa.
- No puedo. Por teléfono no. Ni te imaginas. Es peligroso, vuelve pronto y hablamos —contestó Ernesto, asustado y enigmático.
- ¿Es una orden o puedo seguir investigando? —preguntó Lola, chuleando.
- Lola, te quiero, ahora no puedo decirte más. Haz lo que tengas que hacer. Ya hablamos. Ten mucho cuidado —respondió Ernesto, sintiéndose perdido.
- Ernesto, que te den —dijo suavemente Lola, y cortó.

Lola puso en marcha el motor sin mirar a Reyes, como en automático. Estaba intentando no llorar, fingir que todo iba bien. Como si cuándo regresase a casa pudiese retomar su vida más o menos donde la había dejado. Pero con un Ernesto de menos. Con suerte, podría encontrar otro en el estanco de la esquina, uno rubio como el tabaco. Necesitaba un pitillo.

- ¿Qué te ha dicho? —preguntó Reyes, pasados unos minutos.
- ¡Uff! Qué más da, imagínate lo peor.
- Está metido.
- Sí, hasta las cejas, y el teléfono lo tengo pinchado. Esos hijos de puta han estado al tanto todo el tiempo.
- Bueno... Es lógico. Vamos a Valencia, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Reyes.
- Contéstame a una cosa —comenzó a decir Lola, parando el coche y mirando fijamente a los ojos de guardia— ¿Tú? —titubeó—... ¿tú no eres tan cabrón como estos? Porque si lo eres, lo disimulas bien.
- No Lola, no. Yo me la estoy jugando igual que tú —dijo intentando mostrarse lo más franco posible—. Y ¿sabes una cosa? A mí me espera un cambio de destino porque el cabrón del sargento me ha querido comprar. Y se va a dar cuenta de que lo he mandado a tomar por culo —concluyó con tristeza.
- ¡Cáspita! —exclamó Lola.
- Pero ¿qué dices? —preguntó sorprendido el guardia civil.
- Es la primera vez que te oigo decir palabrotas. Y es por culpa mía. Soy una mala influencia para ti —dijo sonriendo.
- Sí lo eres. Anda, arranca y tira. Vamos a ver al forense —concluyó Reyes, aguantando la risa.

La visita al toxicológico fue todo lo desagradable que cabía esperar. El doctor Bellido se mostró cobarde como un perro en la consulta del veterinario. Se excusó en la familia, en el miedo, en la profesión que perdía si no seguía por la raya. Ni quería ni podía permitirse ser el siguiente Muñoz cargando cajas. Y

sí, estaba amañado como un combate de boxeo, pero Lola entendió sus miserables razones, las justificaciones de quién tiene más miedo al estómago vacío de la prole que vergüenza torera. Y no lo culpaba.

Lola sabía perfectamente que los que se estaban aprovechando de la debilidad del forense lo hacían porque podían. Tipejos sin escrúpulos, expertos en detectar a las víctimas para apretarles las tuercas hasta que reventasen de puro asco. Y, para cuando esto ocurriera, los que están acostumbrados a ganar ya se habrían salido con la suya. Es un juego muy viejo, de quien puede contra quien no tiene. Y desde que el mundo es civilizado, siempre vence el mismo, aunque en las películas, los buenos derrotan a los malos para que nos sintamos bien y durmamos tranquilos. Adoctrinamiento. Pero es pura ficción.

Estaban en silencio, frustrados y enfadados. Lola pensó que tenían lo que querían y eso era un problema. Quería gritar. El jodido Ernesto llevaba razón. No tenía ningún sentido haber llegado hasta ese punto tocando huevos para acabar en nada, en una rendición incondicional. No había un después, ni un siguiente paso. Sabían que a los chicos se los habían cargado gente con poder. Nunca averiguarían quienes eran, ni por qué lo habían hecho y jamás podrían demostrar nada. Ni siquiera tenían los cuerpos. Era un desastre. Intuía que la otra chica estaba muerta y que tarde o temprano aparecería en cualquier cuneta, como si fuese un mal chiste macabro, para reírse de ella, de Reyes y de paso, de todo el mundo. Lola decidió que no hacía falta visitar a Muñoz. Se rendía. Quedaban veinte minutos escasos para llegar al pueblo y dejar al guardia. Era majó. Se despediría del chaval y le desearía suerte. Quizá el picoleto aún estaba a tiempo de mostrarse sumiso y mantener el puesto. Acto seguido, continuaría hasta Madrid para volver a ocupar un despacho que le sabía amargo, porque se lo habían dado para reírse en su cara. Y solo podía seguir con lo que le había tocado, siempre seguir, porque hay que mirar hacia delante. Y olvidarse de todo lo demás, asqueada y herida.

Sonrió, pensó que no era mala policía, había llegado hasta el final del asunto, había tocado el fondo y se daba la vuelta como un buceador en apnea. Le tocaba aguantar el olor a descomposición hasta recuperar la superficie. Cogió un pitillo y puso en marcha el mechero del Ibiza con un ligero movimiento del dedo índice.

En ese instante el todoterreno salió de un camino como si huyera de una estampida de bisontes y se empujó contra el lateral derecho del coche. A Lola solo le dio tiempo a pensar en su puerta azul del desguace, después se quedó inconsciente con los labios apretados sujetando el cigarrillo. Reyes comenzó a sangrar, se había llevado la peor parte, había roto la ventanilla con la cabeza. Cuando Lola resucitó escuchó gritos, alguien la estaba agarrando con firmeza, pensó que la estaban rescatando, hasta que recibió una bofetada, fuerte como la coza de un mulo. Le estaban hablando.

- A ver, bonita, soy yo, ¿me recuerdas?
- ¿Eh? —preguntó Lola, aturdida.
- Cómo sois las tías, me dijiste que lo nuestro era para siempre. En el bar, ¿te acuerdas ya, zorra? —le preguntó Santi, dándole otra bofetada.
- No —balbució casi ininteligiblemente mientras buscaba su arma.
- No te molestes, la tengo yo —dijo enseñándole una pistola—. De esta no te salva nadie. Guapa, vas a tener que hacer memoria porque la próxima hostia te la voy a dar en el DNI —amenazó Santi—. Venga, esto tiene que ser rápido. Primero, ¿qué habéis hecho con Urruti?

Pero Lola no entendía nada, buscó en su cabeza infructuosamente, se encogió de hombros, sin comprender. No sabía quién era el tal Urruti. Intentaba mantenerse digna, sabiendo que aquel tipo le haría pasar un mal rato. Quería abrir los ojos, pero era casi imposible. Consiguió ver con claridad un instante, hasta que recibió el siguiente viaje que la tiró al suelo.

- Me parece a mí que tú eres de las que gusta recibir. ¿Te pone?
- No, esa es tu puta madre —acertó a decir torpemente, con sangre en la boca, intentando ponerse a cuatro patas para huir.
- Es el mejor día de mi vida. A ti te gusta que te den y a mí me encanta soltar. Es verdad, estamos hechos el uno para el otro hasta que la muerte nos separe —dijo mientras le daba una patada en la cadera y la volvía a revolcar por el suelo—. Te lo pregunto otra vez. Como amigos: Fran Urruti.
- ¿Quién?

- No te hagas la tonta. El que os seguía, ¿lo has matado?
- Gilipollas. Vete a tomar por culo. No sé quién es...
- Mira, te lo voy a poner claro. Cuanto antes cantes, antes dejará de dolerte. Y lo vas a desear, porque de lo contrario se te va a hacer muy largo.

Lola evaluó la situación. Estaban en la cuneta de una carretera secundaria. Aquel bestia la iba a matar de una manera o de otra. Lo único que la podía salvar era algún coche que pasara por allí. Tenía que alargarlo y no iba a ser agradable. Aun así, las posibilidades eran escasas. Al poco, escuchó el ruido de un motor. Alguien venía. Quizá era un golpe de suerte.

- Venga, acaba ya —dijo un tipo bajando la ventanilla.
- ¡Salva! Es que me divierto —contestó Santi.
- Eh, tú. Termina. No podemos estar aquí todo el día, tenemos trabajo —dijo otro con voz autoritaria y con un acento extraño que Lola no pudo determinar.
- Y ¿Urruti? —preguntó Santi.
- Ya aparecerá. ¿No los ves? Estos no tienen ni idea. Remátalos rapidito. Nosotros nos vamos a la finca —dijo el extranjero.
- Vale, ya voy, nos vemos allí en cinco minutos.

Lola levantó la cabeza y miró al interior del coche que comenzaba a moverse, quería saber quiénes iban a acabar con ella. Uno de los tipos era el hermano, Salva, pero el otro, el extranjero, era la primera vez que lo veía.

- Dime una cosa —se atrevió Lola, recomponiéndose— ¿Por qué? —preguntó.
- ¿Por qué? ¿Por qué? —repitió nervioso—. Porque te has metido donde no te llaman, bonita. Porque aquí mandamos nosotros. Porque tenemos un negocio de puta madre que ni tú ni veinte como tú nos vais a dismantelar. ¿Sabes por qué? Porque está pringado hasta el Papa de Roma. Como lo oyes, hay gente muy importante cobrando de este chiringuito. Tíos con chaqueta y corbata que no se ensucian las manos ni para mear. Yo lo hago

por ellos ¡Y me pagan una pasta!

- ¿Y los chicos qué tienen que ver?
- Hay que joderse. No tienes ni idea, ¿de verdad no tienes ni puta idea? —gritó—. Hay que joderse —repitió—. No lo has averiguado y vas a morir por unos drogatas de mierda —dijo riéndose—. Está bien, aquí fabricamos mercenarios y los alquilamos a quién pueda pagar. Y estamos muy por encima de tu nivel. Los niños sirven para entrenar, idiota, como tú. ¿Ves? Si te quiero hacer daño, pero sin que te desmayes, se pega así —dijo mientras le daba una patada en el centro del muslo, dejándola coja.
- No tienes que hacerlo —susurró Lola, perdida, cegada por el dolor, aguantando el tipo como podía.
- Claro que no, pero... Te confieso una cosa. A mí, este trabajo me gusta, como cuando le metí la cabeza a la chica en un cubo con agua helada, una y otra vez, para ver cuánto resistía. La hija de puta se murió antes de tiempo. Pero tú, tengo que reconocerlo, me estás poniendo burro.
- ¿Y la otra chica?
- Viendo cómo están los otros... Imagina. Hasta tú puedes.
- Eres un monstruo —dijo Lola levantando la cabeza y mirándolo fijamente.
- Eso, así es mejor, quédate quieta. Me gusta veros la cara —soltó Santi sonriendo y apuntándola con la pistola—. Esto se ha acab...

Juan Reyes llevaba muy pocos minutos en el mundo de los vivos. Había visto el coche marcharse con el otro Cuevas y su acompañante. Le sonaba la cara del pueblo, pero no lo conocía. Aturdido, intentó pensar quién era. De inmediato, se dio cuenta de que tenía un problema más importante. Por lo que había oído, sabía que si no hacía nada, esos instantes serían los últimos. Su cuerpo respondía a duras penas y le habían amarrado las manos a la espalda con unas bridas. Lo único que se le ocurrió fue ganar un poco de velocidad y convertirse en proyectil humano contra Cuevas. Con un poco de suerte, conseguirían unos minutos. Si fracasaba, caería al suelo como un saco de patatas y lo acribillarían junto a la policía. Era todo lo que podía hacer y, como en el aterrizaje del Columbia, no había segunda oportunidad. Y lo hizo.

Santi dispararía sobre Lola, después se cargaría al guardia, metería los

cuerpos en el todoterreno y se desharía de ellos. Un trabajo fácil, como otras veces. Era un buen día. Escuchó un grito, disparó asustado instintivamente dándose la vuelta, pero falló y al instante estaba en el suelo. Tras el encontronazo, la pistola volvía a su dueña como avergonzada por la traición.

- Tú no tienes cojones —dijo Santi encarándose con Lola.
- Claro que no, soy una tía —respondió la policía—. Pero no los necesito, no son pulmones.
- No vas a dispararme —la desafió.
- Mira, ahora te has equivocado —dijo Lola realizando un disparo de aviso.
- ¿Qué haces, Lola? —preguntó Reyes.
- Se me ha escapado —se excusó Lola, sonriendo.
- Sabes que te mataré ¿verdad? —dijo Santi, paralizado.
- Mira bonito. Te voy a contar cómo van a ser las cosas. Vas a acabar en el *trullo*. Lo nuestro ya no tiene futuro y no voy a ir a visitarte ni te escribiré cartas de amor. Y, con lo listo que eres, vas a ser la estrella en las duchas del módulo de larga estancia. Así que, lo mejor que puedes hacer es soltar por esa boquita.
- De verdad ¿eres tan tonta! ¿Crees que me voy a pudrir en la cárcel? Con lo que yo sé y la gente que conozco voy tardar menos tiempo en salir que tú en rellenar tu informe. Mira mi hermano.
- ¿Estás muy seguro?
- Y además... Estáis listos. Con lo que te he contado del campamento de entrenamiento... En cuanto se enteren, os quitarán de en medio —les amenazó apuntando con el dedo índice.
- ¿Se lo vas a chivar tú?
- Estoy deseando.
- Y volverás a lo tuyo.
- Sí, desde luego.
- Llevas razón en casi todo —dijo Lola mirando un instante a Reyes que cerró los ojos mientras hacía un leve movimiento de cabeza como si fuera el César—. Pero no va a poder ser —añadió Lola...

Lola se acercó, con las esposas en la mano, mientras Santi sonreía seguro de sí mismo ofreciendo las manos sin poner resistencia.

- ¿El qué? —preguntó Santi.

Se oyó un disparo, Santi se quedó tumbado en la cuneta con los ojos abiertos y un reguero de sangre.

- Que sigas haciendo lo mismo.

Campamento (miércoles, 12 de abril de 1989)

Mientras regresaba a la finca, Nabil permanecía en silencio, recordando. Tuvo una buena instructora. Se lo debía todo porque, en su trabajo, un entrenamiento adecuado suponía un plus para seguir vivo. Y era una gran mujer. Pasaron juntos lo bueno y lo malo. Cuando él cayó en sus manos, ella lo torturó hasta la saciedad, pero también supo ver más allá y le enseñó todo lo que sabía. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero, ahora que recapacitaba, estaba seguro de que la teniente se había esforzado más con él que con los demás. Sí, él era un producto, un diseño único y la artesana que lo había moldeado no era otra que la teniente.

Y después, fueron compañeros de misiones y algo más. Porque la obsesiva Aliyah cuando se entregaba, lo hacía en cuerpo y alma. O puede que no, puede que ella pretendiese que fuese Nabil quién sucumbiera a su voluntad. Y por un tiempo, lo consiguió, porque él, en todos los aspectos, fue suyo, totalmente suyo. Hasta que el maronita ya no quiso seguir moviendo la cola con la voz de su ama y decidió que era el momento de separar sus caminos. Por eso Nabil nunca bajaba la guardia, porque vio la cara de sorpresa de Aliyah cuando él materializó su promesa. El día que la teniente le anunció que trabajaría para ella, él le dijo que le sacaría las tripas y ella no lo creyó. Un error. Fue una pena estropear aquel cuerpo tan hermoso del que Nabil había disfrutado tantas veces a su antojo, pero Aliyah jamás le habría permitido marcharse de su lado. Y, con la teniente comenzó una colección de retazos de sus víctimas, botines de guerra como el tesoro de un capitán pirata. Otra vez, la sombra de su instructora. Ella también lo hacía. La afición acabó convirtiéndose en su pequeño museo, su parafilia y su secreto. Trofeos que servían para recordarle a las piezas más ilustres, con las que había sufrido y disfrutado más con su caza. Dignos de su arte. Sí, tenía que reconocerlo, era como era gracias a la torturadora del Mosad. Pero de eso hacía ya mucho tiempo.

Nabil se aprovechaba de ese conocimiento para fabricar Rambos de segunda. Sin iluminación ni efectos especiales. Por libre, con fe ciega en la iniciativa privada y con los contactos de alcantarilla atesorados a lo largo de los años, como si fuesen las cicatrices de un tiburón. Era un engranaje perfecto, lo que los señores feudales del sistema necesitaban pero ninguno podía montar por su cuenta porque la opinión pública o las leyes de los mojigatos que no quieren

mirar debajo de la alfombra no lo verían bien. Eso era lo que vendía Nabil a sus clientes, sin propaganda ni ofertas del dos por uno ni panfletos en los parabrisas de los coches. Impunidad.

Llegaron a la zona de entrenamientos. Había una nueva remesa uniformados, desordenados en filas, como si fueran niños de preescolar. Una treintena. El negocio seguía funcionando.

- Salva, ese es un problema —dijo señalando a uno de los aspirantes a mercenario, sin bajar del vehículo.
- Nabil, no me jodas, siempre con tus paranoias, los chicos acaban de llegar. Dale un respiro.
- Deshazte de él.
- Venga ya.
- En la primera oportunidad que tengas, lo quiero de *sparring*, y que se te vaya la mano. Para que los demás aprendan. Es una orden.
- Lo necesitamos. Estamos escasos de hombres.
- Salva, ¿quién está al mando? —preguntó con mirada fría.
- Está bien, tú mismo.
- No se te olvide.

Con los nuevos, seguía el procedimiento, como le había enseñado la teniente Aliyah, como había visto desde que comenzó su adiestramiento hacía más de diez años, cuando volvió de sus vacaciones al cuartel de Haifa. Fue emotivo regresar a casa, abrazar a su madre y por primera vez en su vida, también a su padre. Su plan pasaba por huir, por convencer a sus progenitores de que tenían que desaparecer todos juntos para tener la oportunidad de no cumplir con la palabra dada a aquella judía. Pero, en el fondo, toda la vida de sus padres era una mentira. Una excusa para posponer una fantasía porque ninguno de los dos estaba dispuesto a cambiar su pasado rancio por un futuro de castillos en el aire. Por eso volvió con Aliyah al campo de entrenamiento, porque no le quedó otra. Para convertirse en uno de los cincuenta aspirantes a carne de cañón para que algún demente megalómano satisficiera sus caprichos al precio que fuera porque lo importante era la misión.

De la época de su adiestramiento, Nabil recordaba a todos, aunque no sus nombres. Al mes, quince candidatos menos. Al final del entrenamiento, la mitad había abandonado, heridos en su orgullo o algo más, con la deshonra de no estar a la altura del sacrificio que el estado les pedía, incapaces de soportar las putadas de la teniente. Pero él jugaba con ventaja, la conocía de antes. La instructora Aliyah no era comparable a la verdadera doctora Hyde.

Sí, seguía sus métodos. Y no eran una cosa del otro mundo, tan solo tenía aplicar la lógica y verlo como un trabajo de cría de ganado, como el mayoral que cuida toros para que embistan con pasión sabiendo que no saldrán de la plaza, y que, en la mayoría de los casos, la recompensa es ver cómo los aplauden mientras son arrastrados una vez pasados por el estoque o la puntilla. Y solo los elegidos como él acababan de sementales para las siguientes camadas. Era un superviviente.

Y tenía una remesa nueva delante de sus narices. Junto a los pobres de solemnidad, los que, como él, no tenían elección, estaban los niños sin cerebro ni escrúpulos pero con ganas de acción. Adolescentes tardíos con exceso de testosterona y películas del Vietnam deseosos de demostrar que sabían encajar y gritar “sí, señor” a la vez. Y, de estos últimos, de cada hornada seleccionaba a uno o dos al empezar para hacerlos bailar y que los demás comprendieran que se habían metido en un callejón sin salida ni macha atrás.

A Nabil, le habían enseñado a no discutir, a aceptar lo que viniera del mando. Pero ahora él era el mando y las pequeñas disidencias del más listo de los Cuevas eran una incomodidad. Aunque, a veces, llevara razón. Otra cosa era el cretino del hermano, pero venían en un pack como si fueran una caja de regalo de colonia y loción de afeitarse.

- Tu hermano debería estar aquí ya —le reprochó Nabil.
- Ahora vendrá —contestó Salva.
- Espero que no meta la pata otra vez.
- Me acerco.

- Rápido, te necesito con los nuevos —le ordenó bajando del vehículo.

Pero Santi no volvería, no por su propio pie. Cuando Salva salió en su búsqueda, en cuanto se incorporó a la carretera, se encontró un revuelo de sirenas y policías, y un atasco de cuatro coches y un tractor, que, para la zona, era excepcional. Se asomó y vio un cuerpo en el suelo, tapado, inmóvil. Pensó que sería alguno de los policías y que su hermano por algún motivo, lo había dejado abandonado. Eso debía ser, la puta prisa y la incompetencia habitual de Santi. Hasta que los vio sentados más allá de la cuneta, arropados, la inspectora y el civil. Vivitos y coleando, aunque parecían jodidos. Lo supo al instante, se fijó en las botas del finiquitado. Era él. Quiso correr, ir a verlo, sacar su arma y disparar a aquellos hijos de puta entrometidos. Paró el motor del coche y abrió su guantera. Allí estaba, lista, su Glock esperando ser usada. Pero no era una buena idea, ni era el momento. Apretó los dientes y los maldijo. Después, con lágrimas en los ojos, arrancó, se dio media vuelta y se volvió a la finca, a dar la mala nueva.

Se acercó a Nabil, sereno, y le dio la noticia. Sabía que al libanés le daba igual, que nunca había mostrado simpatía por Santi y que, quizá, hasta se alegraría.

- Lo siento —le susurró Nabil con cara de circunstancia.
- Era mi hermano.
- Lo sé.
- Prométeme una cosa.
- Pide.
- Son míos. Los hijos de puta... son míos.
- Hecho.

Сокол (cerca de Магадан, principios de mayo 1963)

El aviso de Daniilevich le abrió los ojos. Repasó la situación: en primer lugar, era cierto que había alguien más, Tainaya llevaba razón con lo del topo de Moscú. Misha lo había deducido por la forma en que Daniilevich usó el plural. En segundo lugar, era evidente que el intento para que el comandante cambiara de socio había fracasado. No le cabía la menor duda. La tregua de la noche anterior era un espejismo de exaltación alcohólica de la amistad. Volkov iría a por él y aprovecharía cualquier momento para hincarle el diente. Y, por último, si regresaba al campo, contaría con un aliado más: Daniilevich.

Era un viaje de 400 kilómetros, y el deshielo no favorecía, le dio tiempo a pensar. Por un lado, acercarse al hospital era peligroso para ambos. Y por otro, tenía que ir, necesitaba saber que ella estaba bien. Sabía que podía ser una trampa, el tipo de Volkov podía estar esperándolo para rematarlos a los dos juntos. Al menos sabía que era solo uno. No encontraba una solución que le satisficiera. A media tarde, a cincuenta kilómetros de su destino, paró en Sokol, un pueblo pequeño fundado un año antes. Tenía que estirar las piernas y buscar como fuera un teléfono para localizar al padre de Tainaya. Él sabría qué hacer.

Dar con el escurridizo comisario le costó más de una hora de llamadas. Cuando estaba oscureciendo, consiguió su objetivo.

- ¿No te dije que contactaría yo? ¿Acaso no lo he hecho?
- Ese es el problema. Le han disparado...

La calidad de la línea era mala, aun así, Misha sintió todo el peso de la angustia del comisario de aseguramiento transmitiéndose a través del hilo de cobre a la velocidad de la luz.

- ¿Qué ha pasado? —preguntó el comisario, tras unos segundos en silencio.
- La han emboscado. Le dispararon cuando estaba en el hotel. La dieron por muerta y la dejaron.
- Pero... Misha —gritó asustado—. ¿Está bien?

- Sí. Bueno, está viva. Esta mañana la estaban operando. No sé más.
- ¿Me lo prometes?
- Es todo lo que sé. Esto, comisario... los teléfonos no son seguros.
- Me da igual. Es una emergencia. Cuéntame todo lo que sepas. No te dejes nada.
- No hay mucho más. Está en el hospital de Magadan. Ellos creen que está muerta.
- ¿Ellos?
- Son tres: Volkov, el tipo de Moscú y el sargento. Pero, este último lleva días desaparecido. Nadie sabe dónde está
- Sigue.
- Esta mañana, cuando me enteré, le pedí un permiso a Volkov para venir a Magadan, fue amable, parecía...
- ¿Qué? —le interrumpió.
- Comisario, es extraño. Ayer estuve bebiendo con el comandante. Le dije que sabía que habían ido a por mí cuando estuve de permiso en Magadan. Me apuntó con su arma. Parecía decidido, pero le expliqué que, antes de liquidarlo, uno de los matarifes confesó que él sería el siguiente. Juraría que me creyó. Bebimos hasta casi la hora de ir a dormir. Esta mañana estuvo a punto de confesarme algo importante. Me hizo ver que no se fiaba de sus socios. Estaba a punto de confesarme algo importante —repitió—. Lo sé. Debí esperar, pero yo tenía prisa y lo dejé con la palabra en la boca. Después, pasó algo o habló con alguien y debió cambiar de opinión, porque me avisaron del peligro. Hay algo que se me escapa y no logro averiguarlo.
- ¿Dónde estás?
- Cerca, a cincuenta kilómetros.
- No vayas. Yo me encargo.
- Pero...
- No puedes ir. Os pondréis en peligro los dos. No te preocupes. Tengo gente. La protegeré.

- Comisario...
- Te lo repito —gritó— Misha —suavizó la voz—, si la quieres, no vayas, por favor.
- Está bien. Por lo que sé solo es uno.
- Misha, quédate ahí. Te llamaré en un rato. ¿Tienes dónde dormir?
- No te preocupes por eso. Espero tu llamada. Hasta pronto.
- Un momento...
- ¿Qué ocurre?
- ¿Has dicho que el comandante cambió de opinión?
- Eso parece.
- ¿Por qué?
- No lo sé.
- Dime, muchacho, cuando dejaste a Volkov, ¿qué hiciste?
- Nada, fui a visitar al general. Había estado unos días en otro gulag. Le llevé el correo que escribió Tainaya.
- ¡Vaya! a ti también te lo permite.
- ¿El qué?
- Que la llames así.
- Si.
- Perdona. Misha. No dejes que te maten. Te llamo en una hora.

Era como un parto de un padre primerizo. Angustioso y con un horizonte temporal corto pero indefinido. El teniente recorrió el buró de correos de Sokol una y otra vez bajo la atenta mirada del funcionario que no sabía qué hacer con el extraño. Misha miró su reloj, se estaba haciendo tarde. Pronto cerrarían. Si el comisario no llamaba, tendría que esperar al día siguiente. Y él no estaba seguro de que desde Moscú estuvieran al tanto del huso horario de Magadan. Sonó el teléfono.

- Tainaya está bien. Hemos neutralizado la amenaza. Y le he puesto escolta.

Está a salvo.

- Es una estupenda noticia.
- Lo es. Hay una cosa más. Creo que es importante.
- Dime.
- Es sobre el general. Debe de haber un error.
- ¿Qué pasa?
- Pues que en el buró de prisiones aseguran que le llegó la amnistía del 56.
- Comisario, no hay ningún error. Ahora todo encaja.

Jaque Mate (Колыма, principios de mayo 1963)

Era como si hubiesen derribado un muro que le impedía ver el Sol. Misha se quedó aturdido unos instantes. Rabioso por no haberlo visto antes. El general. Todo el tiempo buscando un candidato, sospechando de medio mundo y lo tenía delante de sus narices. Era irónico. No había nadie en Moscú ni en ninguna otra parte. Era él jugando una partida doble simultánea. Y Misha se lo había servido en bandeja de oro, su reina, la había puesto en peligro al confiar en aquel traidor. Todo cobraba sentido. Los liquidaban porque, si presionaban para conseguir el indulto, descubrirían que el general no era un *zek* y, en cuanto tirasen del hilo, pondrían en peligro la operación.

Las órdenes eran claras, Misha esperaba a que llegase la caballería. Después regresarían al gulag y realizarían las detenciones. No tenía por qué haber derramamiento de sangre. No había prisa, nadie saldría huyendo a través de la nieve. Estaba comenzando a bajar la temperatura. Fue casa por casa buscando un rincón dónde pasar la noche hasta que se apiadaron de él.

A la tarde siguiente llegaron al gulag varias UAZ con treinta soldados con cara de pocos amigos y cinco oficiales del KGB, todos a disposición del teniente Novikov. Neutralizaron a Volkov y lo metieron en un furgón. Después, hicieron inventario y requisaron toda la documentación que encontraron a su paso. Sistemáticos, sin errores, como si fueran niños recomponiendo un puzle de tres piezas. Misha les había pedido un favor. El general era suyo.

Se había organizado revuelo, los *zeks* estaban nerviosos y los guardias del gulag aún más. Porque, en esa situación, cualquier chispa podía genera un caos. Misha ordenó que todos se fueran a los barracones de inmediato. Parecía como si la guardia no le reconociera la autoridad. Y él era el segundo de abordo.

- Obedecemos a Volkov —dijo uno de los guardias.

Sacó su pistola y realizó un disparo al aire.

- El próximo va a tu cabeza.

Cumplieron a regañadientes. Se acercó a la enfermería. El general era un cínico. Y Misha dudaba entre gritarle y partirle la cabeza con lo primero que encontrase o sacar su arma y vaciarle el cargador. Se quedó mirándolo sin saber qué decir.

- Misha, me alegro de verte —dijo el general, a modo de saludo, frío.
- General, yo también.
- Siéntate. ¿Qué pasa ahí fuera?
- Volkov. Lo han detenido.
- Es un caníbal. Nunca me gustó. ¿Una partida? —preguntó mirándolo fijamente a la cara—. Vamos muchacho, ánimo. Una rápida.

Era la última oportunidad y los dos lo sabían. Misha miró al general, era como un niño esperando el sí de su padre para tener una prórroga y no irse a la cama.

- Solo una —contestó.

El general preparó el tablero con la parsimonia de una *geisha*. Sortearon. A Misha le tocaron las blancas.

- Estás de suerte —bromeó el general.
- Eso parece —contestó Misha adelantando el peón del rey a E4
- Déjame ver un minuto... Esta, es algo nuevo, lo tengo que pulir —dijo moviendo el peón del alfil a C5.
- No sé si te va a dar tiempo.
- Bueno, nunca se sabe. Quizás sí.
- ¡Ah! —respiró—. No lo creo —añadió moviendo su caballo a F3.
- Misha, eres joven. No entiendes —respondió el general moviendo su peón reina a D6.
- Debe ser eso, no te comprendo —dijo moviendo su alfil a B5, atacando al

rey negro —¡Jaque!

- Vas con mucha prisa, acabamos de empezar. Ganarme te llevará su tiempo —contestó mientras se cubría con el alfil a D7
- Ya te he ganado. Pero no te entiendo. Me como tu alfil. Jaque.
- Eres muy agresivo, muchacho. Pero esto no ha hecho nada más que comenzar. Te quedas sin alfil y saco la reina.
- Dime... ¿hay un por qué? —preguntó moviendo el peón C4.
- ¿En eso ha quedado toda tu agresividad? ¿En un alfil y en un por qué? —preguntó desafiante moviendo su caballo a F6.
- Acabo de empezar —respondió sacando su caballo a C3.
- ¿De verdad buscas respuestas?
- ¿Y quién no?
- Peón a G6. ¿No lo entiendes? ¿Has estado en el bosque de Katyn?
- No —contestó, adelantando el peón reina a D4.
- Vamos, te enseñé yo. Has perdido un movimiento. ¿Qué van a pensar de mí cuando no esté? —preguntó intercambiando peones.
- No lo sé —respondió comiéndose el peón con el caballo—. ¿Qué pasó en Katyn?
- Hice lo que me dijeron. ¿Sabes? Lo hice.
- No sé de qué me hablas.
- Eres muy joven e ignorante.
- Fue durante la guerra. Cuando ocupamos Polonia.
- Ya. Mi padre estuvo en Leningrado —dijo rutinariamente, como si fuera una historia de viejas mientras movía su peón a F3.
- Vaya, no te defiendes mal. Yo conocí a Beria. Lo conocí de verdad. Reina a B5
- ¿Y? —preguntó moviendo el peón a B3.
- En la invasión de Polonia hicimos prisioneros. Habían luchado contra la ocupación alemana. Beria mandó fusilarlos. Yo estaba en el destacamento. Algo me dice que te vas a quedar sin caballo. Reina a A5.

- General, no entiendo ¿a cuántos has visto morir a lo largo de tu carrera? Creo que podré defender mi ejército. Alfil a B2.
- No debería ser ese el problema, Misha. El número no debería ser significativo. Un soldado mata. Es su trabajo. Lo importante es el motivo, la justicia. Matamos a más de veinte mil polacos en tres días. Utilizamos pistolas alemanas para culpar a los nazis y los enterramos en fosas comunes. Eran chavales como yo, asustados, inocentes, indefensos. Hice lo que me ordenaron. Sin un juicio y sin un motivo. Y nadie sabe nada. Como si nunca hubiese ocurrido. Lo taparon como taparon las fosas. Me voy a comer tu caballo —dijo mientras movía su caballo a C6.
- ¿Veinte mil? ¡Enroque!
- Desaparecidos. Está bien, huye. Me parece acertado. Yo también enroco.
- Cumplías órdenes —le justificó moviendo su caballo izquierdo a E2.
- No me jodas. Las órdenes no pueden justificarlo todo. He hecho muchas cosas a lo largo de mi carrera y he matado a mucha gente. Pero nunca era gratuito —argumentó moviendo la torre del rey a D8.
- Y ¿eso lo justifica todo? ¡Echa la reina para atrás que me molesta! —exclamó atacándola con su alfil a C3.
- Empiezas a joderme. No, no justifica nada. Pero, ¿sabes una cosa, Misha?
- ¿Qué?
- Eran aliados. Odiaban a Hitler tanto como nosotros. ¿Cuántos de los nuestros murieron por no contar con esos polacos? No lo entiendes. Con todo lo que hice por mi patria, sin preguntas, sin atreverme a desobedecer, leal como un perro, me encerraron aquí —gritó sobresaltado moviendo la reina a B6.
- Está bien. Quito mi rey —dijo moviéndolo a H1.
- Eres odioso. Todo es perfecto para ti. Los de tu generación no habéis visto nada, no habéis sufrido. Y te curas la herida antes de que te salga. ¿Para qué quitas el rey si lo tienes cubierto? —preguntó adelantando el peón a D5.
- Eso es cosa mía —respondió comiéndose el caballo del general con el suyo.

- Solo sabes intercambiar piezas. Misha, te lo como con el peón.
- Pero, ¿en qué te has convertido? ¿Valió la pena? —preguntó moviendo la reina a E1.
- Misha, en lo que me han dejado. Durante mucho tiempo no flaqueé. Creí. Pero acabé aquí después de haberme matado por mi país —confesó moviendo su torre del rey a C8.
- Peón E5
- ¡Serás cabrón! Atrévete a atacar. Eres un pusilánime —le insultó retirando el caballo a E8.
- General, Ya lo hago. Lo he hecho. ¿Recuerdas? Lo que no logro entender es el final —dijo adelantando el peón aún más a E6.
- Ves, entregas el peón a las líneas enemigas. Miras a los chavales a los ojos y les dices que pueden hacerlo, sonriéndoles a la cara, sabiendo que nunca más los verás vivos —dijo comiéndose el peón con el suyo.
- El juego es así. Y si no conoces las reglas serás un peón toda tu vida. Caballo a F4.
- ¿Las reglas? Me encerraron y tiraron la llave. Me como tu alfil.
- Y yo el tuyo con mi reina.
- Lamento lo de tu reina —dijo con voz apesadumbrada adelantando su peón a D4, atacando a la reina.
- Eres un mierda. Eran tus amigos, se preocupaban por ti. Me hicieron venir hasta aquí arriesgando su carrera por ti para sacarte de este agujero. Ah, no hace falta que te disculpes, está viva —puntualizó retrasando la reina a D2.
- No quedaba más remedio. En el fondo me alegro de que siga viva. Estabais tan cerca... —se justificó cubriendo su peón con C5.
- Te indultaron, ¿por qué no volviste? —preguntó moviendo la torre de la izquierda a E1.
- No tenía dónde ir —se justificó moviendo el caballo a G7—. Yo no soy como el poeta ese, Shalamov, que se volvió como si no hubiera pasado nada para seguir escribiendo cuentos y gilipolleces de árboles que se tumbaban en la nieve. No. A mí nada me unía ya a Moscú. Mi mujer se ha

separado de mí. Repudiado. ¿Te lo puedes creer? Después de todo lo que habíamos pasado juntos...

- Tienes una hija.
- De vez en cuando me escribe, pero no es adecuado. No soy una buena influencia para ella.
- ¿Y tu hijo? — preguntó moviendo peón a G4.
- Vive en América. Se ha ido. Escapó. Lo hago por él. ¡Torre a C6!
- ¡Defiendes mucho a ese peón! ¿Lo haces por un hijo que vive en América? ¡No lo entiendo! —exclamó poniendo el caballo a H3.
- ¿Qué haces? Te dejo rectificar.
- No, no voy a rectificar. Ni tú tampoco. ¿Qué hacéis con el oro?
- Uf... vas al grano. Supongo que ya da igual. Va a América.
- ¿Cómo?
- ¿Qué vais a hacer con Volkov? —preguntó el general dejando de lado la partida.
- Supongo que le harán un juicio y lo condenarán.
- ¿Y a mí?
- Igual.
- Prométeme una cosa...
- ¿Qué?
- Si te lo cuento todo, me dejas tu pistola y te vas. Caballo a E8.
- Como quieras, me como tu peón. Jaque.
- El sargento..., bueno ya sabes muchas cosas de él.
- Sí, me las has contado tú.
- Tenía que ganarme tu confianza. En fin, cuando llegué aquí me encontré con un par de individuos muy especiales. Por un lado, había un *zek* muy valioso y, por otro, un teniente nuevo, un depredador. Solo necesitaban la chispa que los uniera, como la gasolina y el aire, para incendiarlo todo. Esa chispa era yo. Comenzamos a trabajar, casi sin orden. Poco a poco, fuimos mejorando nuestro plan. No sé cómo, un día contactamos con la

CIA. Y acabamos enviando oro y titanio a Estados Unidos.

- ¿Has dicho titanio?
- Sí para sus aviones.
- Y ¿de dónde lo sacáis?
- ¿Qué más te da? —susurró sonriendo—. Vamos, Misha, hay otros yacimientos que tú no controlas... pero yo sí. Más o menos, dependiendo de las mareas y del tiempo, una vez al mes, un submarino deja el whisky de Volkov y se lleva la mercancía. Ellos desestabilizan un poco el régimen y nosotros tenemos un paraíso donde reposarán nuestros huesos. Me cubro con el caballo.
- Y ¿el sargento? —preguntó moviendo el caballo a G5.
- ¿Sabes cuantas veces he ido a América desde que estoy aquí? —preguntó el general adelantando el peón a d3.
- No lo vas a conseguir, no vas a hacer reina. No te voy a dejar que te recompongas. Ya no. ¿Cuántas? Voy a acercarte la torre, para que notes la presión. A E5.
- He estado tres veces. En cambio, Volkov no ha ido nunca, le dan miedo los submarinos. Y el sargento... probablemente no vuelva. Es el más listo de todos. Rey a H8.
- Pierdes, ¿lo sabes?
- Estoy acorralado. Has jugado tu mejor partida, aprendiste bien. Puedes seguir sin mí. Sí, lo sé.
- Reina a H7. Mate. Tuve un buen maestro. Ahora cumple lo prometido.

Misha se levantó despacio mirándolo a los ojos, despidiéndose sin palabras, sacó su pistola y vació el cargador. Dejó sobre la mesa una bala y puso la pistola en el suelo. Se dio la vuelta y se marchó.

- Hasta la vista, Misha.
- Adiós, general.

Moscú (mediados de mayo 1963)

No entendía por qué tenían que hacerle un entierro de estado a ese miserable cobarde. Se había arrepentido de haberle dejado la pistola. Quizá era débil. Y puede que hubiese sido mejor que la noticia ocupara la portada del Pravda para que los intocables entendieran que no lo eran tanto. Pero tenían que hacerle honores y atiborrar de medallas a la vieja gloria podrida como si nunca hubiera roto un plato. Misha estaba junto al comisario, enfadado, susurrando insultos en la comitiva de despedida.

- Misha, es política. Tienes que confiar en mí —le dijo el comisario Aleksievich.
- Es un traidor. Es muy simple.
- Sí, pero es mejor que nadie lo sepa.
- Creo que no.
- Es muy fácil. Tenía amigos, gente importante que se habría puesto de su parte a pesar de todo. Harían preguntas incómodas y nos pondrían en entredicho. Míralos bien. No son nuestros camaradas. Nos odian y en el fondo, nos temen. Si le damos una oportunidad, buscarán entre la basura y nos dismantlarán porque somos una amenaza para ellos, para los que ocupan las butacas.
- Pero, la verdad...
- Nos da igual la verdad —siseó entre dientes—. Él ya está muerto. Tienen un mártir asesinado por el loco ese, Volkov. Y lo colgarán por los pies. Ninguno de los dos puede hacer nada. ¿Qué más te da?
- Falta uno.
- Ya, el sargento.
- Sí.
- Tainaya y tú iréis a por él. Será tu siguiente misión. Hacéis las maletas. Os vais fuera de la URSS. Juntos. Mañana.
- ¿En serio? —preguntó levantando el tono de voz.
- Misha —le recriminó—. Escúchame bien —volvió a sisear—, quiero que os encarguéis de él y que recuperéis el oro. Nos hará falta para

financiarnos en el exterior.

- Entiendo. ¿Se incorporará Daniilevich a la unidad?
- Lo tengo que pensar.
- Se lo debo. Además, confío en él.
- No es momento de negociar. Ya hablaremos a tu regreso. Ahora rinde homenaje al general como si fuera tu padre.
- Pero, todo esto es injusto. Es un traidor.
- Misha, es muy sencillo. Mañana, mientras vosotros cogéis un avión que os llevará a Helsinki, yo llamaré a muchas puertas. Bueno, a unas cuantas. Lloraremos la pérdida del camarada, brindaremos por él, por su memoria y por su legado. Les diré que el general prestó un gran servicio, que era un patriota y que colaboraba en una misión bajo mis órdenes.
- Y le darán una medalla —lo interrumpió.
- Probablemente. ¿Acaso crees que todos los héroes realmente lo son?
- Supongo que no —sonrió con amargura.
- Claro que no. Es política, intereses personales, dinero, poder... Cuanto antes te acostumbres —dejó la frase sin concluir...
- Entiendo.
- Como te iba diciendo, les haré creer que se hizo pasar por preso durante todo este tiempo para desenmascarar a Vólkov y que dio la vida por su país. Después de eso, nadie cuestionará nuestra unidad y tendremos más poder dentro de la URSS del que jamás habríamos creído que podríamos tener. Y, si consigues ese oro, también fuera. Misha... lo entiendes, ¿verdad?

Último intento (finales de octubre, 1989)

Durante el mes de octubre, Bruno y Giacomo peinaron a conciencia la zona del Koliseum. El primero, aprovechando cada minuto, sabiendo que su compañero lo dejaría solo en cuanto pudiese y que, a partir de ahí, las posibilidades de encontrar a Toni disminuirían exponencialmente. El segundo, quemando cada instante y temiendo el momento en que tendría que enfrentarse a su superior y soportar su reprobación.

Necesitaban sentir el éxito, cada uno por un motivo. Feltracco engrandecería su ego un poco más. Si llevaba razón, si había algo oscuro tras el misterioso personaje, habría titulares con la foto del comisario. Por su parte, Bruno saldaría su cuenta y podría pasear por el pueblo sin bajar la cabeza cada vez que se cruzase con los familiares de Toni. En cuanto a Giacomo, no se convertiría en el apestado de la comisaría ni lo tacharían de mal compañero. Era lo que más deseaba: equivocarse en sus vaticinios, que el jefe le diera un achuchón y que se olvidase de su actitud contestataria. Pero el policía novato tenía instinto, la semana de prórroga pasó en blanco y, tras el inevitable encontronazo, Giacomo Tempesti se alejó todo lo que pudo del asunto, se olvidó del comisario y de Bruno. Como si no se conociesen.

Hasta que ya no pudo seguir obviando el tema...

Cierre (Madrid, viernes 14 de abril de 1989)

Para la inspectora Berlín era muy fácil. El tipo les atacó y ellos se defendieron como pudieron. Casi los mata, pero al final, y gracias a Reyes, Lola recuperó la pistola y neutralizó al agresor en un momento. No había mucho más. Fue instintivo. Forcejearon. No le dio tiempo a pensar. Además, no sabían por qué les había atacado ni la relación que había entre Santi y el caso. No sabían nada. Y era lo mejor para su salud.

- Pero ¿tú te crees que soy gilipollas? —preguntó Ernesto enfadado cuando terminó de oír la explicación de Lola.
- No, Ernesto —respondió Lola—. La gilipollas soy yo.
- ¿Vas a mantener la versión? —preguntó dándole una última oportunidad.
- Sí.
- Te van a suspender, como poco. Puede que te procesen —le advirtió.
- Bueno, me arriesgaré. Por lo que ha dicho el médico, me quedan unos meses de baja —contestó Lola, sin preocuparse.
- ¡Lola! —exclamó Ernesto buscando una reacción de la policía.
- Ernesto, te lo voy a poner claro. Tú vas a hacer todo lo que esté en tu mano para que este asunto se olvide lo antes posible. ¿Lo pillas? —dijo sin levantar la voz.
- Si no colaboras, estoy atado de pies y manos —respondió escurriendo el bulto.
- No lo estás entendiendo, Ernesto. Tengo una historia muy interesante que contar —insinuó la inspectora.
- Lola no estás para amenazar a esa gente. Y menos, desde la cama de un hospital. No sabes con quién te la estás jugando —le advirtió con tono protector.
- No, pero estoy deseando conocerlo. A ver si me lo presentas un día y echamos unas risas. —bromeó...
- Estás acabada —dijo Ernesto, sintiendo lástima por ella.
- Como hoy estás más idiota que de costumbre, te explicaré la oferta del día

—se ofreció Lola, divertida.

- Eres tonta, no tienes nada que ofrecer.
- Me estás cansando. Aquí el único tonto eres tú. De hecho, Ernesto, eres más imbécil de lo que siempre he pensado. El más tonto de la comisaría. No sé qué vi en ti. Te cuento, tú vas a acabar con esta historia, no me importa que me suspendan un par de meses, no me voy a mover de la cama. Así descanso. Después, me conseguirás otro destino, lejos, que no quiero oler basura en un tiempo. Y, a cambio, yo mantengo lo que he descubierto en un cajón cogiendo polvo. Ah, y además tendrás que cuidar de mí, porque si nos pasa algo a Reyes o a mí, hay un notario muy eficiente que enviará copia a los principales periódicos europeos. ¿Qué, cómo lo ves? ¿A que no está mal para ser una tía?
- Es mentira, no has tenido tiempo de ir a un notario.
- Puede ser...
- Y si te dijera que sí, ¿qué garantías tengo de que mantendrás tu palabra?
- Ernesto, solo tengo una carta y con ella no voy a ganar la partida. Si la levanto, los que salgan ilesos vendrán a por mí. Me temo que no son de los que perdonan. Esta carta es mi seguro de vida, pero boca abajo.
- Lola, te conozco, es un farol.
- Arriésgate Ernesto, anda, por una vez en tu vida ten lo que tienes que tener.
- No sabes nada.
- Un tío curioso ese Fran Urruti.
- Está bien. Haré lo que pueda.
- Cómo eres. Ni siquiera me preguntas... Prefieres no saber ¿verdad? Yo también te conozco, eres un cobarde y lo harás muy bien. Y ¿sabes por qué? Porque la basura cae para abajo y si esto sale a la luz, los que vais a chupar banquillo vais a ser cuatro tontos como tú. Y van a ser vuestras caras las que aparezcan en la portada de El País y del ABC. Y van a ser vuestros culos los que se merienden en el talego. Así que, más te vale que esto te salga rodado. ¿Lo has entendido?
- Sí —contestó cabizbajo.
- Y quiero que me arreglen el coche.

- ¿Algo más?
- No... ¡Ah! Sí. Ernesto, una cosa más.
- ¿Qué?
- No quiero volver a verte en mi vida.

Monaldeschi (finales de verano de 1989)

Había pasado tiempo y Lola ya no cojeaba. Solo un leve pinchazo en el muslo cuando corría, justo donde aquel asno le había propinado la coza. Los médicos le aseguraron que tardaría en quitarse. Pero, para Lola, no era un problema. Le compensaba que el otro, el que se había quedado en la cuneta con cara de gilipollas, saliera peor parado. Y se sonreía cada vez que lo recordaba como si fuera un chiste. Después recuperaba la imagen de Ernesto en el numerito del hospital como un pasmarote torpe y balbuceante. Ni siquiera fueron capaces de suspenderla un solo día. Eran un atajo de cobardes. No tenían huevos pero tenían palabra. Le dieron un nuevo destino, un nuevo coche y no lo había vuelto a ver. Y le jodía encajar que, en el fondo, echaba de menos al primer Ernesto, al que creía conocer. Lo adoraba hasta que meditaba cómo el *hijoputa* la había manipulado. Entonces, se cabreaba. Un pensamiento recurrente y anidado.

Embajada de España ante La Santa Sede. Estaba lo suficientemente alejado. Podía haber pedido cualquier destino, se lo pusieron en bandeja. Pero Roma le pareció bien: el idioma, el clima y trabajar en el palacio Monaldeschi, en la plaza de España, se le antojó un lujo. Aunque, en cuanto puso un pie en el aeropuerto se dio cuenta de que echaría de menos las escapadas a Cádiz, ver a su padre, respirar aire limpio cargado de sal y las tapas de *pescaíto* frito.

Tras los meses de baja, necesitó tiempo y soledad para pensar qué hacer con su vida. No tenía claro si seguiría en la policía sabiendo que bajo la alfombra había tanta inmundicia. E Italia le pareció un destino ideal para aclarar su mente. De vez en cuando, levantaba el teléfono y lo llamaba, se había acostumbrado a él, a Reyes. No eran nada, no esperaba ni prometía, no había pasado nada entre ellos, ni siquiera un roce. Simplemente, eran terapia, colegas, cómplices unidos por una mísera verdad que les quemaba por dentro y que les devoraría el resto de sus vidas. Sabían qué había pasado con esos niños, por qué y quienes, pero si abrían la boca, les arrancarían el pellejo.

El trabajo era un chollo, algo así como si le hubiese tocado la lotería. No tenía que hacer gran cosa, servicio de control y vigilancia de la embajada ante la

Santa Sede. Su jefe se hacía el interesante, olía el peligro imaginario y ponía cara de comando en una misión secreta cada vez que ponían una peli de acción. Y las vistas, privilegiadas. La famosa escalinata a cuatro pasos. Pero el trabajo era un aburrimiento que le dejaba mucho tiempo libre y le rellenaba la cartera con dietas internacionales. Era una buena vida. Fácil. Al cabo de un par de meses, comenzó a acostumbrarse, a no querer recordar y a volverse perezosa a la hora de marcar el número de Reyes. Puede que aquello no fuera tan malo. Quizá se estaba atiborrando a billetes del olvido para que no hiciera memoria nunca más. A simple vista, parecía una vendida que había escapado de la mierda, de Ernesto y de Santi para caer de nuevo en la red. No, no era una vendida, pero tampoco una idiota.

Si era lista... Sí, sí lo era. Y por eso hacía como que pasaba página, apretando los dientes, sabiendo que la vigilaban de cerca, enfadada consigo misma, íntegra, deseando devolver el golpe a la primera oportunidad y con las fotos de los chicos guardadas en la mesilla de noche junto a las pastillas para dormir, para no olvidar. Para poder dormir. Y, de momento, se rendía porque era una guerra que no podía ganar.

La entrega (jueves, 21 de septiembre de 1989)

Para Vlad, poner tierra de por medio fue una necesidad, tenía que recomponer su mundo, su existencia y recuperar el equilibrio que tanto le había costado encontrar. Jamás le había perturbado tanto un ser humano como lo hacía Alma Della Vedova, arrastrándolo como si fuese el campo gravitatorio de un agujero negro. Y se encontraba luchando consigo mismo, contra esa gravedad que lo devora todo, contra su deseo de subyugarla, de volverla sumisa y hacerla suya para siempre, pero entonces la perdería y lo sabía. Podía mantenerla libre como hasta ese momento, con el encanto arrebatador de su salvaje personalidad; o bien, deshacerse de la rareza, de la singularidad que el universo había puesto ante sus ojos. Era complicado.

Llamó por teléfono al laboratorio deseando un veredicto de incompatibilidad para dejar pasar más tiempo, para permitirse tomar una decisión final meditada, asumirla de forma aséptica desde la distancia y no dar más vueltas. Con Vittorio era más fácil, sobraba y se ocuparía de deshacerse de él a su debido tiempo. Pero con ella... Pospuso el encuentro con la musa todo lo que pudo, engañándose a sí mismo, hasta que le recordaron que tenía pendiente un asunto que no podía dejar pasar. Las pruebas daban positivo, había negocio. Tendría a un cliente satisfecho, un hombre muy poderoso, uno capaz de pagar la astronómica tarifa sin remordimientos ni preguntarse de dónde venía el trozo de persona que le iban a encajar a su esposa. Un tipo que le debería un favor de por vida y que, a partir de ese momento, comería en su mano, sería suyo. Pero su cliente se estaba quedando sin tiempo porque ella estaba amarilleando como un *brick* de leche caducada, necesitaba un hígado y si en 48 horas no lo tenía, ya no le haría falta. Vlad tenía que volver a hablar con Alma, verla, sucumbir a su mirada, a su olor y su sonrisa, o permanecer impasible como un francotirador, ciñéndose a la transacción comercial. Descolgó el teléfono con la esperanza de toparse con Vittorio.

- ¿Hola?
- ¡Alma! ¿qué tal? —preguntó Vlad, intentando parecer amable, aunque algo incómodo y cabreado con su suerte.
- Todo bien. Sigue vivo —contestó ella fríamente, como si fuera un funcionario de hacienda.

- De eso quería hablarte —dijo Vlad algo turbado—... El análisis, ha habido suerte —añadió con entusiasmo contenido, buscando un gesto amable.
- Perfecto —respondió Alma sin pasión.
- El hígado.
- Vale, ¿para cuándo lo quieres? —preguntó mostrando su apatía una vez más.
- Ya. Hoy.
- Sin problemas. ¿Se pasará...? —dejó caer Alma la pregunta, dando pie a que otro recogiera el encargo y evitarse mutuamente.
- No, iré yo. Esta tarde, a las cinco. El resto, en paquetes de a kilo, y la entrega, de la forma habitual.
- Entendido. Hasta luego —contestó Alma y colgó.

La odiaba y, en ese momento, se había dado cuenta hasta qué punto. Alma podía ser terriblemente hostil y cruel. Sabía que ella, si tuviese la oportunidad, lo trocearía sin dudarle un instante para después empaquetarlo al vacío; y esa crueldad, el flirteo en el filo de la navaja era lo que más le atraía de Alma como si fuese un faquir jugando con su cobra. Sí, también la amaba. Y era la primera vez que este pensamiento asomaba con nitidez en su cabeza. La amaba y la odiaba. La vería, lo estaba deseando, la vería y haría lo que fuese necesario para reconstruir su relación, y en cuanto pudiera, quitaría de en medio a Vittorio.

Tras colgar el teléfono, Alma comenzó el ritual para el que llevaba casi una semana esperando, pendiente del teléfono día y noche. Estaba ansiosa y como una sacerdotisa babilónica que tiene que purificarse, preparó el material con devoción como si estuviese realizando una ofrenda al dios del templo. Tenía que esterilizarlo todo y crear una zona limpia, un quirófano en el que no habría complicaciones post intervención. El cuarto con todo lo necesario para realizar con éxito la primera parte de la operación, no era otra cosa que la mazmorra contigua. Alma no contaba con un reanimador ni tenía carro de parada y tampoco insulina. Tan solo lo estrictamente necesario para que su cliente, el desconocido que pagaba, recibiera el repuesto de segunda mano en

las mejores condiciones posibles, como si su servicio fuera tan bueno como el del taller del concesionario oficial.

Vittorio entró en la celda y se acercó a Toni, trató al fardo en que se había convertido el drogadicto con un mimo impropio. Destapó el lado derecho, bajo el costado. Lo limpió con cuidado y lo empapó en yodo. Lo desvistió y lo cubrió con una sábana blanca limpia. Parecía que le iba a dar un beso de buenas noches. Cuando estaba preparado, lo trasladó al quirófano para realizar la extracción. Alma estaba esperando, nerviosa, repitiendo la misma frase "*primum non nocere*". Sonrió. Ese estúpido juramento que rompió en cuanto pudo. Volvió a concentrarse. Era un trabajo delicado, cualquier descuido y se quedaría sin su nuevo juguete; durante la semana lo había madurado, sería otro deportivo. El asunto requería de toda su atención. No podía cometer errores.

Toni Rosso tuvo suerte. La suerte del ahorcado, que cuando se tensa la soga, se parte el cuello y muere al instante, sin patalear y sin la agonía de los pulmones reventados por el esfuerzo. El resultado positivo de los análisis permitiría que Alma se comprase su coche nuevo, como un extra, un capricho. Tendría que decidir el color y la tapicería. Le encantaba el tacto del cuero. De paso, y en un alarde de humanidad, procesarían al paquete anestesiado. Lo desmontarían con precisión. Sin que se rompiera la valiosísima pieza que iban a vender para que otro pudiera seguir disfrutando de los placeres de la vida un poco más, como si fuese la prórroga de un partido de fútbol que se empata de penalti en el minuto noventa.

A Toni le dolía todo el cuerpo y tenía miedo de la soledad, de la inmovilidad y de la oscuridad. Y Toni tenía miedo de Alma. Cada vez que ella lo visitaba sentía como se le helaba el corazón. Era mala, lo sabía. Lo podía ver en sus ojos. Su último jueves, en aquel asqueroso sótano, recordó un reportaje sobre condenados a muerte, en Tejas, los filmaban justo antes de administrarles la dosis letal. Era igual. Estaba boca arriba, en una camilla, con los brazos, las piernas, el tronco y la cabeza inmovilizados por cinchas, amordazado. Lo sabía, sabía lo que iba a pasar, pero en su caso no había funcionario, nadie se acordaría de él, ni sabía que iban a hacer con su cuerpo. No había último deseo ni cena de despedida. Ni una sola cara amiga, no estaba su padre y no había teléfono directo con el Gobernador del Estado, ni posibilidad de

conmutación de la pena por un delito que él no había cometido. Era inocente. Comenzó a sentir sueño al poco de que el líquido blanquecino entrara en su cuerpo, administrado por aquel bello ángel exterminador que había visto desnudo. Era muy atractiva, apetecible, como la manzana del paraíso, hermosa por fuera y una ruina para los que se acercan a catarla. Era un monstruo. Sintió terror. Se le cayó una lágrima que recorrió su sien, perdiéndose en los recovecos de su oído derecho. Su última sensación... Y a primera hora de la tarde del 21 de septiembre de 1989 Toni Rosso se durmió para siempre.

Vlad llegó puntual. Sonrió intentando reconstruir un puente que parecía desmoronarse por momentos y le hacía sentirse incómodo. Los ojos de Alma lo escrutaron buscando un resquicio, una flaqueza y le hicieron dudar. Algo a lo que él no estaba acostumbrado. Ella ni siquiera le dejó entrar. Se quedó clavada en la puerta de entrada al castillo, como si fuese el guardián del palacio de Buckingham. Vlad entendió el mensaje. Alma sostenía con su mano izquierda la nevera, fría y desafiante.

- Lo he estado pensando, quiero disculparme...
- No hace falta —le interrumpió Alma.
- No, en serio. Quieres tiempo. Está bien. Lo tendrás, los dos lo tendréis —rectificó—. Lo que necesites. He dejado de lado los fardos que tenía preparados. Los recuperaremos cuando estéis listos, estarán esperando. La basura siempre espera para ser recogida —sonrió.
- Gracias, no sé qué decir —respondió Alma, sorprendida, suavizando el rictus.
- Eh, Alma... Estás bellísima. Yo —comenzó a decir Vlad, buscando palabras que nunca había pronunciado antes.
- Vale, gracias. De verdad te lo agradezco. Entonces, ¿seguimos siendo amigos? —le interrumpió rápidamente para evitar que dijese algo que después no tuviese vuelta atrás.
- Sí, por supuesto.
- Entonces, ¿como antes? —dijo Alma ofreciéndole la mano para despedirse en señal de amistad.
- Todo olvidado. Sí, claro —dijo Vlad, estrechando la mano de Alma y

sintiéndose perturbado al contacto con la piel de la mujer.

Alma cerró la cancela de entrada y se volvió a casa, dejando a Vlad al otro lado como un pasmarote, sujetando la nevera con las dos manos, como si fuera el bocadillo del recreo. Él la contempló marcharse, hermosa e irresistible. Se había vuelto inalcanzable como el bote de caramelos en la estantería más alta. Sabía que ella nunca lo volvería a invitar a su alcoba. La deseó como nunca había deseado a nadie y Alma lo notó, pudo sentir como se clavaban los ojos de Vlad en su figura, desnudándola con avaricia. Lo volvía a tener a su merced, y eso era una baza. Estaba satisfecha a medias.

- Espero noticias tuyas —dijo Alma, dándose la vuelta, mostrando su mejor sonrisa.
- Claro, en cuanto liquidemos el asunto, os haré una transferencia. Para lo demás, mañana vendrá el camión.
- ¡Vlad! —exclamó Alma—, gracias por las vacaciones. Volveremos al negocio pronto —añadió mostrándose arrebatadora.
- Magnífica decisión. Estoy ansioso —respondió Vlad, dándole la espalda y saludando con un brazo en alto—. Por tu bien, más te vale amor mío —añadió para sí.

Segunda oportunidad (Roma, mediados de septiembre de 1989)

No encontraron una explicación hasta que, a mediados de mes, aquel hombre con cara de circunstancia y bata blanca les contó algo sobre un posible contagio por culpa de una transfusión de sangre contaminada con un virus. Y tenía que haber sido hacía bastante tiempo, cuando la ciencia todavía no era consciente del riesgo. Ataron cabos. Magadan, tuvo que ser entonces. Después de tanto tiempo y tantas misiones... En aquel instante, Clara Aleksievich se sintió traicionada por el destino, como si este hubiese pospuesto la cita y la estuviera esperando en ese momento, en Roma, en su cómoda nueva vida palaciega, para ajustarle las cuentas con intereses de demora porque no murió aquel día en el hospital de Magadan. Su hígado se deshacía como si fuera corcho podrido.

- ¿Cuál es el tratamiento? —preguntó Misha, desbordado, buscando una salida.

El médico fijó su vista en los análisis de sangre, ocultando su impotencia tras el papel, queriendo explicarle sin palabras que aquello era un punto y final. Sin atreverse a pronunciar la sentencia delante de la extranjera moribunda.

- Misha —intervino Clara—, no debemos hacerle perder más tiempo al doctor. Ni yo tampoco puedo permitirme el lujo de desperdiciar lo que me queda. ¿Verdad, doctor? —preguntó mirándolo fijamente aguantando el tipo con los ojos vidriosos.
- Lo siento, señora Aleksievich...
- Algo se podrá hacer —argumentó Misha, sin rendirse—. ¡Hay trasplantes! —exclamó.
- Tendrían que irse a su país. Ustedes son soviéticos, aquí... tardarían demasiado en hacerse cargo de su caso. Y no sé cómo funciona allí ni si hay lista de espera —dijo con vaguedad—... No sé cómo decírselo... el problema es el tiempo. La hepatitis es muy agresiva. Va rápido. No se puede hacer nada.
- Podemos pagar. Haremos lo que sea necesario.
- No está en mi mano.

Abandonaron la consulta sin decir nada. El médico los acompañó hasta la puerta. Se dio la vuelta. Al instante, volvió a girarse y tocó el hombro de Misha con suavidad.

- ¿Tiene un instante? —le invitó a pasar de nuevo a la consulta. A solas.
- Sí, claro.
- Sería muy caro —susurró el médico.
- Eso no importa.
- Y no hay garantías.
- Lo entiendo.
- Este es el número de teléfono del doctor Fabiano. Dígale que va de mi parte. Le atenderá.
- Gracias.

En otras circunstancias lo habría investigado. Pero el tiempo... no podía permitirse ese lujo. Averiguó lo imprescindible. Rico, con mucho prestigio y los famosos se lo rifaban como si fuera el Santo Grial. Aquel médico con aura de actor de cine le prometió un milagro y él entró por el aro con los ojos cerrados, sin más.

Contrarreloj (viernes, 22 de septiembre de 1989)

El complejo sistema de trasplantes involucra a mucha gente, puede que sea uno de los grandes logros de nuestra sociedad. Es altruismo en estado puro. Todos y cada uno de los actores se sienten comprometidos más allá de su sueldo, con un fin: prolongar la vida de una persona, sin juzgar su pasado, sin valorar si se lo merece o no. Y a cambio de nada. Porque el que dona, el que se desprende de un trozo de sí mismo, ya no necesita esa pieza esencial; de hecho, no necesita nada.

En el momento cero, cuando se abre un resquicio mientras se cierra de golpe otra puerta, suena una alarma. El finiquitado intenta traspasar la barrera de la muerte manteniendo algo de sí vivo, aunque sea en otro cuerpo, como un *Alien* que habita en estado latente hasta que consigue tomar posesión de su huésped. Un equipo médico disponible las 24 horas del día realiza la extracción. Se comprueban las compatibilidades y mientras, se selecciona al agraciado. Hay un criterio principal: la premura. El premio: un boleto de vida extra con un grillete de inmunodepresores atado a un tobillo de por vida.

El segundo paso lo realizan otro tipo de profesionales con un increíble despliegue de medios que se encargarán de que, como si fuese el regalo de nochebuena, el órgano llegue a su destino a tiempo y en perfecto estado.

Y, por último, otro equipo médico obra el milagro: conseguir que la casquería sacada de una nevera se convierta en el repuesto para el elegido. Y todo esto, para el receptor, en el circuito oficial, es gratis.

Pero ellos eran amateurs. A Clara, le tocaba pagar por la absolución a un pecado que no había cometido. Misha lo había hecho por ella sin pedirle permiso. Y sin hacerse preguntas porque era más sano dejar a la moralidad guardada en un cajón, para que no cogiera polvo. En solo una semana, gracias al doctor Fabiano, había luz al final del túnel. Al entrar en la clínica, le aseguraron que habían tenido mucha suerte. Que una cosa así no era habitual. Él abrazó a su esposa y le prometió que todo saldría bien. Ella le dejó su anillo para que lo custodiara. Y él lo cogió temblándole las manos, la besó y se despidieron con el miedo metido en el cuerpo. No estaba preparado para perderla para siempre. La vio alejarse por un pasillo frío en una camilla

empujada por un celador, como si fuera el barquero adentrándose en el Aqueronte. Y parecía que las aguas estaban muy movidas. Se metió las manos en los bolsillos, liberó la alianza y tocó unas monedas. Pensó que tendría que haberle dado algo de calderilla a aquel hombre para garantizar la vuelta de su esposa al mundo de los vivos. Tocaba esperar. Había hecho todo lo que estaba en su mano y más, en muy pocos días. Una tarea casi imposible.

Era la madrugada del 22 de septiembre de 1989. Pronto sería el equinoccio de otoño: en Kolymá, el permafrost y la oscuridad reclamaban sus pertenencias; al amanecer, Roma sería acariciada por un sol suave y respetuoso y Clara Aleksievich había nacido de nuevo porque la tarde anterior alguien tuvo un terrible accidente de tráfico y la familia generosamente cedió sus órganos. O eso quiso pensar el recientemente ascendido a general, Mijail Kirilievich Novikov, en un ataque severo de ingenuidad sobrevenida.

Bruno y Speedo (lunes, 30 de octubre, 1989)

A veces, llevar la razón no es suficiente, ni siquiera es un consuelo, sobre todo, cuando el resultado no es satisfactorio. Ese era el pensamiento que cruzaba la mente del otro novato, Tempesti, cada vez que se escondía de Feltracco. Lo evitaba como quien huye de los leprosos. Y no era justo, habían gastado un mes buscando a Toni Rosso, treinta días saltándose las reglas, gastando su tiempo libre y el oficial... Más de cuatro semanas en las que no habían averiguado absolutamente nada.

Bruno y Feltracco podían haber olvidado el asunto y seguir con otra cosa, pero no aceptaban que Toni Rosso fuera digerido por las tripas de la ciudad. Sabían que tarde o temprano aparecería algún detrito para dar un último consuelo a su familia y no podían consentir que el tiempo o la casualidad hiciesen el trabajo sucio. Era su cometido, eran policías, había un vínculo personal y no dejarían que el procedimiento habitual se convirtiese en la lápida de Toni.

Lo harían ellos. Buscarían al Speedo y pondrían sobre la mesa una oferta que no podría rechazar: lo amenazarían con encerrarlo. Ese era el plan de Feltracco desde que lo soltó como por error; obligar al drogadicto a participar en su cruzada a cambio de mantener su libertad. Si se negaba, lo meterían en la jaula y tirarían la llave al Tíber. El Speedo se jugaba regresar a la trena y sería por un periodo largo. Con su ayuda, localizarían al maldito Vlad y le sacarían lo que supiera, costase lo que costase. Feltracco le había prometido a Tempesti que no le haría chantaje al drogadicto, pero ahora que Giacomo se había retirado de la investigación, tenía vía libre.

Encontrar al Speedo fue fácil, mucho más de lo que esperaban. Bruno comenzó la búsqueda por el principio, siguiendo el manual. Fue a ver a los padres del chico y, sorprendentemente, el polluelo estaba allí.

- Necesito que me ayudes —dijo Bruno, a modo de saludo cuando el Speedo le abrió la puerta de su domicilio.
- Sabía que vendrías, ¿qué quieres exactamente? —preguntó con voz temblorosa, receloso.
- No me andaré con rodeos. Tú conoces a Vlad, quiero que lo encuentres

para mí.

- ¿Por eso me soltasteis, para hacerme chantaje?
- Sí, el comisario...
- Yo tampoco me iré por las ramas. No puedo —sonrió con amargura—. Aunque quisiera ayudarte, no sería capaz, no me veo con fuerza.
- Escúchame bien, drogata de mierda —escupió con dureza Bruno—. Harás lo que te pido o volverás a la cárcel, ¿lo entiendes? —añadió desafiante.
- Vaya, con lo comprensivo que te mostraste el otro día, y resulta que eres un hijo de la gran puta. Creo que eres tú quién no lo entiende. No puedo, me estoy desenganchando. Y no es fácil.
- ¿Tú? ¡Venga ya!, eres un *colgao*, y además ¿qué me dijiste? Ah sí, ya lo recuerdo, que te gustaba —afirmó Bruno, que inmediatamente se dio cuenta de su error.
- ¿De verdad... eres tan cabrón?
- No, espera —le interrumpió Bruno—, discúlpame —añadió cambiando el timbre de su voz—. No he venido a amenazarte. Me he equivocado. Giulio —dijo pausadamente, esperando la reacción del Speedo al ver que recordaba su nombre—, si me ayudas, te prometo que no te dejaré ni un segundo, te acompañaré todo el tiempo y no volverás a recaer. Te necesito, Toni te necesita.
- Mira, me caes bien. Pero mis padres todavía tienen guardadas las cosas bajo llave, ¿lo entiendes? En su propia casa. ¿Sabes lo que es eso?
- No.
- Claro que no, no puedes entenderlo... La última vez que pasé por aquí, les robé. Desvalijé mi propia casa, cogí el reloj de mi abuelo, los pendientes de la boda de mi madre y todo lo que podía servirme y lo malvendí para *enmendarme* un poco más. Y lo peor, es que los traicioné. Siento que esta es mi última oportunidad para reconquistarlos y no voy a fallarles. No volverán a dejarme entrar en casa si fracaso. No lo pienso hacer. Lo que me pides es muy peligroso y no estoy preparado —dijo evitando mirar al policía.
- Giulio, te cuidaré, estaré a tu lado y no te fallaré. Puede que me haya precipitado, acudir a ti es lo primero que se me ha ocurrido. Mejor dicho,

lo único. Pero si prefieres dejarlo pasar... Lo entenderé —contestó Bruno, melodramático.

- ¿No lo comprendes?, no puedo salir a la calle, me da miedo, estoy aterrado... de mí mismo, de lo que soy capaz de hacer. Aquí estoy a salvo. ¿Sabes cuánto tiempo he estado enganchado? No, ¿verdad? Desde los diecisiete, metiéndome basura en el cuerpo y envenenando a otros para poder pagarlo. Hacía tres meses que dormía en la calle, en un banco o en cualquier rincón. Ahora estoy en casa, a salvo y es pronto, no llevo tanto tiempo limpio como para volver allí, tengo clientes que se me acercarían, la gente comenzaría a sospechar, pensarían que pasa algo raro conmigo. Te recuerdo que me sacaron esposado. De veras que lo siento. Todavía no puedo salir, pero quiero ayudarte. Mira... quizá te sirva... ¿Recuerdas lo que te dije cuándo estábamos en el calabozo?
- ¿El qué?
- Sobre Vlad. Ese tío, no me gusta, no es trigo limpio. Cuándo apadrina a un yonqui, después este desaparece.
- Espera, ¿me estás diciendo que lo has visto más veces?
- Mira —respiró profundamente—, no exactamente. En el Koliseum cada uno hace su vida y se mantiene a flote como puede, nadie hace preguntas y yo no estoy seguro de nada. Como tú bien dices, soy un puto *colgao*.
- Te he dicho que lo siento —le interrumpió Bruno.
- Pero si es la verdad. Y cuanto antes lo asuma, más posibilidades tendré de salir de esta. Bruno, soy un *colgao* pendiente solo de una cosa: conseguir el rancho diario. Lo de Vlad es, es... cómo te diría, es más una sensación que una afirmación. No sé si me entiendes. Me preguntas si lo he visto más veces, creo que sí. ¿La gente desaparece? También, pero no podría precisar si lo he soñado, lo he *flipado* o ha ocurrido de verdad.
- Te comprendo.
- Ese Vlad, si de verdad es el tipo que buscas, en cuanto me vea sereno va a desconfiar. Y, no estoy dispuesto a meterme nada para ganármelo, ni siquiera por salvar a tu amigo.
- Lo entiendo. Si decides ayudarme, te prometo que no correrás riesgos, estaré todo el tiempo contigo, seré tu sombra y no permitiré que recaigas. Te dejaré en casa, sano y salvo.

- Uff, no sé si seré capaz.
- Pero... ahora estás bien, no tiene por qué cambiar nada.
- Sí y no, tengo mis momentos malos y no sé si resistiría volver allí.
- Confía en mí. Seré tu sombra día y noche —dijo Bruno mirando a los ojos del Speedo, mostrándose convincente.
- Está bien, deja que me haga a la idea, necesito un poco de tiempo para pensar.
- Giulio, no tenemos tiempo.
- Un día, solo te pido un día.
- Y mañana cuando venga, ¿estarás o habrás huido? —preguntó Bruno, susceptible.
- No lo sé, todavía no lo he decidido, pero si quieres que te ayude tendrás que empezar por confiar en mí ¿no te parece? —contestó el Speedo.

Metamorfosis (lunes, 30 octubre, 1989)

Giulio cerró la puerta de su casa y se volvió hacia la seguridad de la clausura meditando por el pasillo en una penumbra confortable. Pensó en las palabras del policía. Podía huir, era verdad, pero ¿a dónde iría? ¿Otra vez a la calle? Su sitio estaba allí con su familia, y en ninguna otra parte tendría la clase de apoyo que necesitaba. No podía esfumarse, eso implicaría volver a lo mismo, al mismo estercolero del que estaba intentando escapar. Se enfrentaría a todos, aunque no soportara ver a ningún colega apestado en un radio de cien metros. No iría a ninguna parte, ya lo había hecho en otras ocasiones, tras cada carrera desesperada había llegado siempre a la misma meta y no había funcionado.

Pensó que la aparición de Bruno en su vida podría ser un punto de inflexión. Si quería reconciliarse con su familia y con la sociedad tendría que conseguir algo bueno que equilibrara su balanza personal. Lo que le pedían era complicado y arriesgado, se sentía débil y podía volver a sucumbir a la llamada que gritaba dentro de su cabeza pidiéndole volver a su universo perverso paralelo. Y los gritos eran difíciles de ignorar, porque, aunque su cuerpo ya no crujía, su mente, que había probado la manzana podrida, exigía una tarta entera. Pero estaba aquel policía que lo evitaría. No podía explicar la sensación, solo sabía que confiaba en Bruno y estaba convencido de que este cumpliría su parte del trato. Y, si hacía lo correcto, el Speedo se esfumaría como una pesadilla en la luz de la mañana. Él podría volver a mirar a la cara a sus padres y conseguir la absolución de la ristra de pecados cometidos, podría volver a ser Giulio a secas, sin alias, y retomar su vida, más o menos donde la había dejado, aunque con retraso, como la luz que vemos de las estrellas. Era un doble o nada que tenía que jugar.

Giulio gastó toda la tarde pensando qué garantías exigiría al policía, necesitaba saber hasta qué punto se comprometía este, qué significaban las palabras "día y noche" y "ser libre". Se sentía nervioso y excitado. Lo habló con sus padres, les explicó que tenía que colaborar con la policía en la búsqueda de un peligroso traficante, les habló de Vlad, de Toni Rosso, de la gente que desaparecía misteriosamente y de que él era el único que podía identificar al delincuente. Les dijo que, aunque el policía había sido amable, la verdad era que no tenía alternativa y si no cooperaba, probablemente volvería a la cárcel. Lo tenían pillado. Escucharon en silencio con el miedo de

la recaída metido en sus cuerpos e inmediatamente pensaron que su hijo les estaba engañando por enésima vez. Giulio lo leyó en sus caras, vio su desesperación y frustración, pero ahora era distinto y era verdad. Recordó el cuento de Pedro y el Lobo. Y no podía reprocharles ni argumentarles nada, sabía que les había mentido demasiado como para que confiaran de nuevo en él. No tenía sentido seguir insistiendo, cuanto más lo hiciera, más falso parecería. Los conocía bien. Tendría que hacer que el policía les convenciese. Después, si tenía éxito, sus padres, por primera vez en muchos años, se sentirían orgullosos de él.

A la tarde siguiente, Giulio, acompañado por Bruno, salía del portal de su bloque, de puntillas y asustado, como quién roba el cepillo de la iglesia y no quiere que el sacristán lo oiga. Saludaba al aire fresco que le acariciaba la cara como si fuera nuevo. Y sentía que podría, que sería diferente, que esa vez retomaría las riendas de su vida sin aditivos y sin que nadie salvo él estuviese al mando, aunque necesitaba madurarlo y sentirse seguro. En el futuro se plantearía cómo ganarse el pan. Eso sería un problema que afrontaría cuando llegase el momento. Si era capaz.

En casa se quedaban unos padres debatiéndose entre creer que aquel desconocido que escoltaba a su hijo era lo que decía ser o que la verborrea del supuesto poli era la última patraña de su retoño torcido. Puede que esa vez fuera la buena o quizá no. Los indicios les hacía albergar esperanzas. No faltaba nada en casa, su hijo, ni siquiera se había acercado a la caja fuerte. No temblaba y se mostraba coherente. Si estaba actuando, en esta ocasión se merecía el Oscar. No les quedaba otra, una vez más, tendrían que esperar a oír las llaves al abrir la puerta de casa y confiar y rezar para que no volviese a decepcionarlos.

A media noche, durante el camino a la zona de patrulla, Bruno insistió en que tenían que ser discretos. Él era policía, podían reconocerlo y, si eso ocurría, los dos acabarían en una situación incómoda.

- Los yonquis tienen un sexto sentido —apuntó Bruno.
- Yo también soy un *colgao* —le contestó Giulio, molesto.
- Ya no —se limitó a decir el policía.

- Sí lo soy y lo seré siempre, cada día, no olvidaré lo que se siente mientras viva. Y, muchas veces, desearé volver a experimentarlo.
- Ya —dijo con un cierto tono reprobatorio.
- Tú no lo sabes, no tienes ni idea, ¿verdad? —le espetó Giulio, parándose en seco, desafiante.
- Tú sí que no tienes ni idea.
- Seguro que tu vida ha sido horrorosa.
- Está bien, te lo contaré. Rosso y yo éramos amigos.
- Eso ya lo sé.
- Hay más. Cuando éramos unos críos, tonteábamos con las drogas.
- Ah, sí. ¡Ahora me vas a decir que un día te fumaste un porro y apaleaste a un gato! Y ya eres un experto y sabes de qué va todo esto, ¿verdad?
- No, Giulio, no —contestó pacientemente—. No te voy a decir eso. No fue uno. Ni dos. Recuerdo el día en que, juntos, probamos la cocaína. La compré yo, para celebrar mi cumpleaños. El verano de dieciséis años. Fue una sensación increíble. Toni dijo que éramos los putos amos del mundo y yo me tiré al suelo de la risa. Pero... supe al instante que aquello era falso y dañino y si seguía instalado en esa irrealidad, me arrastraría. Y era tan tentador... Esa noche, cuando se me pasaron los efectos, continuamos con unos porros y Toni me pidió que le pasara la droga que yo guardaba. Le dije que no se pasara, que aquello solo era un canuto, y, el cabrón me miró a los ojos y se rio de mí. Me preguntó que si era tonto. ¿Sabes? El tipo me dijo que si era lo suficientemente tonto como para engañarme que por él no había problema, que lo llamaríamos galletas María, pero aquello no era otra cosa que droga. Ese día me prometí a mí mismo que jamás volvería a probar polvo ni ninguna otra sustancia. Y cumplí, pero él se dejó llevar por la corriente sin oponer resistencia. A cambio del favor, lo dejé de lado y me alejé de aquello, todo lo que pude.
- ¡Anda! Si eras un aprendiz de drogata y lo dejaste para hacerte policía.
- Algo así.
- Y, desde entonces tienes mala conciencia porque tú te escapaste y él no.
- Sí.

- Y por eso tienes que ayudar a Toni Rosso.
- Así es.
- Entonces, deja que te cuente un secreto. No tenemos un sexto sentido. No hay una hermandad de los drogatas ni tenemos poderes telepáticos para detectarlos. Si no quieres parecer un policía, disimula un poco. No mires con esos ojos que parece que estás apuntando en todas direcciones. Camina algo más rápido, como si te fuera la vida en ello, y de paso, titubea, como si se te olvidara a cada instante eso tan importante por lo que corrías tanto. Relájate un poco. Quizá así se piensen que eres mi primo de Milán.
- ¿Tienes un primo en Milán?
- No, pero da igual, nadie lo sabe y tampoco lo van a comprobar —sonrió.

Cuando llegaron a la zona de trabajo, el Speedo volvió a ser tan popular como el pescador que tira migas de pan al estanque, justo antes de lanzar la caña. Pero esta vez no tenía material que distribuir. Con un simple y discreto gesto, los necesitados comprendían al instante que su camello habitual no despachaba maná. A Giulio, alias el Speedo, la misión le pareció divertida. Patrullaba, de incógnito, pero parecía uno más del rebaño. Y, además, tenía que ser dócil, como un perro faldero, sin tensar la cadena que Bruno sostenía con delicadeza, pero con determinación. Sabía que el policía no le quitaría el ojo de encima y podía sentir la preocupación de este cuando el resto de tuberculosos se les acercaban algo más de la cuenta en los dominios del Koliseum. Un solo movimiento en falso y Bruno neutralizaría la conducta inapropiada de su mascota con un tirón y de carambola, la operación se iría al traste porque el policía no se perdonaría a sí mismo empujarlo de nuevo al fango. El Speedo sabía que, en la conciencia del policía, un Toni Rosso ya era suficiente. Y le reconfortaba.

Solo tenían que centrarse en otear el horizonte en busca del escurridizo tipo, Vlad, al que desde hacía unas semanas nadie había visto por la zona. A veces desaparecía, era normal. Pero no tanto tiempo. Y no podían preguntar con una libreta en la mano como en las películas, si este se olía que iban a por él o si recibía un chivatazo, el carroñero se buscaría un nuevo territorio de caza y lo perderían definitivamente.

En su antiguo hábitat, Giulio se sentía como un diabético en una pastelería, a punto de sucumbir con un merengue que le costaría el pellejo. Necesitaba cerrar el capítulo "las drogas y yo" de su vida y volverse a la seguridad de las aguas poco profundas. Bruno le había prometido que, en cuanto lo señalase con el dedo, su trabajo habría acabado y podría irse a casa sin cuentas pendientes. Cooperaba para olvidar, para arrancar de nuevo y cuánto antes, mejor.

Pero el método convencional de ver y esperar propuesto por el comisario Feltracco no funcionó. Bruno y Giulio llevaban casi una semana deambulando por la zona y el plan no tenía más recorrido. Si Vlad no aparecía tendrían que suspender la búsqueda porque nadie en el Koliseum se tragaría que el Speedo había dejado el negocio, se dedicaba a la vida contemplativa y aun así disfrutaba paseando por las cloacas como si fuera la Capilla Sixtina. Tal y como lo veía Feltracco, el aprendiz de poli y el converso a la vida sana tenían dos opciones: o pasaban a la ofensiva o desaparecían un tiempo para volver a intentarlo más adelante. Pero, Bruno insistía en que Toni Rosso no podía esperar. Se lo jugarían a la carta más arriesgada, preguntar por Vlad a todo el que se cruzara en su camino, comenzar a actuar de modo sospechoso y pulverizar la coartada del primo drogadicto de Milán.

Futuro negro (Roma, viernes, 3 de noviembre de 1989)

Pronto descubrió que, en el nuevo destino, había dos castas. Primero estaban los *puestoadedo* y después, los demás. Lola era de la primera clase. Una carambola. Se dio cuenta de que los horarios y las funciones eran más llevaderos para los elegidos. Y lo que más le gustaba era la cara de póker que ponía su jefe que no entendía cómo aquella mujer había conseguido ese chollo sin tener ninguna conexión de alto voltaje.

Su rutina era plácida como un día de campo con sol en primavera, pero le producía remordimientos. A menudo, Lola miraba al resto de los inmortales y se preguntaba si aquellos niños bonitos no sentirían la misma angustia que ella por aprovecharse del resto como si estuvieran estafando al mundo. Si era así, lo disimulaban bien.

Esa mañana de noviembre desayunó con parsimonia de reina, recorrió como una turista el camino desde su apartamento de la calle Frattina y se presentó en la embajada a las 9:30. Se parapetó tras su mesa de trabajo con ajeteo impostado para ordenar la agenda del día. Miró al teléfono sonando, contrariada por la interrupción y, mientras lo cogía, pensó que tenía que hablar con Reyes.

- Pero, ¿tú eres gilipollas? —gritó una voz.
- ¡Ernesto! qué cojones....
- Lola, teníamos un trato —le advirtió Ernesto.
- Sí, es verdad, te dije que no quería volver a verte, pero se me olvidó decirte que tampoco quería oírte ni por teléfono. ¿Qué coño quieres? —puntualizó Lola, rencorosa, con malos modos.
- ¿En serio? —preguntó alucinado.
- Ernesto, no tengo todo el día, tengo trabajo y debo colgar —dijo Lola, despreciándolo.
- Lola, se acabó. Y considera el aviso un regalo, por lo que has sido para mí, por los viejos tiempos —soltó Ernesto, amenazante.
- Ernesto, ¿me quieres explicar de qué va todo esto?

- Vamos, no te hagas la tonta, ya lo sabes —respondió con ironía.
- ¡No, no lo sé! —gritó Lola, convincente.
- ¿De verdad? —preguntó Ernesto valorando la otra posibilidad.
- ¿El qué?, me estás empezando a cabrear.
- ¿No has sido tú, entonces?
- Uff, ¡gilipollas! no sé de qué coño hablas —gritó cansada de tanto andarse por las ramas.
- Lola, ¿has visto los periódicos?
- No, ¿qué ha pasado?
- Y ¿"El entrevistador" de esta semana?
- No, Ernesto, no los he visto, ni tampoco el "Diez minutos" ni el "Hola" —contestó Lola con cinismo.
- Entonces, ¿es Reyes?! —preguntó Ernesto, como si se le escapara la deducción.
- ¡Joder! ¿Quieres soltarlo de una puta vez?
- ¡Pero tú dónde vives! El caso, Lola, el caso ha salido en los medios —dijo muy serio.
- Pues... No tenía ni idea.
- ¿Me lo juras?
- Ernesto, por Dios. Es serio. Sí, te lo juro.
- Vale. Te creo.
- Gracias. Y ¿es grave? Quiero decir ¿qué ha salido? —preguntó preocupada.
- Todo.
- ¿Cómo todo? ¿Nombres?
- Y fotos, fechas... Los cabrones llevaban semanas investigando y lo han publicado ahora. Menudo revuelo.
- Joder, Ernesto, reclutaban hijos de puta, los metían en un campamento de entrenamiento, fabricaban mercenarios, los vendían para la contra, para

los narcos, para todo el que pagara por un ejército de depravados que se divertían torturando y matando niños... ¿y tú te preocupas del eco? ¿Tú dónde vives? ¿Qué coño vi en ti?

- Lo de los niños no se puede probar.
- ¡Ernesto, no me jodas! Estás hablando conmigo, no delante de un juez.
- Lola, no lo has entendido nunca. Las órdenes te llegan, las cumples sin pensar porque vienen de donde siempre y no tienes un filtro de esta sí o esta no. No es tan fácil como discernir entre el negro y el blanco. Yo no sabía nada de esta mierda hasta que me dijeron que si quería tenerte a mi lado, tendría que devolver un favor. Te lo juro.
- ¿Por eso me concedieron el traslado?
- Así es. Y empiezan a presionarte, a recordarte que tienes una deuda, a pedir cosas. Para cuando te das cuenta, estás involucrado y la única posibilidad es seguir hacia adelante, sin mirar atrás, porque el desplante implica la pérdida de todo por lo que has luchado toda tu vida. Me salpicó y no supe verlo ni apartarme a tiempo, porque no fui capaz de... Da igual, ya es muy tarde. Solo espero que algún día lo entiendas.
- Ya. ¿Y los chicos? —preguntó Lola algo escéptica.
- Me da igual que creas o no que no tengo nada que ver en ese asunto. Lola, no espero tu perdón. Pero quiero que sepas que todavía me preocupo por ti. Si tú no te has ido de la lengua, ha sido tu amigo. Ya no hay pacto y van a ir a por vosotros. Intentaré convencerlos de tu inocencia, pero no creo que pueda hacer mucho.
- Ya veo —suspiró sin darle importancia—. Supongo que era algo que tenía que pasar tarde o temprano, era demasiado bonito para que durara —dijo encogiéndose de hombros—. Además, Ernesto, ni siquiera creo que Reyes tenga nada que ver en este asunto.
- Pues alguien ha pasado el chivatazo.
- No tiene por qué ser así. Seamos serios. ¿Cuánto tiempo creían tus jefes que iba a mantenerse el tinglado?
- Lola, mis jefes son tus jefes. Esto es una operación encubierta, alegal si quieres. Pero aquí los que mandan ocupan sillones muy mullidos y manejan muchos hilos.

- ¿CESID? —preguntó con preocupación.
- O MI6, CIA, la DPSD, qué más da. Solo son siglas. Los que mueven los engranajes fabrican mercenarios y se los pasan de unos a otros como si fueran cromos cuando los necesitan para hacer el trabajo de alcantarilla. ¿Quieres que siga?
- No hace falta. Ernesto, gracias por el aviso, aunque, si te soy sincera, hubiese preferido no saberlo. Tampoco habría estado mal vivir en la ignorancia feliz y que de repente, puf, cayera al suelo sin sentir nada. Ahora... ¡Tío, una vez más, me has jodido!
- Lo siento, Lola, solo quería —contestó Ernesto casi susurrando...
- Ya lo sé, Ernesto, ya lo sé —lo interrumpió—. Has hecho bien, es solo que ahora tengo miedo y estoy nerviosa.
- Lola, ten mucho cuidado, vigila tu espalda. Desaparece. Vete.
- Gracias, ¿sabes una cosa?
- ¿Qué?
- Que todavía te echo de menos.
- Y yo a ti. Espero volver a encontrarte algún día. Adiós, Lola, suerte.
- Sí, algún día. Gracias por haberme llamado —dijo Lola cuando la comunicación ya se había cortado.

Lola se quedó con el teléfono en la mano digiriendo la noticia. Comenzó a llorar sin poder evitarlo, como si le hubiesen dicho que tenía un cáncer terminal. Pensó en su padre, en su tierra, en Ernesto y en que, en ese instante, probablemente alguien estaría volando hacia Roma para ejecutar la sentencia de muerte. Otro Santi más frío y más listo la borraría del mapa. Tenía que avisar a Reyes, aunque probablemente ya estaría al tanto. Sin soltar el auricular, marcó su número.

- Sí, buenos días.
- ¡Juan! te pillo en casa ¿estás bien?
- Ahora no puedo, hablamos luego —respondió Juan con premura.
- Espera un segundo, ¡es importante! —gritó Lola.

- Tiene que serlo, Lola. Hoy es un mal día —le advirtió Juan.
- Ya me he enterado de lo de los periódicos.
- ¿Periódicos? ¿Qué periódicos? Se ha suicidado hace un par de horas.
- Juan, ¿de qué estás hablando?
- Novo, Lola, Novo. Se ha pegado un tiro.
- Joder. No me lo puedo creer.
- Ya... Ni tú ni nadie. Acabo de llegar del sitio donde encontraron el cadáver.
- ¿Ya han hecho el levantamiento?
- Sí, vino el juez rápido y lo recogimos entre unos cuantos colegas. Ni te imaginas el revuelo se ha montado en el pueblo.
- Ya, el chismorreó va a durar.
- Sí. Y la viuda... Uf. Menudo papelón.
- Pobre, ¿estaba deprimido?
- No, estamos todos muy sorprendidos. Ayer se despidió como siempre, se fue a casa, parecía bien. No sé...
- Espera. ¿Ha sido normal? Quiero decir, aparte del hecho de que se ha suicidado, ¿hay algo raro?
- No te entiendo.
- Vamos, Reyes, es fundamental. Algo fuera de la rutina, cualquier cosa que te haga pensar que no es un suicidio, un detalle que no encaje.
- No sé, Lola. Todavía es pronto. Tenemos que reconstruir las últimas horas. Pero, ahora que lo dices... Gabi siempre viene... venía al cuartel en coche, pero esta vez hizo el camino andando, dando un rodeo de más de un kilómetro, paseando. Y no era precisamente de los que disfrutaba haciendo deporte. Ya me entiendes.
- Sí, te sigo.
- Y cuando le pareció, se paró en el merendero de las afueras y se voló la cabeza. ¿Algo raro? No sé. Nadie sabe qué pasa por la cabeza de un suicida, sobre todo cuando tiene éxito ¿y si ya lo tenía planificado? ¿y si

- era lo que quería?
- ¿Nota de suicidio?
 - De momento, nada.
 - ¿Testigos? ¿Alguien lo vio pasear? ¿Estaba solo?
 - Era temprano, nadie ha visto nada. Se ha pegado un tiro antes de salir el Sol.
 - ¿Tenía las gafas puestas o quitadas?
 - Lola, ¿es eso importante?
 - ¡Juan, ¿puestas o quitadas?! —gritó Lola, desesperada.
 - Mierda, Lola. Puestas, pero no sé qué tiene que ver con el suicidio.
 - Tiene mucho que ver. No, Juan, no se ha pegado un tiro, se lo han cargado. Y sé por qué. Lo de los chicos, ha salido en "el entrevistador" y ahora están silenciando bocas.
 - ¿Cómo?
 - Joder, Juan. ¿No lees los periódicos?
 - Estos últimos días no he tenido tiempo. Pero me cuadra todo. Me van a cambiar de destino...
 - Juan —dijo con la voz entrecortada.
 - Sí, Lola —afirmó el guardia civil, lúgubre.
 - Se van a deshacer de todos nosotros. Sobramos. Hijos de puta. ¿Tú...? ¿Espera! Creo que mejor no seguimos hablando por este teléfono. Ya no me fío de nadie. ¿Te acuerdas del sitio donde paramos cuando fuimos a Madrid y no tenían tabaco?
 - Sí.
 - Te llamo a ese teléfono en un par de horas, para que te dé tiempo.
 - No puedo, Lola, tengo que ir al cuartel.
 - Juan, es tu pellejo y el mío. Si es lo que creo puede que no llegues a ocupar la plaza de tu nuevo destino. Olvida el resto.
 - Entendido. Dos horas, intentaré llegar a tiempo.

Lola pensó rápido. A Novo lo habían quitado de en medio para ir cerrando puertas. A nivel personal, no le importaba, era un miserable que no valía un duro. Pero significaba que quienes estaban al mando tenían tanto miedo como ella, con la salvedad de que eran los señores feudales del nuevo sistema y ella, un vasallo prescindible.

Salió disparada, se iba a casa. Comenzó a mirar en todas direcciones, sintiendo su propia respiración, como si le faltara el aire, asustada, con un miedo que nunca había sentido hasta ese momento. Tenía dos horas para volver a contactar con Reyes. Iría al médico, diría que se encontraba mal. Pediría una baja, su superior no haría preguntas. En casa, cogería todo lo que pudiera y dejaría el resto. Y buscaría un sitio nuevo donde esconderse. Volvería a la Embajada para que pareciera todo normal. Acto seguido, desaparecería. Al menos, a quién viniera a por ella, se lo pondría difícil.

Pensó en Ernesto, tenía que avisarlo. Era justo. Lo haría, aunque quizá fuera él quién había mandado cargarse a Novo. No importaba. Se lo debía. En cuanto volviera a la embajada, lo llamaría.

En hora y media lo tenía casi resuelto. Dejó su casa como si acabara de ir a por pan y fuera a regresar en cinco minutos. Salió a la calle y se fue al coche a dejar sus cosas en el maletero. Después, dio un paseo por el barrio. Miró la calle con recelo, como si fuera agorafóbica, observó las caras de todos los individuos con los que se cruzó, deteniéndose en cada rostro, en cada gesto, intentando memorizarlo. Si aprendía, si era capaz de estar atenta todo el tiempo, tendría una posibilidad. Se dio cuenta de que esa asquerosa sensación sería su compañera a partir de ese momento. Comenzó a dolerle el estómago. Parecía un día normal. Recogió unos cuantos carteles de alquiler de habitaciones por la zona. Se escondería cerca para estar al acecho, para aprovechar el elemento sorpresa, para verle la cara al matarife que iría a por ella.

Se volvió a la embajada para recoger sus armas, una Glock 17 y la Beretta Cheetah, las guardó. Se acercó a ver a su jefe y le dijo que no se encontraba bien y que se marchaba a casa, ganaba una semana hasta que volvieran a preocuparse por ella. Después, ya vería. Cogió el teléfono como una desesperada para llamar a Ernesto. Necesitaba que le consiguiera un

salvoconducto para que no tuviera que estar el resto de su vida escondiéndose como un vampiro. Porque, entre otras cosas, tampoco tenía dinero como para poder permitírselo. Se dio cuenta de que huir era caro.

- Policía, dígame.
- Buenas, quería hablar con Ernesto Sánchez.
- ¿De parte de quién? —preguntó una voz que ella no conoció.
- Soy —pensó rápido quién era ella y pronunció unas palabras que le supieron amargas porque su relación había acabado con ese sabor a lentejas quemadas que estropea cualquier recuerdo bello—... Su ex —respondió, escueta.
- Ah... Entiendo. Señora, no sé cómo decirle esto... Ernesto ha sufrido un accidente hace como una hora, en el metro. Se cayó a las vías. Lo siento muchísimo. Estamos muy tristes.
- ¿Qué dice? Eso es imposible... Hablé con él hace —comenzó a decir fuera de sí, sin reaccionar, quedándose sin palabras...
- Señora, lo siento. El impacto... No se ha podido hacer nada por él.

Dejó el auricular encima de la mesa. Estaba aturdida, intentando pensar qué había podido ocurrir. Tenía que ser un error. Volvió a llamar a la comisaría, podría haber otro Ernesto... una nueva incorporación. Alguien que ella no conociera. Se arrepintió inmediatamente. No había nadie y lo sabía. Aguantó el tipo. Se sintió extrañamente en paz consigo misma y con él. Las últimas palabras que habían intercambiado eran reconciliadoras, ella lo había perdonado y él recogió el encargo. La seguía queriendo y la protegería. Algo pasó, se encaró con ellos para salvarle el culo y no les gustó, o quizá se iban a deshacer de él de todas formas. Nunca lo sabría. Colgó y se echó a llorar. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que lo amaba, lo seguía queriendo a pesar de todo, y lo echaría de menos el resto de su vida.

Se secó las lágrimas como pudo, recomponiéndose como un jarrón roto y repegado. Se sonrió recordando que Ernesto le decía que estaba horrible cuando lloraba. Pero no era el momento de ponerse sentimental ni de llorar. Tenía que resolver sus propios problemas porque, aunque le jodiera reconocerlo, sus adversarios eran rápidos y no titubeaban.

Pensó que necesitaba saber qué decían exactamente los periódicos. Si había nombres, si podía relacionar esos nombres con el caso de los chicos... esa era la clave. Los chicos. Meditó. Se dio cuenta de que no tenía nada concreto. Si ella o Reyes iban a la prensa contando que aquellos tipos eran los responsables últimos de los asesinatos, nadie los creería. La conexión del caso con el campamento se esfumaba al mismo que tiempo que las vidas de Ernesto y Novo. Porque solo quedaba la palabra de una inspectora sospechosa de haber matado a sangre fría al tonto del pueblo con la coartada de su compinche. Se cebarían con ellos si abrían la boca. Una poli sanguinaria liada con un civil asesino. Se imaginaba los titulares. Pistoleros. Además, no tenía nada concreto para contraatacar. Las autopsias, los informes, todo circunstancial, especulativo. Pero estaba segura, irían a por ella.

Por última vez, su ex llevaba razón. Quizá Ernesto no tuvo otra alternativa y, si ella le hubiera hecho caso... Si no hubiese sido tan cabrona. Y ¿para qué? Al final no había conseguido nada. Los niños eran historia, ella se había quedado sola, había arruinado su vida y ahora, a su ex lo habían silenciado para siempre. Se fue al cajón de los pasaportes y robó seis. Después llamó a Reyes desde el teléfono del bar más cercano.

- ¿Juan?
- ¿Por qué no me has llamado antes, llevo esperando...? —le recriminó el guardia civil.
- Te dije dos horas.
- Ya, pero llegué en cinco minutos.
- Sí, pero era para despistar. Nos escuchan.
- ¿No te parece que estás exagerando?
- También se han cargado a Ernesto.
- ¿Cómo dices?
- Ha tenido un accidente en el metro. Se cayó a la vía. Más bien lo han tirado.
- Lo siento. ¿Cómo estás?

- Mal, rematadamente mal. Pero ese no es el problema.
- Venga, Lola, y ¿si te estás precipitando?
- No, Juan. Es imposible. Dime una cosa ¿qué probabilidad hay de que los dos enlaces entre el caso y quienesquiera que sean hayan muerto en un intervalo de tres o cuatro horas de forma violenta?
- Reconozco que es chocante.
- ¿Lo ves? Además, Ernesto nunca cogía el metro, tenía claustrofobia. No lo soportaba. No podía ni con el olor que desprenden los tubos de ventilación. Solo a punta de pistola entraría en ese agujero. Créeme, yo lo conocía bien.
- Lola, lo que dices es muy difícil de creer.
- Vienen a por nosotros. Juan, nos toca.
- No tiene sentido, no somos una amenaza.
- En parte sí y en parte no —argumentó Lola, enigmática.
- No te entiendo.
- Juan, tú y yo solo somos unos putos peones, si vienen a por nosotros es por eso del honor y de dar ejemplo para que otros no sigan nuestra senda y se crean que pueden irse de rositas. Y ya está.
- Vaya, me lo pintas mal. Y ¿no hay una salida?
- Si se lo ponemos difícil o si somos capaces de encontrar la manera de negociar algo, igual nos perdonan. Ya lo han hecho antes y, además, nosotros no tenemos la culpa —argumentó Lola.
- Ya —contestó el guardia civil, con voz de circunstancia.
- Juan, no tenemos la culpa, ¿verdad?
- El caso es que...
- Cabrón, no me jodas.
- Lola, yo... no podía soportar ver a Gabi pavonearse. Lo habían ascendido, Lola —argumentó con tono suplicante—. A ese saco de basura le habían dado otra medalla y se iba a marchar del cuerpo por la puerta grande. Me daba asco verlo. Tengo un amigo periodista que va por libre... Pero pensé que me avisaría antes de publicar nada.

- Juan, por Dios —susurró Lola.
- Lo siento.
- Lo sabía, sabía que no podrías. Eres, eres peor que yo, eres un puto idiota. Por tu culpa... —dijo Lola fuera de sus casillas.
- No sigas, Lola. Ya me siento bastante mal —la interrumpió.
- No, perdona —prosiguió Lola más calmada—. No es por ti. Tú no has hecho nada malo. Todo lo contrario, has sido el único que ha tenido los cojones de ir con la verdad por delante. La culpa es de otros, y esta vez no vamos a conseguir que paguen. Hay que joderse. Hijos de puta.
- Tranquila, Lola. Saldremos de esta.
- Juan... Estoy pensando ¿Puedes...?
- ¿Qué?
- Coger el coche y, sin que nadie se entere, sin que te sigan, venirte para acá.
- Lola, dame un par de días...

Virus (principios de noviembre de 1989)

El primer diagnóstico fue de mononucleosis, pero no reaccionaba al tratamiento. Como si algo fallara en el cuerpo de Clara Aleksievich y la enfermedad del beso se hubiese hecho residente dentro de su alma. Le explicaron que tendrían que ser pacientes, que el trasplante había sido un éxito, no había rechazo y la situación era una consecuencia razonable. Un problema colateral de los inmunodepresores: cefaleas, fiebre, mialgias, faringitis, fotofobia, un número alarmantemente bajo de linfocitos T... Verborrea de faquires de bata blanca que clavaban las agujas en cuerpos ajenos. Así no dolía. No a ellos.

Pero, para Clara eso no era vida y necesitaba una respuesta. Abandonaron el entorno de la clínica privada dónde el doctor Fabiano le había sustituido la pieza defectuosa y buscaron una segunda opinión. Análisis de sangre, orina, control de tensión y reconocimiento simple. El procedimiento habitual. No les gustó el gesto del facultativo, pero lo pasaron por alto, como si no lo hubiesen visto.

Esperaron pacientemente en una sala con máquina de café para clientes acomodados, con los resultados en la mano. Era la segunda cita, dos días más tarde. La enfermera mencionó su nombre con bastante dignidad y cruzaron la puerta de lo que sería su día a día a partir de ese momento. El médico los miró con ternura y cogió el informe buscando lo que sabía que encontraría.

Era como una segunda mala pasada del destino, como si este no permitiera que nadie se riera de él ni lo burlase y hubiese actuado con rencor inoculándoles una segunda dosis de miseria, para que, en penitencia, el general la viera desdibujarse aún más. Los Novikov habían oído hablar de ello, quién no, sobre todo desde que salió el apuesto Hudson comido por dentro y por fuera diciendo que sufría aquel mal. Clara era portadora y lo había contraído hacía muy poco tiempo. Ataron cabos, tampoco había que ser astronauta para llegar a la conclusión evidente: durante la operación alguien cometió un error que le estaba costando la vida a Clara, un error que Misha se encargaría de cobrar a precio de oro. Personalmente, a su estilo, sin dejar a nadie fuera, estudiando al

adversario con paciencia y en silencio como en una partida de ajedrez, eliminando las piezas una a una hasta dejar al rey solo y desvalido. Para después cortarle la cabeza.

San Pedro (martes, 7 de noviembre, 1989)

Lola se había cambiado el pelo, el maquillaje y la forma de andar. Parecía una niña malcriada con tierra de por medio para que la familia no sintiera ni padeciera por el sendero que había cogido el retoño. Vestía como un fantoche de la movida. Ni su padre la reconocería. De eso se trataba. Esa mañana, había quedado con Reyes en la plaza de San Pedro. A Lola le pareció un sitio seguro, lleno de turistas a cualquier hora y en cualquier fecha. Aún era temprano y los curiosos ya hacían cola. Lola miró a aquellos tipos y los imaginó como una masa multiforme que, bien exprimida, suponía una fuente de ingresos para el Vaticano nada despreciable. Sí, era un lugar idóneo para pasar desapercibida, aunque también el punto de encuentro tenía sus inconvenientes. El exceso de caras significaba un esfuerzo extra para sus sentidos. Cualquiera podría ser su ángel exterminador. Estaba nerviosa. Buscó la cara de Reyes durante media hora. Quizá no le había dado tiempo a llegar o se había quedado dormido en cualquier parte. De repente, lo vio entre la gente, con una bolsa de viaje al hombro. Se acercó al guardia para comprobar si el camuflaje era eficaz. Lo miró de arriba a abajo. Se le veía perdido y demacrado, parecía un zombi. Reyes estaba absorto contemplando la grandeza de la plaza.

El guardia estaba buscando a una morena de pelo largo y ondulado, vio acercarse a una yonqui punk y sacó una moneda del bolsillo para quitársela de encima.

- ¿Además de gilipollas eres tacaño?
- ¿Lola?
- Me alegro de verte. ¿Te ha seguido alguien?
- Me encanta la pregunta. Claro que me han seguido, están aquí conmigo, he hecho un pacto con ellos. ¡Lola, tranquila! Hice todo lo que me dijiste, cogí tres taxis y el metro —respondió sintiéndose atacado.
- Vale, es que... Llevo unos días.
- Y ¡yo qué! —respondió Reyes con una agresividad inusitada.
- ¿Qué te pasa?

- Perdona, no he parado desde que hablamos. Por cierto, estás irreconocible.
- ¿Te gusta? —preguntó con un tono de coquetería.
- No pareces tú —respondió indeciso.
- Bueno, lo tomaré como un cumplido —dijo sonriendo—. ¿Qué tal ha ido? Te veo fatal.
- He conducido del tirón. Estoy hecho polvo... ¿Sabes? pedí que el cambio de destino fuera inmediato. En el cuartel me miraron como si me hubiera vuelto loco. Me dijeron que no era el momento, ya sabes, con lo de Gabi. Pero les dije que ese era el principal motivo, que no podía seguir allí. Me miraron como si fuera la querida del sargento y me dejaron ir. Tengo un par de semanas de vacaciones y el mes de traslado.
- No está mal. ¿Y el coche?
- Tranquilízate. Ayer por la tarde, robé unas placas de matrícula francesas en Marsella, y lo he dejado aparcado cerca del río. No lo van a encontrar. Y ¿tú?
- Me miro en el espejo y no sé quién coño es la rubia que tengo delante, me paso todo el día acojonada pensando que cualquiera va a sacar una pistola de la bolsa de *suvenires* y me va a disparar. Me he mudado, ahora vivo a escasos cincuenta metros de mi casa. Es un sitio estupendo con unas vistas muy bonitas. Ideal para una luna de miel.
- ¿Te has ido de casa?
- No, que va. Me iba a quedar esperando a que me hicieran la visita, pero al final... ¡No te jode! Claro que me he marchado. He alquilado una habitación, está bien, tiene un cuarto de baño y está separada del resto del piso. Es de una pareja de viejecitos sicilianos que me miran como si fuera de otra especie, pero no se meten en nada. Es muy divertido verles las caras —sonrió—. Han cogido el dinero como si les hubiese tocado la lotería. Me ven entrar y salir y creo que se quedan detrás de la puerta pidiéndole a Dios que les dure. Les dije que mi novio vendría y no pusieron ningún problema. Creo que me van a adoptar.
- ¿Y?
- Pues nada, que son unos viejecitos encantadores, pero ya tengo familia.

- ¡Lola!... Me refería a si has visto algo.
- El caso es que... no lo sé. Anteayer apareció un tipo. Entró en mi antiguo portal. Volví a verlo por el barrio un par de veces al día siguiente. Su cara me resulta familiar, pero no logro ubicarlo.
- ¿Es de aquí?
- Ya te he dicho que no estoy segura... Estoy todo el día observando y no sé si me invento el parecido o si corresponde a alguien que conozca.
- Bueno, vamos para allá, echamos un vistazo a ver si hay suerte y, de paso, dejo la maleta y me tumbo un rato. Lo necesito.
- De acuerdo.

Bocca di Leone (martes, 7 de noviembre de 1989)

Era la primera vez que Reyes visitaba Roma. Y el viaje no era precisamente lo que había soñado. Abandonó la plaza con pena, pensando en los tesoros que dejaba atrás y que probablemente no vería. Se quedaría sin visitar la Capilla Sixtina, el Coliseo y cualquier otro monumento que no se cruzara en su huida. Se subieron a un taxi, comenzaron a dar vueltas por el centro para que Lola se sintiera más segura. A la media hora, Lola dio una dirección.

- Bocca di Leone con Vía delle Carrozze.
- *Presto* —contestó el taxista.

Estaban seguros de que nadie los había seguido. Recorrieron a pie la calle Bocca di Leone hasta llegar al hotel Alberto de Inglaterra. Se dirigieron hacia la entrada y observaron a los viandantes. Lola miró fijamente a un hombre joven, de unos veintitantos, ropa informal pero escogida, continuó sin desviar la vista. Le salió al encuentro a una mujer mayor que él, casi podía ser su madre, elegante y atractiva. Parecía la ponente de un congreso médico. Desanduvieron el camino, mirando en todas direcciones, nerviosos. Al minuto bajaron la guardia y se besaron como si no fuesen a llegar al día siguiente. Amantes furtivos. Entraron en el hotel y se perdieron escaleras arriba. Lola y Reyes dejaron pasar unos minutos. Justo después, con la calle vacía, se detenían en un portal. En el número 11.

- Es aquí, en el ático. Mi apartamento está allí enfrente, al principio de la calle, en la vía Frattina. Desde la habitación, puedo vigilar la entrada — dijo Lola, mientras abría rápidamente el portón de entrada y se deslizaban hacía dentro.
- Y ¿qué hacemos? ¿Turnos? —preguntó Juan desconcertado.
- No es mala idea. Me he comprado unos prismáticos y tengo una cámara con teleobjetivo —respondió Lola.
- Lola. ¡Todo esto me parece tan surrealista! —exclamó Reyes, pensando que aquello podía ser un estúpido error.
- Joder, dímelo a mí. Ahora que estamos aquí —se quedó unos segundos dudando, observando al guardia civil—... Me doy cuenta de que tú y yo no

pegamos nada —exclamó Lola.

- Tranquila —contestó a la defensiva—. No esperaba ninguna invitación...
- Mira que eres tonto —le interrumpió sonriendo—. Me refería a la indumentaria. Si vamos a ser novios tienes que modernizarte. Pasaríamos más desapercibidos. ¿No te parece?
- Ah, ya, sí, claro —contestó avergonzado.

Lola miró a Reyes, se estaba divirtiendo con el malentendido que había propiciado adrede. Juan le caía bien, pero no era su tipo. Y sabía que sería complicado mantener su intimidad en el cuarto, sobre todo si tenían que seguir escondidos mucho tiempo. No le importaba, se sentía más segura con Reyes cerca. Era una sensación a la que, desde lo de Ernesto, no estaba acostumbrada. Y era agradable para variar. Quizá los liquidaran al día siguiente, pero, de momento, el guardia ya le había salvado el pellejo una vez. Lola tenía que reconocer que el chico no era torpe y los tenía bien puestos. Que la viera en bragas y tener que compartir cama le parecía el menor de sus problemas.

- Lola, necesito dormir. No puedo más —dijo Reyes, en cuanto entraron en el cuarto, mirando a la cama como si fuera una tarta de cumpleaños.
- Está bien, veo que no vamos a tener una charla en condiciones. ¡Vaya novio me he buscado! Te llamo en un par de horas.
- Mejor para la hora de comer, Lola.
- ¡Hay que joderse con el moro! si quieres, también te cocino —dijo la policía, mirando al civil adueñarse de su cama.

Lola volvió a quedarse a solas con sus pensamientos. Automáticamente cogió los prismáticos y la cámara y se fue a la terraza. Se había convertido en una rutina. Analizó la situación por enésima vez. Reyes se había ido de la lengua y quién estuviera detrás del tinglado seguramente ya lo habría averiguado. Eso pulverizaba la posibilidad de llegar a ningún acuerdo. Esa gente no perdonaba. Y también era consciente de que esconderse no era sostenible en el tiempo. Apenas le quedaba dinero para tirar un par de meses. Y los otros no tenían prisa. Era curioso, se fue de Madrid huyendo de sí misma, sin saber si quería seguir siendo poli, y ahora, daría cualquier cosa por volver a su antiguo

puesto. Apretó los dientes, pensó que tenía que haber algo con lo que negociar que permitiera retomar su vida. La suya y la del chico que tenía en su cama. Y Lola lo encontraría.

A mediodía, estaba harta de la vigilancia, de la cámara y de pasar frío en la terraza. Se fue a la cocina a prepararse un café. Quizá fuese mejor exponerse como cebo, verle la cara al sicario y pelear. Al menos, sería rápido. Volvió a la terraza, cogió los prismáticos e inmediatamente se volvió a la habitación.

- ¡Juan, arriba!
- Lola, estoy muerto.
- El tío. ¡Corre, está allí! Ve a verlo antes de que se vaya.

Reyes se activó como un resorte y le arrancó de las manos los prismáticos. Salió a la terraza.

- ¿De verdad que no sabes quién es ese tío? —preguntó el guardia, sin dejar de mirar.
- No.
- ¿En serio? ¿No te acuerdas?
- ¡Cojones, Juan!
- Lola, el del coche. El que le dijo a Santiago que nos liquidara y que se diera prisa en volver.
- El *hijoputa*, es verdad. ¡Cómo no he caído! —exclamó Lola.
- ¿Nos vamos? —preguntó Juan.
- Cagando leches.

Punto de encuentro (martes medio día, 7 de noviembre, 1989)

Era el momento que Lola estaba esperando y temiendo, el instante en que tendría la certeza absoluta de quién era el que pretendía borrarla del mapa. Estaba preparada para ir tras él, asediado y darle caza. Pero, si quería conseguir el indulto, primero necesitaba saber más sobre esa gente. Después, no tendría reparos. Si un asesino aparecía muerto en el Tíber nadie se rasgaría las vestiduras y ella menos. Como mucho, el tipo sería una carpeta polvorienta en una comisaría de barrio con la etiqueta "ajuste de cuentas". Lo sabía porque ella, en su anterior destino, había visto unas cuantas.

Entraron corriendo en la habitación, Lola volcó el contenido de la maleta de Reyes sobre la cama y comenzó a revolverlo todo.

- Pero ¿qué haces, eres idiota? —preguntó Reyes, indignado.
- Date prisa, no hay tiempo, no discutas. Coge unos pantalones, un par de camisas o sudaderas, yo que sé... y unos zapatos y mételos en esa mochila. Ah, y coge dinero.
- ¡A tus órdenes! Pero, ¿me lo explicas?
- No sé cuánto tiempo vamos a tener que estar detrás del tío ese y no creo que sea tonto. Tenemos que hacerlo lo mejor que sepamos.
- Ya entiendo.
- Tengo para ti un par de gorras en ese cajón y no se te olviden las gafas de sol. Nos turnamos a cada rato, y vamos cambiando la indumentaria.
- Y ¿tú?
- La mía ya está lista. La tengo en la entrada de la casa. Ah, una cosa ¿Glock o Beretta?
- Estás en todo, Lola. No hace falta. Vengo con la mía.
- Joder, Juan, he tenido mucho tiempo para pensar. Voy saliendo para no perderlo. Dejaré un paquete de pañuelos de papel en el suelo con la dirección que tomemos. Acelera que se nos escapa.

Lola salió al portal, se sentía angustiada e indecisa. Miró en la dirección de su antigua casa. El hombre seguía allí, quieto, como si esperara a que alguien

bajara a abrirle la puerta para subir a matar al dragón y rescatar a la princesa. Si el tipo permanecía mucho tiempo, tendría que seguir su camino y dejarlo atrás. Tuvo una idea. Se fue directa a su objetivo. Ni siquiera se planteó la posibilidad de que la reconociera. Si Reyes no había sido capaz, él tampoco podría.

- Eh tú, ¿me das algo?
- Vete a la mierda.
- Venga, aunque sean mil liras.
- Que no.
- Quinientas. Para un café, tengo hambre.
- Puta drogata, lárgate si no quieres que te parta la cara —dijo empujándola.
- Vale, tranquilo, joder. Tranquilo —comenzó a gritar gesticulando para llamar la atención—. Si lo prefieres te hago algo a cambio —se insinuó—. Dime lo que te gusta, por veinte mil te la chupo.
- ¿Contigo? Mira, déjalo, ya me voy yo. Vete a tomar por culo.
- Qué te den —gritó Lola mientras el tipo se marchaba.

Al salir del edificio, Reyes se alarmó. Lola discutía acaloradamente con el desconocido. Fue hacia ellos e hizo el gesto para coger su arma, pero la mano derecha de Lola se abrió discretamente. Al instante, el hombre abandonó el lugar dejando a Lola blasfemando. La inspectora le hizo un leve gesto con cabeza al guardia y este continuó la persecución. Después, volvió corriendo al portal y recogió su equipaje. En el número 11 se quedaba la yonqui, desnudándose, mudando la piel como una serpiente. En cinco minutos se quitó el maquillaje de tribu se pintó los labios de rojo, se puso una falda, unas gafas de sol y una gorra. Era otra. Y salió a buscarlos.

Vigilar era aburrido, tenían que seguirlo de lejos, dondequiera que fuera. Sin saber cuánto duraría cada parada ni para qué se hacía. Buscando el momento oportuno para hacer alguna foto y aprovechando los huecos libres para comprar cualquier complemento que mejorara el camuflaje. Cambiaban de indumentaria cada dos horas. Cada vez que el objetivo entraba en cualquier

sitio, esperando como el caballo amarrado en la puerta lateral del *Saloon* para que el malo no lo detectara. Agazapados por turnos para no ser descubiertos. Y esperar, con la paciencia de un relojero.

Tras la inercia inicial, a lo largo del día, Reyes se fue apagando como una cerilla. El individuo había gastado las últimas horas de la tarde en el hotel Quirinale. Debía de ser su centro de operaciones. Lola dudó si entrar a averiguar el número de habitación y el nombre. Podía ser arriesgado. Se quedaron fuera. Al caer la noche, el cuerpo de Reyes se negó a seguir. Miró a Lola como si fuera un reo a punto de ser ejecutado, pidiendo clemencia.

- Anda, vete. Ahí tienes las llaves de casa. Coge un taxi. Recuerda, Bocca di Leone, 11.
- No te voy a dejar sola.
- No seas idiota, así no me sirves, solo puedes meter la pata. Ya viste esta mañana, no me reconoció. No te preocupes.

Lola se quedó sola y aburrida. Pensó que habría sido mejor entrar en el hotel, acercarse a recepción y averiguar algo del sujeto, pero ya era tarde. O quizá no. Tomó una decisión, entró buscando algo de calor, esperaría dentro y lo vería salir. No la reconocerían, parecía una turista americana. Iría a recepción y preguntaría por él enseñando su placa extranjera, sería convincente. Pero primero se fue al bar y pidió un té y un sándwich con lechuga, mayonesa y pan de plástico. Uno de esos inventos que la humanidad podía haberse evitado, pero tenía hambre y el camarero no estaba por la labor de prepararle un caldo. Se acomodó en un butacón y poco a poco fue recuperando el confort perdido.

En casa nunca faltó de nada. Esa era la frase más manida de su madre, como una de esas consignas que a fuerza de chocarse contra los tímpanos acaba por reventarlos y parecer verdad. Como si fuera una alumna aventajada de Goebbels. Pero era falso. Todavía podía oírla.

Su padre era como un carrusel, o más bien como una montaña rusa. A veces, el dinero entraba en casa en bolsas de basura y otras, salía en las mismas bolsas. Y su madre nunca preguntaba, prefería callar y mantenerse en un segundo plano, en un universo rosa paralelo. Durante mucho tiempo la odió por ello,

por no ser capaz de enfrentarse, de exigirle que se buscara un trabajo honrado y que cambiara de vida. Hasta que lo hizo y fue peor, porque no llegaban a fin de mes, porque el dinero limpio no caía del cielo. Su madre los dejó cuando ella tenía trece años, a ella y a su hermanita. Sabían que se había ido a Barcelona y poco más. Puede que estuviera harta, puede que ya no lo quisiera, pero a ellas... Y eso fue lo que más les dolió, lo que quebró a su hermana y a ella la hizo más fuerte, como una suerte de *ying y yang*. La odió más. Su padre dio el callo y Lola fue testigo de la metamorfosis de "el Alemán", como le llamaban en el pueblo, de timador de timba a paleta de segunda.

Era su padre, todo lo que a Lola le quedaba, y se estaba desmoronando como un castillo de arena cuando se seca. Le preocupaba y no podía hacer nada. Su síndrome era una condena con nombre rimbombante, pérdidas de memoria y alucinaciones. Y suponía un desfase en la muerte, un deceso por etapas. Primero por dentro y después la cáscara. Cuando lo dejó aparcado en la residencia, el Alemán estaba asustado. Ella pudo ver su cara, la que pondría a partir de ese momento todos los días al despertarse en un lugar que jamás le sería familiar porque su mente ya no lo grabaría. No era una solución temporal, ni un taller de reparaciones, el Alemán era un coche viejo para el desguace y Lola no estaba para suavizar el mal trago, con todo lo que él había hecho por ella. Y, si las cosas salían mal, no estaría más. Era una mierda, porque sabía que el tiempo jugaba en campo contrario y lo estaba malgastando.

Le vino a la mente una imagen del verano, casi siempre benévolo, como si la luz del sur reflejada en el Atlántico suavizara la miseria y la falta de interés del dinero público por asentarse por debajo de la línea de Despeñaperros. "*Dinero fácil*", solía decir su padre cuando veían por la tele las hordas de turistas encaminarse hacia sur por la nacional IV. Pero no lo era, se mataba a trabajar en los bares o a hacer chapuzas para los de la ciudad. Y mientras, ella y su hermana, ajenas a todo, mimadas como si fueran las hijas del marqués de las marismas...

- Señorita, disculpe, ¿número de habitación?
- Ah, no, no tengo —respondió torpemente.
- Lo siento, no puede dormir aquí —dijo el camarero con cara de

circunstancia.

- ¿Qué hora es? —preguntó Lola sobresaltada.
- Casi media noche.
- ¡Mierda!

Estaba enfadada consigo misma. Había perdido al sujeto. Podía estar en cualquier parte. Pensó rápido, su única posibilidad era quedarse allí y esperar a que volviera. Se levantó pidiendo disculpas al camarero y se dirigió a la recepción para pedir una habitación. Iba pensando que le trastocaría el presupuesto y que no tenía dinero suficiente para ese juego, sobre todo si seguía metiendo la pata. Estaba distraída, maldiciendo su suerte, mirando el suelo. Llegó hasta el recepcionista y esperó su turno. Había un hombre delante de ella. Levantó la cabeza, era un viejo conocido.

- ¿Pueden avisar a la habitación 211 que Salva Cuevas está esperando? — dijo el hombre al recepcionista, en castellano.
- Sí señor, *presto*.

Lola aguantó la respiración. Cuevas y la habitación 211. Tenía que ser él, o ¿podía haber un tercero? Era arriesgado quedarse. Salva se apartó del mostrador. Lola se dirigió al recepcionista.

- ¿Tienen habitaciones libres? —preguntó Lola.
- Lo siento, estamos completos —contestó con suficiencia, como si pensase que la cliente no era digna de su hotel.

Lola sintió alivio. Anduvo el camino hacia la salida, esperaría fuera. De nuevo con frío. Pensó que necesitaba a Reyes, pero no tenía forma humana de dar con él. No era conveniente volver a entrar en el hotel y tampoco marcharse a buscar una cabina para avisarlo. Pensó que podía regresar a casa, ya tenía un nombre y dos caras para los que querían ir a por ella. Se sintió aliviada. Los sicarios no parecían gran cosa, como los gallitos de pelea del barrio. Podría matarlos allí mismo y volver al trabajo a la mañana siguiente. Pero eso solo retrasaría lo inevitable porque mandarían a otros. No, no era una buena idea. Los seguiría un poco más y lo haría sola. Pensó que la mejor forma de pasar

desapercibida era mostrar la mercancía, defectuosa y podrida. Se fue al callejón lateral, se vistió de drogata, cogió unas cajas de cartón de la basura de una tienda de ropa cercana y se acurrucó en un portal, para ver, para ser vista, pero para ser despreciada como escoria.

Los siguió de lejos, perdiéndolos de vista a ratos. Callejearon unos quince minutos, se dirigían hacia Termini. Lola conocía la zona de oídas, pero era la primera vez que se acercaba en horario comercial. Parecía un panal lleno de abejas. De pronto, vio a unos tipos que la observaban, sintió miedo. ¿Y si le habían tendido una trampa? Aflojó el paso y perdió de vista a su objetivo. Acarició su arma bajo la ropa. Le dio la seguridad que necesitaba. Se encaró con ellos, mostrándose valiente, como si no le importara nada ni nadie. Los puso de gilipollas. Eran unos pardillos, de esos que llevan poco tiempo enganchados. Falsa alarma. Aceleró el paso.

Los había perdido en el último momento. Y era imposible. O habían echado a correr o habían entrado en el Koliseum. Se decidió por el antro y los buscó con la vista. Localizó a Salva, pero le faltaba el otro. Comenzó a ponerse nerviosa. Le tocaron el hombro.

- Tú otra vez ¿esta mañana, se la chupaste a muchos? —dijo el hombre, atacándola, grosero.
- ¿Has cambiado de opinión? ¿Cómo te llamas, guapo? —preguntó Lola, con voz sensual.
- A lo mejor... ¿me esperas? —preguntó.
- Lo pensaré —dijo Lola, haciéndose la interesante.
- Te adivinaré el futuro. Te vas a tomar algo mientras me esperas y luego te doy el resto —le contestó el hombre, dándole veinte mil liras—. Hasta ahora.
- No me moveré, cariño. Soy toda tuya —dijo Lola, poniendo voz de fulana.

El objetivo continuó su camino hacia un rincón del local. Allí estaban, había un tercer tipo. Se acercó para observarlos bien. Era un trío singular. Se veía a la legua que no tenían nada que ver con el resto, como si estuviesen por encima del bien y del mal. De pronto, notó un gesto por parte de su conquista,

o se lo pareció, como si ellos la reconocieran como la actriz principal de una serie B. Su amigo estaba preguntando por ella. Sintió premura y miedo. Se dio media vuelta, y siguió recorriendo la zona, bailando como una loca, como si no fuera con ella. En un minuto estaba fuera, comenzó a correr y, al doblar la esquina, le robó el taxi a un cliente que iba a subir y desapareció.

Koliseum (martes noche, 7 de noviembre 1989)

- ¿Diga, eres tú, Bruno?
- Sí, patrón.
- ¿Hay novedad? —preguntó el marino, con miedo a la respuesta.
- Bueno —dudó—. Esta noche Giulio y yo seguiremos con la batida, se mantiene limpio y tiene ganas de ayudar. Cambiamos de estrategia. Abandonamos la vigilancia pasiva y vamos a interrogar a los habituales. Estamos a punto, lo presiento.
- Hijo, eso es un no. Amable, pero un no. Bruno... Te lo agradezco —titubeó —... Pero no me interesan los detalles y no quiero que me des falsas esperanzas —añadió el marino ordenando sus ideas.
- No son falsas esperanzas. Quiero que sepa que estoy haciendo todo lo que está en mi mano, que cuento con el apoyo de mis jefes y que no me he olvidado de la promesa que le hice.
- ¿A quién quieres redimir, Bruno? ¿Qué esperas de mí? ¿Qué te perdone por haber empujado a mi hijo al pozo? Es eso, ¿verdad? ¿Te sientes mal porque tú supiste elegir el camino y te salvaste y mi hijo no? ¿Esperas que te diga que no fue culpa tuya?
- No, patrón, no busco su perdón —mintió el policía—. Pero, suponía que le reconfortaría saber lo que estamos haciendo.
- Bruno —esperó unos segundos—. Mi hijo era libre y escogió perder esa libertad. Sabía lo que hacía y si no te hubiese encontrado, habría escogido a otro compañero de viaje. No fuiste tú —le soltó el marino en voz baja, como si llevase tiempo rumiando la absolución del chico y no se atreviera a aceptarla hasta ese instante.
- Lo siento —respondió Bruno Barone con la voz entrecortada.
- Déjalo. Debería darte las gracias por todo lo que estás haciendo por mi Toni en vez de sermonearte...
- Patrón, le prometo que haré todo lo que esté en mi mano —le interrumpió Bruno, recomponiéndose y cambiando de tema—, pero necesito ayuda, usted tiene que recordar algo que pueda orientarnos. Su hijo ¿dijo algo más?

- Bruno, ya hemos tenido esta conversación. No, no dijo nada más. No hay más —respondió el padre de Toni, molesto.
- Está bien, perdone que insista. Si recordase algo, por estúpido que le parezca, dígamelo. Puede ser muy importante.
- Descuida. Lo haré. ¿Algo más?
- No, no hay más.
- Está bien, Bruno, ten cuidado.
- Gracias, patrón. Le mantendré informado.
- Adiós.

El viejo marino dejó el teléfono en la mesilla de noche, junto a su cama y se volvió con su esposa a ver la tele para no pensar en el futuro, con la esperanza de un enfermo terminal, rezando para que ocurriera un milagro que le devolviese la vida que le habían robado. Hacía más de dos meses que no tenía noticias de su hijo y aunque deseaba que apareciese, su mente, a cada minuto, le recordaba que eso jamás ocurriría. Y desde el otro lado de la línea, Bruno, aún sorprendido y aliviado por la absolución del padre de Toni, abandonaba su casa en compañía de su protegido. Salían de caza.

De camino, Bruno observó la fauna, pensó que el Koliseum era como un agujero negro que atrapaba las almas de los que habían traspasado el maldito horizonte de sucesos. Gente en distintos estados de putrefacción dispuestos a cualquier cosa por conseguir un viaje más. Y se hacía más patente a medida que se acercaban, como si fueran mosquitos con una bombilla encendida. El contacto los mataría, pero no podían evitarlo. Le llamó la atención una yonqui, andaba raro, como si recelara del mundo.

- ¿Qué miras, gilipollas? —preguntó la chica.
- Nada —dijo Bruno, cortado.
- Pues mira para otro lado.
- Que te den —respondió el Speedo.

Le preguntó al Speedo si la conocía. Era la primera vez que este la veía. Lo

dejó correr, era una muerte más. Estaba nervioso. Comenzó a dudar, ¿cuánto tiempo tardarían en etiquetarlos como poli y chivato? Y después de eso, las probabilidades de éxito se reducirían casi a cero. Pensó rápidamente mientras se acercaban a la zona. Si él se mantenía al margen vigilando en un segundo plano mientras el Speedo hacía el trabajo sucio, tendrían más opciones. Cumpliría las órdenes de Feltracco con matices, el Speedo tenía buena predisposición, se mantenía entero, era su hombre. Que un traficante habitual preguntara por otro tampoco era el fin del mundo ni tenía por qué levantar sospechas. Y Bruno no lo perdería de vista ni un instante y no dejaría que sucumbiera a la tentación de volver a ponerse. Además, el policía rumiaba la sensación de que, de la conversación del día anterior con Giulio, se le había escapado un detalle; se había pasado toda la mañana pensando sin encontrar lo que buscaba. Y en ese momento, a punto de entrar en la zona de guerra, cayó en qué era:

- Una pregunta —dijo Bruno, casi susurrando.
- ¿Qué? —respondió Giulio, parándose en seco.
- Podrías darme algunos nombres, quiero decir, ¿me harías una lista con los que crees que han desaparecido a manos de Vlad?
- Hombre... Lo puedo intentar, pero no creo que sea muy exacto. Llevo demasiado tiempo con la mente borrosa y como te dije, no estoy seguro de nada. ¿Si te fías?
- Hay que intentarlo, no me importan los errores. Investigaré los nombres uno por uno y descartaré a los que no hayan desaparecido —le explicó, mirándolo a los ojos—. Trabajo policial —añadió con una sonrisa.
- Vale, lo haré.

Se separaron discretamente, Giulio iba unos pasos por delante, acelerando la marcha como si llegase tarde a la final de los 100 metros mariposa. El policía no parecía un elemento disonante sin cobertura, nadie fijaría la vista en él, ya había sido presentado en la alta sociedad. El radar lo identificaría como a uno más, uno que compartía vicios con el resto. No era una amenaza. Se dirigieron a la puerta del garito y se adentraron en el universo oscuro manteniendo la distancia.

Giulio sabía que tenía que ayudar a Bruno y a Toni, pero, sobre el terreno, no podía evitar sentirse como un traidor que abandona al rebaño para contarle al lobo cuál es la oveja más tierna. Necesitaba tomar algo. Se acercó a la barra del Koliseum y se hizo un hueco hasta llegar al camarero. No le gustaba el tipo; el barman del antro era estirado, nunca lo había visto colocado y daba la sensación de que se creía mejor que todos ellos. Puede que solo defendiese su puesto de trabajo, quizá se pensase que se merecía algo más, pero, de lo que estaba seguro Giulio, el Speedo, era de que el individuo tenía mucho que contar. Era su primer objetivo.

- ¡Hola! Una cerveza —gritó Giulio, con un brazo en alto, acaparando la atención del camarero.
- ¿Una Peroni?
- Sí, me vale. Oye, tú debes conocer a mucha gente aquí —dijo, dándole conversación.
- ¿Eres marica?
- ¿Cómo? —preguntó Giulio, sensiblemente molesto.
- Ya sabes, ¿eres maricón? Que si me la quieres chupar —respondió el camarero, escupiendo las palabras.
- Tranquilo hombre. No es para tanto. Solo pensaba en voz alta, este sitio es una pasada; no sé, aquí debes de ver muchas cosas —contestó Giulio intentando mantener la calma.
- Sí, el Presidente de la República viene cada jueves —dijo el camarero con cinismo.
- Vaya, no quería molestarte.
- Tú eres el Speedo ¿no? Pasas pastillas. Y supongo que, también todo lo que cae en tus manos.
- Sí.
- Pues escúchame bien, Speedo. No me importan tus problemas, es más, no me interesa nada lo que vayas a decir. Tengo más clientes ¿Vas a pagarme la cerveza o tengo que aguantarte toda la noche.
- Vale, vale. Te pago. Y discúlpame, pensaba que podías echarme una mano. Estaba buscando a un colega... —dijo Giulio acercándose al barman para

pagarle, buscando conectar de alguna forma.

- Ya, me parece que no. No conozco a nadie, ni siquiera a ti —respondió el camarero secamente.
- Tranqui, hombre, no seas tan gilipollas —atacó Giulio, consciente de que desde ese momento no tenía nada que perder.
- Un placer —dijo el camarero dando por acabada la charla, mientras se dirigía a otro cliente.
- ¡Oye! —gritó Giulio, enfadado, midiendo la intensidad de la voz—. ¡Que te den! —añadió algo más relajado al darse cuenta de que no necesitaba al camarero.

El Speedo cogió su cerveza, sonriendo por dentro, se dio la vuelta, miró a los ojos un instante al tipo que estaba a su lado siendo atendido por el barman, y con un leve gesto de la cabeza, lo saludó. Era Vlad.

Bruno Barone siempre cumplía con su palabra o lo intentaba. Le había prometido a Giulio un salvoconducto a un futuro más o menos normal en cuanto dieran con su objetivo y no estaba dispuesto a romper el pacto. Se quedarían toda la noche observando desde la distancia. Vlad le producía una especie de atracción fatal como la fascinación aterradora que se siente al ver un tiburón. No podía afirmar que aquel tipo fuese el responsable de la desaparición de Toni ni de nadie. No tenía pruebas y no podía acercarse a él para llevarlo a comisaría a interrogarlo. Tenía que ser cauto. Su trabajo comenzaba a ponerse interesante. No se atrevía a sacar su cámara de fotos para inmortalizar a su objetivo. Le faltaba temple. Tenía que encontrar el momento. Por un lado, dudaba de que la máquina fuese capaz de capturar al escurridizo individuo con tan poca luz, y por otro, si alguien los veía, acabaría con la cámara metida en el culo. Mientras, Vlad se mantenía deambulando por la zona, aparentemente sin objetivo fijo. Su atención volaba de forma errática, posándose de vez en cuando unos minutos en alguno de los clientes del Koliseum.

Bruno sacó conclusiones a toda velocidad, había un perfil, un patrón. El sujeto observaba gente en los albores de su perdición, precancerosos con un estado físico aceptable, como si la escoria más podrida no fuese de su interés. ¿Por qué mostraba predilección por los menos castigados? Bruno pensó que

probablemente los descartados eran los que, por uno u otro motivo, ya habían establecido contacto con Vlad y la relación no había cuajado. Pero ¿por qué buscaba a esa gente? ¿Qué era, un prestamista, un camello o un capo de la mafia? Era un tipo alto, moreno y elegante, como si no pegase en la escena y, sin embargo, se movía como pez en el agua y era aceptado por todos como si fuera la reina del baile. Hasta que acabó en un rincón, como esperando a alguien. Resultaba curioso, porque si Bruno tuviera que apostar que alguien más en la sala era policía, Vlad tendría todas las papeletas. ¿Sería un asesino? Inmediatamente, descartó la idea. Pensó que, si él quisiera matar, ¿qué sentido tendría jugársela contra alguien fuerte? Todavía no comprendía qué pasaba, pero lo averiguaría pronto.

Tenía un plan en la cabeza: conseguir la máxima información posible, sacar alguna foto, hacer la lista de nombres del Speedo, devolverlo limpio a su casa y, a primera hora de la mañana, llamar al padre de Toni. Después, informaría al comisario Feltracco y se iría a dormir.

Caladero (madrugada del miércoles, 8 de noviembre 1989)

Era una de sus actividades favoritas. La pesca. Y tenía que ser metódico y paciente; prepararse a conciencia, llegar al caladero, cebarlo y mantenerse alerta hasta que su presa comiera de su mano confiada e inocentemente. Era un momento mágico. Después, casi siempre eran suyos. Lo sorprendente era que, tras el ataque mortífero a sus víctimas, como en el banco de peces, el resto continuaría pastando tranquilamente como si carecieran de memoria. Cada uno era lo que su cuerpo pudiera transportar o soportar, sin esperar ayuda y sin ofrecerla. Algo así como los alpinistas que suben los ocho miles. Vlad recorrió la zona con la vista, como el señor feudal que otea el horizonte sabiendo que son sus dominios. Hacía mucho tiempo que no volvía a su zona de caza, sonrió.

Tras el encontronazo con Alma de septiembre, esa madrugada y como si fuera el final de una parada biológica, Vlad comprobó cómo se había regenerado el material. Era una maravilla de la naturaleza. Volvería a extender sus tentáculos por el Koliseum en busca de una nueva presa.

Fue a la barra y vio a su camarero discutiendo con uno de los habituales. Lo conocía bien, era el Speedo. Tiempo atrás se lo trabajó a conciencia. Daba el perfil, era fuerte y musculoso. El tipo había sido campeón de natación y era un buen ejemplar, pero algo salió mal y al final no cuajó. El Speedo no se dejó engatusar. A Vlad se le habían resistido muy pocos. Y él tenía un cierto código, como una reminiscencia medieval caballeresca, algo extraño que no sabía explicar: simplemente a esos, a los supervivientes de sus envites, los respetaba y les permitía seguir su camino.

Además, tenía otro asunto, su otro asunto pendiente al que no había dejado de darle vueltas desde la última vez que vio a Alma: hallar la manera de deshacerse de Vittorio sin que ella sospechara. Y, si sus contactos no exageraban, esa noche encontraría lo que necesitaba.

En cuanto los vio aparecer, supo que eran ellos. Era fácil. Tenían buena pinta, el aspecto que él esperaba en esa clase de gente. De pronto, uno desapareció. Vlad pensó que estaba perdiendo facultades, que se había equivocado. Quizá fuesen nuevos candidatos para su negocio de envasados. Le siguió la vista al

primero que fue directamente a donde él estaba.

- ¿Vlad? —preguntó el intruso.
- ¿Quién eres?
- Salva Cuevas. Me mandan... Tenemos amigos comunes.
- Me vale. Sí, soy Vlad ¿Vienes solo?
- No, pero ya lo sabes —sonrió.
- Me gusta. Tengo un trabajo para ti. Ya te contaré.
- Lo que quieras.

Observaron como el otro se entretenía con una del montón. Vlad se centró en el hombre y dejó a la chica de lado. La estaba comprando para más tarde. Pensó que los gustos de su nuevo amigo eran vulgares. Nada que ver con su Alma. La mujer estaba de espaldas y él no lograba ver su cara. La miró con desprecio, aquella basura con la que el sicario perdía el tiempo no serviría ni para darle de comer a los perros de su musa. Pero, desde hacía tiempo no juzgaba a nadie por sus aficiones. De eso había hecho una rentable virtud. Al par de minutos, el hombre se acercó.

- ¿Eres? —preguntó Vlad...
- Nabil —respondió escuetamente.
- Tengo muy buenas referencias de ti.
- Y yo de ti.
- Me alegro.
- Puede que nos ayudemos mutuamente. Quizá yo también te necesite —dijo Nabil, misterioso.
- Eso espero.
- Antes de nada —dijo Nabil—. ¿Conoces a toda la gente de aquí?
- Bueno, suelen ser habituales. Y... Sí, es mi trabajo. Parte de él. Y uno de los motivos por los que os contrato.
- Bien, la chica de ahí detrás —preguntó Nabil haciendo un gesto con la

cabeza.

- ¿La puta con la que has hablado?
- Sí, ¿la conoces?
- No la he visto bien. Dame un segundo —dijo buscándola—... ¿Dónde está ahora?
- Ahí —contestó Nabil señalando el lugar.
- Se ha ido —puntualizó Vlad.
- Vamos a por ella —dijo Nabil, levantándose.
- ¡Espera! No me fastidies ¿por una yonqui? —gritó Vlad.
- Y ¿si no lo es? —preguntó Salva, susceptible.
- ¿De qué la conoces? —preguntó Vlad con curiosidad
- La vi esta mañana, y es mucha casualidad —contestó Nabil.
- ¿Dónde la viste?
- Cerca de Plaza de España. Es una puta drogadicta.
- Bueno, es una yonqui, esto es el Koliseum. Ha tenido un buen día y viene a ponerse. Te ha estafado y se va a meter tu dinero. A mí no me parece tan extraño, si tú quieres vamos, pero... No veo la necesidad, más bien es correr un riesgo innecesario.

Dudó unos instantes, su entrenamiento, su suspicacia y su sexto sentido rara vez fallaban, pero estaba en terreno desconocido. Si iba a por ella, la mataría sin más. Sin preguntas ni explicaciones y sin dejar nada al azar. Pero, parecería un loco desequilibrado ante su nuevo amigo. Se serenó. Su anfitrión llevaba razón. Era una drogadicta y no tenía mucho sentido salir a por ella. Tenían cosas más importantes que hacer.

- Está bien, solo será un minuto. Quiero ver si sigue en el local.

Nabil comprobó que la mujer había volado. Se asomó a la calle y no la vio. Quizá Vlad llevaba razón y puede que la zorra estuviera en cualquier rincón chutándose o hubiese encontrado otro cliente. Tomó una decisión, dejaría correr el asunto a medias pero si se cruzaba con ella de nuevo, la mataría.

Quirinale (8 noviembre, madrugada)

En la madrugada del 8 de noviembre, Lola se subió al taxi. Discutió con el conductor. No quería llevar a una yonqui. Pero Lola no estaba para tonterías. Soltó veinte mil liras y le advirtió que si no arrancaba le sacaría los ojos. El hombre dudó unos instantes, miró por el espejo retrovisor y le hizo caso. Lola respiró hondo, estaba cabreada y tenía una idea fija en la cabeza. Aquellos carroñeros, en cuanto tuvieran la más mínima oportunidad, la abrirían en canal. Quizá lo consiguieran, pero no por eso se lo iba a poner fácil. Cuando llegó a la madriguera de Bocca di Leone 11 todavía tenía el miedo en el cuerpo. Subió al apartamento, sin encender la luz se quitó el camuflaje de despojo de la noche y se desvistió. Después, nerviosa, despertó a Reyes.

- ¿Qué tal fue?
- Bien y mal. De momento son tres, no sabemos nada del tercero, pero pueden ser más. Tenemos que seguirlos, aunque no debemos acercarnos demasiado. Esos tipos son capaces de olerlos —contestó Lola, dando vueltas en la habitación como si estuviera poseída.
- Vale, ¿Por qué no seguimos mañana?
- ¿Mañana? No me toques los huevos —respondió Lola.
- No parece que tengas nada ahí debajo —le espetó Reyes, señalando con un gesto de la cabeza la ropa interior de Lola.
- Gilipollas.
- No pretendía reírme de ti, Lola, pero...
- Ah, déjalo. Perdóname tú. Es que... —comenzó a decir nerviosa—. Esos tipos, pude ver cómo se fijaban en mí. ¿Sabes? Salí por patas, y si no lo hubiera hecho, ahora mismo, no sé... En fin, no puedo dormirme así como así.
- ¿Qué quieres? —preguntó Reyes, incómodo.
- Estoy dándole vueltas a la cabeza. Vístete. Nos vamos.
- ¿A dónde?
- Al hotel Quirinale.
- Dios, Lola. Son las seis de la madrugada. En los últimos tres días he

dormido 8 horas. ¿Tiene que ser ahora?

- El mejor momento. Esos cabrones están dormidos y seguro que no nos vamos a topar con ellos. Te invito a desayunar.
- ¿Y para esto te presentas en mi cama en bragas? ¿Es tu manera de ligar con tu novio? —bromeó—. Estás como para que te encierren.
- En primer lugar, es mi cama, no la tuya. Y, en segundo lugar, no estaba ligando. ¡Arriba!

El frío y los 40 minutos que se tarda en hacer el recorrido fueron suficientes para que Lola se arrepintiese de su idea y añorase la cama que había despreciado un rato antes. Cuando abandonaron la vía delle Quattro Fontane para tomar la vía Nazionale, por encima de todo, estaba cansada. Llegaron al hotel en busca de algo de calor y de información, recorrieron el hall y se fueron al mostrador. El recepcionista era el mismo que le había denegado la habitación unas horas antes. Al natural, no la reconoció. Lola le enseñó su placa y le pidió colaboración al hombre.

- Usted aquí no es nada.
- Es verdad. No lo soy. Pero el hombre que estamos buscando sí. Es un asesino en España y aquí también. Y si mata a alguien en Roma porque usted no me echa una mano haré que salga su foto en todos los periódicos. ¿Me ayuda?
- No puedo.
- Creo que sí —dijo Reyes, en español, mostrando su acreditación—. Hemos hecho dos mil kilómetros persiguiendo a Salva Cuevas.
- Disculpe no le entiendo bien —respondió el recepcionista, alerta—. ¿Salva?
- Salvador Cuevas —le aclaró Reyes.
- No sé quién es, le aseguro que en este hotel no se hospeda nadie con ese nombre.
- Sí lo sabe. Anoche preguntó por una habitación. Yo estaba aquí, ¿me recuerda? —puntualizó Lola.
- Eh —dudó unos instantes—... ¡Claro! Usted es la que se quedó dormida.

- No tengo tiempo. Estamos aquí porque su gobierno nos ha dado luz verde... Necesitamos su ayuda.
- Está bien. ¿Qué puedo hacer?
- Necesitamos saberlo todo.

Habían conseguido un nombre, Nabil Elbouri, que era como no tener nada. Además, el recepcionista les había dicho que el huésped tenía reservada la habitación durante dos semanas. Quizá fuese el tiempo que el tal Nabil estimaba que tardaría en deshacerse de ella. O puede que no, que pensase acabar pronto y después gastase el resto del tiempo visitando los Museos Vaticanos como un turista más. Y le jodía la angustia de no saber si esos hijos de puta ya los tenían localizados. No podía más. El cuerpo no le daba para café. Cogieron un taxi. Volvían a su escondite por última vez para retomar fuerzas.

En blanco (miércoles a primera hora, 8 de noviembre 1989)

- Feltracco, dígame.
- Comisario, buenos días, soy Bruno —contestó el policía novato con voz agitada.
- ¡Chico, tienes algo!
- Sí, lo hemos encontrado, lo he vigilado durante horas. ¡Hasta le saqué unas fotos!
- Perfecto. Al final vas a ser un buen poli. ¡Qué sorpresa! ¿Vienes de camino?
- No, jefe, estoy en casa. Ahora iba a descansar un poco —dijo temiéndose la respuesta del jefe.
- Ya descansarás en otro momento. Mejor vienes y me cuentas.
- Eh... Jefe, no he dormido en toda la noche.
- Pero ¿no eras tú el joven agresivo que quería jugar fuerte? ¿Qué fue lo que me dijiste? Ah, sí ya lo recuerdo. Me mandaste a la mierda. Vaya con la nenaza. ¿Me acerco a tu casa para arroparte? ¡Blandengue! Te jodes, te das una ducha, te tomas un café y vienes. Y, si te portas bien, te prometo que te dejaré marchar en un par de horas.
- Está bien, qué remedio, en una hora estaré allí —claudicó.

Bruno colgó el teléfono molesto consigo mismo. Estaba tumbado en su cuarto a punto de dormirse y podía haber llamado más tarde, pero su falta de experiencia y el exceso de entusiasmo se la habían jugado. Se revolcó en la cama, deseándola como si fuera un bufé libre fuera del horario, apetecible e inalcanzable. Pero en el fondo, se sentía satisfecho. Había realizado bien la tarea. Todavía tenía en sus retinas las caras de alivio de los padres de Giulio al verlo llegar a casa, en perfecto estado y caminando hacia una nueva vida. Se les veía agradecidos. Se marchó prometiéndole a Giulio que en cuanto tuviese algo concreto, lo avisaría. Pensó en el siguiente tema, la llamada que hizo nada más llegar a casa. El viejo marino se había quedado callado ante la noticia, sin saber qué responder y él lo oyó llorar. Bruno tuvo que repetírselo varias veces hasta conseguir arrancarle un simple gracias que le supo a absolución eterna.

Para Bruno, el cambio de fecha era una de las fases del sueño, algo que se produce automáticamente justo al salir de Oniria y un poco antes de volver al mundo real. Ese cambio no tiene nada que ver con el convencionalismo de arrancar cada hoja del calendario a las doce de la noche. Para él, si no dormía, si pasaba la noche en blanco, la transición al día siguiente se convertía en una peregrinación de miseria mental y, por supuesto, no era un proceso inmediato. Se levantó de la cama lentamente, como si estuviera lobotomizado, se desvistió con pereza y entró en la ducha.

El agua caliente activó su cerebro. Repasó mentalmente sus impresiones. Parecía que Vlad estudiara a los feligreses del Koliseum como si fuera un investigador que busca una cura para el cáncer. Eran como los sujetos de un experimento que él no comprendía. Vio cómo se acercaba a un par de ellos. Calculó que sobre la una de la madrugada. Los manejaba a su antojo, desde su superioridad y su altanería insultante. Los hacía bailar en su mano como si ellos fueran los ratones y él el flautista. Bruno estaba seguro del perfil de los candidatos a mejor amigo del mes, colgados de nuevo cuño a los que la miseria todavía no les ha arruinado el físico. Después vio cómo se dirigía a otro espécimen. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero tuvo la sensación de que con este se comportaba de distinta forma como si Vlad buscara otra clase de relación. Le resultó extraño. Se sumó un tercero. No los veía bien, estaban alejados, en un rincón, mezclados con más gente. Charlaban relajadamente e intercambiaban gestos como si fueran tres licaones decidiendo qué gacela enferma les acompañaría en la cena de esa noche. Bruno aprovechó el momento, sacó la cámara y disparó unas cuantas fotos.

La sensación de la noche sin dormir se estaba aplacando. Necesitaba cinco minutos más sintiendo el agua sobre su cabeza. Se estremeció. Se le vino de repente el recuerdo del momento en que Vlad fijó su vista en él, como si fuera un objetivo más, agresivo, dominándolo con la mirada. Bruno se sintió incómodo, dudó, pensó que lo habían cazado con la maniobra de la cámara. Pero era imposible y lo sabía. Por un instante sintió un miedo ridículo, pero se recompuso y le sonrió. Una estupidez. Tras unos segundos, Vlad le devolvió el gesto con una mueca fría y sin vida. En aquel momento, a Bruno se le congeló la sangre, de inmediato, apartó la mirada. Decidió quedarse en segundo plano, oculto, vigilando a su presa, para seguirlos hasta el fin del mundo.

Salió de la ducha sacudiéndose con la misma toalla el agua del pelo y el recuerdo de Vlad de su mente. Definitivamente, la noche no había ido mal. Cuando llegase a la comisaría hablaría con el jefe, revelaría las fotos. Después, averiguaría quiénes eran los compinches de Vlad e investigaría la lista de nombres que Giulio le había facilitado. Tenía trabajo y sentía que estaba unos cuantos pasos más cerca de su objetivo.

- ¿Qué tal jefe, ya estoy aquí?
- Hombre, chaval, ¡has venido!
- Claro, eso me ordenó.
- Se nota que eres nuevo —comenzó Feltracco—. Yo de ti me habría mandado a la mierda, es más, ni siquiera habría llamado...
- Ya, soy gilipollas, no me lo recuerde —le interrumpió Bruno, molesto consigo mismo.
- Bueno, no es para tanto. ¿Qué tenemos?

Bruno puso al día al comisario de todo lo que había conseguido, acto seguido, llevaron las fotos a revelar. Las tendrían en menos de media hora.

- ¿Un café? —preguntó amablemente Feltracco.
- Jefe, gracias, no quiero más café. No puedo tomar otro. Si le parece, cogemos la lista de Giulio, nos la dividimos y comenzamos a buscar.
- Tengo otro asunto importante —mintió Feltracco pensando que el trabajo no era lo suficientemente digno—. Si necesitas ayuda, avísame. ¿Sabes cuánto tiempo te va a costar localizar a toda esa gente?
- Esto... ¿No tenemos un archivo de desaparecidos? —preguntó Bruno con extrañeza.
- Más o menos, pero no está centralizado. Si la denuncia es de fuera —dudó—. Me temo que va a ser muy complicado seguirles la pista —concluyó.

El Speedo les había proporcionado seis nombres con sus apodos. Parecía la lista del equipo de fútbol de colegio. Un trozo de papel garabateado con mala

letra. Con un poco de suerte, pronto descubrirían si esas personas estaban catalogadas oficialmente como desaparecidas. Y tendría que seguirles la pista hasta encontrarlos, dondequiera que estuvieran.

Cuando Bruno comprobó la lista sintió como si le hubiese tocado el premio gordo de la lotería, seis de seis. Todos estaban en paradero desconocido desde hacía meses.

- ¿No te has equivocado? —preguntó Feltracco, nervioso.
- No.
- ¿En serio?
- Seguro, todos han desaparecido.
- Tenemos que ir a ver a las familias y asegurarnos de que no se han olvidado de retirar las denuncias.
- Entendido, jefe —contestó Bruno sintiendo que la orden era de cumplimiento inmediato y que su descanso cada vez estaba más lejos.
- Tranquilo, chaval. Iremos los dos. Esto se pone muy interesante. Pero, primero ve a por las fotos y vamos a cotejarlas con lo que tenemos.

Del carrito solo servían tres fotos, las demás o estaban movidas o los protagonistas estaban tapados por otra gente. Pero era suficiente. Allí estaba el tipo, Vlad, serio y con buena pinta y los otros, los desconocidos con cara de no tenerle miedo a nada. Y en una de las fotos, cerca de Vlad, la yonqui con la que Bruno se había encarado por el camino. Feltracco sacó unos cuantos libros de una estantería y se acercó al despacho del jefe a por las últimas novedades del *hit parade* de malhechores. Después de una hora, Bruno se quedó sin fuelle para pasar la página del calendario pendiente y su mente optó por entrar en fase onírica para resolver el problema. Hasta que sintió una mano en su hombro.

- ¿Estabas dormido? —preguntó el jefe Feltracco haciéndose el indignado.
- No, que va —contestó Bruno, incómodo.
- Anda, mira esta foto de la Interpol. ¡Guapo, eh! —dijo el comisario pasándolo por alto.

- ¿Quién es el bendito? —preguntó Bruno recobrando la compostura.
- Este tío es Salva Cuevas, alias el Sevilla, uno de los delincuentes más peligrosos de España. Hay una orden internacional de búsqueda y captura. Le dio una paliza a un tío y casi lo mata. Fugado de la cárcel, atraco a mano armada, extorsión, narcotráfico...
- Un angelito. Si hasta tiene cara de bueno. Lo localicé en el hotel Quirinale.
- Buen trabajo.
- ¿Y la chica y el otro?
- De esa, olvídate. No tiene nada que ver. Pura casualidad. Una más. Del tipo, ni idea. Ya lo averiguaremos. Chaval, vete a casa, duerme un rato y vuelve después de comer. Hay que reconocer que tienes pelotas, pero así no me vales. Te necesito despierto. Esto acaba de empezar y cada minuto se pone más interesante.

Café-museo Canova Tadolini (8 de noviembre, mediodía)

Estaba profundamente dormida, pero algo comenzó a chirriar en su mente, como si hubiese un violín desafinado en la orquesta y el director buscase al instrumentista díscolo con el oído. Se desveló con la sensación de que el tiempo no había carbonizado su pasado y que su Ernesto, el que ella quería, estaba ahí, a su lado, atemperando la cama. Podía notar su presencia y su calor, se sentía a gusto abrazada a un cuerpo con la costumbre recuperada. Su cabeza había recompuesto una escena imposible, otra vez juntos, hasta que la vigilia la devolvió a la realidad. Lola se separó de inmediato del guardia civil, avergonzada. Abrió los ojos con rapidez y comprobó que Juan Reyes aún estaba en otros brazos, los de Morfeo. Por suerte, no había notado la amorosa forma de dormir de la inspectora. Era mediodía.

Salió de la cama con sigilo, vigilando a su compañero de sueños, para cazarlo si abría los ojos, y poder dar una explicación al bochornoso malentendido y zanjarlo rápidamente. Un pensamiento fugaz se le cruzó por la mente, su padre y lo que diría en esa situación. Sonrió, seguramente estaría escandalizado por la forma con la que su hija en bragas y camiseta abordaba el tema de la igualdad de sexos. Él no lo entendía, no podía. Y, a veces, ni ella. Pero Lola no tenía alternativa, era de una generación criada en unos valores rancios a la que, a medio camino, le cambiaron el programa de estudios y no le dieron la oportunidad de interiorizar el nuevo mantra. Ahora era moderna, liberada a ultranza, siguiendo la ley del pendulazo. Un exceso, una bacanal tras la sequía. Quizá ella siempre hubiese sido progre a su manera para respirar y por llevar la contraria a todos. Por sobrevivir. Se fue a la ducha, ordenando sus ideas. En cuanto tomase un café, volverían a la carga.

Al salir del baño, contempló el desastre en el que vivía. Parecía una pocilga. Y en el ojo del huracán estaba Juan Reyes, plácidamente como un cerdo ajeno al día la matanza. Comenzaba a despertarse. El chico tenía su encanto, seguro de sí mismo, honesto y atractivo. En otras circunstancias no se lo habría pensado dos veces y se habría tirado a la piscina. Pero Lola no podía olvidar a Ernesto ni tampoco que, por culpa del guardia, en muy poco tiempo, lo había perdido todo: su piso, su cómoda vida y un futuro que era un regalo. Y Juan solo tenía que haberlo dejado correr, olvidar, pero el pasmarote que tenía delante de sus ojos lo jodió con la puta conciencia. Puede que por eso, él

durmiese a pierna suelta y ella no. En el fondo lo envidiaba, el cabrón había hecho lo que ella no había podido. Dejó de pensar en el asunto para no gritarle a la cara que, en cierto grado, era responsable de la muerte de Ernesto y del sargento. Necesitaba quitarse de en medio. Salió al balcón a echar un vistazo y calmarse. Permaneció en su atalaya más de media hora, hierática. Todo en orden.

Volvió a la habitación. Reyes ya estaba listo para salir. Tomarían algo de camino, aunque no sabían muy bien cuándo ni tampoco cuál sería su siguiente paso. Lo único que podían hacer era acercarse al hotel y esperar. Un desastre de plan. Lola cogió su mochila y volvió a asomarse al balcón. Un último vistazo. Un par de minutos. Nada, hasta que, justo antes de regresar a la habitación vio salir a Salva Cuevas del portal de su antigua vivienda. Bingo.

Instintivamente, Lola se agachó y se quedó quieta como si el listo de los Cuevas la pudiese descubrir tras las macetas, aguantó la respiración unos instantes, nerviosa, observando. Salva dudó, recorrió Bocca di Leone con la vista, miró a ambos lados de Vía Frattina, comprobó su reloj y se marchó hacia la Vía di Propaganda. Lola volvió a la habitación como un rayo. Tenían que seguirlo.

Salieron a Bocca di Leone como si fueran dos toros encandilados al entrar en la plaza. Corrieron hasta la esquina con Vía Frattina sabiendo que había sido una suerte toparse con su objetivo. No podían desperdiciar la oportunidad. El sujeto estaba lejos y a punto de adentrarse en la Vía di Propaganda. Salva giró a la izquierda en dirección a la Plaza de España. Los perseguidores volvieron a acelerar la marcha sin otro planteamiento más allá de no perderlo de vista.

Llegaron al final de la calle, con el corazón saliéndoles por la boca. Lola pensó que si Salva los descubría podría hacer dos cosas: la primera, esperarlos con un arma, justo al doblar la esquina; y la segunda, desaparecer e ir a por refuerzos. A Lola, le preocupó más la primera opción, agarró a Reyes con su mano izquierda, parándolo unos metros antes salir a la Vía di Propaganda. Rebuscó en su mochila, sacó una gorra de béisbol y las gafas de sol. Después metió la mano derecha en el chaquetón, acariciando la culata de su arma. Continuaron la marcha sabiendo que a 50 metros estaba la embajada, el lugar de trabajo de la inspectora, y que, en la puerta habría un par de

compañeros.

Reyes levantó la mirada, Salva estaba charlando despreocupadamente con el otro tipo, el de Valencia, el tal Nabil, unos pasos más allá de la puerta de la embajada. Rápidamente, se volvió hacia Lola, dando la espalda al objetivo, le siseó perdón y la besó como si estuvieran en viaje de novios. Ella mantuvo la compostura, algo contrariada. Después, comenzaron a andar en la otra dirección, sin orden, perdidos como turistas. Lola cogió de su mochila la cámara de fotos, y con el sabor a picoleto en los labios se echó la máquina a la cara y comenzó a hacer fotos de todo. Del novio, de la calle, de la columna de la Inmaculada, del palacio de la Propaganda Fide y, sobre todo, de Nabil y su amigo.

Recordó al otro hermano Cuevas, se parecían bastante, quizá el muerto fuese más fuerte. Sonrió. En ese momento no se sintió especialmente orgullosa pero tampoco se arrepentía de haber quitado a aquel cerdo de la circulación. Últimamente, casi nunca pensaba en ello.

De repente, algo captó su atención. Un par de tipos trajeados salieron de la embajada. No los conocía, pero sabía que no eran turistas renovando el pasaporte. Se les veía con mando. Al pasar junto a los policías de la puerta, uno de ellos los saludo con marcialidad. Lola los siguió con la mirada a través de su objetivo. Se alejaron. Cuando pasaron junto a Nabil uno de los pingüinos ladeó la cabeza. Un gesto inocuo si no fuera porque al par de minutos Salva y Nabil comenzaron a andar en la misma dirección como si fueran polluelos detrás de la gallina.

Dejó de hacer fotos, le hizo una señal a Reyes para que los siguiera y se fue hacia la puerta de la embajada. Se quitó la gorra y las gafas y se acercó a uno de los policías. Le caía especialmente bien, habían tomado unas copas unas cuantas veces y él le había tirado los tejos. Eran solo amigos.

- ¿Qué tal, Fer?
- Inspectora Berlín, buenos días.
- Déjate de coñas.
- Lola, he oído que estabas enferma.

- Sí, bueno es largo de contar —dijo coqueteando.
- Lola —dijo el policía acercándose más de lo normal a la inspectora—. Te he visto con tu novio, no me vengas con gilipolleces —susurró, visiblemente celoso.
- No es lo que tú te crees, de verdad ahora no tengo tiempo para esto —contestó poniendo su mejor cara—. Y necesito que me echas una mano.
- ¿De verdad? La increíble Lola Berlín pidiendo ayuda. Esto no me lo esperaba —le recriminó.
- Vale, puede que me lo merezca.
- Me dejaste plantado. ¿Qué quieres?
- ¿Quiénes eran esos tipos?
- Si te lo dijera tendría que matarte.
- Ya.
- Cesid.
- ¿En serio?
- Sí, uno es general y el otro comandante. Pérez, creo.
- ¿Seguro?
- Sí, ¿algo más?
- No, de momento no.
- Y ese... ¿Quién es?
- Solo un amigo.
- Si tú lo dices.
- Una cosa más, no me has visto.
- A tus órdenes.
- Te debo un favor, ya hablaremos —comenzó a decir dando pie a más de lo que en realidad estaba dispuesta—. Te lo explicaré en otro momento, ahora tengo que irme —se explicó Lola, mostrándose amable.
- Estás en un lío, ¿verdad?
- Y gordo.

- Cuenta conmigo. Suerte.
- Gracias Fer, eres un encanto.

Dejó al policía con una amarga sensación, le agradaba Fer, pero el tío estaba casado. Y ya había pasado por esa experiencia con Ernesto. Con uno tenía bastante para esta vida, quizá en la siguiente. Pensó que debía de tener un imán para las relaciones complicadas. Cuando comenzó a andar se dio cuenta de que mantenía a Fer aparcado en doble fila como si fuera una moto en un día de lluvia, esperando a que saliera el sol para darse un paseo y él no se lo merecía. Zanjaría el tema y dejaría de jugar. Buscó a Reyes, apenas lo distinguía entre la muchedumbre, aceleró el paso. Cuando lo alcanzó habían tomado la Vía del Babuino.

- ¿Qué has averiguado? —preguntó Reyes.
- Son del Cesid. Y tu amigo ese, el comandante Pérez, es uno de ellos.
- Joder Lola, ¿estás segura?
- ¡Vaya!
- ¿Qué?
- Nada.
- En serio, ¿qué pasa?
- Que es la segunda vez que te oigo decir tacos.
- Me lo estás contagiando... desde que dormimos abrazados, ya se sabe.
- Eres un cabrón. ¡Estabas despierto!
- Sí.
- ¡Gilipollas!
- Vale, perdona, pero ¿seguro que es Pérez?
- Tú lo conoces, ¿no?
- Solo por teléfono.
- De verdad —dijo Lola recordando la jugarreta de Reyes—. Eres un capullo. Sigue andando, no quiero hablar contigo.

Continuaron en silencio unos diez minutos, manteniendo la distancia, vigilando de lejos. De repente, Lola se paró en seco.

- Ahora lo entiendo, por eso me besaste. Pero tú ¿qué coño te has creído?
- No sé si lo pillo, me agarras como si fueras un pulpo y ¿tengo la culpa yo?
- No te hagas ilusiones, niñato. Abrazaba a otro. Estaba dormida —contestó levantando la voz.
- Shh —susurró Reyes agarrándola por el brazo y metiéndola en una tienda de electrónica.
- ¿Qué haces? —preguntó malhumorada.
- Se han sentado.
- ¿Dónde?
- Ahí delante, en la terraza de ese café.

Lola estaba fuera de sus casillas, Juan Reyes la cabreaba más que un novio buscando tetas nuevas en un escote desconocido. Miró fuera a través del escaparate lateral. No se había dado cuenta hasta ese momento de dónde estaba, era la tienda de la esquina contigua a la cafetería de las escapadas de viernes para desayunar a lo grande. El café-museo de la Vía del Babuino. No estaba mal, decadente y algo pretencioso como el jardín de un nuevo rico, pero con encanto, no excesivamente caro y atractivo para los turistas. El sitio tenía su gancho y ella conocía a uno de los camareros.

Tuvo una idea descabellada, miró a Reyes y se sonrió.

- ¿Qué estás pensando, Lola?
- Quédate aquí.
- Empiezo a conocer esa mirada...
- Confía —dijo cogiendo su cartera.
- Jod —respiró—... Lola, ¿qué vas a hacer?
- Necesito saber qué dicen.
- Y yo adivinar las quinielas.

- ¡Qué gracioso! —respondió con sarcasmo—. Por favor —se dirigió Lola al dependiente—, ¿grabadoras portátiles?
- Tú estás pirada —contestó Reyes.
- Puede. Ni te muevas. Ah, haz unas cuantas fotos, para el álbum familiar. Y cúbreme. Hasta ahora —dijo saludando con la mano.

Salió de la tienda con una gorra que le tapaba media cara y se metió rápidamente por la Vía dei Greci para entrar en la cafetería por la puerta falsa.

- Bon giorno, Giuseppe.
- Signorina Lola, no puede estar aquí.
- Es un favor —suplicó blandiendo diez mil liras.
- Si es un favor —respondió el camarero cogiendo el dinero—. Por una mujer hermosa...
- Ya, qué caballeroso. Gracias. Voy a darle una sorpresa a unos tíos de una mesa de la terraza. Dame una chaqueta de camarero.

Lola cogió una bandeja y se la colocó bajo el brazo, al salir de la barra agarró un servilletero lo vació y le introdujo la grabadora. La puso en marcha y lo recargó con servilletas. Los objetivos estaban en dos mesas, cerca, pero aparentemente separados. Decidida, salió por la puerta. De inmediato se giró dando la espalda a Nabil y su compinche.

- ¿Qué desean? —preguntó Lola, poniéndose detrás de Pérez.
- Para mí, un café expreso.
- Yo, un Martini —pidió el general, sin fijar la vista en la camarera.
- *Prego* —contestó cambiando el taco de servilletas.

Estaba hecho. Ya solo le quedaba esperar. Se dirigió a Giuseppe, se quitó la chaqueta y le dio la comanda. Se fue a uno de los salones de la cafetería, se pidió una infusión y se quedó en un rincón para recoger el aparato inmortalizador de voces. Cruzó los dedos para que la cinta durase más que la charla.

Pérez y Cuevas (8 de noviembre, mediodía)

No les gustaba esperar, pero era trabajo. La mayor parte del tiempo. Estaban en la puerta de la embajada de España, era un edificio bonito. Pero no habían ido hasta allí para hacer turismo.

- Ni rastro de la zorra. La hija puta ha huido —se explicó Salva al acercarse a su socio.
- Me encantaría conocer al que le ha dado el soplo —contestó Nabil.
- Pues, seguramente la ha avisado Reyes. Tendríamos que habernos desecho de él también —aseguró Cuevas.
- No funciona así. No puedes suicidar a dos guardias civiles en un pueblo de tres habitantes la misma semana. Y el sargento era lo prioritario. Órdenes.
- De un imbécil.
- Que vas a conocer hoy. Y cuidado con el general, es un perro viejo. Sé discreto.
- ¡Puto Reyes! Habría preferido cargármelo primero.
- También pudo ser el novio, Ernesto —puntualizó Nabil.
- Pero ese ya no me preocupa.
- No. En cuanto a la inspectora, tenemos que ser pacientes, tarde o temprano Lola irá a ver al padre.
- Y ajustaré cuentas —siseó Cuevas atropellando las palabras.
- No, Salva, no se trata de eso. No me importa lo de tu hermano, era un imbécil que la cagaba un día sí y el otro también. Estás mejor ahora.
- Era mi hermano. Lo mató ella. No hables así. No te atrevas.
- ¿O? —lo desafió Nabil mirándolo fijamente.
- Joder, era mi hermano y me lo prometiste —contestó Salva con torpeza, reculando.
- Mira, te lo voy a explicar, para que no te queden dudas. Hay que dar con la policía porque es una toca huevos. No tengo nada personal en su contra ni

en contra del guardia. Solo son trabajo y mi prestigio está en juego. ¿Sabes lo que me jodería? Encender la tele y ver a uno de esos periodistas de pacotilla entrevistándola y a ella largando por mi torpeza. Además, hay que dar ejemplo, pero no por tu hermano.

- Cada uno tiene sus motivos.
- Ya, te lo advierto, no dejes que esto te ciegue. Si cuadra, serán tuyos, si no, no. Ah, y no vuelvas a olvidar quién te paga.
- De acuerdo. Mira. Ahí está Pérez, ya salen. Ese debe de ser el general.
- Si preguntan por Lola, hablo yo. Tú mantén la boca cerrada, ¿entendido?

Le parecía cosa de niños eso de esconderse y jugar a los espías. Una mierda de juego con un despilfarro de medios para que unos cuantos se aprovecharan del resto. La camarilla de abusones del recreo robando el bocadillo. Salva no entendía por qué esos tipos se tomaban tantas molestias para pasar desapercibidos, como si estar a cientos de kilómetros no fuera ya suficiente. Esperaron un poco y siguieron a Pérez y al general manteniendo las distancias para que no se notara que eran su escolta. Eran unos gilipollas pretenciosos de manías persecutorias con la llave maestra del arcón secreto de los fondos reservados. Pero pagaban bien. Salva cogía su parte, lo demás importaba poco. Llegaron a una cafetería y se sentaron en la mesa contigua. Comenzaron a hablar entre ellos, sin mirarse unos a otros, soltando las palabras al viento. Llegó la camarera y se callaron manteniendo la vista fija en el infinito como si el maestro los hubiera pillado copiando en el examen final de junio. Era ridículo.

- La tía esta es idiota —soltó Salva al ver que la camarera atendía la otra mesa y se marchaba.
- Sí, una inútil. Incapaz de hacer dos cosas a la vez. Después dicen... En fin, vamos al lío. ¿Apareció? —preguntó Pérez cuando se quedaron solos.
- Todavía no —contestó Nabil.
- ¿Y?
- Hace días que no va por su piso ni por la embajada. Dice que está enferma... Es lista. Se lo ha olido —explicó Nabil.
- Quiero ver muerta a la inspectora Berlín —afirmó el general sin titubear.

- No se preocupe, general. Tenemos un plan B. Su padre está en una residencia, por lo que sé está bien jodido. Seguro que irá a verlo — respondió Nabil.
- Enternecedor, se me saltan las lágrimas.
- Tranquilo, general, tengo a un hombre esperándola.
- Perfecto.
- En cuanto a Reyes —comenzó a decir Nabil...
- Ese es un traidor que no sabe tener la boca cerrada, también lo quiero muerto —le interrumpió Pérez.
- Caerá —afirmó Cuevas ante la mirada de contrariedad de Nabil.
- Y tengo una cuenta pendiente. Quiero que sufra —puntualizó el comandante.
- Vaya, eso es nuevo —respondió Salva, entrando más de lleno en la conversación—. ¿Puedo preguntarte el motivo?
- Qué más te da. Tú haz lo que se te ordena —le espetó Pérez, despreciándolo.
- Queréis que asesine a una policía y a otro picoletto, y van 3. Ya es vicio. Os costará una pasta —contestó Salva, chuleando.
- Y a este imbécil ¿quién coño le ha dado vela en este entierro? —preguntó el general, indignado.
- Tranquilo Campos, Salva tiene cosas que hacer y ya se va a tomar por culo un rato ¿verdad? —contestó Nabil, despachando de mala manera a su compañero de mesa.
- Vale, vale, señores, un placer codearse con la élite —contestó Salva, molesto—. Nabil, esta tarde, nos vemos en tu hotel.

Se creían superiores, pero no eran más que unos chorizos sisando dinero del contribuyente como si fuera su fortuna personal. Salva se levantó cuando apareció un camarero con las bebidas. Lo miró extrañado, la anterior era una chica. Lo dejó correr y comenzó a andar. Se perdió por la Vía Babuino, sin rumbo, alimentando su curiosidad. Tenía suerte, la gente se dejaba la paga extra por visitar la ciudad, y a él en cambio, le doblaban el sueldo. Sonrió.

- ¿De dónde ha salido este borrego? —preguntó el general cuando Salva se había marchado.
- Es una historia larga —contestó Pérez, carraspeando.
- Es un gilipollas.
- No es lo que parece —puntualizó Nabil, atemperando—. Es muy eficaz. Aunque reconozco que callado gana mucho.
- Ahora vuelvo. Necesito ir al baño —se excusó Pérez.

El general sorbió su vermut saboreándolo, como si fuese un lujo asiático, esperó unos instantes, jugando con el hielo.

- Oye, Nabil —rompió el silencio.
- Sé lo que me vas a decir —contestó tranquilo.
- ¿De veras?
- Sí, no te preocupes por Salva, no volverá a España. Al menos, vivo.
- No está mal, pero tampoco hay billete de vuelta para Pérez —puntualizó el general vaciando su vaso de un trago.
- Ahora me cuadra por qué ha venido hasta aquí. Usted quiere que saque la basura —contestó Nabil sin mostrar ninguna emoción.
- No pueden asociarme a esta mierda, si la inspectora Berlín y el guardia no aparecen —comenzó a decir, incómodo...
- General, no tiene que darme explicaciones. Pero yo a usted sí.
- ¿Cómo dice?
- Verá —dijo Nabil rebuscando en su cartera—. Esas fotos son de su familia, de su mujer, de su querida, de sus hijos, tengo hasta una foto de la novia del mayor. Hacen una pareja tan bonita... Tengo un dossier entero. Y esto —le pasó un trozo de papel—, es el extracto de una cuenta en Suiza. Si pretende que otro acabe conmigo, adelante. Está en su derecho de sentenciar a toda su familia y empezar de nuevo. Sería un hombre libre.
- ¿Me está amenazando? ¿Sabe quién soy?

- Por supuesto que sí. Y estoy seguro de que usted también sabe que nunca bromeo.
- Vamos, hombre.
- Campos —dijo dándose la vuelta y mirándolo con franqueza—, los dos somos soldados. Cumplimos. Yo haré mi parte. Salvador Cuevas es una carga, está en busca y captura. Es una serpiente. Cantará en cuanto lo encierren. Lo entiendo. Lo de Pérez... se desmoronará en cuanto escuche chirriar los goznes de la puerta de su celda, no da la talla. Y usted y los suyos creen que yo también soy una amenaza. Haga lo que tenga que hacer, pero ahora usted sabe cuál es el precio. Es libre de tomar esa decisión.
- Nabil, usted nos es útil. Me ha interpretado mal. No puedo prescindir...
- Ya, general, esa me parece una idea acertada. Si le he juzgado a la ligera, le pido disculpas. Ahora me marcho. No olvide que tenemos un trato. Tengo que controlar a Cuevas. Despídame de Pérez. Ah, y avíseme cuando tenga decidida la fecha de su defunción.

La cinta (8 de noviembre, mediodía)

En cuanto el general y Pérez se marcharon, Reyes entró en la cafetería y buscó a Lola. Cuando la encontró, se quedó de pie delante de ella, aliviado. Estaba jugando con la taza, nerviosa como si fuera la noche del cinco de enero, sin atreverse a salir para no cazar a sus majestades en plena faena. La inspectora levantó la mirada y le sonrió. Era el momento. De inmediato, salió a por su regalo.

- ¡Vamos a verlo! —exclamó Lola con la curiosidad de un gato chico, corriendo hacia la terraza.
- Estás como una cabra, lo sabes ¿no?
- Venga, Juan, ámate.
- ¡¿Qué me anime!?! He visto entrar al comandante, no supe qué hacer. Me he asustado. No sabía si te había descubierto. Lo he visto salir y marcharse. ¿Sabes lo que me he imaginado?
- Qué bonito, va a resultar que te preocupas por mí. ¿No te estarás enamorando de verdad?
- ¡Lola, esto es serio! —exclamó Juan, intentando ocultar que se estaba ruborizando.
- Ya lo sé —contestó sin inmutarse—. Tranquilo. Nos quieren matar y quizá lo consigan, pero tienes que reconocer que, de la mierda, esta es la parte más divertida. Además, por primera vez, les podemos sacar algo de ventaja. Relájate.
- Pero, ¿qué esperas encontrar?
- Joder, esos han venido hasta aquí a por nosotros. Algo habrán dicho.

Escucharon la grabación una y otra vez, en silencio. Lola jugaba con la grabadora y Reyes la miraba con disimulo. Al oír las palabras del comandante se quedó mudo. Apenas había intercambiado cuatro frases de cortesía con Pérez. No entendía el porqué del odio visceral. “*Que sufriera, traidor*” no sonaba nada bien.

- Lola, tenemos que llevarle la grabación a Pérez.

- ¿Para qué? Que se joda.
- Se pondría de nuestra parte. ¿No lo entiendes? Necesitamos aliados.
- No, de eso nada. Conozco a esa clase de gente. No te puedes fiar de ese tío. Lo único que conseguirías es que nos matara y fuera a su jefe con nuestras cabezas en un saco para ver si el amo le perdonaba la vida. No. De ninguna manera.
- Lo necesitamos.
- Juan, ¿no te das cuenta? El general va a cortar por lo sano. Lo único que tenemos que hacer es seguir vivos un poco más. Después, ellos mismos sacrificarán a los perros que nos siguen para que no se vuelvan rabiosos contra sus amos.
- Pero vendrán otros.
- No necesariamente.
- Lola, estás soñando.
- Juan, ¿has oído bien la cinta?
- Claro.
- El general no es más que un “cagao” con traje caro. En cuanto Nabil le ha enseñado los dientes, ha reulado. Y nosotros tenemos fotos y esta cinta. Vamos a esperar a que se cepillen al comandante y al mierda de Cuevas.
- ¿Vas a dejar que los maten?
- ¿Se te ocurre algo mejor?
- Es un asesinato...
- Sí, bueno. Ellos se lo han buscado. Además, no te importó mucho con el otro Cuevas.
- Nos amenazó, nos habrían matado por lo que habíamos descubierto.
- Él o nosotros y funcionó. Igual que ahora.
- Era distinto. Y sí me importó.
- No, no lo era. ¿Te puedo hacer una pregunta?
- Adelante.
- ¿Qué crees que hará cuando oiga lo que tenemos?

- ¿A qué te refieres? —preguntó Reyes, sin comprender bien a dónde quería llegar Lola.
- Cuando se haya cargado a sus compinches...
- ¡Podemos negociar! —exclamó Juan, agarrándose a la idea como si fuera un chaleco salvavidas.
- Siempre y cuando no se te vuelva a calentar el buzón que tienes por boca.

Tempesti (miércoles tarde, 8 de noviembre)

Cuando Bruno se presentó a última hora de la tarde en la comisaría de Vía Farini, Paolo Feltracco estaba recogiendo sus cosas para marcharse. El comisario habría entendido que el chico no apareciera. El novato apenas había dormido en las últimas 24 horas y había realizado un gran trabajo, pero no era bastante. No para el comisario. Paolo estaba nervioso y excitado. Sabía que pasaba algo, necesitaba meter su nariz en el asunto y destapar la basura que su olfato intuía. Una vez más, al verlo llegar, Feltracco se sintió satisfecho.

- Te has tomado tu tiempo...
- Jefe, me he quedado dormido. Lo siento.
- Tranquilo, chico, lo entiendo. Vamos al asunto. He estado pensando —dijo el comisario, haciéndose el interesante.
- ¿El qué? —preguntó Bruno.
- ¿Qué va a ser, chaval? El siguiente paso.
- Hacerles un seguimiento, supongo.
- ¿Seguimiento? ¿Estás de broma? Estamos tú y yo solos, no tenemos apoyo y necesitamos pruebas para reabrir la investigación porque hay caso. Estoy seguro de que aquí tenemos algo gordo.
- Podemos intentarlo de nuevo con Tempesti, para que nos...
- También podríamos pedirle ayuda al Papa, pero no cuentes con ello —le interrumpió tajante el comisario—. Tempesti no tiene cojones. Es uno de esos cretinos que siguen el procedimiento, un inútil que nunca entenderá cómo funcionan las cosas. Si quieres perder el tiempo, propónselo tú. No me opondré —concluyó desairado.
- Vale. Entonces ¿cómo lo vamos a hacer?
- Vas a infiltrarte —contestó Feltracco, mirando fijamente al joven policía.

Las palabras de Feltracco resbalaron por la piel de Bruno como si fueran agua fría. No era eso lo que el joven poli tenía planeado. No estaba preparado y ambos lo sabían. Esa mañana, cuando se acercó al comisario con el trabajo hecho, se sintió como un escolar que ha terminado los deberes. Él solo

esperaba el sobresaliente para irse a casa y contárselo a mamá. Pero le había salido mal, el profe se había entusiasmado con los resultados y lo había cargado de tareas para ver hasta dónde llegaba el pupilo. Bruno se asustó, pensó en pararle los pies al comisario, en decirle que no, pero recordó su deuda y también que fue él quien se acercó al superior y quién le dijo que no tenía la valentía necesaria para hacer lo que tenía que hacer. Ahora, le tocaba a él.

- Bueno, sabemos muchas cosas, supongo que serán unos días más, lo suficiente como para poder reabrir el caso —claudicó Bruno.
- Así es.
- Creo que puedo hacerlo —dijo Bruno, convenciéndose a sí mismo.
- Bruno, una cosa... vas a estar solo. Ten cuidado. No des ningún paso sin que yo lo sepa —le advirtió el comisario, mirándolo fijamente.
- Entendido —contestó Bruno, con voz cansina.
- Te lo voy a repetir, para que te quede claro. No hagas nada sin decírmelo antes, porque si lo haces y tienes problemas, nadie te salvará el culo. Ten mucho cuidado. Soy tu ángel de la guarda y, si no estoy te quedas sin red. ¿Lo has comprendido?
- Claro, no soy tonto.
- Otra cosa... Estoy pensando que eso de Tempesti, nos vendría bien. A ver si quiere.
- Ya. Y ¿qué quieres que le diga?
- No lo sé. Parece muy cabezota, no creo que lo convenzas, y yo menos. Pero... Lo necesitamos. Lo dejo en tus manos.
- ¿Algo más?
- Sí, de momento, hazte asiduo del Koliseum, creo que es su centro de operaciones.
- Sí, eso dice Giulio el Speedo. ¿y qué hacemos con los otros tipos?
- Haz lo que te digo. Márchate a casa, esta noche tienes trabajo. Ver, oír y callar. En cuanto a mí, ahora mismo me voy para el hotel Quirinale, a ver qué saco. Nos vemos mañana.

Bruno se quedó pensativo, no conocía lo suficiente a Tempesti, pero no creía que fuera un cobarde. Entendía su posición, Giacomo no tenía una deuda con ningún padre y tampoco tenía la arrogancia de Feltracco. Le pediría el favor, de poli a poli, y se lo debería. Se sonrió. Pensó que estaba saldando una cuenta empeñándose en otra, como si para pagar a un banco, pidiese un préstamo en el de enfrente. Se fue directo a la mesa de trabajo de su compañero con las fotos de los sospechosos.

- ¡Ya! La verdad es que te estaba esperando, y tengo que reconocerlo, has tardado más de lo que pensaba —dijo Tempesti a modo de saludo.
- Giacomo... ¡Qué quieres que te diga! —contestó Bruno, derrotado.
- Pero, ¿es que no te das cuenta? ¡Te estás jugando tu futuro! —le exclamó indignado.
- Deja que te lo explique.
- Bruno, no quiero saberlo, no quiero implicarme.
- Es importante y estamos cerca. Yo lo haría por ti.
- ¿Eso es lo que Feltracco te ha pedido que me digas?
- No, no ha sido el comisario, no me ha dicho nada. Escúchame, te lo ruego.
- Es muy embarazoso, Bruno, no deberías pedirme esto.
- He seguido a Vlad y está relacionado con estos tipos —le dijo Bruno, señalándolos en la foto.
- ¿Y?
- Uno de ellos tiene una orden de búsqueda internacional.
- Joder, Bruno, arréstalo, interrógalo y extradítalo.
- No es tan fácil.
- Ya, sí, tu colega Toni.
- Es eso —contestó Bruno, con cara de cordero degollado—. Por favor.
- Anda, hay que joderse. Me cago en... ¡Cabrón!... ¿Qué cojones quieres que haga?
- Cubrirme, solo eso.

Sin rastro (8 de noviembre, noche y 9 de noviembre, mañana)

Era como un paseo por el territorio de los caníbales. Una vez más, Bruno se adentraba en los dominios del Koliseum contemplando el ecosistema, mascando la pregunta recurrente: ¿por qué había tenido tanta suerte? Aún no entendía qué hizo él de especial para no acabar como el resto de almas en pena que transitaban por la zona. Sabía que ya no pertenecía a ese mundo y que, como intruso que era, no podía bajar la guardia. Y recordaba la última conversación con el Speedo como si ocurriese en ese mismo instante.

- No, Bruno. Ese no era el trato, no voy a acompañarte más y lo sabes.
- Giulio.
- No volveré al Koliseum City. No de momento. Sabes que no me lo puedes pedir. Me lo debes.
- Llevas razón y lo entiendo, pero necesito tu ayuda.
- Poco más puedo hacer. No sé, si quieres —resopló—... Te serviré de apoyo. Puedes llamarme y contarme lo que haces y lo que ves. Puedes venir a casa y enseñarme fotos. Conozco a casi todo el mundo. Te contaré lo que sé, pero no me expondré más, no estoy preparado.
- Gracias, Giulio, con eso me vale.
- Ten cuidado.
- Lo tendré.
- Bruno —dijo pasados unos instantes—, a medida que pasa el tiempo, se me aclara la mente. Recuerdo más y más cosas. Me asaltan imágenes espontáneamente, aunque aún no tengo una idea nítida. Solo sé una cosa, Vlad es un individuo muy peligroso. No me acercaría a él por nada del mundo.
- Gracias, te mantendré informado.
- Un consejo: si quieres atraerlo, muéstrate perdido, no te precipites y deja que él te aborde. Te encontrará.

Tenía una ligera idea de lo que Giulio quería decir, el problema era la

premura. Siempre, desde que el padre de Toni se le acercó arrastrando su pena, dando la voz de alarma. Y le atormentaba día y noche saber si llegaría en el último instante, como en los rescates de las escenas de acción, justo antes de que la sierra mecánica destroce a la chica amarrada en el túnel de cortado de madera. Un segundo después no habría consuelo ni premio. Meditó su siguiente paso mientras cruzaba las puertas del Koliseum. Recibió un par de movimientos de cabeza a modo de saludo por parte de unos feligreses que el Speedo le había presentado la última vez que estuvieron allí. Fantasmas arrastrando cadenas. Le hizo sentirse seguro. Conocía el terreno y a la mayoría de las caras, aun así, eran arenas movedizas. Al menos, se concedería un par de noches más antes de hacer ningún acto desesperado. Recorrió el antro con la mirada, con el radar conectado, como si buscara a su camello habitual. Le reconfortó ver a Tempesti, al acecho, discreto como el cable de seguridad de un trapecista. Cerró los ojos un instante y siguió oteando el horizonte. Ni rastro de Vlad.

A la mañana siguiente, el comisario y sus cachorros compartieron lo descubierto.

- ¿Habéis visto a Vlad?
- No, no apareció —contestó Tempesti con voz cansada.
- Esta noche volvemos —puntualizó Bruno, dándolo por hecho.
- Joder, chico, te lo estás tomando como algo personal, y ya sé que lo es, pero deberías ser capaz de tomar cierta distancia. De lo contrario... Te puede salir caro y...
- ¿No lo entiende? —preguntó Bruno, interrumpiendo al comisario Feltracco.
- Bruno, es sencillo. Si no tienes la cabeza fría ¡la cagarás! como todo el mundo que deja de pensar con claridad. Y tutéame, te lo he dicho ya unas cuantas veces.
- Y, ¿qué has sacado tú? —preguntó Tempesti, interesado.
- El tercer tipo se llama Nabil Elbouri, está en la habitación 211, tiene reservado para un par de semanas, de Salvador Cuevas no saben nada. Bueno, estuvo allí antes de ayer preguntando por Elbouri, abandonaron el

hotel juntos. Evidentemente, se conocen. Ah, se me olvidaba una cosa. La policía española también está tras estos tíos.

- Jefe, ¿damos el nombre a la Interpol? —preguntó Bruno.
- Es buena idea, si los españoles están al tanto, tiene que haber algo, ¿no? —afirmó Tempesti, con entusiasmo.
- Ya, no sé, esto es extraño —comentó dudando el comisario Feltracco.
- ¿Por?
- Porque nadie nos ha advertido de los españoles. Y es lo habitual.
- La orden puede estar traspapelada en cualquier despacho. Avisamos a la Interpol. No perdemos nada —dijo Bruno.
- Lleváis razón. Yo me encargo. Vosotros no tenéis acceso ni podéis justificarlo —contestó Feltracco.
- Jefe, una cosa más. Habría que localizar al policía al mando, coordinarnos, averiguar qué saben —puntualizó Tempesti.
- La —dijo escuetamente Feltracco.
- ¿Cómo? —preguntó Bruno.
- Lo lleva una mujer, una inspectora.

Toma de contacto (viernes tarde y noche, 10 de noviembre de 1989)

Las horas extra no contaban, no salían del bolsillo de ningún contribuyente, ni siquiera las pagaba el padre de Toni. Pero no eran gratis, la conciencia de Bruno Barone las sufragaba como si fuese un mecenas que, además, tenía que cumplir con su horario, el oficial, sin excusas. Esa tarde le tocaba puerta en la comisaría. Hacía frío y estaba agotado. No veía la hora de regresar a casa, había perdido la paciencia y el sentido del humor. Se acercaban dos tipos con pinta sospechosa.

- ¿El comisario Feltracco?
- ¿De parte de quién?
- No es asunto suyo.
- Creo que sí.
- Creo que no. AISI.
- ¿Y?
- Eres nuevo, ¿verdad? No te lo tendré en cuenta. Pero no me hagas perder el tiempo o te veo haciendo guardia toda tu vida en esta puta puerta hasta que se te caigan los huevos a pedazos. ¿Lo pillas?

Bruno los miró, sin saber qué hacer. Quizá fueran unos chulos. Esperó unos instantes para aguantares el farol el máximo tiempo posible.

- Vale, ¿Me acompañan? —dijo finalmente en tono neutro.

Bruno escoltó a los ilustres visitantes evidenciando su desidia, paseándolos por toda la comisaría como si no supiese dónde estaba el comisario, haciéndoles pagar a su manera su prepotencia. Se cruzó con Tempesti que pareció comprender que pasaba algo raro. Cuando llegaron hasta el comisario, los invitados se encerraron en una habitación con él.

- ¿Qué querían? —preguntó Bruno a Feltracco al terminar la reunión.
- Esto es una mierda —dijo Paolo, tomando aire.

- ¿Por? —preguntó Tempesti, activando su radar.
- Le estamos tocando los cojones a alguien. ¿Sabéis cuándo he pedido información del tipo ese?
- Te la di ayer —puntualizó Tempesti.
- Ya lo sé, Giacomo, pero... Bueno, tuve otro asunto y se me pasó —comentó disculpándose—. El caso es que lo pedí hace tres horas. ¡Tres horas! En una situación normal, el jodido impreso no habría ido más allá de la mesa del despacho del lame culos del jefe dos peldaños más arriba. Yo habría tenido que esperar un par de días, haber llamado y pedido un favor urgentísimo. Y llegan dos gilipollas y me empiezan a bombardear a preguntas a las tres horas. ¿Quién es el Elbouri ese?
- Y ¿qué les has dicho? —preguntó Bruno.
- Lo mismo que ellos a mí. Nada, que se jodan.
- Pues... Ahora, sí que se pone interesante, ¿no!? —intervino Tempesti, ante el asombro de los otros dos policías.
- ¡Anda este! ¡No te imaginaba toca huevos! —exclamó Feltracco.
- Uff, no lo sabes bien... Especialmente cuando empiezan ellos —puntualizó Tempesti—. Bruno, esta noche nos vemos en el Koliseum, sobre las diez. Hoy es viernes. Comisario, el agente Barone y yo nos vamos a casa. Tenemos que descansar —afirmó Tempesti.
- Pero, chaval, ¿quién te ha puesto al mando? Además, os queda más de una hora —contestó Feltracco, sorprendido.
- Esto es importante. Algo se te ocurrirá. Tú eres jefe, ¿no? Mañana hablamos. Adiós —le espetó Tempesti marchándose.

Feltracco se quedó gratamente sorprendido, había juzgado a Tempesti a la ligera. Quizá fuera un diamante en bruto. Los vio marcharse y se quedó con una agradable sonrisa. Se guardó para sí mismo el sermón que los del servicio de seguridad le habían dado. Elbouri tenía pasaporte diplomático. Era intocable y a no ser que quisieran iniciar una crisis con un país amigo no podía acercarse a él ni para pedirle tabaco. Y él, personalmente, cumpliría, pero si los chicos no sabían nada, husmearían con menos vergüenza.

Para Bruno y Giacomo era como salir de copas, aunque el escenario no era el que ellos habrían escogido. Ni siquiera la compañía, apenas se conocían. Pero allí estaban un viernes por la noche, listos para la guerra del fin de semana, en un garito atestado de gente dispuesta a meterse en el cuerpo cualquier sustancia con la esperanza de perder la noción de la realidad un rato.

Entraron en el antro y necesitaron unos segundos para adaptarse al entorno. La iluminación era escasa como si en el Koliseum se tomasen muy en serio la intimidad de sus clientes. Tempesti se acercó a la barra para pedir una cerveza y perdió de vista a Bruno unos instantes con la música de Madonna de fondo: *Like a virgin*.

- Te he visto por aquí últimamente —preguntó un rostro conocido a Bruno.

Ahí estaba, Vlad, como aparecido de la nada, a medio metro de distancia. Solo, discreto y elegantemente vestido. Bruno no supo qué hacer, si se mostraba demasiado receptivo, igual sospecharía algo y si resultaba esquivo, quizá perdiese la oportunidad.

- De vez en cuando, me gusta... Bueno, ya sabes.

- Sí, ya —sonrió Vlad—. ¿No tomas nada? —preguntó mostrándose amable.

Le podía decir que estaba de servicio, aunque resultaría el fin de la conversación. Bruno Barone se sonrió, "*muéstrate perdido*" recordó.

- Uff, ahora no puedo, estoy a ver que pillo. Puede que más tarde.

- ¿Estás sin blanca?

- Pero ¿a ti que te importa?

- Vale, vale. Si te molesto me voy.

- Perdona, no... Es que no me encuentro bien. No me molestas.

- Sin problemas.

- Mira, tengo un negocio...

- Ya me imagino. Como todos. Trapichear —afirmó Vlad con naturalidad.

- Sí, a ver si pillo a uno de esos niños de papá que vienen a comprar, ya sabes, los pardillos a los que les da miedo que los vean por aquí. Se acercan, hago de intermediario, les doy mierda, o directamente, el cambiazo y saco lo suficiente. Pero hoy no estoy teniendo suerte. Estoy jodido.
- Bueno, no puedo hacer mucho por ti, pero, me caes bien. Te invito a una cerveza.
- ¿De verdad? Y ¿por qué vas a hacer eso? —preguntó con voz entrecortada, haciendo su mejor actuación de colgado.
- Quizá podamos ayudarnos mutuamente.
- ¿Ves? Mucho mejor. Todo tiene que tener sentido. El universo tiene sentido —contestó Bruno.
- ¿Qué quieres decir?
- Mira, puede que no sea mi mejor día, pero no soy tonto. Si te acercas a invitarme a tomar una cerveza es porque quieres algo a cambio. Y, espera —dijo Bruno inquieto al ver la cara de Vlad—, no me parece mal.
- ¿El qué no te parece mal? —preguntó Vlad midiendo a Bruno.
- Joder, que hagamos negocio. ¿Qué buscas? ¿Un camello? Soy tu hombre, pero necesito un adelanto.
- Tranquilo, ¿cómo te llamas? —preguntó Vlad, gratamente sorprendido.
- Bruno.
- Tu eres el colega del Speedo, ¿verdad?
- Sí, mi primo es un buen tío.
- Está bien, Bruno. ¿Nos tomamos esa cerveza?

Era un subidón, como si se hubiese infiltrado en la organización de Salvatore Riina y estuvieran a punto de cazar al *capo di tutti capi* con las manos en la masa. Bruno había contactado con Vlad a pesar de ser un novato. Mantuvo sus sentidos alerta y analizó al sospechoso. Parecía amable, tenía un aspecto cuidado, caro. Solo el reloj debía de costar su sueldo de tres meses. Parecía culto, como si hubiese ido a la universidad y sabía tratar a la gente con un punto intermedio entre desinterés y cordialidad, como si no buscara nada a

cambio de su generosidad. Era arrollador y atractivo, debía de tener mucho éxito con las mujeres. Y, para el policía, era inquietante, porque sabía que todo era una pose falsa como la sonrisa de un presentador de televisión cuando las cámaras están encendidas. Tras el encuentro, Bruno siguió deambulando por el Koliseum un par de horas más después de perder de vista a Vlad, nervioso, sin saber qué hacer. Cuando se sintió seguro, se acercó a Tempesti.

- ¿Qué tal fue?
- Lo conseguí. Me invitó a una copa y charlamos un rato. Creo que puedo volver a acercarme a él con libertad —respondió Bruno, efusivo.
- Estupendo.
- ¿Hiciste fotos? —preguntó, como si sintiese la necesidad de tener un recuerdo del evento.
- No, no me pareció buena idea... No lo veía bien. Había mucha gente. Tendría que haberme acercado demasiado.
- Es una lástima.
- Sí... Bruno, ¿sabes qué pienso? —preguntó Tempesti con tono de jarro de agua fría—. Deberíamos pedir ayuda. Siento que algo va mal —prosiguió sin dejar que Bruno metiera baza—; no lo puedo explicar, pero creo que nos estamos equivocando.
- Giacomo, es mi investigación, no voy a consentir que nadie se entrometa —respondió con un punto de soberbia.
- No me hagas reír. Ni tú ni yo tenemos ni idea. Vamos dando palos de ciego —le espetó Tempesti.
- Tampoco hay que ser astronauta para esto —puntualizó Bruno.
- Bruno, nos jugamos mucho. Y tú más. No sabemos de qué va este. Y tampoco entiendo por qué no lo detenemos y lo interrogamos.
- Porque no hay pruebas contra él.
- Joder, y ¿todos los que han desaparecido?...
- ¿Cómo dicen en las películas? Ah, sí, circunstancial. Nadie lo ha visto. El tío llamaría a su abogado, porque te aseguro que tiene dinero para pagarse

uno bueno. Se reiría en nuestra cara al salir por la puerta de la comisaría y no podríamos ni rozarlo.

- Ya.
- Además, si tiene a Toni...
- Si lo presionamos —comenzó a decir como si fuera un mantra—, no se acercará a tu amigo ni en un radio de veinte kilómetros. Lo dejará a su suerte en el agujero en que lo tiene hasta que se muera de hambre. Sí, lo entiendo. Si Toni está vivo, esta es la única posibilidad que tiene. Está bien, Bruno. Solo espero que sepas lo que haces, porque yo no.
- Estoy muy cerca. Lo sé. Necesito que sigas ahí, que me apoyes.
- Puede que sí, quizá lleves razón. Cuenta conmigo. En cualquier caso, ya no hacemos nada aquí. Es hora de ir a casa. ¿Lo discutimos mañana con Feltracco?

Bruno lo miró con cara de no entender nada, pero sabía que era lo mejor, regresar a casa para amasar las ideas mientras dormían, dejarlas fermentar para que cogieran el volumen adecuado para después compartirlas con el jefe.

A la mañana siguiente, Paolo Feltracco se sintió eufórico, las noticias no podían ser mejores. A partir de ese momento, Bruno se pegaría a Vlad y se adaptaría a sus necesidades como si fuera un calcetín sin costuras, sin incomodarle ni contrariarlo. Giacomo sería su guardaespaldas, manteniendo una distancia prudencial, discreto. Y él, esperaría ansioso a que los cachorros volvieran a casa con las buenas nuevas. Si todo iba bien y el escurridizo Vlad no se asustaba, pronto sabrían a qué se dedicaba. Era cuestión de tiempo.

Tregua (miércoles, 15 de noviembre de 1989)

El universo parecía estar de su parte. El sobresuelo del hígado de Toni había limado asperezas con su musa como si él nunca hubiese dado aquel estúpido paso en falso. El coche era impresionante y Alma se mostraba cordial y accesible. Pero Vlad sabía que sería un insulto intentar comprarla con una baratija. Tendría que ganársela poco a poco. En la primera oportunidad se desharía de su competidor. Y después, él estaría allí para recomponerla, cercano, comprensivo y reconfortante como un sofá con chimenea después de un chaparrón. Por el momento, iba por buen camino. Tras los últimos encuentros breves, habían quedado para cenar en territorio neutral, uno de sus restaurantes habituales en el centro de Roma, Da Alfredo y Ada, en la vía del Banchi, discreto y tradicional. Hablarían de cómo encarar el futuro.

Llegó pronto, con ganas de verla, de oír su voz y de volver a entrar en el círculo íntimo de la pareja. Su mesa era la de siempre, en el lado izquierdo, junto a la cocina, bajo el cartel que advertía que la comida sin vino era como un día sin sol. Tomó posesión de la reserva como el colono que clava la bandera y pidió tinto. Comenzó a jugar con la copa, pensando cómo abordarlos. Sabía que acercarse demasiado a Alma era un privilegio, algo así como acariciar una cobra sin que te hincque el veneno, una suerte que pocos humanos disfrutaban sin acabar en una tumba. Se sentarían juntos para charlar como los viejos amigos que eran. Si cuadraba, les propondría un último envío. El chico que había conocido unos días atrás, el primo del Speedo. Lo había tanteado varias veces. Parecía que la fruta estaba lo suficientemente madura como para alimentar a la selecta clientela. Iría acompañado del mendrugo, el socio de Nabil, para quitar de en medio a Vittorio, sin fallos y sin que ella sufriera el más mínimo rasguño. Vino a su mente la imagen de Alma desnuda. Sonrió y se estremeció ante posibilidad de volver a visitarla al natural y que ella lo invitara a su dormitorio. Era lo que más deseaba. Si la recuperaba, no volvería a cometer un error que lo privase de Alma.

Pero Alma y Vittorio también tenían su proyecto de futuro, sin correa ni bozal y sin que nadie pusiera precio a sus cabezas. Durante todo ese tiempo, habían hecho parte del trabajo. Averiguaron los lugares y la gente que Vlad frecuentaba... nada concluyente, indicios. Demasiados como para seguir ninguna pista. No tenían ni tiempo ni experiencia para saber qué hacer. Vlad

era complejo.

Por eso habían contratado a un detective privado y pasaron al plan B, aunque ya no soportaban su tacto viscoso: lo invitaban para tenerlo cerca. Más que antes, cuando eran amigos. Ahora lo necesitaban pegado a la piel, para percibir cualquier movimiento y neutralizarlo de inmediato antes de que pudiese hacerles daño como cuando se aplasta a un mosquito al sentirlo en el brazo justo cuando está preparado para clavar su jeringuilla. Y necesitaban reconstruir la confianza del receloso y escurridizo Vlad para volver a llevarlo a su terreno como antes, para descubrir hasta el más mínimo detalle del enemigo y para prepararle una encerrona de la que este no saldría con vida.

Vlad levantó la vista y los vio acercarse. Ella estaba radiante.

- ¡Alma, Vittorio, me alegra veros! —exclamó Vlad dándoles la bienvenida, más eufórico de lo habitual, poniéndose de pie.
- Estás estupendo —contestó Vittorio, adelantando su mano, cercano.
- Gracias, vosotros también —contestó Vlad, saldando el ofrecimiento con un apretón medido—. Alma, te veo bellísima —añadió acercándose para besarla en la mejilla.
- Gracias, eres muy amable. Esto es para ti —dijo Alma sacando una caja de aspecto inequívoco de una bolsa.
- Alma, Vittorio, no teníais que haberos molestado.
- Por dios, Vlad, después del último extra, creo que te merecías un pequeño obsequio.
- Pero —comenzó a decir, mientras sacaba una botella.
- Vamos, un Barolo. Tu favorito.
- Gracias, amigos. Sentaos, por favor —dijo invitándolos como si fuera el sofá de su casa.

Era el momento incómodo, el silencio para pensar tras el saludo inicial como si fuesen jugadores de cartas ordenando la baza y analizando las opciones de victoria. Pero Alma sabía que el instante no debía prolongarse más allá de lo estrictamente necesario, no podía ir directa, pero tampoco debía iniciar una

conversación estúpida. A Vlad no se le escaparía la torpeza.

- ¿Le echamos un vistazo a la carta? —se adelantó Vlad, rompiendo el silencio.
- ¿Para qué? ¿La han cambiado? —preguntó Vittorio.
- No.
- Entonces, lo de siempre. ¿Por qué venimos a este sitio? —preguntó Vittorio.
- Vittorio, te repites. Porque se come bien y es discreto —puntualizó Vlad mostrándose paciente y comprensivo.
- Pues eso, lo de siempre —sentenció.
- ¿Os imagináis que tuviesen nuestras especialidades en el menú? Podríamos ofrecérselas al dueño —bromeó Alma divertida, jugando con la carta.
- Era lo que nos faltaba, que se popularizara, ¿me quieres matar de estrés? —soltó Vittorio sonriendo.
- Habría que regularizarlo, establecer horarios, descansos, veda —fantaseó Alma, sin escuchar el reproche de su marido...
- Sí, y tendríamos un sindicato para defender nuestros intereses. Alma por Dios —añadió Vittorio, aceptando la broma.
- Entonces, sería menos lucrativo —intervino Vlad acariciando la botella de vino— habría que pagar impuestos y soportar inspecciones de sanidad.
- Y sería menos peligroso —dijo Alma—. Pensándolo bien... no, está mejor así. Es más divertido.
- En eso coincido contigo, el encanto de lo prohibido... ¡Ah! —suspiró Vittorio.

Alma lo había dicho y Vlad lo había escuchado. Con su mejor cara y su sonrisa malévola que la hacía irresistible. Descuartizar a gente le parecía divertido y a Vittorio le seguía seduciendo la idea. Eran suyos de nuevo.

- ¡Vaya sorpresa, sí que os ha sentado bien el mes de descanso! —exclamó

Vlad.

- No llega —le reprochó Alma—, te voy a denunciar al sindicato.
- Vlad, es que no lo entendías. Lo necesitábamos —argumentó escuetamente Vittorio.
- Y ¿por qué no me lo explicasteis?
- Vlad, Vittorio sí lo hizo, pero no quisiste oírlo. Y mejor no seguir hablando de este tema —replicó Alma, cortante.
- Vale, lo admito. Me equivoqué. A partir de ahora, lo haremos a vuestra manera.
- ¿Intervendrías? —le retó Vittorio.
- ¿Si es eso lo que queréis? Vosotros mandáis.
- Me gustaría verte en acción. Al menos una vez —bromeó Alma.
- En el próximo envío —se envalentonó Vlad.
- No está mal —contestó ella.
- ¿Contenta? —preguntó Vlad, mirándola, poniendo cara de pecador arrepentido, dispuesto a enmendarse de una vez por todas.
- No está mal —repitió, complacida—. Disculpas aceptadas. Pero te quedarás al margen y aparecerás cuando esté todo controlado. No quiero cargar contigo.

Se mostraba cordial porque no quería volver a un punto muerto, Vlad deseaba pronunciar la pregunta del millón. En qué momento volverían al negocio. Pero una vez más, Alma, se adelantó.

- Vlad, ya sé lo que estás pensando.
- ¿En serio? —preguntó Vlad, entusiasta.
- Sí.
- Venga, adelante —la invitó a seguir.
- Cuando empezamos, ¿verdad?
- Eres increíble.

- No te hagas el sorprendido. Hacía tiempo que deseabas oírlo —contestó Vittorio.
- El caso es que... sí. Así es. Ya tengo uno preparado ¿Entonces?
- Disculpen ¿han decidido ya? —preguntó el camarero contaminando la conversación.
- Sí, claro, entonces lo haremos como siempre, ¿no? —respondió Alma, mirando a Vlad.
- Por supuesto, querida. Me alegra oír eso. ¡Aldo, por favor, lo de siempre! Ah, y copas nuevas. Vamos a abrir esta joya de botella —contestó Vlad, despachando al camarero.

FR3 (viernes, 17 de noviembre de 1989)

Aquel viernes habían quedado a media tarde y no era habitual. Pero Bruno no le dio importancia, no la que se merecía. Porque en eso Vlad era experto, en hacer que cada gesto resultara fluido y natural. Como si fuera un prestidigitador que encauza la atención del público para que parezca que el conejo que ha salido de la chistera, se ha materializado en el último momento. El día anterior, Vlad envió una señal, una invitación vaga, al final de una conversación banal e inmediatamente cambió de tema. “*Si tienes un hueco mañana, nos vemos y te comento una cosa*”. Y ya está. Por eso Bruno estaba allí sin cobertura, en el andén de cercanías de la estación de Termini. Porque había gastado la mañana en la puerta de la comisaría como un pelele helado y olvidó comentarle al jefe la propuesta de su nuevo amigo. Y porque, cuando oyó a Vlad, le pareció una nimiedad que no era suficiente como para incomodar al gran Paolo Feltracco.

Esa mañana, durante la guardia, Vlad se le vino a la mente en el último momento, y Bruno se acercó al punto de encuentro un instante, curioso como un gato, aprovechando un descanso, dejando una nota en la mesa de un Feltracco ausente.

- ¿Qué tal? —preguntó Bruno, nervioso, al llegar a Termini.
- ¡Ah, has venido! —exclamó Vlad, aparentemente sorprendido.
- Sí, ¿por qué no?
- No contaba contigo —dijo, casi despreciativo.
- Eh... pasaba por aquí y decidí echar un vistazo —puntualizó Bruno, incomodado, a la defensiva—. Pero si te molesto, me voy.
- No, no hace falta. Puedes quedarte —lo invitó Vlad con voz suave y cálida.
- Bueno, aquí me tienes, ¿qué querías comentarme?
- Verás, tú siempre andas corto, ¿no?
- Sí, es que últimamente no salen las cosas como a mí me gustaría, necesito... Necesito dinero —se atrevió a decir, con avaricia—. Ya sabes a qué me refiero. Y no tengo bastante.

- Lo entiendo. Dinero, y ¿quién no lo necesita? —sonrió—. El caso es que he pensado en echarle una mano.
- Es un detalle —contestó reticente.
- ¿Qué me dijiste cuando nos conocimos? Ah sí, el universo tiene que tener sentido. ¿Te gusta la física?
- ¿Cómo?
- A ver, no te confundas, yo también saco algo. Vamos a medias.
- Vlad, ¿a qué te refieres? —preguntó Bruno intrigado.
- No me voy a andar con rodeos. A dar un palo.
- Venga, hombre, no me jodas.
- ¡Espera! No digas que no antes de tiempo.

Bruno se quedó bloqueado. Un atraco... sonaba horrible y complicado. Era policía. Necesitaba pensar rápido. Si se mostraba hostil, se había acabado, Vlad se desharía como el azúcar en el café. Si tuviera al jefe para consultarle... Estaba perdido. ¿Cuál era la reacción adecuada? ¿Tener miedo? ¿Titubear como un niño entrando por la puerta de la guardería? ¿Decir abiertamente que sí y oír lo que tenían que ofrecerle para después analizarlo en comisaría? Si tuviera a Feltracco... ¿Y si era eso? ¿Y si Vlad reclutaba atracadores? ¿Acaso era un capo de la mafia?

- Vamos chaval, que no tienes que ir a la Luna. Decídetelo —le soltó Vlad con voz de anuncio de televisión.
- Vlad. Suena mal —comenzó a decir Bruno.
- Sí, lo sé, es ilegal y puedes acabar en la cárcel —afirmó, serio.
- No sé qué decirte.
- Como tú quieras, no hay problema —le interrumpió dando por zanjado el tema.
- Espera, no he dicho que no.
- Ah.
- Y tampoco que sí.

- ¡Vaya con el físico!
- Quiero oírte.
- Quieres poder decidir... Me parece justo. Está bien. Es simple. Conozco a un par de camellos. Son una pareja de químicos que tienen un laboratorio clandestino a las afueras, a algo menos de una hora. Tendrás que coger el cercanías, el FR3. Y lo más importante, están forrados.
- ¿Y?
- No lo entiendes, ¿verdad? Tienen pasta para que te compres el Koliseum para ti solito y lo rellenes de lo que te dé la gana. No hay cámaras, no hay vigilancia, no hay nada. Solo son una pareja de alcohólicos. Ella es inofensiva, 1,65, delgada, poca cosa. En cuanto a él... tendrás que pararle los pies.
- ¿Matarlo? Eso es muy serio.
- No seas tan dramático. A los de vuestra generación, la tele os ha hecho mucho daño. Vas allí, le apuntas con un arma, amenazas a la chica, él se viene abajo y le amarras las manos a la espalda. Con eso te valdrá. No le hagas daño. Ni se te ocurra. No tienes que matar a nadie. Es más, no puedes tocarles un pelo. Porque si entras y sales sin que se derrame una gota de sangre, no van a ir a la policía. Ellos no pueden denunciar que les han robado la producción de anfetaminas ni que les han quitado el dinero de la droga, ni el oro que no pueden justificar que tienen. Es una cosa sencilla y limpia. Un par de horas de trabajo. Nada más. Y después tendrás unos meses de vida, hasta que localicemos al siguiente. ¿Lo pillas?
- No sé qué decirte. Parece sencillo, pero, y si se complica.
- Eso dependerá de ti, de si la cagas o no.
- Tengo que pensarlo.
- Tú mismo, pero no tienes mucho tiempo.
- ¿A qué te refieres?
- Es ahora, Bruno. Ahora o nunca. Y te quedas fuera.
- Joder, Vlad. Me pones en un aprieto. ¿Ahora?... no sé.
- ¿Qué? ¿Has quedado? ¿Tienes reunión en el parlamento o qué? Venga.
- No sé qué decir —contestó Bruno, intentando ganar tiempo.

- ¿Te decides? Es ahora. Y no estarás solo. Los detalles te los explicarán por el camino. ¡Ah, por cierto! —exclamó mientras se les acercaba un tipo—. Os presento... Este es Salva, tu socio. Es español, no habla bien el idioma, pero tampoco tenéis que discutir sobre el origen del universo. Os entenderéis. Te aseguro que sabe muy bien lo que tiene que hacer. Te cubrirá. Es bueno.
- Vlad, esto es muy precipitado.
- Te voy a ser sincero, porque eso es lo que quieres. Me pareces un buen tío y me fío de ti. Pero a medias. ¿Es precipitado? Sí, lo reconozco, lo es. De hecho, es una encerrona. De eso se trata, de que no te vayas de la lengua delante de cualquier gilipollas y nos levanten el negocio. Aquí hay dinero. Mucho. Ahora, si tienes lo que creo que tienes, coge ese puto tren. Si no, piérdete con tu mono. Sin rencores.

Sonaba lógico y era dar un paso en la dirección correcta, ganarse la confianza de Vlad, acercarse más a su objetivo. Bruno lo miró directamente a los ojos, como si pudiera ver a su través, buscando algo turbio. Parecía sincero.

- ¿Cómo has dicho que se llama el español?

Fin de fiesta (tarde de viernes, 17 de noviembre de 1989)

Era el jardín de su casa; el lugar donde desayunaban relajadamente leyendo el periódico los domingos mientras contemplaban las camelias de Vittorio. Las mimaba como si fueran sus hijas. Pero esa tarde no estaban para escenas bucólicas. Tenían trabajo. En un par de horas, si no se retrasaba, llegaría el invitado. El último envío de Vlad Popesk, un desgraciado, un aprendiz de delicatessen aún sin procesar. Después, vendría él, como siempre, con su perfume de triunfador, seguro de sí mismo, como si nunca hubiese pisado una mierda, luciendo una sonrisa perfecta. Dispuesto a supervisar todo como si fuera un director de orquesta el día del ensayo general.

- ¿Te imaginas a Vlad metido en faena? —preguntó Alma, divertida.
- No, no lo veo —contestó Vittorio, automático como un robot, sin dejar de trabajar.
- Ya, yo tampoco. No creo que esté a la altura —contestó Alma percibiendo que Vittorio no tenía ganas de bromas.
- Nunca se sabe. Igual te sorprende —replicó Vittorio, reconsiderando la idea.
- ¿Has acabado con la cinta americana? ¿Me la pasas? —preguntó ella, cambiando de tema.
- Sí, ya está. Toma.
- Entonces, ¿todo en su sitio?
- ¿Sabes? —se paró en seco, pensativo—. Alma, creo que llevas razón, me gustaría verlo manchándose las manos, aunque fuera una sola vez. Estaría bien que sintiera miedo, que los mirara a los ojos y que peleara por su pellejo. Sí, definitivamente sí. Me gustaría.
- Pues si todo va según lo previsto, no vas a tener la oportunidad —puntualizó ella.
- Eso espero. ¿Crees que hablará?
- Vittorio —le reprochó Alma, molesta.
- No dudo de ti. Es él —puntualizó Vittorio, rápidamente.
- Cariño —intervino con ternura—. Esta tarde cuando venga, lo cogemos

por sorpresa y lo llevaremos al sótano. Te aseguro que nos contará todo lo que queremos saber. Incluso más. Y lo hará. Pero no para que lo deje vivo, sino para que acabe con él rápidamente.

- Pobre. Voy a sentir lástima —dijo sonriendo.
- Seguro —apuntó Alma con cinismo.
- ¿No lo echarás de menos? ¿No te preocupa? Me refiero a...
- Ya sé a qué te refieres. Me preocupo por nosotros. Y sí, supongo que lo extrañaré un poco. Al principio. Pero encontraremos a otro que nos guste a los dos y que sea menos complicado.
- Eres maravillosamente fría.
- Y tú un pervertido romántico. En cuanto al negocio, ya veremos qué hacemos con lo que averigüemos.
- Alma, cariño, ¿de verdad que quieres seguir con esto? —preguntó sorprendido.
- No lo he pensado todavía. No sé a dónde nos llevará lo que le saquemos a Vlad. Ahora, lo importante es tener la información.
- Bueno, no es el momento de discutir. Ya lo hablaremos —contestó Vittorio, cediendo.
- Cariño, ¡todo preparado!
- ¿Comprobamos?

Les había quedado bien, como siempre. Parecía que estaban a punto de dar una fiesta, pero solo había cubiertos para dos. A nadie se le escaparía que el homenaje era privado. Bajo las servilletas, la mesa o en las macetas estaba escondido el material. Todo lo necesario esparcido por los rincones más insospechados de jardín. Por lo que pudiera ocurrir y lo que, por su experiencia, habían necesitado en otras ocasiones. El despliegue de medios era fruto del método científico. Ensayo y error. Alma prefería los cuchillos. En las distancias medias y cortas se desenvolvía bien con ellos, sabía lanzarlos con bastante dignidad y no hacían ruido. Le encantaba la cara de espanto que ponían los intrusos cuando los ensartaba con uno y comprendían que por la ranura se les estaba escapando el alma. Como si fueran un globo pinchado perdiendo aire.

Por supuesto que también contaban con varias pistolas por si la cosa se torcía y necesitaban algo más resolutivo. Y esa era la especialidad de Vittorio, le apasionaban las armas de fuego, como a un niño los trenes eléctricos. Incluso tenían una pistola paralizante traída de Estados Unidos que les había costado un ojo de la cara, pero no era divertida. Sentían que era algo así como hacer trampas, como si, cuando estuvieron en Sevilla, el torero hubiese entrado a matar con una escopeta de caza. No tendría mérito. Echaron un vistazo general al escenario. Parecía en orden.

Lo habían aprendido de las azafatas de los aviones. Lo que haces tú lo compruebo yo y viceversa. Era el penúltimo paso de su rutina. Sin decir palabra, siguiendo la lista de tareas que ambos tenían, verificaron una vez más que cada objeto que había preparado el otro estaba en su sitio. Ya solo les quedaba vestirse para la ocasión. Ropa elegante y cómoda. Libertad de movimientos.

Pero Vlad no era estúpido. No habría llegado hasta donde estaba ni habría durado tanto tiempo vivo. Y se le planteaba un dilema, porque Alma suponía una debilidad que, hasta la fecha, jamás se había permitido. Decidió darles una última oportunidad, aunque más bien, había pensado solo en ella. Porque a Vittorio se le había agotado el tiempo. Le aburría. Puede que en otras circunstancias le hubiese conmutado la pena de muerte por un digno destierro. Pero era un conato de rebelión imperdonable y Vlad la quería para él. Y Alma, sin decir una palabra, se lo había dejado claro: estando Vittorio, nunca más volvería a ser suya. Por eso Vlad había montado la escena de la reconciliación en el restaurante y se había mostrado manso como un potro capado. Por Alma también había cazado al primer incauto que se le había acercado sin estar seguro de que fuera a embestir en la dirección correcta cuando llegara el momento. Y, por el mismo viejo motivo por el que ardió Troya, Vlad metió al incauto en ese tren de la mano de Salva Cuevas, para que este lo vigilara y se asegurara de que el paquete llegase a destino en las mejores condiciones.

Pensó en Nabil y dudó si incluirlo en la operación. En cuanto lo conoció en el Koliseum, lo descartó de inmediato, aquel tipo parecía distinto, más peligroso y menos vehemente, como si fuese inmune. No era buena idea enfrentarse a un individuo tan peligroso. Montaría la operación al margen del libanés. Pero

Salva Cuevas era otra cosa. Se le acercó discretamente, al margen de Nabil y le llenó la cabeza de pájaros y el bolsillo con billetes. El plan era sencillo, aparecerían Salva y Bruno en el patio. Dos por el precio de uno. Pero el primero sabría a lo que jugaba, estaba adiestrado y tenía instrucciones precisas: amordazar a la pareja y quitar de en medio al fiel esposo sin tocarle un pelo a su musa. Después, saquearían la casa y podrían quedarse con todo el botín. Hasta ahí todo lo que Salva necesitaba saber.

Él esperaría fuera, lejos del peligro, aparcado, con una furgoneta. Si veía la señal de Vittorio y Alma sería que sus chicos habían fallado y tendría nuevos fardos de carne fresca. Y el negocio seguiría como siempre. Lo intentaría en el siguiente envío. Pero si los atracadores salían por la puerta, entonces los recogería. En cuanto entrasen en el vehículo, sacaría su arma y los quitaría de en medio. Rápido y sin contemplaciones. Y después, como si fuese un caballero andante, entraría a galope tendido en la casa y liberaría a la princesa viuda. Ella le estaría eternamente agradecida. Simple e infantil y, si Alma no llegaba a oler la verdad, efectivo.

Estaban sentados a la mesa, impacientes, esperando. Desde el primer instante, Alma lo supo, al verlos acercarse hasta donde ellos estaban. Le llamó la atención la forma de desenvolverse de uno de los atracadores. No era un principiante. Aun así, pensó que podría con ellos, que los reduciría y que sacaría el doble. Acarició la pistola paralizante que estaba bajo la mesa y la soltó. Era como un juego, un reto. Lo haría a su manera.

Alma se incorporó para seducirlos, buscando un elemento de distracción, pero la maniobra solo produjo un par de disparos de advertencia por parte de Salva. Se dio cuenta de que algo iba mal. Los gritos del atracador hicieron un efecto demoledor en la pareja. El momento que Vittorio tanto temía había llegado. Y ella lo supo de inmediato. Era por su culpa. Si le ocurría algo a su marido, jamás se lo perdonaría.

El otro atracador les pidió que se tiraran al suelo boca abajo, con las manos en la espalda. Parecía débil. Si este hubiese venido solo habría sido fácil de manejar. Alma miró a Vittorio, perdida y asustada, esperando una respuesta de

este. Después hizo un gesto, como para coger la pistola de descargas que estaba bajo la mesa, oculta por el mantel. Vittorio negó con la cabeza. No era una buena idea. Hicieron lo que les pidieron sabiendo que en el momento en que les trabaran las manos estarían a merced de lo que los atracadores quisieran hacer. Vittorio la sosegó con su voz y obedecieron mansamente.

- Tranquila, Alma, saben a lo que vienen. Se lo llevan y se van —susurró Vittorio mientras lo maniataban.
- Juro que los mataré —amenazó Alma, entre dientes.
- Calla, por favor. Le ordenó su marido. Relájate. No va a pasar nada. Saben a lo que vienen —repitió—. Se irán con lo que quieren y nos dejarán en paz. Es como un teatro. Tienen instrucciones y no se van a complicar la vida —le susurró mientras le guiñaba un ojo.

Pero, para Alma no se trataba de que les robaran o de hacer el papel de pareja de químicos metidos a sintetizadores de droga. Para ella era algo más personal e íntimo, el juego de perder o ganar y Vittorio sabía que su esposa no soportaba la situación. Tenía que amansarla para que no cometiera una estupidez.

- Esta mano nos ha salido mal, cariño. La siguiente —comenzó a decir Vittorio para tranquilizar a su esposa...
- Vamos al lío. Este es el tipo ¿no? Tú, a callar —masculló Salva disparándole por la espalda.
- Pero ¿qué cojones haces? —preguntó Bruno asustado, llevándose las manos a la cabeza mientras Alma comenzaba a gritar y revolverse.
- El mío laboro —contestó en italiano—, ¿no se dice así?
- Eres un imbécil. No tenía que salir nadie herido.
- ¿Eso es lo que crees?

La situación se había degradado en exceso y Bruno entendió que estaba en un lío que tendría que explicar y que, seguramente, le costaría la carrera y de paso, unos años de cárcel. Pensó en la madrugada que pasó enjaulado con el Speedo. Tendría muchas madrugadas como esa oliendo a mierda encerrada.

Había sido un ingenuo y Tempesti llevaba razón, todo el tiempo. Ni tenían la preparación ni la cobertura legal necesaria para la operación. Estaba jodido. Solo le quedaba actuar con la mayor dignidad posible. Se acercó a Salva y le apuntó.

- Quedas detenido. Tira tu arma. Soy policía.
- ¡Qué cojones! Gilipollas —exclamó Salva, dudando entre obedecer y probar suerte en el cara a cara.
- No te muevas, no me obligues. Salva, tírala —suplicó Bruno, asustado.
- Está bien, ya lo hago, tranquilo —contestó, soltando su arma.

Pero, para el español, rendirse no era una opción. Pensó rápido. Evaluó al chico, no paraba de gesticular con las manos sujetando el arma con torpeza, como si esta pesara una tonelada. Parecía que en cualquier momento se le iba a caer al suelo. Estaba incómodo y nervioso. Era una baza, como un comodín en el póker. No era rival, él encontraría el momento para neutralizarlo. Al instante se dio cuenta de que, si su compinche era un infiltrado, vendría más gente pronto. Sería una fiesta a la que no tenía intención de asistir. Tenía que actuar de inmediato y quitarse de en medio. Probablemente era la primera vez que el policía apuntaba a alguien fuera de la academia, en el mundo real, donde los muertos no se levantan. Y él jugaba con ventaja porque estaba acostumbrado, lo había hecho muchas veces. Sabía que el novato tardaría en reaccionar, que su cerebro no creería lo que los ojos le enviaban. Se resistiría y tardaría unos segundos en mandar la orden a la mano para apretar el gatillo. Le ganaría la partida.

Y después, en cuanto acabara con el poli se echaría a la cara al italiano remilgado, le sacaría las tripas y le pediría explicaciones.

- Baja el arma, si lo haces ahora no te haré daño. No te lo volveré a pedir —dijo Salva con voz calmada.

Salva se le acercó hasta casi llegar al cuerpo a cuerpo, sin dejar de mirarlo a los ojos. Despacio, midiéndose como si fueran dos perros a punto de enzarzarse en una pelea. Esperando el momento oportuno para quitarle la

pistola de un manotazo. Y estaba a punto cuando a Bruno se le fue la mano del gatillo, casi a quemarropa, sin querer como cuando se pestañea en el momento de la foto. Demasiado cerca, incluso para una bala trucada. El proyectil hizo bastante bien su trabajo colándose a traición entre dos costillas en el lado izquierdo. Salva cayó al suelo, boca abajo, con un agujero en mal sitio, desangrándose junto a Vittorio. Se quedó allí casi sin darse cuenta.

- ¿Qué vas a hacer ahora, matarme a mí también? —preguntó Alma, altiva.

Era la primera vez que Bruno disparaba a alguien. Estaba aturdido y le dolía la cabeza. Vomitó. Comenzó a hiperventilar y se nubló la vista. Gritó para escupir el miedo. Empezó a recordar lo que había aprendido. En ese tipo de situaciones, más de un compañero había acabado con un tiro de regalo por confiarse. Tenía que garantizar su seguridad. Movi6 a Salva de una patada sin dejar de apuntar. No tenía buena pinta. Alejó la pistola, lo giró de nuevo y le esposó las manos a la espalda. Después, comprobó el estado de Vittorio mientras Alma gritaba para que no se acercara a su marido. Estaba agonizando.

- Hijo de puta. No te atrevas a tocarlo. Suéltame.

- Tranquílícese, soy policía. Está a salvo.

La primera vez, sus oídos se negaron a entenderlo. Pero el intruso lo había repetido. Era policía. Alma no supo qué pensar, se dejó desatar mansamente sin forcejear, mostrándose paciente. Desde el suelo, cerca de Vittorio, con las manos libres, reptó hasta su marido y lo abrazó.

- Lo siento —comenzó a decir torpemente Bruno, mientras guardaba su arma—. No tenía que haber resultado herido nadie...

- No está herido —lo interrumpió Alma llorando—, está muerto y lo habéis matado vosotros —escupió con odio.

- No tenía que haber pasado, ha sido un accidente...

- Una ejecución, eso es lo que ha sido y eso es lo que diré a tus compañeros cuando testifique y al juez y... a los periódicos... ¿Me has oído? —gritó con rabia.

De repente, Alma se oyó a sí misma como si fuese una espectadora: testificar, policía, juez, periódicos. Eran palabras proscritas en su vocabulario. Se calmó. En su santuario no podía entrar la policía. Ni nadie. No sin su invitación. Observó con detenimiento al chaval. Lo decidió rápido. Por Vittorio ya no podía hacer nada. Pero ella... tenía que seguir adelante. Por los dos.

- ¿Y los refuerzos? —preguntó fría, recomponiéndose de sus pedazos.
- Lo siento, de verdad —comenzó a decir Bruno con lágrimas en los ojos—. No tenía que haber ocurrido. Vlad... un tipo que estoy investigando... nos dijo lo que teníamos que hacer, no sé por qué este hijo de puta ha disparado —dijo señalando el cadáver de Salva—. No sé qué ha querido decir con eso de que hacía su trabajo. Nadie tenía que salir herido. Solo teníamos que llevarnos el dinero y la droga. Le juro que matar no estaba en el plan. No tenía que haber ninguna baja. Jamás habría participado en una cosa así.
- ¡Los refuerzos! —gritó Alma, insistente.
- No los hay —contestó lamentándose—. Estoy solo. Es una operación sin cobertura. Investigo por mi cuenta la desaparición de un viejo amigo, se llama Toni Rosso. Había llegado hasta Vlad. Tenía que ganarme su confianza para averiguar qué sabía y...

Todo encajaba, Vlad, la reconciliación, la encerrona, el del gatillo fácil y el pardillo. Era una trampa. Lo miró casi con pena, se volvió sobre sí misma dejando a Vittorio en el suelo con la vista perdida en el infinito negro. Estaban cerca de la mesa. Miró una de las servilletas. Sabía lo que había debajo. Lo hizo despacio, como si no pasara nada, mientras Bruno seguía en trance, intentando explicarse a sí mismo qué había salido mal. Alma metió la mano bajo la servilleta, como jugando y sacó uno de sus cuchillos. Se acercó a Bruno más de lo habitual, como para echarle algo en cara, ocultando el cuchillo con su antebrazo. En un instante se dio media vuelta sobre el policía situándose a su espalda y se lo puso en el cuello, pinchándole levemente para que aflojara los músculos. Le ordenó arrojar el arma. De inmediato, se lo quitó de la garganta y se lo clavó en la pierna derecha. Lo tiró al suelo y se echó encima poniéndole un pie en la espada. Alargó la mano y cogió unas

bridadas de una de las macetas de camelias. Lo amarró, lo amordazó y lo desarmó. Se fue corriendo a la parte trasera del jardín, al cobertizo donde tenía a sus perros. Los liberó y volvió de inmediato a donde estaba el policía. Le dio la vuelta y lo incorporó sin compasión, como si ya estuviera muerto. Lo dejó sentado. Bruno se le quedó mirando, como buscando una explicación. Ella sonrió levemente mientras le arrancaba la cinta que tenía sobre la boca. Después, con una mano lo cogió por el pelo y con la otra amenazó de nuevo a su garganta.

- Disculpa la interrupción. Ya nadie nos va a molestar. Ahora, dime todo lo que sabes —lo invitó mientras le aflojaba la mordaza.

Perdido (viernes, 17 de noviembre de 1989, noche)

Ya era normal, quedar para hacer la ronda del viernes. Una tarea más incorporada a la rutina del fin de semana, como afeitarse o cepillarse los dientes. Pasearían por el Koliseum y tomarían unas cervezas con la élite cultural. Algo así como ir a la ópera. Y Giacomo Tempesti se sentía como un novio plantado en el altar, esperando con cara de idiota, incómodo y ridículo porque Bruno no aparecía por ninguna parte. Podía ser un despiste o podía haberse quedado dormido. Después de una hora, resultaba evidente que no habría boda ni banquete. Decidió llamar. Primero, a casa de Bruno, después, a la comisaría.

- El caso es que no lo hemos visto en toda la tarde —respondió uno de los compañeros.
- ¿Y a Feltracco?
- Estaba por aquí, pero hace rato que no lo veo.
- Pero... ¿no estaba de guardia hoy?
- ¿El comisario? creo que sí. Déjame ver, vuelvo en un instante... No, no está en su despacho —contestó pasados unos segundos—. Ha salido. ¡Ah! por si te interesa, he encontrado una nota del agente Barone en la mesa del comisario Feltracco.
- ¿Una nota? ¿Qué dice? —preguntó Tempesti alarmado.
- Que se vería a medio día con un tal Vlad.
- Voy para allá inmediatamente, localiza al jefe Feltracco, que venga a la comisaría, dile que es muy urgente.
- Pero, chaval ¿tú quién cojones te has creído que eres para dar órdenes?
- En diez minutos estoy allí, tú haz lo que te digo. Es importante.

Anduvo el camino de regreso pensando qué había podido ocurrir. Estaba enfadado consigo mismo porque desde el principio supo que investigar por libre era una idea nefasta y aun así se dejó convencer. Si le ocurría algo a Bruno sería culpa de Feltracco principalmente. Pero él también arrastraría su cuota de remordimientos el resto de su vida. Sabía que, en una desaparición, las primeras horas eran decisivas y que las posibilidades de encontrar al

sujeto con vida caían de manera exponencial a medida que pasaba el tiempo. Echó a correr. No tenía ni un segundo que perder.

Cuando llegó, Feltracco le estaba esperando en la puerta con cara de preocupación. Ni siquiera lo dejó entrar.

- Venga, nos vamos —ordenó Paolo, nervioso.
- ¿A dónde? —preguntó Giacomo, desafiante.
- A Termini. Quedó allí con Vlad.
- Lo siento, comisario. Esta vez no va a poder ser, tenemos que informar de esto. Nos hemos pasado de la raya y usted lo sabe.
- Vaya, cuando se ponen las cosas feas ya no me tuteas. Como quieras. Iré yo solo.
- ¡Comisario! —gritó Tempesti con rabia.
- ¿Qué?
- Es una estupidez, no va a estar allí esperando. Lo hemos perdido.
- Sí, eso puede ser cierto. Pero también puede estar en su casa o con una novia. No tiene por qué haber desaparecido. Y tú te vas corriendo para salvar el culo.
- Eso no es justo. Es..., es rastrero y lo sabes.
- Está bien chaval. No nos pongamos nerviosos. Te propongo un trato. Hoy el jefe de guardia soy yo. Me doy por informado. Vamos, averiguamos lo que podamos y si durante el fin de semana no encontramos nada, iré yo mismo a mi superior. Le reportaré y me lo comeré yo solito. Tú te quedarás fuera. ¡Libre! ¿Contento?
- Comisario, tú ganas —contestó receloso—. Hasta el lunes por la mañana. Solo eso. ¿Queda claro?
- Trato hecho. ¡Nos vamos ya!
- Y ¿cuál es el primer paso? —preguntó Tempesti algo más relajado.
- La nota dice que se vieron en Termini, eso significa que pudieron coger un tren; ¿no?
- No necesariamente, es un sitio concurrido ideal para pasar desapercibido.

Pueden haber entrado por una puerta y salido por otra.

- Ya, puede ser, pero para eso habrían quedado en el Koliseum o en la Fontana de Trevi. Primero iremos a lo fácil, supongamos que tenían que coger un tren. Han comprado billetes. He cogido las fotos de Vlad con sus amigos y también alguna de Bruno. Localizaremos a los vendedores que estaban de turno este mediodía y les preguntaremos uno a uno, para saber si reconocen alguna foto y si recuerdan si les vendieron un billete y a dónde.
- Es poca cosa...
- Giacomo, es lo que hay.
- ¿Y si no?
- Será muy jodido. Pediremos que nos dejen ver las cámaras de seguridad.
- Nos puede llevar mucho tiempo.
- Sí lo sé. Y será un favor, porque sin una orden judicial, se te pueden poner cabrones.

La oficina de atención al cliente estaba cerrada. De hecho, salvo los de seguridad y los empleados de las taquillas para expender billetes, en la estación, el viernes a esa hora no quedaba nadie que les pudiera echar una mano. Se acercaron a la primera taquilla que vieron.

- Entré a las tres. Creo que no puedo ayudarles —les explicó el vendedor.
- Y ¿cuánta gente trabajó de mañana? —preguntó Feltracco.
- Unos quince. No sabría decirle de memoria.
- ¿Podría darnos sus nombres y sabría si alguno trabaja en el fin de semana? —volvió a preguntar Feltracco.
- ¿O dónde viven? —puntualizó Tempesti.
- Esperen, no tengo el turnero, pero creo que sé quién lo tiene. Denme un minuto —contestó el hombre pensativo.
- Va a ser un fin de semana muy largo —apuntó Giacomo mientras esperaban a que volviera el vendedor.
- Sí, eso espero.

Huida (viernes, 17 de noviembre de 1989, noche)

Lo que Alma sospechaba desde el primer minuto, se confirmó en cuanto Bruno abrió la boca y le confesó que Vlad le había presentado al asesino de su marido unas horas antes. El marchante de carne humana era retorcido y le cuadraba. Tenía que reconocerlo, volver al negocio había sido el mayor error de su vida. Culpa suya y de nadie más. Debieron huir cuando aún estaban a tiempo. A Vittorio lo habían ejecutado por encargo de su amante y, probablemente, si el policía no hubiese actuado, habrían hecho lo mismo con ella. Le debía la vida. También resultaba evidente que Vlad ignoraba la condición de servidor de la ley de Bruno y que este lo investigaba por el asunto de los desaparecidos. No era buena cosa para Alma, si tiraban del hilo, su nombre aparecería en cualquier momento.

Pero ahora les llevaba ventaja. A todos. La policía relacionaba las desapariciones con Vlad. De ella no sabían nada. En cuanto pudiera, se la devolvería. Por un momento pensó que quizá su venganza pasaba por entregarse y hacer que lo cogieran para que gastara el resto de su existencia entre rejas. Era romántico: la vida de Vittorio había acabado y ella se tiraba a la pira como las mujeres hindúes. Lo descartó de inmediato, por lo que había leído, la mayoría de las veces las empujaban los familiares del finiquitado. No iban voluntarias. Literatura barata. Si ella se entregaba le tocaría la misma ración que a Vlad. No podía ser tan estúpida, tenía que pensar. Se volvió a Bruno. La acción del policía le parecía tierna y noble.

- ¿Algo más? —le preguntó aburrida.
- Está ahí fuera, esperando que salgamos, ha traído una furgoneta... a... azul —contestó Bruno, nervioso.
- ¿Quieres decir que Vlad...? ¡Está ahí! Esto se pone más interesante.
- Deja que me vaya —le suplicó—. Por favor.
- Cariño... Te estoy muy agradecida por salvarme la vida y me consta que no has tenido nada que ver con el asesinato de mi esposo, eres un buen tipo, se nota a primera vista. Te perdono —comenzó a decirle acercándose al cuerpo a cuerpo.
- No diré nada. Te lo prometo —dijo con miedo.

- Lo sé —añadió rebanándole el cuello con el cuchillo con celeridad—. Ya nunca más dirás nada. Ni a mí ni a nadie. Lo sé y lo siento por ti, de veras. No es personal pero no puedo dejarte ir y no puedo cometer más errores.

Dejó a Bruno ahogándose en su propia sangre, sintió lástima. Era la primera vez que mataba a alguien porque no había otra salida. En otras circunstancias, lo habría dejado correr. Estaba cabreada. Cogió una pistola y entró en la casa. Parecía poseída. Conocía a Vlad pero también a sus perros. Sabía que no entraría, no al menos sin hacer ruido. Y sus chuchos se dejarían la vida para protegerla. Ganaba tiempo. Y estaba segura de que el comercial del sector cárnico no tardaría en encontrar la forma de terminar su trabajo. No debía minusvalorarlo otra vez. Subió a la terraza para tener una panorámica. Apostado a la entrada del castillo, asediándola, sin mancharse las manos, esperando que otros le hicieran el trabajo sucio. No esperaba menos de él. Estaba muy oscuro. Demasiado como para hacer un disparo. Probablemente, Vlad ni siquiera estaría en la furgoneta. Además, había otro vehículo sospechoso un poco más alejado. El momento que siempre había temido había llegado. Tenía que marcharse, y lo haría dejando el cadáver de su marido tirado en el jardín. Y le dolía. Continuó observando la furgoneta de Vlad, la vía de escape estaba cerrada. Se le ocurrió pedir ayuda. No quedaba otra.

- Policía, dígame.
- Buenas, quizá no sea nada, verá mi marido dice que es una tontería — comenzó a decir quitando importancia al asunto.
- Señora, ya que ha llamado, deje que lo decida yo, es mi trabajo.
- El caso es que hay un par de coches sospechosos. Una furgoneta azul... es raro.
- ¿Ha visto algo en concreto?
- Mire, no sé lo que he visto, pero juraría que han obligado a un hombre a entrar en la furgoneta. Pero...
- No se preocupe. Ha cumplido con su deber de ciudadana. Probablemente no sea nada. Echaremos un vistazo. Mando una patrulla. No salga de casa. En diez minutos estarán allí.
- Muchas gracias, me quedo más tranquila.

- No hay de qué.

Sonrió un instante. Pronto llegaría la artillería y Vlad tendría que dar explicaciones. De buena gana se quedaría a verlo... sería divertido. No iba a poder ser, aprovecharía el momento, pasaría por delante, se reiría en su cara y se despediría temporalmente. Hasta que pudiera ajustarle cuentas. Ya solo le quedaba volver a encerrar a los perros con agua y comida suficientes como para que Pietro se hiciera cargo de ellos el siguiente lunes. Estarían bien hasta entonces. El viejo Pietro, le había fallado tanto... En cuanto viera el nuevo paisajismo, se preocuparía por ella, como siempre había hecho, y llamaría a la policía, se armaría revuelo. Saldrían en los periódicos y en las noticias de la RAI. Afortunadamente, no habría ninguna foto con la cara de Alma. En cualquier caso, para entonces, ella estaría muy lejos. Lo acribillarían con preguntas. Pobre, no diría nada y la defendería. Estaba segura de eso y de que no dejaría que le hicieran nada a sus chuchos. Ya era muy tarde. Descolgó el teléfono para hacer una última llamada. Al cuarto tono saltó un contestador automático.

- Soy yo, Alma. Tengo que desaparecer un tiempo, ¿te encargarás de todo? Volveré a llamarte.

Dejó el teléfono con nostalgia, añorando otro tiempo. Volvió a subir a la terraza a esperar. Vio como las luces de la policía venían de camino y taponaban la única vía de escape. Para cuando Vlad se diera cuenta, los tendría encima. Cogió lo imprescindible y se fue al coche a esperar. Comenzó a recitar en voz baja

- Ir a Roma, a correos. Abrir nuestro apartado. Hay dinero y billetes de avión que renuevas cada año. Hay una llave, pasaportes y un trozo de papel con un número de teléfono....

Termini (jornada del viernes, 17 de noviembre de 1989)

Manténían el escondite de Bocca di Leone porque el lugar les permitía estar al tanto de las novedades gracias a las bonitas vistas del portal de la casa de Lola. Tres veces al día asistían a la función de sus amigos que se pasaban a saludar, puntuales como si fueran el relevo de la Guardia Suiza. Les tenían ganas y no se molestaban en disimularlo. Lola y Reyes sabían que exponerse no tenía sentido y que tenían que mantener la calma hasta que los acontecimientos se precipitasen, como quien espera pacientemente a que caiga la fruta del árbol. Y, esa mañana, durante el desayuno, lo hizo.

- Lola, aquí pone lo que creo que pone, ¿verdad? —gritó Juan Reyes, nervioso, con un periódico en la mano.
- ¿A ver? —preguntó Lola—. Deja de moverlo. ¡La leche! Un accidente... ya, claro.
- ¿Entonces?
- Sí, parece que se han cargado al comandante Pérez. Una gran pérdida. Descanse en paz —continuó con ironía.
- Bueno, ya podemos ir a hablar con el general, ¿no?
- Supongo que es el siguiente paso. La verdad, tenía ganas de salir de aquí y perderte de vista. Se me caen las paredes encima.
- Gracias.
- De nada. Venga, vamos a ver qué cara pone Campos cuando le enseñemos lo que tenemos.
- ¿Y si le da igual?
- Pues... lo matamos.
- ¡Lola, va en serio!
- Juan, si al tío le da igual, entonces... estamos muy jodidos.
- Podrías haberme mentido.
- Pero, ¡si lo he hecho!
- Ya, con más convicción.

- Ay, perdona. Claro, como hice arte dramático...
- Vale, lo dejamos. Ahora, ¿cómo damos con él?
- Esa es una buena pregunta. Reyes, de la misma forma que la otra vez. Siguiendo a esos cabrones la próxima vez que se pasen por mi piso.

Apuraron el café del desayuno de un trago y dejaron la prensa encima de la mesa. Reyes fue a por el coche mientras Lola se encargaba del material. Quedaban unos cuarenta minutos para la primera visita. Estarían preparados.

Salva Cuevas apareció apenas dos minutos más tarde de la hora habitual. Entró y salió del edificio sin mostrarse contrariado. Debían de saber que Lola no iría por su casa, aun así, aquellos perros mantenían la vigilancia por si les caía la breva.

- Lo que no entiendo es por qué se han cargado a Pérez y a este todavía no —argumentó Lola.
- Supongo que... de momento, lo necesitan —respondió Reyes.
- Puede ser. En cualquier caso, le queda poco. Lo presiento. Y creo que lo voy sentir tanto como con el hermano.
- Sí. Anda vamos, que no se nos escape —contestó Reyes, resignado.

El plan no podía ser otro, Lola estaba más familiarizada con el tráfico. Serviría de apoyo desde el coche y Reyes iría a pie. Habían comprado radiocomunicadores semi profesionales. Se coordinarían con el típico regalo de primera comunión de un niño de diez años, con la esperanza de mantenerse a una distancia prudencial para no perder la señal. Y salieron a la calle para localizar a Campos.

Callejearon sin sentido, siguiendo a Cuevas por media Roma. Este se comportaba como si quisiera evitar que lo siguieran, como una pose aprendida. De forma preventiva, sin saber que iban detrás de él, con los errores típicos de cuando uno cree que el pellejo no le va en el asunto. Tras varias vueltas, Lola aparcó frente a Termini siguiendo las instrucciones de Reyes. Se bajó del vehículo y entró en la estación. Salva estaba hablando con un tipo. Y al poco, apareció uno nuevo. Reyes, estaba esperándola, con cara

de no saber quiénes eran aquellos hombres ni qué hacían allí.

- ¿Adivina quiénes son? —preguntó Lola al acercarse a Reyes, sonriendo, como si se alegrara de verlo.
- No lo sé, es la primera vez que los veo.
- Bueno, a uno de ellos creo que lo he visto antes. Casi segura —dudó—, es el del Koliseum, el que vi hablando con Salva y con Nabil. Del otro, deja que me fije bien —dijo mirando por encima del hombro del guardia civil—, uff, ni idea.

Era como si el desconocido estuviera desconcertado y los otros dos intentaran convencerlo de algo. Al cabo de unos minutos, Salva y el nuevo se fueron decididos al andén. El otro se quedó mirándolos, parecía ansioso. De pronto, se dio la vuelta y apuntó justo en su dirección. Reyes se acercó a Lola, la abrazó y la besó.

- Cariño, me cago en tus muertos —susurró Lola.
- Lo siento. Nos está mirando. Igual te reconoce.
- Has visto muchas películas.
- ¿Sabes taparte la cara de otra forma? No, ¿verdad? En cuanto aparte la vista me voy a por ellos. Tú sigue a tu amigo. Y ten cuidado.

Reyes se fue a toda prisa hacia el tren, como un marido con remordimientos por llegar tarde a la cena después de retozar con la segundona. Pasó por delante del desconocido. Este ya había perdido el interés en la pareja. El guardia civil lo miró de reojo. Le pareció normal. Pensó en lo que diría Lola: *“un tío normal, como todos los hijos de puta”*. Se sonrió con la ocurrencia. Intercambiaron miradas un instante. Nunca olvidaría ese rostro que se encaminaba hacia la salida de Termini. Aceleró el paso y subió al tren.

Entró en el vagón despacio, intentando localizarlos lo antes posible. Estaban delante, aún de pie. Se sentó de inmediato. Tenía una vista parcial. Suficiente. Durante el trayecto, los vio ojear mapas. Parecían tranquilos. También observó la poca empatía que mostraba el socio de Salva. Era como si no se conocieran de nada. Bajaron del tren tras casi una hora de recorrido. Había un

cartel grande que ponía La Olgiata. Debía de ser un pueblo dormitorio a las afueras de Roma. Había perdido la cuenta del número de paradas. Calculó que estarían a unos veinte o treinta kilómetros de la ciudad. Podía ser el lugar de encuentro con el general. Uno de sus jueguitos de espías. Los siguió manteniendo una distancia prudencial. Comprobó que Salva se orientaba bien, tomando calles sin dudar ni consultar su mapa, como si ya hubiese hecho el recorrido con anterioridad. O eso, o se había aprendido el mapa de memoria. Parte del entrenamiento. Continuaron andando hasta las afueras del pueblo por la Vía dell'Isola Farnese. Era un trecho largo. Una bella escena campestre. Pronto se haría de noche, hacía frío y Reyes estaba cansado. En una de las curvas los perdió de vista unos instantes. Y se paró. Era un buen momento para un tiro a ciegas.

- Lola, ¿estás ahí?

Era la cuarta vez que intentaba comunicarse con ella. Pensó que igual necesitaba cambiar las pilas de su radio comando. Lo volvió a intentar.

- Lola... esto es una mierda —dijo mientras mantenía pulsado el botón de hablar.
- Yo también me alegro de oírte. ¿Dónde estás? —preguntó.
- Un sitio que se llama La Olgiata, por una carretera que sale del pueblo. ¡Estás cerca!
- Sí, también estoy llegando al pueblo. Voy siguiendo a Vlad. No te muevas de ahí. Ahora te localizo.
- No, espera. Te llamo en cinco minutos. Tengo que averiguar una cosa.

Continuó su camino y los vio. Se ponía feo. Estaban saltando una tapia. Parecía un allanamiento de libro. Se quedó dudando unos instantes. Darles el alto gritando eso de Guardia Civil no parecía lo más adecuado dadas las circunstancias. Esperó a perderlos de vista. De nuevo, fue a por su radio. Cogió su mochila de la espalda y se agachó a rebuscar en ella. De pronto, una furgoneta azul pasó de largo. Era el tercer tipo. Al cabo de unos segundos, se paró un coche de un color familiar a su lado.

- Hola guapo. ¿Subes? —preguntó Lola.
- Pues... ya que es mi coche. No estaría mal.
- ¿Qué ha pasado?
- Han entrado ahí. En el castillo. Se han saltado la valla. No sé qué pinta Campos en todo esto.
- ¿Y qué hacemos ahora?
- Lola, tú eres la inspectora, yo solo soy un número.
- No me jodas, Juan.
- Lola, o llamamos a la policía o seguimos al otro. Decide tú. Pero si avisamos a los colegas italianos, igual tenemos que explicar muchas cosas...
- Vale. Seguimos al otro.

Bajaron las ventanillas. Lola arrancó despacio, mirando al exterior para oír o ver algo. Nada. Continuaron la marcha. La carretera hizo un giro de ciento ochenta grados subiendo la pendiente de una loma y se adentró en una zona de casas que rodeaban al castillo. A lo lejos, junto a la puerta, la furgoneta. El conductor estaba dentro. Se quedaron a unos metros, junto a la iglesia de San Pancraccio.

- ¿Y ahora? —preguntó Lola
- Pues, en las pelis... los policías comen donuts —contestó Reyes sacando la cámara de fotos.
- Va a ser complicado —respondió la inspectora
- Ya veo. Eh... espera —titubeó Juan Reyes apuntando con el objetivo— un segundo... que los immortalice. Ya termino. Anda, se me olvidaba, en la parte trasera hay comida. ¿Y si echamos un vistazo primero?
- Vale. Pero sin romanticismo —le advirtió Lola.

El paseo por los alrededores les despejó la mente, el lugar tenía mucho encanto. Tranquilo y sin el ajetreo de la ciudad. A lo lejos, dos coches de policía se acercaban en su dirección con las sirenas encendidas. Algo no iba

bien.

- Mejor nos quitamos de en medio ¿no te parece? —intervino Reyes.
- Es buena idea.

Se volvieron al coche y observaron como la patrulla de policía pasaba por su lado mirándolos con recelo unos instantes casi sin detenerse. Se quedaron de pie, sin subir al vehículo, mezclando sorpresa y curiosidad como si fueran del pueblo, sin disimulo, para no perder detalle. Los de uniforme fueron directos a la furgoneta, como si hubiesen recibido un chivatazo. Uno de los agentes se aferró su arma sin sacarla de la funda mientras el otro cacheaba al tipo. La charla no era amigable, pero parecía que la situación estaba controlada. Habrían dado cualquier cosa por oír lo que decían. Le pidieron la documentación. A los cinco minutos, un ruido repentino captó su atención. Un deportivo salido de la nada, conducido por una mujer. Redujo la marcha un instante. Después, aceleró. Cuando pasó junto a Lola, la desconocida sonreía como si fuera la actriz revelación recibiendo un Óscar.

Santa Silvia (domingo, 19 de noviembre de 1989, tarde noche)

El sábado a mediodía, Feltracco y Tempesti accedieron a las cámaras de Termini gracias a un favor de un antiguo compañero prejubilado y engordado como un cerdo en la seguridad privada. Se acomodaron en la oficina de vigilancia de la estación lo mejor que pudieron e iniciaron el visionado de las grabaciones como si fuera un maratón de cine de autor.

El domingo por la tarde descubrieron desde dónde se habían vendido los billetes. La cabina número 3, ocupada por una mujer de mediana edad. Según el supervisor de guardia, una tía buena pero rara y huidiza y con pocos amigos que desaparecía cada vez que tenía un día libre. Al parecer, a pasear por el campo. Sola. Una excéntrica. Si no la localizaban en lo que quedaba de día, a la mañana siguiente a primera hora, como cada lunes, ella estaría de nuevo en su puesto de trabajo, puntual como un reloj suizo.

- ¿Seguimos mañana?
- ¿Cómo? Ese no era el trato —objetó Tempesti.
- No me jodas, chaval. Mañana a primera hora volvemos. Hablamos con ella y seguimos con nuestra investigación.
- Te dije que tenías el fin de semana. Solo el fin de semana —recalcó.
- Estamos cerca.
- Ya, ¿de la cola del paro o de la cárcel?
- Eso, si llega, será solo para mí —puntualizó—. Vamos, Giacomo, estás deseando averiguarlo —concluyó con voz suave.
- Sí, lo estoy, es verdad. Pero no se trata de eso.
- ¿Entonces, dime, de qué se trata?
- No, sé, no estoy seguro. Además, creo que nos vendría muy bien un poco de ayuda. Alguien de confianza... estoy hecho polvo.
- Vete a descansar. Mañana nos vemos aquí a primera hora.
- ¡Feltracco!
- ¿Qué?

- Eres un cabrón —le gritó con impotencia por no ser capaz de contrariarlo.
- Eso es un hasta mañana, ¿no? —le contestó Feltracco, sonriendo con soberbia.

Tenía que reconocerlo, el novato le caía bien. Lo vio marcharse mientras se obsesionaba con la necesidad de localizar a la vendedora de billetes de tren. Cuando viera de nuevo a Tempesti llevaría el trabajo hecho. Conseguiría una prórroga y localizaría a Bruno Barone. Pidió la ficha de la mujer y marcó un número de teléfono.

- ¿Diga?
- ¿Zia Fiore?
- Sí, ¿quién es?
- Mi nombre es Paolo Feltracco, comisario Paolo Feltracco, de la policía de Roma. Necesito...

Sí, era rara. Y borde. Se cortó la comunicación dejándolo con la frase a medias. Volvió a marcar.

- Zia, no cuelgue. Necesito hablar con usted.
- Ya, de la policía, ¿no?
- Sí.
- No serás uno de esos amigotes imbéciles de Sandro.
- Perdone, no la entiendo. Le aseguro que tengo que hablar con usted. Me he pasado todo el fin de semana viendo los videos de las cámaras de seguridad de la estación. Usted vendió unos billetes a unos tipos y, mire, es importante. Serán unos minutos. No la molestaré mucho más.
- ¿Cómo ha conseguido mi número?
- Tengo su ficha, me la ha cedido el supervisor.
- Ya, Sandro Romano, ¿cómo no! lo que yo decía, otro gilipollas. Váyase a la mierda.
- Lo lamento, no va a ser así. En una hora, estaré en su casa.

- Llamaré a la policía.
- Es una brillante idea. Hágalo.
- Así será —amenazó.
- Si le parece bien, llame a la comisaría de Vía Farini. De paso, saludaré a los compañeros —dijo con frialdad.
- Está bien, comisario... en media hora. En la puerta de la iglesia de Santa Silvia.
- No voy a llegar a tiempo.
- Dice que es policía... Comisario, ponga la sirena. En media hora. Adiós.

A Zia no le gustaban las gilipolleces, estaba cansada de su jefe y de las bromas de dudoso gusto que pretendían tutelarla hasta un sitio adonde ella no quería ir. Sabía perfectamente que clase de tipo era el supervisor Sandro Romano y qué pensaba de ella. Una solterona desvalida, aunque no lo fuera, una presa fácil para un buitre hambriento, alguien con quien echar un rato agradable para después volver a casa con las tareas hechas, al calor de los suyos sin complicaciones ni compromisos. Un vendedor de promesas de aire viciado. Pero ella se lo había dejado bien claro, desde el principio, no le interesaba lo más mínimo. Ni sus palabras ni el caballo blanco en el que la iba a transportar al cielo de las amantes. Y él había pasado al plan B, o a la segunda fase, como quiera que fuera. La hostigaba y la ridiculizaba cada vez que podía. Ya no era una princesa, ahora solo era la tía rara porque no quería acostarse con él. Como si fuera un Paul Newman de barrio despechado. Con un mensaje de fondo, si estuvieras conmigo no tendrías que soportar esta humillación. O algo así.

Pero aquel tipo, el supuesto comisario, parecía seguro de sí mismo. Puede que esta vez, el salido del supervisor no estuviera detrás de la broma y quizá su interlocutor fuera un poli de los de verdad. Fue al punto de encuentro.

Hacía frío. Dentro continuaba la liturgia. Podía pasar y resguardarse. Pero entonces, no lo vería llegar. Comenzó a impacientarse. Tardaba más de lo esperado, diez minutos de demora. Estaba cansada de esperar en la escalinata de la iglesia. Decidió marcharse contrariada. Sin saber qué pensar. Quizá al policía no le había dado tiempo o puede que fuese la última gracia y algún

amigo de su jefe estuviese por los alrededores partiéndose de risa. Se enfadó consigo misma y se dirigió a su casa.

Apenas había recorrido unos veinte metros, estaba justo delante del puesto de flores que está en la esquina. Oyó una sirena y pensó que podía ser aquel policía. Esperó unos instantes, un coche camuflado pasó a toda velocidad por delante y paró justo enfrente de las escalinatas de la puerta principal. Era él. Lo observó con detenimiento. La policía debía de pagar de pena. Tenía un aspecto lamentable: barba descuidada, camisa fuera del pantalón, desaliñado y despeinado. Seguramente, ese no había sido el mejor día del comisario... No recordaba su nombre. Levantó una mano, para hacerle ver que estaba allí y se acercó con timidez.

- ¿Zia Fiore? —preguntó Feltracco cuando estaba a unos pocos metros.
- Sí, soy yo. Ya veo que sí es policía —dijo como pidiendo excusas—. Me dijo su nombre, pero no lo recuerdo.
- Paolo Feltracco.
- Ah, es verdad. Dígame, qué puedo hacer por usted, Paolo.
- Como le dije, tengo unas fotos que quiero que vea. Espere un momento, las tengo en el coche —dijo dudando, pensando que las podía haber dejado en la estación de Termini...

Volvió al coche y miró dentro, como poseído. Afortunadamente, la carpeta estaba allí. Falsa alarma.

- Mírelos despacio, no hay prisa —comenzó a decir nervioso—. Puede que no los reconozca, supongo que pasan muchas caras por su taquilla. Pero es importante, ha desaparecido... de verdad...
- ¿¿Se puede callar un instante?! —lo interrumpió usando el tono más suave que pudo, resultando incómoda.

Se tomó su tiempo. Pero, para Feltracco valió la pena. Reconocía a uno de ellos. Sí. A los otros dos no los había visto nunca. Y lo recordaba porque le había vendido dos billetes para La Olgiate. Y porque tenía memoria fotográfica. Un don y a veces un castigo que le impedía pasar página en

demasiadas ocasiones. El rostro de aquella foto viajó a ese destino, la estación donde había despachado billetes un par de años. Su primer trabajo desde... eso sí lo quería olvidar. Sí, claro que sí. Con respecto a la foto, no había mucho más que contar.

- Gracias, ha sido de gran ayuda —contestó el comisario pensando en su siguiente paso.
- Perdone —dijo ella con un hilo de voz.
- ¿Disculpe?
- Sí, la grosería de antes, no era mi intención ser tan brusca.

Lo había sido, pero a Feltracco no le importó lo más mínimo. Tenía un dato más y puede que fuese definitivo. Si aquella mujer era rara, idiota o marciana le importaba un pepino. Le había ayudado a desenmarañar un poco más aquel lío. Sintió premura, ganas de salir corriendo.

- No ha sido nada... da igual —comenzó a decir sin encontrar las palabras adecuadas.
- Si me lo permite —intervino Zia.
- Diga —contestó resoplando.
- Paolo, tiene muy mala cara. ¿Se encuentra bien?

La miró fijamente a los ojos, parecía honesta. Una voz dulce, agradable. Un rayo de luz, para variar. Y él estaba agotado física y mentalmente. Sintió la necesidad de confesarse ante alguien como ella. Alguien a quien no volvería a ver más. Una persona que no le importaba lo más mínimo, que le daba igual que lo juzgase y parecía benévola, quizá consiguiera la absolución. Algo así como contare los pecados al cura de otra parroquia para no sufrir la vergüenza de cruzarse con él por la calle.

- No, no me encuentro nada bien —dijo escuetamente.

Ella lo vislumbró, la intención del comisario de seguir contándole lo que quiera que fuera que le pesaba tanto. Y estaba dispuesta a escucharlo.

- ¿Sabe? Aquí cerca hay una *trattoria*. No está mal. Tiene que cenar de todas formas y no será más de media hora. Estoy sola. Nos vendrá bien a los dos.

Isla Farnese (lunes, 20 de noviembre de 1989)

En la tarde del domingo, Feltracco le escupió sus pensamientos a Zia sin tapujos y aderezó la porción de pizza con la culpa que le comía por dentro. Ella lo oyó sin decir palabra, sobria, sin un mal gesto ni un comentario hostil y sin reprocharle la falta de profesionalidad que laceraba a Feltracco por dentro. Él se sintió mejor y con fuerzas renovadas. Ordenó su mente. Pensó que debería ir a echar un vistazo a La Olgiata, no conocía la zona. Sería poco más de un par de horas. Ida y vuelta. Una toma de contacto. Sobre las nueve de la noche, dejó a Zia con la sensación de que el malo de la película era el otro, el supervisor, e intuyó lo ocurrido entre ambos, o más bien qué no había ocurrido. Si tenía tiempo, se acercaría a la estación de Termini para aclararle unas cuantas cosas a aquel tipo.

Pero su determinación para ir a La Olgiata fue un espejismo, las baterías de su cuerpo estaban agotadas. Después del maratónico fin de semana necesitaba un descanso. Cambió de opinión a medida que sucumbía y se arrastró a casa intentando no dormirse por el camino ni estamparse contra una farola. Bruno tendría que esperar un poco más. Aguantaría.

El lunes, llegó unos minutos antes de la hora a la comisaría, lo justo para coger el teléfono.

- Paolo Feltracco, dígame —contestó mientras se activaba con la cafeína.
- ¿Es la comisaría de Vía Farini?
- Sí —contestó escuetamente el comisario, a la defensiva.
- Le llamo de La Olgiata. Carabinieri.

Era una mala noticia, había dado muchas como esa, conocía el tono de circunstancia de su interlocutor. Lo había usado en demasiadas ocasiones. Era la parte más asquerosa del trabajo. Y él ya lo odiaba como emisor, pero jamás se había puesto en el pellejo del receptor. Venían malas nuevas y no le quedaba más remedio que aguantar el chaparrón.

- ¿Qué ha pasado?

- Un compañero suyo... me temo que...
- ¿Bruno Barone?
- Sí, es él. Tienen que venir lo antes posible.
- Entendido. Por favor, no toquen nada. Estoy allí en menos de una hora.

Escogió a su gente de confianza, a los mejores y los metió en una habitación. Les contó que un compañero había aparecido muerto y les soltó un sermón sobre la obligación de cazar al mal nacido. Al final de la homilía, se abrió la puerta de la sala de reuniones como si una onda expansiva la hubiese arrancado de los goznes. Tempesti se acercó a toda velocidad a Feltracco y comenzó a golpearlo con rabia, empeñándose en pelarse los nudillos como si fuera un entrenamiento con el saco de boxeo. Cuando los espectadores reaccionaron, el comisario ya estaba en el suelo, fuera de combate.

Lo agarraron fuertemente, lo inmovilizaron y le pusieron unas esposas. Tempesti le gritó a Feltracco y le dijo que era un estúpido engreído. Intentó darle una última patada rabiosa pero el estómago del comisario ya estaba fuera de su alcance. Paolo se levantó, como si hubiese sobrevivido a la estampida de la manada de ñus. Miró a Tempesti avergonzado porque el chaval, desde la más absoluta inexperiencia, se lo había advertido varias veces. Pero él, encaramado a su pedestal, lo ignoró. Y las consecuencias no podían ser más nefastas. Se merecía el lote de puñetazos matutino, ese y muchos más. Pero ya no tenía remedio, no podían volver atrás. No resucitarían al chico. Y lo más que podían hacer por él era conseguir que el culpable no quedara impune. Les pidió a todos que se fueran. Y se quedó a solas con Tempesti.

- Después de esto, dejaré la policía.
- Vete a la mierda.
- Vamos chaval, solo podemos hacer una cosa por él. Concéntrate. Te necesita. Ahora más que nunca.
- Pero ¡qué estás diciendo! ¿Te estás escuchando? ¡Está muerto! Gilipollas. No necesita nada. Por tu culpa. ¿Ayuda? ¿De qué?
- Llevas razón.

- Paolo, eres un gallito de corral, un chulo, un imbécil, un —se comenzó a acelerar...
- No sigas —lo interrumpió—. Puede que sea todo eso y más. No te lo discuto. Te voy a decir lo que vamos a hacer ahora. Te voy a quitar las esposas y te vas a venir conmigo a La Olgiata. No te vas a despegar de mi lado. Eres muy bueno, me ayudarás y cazaremos a ese cabrón. Después, si quieres, continúa con lo que has empezado esta mañana. No me defenderé.
- ¿Y ya está? ¿Eso es lo que me propones? ¿Poner cara de cordero arrepentido para que sienta pena por ti? Pobrecillo, ¡qué lástima me das!

Lo miró fijamente, el chico era duro de pelar. Y llevaba razón. Comenzó a sentir calor en la cara, lo había puesto a tono en un minuto. Le dolía. Se llevó la mano a la mejilla.

- Giacomo..., no hay nada que pueda hacer. ¿Arrepentido? Por supuesto. Y lo estaré toda mi vida. Te aseguro que no es una pose. No, no se me va a olvidar nunca. Pero ahora...
- Que lo haga otro —le cortó—. Dimite. Vete a tomar por culo. ¡Ya!
- De acuerdo. Si es lo que quieres, así será. Ahora mismo. Acompáñame.

Le quitó las esposas, le dio la espalda y se fue directamente al despacho del comisario jefe. Tempesti lo siguió a corta distancia, vigilante. Cuando el comisario golpeaba con los nudillos la puerta abierta del jefe para entrar, Giacomo lo observó y dudó de su determinación. Sintió un pinchazo en el estómago. Podía estar cometiendo un gran error.

- Me cago en la puta —susurró, cabreado consigo mismo—. ¡Feltracco! Eso puede esperar. Nos vamos a La Olgiata. ¡Ahora! —gritó con malos modos, desafiándolo delante de todos.

El viaje fue incómodo, en silencio. Cuando llegaron a la zona cero, había demasiada expectación. Parecía que estaban a punto de celebrar una feria medieval. Y como no, la prensa también había notado el tufo a muerto.

- ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tempesti con humildad, al bajar del coche.
- Bueno, ahora que estás más calmado —dijo mirándolo con recelo, mientras se llevaba la mano izquierda a la cara—... Está bien, abre los ojos, desconfía de todo y de todos. Sígueme —le instó el comisario, dirigiéndose al interior de la finca, decidido.

Al bajar del coche, Feltracco echó un vistazo a la zona, era bonito, con unas vistas hermosas. Se fijó en la entrada del castillo Farnese. Mientras, otro joven se acercó a Tempesti.

- ¿Qué ha pasado? —preguntó con descaro.

Tempesti lo miró a los ojos y pensó que era un pardillo, otro novato. Era evidente, el chico necesitaba tanta ayuda como él.

- Un compañero ha aparecido muerto.
- Vaya... ¿Se sabe quién ha...? —comenzó a preguntar mirándolo a la cara— ¿Lo conocías? —añadió, leyéndole la mente.
- Sí, era mi compañero... Bruno Barone.
- Lo lamento.
- Estaba buscando a un viejo amigo desaparecido —comenzó a decir, con ganas de confesar sus pecados y verse libre.
- ¿Un amigo?
- Sí, un tal Rosso, del pueblo —dijo, dejándolo en el aire—... Perdona, pregúntale al jefe, yo no quiero hablar del tema.
- De veras, lo siento. Hoy debe ser un día duro para ti —dijo con sinceridad.
- ¡Giacomo Tempesti! —gritó Feltracco—. Deja de hablar con la prensa. Dani, aléjate o te meto dos tiros.
- Buenos días, comisario —contestó el periodista, amable.
- Dani, no estoy para bromas. Vete a tomar por culo. ¡Ya!

- ¿Lo conoces? —preguntó Tempesti, molesto consigo mismo por haber metido la pata.
- Sí, es Dani Mestre. Sería un buen policía, si no fuera porque le gusta más meter las narices donde no le llaman, y de paso... tocar los cojones —se explicó con malos modos.
- Comisario, ¿qué le ha pasado en la cara? —preguntó Dani, encarándose con Feltracco.
- Tendrías que ver cómo quedó el otro —intervino Tempesti, defendiendo al jefe.
- Nos vamos. Sígueme —le ordenó Feltracco, con malos modos.
- ¡Comisario! —gritó Dani— ¿Algo más sobre el policía muerto?
- Piérdete —le invitó Tempesti con sarcasmo, mientras pasaban el cordón policial.
- Anda chaval, que hay que estar encima de ti como si fuera tu niñera. No te he dicho que desconfíes... ¿qué parte no has entendido? Tócate los cojones.
- Lo siento... yo pensé que era compañero.
- ¡¿Cómo ha quedado el otro?! —exclamó Feltracco, sonriendo.
- No se me ocurrió otra cosa.
- No está mal —contestó con agrado—. ¿Quieres un consejo extraoficial? —preguntó pasados unos instantes.
- Claro —dudó sin entender a dónde quería llegar el jefe.
- Algunos de estos tipos son muy valiosos, más de lo que muchos compañeros se creen. Otros, en cambio, son basura, ratas vendidas. Este, si no se pudre, es de los primeros.
- Y... ¿qué quieres que haga?

Los estaba esperando un carabiniere para ponerlos al corriente de los pormenores. Feltracco dejó la pregunta de Tempesti en el aire, mirándolo, como riéndose de su inocencia. El agente les explicó que el jardinero se había pasado a primera hora porque los perros no paraban de ladrar. Cuando entró, pensó que en la finca no había nadie, pero en cuanto se acercó al jardín

principal halló los cuerpos.

- Disculpe —intervino Feltracco—. ¿Ha dicho los cuerpos?
- Sí, tres.
- ¡¿Tres?! — exclamó Tempesti.
- ¿Los han identificado? —volvió a preguntar el comisario.
- El dueño del castillo, un tal Vittorio Dal Santo. Un tipo sin ninguna historia ni antecedentes. Ni siquiera una puñetera multa de tráfico... como si no existiese; el agente Barone y del tercero, de momento no sabemos nada.
- ¿Han entrado en el edificio?
- No, nos dijo por teléfono que no lo hiciéramos.
- Estupendo, gracias.
- Comisario, ¿me permite preguntarle qué le ha pasado en la cara?
- Eh... no.

Entraron por la puerta principal y se dirigieron hacia el jardín. Feltracco comenzó a mirar en todas direcciones, activando su radar. Era una mansión hermosa y plácida. Un lugar de película, parecía imposible que fuese el escenario de un triple asesinato. Lo primero que le llamó la atención era la distribución de los cadáveres. Se acercaron al propietario de la vivienda.

Vittorio estaba boca abajo, con las manos amarradas. El comisario se arrodilló junto al cuerpo. No lo entendía, parecía que no había forcejeado con las ataduras. No había marcas en sus muñecas, como si hubiese aceptado su sino, o quizá lo habían ejecutado de inmediato. Iba bien vestido, como si fuera a una fiesta. Feltracco se quedó pensativo... Celebraba algo. Faltaba una persona. Al menos, faltaba una persona.

- ¿Dónde está el jardinero? —preguntó nervioso.

Uno de los agentes de uniforme señaló hacia el pozo, en el centro. En el brocal había un hombre mayor sentado en el suelo, las manos le sujetaban la cabeza y tenía la mirada perdida. A Feltracco le llamó la atención su bigote, frondoso,

de los sesenta, gris blanquecino. Vestía un mono verde. Sí, era el jardinero. No tenía pinta de haber participado en la fiesta. Se acercó a él, observándolo. Estaba en shock.

- Buenos días, soy el comisario Feltracco. Pietro, ¿verdad?
- Sí, soy yo
- ¿Usted halló los cuerpos?

El hombre salió de su trance, se levantó y lo miró fijamente a los ojos.

- Ya se lo he explicado a sus compañeros. Vivo ahí al lado. Los perros hacían mucho ruido. Tenía que venir de todas formas. Es lunes.
- Y ¿a qué hora suele venir?
- Lunes y viernes, sobre las diez. Estoy jubilado y con la jardinería me saco un sobresueldo.
- ¿Y se levanta tan temprano?
- Tengo otros clientes y después vengo aquí.
- Ya.
- ¿Vino directamente al jardín?
- No, fui al cobertizo de la parte trasera. Los perros estaban encerrados. Me pareció extraño, Alma nunca...
- ¿Alma? ¿Quién es Alma?
- La esposa de Vittorio. Un encanto de señora, se lo aseguro. Un ángel.
- Alma ¿qué más?
- No sé su apellido —respondió Pietro, a la defensiva.
- Vaya.
- Lo... lo siento.
- No pasa nada, disculpe. Siga, por favor.
- ¿La ha visto? —interrumpió Tempesti.
- ¿Cómo? —preguntó el jardinero.

- Que si ha visto a Alma.
- No, desde el viernes por la mañana.
- Y ¿no sabe dónde está? —volvió a interrogarlo con suspicacia.
- ¡Nooo! —respondió el jardinero con indignación, entendiendo qué había detrás de la pregunta—. Pero ¿qué está insinuando? Si la conociera...
- Cosas más raras se han visto —apunto Feltracco, apoyando a Tempesti.
- Míreme —comenzó a reír—. Soy un viejo, esa mujer debe tener ¿28, 30? Estaba loca por su marido. Se veía a kilómetros —argumentó con vehemencia.
- Descríbala —le pidió Tempesti con frialdad.
- Joven, no muy alta, atractiva, morena, delgada pero no demasiado, inteligente, parece frágil pero no lo es... educada. No sé qué más decirles...
- Es médico ¿no? Según cuenta un vecino, una vez se hizo un corte en un brazo y ella se lo cosió.
- Sí eso creo —contestó el jardinero, como resignado.
- Ya, gracias, Pietro. ¿Íbamos por...? Sí, abrió la puerta del cobertizo. ¿Qué pasó? —preguntó Feltracco.
- Los perros vinieron de inmediato hasta aquí. Supongo que por el olor. No sé. Los seguí. El resto ya se lo imagina.
- No, no me lo imagino.
- Les llamé.
- ¿Desde dónde? —preguntó Tempesti.
- No tengo llaves de esta casa. Fui a la mía.
- Bien. Gracias —respondió Feltracco.
- ¿Puedo marcharme?
- De momento, prefiero que se quede, por si tengo que hacerle más preguntas —contestó el comisario.

Había una cuarta persona. No se había equivocado. La cena era para dos,

Vittorio y Alma. Celebraban algo, un aniversario, una buena noticia, un negocio...

Se acercaron en silencio al siguiente cuerpo. Reconocieron la ropa. Iba a ser la peor parte de la mañana. Bruno Barone se encontraba maniatado. Lo habían degollado. Las manchas oscuras de su sangre estaban por todas partes. Junto al cuerpo había un técnico forense, un viejo conocido del comisario.

- Lo siento Paolo. Sé que era uno de tus chicos.
- Ya, gracias. ¿Qué puedes decirme?
- Creo que lo apuñalaron para acobardarlo.
- ¿Acobardarlo? ¡Lo han matado! —gritó Tempesti, indignado.
- El chaval es nuevo, ¿no? —preguntó el forense, incómodo.

Feltracco se limitó a mover la cabeza en sentido afirmativo, condescendiente.

- Ah —suspiró, armándose de paciencia—. Yo diría que fue el viernes por la noche. Ven, acércate —invitó a Tempesti—. Le pincharon en el cuello. ¿Ves ese puntito? Con eso te acojonas y te quedas más quieto que una mosca sobre la mierda porque ves que el que tiene el arma no va de farol. Acto seguido, el tipo le clavó el cuchillo en el muslo. No muy profundo. Efectista y muy doloroso, para no dejarlo pensar y limitarle los movimientos. Después, lo amarró. En mi opinión, la persona que lo acuchilló sabía muy bien lo que hacía. El corte del cuello es perfecto, digno de un matarife profesional. Alguien que trabaja en un matadero de animales y que sabe lo que hace. Lo quiso matar rápido y lo hizo de un tajo. Casi ni se enteró... Ah, una cosa más: entre la herida del muslo y la de la garganta, al menos hubo un cuarto de hora.
- ¿Cómo lo sabe? —preguntó Tempesti, interesado.
- Porque sangró copiosamente por la pierna. Los muertos no bombean sangre.
- Lo interrogó, quienquiera que fuera, lo interrogó —susurró Feltracco.
- Pues... jefe, solo nos queda la mujer —replicó Tempesti.

- Una mujer para hacer todo esto... Giacomo, no lo creo.
- No podemos descartarla, aún no ha aparecido. Puede que estuviera celosa del marido, puede que... No sé... Es médico, ya has oído a tu amigo forense.

Tempesti se arrodilló junto su compañero, mientras el comisario se dirigía al siguiente fiambre. Volvió a sentirse rabioso con Feltracco, pero también consigo mismo. Lo había vaticinado, estuvo en su mano evitarlo y no quiso obedecer a su mente. Asintió con la cabeza mientras rozaba el pelo de su compañero con la punta de los dedos a modo de despedida. No podía engañarse más. Era tan culpable de la situación en la que se hallaba Bruno Barone como el comisario.

- Giacomo, voy a ver al tercero, ¿me acompañas? —le invitó Feltracco.

Era la duda que les quedaba por resolver, saber si el tercero era uno de los protagonistas del video de Termini o si, por el contrario, el círculo se ampliaba. Vlad, Salva Cuevas u otro nombre. Ese era el interrogante que se aclararía en unos instantes.

A Feltracco, no le sorprendió verlo allí, pero le pareció irónico que un tipo como Salva Cuevas acabara de esa manera, tan lejos de casa. Aquel cabrón se podía haber quedado en su país, haber muerto en casa. Pensó en el trabajo que el tipo seguiría dando incluso cuando ya no podía hacerle daño a nadie. Se tumbó junto al cadáver.

- Parece que a este le dispararon desde muy cerca —apuntó Feltracco—. Hay un cerco de pólvora en la ropa —puntualizó pasados unos instantes ante la cara de póker de Tempesti.
- ¿Y?
- Nada. No sabemos más, de momento. Hay que esperar a las pruebas forenses.
- Ha sido ella.
- ¿Por qué estás tan seguro? Puede haberlo hecho Vlad, el otro tipo, Nabil o

cualquiera. No conocemos la conexión entre esta gente, pero la hay. Estoy convencido. Vamos a entrar en la casa a ver qué nos encontramos.

- ¿Nabil? ¿Ves aquí a tus amigos de la AISI? —preguntó Tempesti con ironía.
- Fue el viernes, ¿no? Si tuvieron algo que ver, han tenido todo el fin de semana para ellos solitos. Ya no los vas a ver —respondió Feltracco con brusquedad.

Se quedaron mirándose el uno al otro como si fueran dos lobos a punto de enzarzarse en un combate por el territorio. Cada uno defendiendo una postura. No vieron llegar al tipo de paisano que se les acercaba.

- ¿Comisario Feltracco?
- ¿Otro? No hay comentarios —lo despachó sin mirarlo—. ¿Quién lo ha dejado pasar? —gritó al resto de policías.
- No soy periodista, soy compañero —puntualizó molesto—. Hoy es mi día libre.
- Ah, disculpa —contestó centrando su atención en aquel hombre de paisano.
- El viernes por la noche vine hasta aquí por una llamada. Decían que había alguien sospechoso. Interrogué a un tipo, un tal Vlad, curioso nombre, ¿no?
- ¿El apellido?
- Extranjero. Raro, no lo recuerdo.
- Y ¿no lo detuviste? —preguntó Tempesti, sorprendido.
- No, todo estaba en orden —comenzó a justificarse—. No había infringido ninguna ley y no parecía peligroso —concluyó nervioso.
- Está bien —lo calmó el comisario—. ¿Puedes describirlo?
- Sí, claro...
- Espera —intervino Tempesti rebuscando en una carpeta—. ¿Es alguno de estos? —preguntó mientras le mostraba la foto del Koliseum.
- Es él —contestó señalando a Vlad con determinación.
- Giacomo, ya tenemos un sospechoso. Hay que encontrarlo —apuntó

Feltracco, satisfecho, como si ya hubiese resuelto el caso.

- También vi un par de coches más. Uno con una pareja, ya sabe, fin de semana. El otro, un deportivo que salió de la casa. No estoy seguro, pero creo que lo conducía una mujer.
- Gracias.
- No hay de qué... ¿Puedo... puedo echarle otro vistazo a las fotos?
- Claro. Tómese su tiempo.

Repasó las imágenes. Se quedó en silencio, dudando. Era ella, pero no podía garantizarlo al cien por cien. Quizá. El maquillaje y la ropa lo despistaban.

- ¿Qué? —preguntó Tempesti, nervioso.
- Juraría que la fulana de la foto es la chica del viernes.
- ¿Qué?
- Sí, de la pareja de novios que vi el viernes por la noche, aunque el otro día vestía con mejor gusto... Es ella. ¿Sabe? Estuvimos a punto de identificarlos, pero... parecían que estaban haciendo las paces, ya me entiende, lo dejamos correr.
- ¿Alma? —insinuó Paolo Feltracco.
- Lo averiguaremos enseguida —respondió Tempesti.

Se dirigió de inmediato hacia donde estaba el jardinero, recordando las palabras del comisario cuando Bruno le insinuó que aquella mujer podía estar implicada: “olvídate”. Eso dijo el gran Paolo Feltracco. Se había equivocado una vez más. Aceleró el paso preguntándose si la fama del comisario estaba justificada o si era un farsante. Cuando estuvo a la altura del jardinero, Giacomo Tempesti le mostró la foto, nervioso como si fuera un niño delante del taquillero con una fotocopia de carnet de identidad para ver una película de mayores de dieciocho.

- No, agente. No he visto a esa mujer en mi vida. Esa no es Alma.

Cerradura (lunes, 20 de noviembre de 1989)

Era la primera vez que Tempesti utilizaba un juego de llaves maestras para de forzar una puerta, la de entrada al edificio principal de la fortaleza. Pero se estaba retrasando en su tarea y Feltracco, impaciente, a duras penas mantenía las formas. Además, era un buen momento para ponerse a cubierto. Comenzaba a llover.

- ¡Comisario! —gritó desde lejos el forense reclamando su atención, levantando una mano—. Todavía es pronto —añadió mientras se acercaba a Feltracco con cara de sorpresa.
- ¿A qué te refieres? —preguntó Paolo.
- Me he hecho una idea de cómo fue —comenzó a decir, haciéndose el interesante—. Aunque no le encuentro mucho sentido ... Habrá que esperar al resultado del laboratorio.
- Vamos, desembucha. ¿Qué has descubierto?
- Bueno, parece que al dueño de la casa lo ejecutaron con el 38 y al otro con un 9 mm. La autopsia revelará...
- ¿Y? —lo interrumpió Feltracco, nervioso.
- Que tanto Bruno como el tercero tienen restos de pólvora en las manos. Ambos dispararon. Me falta ver las huellas dactilares para saber qué hizo cada uno.
- Sigue.
- Esto es lo que hay: o Bruno mató al señor Dal Santo y el otro se suicidó de puro arrepentimiento, cosa que no creo; o el otro se cargó al dueño de la casa y Bruno mató al intruso después. Probablemente, como respuesta o para defenderse, eso no lo sé todavía. El tal Vittorio no tocó ninguna de las armas.
- Ya. Entonces, ¿qué pasó después? ¿Quién desarmó al agente Barone y por qué lo mataron?
- No lo sabemos. Cuando llegué el escenario estaba pisoteado. Ya sabe: los perros, el jardinero... y, joder Paolo, los policías del pueblo han entrado como si estuvieran esperando en la puerta de su tienda favorita el día de

rebajas. Es difícil de asegurar, pero para mí que solo había una persona más. Y por el tamaño de la huella yo diría que se trata de una mujer.

- Alma o la otra... —susurró el comisario.
- Jefe, ¿entramos? —le invitó Tempesti, sujetando la puerta abierta, satisfecho.

Si hubiesen podido levitar, lo habrían hecho, pero la gravedad no les dejó. Feltracco y su pupilo recorrieron el interior del castillo despacio, como de prestado. Para Tempesti, era la primera vez, caminaba en silencio, atento y concentrado, intentando hacerse una idea del trabajo que tenían por delante. Se sentía incómodo sabiendo que cualquier indicio podría ser vital y no podía permitirse el lujo ni de obviar ni de estropear nada. En su camino, encontraron unas cuantas puertas cerradas. La mayoría de ellas parecía que llevaban una eternidad en ese estado, como si no hubiese nada detrás de ellas o como si el secreto que custodiaban no viniera al caso. De todas ellas, una captó la atención del comisario. Estaba tras varios peldaños descendentes en un rellano de una escalera de caracol de piedra, una de esas medievales como las de las torres de las iglesias. Había un portón de hierro verde descolorido, funcional, horrible, con un cerrojo como los de las cámaras frigoríficas custodiado por un candado grueso con código. Tempesti sacó su pistola.

- ¿¡Qué haces, chaval!?! —exclamó Paolo.
- Abrirlo. Aparta.
- Gran idea, Harry el Sucio... Giacomo ¿tú eres idiota? En primer lugar, no le vas a dar y en segundo y más importante, el rebote nos puede matar. Guarda eso, artista —le ordenó.
- ¿Entonces?
- Esperamos al cerrajero. Lo que hay ahí abajo no se va a escapar.

Volvieron al punto de partida. Aquel edificio debía de tener más de quinientos años. A Tempesti le provocó una sensación extraña, una de mezcla de ansiedad y respeto, aquellas piedras estaban desde mucho antes de que él existiera y seguirían allí como si no hubiese pasado nada tras su desaparición. Comenzó a divagar.

- Giacomo, atento —le advirtió el comisario, que parecía leerle el pensamiento.
- Sí, jefe.
- Necesitamos una foto de esa mujer, Alma. Localizarla es nuestro siguiente paso... Llama al equipo. Iremos habitación por habitación, despacio. Ahora es cuando comienza el trabajo.
- Entendido.

Sótano (lunes, 20 de noviembre de 1989)

Era aburrido, algo parecido a apretar tornillos en una cadena de montaje. Mueble por mueble, cajón por cajón, del derecho, del revés, detrás... sistemático. Comenzaba a cansar. Y puede que, por culpa de la inexperiencia, Giacomo Tempesti no viera nada que le resultase sospechoso. Desesperante. Y, por supuesto, no encontró ni una sola fotografía de la dueña de la casa. Ella se había encargado el viernes anterior de hacerlas desaparecer.

- ¿Os habéis enterado de lo de los médicos? —preguntó uno de los agentes que intervenían en el registro.
- No —respondió otro.
- ¿Qué ha pasado? —preguntó Tempesti.
- Es el tercero que aparece muerto. Torturado hasta acabar con él. En su propia casa.
- ¡Joder, el tercero! —exclamó Feltracco, sorprendido.
- Sí, un asunto turbio.
- ¿Y todos de la misma manera? —preguntó Paolo Feltracco.
- Atados a sillas, con signos de violencia extrema. Y los pisos totalmente desvalijados. Lo lleva un compañero de otra comisaría. Mafia del este —puntualizó el agente.

No era su caso, tan solo un cuchicheo de policías para matar el tiempo, algo así como hablar de fútbol o de mujeres, una conversación rutinaria para hacer más llevadero el trabajo. Pero, incluso para los oídos del comisario, el exceso de crueldad era algo para lo que no estaba entrenado. Y nunca lo estaría. Se quedó absorto pensando en los posibles motivos. Quizá, aquellos tipos tuvieran algo en común más allá del hecho de ser doctores. Alguien caería en la cuenta. En ese momento, a Feltracco se le acercó un subordinado.

- Comisario, ya está. Han abierto la puerta del sótano —le dijo el policía de uniforme.
- ¡Estupendo! —exclamó, limpiando su mente y alegrándose por dejar el trabajo sucio a otro—. ¡Tempesti! —gritó—. Vía libre. Acompañame.

En el siglo XIII, la normativa para la construcción de sótanos tenía pocos epígrafes: poner la cantidad de piedra suficiente como para aguantar el peso de lo que tendría que sujetar y poco más. Los estudios de ergonomía servían para contentar al habitante de la mejor habitación de la fortaleza que rara vez bajaba, mientras que los usuarios de las mazmorras normalmente no opinaban al respecto... ni de nada. El comisario y su pupilo bajaron los peldaños evitando golpearse la cabeza con el tramo de escalera superior mientras Tempesti comentaba lo horrible que debían de ser la vida de preso en aquella época. Cuando dejaron de dar vueltas en círculos como si estuvieran subidos en una barrena se encontraron con un mundo húmedo, oscuro, silencioso y frío. Entraron en una estancia amplia. Feltracco recorrió la habitación con su linterna de mano, vio varias puertas de hierro verdoso como la que habían pasado. Le recordaba a una película de la segunda guerra mundial. Aquello parecía un búnker. Se estremeció.

- ¿Jefe, podríamos encender la luz?
- Eres listo, Giacomo. Si la encuentras, por favor, hazlo —contestó con ironía.

Continuaron recorriendo la habitación caminando despacio, con el haz de luz apuntando en todas direcciones. Era extraño y les despertaba los miedos absurdos de cuando eran pequeños. En su recorrido, Feltracco iluminó un montacargas. En alguna parte de la planta de arriba debía de haber un acceso y no lo habían visto. Alguna de las puertas que habían descartado tenía truco. Junto a el elevador, un interruptor.

- Giacomo, dale a ver si funciona —le invitó Feltracco.

Con luz todo es distinto. Los fantasmas se esfumaron como el hielo en verano. Pudieron ver el sótano en su conjunto. Les pareció una combinación curiosa. Como si los dueños estuviesen de reformas y les faltase el dinero para acabar. En el lateral derecho había una puerta de cristal y tras ella, estanterías repletas de botellas. Moderno y con diseño. Para presumir delante de los amigos. El comisario comentó que debía de haber un dineral en aquella bodega abovedada ante la indiferencia de Tempesti que se sintió más interesado por el

efecto que producían en el sonido aquellas paredes. Al cabo de unos segundos, Tempesti abrió la boca.

- ¿Paolo?
- ¿Qué pasa chaval?
- También fue culpa mía —confesó Tempesti bajando la voz.

La mente del comisario dejó de procesar información. El chico parecía desvalido. Nada que ver con el tipo arrogante y visceral que le había reestructurado la cara. Lo miró con pena sin saber qué decirle. Pero no era el momento para sincerarse. Ya hablarían más adelante.

- Déjalo —contestó Feltracco con voz lastimera—... y céntrate.

El comisario abrió la primera puerta e invitó a Giacomo a hacer lo mismo con la siguiente. No encontró nada. Tempesti reclamó la atención de comisario.

- Jefe, esto está en uso —dijo horrorizado.
- ¿Qué? —preguntó acercándose.

Entraron. Era una habitación alargada de unos 7 metros de largo por 4 de ancho. Había dos camillas, cinchas, equipos para monitorizar constantes vitales, vitrinas con material quirúrgico y una luz de quirófano. Al fondo, una cámara frigorífica. De repente, Tempesti se volvió hacia la puerta, con miedo de que se cerrara y los dejara allí dentro de por vida.

- ¿Dónde vas?
- Es un momento, lo necesito.
- Vuelve.
- Pero ¿qué cojones es esto? —preguntó Tempesti resignado, a punto de marearse al respirar olor que no conocía, una mezcla entre desinfectante de laboratorio, lejía y algo metálico.
- ¿Notas la sangre? —preguntó Feltracco.

- ¿El qué? —dijo con un hilo de voz, a punto de vomitar.
- Ese olor metálico, métetelo bien en la cabeza, es sangre y aquí se ha derramado mucha.
- ¡Dios!
- Giacomo, presiento que esto se pone feo. Vamos a ver qué hay en ese congelador.

Primera plana (martes, 21 de noviembre de 1989)

La confidencialidad es algo así como coger agua de mar con las manos para llevarla a la orilla: por mucho que las juntemos y apretemos, al final, el líquido acaba filtrándose y cuando vamos a mirar qué queda, nos damos cuentas de que apenas hay unas gotas. El resto, si queríamos mantenerlo a salvo, se ha perdido por el camino, dejando un reguero.

La noticia de que en el Castillo Farnese había una cámara de los horrores corrió a más velocidad de la que los investigadores hubiesen deseado y la presión mediática se hizo patente e insoportable. A la mañana siguiente del hallazgo, Paolo Feltracco y un desconocido y joven policía eran portada de la mayoría de los periódicos. Las preguntas de cómo había ocurrido algo así y de por qué había un poli muerto implicado golpeaban machaconamente en los despachos de la comisaría de Vía Farini como un martillo neumático a punto de demoler el edificio. Y, ni Feltracco ni Tempesti encontraban una respuesta que satisficiera a nadie sin que, en cuanto tirasen del hilo, acabasen pidiendo la cabeza de los dos insensatos que habían participado en aquella misión suicida. Concretando: ellos. De nada servía la frase que se repetía una y otra vez en la mente de Tempesti como si fuera un neón a media noche: “*sabía que esto iba a pasar*”. Solo quedaba una salida, pegarse a Feltracco como la uña a la carne, sin fisuras, porque cualquier separación, cualquier resquicio entre ambos, sería tremendamente doloroso.

No comprendían cómo algunos periódicos habían llegado tan lejos y tan rápido. Averiguaron que en la cámara frigorífica había restos de personas procesados como si fuesen ganado vacuno. La siguiente deducción era evidente, y el titular “caníbales” casi obligado. Y el peor de todos era el artículo firmado por aquel mequetrefe.

- Llama a tu amiguito —gritó Feltracco dirigiéndose a Tempesti—. Lo quiero en un calabozo para interrogarlo.
- ¿A quién? —preguntó Giacomo, sin entender.
- A ese al que le cuentas todo, al doctor Watson —argumentó blandiendo un periódico hecho un rulo como si fuera una espada.
- Jefe, no sé...

- Es su seudónimo. Llama a Dani Mestre —le aclaró Feltracco.
- Joder, pero si no lo conozco... ¿Qué dice?
- Tengo que admitirlo, el cabrón es bueno —comenzó a decir Paolo Feltracco—. Habla de una red de venta de carne humana. ¿De dónde cojones se lo ha sacado? —preguntó de forma grandilocuente—. ¡No lo sabemos! —gritó, a los pocos segundos.
- Ya —titubeó Giacomo.
- Tempesti, no me interrumpas —dijo con tono monótono—. Tu amigo Dani Mestre también menciona a Bruno. Giacomo, ¿sabes cómo lo ha adivinado? —añadió, levantando el tono.
- Sí, eso... yo...
- He dicho que te calles —gritó—. No he acabado. ¿Sabes qué es lo que más me jode?
- Yo... no.
- El titular, Giacomo, el titular... en primera página —concluyó dejando el periódico encima de la mesa, con la primera página visible.
- ¡Hijo de puta! —exclamó Tempesti.
- No, Giacomo, no. Hijo de puta, no. ¿No sabes leer? Ahí pone “el caso Rosso” y dice que Bruno estaba buscando a un amigo de la infancia desaparecido: Toni Rosso. ¿Me lo explicas?
- Jefe, me...
- La cagaste, ¿no? Tempesti, el novato que se las sabe todas —comenzó a decir visiblemente enfadado, gesticulando— mete la pata hasta la ingle a la primera de cambio y larga todo lo que se le pasa por la cabeza a un desconocido que resulta ser periodista. Dime, chaval, ¿eres así de tonto habitualmente o es ocasional?
- Lo siento, pensé que era un compañero.
- Mira, hoy me tocaba a mí venir a darte de hostias. Pero, ya ves, será que ya eliminé las hormonas de la adolescencia, no sé, no tengo tantas ganas. Me conformo con gritarte. Llámame civilizado.
- Jefe —dijo avergonzado sin encontrar más palabras...

- Giacomo —le volvió a interrumpir Feltracco, con voz más pausada—. No nos engañemos. Estamos en un lío gordo. Los dos. Es verdad que yo soy el principal responsable y que, en tu descargo, tengo que decir que tú lo único que has hecho es advertirme una y otra vez del peligro. También tienes que saber que, tal y como te prometí, asumiré toda la responsabilidad llegado el momento. Diré que tú obedecías mis órdenes. Pero, aun así, esto afectará a tu carrera. Harán preguntas, se investigará, se sabrá y te joderán vivo.
- Y ¿qué podemos hacer?
- De momento... Llama a Dani Mestre, pregúntale dónde está y tráetelo a comisaría. ¡Ahora! —le ordenó—. No, mejor —añadió cambiado de parecer—. Queda con él. Iremos los dos. Hablaremos dando un paseo y averiguaremos de dónde ha sacado la información.
- Entendido.
- Y, sobre todo —añadió el comisario mirándolo con pena— Giacomo, no podemos cagarla más. El cupo de errores ya está completo.

Cita (martes, 21 de noviembre de 1989)

- ¿Daniel Mestre?
- De parte... ¿de?
- Giacomo Tempesti, de la comisaría de policía de Vía Farini.
- Un momento —dijo con voz neutra—. ¡Claro! —exclamó pasados unos segundos, con sorpresa medida—. Ya me acuerdo de ti.
- Sí, yo también —respondió Tempesti, mostrando su disconformidad por los métodos del periodista.
- Vamos hombre, solo hacía mi trabajo...
- Que consiste en fastidiar el mío —le interrumpió—. Pero, tranquilo, no te llamaba para discutir. Esto... necesito hablar contigo —corrigió suavizando su intervención.
- Vaya, eso sí que es nuevo.
- ¿El qué?
- Paolo Feltracco, pidiéndome ayuda a través de uno de sus pupilos.
- Te estás equivocando. Puedo emitir una orden de arresto. Puedo encerrarte...
- Esa no es la forma de hablarle al cuarto poder —le interrumpió sin acobardarse—. Mira, te voy a ser sincero. Tal y como yo lo veo, tú necesitas algo de mí, ¿no? Y, si pudieras detenerme, ya lo habrías hecho. Así que, cambia de discurso.
- ¿Te crees muy listo?
- No sigas por ese camino. Te diré lo que vamos a hacer: intercambiar cromos. Ya veré qué saco de ti. De momento, me vas a invitar a desayunar. Escojo el sitio. ¿Me recoges en media hora?
- ¿Dónde?
- Vía Nomentana. A la altura del 321. Media hora. Por favor, es nuestra primera cita, sé puntual.

Lola (martes, 21 de noviembre de 1989)

Tras la excursión a La Olgiata, Lola y Reyes llegaron a casa la madrugada del sábado y gastaron todo el fin de semana jugando a las cartas y luciendo pijama. El lunes, Lola creyó que explotaría. Por un lado, estaba asfixiándose en aquel cuchitril para turistas de segunda; y por otro, no tenía ni idea de cuál sería su siguiente paso porque, extrañamente, las visitas diarias a su antiguo apartamento habían cesado. El único pensamiento lúcido que surcaba su mente era básico: sentir el aire fresco en la cara. Aun así, Reyes la convenció para que se mantuviera enclaustrada sin ningún objetivo más allá de seguir viva un día más. Y lo logró a duras penas hasta la mañana del martes. Deseando que ocurriera un milagro que les permitiera dejar de esconderse.

Esa mañana, a primera hora, Lola abrió la puerta de la calle e invitó a Juan a acompañarla con cara de ultimátum. La conocía lo suficiente como para saber que, esta vez, la inspectora no se dejaría convencer. Se había levantado con ganas de volver al café-museo de la Vía Babuino, como cuando era una de las tocadas por la cornucopia de las dietas internacionales. El camino, con lluvia, no resultaría tan hermoso.

- Nos estamos arriesgando —le advirtió Reyes por enésima vez, cerrando la puerta del apartamento.
- Quédate si quieres. Yo me voy a dar un paseo —dijo, comenzando a bajar las escaleras.
- ¡Lola!
- Tú no lo entiendes, necesito salir, recuperar mi anterior vida. Aunque sea un espejismo. Solo unas horas, déjame. Tengo que pensar —se explicó.
- La que no se da cuenta de nuestra situación eres tú.
- Si hubieses mantenido la boca cerrada no estaríamos así... pero no, tuviste que confesarte con aquel periodista.
- Adelante, estabas deseando.
- Pues sí. Y ¿para qué ha servido? Están muertos, Ernesto, el sargento, tu amigo... todos.
- Son unos hijos de puta.

- Ya lo sé.
- Lola, nos estamos exponiendo. Quédate —la invitó con voz acaramelada.
- No, no lo creo —lo miró con sorpresa por la invitación. Pensó rápido, en otras circunstancias habría significado más cosas, pero no podía ser, no era el momento, aunque sonase agradable y tentador—. Si han hecho su trabajo, sabrán que iba todos los viernes. Hoy es martes. Estamos a salvo. Además, quiero encontrarme con un colega de la embajada. Estará allí, va todos los días.
- ¿Te fías de él?
- Lo suficiente —contestó—. Juan, si esto va para largo necesitaremos más dinero —añadió, seria.
- Pero...
- Está aquí al lado —dijo con paciencia.

El paraguas daba cobertura, incluso se permitieron el lujo de pasar por delante de la puerta de la embajada. Nadie la reconoció. Reyes comenzó a relajarse. Tuvo que reconocer que Lola llevaba razón. Necesitaban salir y pensar. Cuando llegaron, entraron en el café mirando en todas direcciones, como si estuviesen en un campo de entrenamiento de tiro, esperando que apareciera el muñeco con el arma en la mano para tirarse al suelo y comenzar a disparar. Pero no había ni rastro de los sicarios ni tampoco del pardillo al que Lola pretendía dar el sablazo. Se sentaron y esperaron a ser atendidos. La inspectora cogió uno de los periódicos y comenzó a ojearlo.

- Tenemos que irnos —dijo.
- Lola, me estás tocando...
- Vamos dilo, anda —lo invitó a que soltase la lengua—. Estás aprendiendo mucho. ¿Qué? De pequeño, fuiste a un colegio de curas, ¿no?
- Está bien —claudicó—. Dime, ¿qué pasa?
- La Olgiaata.
- ¿Que?
- El viernes por la noche, en el castillo Farnese, hubo una fiesta.

- Pero ¿qué dices? Vamos, me estás poniendo nervioso. ¿Qué pone en ese periódico, Lola? No lo entiendo bien.
- Tres muertos, uno de ellos es policía. Y parece que descuartizaban a la gente.
- Joder, Lola...
- ¿Ves?, Juan, saco lo mejor de ti —bromeó.
- Lola, los tipos que seguí, ¿te das cuenta?! Somos libres ... ¡están muertos!
- No lo sé, no sé si son ellos y si es así, seguro que vendrán otros. No es buena noticia. A estos los teníamos controlados. Ya sabemos por qué Cuevas dejó de venir a visitarnos. No vendrá nunca más. Ahora tendremos caras nuevas, mal asunto. Además, estos eran la única forma que teníamos de localizar al general Campos. Esa es nuestra pieza clave. Y le hemos perdido el rastro...
- Entonces, ¿qué hacemos? y ¿el desayuno?
- Te jodes —le dijo mientras se ponía de pie—. Tenemos que encontrar a este —añadió Lola señalando de forma impulsiva una de las fotos de la primera portada.
- ¿Quién es?
- Otro policía, debemos contarle lo que sabemos. Quizá nos ayude. Por la pinta que tiene, parece que lo podemos manejar.

Anduvieron bajo la lluvia, en silencio, Reyes siguió de cerca a Lola a regañadientes camino de la comisaría de la que hablaban los periódicos. Y se estaba arrepintiendo de no haberse quedado en el apartamento de Bocca di Leone. El frío le estaba cambiando el humor. Se acercó a la altura de la inspectora.

- Lola, pide un taxi —dijo con voz de pocos amigos.
- Podemos ir andando, está a media hora. Necesitamos ahorrar.
- Está bien, si lo prefieres, lo tomaré yo solo... Ahí te quedas —la retó.

Ella lo miró de arriba a abajo. Tenía que reconocerlo, el chaval tenía su gracia. Le sonrió.

- Te estás vengando, ¿no? —le preguntó Lola, viendo cómo levantaba la mano para parar uno.
- No —contestó mientras abría la puerta de uno—. ¿Subes?...

Cuando llueve, cualquier ciudad se convierte en un desastre, el taxi tardó más de lo esperado en hacer el recorrido. Al llegar, vieron como los dos policías de la foto de los periódicos y un tercero se metían en un coche y se marchaban. Lola no lo dudó un instante.

- ¡Siga a ese coche! —gritó.
- Llevo veinte años en esta profesión, es la primera vez que me dicen eso —dijo el taxista entusiasmado.
- Vamos, que lo perdemos —le instó Reyes.
- *Presto.*

Callejearon más de veinte minutos, comenzó a ser aburrido, el taxista dejó de hablar de películas de persecuciones y Reyes se centró en el paisaje. De repente, en la Vía Nomentana, el coche de policía paró y recogieron a un hombre. De inmediato, continuaron la marcha.

- Mamma mía, ¡son espías! —exclamó el taxista emocionado.
- ¿Qué dice? —preguntó Juan Reyes, pensando que el hombre se había vuelto loco.
- Nada, como la embajada de la URSS está cerca, pues, ya sabes... que este se ha visto todas las películas de 007.
- Ah, ¿dónde?
- En el cine —contestó Lola sonriendo.
- Preguntaba por la embajada... ¿Tú eres idiota?
- No, pero es divertido ver la cara que pones. La embajada es ese edificio —contestó Lola, señalándolo.

Continuaron en silencio y Reyes tuvo una sensación rara, como si ya hubiese

estado en aquella zona de la ciudad. Era... no lo podía creer. Después del paseo, aquel coche se detenía frente al café-museo. Al instante, tres de los ocupantes se bajaban y entraban en el local. Habían dado la vuelta al mundo para volver al punto de partida.

Punto de encuentro (martes, 21 de noviembre de 1989)

- ¿Qué queréis saber? —disparó Dani.
- ¡Vaya, chaval! No pierdes el tiempo. Me gusta. Yo tampoco —intervino Feltracco—. Lo de Rosso, ¿cómo lo has averiguado? —preguntó señalando la portada del periódico.
- Y ¿yo qué gano con esto? —argumentó, desafiante.
- Que no te encierre por obstrucción —intervino Tempesti con agresividad.
- ¡Anda! El poli bueno y el malo. ¡Qué original! —dijo Dani, señalando primero a Feltracco y después a Tempesti.
- Te estás equivocando —puntualizó Feltracco—. Él es el bueno. Yo pienso traspapelar la documentación de tu detención hasta que te encariñes con el compañero de celda que te va a tocar. Y lo de tocar... créeme, acabará gustándote.
- Ya... déjame que lo piense —teatralizó unos instantes—. No me asustas. Quiero algo a cambio. Tengo que saber lo que pasa antes que los demás... En exclusiva. Tampoco es tanto.
- No estás en disposición de negociar nada —le advirtió Feltracco.
- Comisario —comenzó a decir Dani, cambiando de tono—, quizá no lo has entendido.
- Pero, ¿de qué estás hablando? —preguntó Feltracco, indignado.
- El padre de Toni, un hombre recio. Es marino. Dice que el agente Bruno Barone y unos colegas suyos estaban realizando una investigación por su cuenta para encontrar a su hijo Toni... No seríais vosotros ¿verdad?
- No tienes pruebas —apuntó Tempesti torpemente.
- Giacomo. Solo tengo que —suspiró—... ¿Es que no lo entendéis? Podía haberlo publicado —soltó con dureza—. Podía haberos cortado en trocitos y echado a los perros, podría joderos la vida. Y, sin embargo, no lo he hecho.
- ¡Un tío legal! —exclamó el comisario.
- Más o menos —dudó—. No te equivoques, la fidelidad no es gratis, quiero que nuestra colaboración dure más allá de este caso. ¿Hay trato? —

preguntó con voz suave.

- Vaya, ahora sí que me dejas sorprendido —contestó el comisario.
- Venga comisario, yo gano con esto casi tanto como vosotros. Si lo resolvéis os prometo que volveréis a salir en primera página, pero como héroes. Y, por lo que sé, lo necesitáis.
- No suena mal, salvamos el culo...
- Sí.
- De acuerdo, con una condición —apuntó Paolo Feltracco.
- Dispara.
- Serás el primero, pero solo publicarás lo que te digamos y cuando te lo digamos. Y te usaremos cuando nos interese.
- Me parece bien.
- Venga, a ver ¿qué tienes? Desembucha.
- Jefe —intervino Giacomo.
- Ahora no, muchacho, el polluelo va a cantar —le reprochó.
- Creo que sí es el momento. Mira, por la puerta... Esa mujer, es la de la foto del Koliseum, la que estuvo el viernes frente al castillo Farnese.
- ¿La asesina? —preguntó el periodista, entusiasmado.
- Ahora no, Dani. No tientes a tu suerte. ¡Lárgate! —le ordenó el comisario.
- ¿Estás de broma? Me quedo.
- Bajo tu responsabilidad —siseó Feltracco, zanjando el tema—. Giacomo, con cuidado —susurró el comisario—. Mira ese, parece que no viene sola. Tú por un lado y yo por el otro.

Era una habitación pequeña, con apenas unas mesas, afortunadamente vacías, decorada con cacharros y piedras de la Roma imperial, con el interés justo como para ser adorados por mirones, pero sin el caché suficiente como para merecerse una sala en uno de los Museos Vaticanos. Al periodista, la escena se le antojó grotesca, vio a los policías acercarse a la pareja como si fueran niños jugando en el patio del colegio. Pero era serio y lo sabía. Si aquellos dos sacaban sus armas, la cosa se podría fea; y puede que a él le tocara algo en suerte. Buscó con la mirada un refugio. No había nada. Se encogió de

hombros. Siempre le quedaba la indigna opción de parapetarse tras la mesa y rezar para que sirviera de escudo. Esperó pacientemente.

La mujer se dirigió directamente a Giacomo, como si lo conociera, mientras que el otro se quedó por detrás cubriéndole la retaguardia. Feltracco, hábilmente, le cortó el paso y el hombre no opuso resistencia. La mujer comenzó a hablar.

- Tu eres Giacomo Tempesti, el policía de los periódicos, ¿no? —preguntó la mujer.
- Sí ¿y tú?
- Lola Berlín, soy inspectora de policía. De la embajada española —le aclaró, mostrándole su identificación. Tengo que hablar contigo.
- ¿Y tu amigo?
- Guardia civil.
- ¿Llevas arma? —volvió a preguntar Tempesti.
- Por supuesto.
- Pero aquí no puedes...
- Olvídate de eso.
- ¿Jefe? —preguntó Tempesti, dirigiéndose a Feltracco, sin saber qué hacer.

Feltracco los miró unos instantes, como dudando. Tras las presentaciones, se tomó unos instantes. Decidió rápido. Los escucharía y después haría lo que tuviera que hacer. Lola les confesó que habían estado frente al castillo Farnese el viernes, que habían llegado allí siguiendo a un viejo conocido de la policía española: Salva Cuevas.

- ... y lamento mucho lo del compañero. Si lo hubiéramos sabido —apuntó Lola...
- Pero... huisteis ¿por qué? —preguntó Dani.

Aquel policía no era tonto y se había percatado de que Lola ocultaba algo, tendría más cuidado con él.

- Verás... La historia es complicada. No huimos, nos fuimos sin más. Nosotros...
- Tenemos tiempo —la interrumpió Feltracco.

Lola miró a Reyes como pidiendo su permiso para revelarles su secreto. Reyes bajó la mirada, asintiendo.

- Está bien —suspiró—. A principios de año me asignaron a un caso. Joder, mi primer caso como investigadora. Macastre, La Romana, Valencia ¿os suena? —preguntó mirándolos alternativamente—. Supongo que no habréis oído hablar de él. Apenas nadie lo ha hecho, porque... y ahora viene lo raro, a pesar de lo sórdido del mismo, el impacto mediático fue cero. Impresionante, ¿no?
- ¿Qué tiene eso que...? —preguntó Tempesti.
- Shhhh —intervino el periodista—. Déjala que siga, me interesa.
- Gracias, Dani. Bueno, veréis, desaparecieron tres chicos de apenas 14 años, los encontraron muertos en circunstancias inexplicables. Para que os hagáis una idea. A uno lo encontraron a escasos metros de la otra, pero mucho después.
- ¿Cuánto tiempo después? —preguntó Feltracco.
- Mucho, semanas.
- Pfff —suspiró Tempesti—, ¿no hicieron una batida?
- Claro.
- El asunto huele fatal —apuntó Dani.
- Peor. Se perdieron pruebas —continuó Lola—, se traspapelaron autopsias, se deshicieron de los cadáveres, se obviaron testimonios, se despreciaron líneas de investigación.
- Y pusieron a una novata al frente de todo el circo para que la cagara... y echarle la culpa —apuntó Feltracco sin pensar lo que decía—. Esto... no era eso lo que quería —se corrigió torpemente...
- Tranquilo, eso es exactamente lo que hicieron. No pasa nada. Ya lo tiene

asumido —intervino Reyes en italiano rudimentario.

- ¿Y él? —señaló Tempesti al guardia civil.
- A Juan me lo asignaron para vigilarme y espiarme. Creo que les salió rana —bromeó Lola.
- Entiendo. Supongo que Cuevas tiene algo que ver con todo —comenzó a apuntar Feltracco.
- ¿Quieres la historia corta o la larga? —preguntó Lola mirándolo fijamente.
- Vale. Sigue.
- Cuando llegué a la zona, al principio no noté nada anormal. La hostilidad de los de verde —dijo señalando a Reyes— la achaqué a la rivalidad entre cuerpos. Ya sabéis, como entre vosotros y los carabinieri —añadió mirando a Dani.
- A mí no me lo cuentes. Yo soy periodista —le cortó con descaro.
- No me toquéis los cojones, pero, ¿este quién es? —gritó Lola enfadada.
- Tranquila. Nosotros también tenemos nuestra historia. Confía en mí. Puede estar aquí —la calmó el comisario Feltracco.
- ¡¿Que confie?! ¿quién es este tío?
- El que tomó la foto —puntualizó Dani cogiendo el periódico.
- No tienes ni idea de con quién nos jugamos los cuartos.
- Tampoco será para tanto —apuntó Giacomo.
- Eso díselo a los muertos. Ya van unos cuantos —contestó alterada.
- Bueno, vale, te pido disculpas. ¿Sigues? —la invitó Giacomo.
- Primero me aclaras qué hace este tipo con vosotros.
- Está con nosotros —apuntó Feltracco, serio—. Llevamos meses colaborando —mintió—. Es nuestro confidente.
- Si tú lo dices...
- Dani es fundamental en la investigación. Nos coordinamos —añadió Tempesti.
- Bueno —dijo poco convencida—, en fin —añadió pasados unos segundos —, sigo: Al poco me di cuenta de que me seguían.

- Nos seguían a los dos —apuntó Reyes.
- Vale sí, a ti también. Mi propio jefe me traicionó. Me puso un localizador. Joder, ¿sabéis? El tío era mi novio —dijo con la voz quebrada—. El muy cabrón me asignó el caso porque le habían pedido alguien manejable y cuando vio que no era tan idiota —añadió con odio...
- Parece que no te conocía bien —bromeó Feltracco.
- Ya no lo sé, no estoy segura. No hemos conseguido nada, los chicos están olvidados, los culpables siguen en la calle. Igual sí llevaba razón.
- ¿Qué más? —preguntó Dani, ansioso.
- ¿Estáis seguros de este?
- Ya te he dicho que tenemos un trato y creo que tiene más que ganar si lo cumple —dijo Tempesti.
- Como queráis —suspiró Lola—. Descubrimos que había un campo de entrenamiento de mercenarios.
- ¿En Valencia? —preguntó Dani, incrédulo, con cara de Pulitzer.
- ¿Veis? —soltó Lola, como si fuera una madre a punto de decir eso de “te lo dije”.
- ¿Has dicho mercenarios? —volvió a interrogarla Dani.
- Sí, mercenarios, paramilitares, contras, llámalo como quieras, en Europa, en el siglo XX. Con dos cojones —apuntó Reyes en español reforzando la tesis de Lola.
- ¡Pardiez! Juan, contente —exclamó Lola riéndose.
- No os sigo —intervino Tempesti.
- Nada, es una broma entre nosotros.
- ¡Espera un momento! ¿Me estás diciendo lo que me estás diciendo? —preguntó Feltracco que sí había entendido lo que Juan había dicho.
- Sí —afirmó seria Lola.
- Eso explica por qué aparecieron los de la AISI tan rápido en cuanto preguntamos por Nabil.
- ¡Vaya, también lo conocéis por aquí! —exclamó Lola—. Creo que es el

- jefe del campo —añadió.
- Perdona —intervino Reyes, fuera de juego— ¿AISI?
 - Sí, el CESID de aquí —puntualizó Lola.
 - Uff, esto se pone feo —suspiró Tempesti.
 - Todo lo contrario —intervino Dani.
 - ¿Y los niños por qué...? —preguntó el comisario Feltracco.
 - Continúo. Nos emboscaron. Bueno, envistieron a nuestro coche, nos cogieron por sorpresa... Cuevas tenía un hermano que se hizo cargo de nosotros para rematarnos. Un descerebrado y un psicópata. Supongo que como nos iba a quitar de en medio, se dio el gustazo de contarnos lo que hacían y por qué. En cuanto a los críos, Cuevas nos confesó que los mataron para entrenar técnicas de tortura e interrogatorio.
 - ¡Joder! —exclamó Feltracco.
 - Pero el imbécil no contó con mi amigo Chuck Norris, aquí al lado. En fin, que el que acabó bajo tierra fue el hermano de Salva. Después, negociamos con los jefes. Silencio a cambio de inmunidad.
 - Entiendo —apuntó Feltracco—. Pero... pasó algo.
 - ¿¡Yo!? ¡A mí no me mires! —exclamó Lola—. Me dieron el destino de mi vida. Me vine aquí e intenté olvidarlo todo hasta que este —volvió a señalar a Reyes, indignada— se fue de la lengua.
 - Porque tú te atiborraste de pastillas y yo no —puntualizó Reyes, molesto.
 - ¡Ah! la conciencia que acaba fastidiándolo todo —apuntó Dani, como si diera el sermón del domingo.
 - Y no sabes hasta qué punto. Se cargaron a tu colega, al que se entrevistó con Juan, a mi jefe, a su jefe —apuntó Lola, moviendo la cabeza en dirección del guardia civil—, al jefe de su jefe y no sé a cuántos más. Y ahora van a por nosotros.
 - ¿Y por qué seguíais a Cuevas? —preguntó Feltracco, sin comprender.
 - Jefe, está claro, quieren volver a negociar —puntualizó Tempesti—. ¿No es así, Lola? Por eso te vi en el Koliseum. Queréis comprar vuestro pellejo otra vez, por eso ibais detrás de él y de Nabil todo el tiempo, para sacar algo con lo que pagar —añadió mirando a la inspectora—. Es eso,

¿verdad?

Truco o trato (martes, 21 de noviembre de 1989)

- Nos tenéis que dar las armas. Chicos, lo siento, no podemos permitirlo — dijo Feltracco con cara de circunstancia.

Lola y Reyes obedecieron mansamente y dejaron sus pistolas encima de la mesa. Mientras, Tempesti observaba en silencio a los extranjeros. Parecían tan desesperados como un enfermo terminal al salir de la consulta y les veía capaces de hacer cualquier cosa si se les prometían un milagro. Triste como ir al curandero. Giacomo sabía que a los españoles les había tocado estar en el momento inoportuno en el sitio más inadecuado del planeta. Como también intuía que se los acabarían cargando y no que tardarían mucho. Era una extraña sensación hablar con aquellos dos zombis con los que podría enviar saludos a sus difuntos. Pensó que, si hubiese tenido que apostar su sueldo del mes, lo habría hecho por el equipo contrario. Sonrió con amargura, afortunadamente, él no estaba en el pellejo de ninguno de los dos. Su mente volvió al caso. Comenzó a casar datos: Cuevas, Bruno, Rosso, Alma... Vlad. Algo no encajaba.

- ¿Lo del canibalismo? —insinuó Lola, sin atreverse a continuar.
- Se lo ha inventado Dani, pero es la hipótesis más probable —apuntó Feltracco con naturalidad.
- ¡Es increíble! —exclamó Reyes.
- Sí, en pleno siglo XX. También en Europa. No sois los únicos — respondió Tempesti con tono cansino.
- Y lo peor es que este caso acaba de empezar —dijo el comisario Feltracco, peleando con sus ideas y evaluando lo que se le venía encima—. Joder, esto ya se ha convertido en un verdadero quebradero de cabeza. No solo hay que encontrar al que mató a Bruno, sino que también habrá que destapar la red de venta y averiguar quién o quiénes tienen un gusto tan retorcido. Nos llevará meses.
- Y ¿Vlad? ¿Qué tiene que ver en todo este embrollo? —preguntó Tempesti, volviendo a su línea de pensamiento.
- ¿Vlad? —dijeron al unísono Lola y Reyes.

- Este tipo —puntualizó Tempesti sacando una foto y señalando a un hombre.
- Lo hemos seguido varias veces: en el Koliseum, en Termini —se explicó Lola...
- Pero no lo habíamos visto antes —puntualizó Reyes—. Quiero decir, no en España. No es de la trama...
- ¡Eso es! —exclamó Tempesti.
- ¿Qué? —preguntó Dani,
- No sé por qué, pero presiento que son dos casos independientes. Mezclados, pero... que no tienen nada que ver el uno con el otro. Puede que el nexa sea el tal Vlad —se explicó Giacomo.
- O Nabil —apuntó Lola.
- Habría que encontrarlos —murmuró Paolo apretando los dientes.
- Por lo que decís —intervino Juan Reyes—... el capricho debe de ser caro. Muy caro.
- ¿El qué? —preguntó Tempesti.
- Poner a un tío en tu mesa, pero no como invitado —puntualizó Lola.
- Como el caviar —apuntó Dani.
- Me temo que más —recalcó el guardia civil mirando a la inspectora con complicidad.
- Supongo —respondió el periodista moviendo la cabeza en sentido afirmativo.
- ¡Bienvenidos a mi mundo! —exclamó Lola teatralmente.
- Pero ¿qué dices? —preguntó Paolo Feltracco.
- Que si comerse a otro es tan caro... solo lo puede pagar un tipo de gente. Mira el lado bueno: no tendréis que buscar por todos los barrios de Roma. No se mezclan, la lista de sospechosos es pequeñísima. Y lo malo... no sé cómo deciros esto. Los que están detrás de esta mierda tienen pasta para aburrir a las medusas. Me da que no se van a quedar de brazos cruzados mientras recogéis las piezas del rompecabezas para enchironarlos. Vamos, que van a joderos en cuanto puedan.

- Y ¿te alegras? —preguntó Dani, molesto.
- No, pero —suspiró—, básicamente, a mi modo de ver, estáis tan jodidos como nosotros. Quizá duréis unos meses más, nunca se sabe, pero...
- Lo que quiere decir Lola —intervino Reyes suavizando la conversación— es que necesitamos vuestra ayuda, pero nosotros también podemos echaros una —concluyó extendiendo la mano para recuperar su arma, gesticulando, sin atreverse a tocarla...
- No hace falta que sigas. Lo he entendido perfectamente —le cortó Feltracco —estamos de mierda hasta los ojos. ¡Todos! —entregándole el arma al guardia civil.
- ¡Efectivamente! ¿Hay trato? —preguntó Lola guardando su pistola.

Boca arriba (martes, 21 de noviembre de 1989)

Puede que fuera una de esas circunstancias del universo en las que un suceso irremediabilmente conduce a otro. Como cuando un asteroide que lleva millones de años dando vueltas, de repente, choca contra otro y cambia su curso. Una carambola planificada en otro confín de la galaxia a millones de kilómetros. Algo aparentemente inofensivo, lejano, oscuro. Pero con una nueva trayectoria que, inexorablemente, conducirá al desastre. Giacomo Tempesti no sabía en qué momento la investigación se había convertido en un juego de supervivencia. Puede que, en los confines de su sistema solar, hubiese nacido ya así.

Cuando se quedó a solas con el comisario, intentó establecer una conversación, pero no le salieron las palabras adecuadas. Una vez más, en su mente se acumulaban los reproches y los insultos. Y de eso, Feltracco ya había tenido su ración. No tenía ningún sentido seguir por el mismo camino. Tenía que encontrar la forma de desviar el meteorito.

De camino a comisaría, Tempesti se sumió en sus pensamientos. Por un lado, tenía a Bruno, a Toni Rosso y a unos cuantos más que habrían desaparecido en aquella casa. Gente de la que nunca averiguarían el nombre. Quizá los de la lista del Speedo, pero nunca podrían verificarlo. Era horrible. Fagocitados literalmente y borrados para siempre sin dejar rastro. Y era allí, en el castillo Farnese y en ningún otro sitio, porque lo que había visto en los sótanos no era otra cosa que un matadero industrial humano. Eso significaba que los dueños muy probablemente estaban implicados. Aquel guardia español, Reyes, llevaban razón. Había gente que pagaba un dineral por el capricho. Además, el nivel de vida de los habitantes de la mansión de los horrores encajaba perfectamente con el negocio. Pensó que ya solo había que ocuparse de uno de ellos. De Alma. Dudó. Quizá Vlad también participase en la matanza. Pero, si era así, entonces ¿por qué se había quedado fuera esperando la noche del viernes? No cuadraba.

Por otro lado, estaba el asunto de la captación de materia prima. Para esa fase, solo tenía un nombre y un lugar. Y estaba convencido. Era Vlad en el Koliseum. Lo había visto con sus propios ojos.

En cuanto a la distribución, tendría que haber alguien con contactos de alto nivel, alguien que fuera capaz de vender una cosa así. Discreto y transgresor. Resultaba evidente que podría haber más gente implicada, pero tampoco debía de ser una red grande. Un secreto a voces deja de serlo pronto. Algo tan delicado, tan prohibido, tan... artesanal. No. Era obra de muy pocos. Dos o tres como mucho. Volvía a Vlad y quizás también Nabil. Pero le resultaba extraño.

Apretó los dientes, se dio cuenta de que, la clientela, los responsables últimos, seguirían libres. Sonrió con la macabra idea que surco su mente: que hubiera un libro de registro con los nombres y las perversiones de tan sádicamente exclusivos paladares... No, no tendrían esa suerte.

Y, por último, estaba el turbio asunto de los españoles. Había una conexión entre ambos casos, aunque fuera circunstancial. La había. Era evidente. Si tuviera acceso a Nabil. Los de la AISI y sus secretos de estado... Estaba claro que Nabil y Cuevas eran mercenarios, matones o asesinos a sueldo... Era eso. Los habían contratado para un trabajo.

- ¡Jefe!
- Sí, Giacomo.
- Paolo, Vlad contrató a Nabil para matar a alguien. Esa es la conexión. No puede ser otra cosa —dijo nervioso.
- ¿Y los van a traer de fuera? Aquí hay gente así, no necesitan...
- Los contrataron porque ya estaban aquí.
- ¿No te entiendo?
- Habían venido para cargarse a Lola y Reyes. El asunto del castillo Farnese es un encargo extra, un sobresueldo. Puede que ... el que los contrató los conociera de antes. O que... se lo hayan recomendado.
- Encaja —respondió—. Pero, ¿quién los contrató?, ¿a quién querían quitar de en medio? Y ¿para qué? —preguntó el comisario.
- Paolo —dijo, parándose en seco y mirando al jefe fijamente—. Normalmente se elimina a alguien que sobra o molesta.
- Un socio que se ha ido de la lengua... Tiene sentido.

- O alguien que se retira del negocio y sabe mucho —apuntó Tempesti.
- No está mal, Giacomo, no está mal —repitió el comisario, satisfecho.
- Jefe, tienes que averiguar quién es ese Nabil.
- No creas que no lo he intentado. He pedido favores, he hablado con amigos. Nadie sabe nada. Es como intocable. Bueno, ya viste lo que ocurrió. Y no te lo he contado todo.
- Y ¿de Cuevas?
- Ya sabemos más de lo que necesitamos, solo era un matón a sueldo, un hijo de puta a la sombra de Nabil, si creemos a Lola y Reyes. El tipo trabajaba para limpiar mierda y ya no puede abrir la boca.
- ¿Y lo del campamento?
- Giacomo, ¿es que no lo entiendes? Ya has oído a la inspectora Berlín, en cuanto demos un paso, van a venir a por nosotros. ¿No tienes suficiente con los enemigos de aquí que tienes que traer más de fuera? Sencillamente, no está en nuestras manos.
- Ehhh...
- Vamos, continúa caminando —le animó Feltracco—. Quiero llegar a la comisaría, a ver si consigo, pidiendo un favor...
- ¡No! —gritó Tempesti.
- Joder, Giacomo ¿puedes andar?
- ¡Para! No lo vamos a hacer así.
- ¿A qué te refieres, chaval?
- A esta investigación.
- No te entiendo.
- Va a seguir como hasta ahora. En privado. Nosotros por nuestra cuenta.
- No te comprendo... Llevas semanas pidiendo esto, y ahora me vienes con secretos. Además, eso es imposible, hemos salido en los periódicos. Estás en primera página. La noticia está por todas partes. Llegados a este punto, el procedimiento es imparable.
- ¿Y?

- Que pondrán más gente, otros jefes de más rango, harán preguntas, llamadas telefónicas del ministerio del interior, la prensa, el Vaticano...
- Estupendo. Jefe, nosotros a lo nuestro. Sin que nadie se entere. Sin compartir confidentes ni datos.
- Giacomo, es ilegal.
- ¿Desde cuándo te importa?
- Giacomo, escucha...
- No escúchame tú. Nadie ha visto a Vlad ni saben de su relación con Nabil. Ni conocen a los polis españoles. ¡Nadie sabe nada! No me fío de ningún compañero. De nadie de la comisaría. Ni del ministerio. Es nuestro pellejo.
- Muchacho, estás...
- Y esta investigación sin nosotros no va a ninguna parte. Y es lo que quiero que ocurra.
- Necesitamos ayuda. Tú, tú... estás paranoico.
- ¿Qué? ¿Acaso no es lo que hemos hecho hasta ahora?
- ¿Pero qué pretendes?
- Que fracase, que pase el tiempo y que se olviden de nosotros. Permaneceremos en la sombra hasta que podamos ir a un juez con todo el trabajo hecho. Tenemos a Dani, a Lola y Reyes. Ese es el plan.
- Sí, la verdad, tengo que reconocerlo. A primera vista, pareces un poco idiota, pero tienes cojones.

Contrato (miércoles, 22 de noviembre de 1989, mediodía)

Aquella sala vaticana era su museo favorito y se había convertido en lugar de peregrinación obligatoria. Puede que fuera un fetichista o quizá pensase que los sortilegios mágicos de “el libro de los muertos” sirviera para ayudar a sus víctimas en el viaje. Como si tuviera remordimientos. Sonrió intentando contabilizar a cuántos le tendría que echar una mano con Osiris. Se mantuvo absorto mirando los pergaminos acariciados por la suavidad de la luz tenue, mientras el resto de turistas paseaban sus ojos por las vitrinas sin prestar demasiada atención. Ignorantes ávidos de hamburguesas de cultura con ketchup y mostaza. Miró su reloj, su cita se retrasaba.

- ¿Sabes? Creo que voy a averiguar si vales lo que dicen —le interrumpió una voz...

Lo miró con desprecio, sonrió fríamente como si el cliente fuese uno de esos funcionarios de cloaca de ministerio con los que habitualmente trataba asuntos turbios. Pensó que aquel tipo no sabía con quién estaba hablando. Ni siquiera le respondió.

- Es esta mujer —añadió señalándola en una foto.

En la instantánea, la chica, no parecía gran cosa. Nabil pensó que era un trabajo de pacotilla encargado por un niño remilgado que no era capaz de hacer lo que tenía que hacer por sí mismo. Él era un cazador y su arte valía más que esa chica. El mercantilismo era una mierda, pero el dinero... siempre le venía bien. El tal Vlad empezaba a resultarle antipático. Y, definitivamente, no eran almas gemelas.

- ¿Y? —preguntó Nabil, hastiado, como si no entendiera la petición.

Era parte del ritual. Le gustaba forzar la situación, disfrutaba haciéndose el tonto para que los clientes tuvieran que decir las palabras mágicas. Que estas salieran de sus bocas y que se embarraran al soltarlas al aire. La mayoría de las veces, lo verbalizaban a trompicones, con vergüenza, como si se arrepintieran al instante de pronunciarlas. Estaba habituado a esa clase de

clientes. Gente miserable con dinero suficiente como para que les limpiasen el culo si era necesario, pero incapaces mancharse las manos. Cobardes habituales.

- ¡Quiero que la mates y que desaparezca! —puntualizó Vlad, mirándolo fijamente, sin amilanarse, agresivo como el ataque de una mamba negra—. Y rápido —añadió.

Le mantuvo la vista, rebuscando dentro de sus ojos, intentando encontrar algún resquicio de mansedumbre. No lograba ver en su interior. Le hizo sentirse incómodo y supo que lo había juzgado mal. Aquel tipo era cualquier cosa menos un cobarde. Un tipo oscuro... de los más peligrosos.

Habían pasado de sala, como si fuera unos turistas más. Para Nabil, los vestigios del pasado del vecino Egipto eran tan irresistiblemente mágicos como los de la siguiente exposición: Mesopotamia.

- Será caro —susurró Nabil con ambición medida, sin dejar de admirar una tabla cuneiforme.

No lo podía evitar, era un profesional y los que arrendaban sus servicios, unos aficionados que estaban en desventaja y él se aprovechaba, como cuando era un crío y el cura maronita de su barrio en Beirut que le hacía pagar con penitencia extra cuando confesaba un pecado imperdonable. Sí, a Vlad le saldría caro acabar con la chica.

- Eso no es problema —respondió Vlad con seguridad—. Pero ella sí —añadió al cabo de unos segundos.
- No parece...
- No la infravalores. Es Alma Della Vedova —lo interrumpió.
- ¿¡Es ella!? —exclamó con una mezcla de asombro y respeto.
- Sí, la misma que se cargó a tu socio.
- Entiendo, entonces, la cosa cambia. Se pone interesante —dijo meditabundo—. Dime una cosa... ¿por qué ahora recurres a mí? —le

preguntó a bocajarro.

Nabil no era tonto y requería la respuesta adecuada, Vlad se quedó pensando unos instantes, debatiéndose entre contarle todo o solo las partes menos escatológicas. Pero... Nabil ya habría leído los periódicos y habría hecho las asociaciones pertinentes. Tocaba versión breve, pero veraz.

- Trabaja... trabajaba para mí —se corrigió.
- ¿En el negocio caníbal?
- Sí —contestó escueto.
- Te la quisiste quitar de encima y contrataste a Cuevas.
- Correcto
- Pero salió mal.
- Evidente. Cuevas, no la valoró en su justa medida.
- Típico de Salva, en el fondo, me alegro. Me has quitado un peso de encima.
- Nabil, Alma es muy peligrosa.

Era lo que Nabil llevaba tiempo esperando, un encargo digno, una presa difícil de cazar, algo de lo que sentirse orgulloso. Tuvo una visión, un instante, de cuando era pequeño, en la charca, cazando patos con el abuelo. Sería sigiloso y acecharía aguantando estoicamente lo que hiciera falta, como le habían enseñado. Y, quizá, si Alma cumplía con las expectativas, colgaría un nuevo trofeo en la pared de su museo particular. Sí, aceptaba el encargo. Lo habría hecho gratis. Abandonó la sala vaticana y se marchó por la salida más cercana. Tenía trabajo.

Primera reunión (viernes, 24 de noviembre de 1989)

- Hemos perdido a Nabil —intervino Reyes.
- ¿Qué ha pasado? —preguntó Feltracco, decepcionado.
- Sencillamente, ya no se aloja en el Quirinale y no podemos ir hotel por hotel, levantaríamos sospechas y mi placa aquí vale poco. No hay forma de localizarlo —se explicó Lola.
- Entiendo —respondió Feltracco, escueto.
- Además, hace días que nadie va a echar un ojo a mi apartamento en vía Frattina —puntualizó Lola—. No tenemos a quién seguir.
- Parece que han desistido —añadió Reyes, aliviado.
- Juan, creo que no, esa gente no perdona. Esto... no sé si os han localizado o no. Pero es muy posible. Y si es así, os están cazando —dijo Dani con naturalidad.
- Vaya con el periodista, tú sí que sabes dar ánimos y tocar los cojones a la vez—le soltó Lola con malos modos.
- No era mi intención, solo quería deciros que a partir de ahora os quedáis en mi casa —respondió Dani.
- Gracias, eres... muy amable —contestó Lola, sorprendida.
- Vamos —le interrumpió Feltracco—. Tenemos que centrarnos. La situación es la siguiente. He pedido que me releven del caso. En cuanto a Tempesti...
- Cierto, ¿dónde está Giacomo? —preguntó Dani.
- Haciendo puerta.
- Ya, entiendo —apuntó Lola.
- Sigo... Tenemos... en primer lugar a Vlad, sabemos que solía frecuentar el Koliseum, y que lo hacía para buscar ganado. ¿Hay posibilidades de que vuelva? Puede. Quizá convendría que tú y Reyes os pasaseis por allí de vez en cuando —dijo mirando a la inspectora—. En segundo lugar, Nabil, sabemos que es intocable, y que, en cuanto pregunte por él volverán a interrogarme. Levantaremos sospechas, nos seguirán... En fin, no hace falta que continúe. De momento, parece ilocalizable. Y, por último, Alma

estudió medicina. Es un dato que se nos había escapado. Bien, no creo que haya muchas que se llamen así. Podríamos buscar en la universidad. Ronda los treinta años, y su nombre no es común. No debería ser complicado encontrarla.

- ¿Y yo? —preguntó Dani.
- Tú, ¿qué?
- ¿Hago algo?
- No eres policía, Dani, no estás en peligro. Tú no deberías involucrarte. Te lo agradezco.
- Deja que eso lo decida yo, ¿no?
- Pero...
- Me encargo de Nabil. Dame una semana —dijo Dani, desafiando al comisario.
- ¿Nabil? Como quieras —contestó Feltracco, incrédulo.
- Nosotros iremos a la facultad de medicina —intervino Lola, recuperando el tema anterior.
- No es tan fácil —interrumpió Dani—. No tiene por qué haber estudiado en Roma.
- Cierto —apuntó Feltracco.
- En fin, siempre queda el recurso del teléfono. Es menos efectivo que el cara a cara, pero se puede intentar —volvió a intervenir Lola.
- ¿Encontrasteis algo más en el castillo Farnese? —preguntó Reyes.
- No, nada relevante. Bueno, tenemos un retratista —contestó Feltracco sacando un dibujo doblado—. El tío es muy bueno.
- ¿En serio? —preguntó Reyes, sorprendido.
- ¿Qué?
- ¿Es esta tía? ¿Esta es Alma? —volvió a preguntar
- Eso dicen los vecinos ¿por? —intervino Feltracco, sin entender a dónde quería llegar el guardia civil.
- Porque tengo una foto de ella.

- ¿Y lo dices ahora?
- No sabíamos que estaba relacionada —comenzó a explicarse torpemente —... Teníamos la atención centrada en el encuentro entre Vlad y los carabinieri. Yo... no vimos de dónde salió, fue un momento, la noche del castillo Farnese un Porsche apareció delante de mí, lo vi pasar acelerando. Me gustan los coches, el ruido...
- Vale, entendido. ¿Tienes la foto ahí? —preguntó Feltracco, ansioso.
- No, está en el apartamento. El chaval es aficionado a las fotos, las tiene por todas partes. Por cierto, el retrato no le hace justicia, es muy fotogénica —puntualizó Lola.
- Vamos cagando leches —ordenó el comisario.

Final del hilo (jueves, 30 de noviembre de 1989)

Sus chicos se habían empleado a fondo. Estaba seguro de ello. Y, sin embargo, no encontraba el eslabón más grueso de la cadena, del que colgaba todo: Vlad. Un tipo accesible mientras hubo dinero de por medio y un fantasma ilocalizable un minuto después de la transacción. Una de las pocas veces que Misha había bajado la guardia, quizá la única, y le había costado caro. Pero la premura y no querer saber de dónde sacaban la pieza suplente para Clara le pesó más que su recelo natural. Era un gran error, aunque, parados a pensar, de no haber actuado así, ella ya estaría muerta.

Los médicos interrogados no sabían mucho más que el general. Lo habrían contado. Por lo que pudo averiguar eran tan ingenuos como querían, puede que, como consecuencia de una mordida, una clase de rabia que anula el espíritu crítico. Porque la documentación de los órganos era falsa, pero los doctores miraban más en la dirección del abultado paquetito que en la procedencia de los órganos. Era más sano, y si nadie en el hospital preguntaba era porque no había nada malo. Sobre todo, para sus cuentas bancarias, que habían dejado de ser corrientes. Definitivamente Misha se había quedado sin más personal al que exprimirle información ni traspasarle sus remordimientos y su ira. Además, la noticia sobre el torturador de médicos había llegado a los periódicos. No podía desatar un conflicto internacional por un asunto particular.

Y no había mucho más que hacer, hasta que, Dani, aquel chico tan singular con el que a veces echaba una partida de ajedrez, el amigo de su hija Syu, les contó que colaboraba con la policía en el asunto de los caníbales. Parecía una conversación trivial, chascarrillos de metomentodo mientras escuchaban a su hija tocar el piano, preparando un recital, para demostrarle al mundo de lo que ella era capaz.

Misha la había oído mil veces, desde que era pequeña, un talento especial, pero no importaba, cada interpretación era distinta y única, como si su hija tuviese la capacidad de imprimirle un estado anímico diferente en cada ocasión. Dani casi era un susurro de fondo hasta que pronunció un nombre: Vlad

- ¿Qué has dicho? —gritó el general, perdiendo la compostura.

Paró la música, el silencio resultó más incómodo e insoportable que el grito del instante anterior. El periodista se quedó a la defensiva, incapaz de articular palabra, ahogado en su miedo, esperando que el exabrupto fuese una mala pasada de su imaginación, sin entender la reacción del militar soviético.

- Vamos, chaval, ¿qué nombre has dicho? —repitió nervioso, acostumbrado a ser obedecido de inmediato.
- Eh... ¿Se refiere a Vlad? —preguntó titubeando.

Lo del canibalismo cuadraba, Misha, en aquel instante, supo de dónde había salido el repuesto de su esposa. Lo que quedaba por averiguar era el nombre del que había perdido el pellejo para que Clara viviera un poco más.

- Eso creí oír —respondió algo más calmado, sonriendo, disfrutando del instante—. Bien, ahora cuéntame todo lo que sepas —concluyó con voz aterciopelada.

Estaba en desventaja, en casa de su amiga, pero también en casa de unos diplomáticos que, por lo que sabía, bien podían ser del KGB. No comprendía el porqué del interés de Novikov por un asunto de delincuencia doméstica. No tenía ni la menor idea y no era asunto suyo. No cometería la torpeza de meter las narices en el plato del general. Tan solo estaba allí porque le gustaba aquella chica un par de años más joven que él, aunque no sabía si llegaría a algo con ella. Quizá por miedo a un “no”. Prefería un “tal vez” y no acababa de dar el paso. Pero una cosa sí tenía clara, si realmente quería tener la más mínima oportunidad, tendría que pasar primero por el beneplácito paterno. Comenzó a cantar como si fuera un tenor, acompañado de nuevo por las notas que Syu arrancaba del piano.

- ¿Nabil has dicho?
- Sí, Elbouri, necesitamos encontrarlo.
- Y detrás de este tipo está Vlad.

- General, creemos que es así.
- Veré qué puedo hacer.
- Gracias.
- Dani, eres un buen chico. Gracias a ti.
- No hay de qué.
- Ah... Dani, una cosa más.
- ¿Qué?
- Nos va mucho en esto. A los dos. Te lo aseguro. Me mantendrás informado. Quiero saber todo de esa investigación, quién está al mando, qué come, si ha dormido bien... Todo. Y necesito absoluta discreción.
- Así será. Y..., general, espero la misma discreción por su parte.
- Cuenta con ello, muchacho.

Syu (martes, 5 de diciembre de 1989)

Tempesti quedó ante sus compañeros como un imbécil al confesar que el día de La Olgiata extravió las únicas fotos del sospechoso. Algo a todas luces injustificable. Típico de un principiante y de un inepto. Tampoco supo aclarar por qué el difunto agente Barone había tomado las instantáneas de Vlad ni tampoco dio una explicación de las circunstancias en las que lo había hecho. Tras eso, pasó a ser el último mono de la comisaría y volvía a chupar puerta. Trasparente e inútil como un paragüero en verano. Más o menos, lo que quería; con un “pero” que le comía por dentro: si no resolvía el caso, ningún compañero en toda Roma volvería a confiarle ni el capuchón de un bolígrafo.

Al cabo de un par de semanas, la investigación oficial encalló como un barco viejo en la marea baja, herrumbroso y cayéndose a pedazos. Los concienzudos inspectores solo tenían dos nombres, que bien podían ser falsos. Vlad y Alma. Las pruebas forenses realizadas en la escena del crimen confirmaban lo que ya sospechaban: aquello había sido un Auschwitz en miniatura. En cuanto a Bruno, lo elevaron a los altares de los héroes caídos. Aunque las circunstancias no estaban del todo claras, se miró para otro lado en lo turbio y se hizo hincapié en lo que sí se sabía: el chaval había neutralizado al asesino de Vittorio. Un individuo peligroso que además estaba buscado por la Interpol. Un consuelo de mierda para una joven novia y una medalla de hierro barato puesta sobre una caja de madera en una ceremonia hortera presidida por un ministro patán y borracho que, acto seguido, fue aderezada con canapés rancios.

Y no había mucho más, porque el policía de uniforme de la puerta, el tonto de la comisaría se había encargado de ocultar la suciedad bajo la alfombra. Ni Speedo ni el padre de Toni dirían nada y se había deshecho de las cintas de Termini. Ya solo quedaba que los pocos periódicos que seguían sacando morralla en las páginas interiores, dejaran de hacerlo. Y las aguas volverían a su cauce.

Ese martes de diciembre hacía frío, cinco grados, con una humedad relativa muy alta, 80%, lluvia y algo de viento. Era como si Tempesti estuviese haciendo penitencia en la puerta de la comisaría por los pecados cometidos. Y todavía le quedaba para rato.

- Te veo guapo con el uniforme —dijo una voz familiar.
- Vete a tomar por culo —contestó Giacomo.
- Joder, vengo a visitarte. Mi poli favorito —respondió.
- No estoy de humor, Dani —le advirtió el policía.
- Venga, está saliendo como planeamos —dijo suavizando el tono.
- ¿Sabes?, siento que hemos cometido un grave error, que yo he cometido un gran error convenciendo a Feltracco —se corrigió—. Creo que tendríamos que haber continuado con la investigación de forma pública. Hay mecanismos y procedimientos...
- Yo también lo creo —lo interrumpió el periodista—. Sí, estoy totalmente de acuerdo.
- ¿Entonces?
- Fuiste un soberbio y un irresponsable —continuó con ironía—. El gran novato que descubriría el pastel... Y eso de pensar que de entre tus compañeros habría alguno que se vendería y te traicionaría o que pervertiría las pruebas para que no pudiesen usarlas en un juicio, o que las perdería... ¡Es tan absurdo! No creo que eso pueda pasar. Nunca ha ocurrido antes, ¿verdad?
- Eres un cínico —le escupió Tempesti, enfadado.
- Puede, porque los polis sois incorruptibles ¿no? —continuó atacando.
- Ya.
- Vamos, chaval. Todo el mundo tiene un precio. Te habrían vendido, te habría salido el tiro por la culata. Giacomo ¿tu juegas al póker? —preguntó Dani.
- ¿Qué?
- Dicen que, en una partida, si pasadas un par de manos, no sabes quién es el pardillo; ya me entiendes, el tipo al que van a vaciarle los bolsillos; lo mejor que puedes hacer es levantarte y marcharte.
- ¿Por?
- Porque el pardillo, amigo mío, ese día eres tú. Y en esta partida, tu

comisario y tú habríais acabado siendo los caníbales que se comían a esos pobres desgraciados, o los que los vendían a trozos, o unos corruptos por cualquier otro motivo. Os desacreditarían. Os atacarían a nivel personal. Ya sabes... para que el centro de atención se desvíe. No te confundas. Sé cómo funciona esto.

- Para ti es fácil. No estás aquí haciendo el idiota.
- Tómate tu tiempo. Los que están involucrados están nerviosos. Necesitan a un par de voluntarios para colgarlos por los pies.
- Exageras.
- ¿Te acuerdas de como acabó Calvi?
- ¿Quién?
- Calvi, el de la banca ambrosiana.
- No.
- En el 81 la policía irrumpió en las oficinas de Roberto Calvi como un elefante en una tienda de figuritas de porcelana. Había mierda para aburrir y lo condenaron a cuatro años de cárcel. Pero, mira, ¡qué suerte! Extrañamente fue puesto en libertad a pesar de la condena firme. ¡No te lo vas a creer! Al tío lo dejaron en su puesto en el banco con el traje planchado. ¡En el mismo puesto! Siguió trabajando como si no hubiese pasado nada hasta que, al año siguiente, le dio por suicidarse en el puente de Blackfriars en Londres. ¡Colgado como si fuera un adorno de navidad, pero el 18 de julio! ¡Qué ocurrencia!
- Sí, creo que sí me acuerdo —confesó Tempesti, derrotado.
- Empiezas a caerme bien. Intenta que no te suiciden como a Calvi.
- Vale...
- Ah, y se me olvidaba. Quiero verte luego. Tengo algo importante que darte.
- Y no puede ser ahora.
- No. Te veo esta tarde. Hay una amiga, toca el piano, bueno...
- ¿Dani nervioso? ¿Cómo se llama la chica?
- Syu Novikova. No es lo que tú crees. La conozco desde hace bastante tiempo. Somos amigos. Me gusta mucho como toca. Da un recital.

- A mí lo de la música —dijo dudando—... ¿No puedo verte cuando termine? —preguntó.
- Vamos, te gustará. Es muy buena. Estaré allí y te daré algo que te alegrará la tarde. En el conservatorio de santa Cecilia, en la vía dei Greci, a las siete y media.
- Si no hay más remedio, allí estaré.

Sala de conciertos (martes, 5 de diciembre de 1989)

Giacomo llegó con el tiempo justo, pensó que la mujer tenía que ser buena en lo suyo, porque el auditorio estaba abarrotado. Miró a su alrededor sorprendido, sin comprender la expectación que aquello causaba en los asistentes. La tal Syu debía de ser algo así como la mismísima Madonna de las teclas. Desde uno de los palcos de la derecha, una mano se levantó haciendo un gesto. Dani le había guardado un sitio. No se iba a librar tan fácilmente del evento.

La sala tendría unos doscientos años, algo que, en una ciudad tan vieja como Roma no significaba gran cosa. Apenas había empezado a caerle el polvo encima al edificio. Tempesti se imaginó cómo habrían sido los conciertos de las obras de Verdi o Puccini en aquel escenario con balcones laterales corridos con balaustradas como si entrar en aquella sala le pudiese transportar en el tiempo. Tenía encanto. Comenzó a pensar en el mecanismo del órgano cuyos tubos lucían como decorado al fondo del escenario. Le resultaba armonioso. Todo a juego en madera clara y colores pastel. Rancio, trasnochado y decimonónico. En primera línea, un piano negro, solo, iluminado con un foco. Curioso lugar de trabajo.

- ¿Dura mucho? —preguntó mientras ocupaba el asiento, despreciativo.
- Una hora, más o menos.
- ¡¿Una hora?!
- Sí, bueno, ahí tienes el programa —contestó con desgana.

Comenzó a leer el panfleto, nueva promesa rusa, se inició a los cinco, primer recital a los 8, premios en distintos concursos que desconocía, conciertos por varios sitios, especialista en Mozart y Beethoven.. No sabía mucho de música, se le antojó demasiado para una chica tan joven, ¿cómo le había dado tiempo? Continuó leyendo. Sonatas 8, 17 y 26 de Beethoven. Ni idea.

- ¿Y si espero fuera?
- Lo que quieres, lo tendrás al acabar el concierto —dijo Dani, poniéndose de pie y comenzando a aplaudir.

Giacomo se acomodó en su silla, resignado. Era la primera vez que veía algo así. De repente se hizo el silencio y se apagaron las luces. Solo quedó la iluminación del piano. Y la pianista se fusionó con su instrumento. La miró como si no hubiera nadie en la sala. Ella se quedó inmóvil unos instantes, con las manos sobre el teclado, dando la sensación de que no sabía por dónde empezar. Y comenzó a atacar el instrumento sin piedad. La tenía enfrente, sintió que ella tocaba para él como si estuviesen solos. Se mostró lastimera, dramática, enérgica, tempestuosa, lánguida. Era apasionante. Se habría tirado por la balaustrada sin dudarle si ella hubiese mencionado su nombre. Cuando acabó el concierto, Dani inició la conversación.

- ¿Te ha gustado?
- ¿Acabó ya?
- ¿Se te ha hecho largo?
- ¿Largo? ¡No! Es increíble ¿Cuándo toca otra vez?
- Tranquilo, te avisaré. Ahora tenemos que ir a saludarla —dijo sonriendo.

Buscaron a la pianista para felicitarla. Dani se acercó y la besó en la mejilla.

- Любимая, у меня нет слов... всё фантастико —dijo Dani. (Querida, no tengo palabras... todo fantástico)
- Я очень рада, что ты здесь, Дани (me alegra que estés aquí, Dani)
- замечательно. (Maravilloso)
- Я видела тебя на балконе в театре. Кто это с тобой? (Te vi en el palco. ¿Quién es?)
- Я рассказал тебе об этом милиционере, Giacomo Tempesti. (El policía del que te hablé)
- Esto... —intervino Tempesti, incómodo.
- Disculpa. Syu, Giacomo. Giacomo ella es Syuzanna Novikova.
- Pero ¿cómo has podido acercarte a una chica tan impresionante? y ¿cómo se dice encantado de conocerte en su idioma? —preguntó Tempesti, acelerado.

- Se dice очень приятно y gracias por el cumplido —respondió Syu.
- ¿Hablas italiano? —preguntó Giacomo, incómodo.
- Desde pequeña, me crie en Roma.
- Esto... me ha gustado —acertó a decir torpemente.
- Sí eso ya lo veo —apuntó Dani, con ironía.
- Idiota, la música.
- ¿De veras? —preguntó Syu, interesada y divertida.

Tempesti la miró sin encontrar una respuesta. Era aún más perturbadora cuando se mostraba natural. ¿La música? no sabría qué decir. No podía compararla con nada, nunca antes había oído algo así. Se quedó en blanco.

- Sí, le gusta mucho. ¿Has traído las partituras? —intervino Dani.
- Claro, las tengo aquí. Un momento.

La pianista se acercó a un grupo, dijo algo ininteligible, le acercaron una carpeta, la abrió y cogió un cuaderno de anillas con la leyenda Sonatas de Beethoven en una portada acartonada. Las firmó y se las dio a Tempesti.

- Tienes todas las anotaciones, espero que te sirva —dijo, entregándole el libro y dándose la vuelta para marcharse con un gesto sobreactuado.

Tempesti lo cogió sin entender absolutamente nada. Dani le sonrió.

- ¿Puedo volver a verte? —preguntó el policía.
- Giacomo, claro, si tienes dudas, por supuesto. Estaré encantada de ayudarte con tu sonata. Ahora me tengo que ir —contestó elevando la voz sensiblemente.
- Gracias, te llamaré.
- Hazlo.
- Пака, Syu. (Adiós)
- Пака, Dani.

La escena era grotesca. Tempesti sujetando un libro de Beethoven, desconcertado, aferrándose a él solo porque ella se lo había dado, como si fuera un talismán que tuviera poderes. Partituras, algo completamente inútil.

- Nos vamos —le apremió Dani.
- Espera...
- Giacomo, tenemos mucha prisa, las preguntas, luego. Ah, recuerda, eres pianista —susurró.

Lo obedeció ciegamente, sin pensar. Cuando estaban abandonando la sala, se le acercó un tipo y le preguntó por su música favorita. Tenía un extraño acento. Giacomo le enseñó el libro, como si fuera la tabla de los diez mandamientos. El tipo le arrancó el libro de las manos y comenzó a ojearlo.

- Disculpe —dijo sin convicción al cabo de unos segundos, mientras le devolvía el ejemplar.
- Gilipollas —murmuró Tempesti, midiéndose con el tipo.

En la calle, Giacomo comenzó a interrogar al periodista.

- ¿Qué hay en este libro?
- Partituras.
- ¿Y?
- Nabil. Un dossier completo. Lo que he podido conseguir. Todo lo que saben los rusos.
- Y ¿el tipo... era del KGB?
- Probablemente.
- ¿De qué la conoces?
- Giacomo, si te lo contase tendría que matarte después —bromeó
- Pero tu amiga... también es del KGB.
- Sí, claro, todos son del KGB. Incluso tú y yo, ahora también.

- Y ¿la información de dónde ha salido? —preguntó Giacomo blandiendo las partituras.
- Querido Giacomo —comenzó a decir, divirtiéndose—. Un periodista jamás revela sus fuentes —concluyó con un susurro.

Tren de Milán (miércoles, 6 de diciembre de 1989)

Para Giacomo aquella partitura era como sujetar una bandeja recién salida del horno. La información que contenía quemaba y necesitaba soltarla lo antes posible para sentirse libre y seguro. Apenas durmió pensando quién sería aquel libanés que tenía curriculum de perverso de película. Parecía uno de esos tipos que se va salvando y muere a manos del protagonista al final del film de forma especial. Como si el guionista sintiese la necesidad de equilibrar la crueldad de la criatura con una muerte grotesca y dolorosa. Para que todos salgan del cine con la lección de moral inoculada.

Y, hasta ese momento, Tempesti jamás se habría creído que un personaje así pudiese existir de haberlo visto en la gran pantalla. Pero era real, demasiado real. Le provocaba desasosiego, tanto como las dulces manos que le habían entregado la información, unas manos que eran capaces de arrancarle sensaciones nuevas a un ritmo desconocido. Tras la noche en vela, aquella mañana, al entrar por la puerta de la comisaría, solo sabía una cosa: tenía que volver a ver a la enigmática dueña.

- Paolo, no ¡te lo vas a creer! —exclamó Tempesti al ver al comisario, entusiasmado.
- ¿Cómo? —preguntó este, susurrando e invitándolo a bajar el tono.
- Aquí lo tienes —dijo dejando el cuaderno de las sonatas, satisfecho.
- ¿Y esto? —preguntó Paolo.
- Dani tiene muchos recursos. Ábrelo.
- ¿Dani?, ¿no te entiendo?
- Es complicado... deberíamos investigarlo. De momento, échale un vistazo al material—insistió.

El comisario Feltracco comenzó a ojear el cuaderno: pentagramas plagados de notas. Había aprendido nociones de música en su infancia, clave de sol para la mano derecha y la de fa para la izquierda, o algo así. Pero suponía que el nuevo poli no querría que el jefe se pusiese a solfear en aquel momento. Pasó las páginas con impaciencia hasta que, casi al final, por fin, fijó su mirada en un texto.

- Interesante ¿no? Biografía de Beethoven —dijo Paolo, aburrido.
- Sigue —dijo Tempesti en tono neutro.

Continuó leyendo. Tras el primer párrafo, su interés cambió: nacido en el Líbano, piloto de helicóptero en la guerra, milicias, Kataeb, Mosad, Valencia, Cesid, Cia...

- ¿Qué cojones es esto? —preguntó Paolo, sorprendido.
- Es el historial del Nabil, me lo dio una pianista amiga de Dani.
- ¿Has dicho pianista? ¿Me lo explicas?
- No puedo, el cabrón se ha guardado el secreto. Lo que tienes en tus manos es todo lo que sé.
- ¿Y lo que pone aquí es verdad? —preguntó el comisario, sorprendido.
- Tiene pinta de serlo y encaja con lo que nos contó Lola. Por cierto, deberíamos compartirlo con ellos y ver lo que han averiguado, ¿no?
- Supongo que es buena idea.
- Estupendo porque vamos justos de tiempo. ¿Nos marchamos?
- Pero, ¿tú no tenías turno de puerta?
- Sí, gracias al marrón que todavía me estoy tragando, pero seguro que te puedes encargar de que me releven de la guardia. Acelera, tenemos veinte minutos.

Feltracco miró al chico con una mezcla de complacencia y preocupación, si ahora que aún era el último de la comisaría se permitía dar órdenes de esa manera, no quería pensar qué no haría cuando ascendiese. Dudó unos instantes entre pararle los pies o reírle la gracia. Optó por lo último, tenía que reconocerlo, el nuevo tenía temple y era eficiente. Se dejó llevar.

- ¿Dónde vamos?
- A Termini.
- ¿Has quedado en la estación de tren?

- No exactamente, antes de venir llamé a Dani a su casa, me contó que los españoles estaban en Milán. Por lo que se ve, Alma estudió allí. Ya vienen de vuelta.
- ¿Y no saben que vamos?
- No y si no llegamos a tiempo, se irán.
- Podías haber empezado por ahí —le soltó el comisario levantándose de la silla de su despacho a toda prisa.

Cuando llegaron a la estación, Feltracco miró de reojo las taquillas, recapitulando... Podía pasarse a saludar a la vendedora de billetes, sin más pretensiones. La visualizó mentalmente, de pie, a la defensiva, esperando junto a la escalinata de la iglesia como una novia abandonada. Tenía algo triste en el rostro, como si arrastrara una pesada carga. O puede que fuera una sensación falsa fruto del cansancio mezclado con su propia zozobra de aquellos días. Resopló. Parecía que había pasado mil años del descubrimiento del asesinato de uno de sus polluelos. Se avergonzó de sí mismo, de su desinflado ego y de su ceguera. Se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el suelo, como si no tuviera nada que ofrecer que valiese la pena y aligeró el paso en dirección al andén. Y no recordaba el nombre de la mujer.

El tren de Milán llegó puntual, esperaron pacientemente, oponiéndose al río de personas como si fueran escollos contra la corriente, hasta que se toparon con Lola y Reyes.

- Bon giorno —se adelantó Reyes, mejorando su italiano.
- ¿Qué tal ha ido? —preguntó Feltracco.
- Necesito un café, hemos viajado toda la noche como borregos—contestó Lola—, ¿paramos un momento?

Las cafeterías de los lugares públicos son como caladeros en un estrecho, la pesca pasará por allí forzosamente y, a ciencia cierta, caerá en la red. El camarero se mostró desagradable, el producto no era gran cosa y la higiene estaba más que en entredicho. Lola supuso que aquellos tipos tampoco sentían necesidad de ofrecer un servicio mejor. El parámetro de la calidad no debe de ser tan importante cuando hay un maná de caras nuevas cada cinco minutos

haciendo cola. Se sentaron frente a frente y comenzaron a hablar con la bandeja de los cafés requemados por delante. Nadie se atrevió a probar aquella bazofia maloliente. Comenzaron a intercambiar impresiones.

Se dieron cuenta de que sabían mucho más que los responsables de la investigación oficial. Tenían un nombre completo, Alma Della Vedova y una cara cortesía de la cámara del guardia civil. También sabían por qué los chicos de la AISI habían aparecido tan rápido: seguramente el estado italiano también habría alquilado los favores de Elbouri en alguna que otra ocasión y no les convenía remover entre la basura.

- ¿Entonces, crees que Alma está fuera del país? —preguntó Paolo Feltracco.
- Probablemente —respondió Lola agarrando su taza de café sin probarla.
- No tiene por qué, se siente a salvo, su cara no ha salido en ningún medio —intervino Tempesti—. Si publicamos su foto...
- Podría funcionar, pero —le interrumpió Feltracco—..., yo no la infravaloraría, si lo hacemos quizá desaparezca para siempre. Pienso que no nos interesa, no de momento —concluyó el comisario, pensativo.
- Yo no creo que esté en Italia —dijo Lola.
- ¿Por? —preguntó Reyes.
- No nos tiene miedo a nosotros, más bien a su socio —puntualizó Lola dejando la frase sin terminar.
- Ya, Vlad —apuntó Tempesti.
- O Nabil. Igual tenían algo los tres juntos —recalcó Lola
- Puede ser —intervino Feltracco—. Esto nos lleva siempre al mismo sitio. ¡Hay que dar con estos hijos de puta!
- Y nosotros tenemos que encontrar al general Campos —susurró Reyes casi inaudible.
- ¡Juan, repite eso! —exclamó Lola.
- ¿Qué? ¿Lo de Campos? —preguntó dudado Reyes.
- ¡Eso es! —exclamó como si hubiese descubierto la fórmula de la Coca-

Cola.

- ¿Qué?
- Que, si no podemos encontrar a Nabil para dar con Campos, igual si localizamos a Campos...
- ¿Quién es Campos? —preguntó Paolo, sin comprender.
- Pues... lo tendríais que hacer vosotros —se explicó Lola, dirigiéndose a Feltracco y Tempesti—. Es un general que está casualmente en Roma de vacaciones para hacer unas fotos del coliseo y asegurarse de que nos maten de paso. Creemos que es el responsable del chiringuito de mercenarios. Si lo localizáis, unos pasos por detrás, encontraremos a Nabil —se explicó Lola.
- Entendido, yo me encargo —dijo con seguridad Feltracco.
- ¿Y Vlad? —preguntó Reyes.
- Si tiras del hilo... el gato vendrá corriendo tras la madeja —puntualizó el comisario.

A Lola y Reyes les quedaba poco por hacer, Paolo les había pedido que se acercasen a ver a Pietro, el jardinero de Isla Farnese para sacarle cualquier detalle que les ayudase a comprender cómo era Alma, pero, para los españoles, no corría prisa. Tan solo era un justipago para que Feltracco hiciese por ellos lo que necesitaban, encontrar al general. Después, Lola le mostraría sus cartas a Campos. Si el chantaje funcionaba, quizá podrían retomar sus antiguas vidas y hacer como si las últimas semanas jamás hubiesen existido, se olvidarían de Rosso, de Bruno y de todo. Tras la promesa de volver a verse en unos días, los policías españoles dejaron a los italianos en Termini y se marcharon a su nuevo escondite, cortesía del periodista, a descansar unas horas.

Feltracco se quedó inmóvil y pensativo, junto al hall de entrada, cerca de las taquillas de venta de billetes, mientras Tempesti daba unos pasos en dirección a la salida, hablando solo.

- Giacomo, ¡espera! —gritó el jefe, ansioso.

Tempesti se dio la vuelta y lo miró unos instantes como si pudiera leerle la mente, se sonrió.

- Se llamaba Zia, anda, te espero — se limitó a decir, condescendiente.
- Será un minuto —puntualizó el comisario, pidiendo permiso, con ojos de cachorro de perro esperando tras la puerta para salir al parque.

Ticket de ida y vuelta (Termini, miércoles, 6 de diciembre de 1989)

El trabajo no era lo que había soñado de pequeña, pero era el único salvavidas que pudo agarrar cuando todo se fue a pique. Y desde entonces, flotaba en un equilibrio quebradizo como la escarcha de un charco, una inestabilidad que le permitía pagar facturas y mantener el frigorífico encendido. Y no era poco. Ni siquiera recordaba bien cómo acabó en aquella caja de aluminio con ventanas de cristal. Una época con demasiados vaivenes de oscuridad. No importaba, la estación de trenes estaba cerca de su segunda casa, la impuesta por la suerte. Y, hacía tiempo que había dejado de pensar continuamente en su sino porque era más saludable para su mente. Definitivamente, para una persona como ella, despachar billetes era una solución aceptable.

A la mayoría de clientes, Zia ni les miraba a la cara, prefería mantener su atención en los libros que camuflaba convenientemente, arrinconados contra la pared metálica, ocultos como polizones, para que los viajeros no se percataran de su poca empatía. De vez en cuando, alguna voz captaba su atención, tibia como un rayo de luz en su penumbra, y entonces, en el microtiempo que se tardaba en realizar la transacción, se asombraba a sí misma arrancando de su propia cara una escueta sonrisa.

Había pasado la hora punta. Comenzaba la suya particular para leer con ambición, como si los personajes estuviesen esperando pacientemente para que ella les diera vida y estos pudiesen seguir adelante con su destino sí escrito. Sintió una presencia, una sombra que le robó luz al blanco de las hojas de la lectura de turno, de nuevo interrumpían a Sam Spade para agenciarse una ida y vuelta a cualquier parte, fuera de hora. Seguramente, un turista. Últimamente, desde el desastre de Isla Farnese, muchos iban a curiosear por la zona. Pensó que la humanidad era idiota y que, de cualquier miseria se hacía objeto de culto. Falta de principios, un mal propio de estómagos satisfechos y aburridos.

Levantó la vista un instante y la volvió a bajar, unos segundos, mientras su cerebro componía la imagen de lo que sus ojos habían capturado. Como una Polaroid Instamatic que tarda unos momentos en inmortalizar un trozo de tiempo. Estaba ahí, plantado como un brote verde a finales de otoño, sin tener

ni idea de que ella no podía ofrecerle nada más que migajas. Lo miró de nuevo sin saber qué hacer. Sorprendida y a contrapié, se limitó a sonreír, a la defensiva.

- Hola Zia. Yo... pasaba por aquí y pensé que podía saludarte —dijo el comisario dudando de su decisión.
- Hola... Paolo, me alegra verte —contestó ella, cordial, traicionándose a sí misma.

Paolo Feltracco no había planificado el siguiente paso, sencillamente tuvo el impulso de verla porque cuando le hizo falta, ella estuvo a su lado, se preocupó por él y le hizo sentirse como... Hacía tanto tiempo que nadie de verdad le dedicaba unos instantes.

- No vendrás a comprar un billete, ¿verdad? —bromeó ella para salir del paso.
- No, la policía viaja gratis. Esto... yo me preguntaba si tendrías la tarde libre.

La tenía, esa y todas las tardes, eran suyas. Solo suyas y, hasta ese momento, jamás se había atrevido a pensar en compartirlas con nadie más. Ningún otro nadie, porque esperaba un milagro que tardaba demasiado y no era justo dar esperanzas a un tercero. No así, no con un marido que llevaba 5 años a pensión completa en la planta psiquiátrica del policlínico Umberto I, a unos minutos de Termini. Cinco años, un mes y tres días desde que la esquizofrenia hizo imposible que compartiera vida con nadie. El recuerdo imborrable en la mente y en el cuerpo de Zia de un brote de locura con una cuchillada en un costado que casi le cuesta la vida. Lo habría abandonado al día siguiente si no hubiese estado inmovilizada en la UVI, pero el psiquiatra fue convincente. Tuvo tiempo y ella no pudo huir. El loquero le explicó que su marido no sabía lo que hacía y no era responsable. Él ni siquiera recordaba lo ocurrido. La enfermedad era así. Quizá con la medicación recuperaría la normalidad... un hierro ardiendo al que se agarraba desde hacía ya demasiado tiempo.

- La tengo libre —confesó lastimera sin atreverse a decirle que no, pero sin

aceptar explícitamente la invitación.

- Estupendo, en el mismo sitio, sobre las 7. Adiós —contestó Paolo, aceptando la respuesta como buena, sin darle la posibilidad de una réplica.

Le arrancó una de esas sonrisas y la dejó en la caja metálica con las ventanas de cristal para que Humphrey Bogart continuase con su historia y, de paso, ella, a ratos, vendería movilidad colectiva.

Jardinería (lunes, 11 de diciembre de 1989)

A Lola empezaba a caerle bien su joven anfitrión. Dani era algo mayor que Reyes, anárquico, misterioso y con un aire de desastre que lo hacía encantador. Y, al guardia civil la predisposición de la inspectora no se le pasó por alto. Tanto que, el retraso injustificado de la visita al jardinero de Isla Farnese produjo en Juan Reyes un efecto catalítico que se cristalizó con el café del desayuno de la mañana de lunes.

- Lola, llevas cerca de una semana dándome largas.
- ¿De qué hablas? —preguntó la inspectora, interesada.
- De ir a ver a Pietro, ya sabes, el jardinero. Se lo habías prometido al comisario Feltracco.
- Juan, cariño, aquí estamos seguros. Nadie nos encontrará. Está lloviendo y hace un día asqueroso. Podemos esperar —se defendió Lola, con frialdad.
- No, no podemos ni debemos —comenzó a decir Juan.
- ¿Por qué? —le interrumpió Lola con malos modos.
- Porque... pero ¿tú te has vuelto idiota?... Lola, necesitamos encontrar al general Campos para regresar a España —contestó, vehementemente.
- ¡Joder, tienes prisa por irte! Esto es una novedad —puntualizó Lola, atando cabos, con voz sugerente.
- Y seguir con nuestras vidas. Sí, ¿y tú no? —disparó Reyes, provocándola.
- Entiendo. Claro, ¡es eso! —exclamó Lola, halagada y sorprendida.
- ¿¡El qué!?
- ¿No estarás celoso? —preguntó Lola pensando en el posesivo que la incluía.
- ¿Yo? —atacó el guardia civil, haciéndose el duro.
- No, nada, debo de ser yo —dijo divertida.
- Eres insoportable, quiero volver a mi casa.
- Vaya, entonces quieres irte a casa. Solo es eso... ¡Qué decepción! —exclamó, teatral.

- ¿Algún problema? —le retó Juan.
- No, está bien, iremos hoy. Pero yo no pienso regresar a Madrid.
- Creía que...
- ¿Qué creías? dime. ¿Qué creías? Anda, atrévete.
- Nada, ya he terminado el café, interesante charla. Esclarecedora. Nos vamos en media hora al castillo. Me tengo que duchar.

Lo vio marcharse de la cocina, molesto. Sabía perfectamente lo que Reyes buscaba en ella y era tentador. Pero, Lola no estaba lista. Era pronto, demasiado para guardar la carpeta Ernesto en un cajón para que no cogiera polvo. Y no podía con todo lo que tenía encima, algo se tendría que quedar en el tintero y el guardia civil era lo más fácil de aparcar, y lo que, quizá algún día, podría retomar. Lo dejó estar e intentó vestirse con su mejor cara el resto de la jornada para no fastidiar a su compañero.

Tomaron el cercanías recordando que Bruno Barone hizo el mismo camino unas semanas antes y llegaron a la estación de La Olgiata a media mañana. Recorrieron el pueblo en silencio, en busca de Pietro. Debía de estar haciendo uno de sus jardines. Preguntaron por él. Localizarlo no fue difícil. A la media hora, estaban charlando.

- Buenos días, Pietro, somos de la policía española —se explicó Lola, enseñando su acreditación—, colaboramos con la policía italiana en el caso los asesinatos del Castillo Farnese.
- ¿Extranjeros? —preguntó el jardinero, huidizo.
- Sí, nos han asignado el caso, como uno de los muertos era de nuestra nacionalidad —dijo Lola, dejando la frase sin terminar.
- Entiendo —respondió el jardinero, aceptando la explicación como lógica—. Y ¿qué puedo hacer por ustedes?
- Tenemos unas cuantas dudas, quizá podría ayudarnos.
- Pero... ya contesté a todas las preguntas de los de aquí —puntualizó Pietro, incómodo.
- No le robaremos mucho tiempo, se lo prometo.

- ¡Qué remedio! Supongo que no me puedo negar.
- Sería peor llevarlo a comisaría —le confirmó Lola.
- Lo sería. Adelante.
- En primer lugar, ¿desde cuándo conoce a la pareja?
- Trabajo para ellos desde hace un par de años, no sé, quizá tres. ¿Es importante?
- Supongo que no. ¿Qué es lo que hace, exactamente?
- Cuido el jardín —contestó molesto.
- ¿Nada más?
- Nada más.
- Y los perros —añadió Reyes.
- Sí, bueno —se corrigió Pietro, nervioso—. Me gustan los animales —se explicó.
- Y ¿no tenía más relación con la pareja? —continuó Lola.
- Apenas los veía —respondió pasados unos instantes, como tomándose su tiempo para pensar—. Los jóvenes... ya se sabe, tienen otro ritmo de vida —concluyó.
- Y dice que solo iba los lunes.
- Normalmente, lunes y viernes... Alguna que otra vez, si no me daba tiempo o tenía trabajo extra, me acercaba otro día. Mire, ya he contestado una y otra vez a las mismas preguntas. Me están haciendo perder el tiempo.
- De veras lo lamento, pero necesitamos aclarar algunas cosas. ¿Había visto alguna vez al señor Cuevas?
- No.
- Y ¿al agente Barone?
- No.
- ¿Sabe a qué se dedicaban Vittorio y Alma?
- Se lo he dicho mil veces, no sé nada —respondió perdiendo la paciencia, pero sin atreverse al enfrentamiento directo.

- Una cosa más —intervino Reyes—. ¿Es usted de aquí? —preguntó mientras Lola lo miraba sorprendida.
- No.
- ¿De dónde es?
- ¿Qué tiene que ver? —preguntó encarándose.
- Déjelo, no importa, ya lo averiguaremos, buenos días —dijo Lola dando por zanjada la conversación.

Dejaron al jardinero murmurando y se acercaron al castillo para echar un vistazo. Se asomaron a la puerta principal. Era armonioso. Reyes forcejeó con la puerta de hierro. Estaba cerrada. Oyó un ruido que le resultó familiar. Uñas de perro contra la piedra. En unos instantes, los animales aparecieron detrás de la verja defendiendo el territorio con agresividad y Lola se alegró de que aquella puerta se mantuviera cerrada.

- El jardinero miente —dijo Reyes, como si tuviese una revelación.
- ¿Por? —preguntó Lola, sin prestar atención.
- Estaba a la defensiva —se explicó el guardia civil.
- Ya, pero... no tiene por qué, mucha gente se pone nerviosa cuando los interrogan. No sé qué decirte. Es viejo y está nervioso —le explicó con paciencia.
- Lola, le preguntaste desde cuándo conocía a la pareja y te contestó desde cuándo hacía el jardín. Tardó en contestar. Eso es una evasiva. Los conocía de antes. Estoy seguro —argumentó Reyes.
- Es poco sólido —dijo Lola, con desgana.
- ¿Cuándo fueron los asesinatos? —preguntó enigmático
- Fue el 17, hace más de tres semanas —respondió Lola, sin saber a dónde quería llegar el guardia civil.
- Los perros, Lola, los perros no tienen hambre, siguen vivos y están cabreados... Fíjate —dijo moviendo la cabeza en dirección de los animales—. Se los está cuidando. O bien Alma se ha puesto en contacto con Pietro para que le siga manteniendo la casa o hay algo más que no

sabemos.

- Joder, Reyes, ¡los putos perros! ¿por qué no has empezado por ahí?

Pietro Costa (miércoles, 13 de diciembre de 1989, tarde)

Cuando Paolo Feltracco se ofreció para localizar al general Campos, no se le pasó por la cabeza que su gesto levantaría ampollas, algo así como si, ante la injerencia, la jauría que custodia las cloacas dejase de pelear entre sí por el montón de basura y comenzase a hacer frente común para defender la carroña contra el advenedizo que viene del exterior. En cuanto descolgó el teléfono y pronunció el nombre, los chicos de la AISI le obsequiaron con una segunda visita, más incisiva. Lo acribillaron a preguntas para las que no estaba preparado. Y desde ese día, el comisario sentía en su nuca una desagradable presencia. Tenía un nuevo ángel de la guarda.

La ingenuidad lo había llevado a un callejón sin salida. No podía mover un solo dedo sin que se le echaran encima. Y, sin Campos, no había posibilidad de acercarse a Elbouri ni de llegar a Vlad. En cuanto a la señora Della Vedova, era un misterio. Nadie sabía nada. Feltracco había llegado al punto y final. Tiraba la toalla.

- Esto se acabó —sentenció el comisario.
- Jefe, necesitamos una semana más. Solo una —dijo Tempesti, sonriendo. Un gesto que Paolo no entendió.
- Muchacho, quién lo habría dicho. Tú pidiéndome más tiempo, cuando hace unos meses era yo el que te mendigaba. Hay que joderse.
- Ya, el pasado no es negociable... pero el futuro sí. Me lo debes.
- Un golpe de suerte —le interrumpió Feltracco, triste.
- Y lo tenemos, ayer hablé con la inspectora.
- ¡Lola! ¿Qué dice?
- Han estado en el castillo. Me dijo que creían que el jardinero ocultaba algo. Querían que lo investigáramos.
- Eso no va a ninguna parte.
- Espera a oír esto. Pietro Costa, jubilado, viudo, de Turín.
- Interesantísimo, le pediría una cita, pero no es mi tipo.
- Espera, ahora viene lo bueno: no era jardinero, sino profesor de la

universidad de Milán. Tiene varias publicaciones. Teoremas y cosas así.

- Bueno, al menos es culto —puntualizó.
- Hoy estas gracioso.... Si lo prefieres te ajusto el nudo de la sogá para que saltes de la silla tú solito, pero solo si me prometes que después no me das patadas.
- Joder, chaval, podías haber buscado otra metáfora. ¿Hay algo nuevo o no?
- Se jubiló hace unos diez años, hubo un asunto turbio con una alumna. ¿Sabes quién?
- No jodas, ¿Alma?
- He llamado a la universidad.
- ¿Y?
- Son reacios a hablar del tema.
- Me imagino.
- Pero —continuó Tempesti, dándole emoción.
- Giacomo, ¿tú eres gilipollas? Acelera o te pongo la puta sogá y te empujo.
- Vaya, por fin reaccionas... Parece ser que utilizó su influencia para que no expulsaran a Alma.
- ¡Estaban liados!
- No, no es eso. El tipo con el que hablé era un antiguo amigo de Alma y compañero de clase, ahora profesor de fisionomía. Le tiré de la lengua y me contó que la chica ya apuntaba maneras cuando estudiaba. A principios de último curso de carrera los dos alumnos participaron en una autopsia. La dejaron hacer y se volvió loca desmembrando al fiambre. Al cabo de unos meses, dio la casualidad de que tuvieron que exhumar al cadáver por un tema del seguro. A la familia no le hizo ni puta gracia y elevaron una queja. El señor Costa tuvo que usar su influencia para tapan el asunto el tiempo suficiente como para que Alma se licenciara con honores. Por cierto, muy buena estudiante. Y según el ex compañero, muy inteligente.
- ¿Antiguo novio?
- Por su tono, yo diría más bien que llamó al timbre pero se quedó en la puerta esperando. Volviendo al tema, que al matemático se le jodió cuando el chismorreó llegó a oídos del rector. Ya sabes cómo va el resto.

- Me imagino, le obligaron a irse.
- Era eso o el escándalo. Y a nadie le interesaba la segunda opción.
- Si no estaban liados, ¿por qué lo hizo?
- Pietro es su tío político. Alma se crio con él. Algo así como su padre postizo.
- Entiendo, por eso se vino a Roma donde no tenía nada, salvo a su hija —añadió Feltracco.
- Sí, algo así —añadió Tempesti.
- Buen trabajo.
- Una cosa más: he comprobado las llamadas hechas desde el castillo la noche de los asesinatos. Después de la policía, Alma habló con el papá jardinero.
- Vamos a ir a por ese cabrón que nos está jodiendo... Estoy pensando... No, espera, mejor no.
- ¡Jefe!
- Tranquilo, tenemos que ser más listos, le pinchamos el teléfono y lo vigilamos sin que sospeche nada. Del brazo de Pietro va Alma y nos la va a entregar vestida de blanco para que nos casemos con ella.

Alma Della Vedova (jueves, 14 de diciembre de 1989, noche)

Solo era una cuestión de tiempo, cazarían a su niña. Seguro. Lo supo desde el día en que aquella pareja de policías extranjeros fue a verlo y le preguntaron de dónde era... Perros de presa rebuscando en su pasado. Se engañaba a sí mismo, porque no, no fue en ese momento. Lo supo desde siempre, desde que la cobijó en su regazo, desde que, de pequeña, Alma mostró un interés desmedido por la muerte a trozos. La llevó a un psicólogo porque diseccionaba bichos y este le dijo que la niña tenía un trauma por la muerte accidental de sus padres. El especialista le aseguró que, a tan temprana edad no era preocupante, que, con el tiempo y los cuidados adecuados, se le pasaría y se le olvidaría. Pero no fue así porque a Alma no le ocurría nada, lo hacía porque le divertía, sus gustos venían de fábrica y no necesitaban una explicación lastimera que la justificara. Él sintió que falló a la niña, que no fue capaz de enderezarla. Quizá la mimó demasiado. Y ahora, irían tras ella, a través de él, porque cometió la torpeza de no mentir, de no decir algo rápido y falso para tapar esa fisura de su pasado. Volvía a fallarle. Y aquella mujer policía con ojos de víbora le aseguró que lo investigaría. Parecía de las que no abandona. Estaba convencido de que llegarían hasta el final y atarían cabos. Pero también sabía que no sería de inmediato y que, para su Alma, ese tiempo extra, podría ser más que suficiente. Necesitaba contactar con ella para avisarla. Tenían un código, eran cautos. Un día después de recibir la visita de la policía mandó un telegrama a una dirección. Solo le quedaba esperar a que ella marcara su número de teléfono.

- ¿Cómo estás? —preguntó una voz femenina.
- Bien, todo bien —dijo de forma rutinaria—. Cariño, y ¿tú?
- Fue horrible. Le echo mucho de menos —contestó triste—. ¿Te han dejado en paz? —añadió.
- Sí, parece que sí. Por aquí todo está muy tranquilo —mintió.
- ¿Estás seguro? —volvió a interrogarlo con insistencia.
- No saben nada... no les he dicho nada —aseguró con vehemencia— jamás lo haré.
- Lo sé... pero lo acabaran averiguando.

- Es posible, pero para entonces ya estarás fuera de su alcance.
- ¿Y tú? Vente conmigo —dijo con convicción.
- No debo, sería un lastre.
- Te van a involucrar.
- De eso quería hablarte ¿lo que dicen los periódicos...? —dejó la pregunta en el aire sin atreverse a terminar la frase.
- Siempre lo has sabido ¿no? —contestó Alma dejando la línea en silencio.
- Sí, supongo que sí, pero... —se quedó en silencio buscando las palabras adecuadas para que no sonase tan mal.
- No es culpa tuya —susurró Alma.
- No lo sé.
- ¿Y los chuchos? —intervino ella, cambiando de tema.
- Tranquila, me he encargado de todo. Están bien.
- Me pasaré por casa.
- No creo que sea buena idea. Te están buscando. Vete, desaparece un tiempo, olvídale todo —dijo con vehemencia.
- Lo haré, pero tengo..., tengo una cuenta pendiente —puntualizó.
- Te conozco demasiado bien. No vas a posponerlo. Es ese hombre, Vlad ¿verdad?
- Sí, y se lo debo a Vittorio —se justificó.
- Deberías dejarlo correr —le advirtió él.
- Quizá, pero no puedo. Será rápido, no te preocupes. Después nos iremos. Te vienes conmigo. No es negociable.
- ¿Cuándo te veré? —preguntó preocupado.
- El día que se rompa el descanso de la abuela —dijo con un tono extraño.
- Ella no aprobaría esto —susurró.
- Lo sé —respondió lastimera.
- Te espero entonces. ¿Qué necesitas? —preguntó, entendiendo el acertijo.
- Tu ayuda.

Lara Krasniewski (viernes, 15 de diciembre de 1989)

Las perspectivas eran buenas, el tiempo había mejorado sensiblemente, no llovía, esa noche Feltracco cenaría con Zia y tendría el fin de semana libre. Un plan perfecto. Sin nubarrones a la vista. Se sentía eufórico, como si lo peor hubiese pasado ya; creía que su vida podía reconducirse, magullado, pero no acabado. Esa mañana, el comisario sonreía como un bobo, hasta que vio acercarse al cachorro con cara de noche de Reyes. Traía un regalo, y algo le decía que estaba envenenado como una infusión con cicuta y que acabaría por joderle el día.

- He escuchado las llamadas del jardinero —dijo Tempesti nervioso, incapaz de controlarse.

El comisario lo miró, sin inmutarse, frío, expectante.

- Vamos, chaval, que ya nos conocemos, desembucha —le instó pasados unos segundos.
- ¡Va a volver! —exclamó.

Tenía que reconocerlo, era lo que menos le gustaba del novato, su capacidad para dar largas sin contar nada. Parte de su personalidad toca pelotas. Sencillamente, desesperante.

- Y, dime... ¿me lo vas a contar de una puta vez? —preguntó, rasposo como una pared con gotelé.
- Vaya, Paolo, has estropeado la magia del momento. Está bien —contestó Giacomo, en tono neutro—, Alma y el jardinero van a verse, lo que no sé es cuando.
- Pues... eso y nada....
- Saben que los oímos. Hablan en clave —le interrumpió Tempesti.
- ¿Y qué dicen? —preguntó el comisario.
- Ella tiene que hacer algo ineludible, quiere vengarse de Vlad. Ah, y se verán rompiendo el descanso de la abuela y después se marcharán juntos.

- Joder, Giacomo, ¿el descanso de la abuela? ¿Han dicho eso?
- Sí.
- Sí que es curioso —dijo Paolo moviendo la cabeza lateralmente—. ¿La abuela está viva? —preguntó con incredulidad.
- No lo sé —respondió Tempesti, encogiéndose de hombros.
- Investígala, a ver qué sacas —le ordenó.
- Lo haré.
- Y habla con Dani, Lola y Reyes, por si se les ocurre algo.
- Bien. ¿Algo más?
- Te pediría un café —dijo Feltracco, cambiando de tema.
- Ya. Levántate tú —le contestó retándolo.
- Los nuevos y su falta de respeto, ya no es como antes —dijo murmurando mientras Tempesti se daba la vuelta.

El resto del mañana lo gastaron pensando qué había querido decir Alma con eso de romper el descanso de la abuela, pero no encontraron una explicación. Era evidente, el matemático metido a jardinero y su hija-sobrina sabían que su intimidad estaba comprometida. Y, definitivamente, no eran tontos. El comisario Feltracco pensó que la solución pasaba por hacer turnos de guardia frente al castillo. Tocaba reunir al equipo y repartir la mierda. Y sí, parecía que el fin de semana se acababa de joder.

Al final de la tarde Tempesti volvía a la carga con el trabajo hecho.

- ¿Qué tienes? Y concreta, que tengo prisa —le instó el comisario.
- Vaya, veo que la cosa va bien con Zia.
- No es asunto tuyo.
- Al grano... He establecido turnos. Esta noche nos quedaremos Reyes y yo. Mañana irá Lola. La noche del sábado le toca a Reyes con Lola que hará doblete. El domingo..., lo siento, te toca, contamos con Dani para esa noche. Espero que para entonces Alma haya aparecido.
- Está bien. ¿Algo más?

- Investigué a la abuela. Murió en la segunda guerra. Alma no la pudo conocer. No hay ninguna conexión. Después caí en la cuenta de que probablemente se referían a la madre de él, no a la de los padres biológicos. Lara Krasniewski, polaca, casada con un italiano, Antonio Costa. La señora murió hace cinco años, con 99. Si ha heredado los genes de la madre, tenemos jardinero para rato. Pero no hay más. Lo que quiera que sea, solo lo saben ellos.
- ¡¿Y no podemos ir a preguntar?! —exclamó Feltracco, contrariado.
- Supongo que no —respondió Tempesti, sonriendo.
- Giacomo, buen trabajo. Déjalo ya y vete a casa. No te despistes demasiado. Si hay algo, te dejaré un mensaje en el contestador.
- Estaré en casa hasta las 9. Después me iré a La Olgiate. No es un gran plan.

Pero Paolo sí lo tenía. Y se daría prisa para no hacerla esperar. Pensó en la abuela polaca de Alma. Cogió un trozo de papel y apuntó el nombre. Lo dobló, se lo metió en un bolsillo y se marchó.

Tiramisú (viernes, 15 de diciembre de 1989)

Hacía tanto que no se sentía así... Viva. Porque hasta la fecha, desde que su marido perdió la cabeza y ella la noción del tiempo, solo sobrevivía. Y estaba cansada de existir de esa forma. Tenía derecho a soñar, a tener una cara amable mientras disfrutaba del olor del café molido por las mañanas, a esperar una sonrisa, a no tener miedo a unos ojos. Se miró en el espejo para verse guapa, se levantó la blusa y se tocó la cicatriz, se sintió rara. Decidió no maquillarse como castigo, como si no se mereciera otra cosa. Cogió un abrigo viejo y salió a la calle en dirección a la trattoria de su primera y atropellada cena. El nuevo punto de encuentro. Zia acudía a una cita.

Llegó pronto, como la primera vez que se vieron, pero esta vez no se escondió para espiarlo. Daba la cara. Tomó asiento junto a la ventana. Se vio reflejada en el cristal. Se arrepintió de su aspecto y pensó que era tonta. Tenía derecho a pasar página. O quizá no, puede que su marido no hubiese hecho lo mismo. Todavía le dolía la cicatriz con los cambios de tiempo. Eran sentimientos tan contradictorios...

Y allí estaba, aquel hombre sin nada especial, de mediana estatura y sin ningún rasgo que lo hicieran distinto. O puede que fuera eso lo que le llamaba tanto la atención. Lo observó entrando por la puerta: el tipo duro que la había llamado para el caso que después leyó en los periódicos. Y ese tipo hizo resonar algo dentro de su cabeza, como un piano viejo recién afinado. Un Humphrey Bogart chapado a la antigua que puso las cosas claras al supervisor de su trabajo. Era de agradecer, el baboso no volvió a molestarla. Miró a Paolo a los ojos, pocas veces miraba a la gente a la cara, no desde que los ojos y el cuchillo de su marido se incrustaron en su alma con tanta crueldad. Se estremeció recordándolo. Paolo era distinto. Tenía que serlo. Lo necesitaba. El comisario se acercó y la besó en la mejilla tímidamente antes de sentarse.

- ¿Qué tal tu jornada? —preguntó, distendida.

Feltracco se recomía por dentro, sabía que tenía un acertijo y que la solución debía de ser evidente. Al menos, para Alma. Escuchó a Zia como si fuese el ruido del mar de fondo, pero la música que había en su cabeza era otra.

- Bien —contestó distraído.
- ¿Qué te pasa? —preguntó Zia, alerta.
- Nada —mintió—. Bueno, perdona, es el caso. Ya sabes —añadió con tono cansado.

Para Zia era divertido, una invitación para participar en una de las novelas negras que leía en sus ratos de soledad. Lo miró un instante, animándolo a continuar. Feltracco entendió el gesto de inmediato.

- Hemos descubierto que el jardinero es el tío de Alma —le susurró para que no lo oyera nadie.
- ¡Qué interesante! —exclamó ella con un exceso de entusiasmo.
- Sí —añadió Paolo, dudando de si debía seguir contándole sus miserias laborales.
- Eso explica que se hiciera el tonto.
- Evidente. ¿De verdad te interesa? Podemos hablar de otra cosa —dijo incómodo, pensando que podía monopolizar la cena con un asunto tan aburrido.
- ¿En serio? Este es mi tema favorito. El jardinero sabe algo —respondió intrigada— ¿Lo vais a detener? —preguntó.
- Todavía no. Lo estamos vigilando. Alma va a ir a verlo. Lo llamó por teléfono para decírselo.
- Eso es una gran noticia. Esa mujer...
- Es la mala de la novela —dijo Feltracco metiéndose en el juego.
- Lo sé... ¿Cuándo irá?
- Ahí está el problema. No tenemos ni idea.
- Quizá se comuniquen de nuevo —susurró ella, con complicidad.
- No lo creo. Lo que vayan a hacer... lo harán cuando descansa la abuela.
- ¿Cómo? —preguntó perpleja.
- Espera —dijo Paolo, mientras se rebuscaba en el bolsillo de la camisa un trozo de papel—. Ya lo tengo, la señora se llama Lara Krasniewski. Es

polaca y Alma le dijo a su tío que se verían el día que se rompe el descanso de la abuela. ¿Se te ocurre algo?

- Déjame pensar... —dijo dudando mientras le quitaba el papel de las manos y fijaba la vista en el nombre—. Kras... No sé —añadió pasados unos segundos.

Continuaron hablando de trivialidades, Zia se sentía a gusto, como si pudiese enterrar el pasado y olvidar. Pero no podía, la voz de su conciencia le aconsejaba que le revelase su secreto a Paolo, porque no tenía de qué avergonzarse. Una voz que intentaba ahogar, porque era duro, porque se sentía a gusto como... desde hacía tanto tiempo que no lo recordaba. Y porque no sabía qué pensaría él de todo. Dudó, tomó un trozo de pizza y se la metió en la boca. Algo reseca, no estaba a la altura de los días de entre semana, el exceso de público que lo fastidiaba todo. De repente, Zia soltó la porción de pizza y agarró fuertemente la mano del comisario y el tomate de sus dedos manchó el puño de la camisa.

- Uy, perdona. Pero... es que ya lo sé —dijo nerviosa.
- ¿El qué?
- El día de descanso es el domingo. La va a ver el domingo, la abuela Kras... Krasniewski —dijo leyendo sílaba a sílaba el nombre del papel— es católica como el Papa y como todos los polacos. El domingo es el día del Señor. ¡El séptimo día!

Paolo se entretuvo limpiándose la camisa con la servilleta, contrariado y, tardó unos segundos en entender que lo que decía Zia no era una estupidez. De repente, esbozó una sonrisa abierta que a Zia le pareció la bendición Urbi et Orbe. Paolo miró su reloj, las nueve y media. Tempesti ya no estaría en casa. Se levantó bruscamente como si tuviera un clavo en la silla, se aproximó peligrosamente a Zia invadiendo su zona de confort, la besó en la boca, le dijo que era maravillosa y él un tonto que no lo había visto antes. Ella se quedó sorprendida y tiesa como un palo e incapaz de reaccionar. Paolo se disculpó porque tenía que irse, pero le aseguró que la llamaría al día siguiente. Desde la puerta del local le agradeció la ayuda. Y la dejó sola esperando un tiramisú que no sabría igual que el beso que llevaba en el horno más de cinco años cociéndose. Zia lo vio alejarse, como dudando, acelerado como si fuera a

llegar tarde a su propio funeral. Y sonrió cuando llegó el postre como hacía mucho tiempo que no se sonreía.

Cambio de planes (viernes, 15 de diciembre de 1989, noche)

Feltracco barajó la posibilidad de acercarse al castillo Farnese, mínimo una hora de camino hasta llegar al destino, charla con Tempesti y vuelta. Se imaginó a Zia sola como un perro abandonado mientras el camarero la miraba con cara de pena sin saber qué hacer con los postres. No era un gran plan para un viernes por la noche. Quizá si se daba prisa podría arreglarlo. Decidió que lo mejor sería solucionarlo desde la comisaría. Tempesti aún no habría llegado a su destino. Llamaría a los compañeros de La Olgiata para que le contasen al chico que la operación se cancelaba, Feltracco comenzó a reírse pensando lo que dirían los policías si les explicara que la abuela descansaba los domingos. Y anidado, volvió a su anterior imagen mental: Zia. No tenía palabras. Le provocaba hormigueo. Llegó a la comisaría y se fue a su mesa de trabajo a ordenar papeles para limpiar su mente y su mesa, mientras dejaba correr el tiempo.

Descolgó el teléfono para que avisaran a Giacomo y se quedó esperando a que este le devolviera la llamada.

- Comisaría de Vía Farini.
- Paolo —dijo una voz excitada— ¿Qué pasa?
- Ah, eres tú. Te estaba esperando. Creo que será el domingo.
- ¿Cómo?
- La abuela polaca. Ya sabes, son muy católicos, tiene que ser el domingo.
- ¿Cuándo lo has descubierto?
- No ha sido idea mía. Se le ha ocurrido a Zia.
- Vaya. Puede ser —dijo pensando—... No está nada mal. Pero, shhh, si nos equivocamos, perderemos a la señora Della Vedova para siempre.
- Quizá. En fin, si no estás de acuerdo, tienes mi bendición para permanecer ahí toda la noche.

Se produjo un silencio en la línea. Giacomo Tempesti se quedó pensativo, podía ser. Aunque, desde luego, Alma no debía de ser muy religiosa. Quizá la abuela lo fuera. Recordó la conversación: él le dijo que la abuela no

aprobaría su conducta y Alma usó un tono extraño, lastimero y como si, en el fondo, supiera que le había fallado a la anciana. Encajaba.

- Está bien. Reyes y yo nos volvemos, llama a la inspectora Berlín a casa de Dani, le darás una alegría —dijo finalmente Tempesti, accediendo.
- Comenzaremos la vigilancia mañana por la noche. Por si se acerca de madrugada —puntualizó Feltracco.
- No es mala idea.

Paolo marcó el número del periodista pero no tuvo suerte. Dejó un mensaje en el contestador. La inspectora debía de haber aprovechado el viernes para fundirse en la noche romana. Colgó el teléfono, lo volvió a descolgar valorando si todavía estaba a tiempo de continuar con su cita, más o menos donde la dejó. Miró su reloj. Era forzar la situación. Colocó el aparato en su sitio. Ni siquiera había pagado la cuenta. La llamaría al día siguiente. La compensaría. Abandonó la comisaría y se fue a casa con el convencimiento de que su vida tenía un punto de inflexión.

Alemán (viernes, 15 de diciembre de 1989, noche)

Ese viernes, mientras Feltracco cenaba con Zia, Lola contactó con la clínica donde su padre permanecía varado perdiendo recuerdos a pasos agigantados. Tuvo miedo y pensó que no la reconocería, que balbucearía como un bebé que dice sus primeras palabras, pero haciendo el camino inverso. Esperó unos minutos que le parecieron horas, agarrando el auricular con fuerza, para que no se le escapara de la mano. Por si el aparato estaba vivo. El enfermero volvió y, más o menos, le vino a decir que no sabían dónde estaba “el Alemán”, pero que no se preocupara, que el señor Berlín no había podido ir a ninguna parte. Colgó con una mezcla de impotencia y cabreo. Estaba harta de la mierda que arrastraba, como si de golpe se hubiese dado cuenta de que no tenía sentido continuar con su huida, de que tenía compromisos que no podía seguir desatendiendo y que tenía que encontrar una solución rápida.

Decidió no demorarlo más, cogió las armas y abandonó el piso de Dani dando un portazo. Sonó el teléfono, rebuscó en su bolso para coger las llaves que el periodista le había dejado y contestar la llamada. Se le vino una imagen a la mente, estaban sobre la mesita de la entrada. O sacaba una pistola y le pegaba dos tiros a la cerradura o no había nada que hacer. Optó por lo evidente, cogió el coche de Reyes y se marchó a su piso, directa al único sitio que sabía que podía usar para forzar un encuentro del que saldría bien parada. Era sencillo, el que dispara primero se lleva el gato al agua. Y ella no dudaría ni un instante en poner al bicho en remojo. Después, gastaría junto a su padre las neuronas y el tiempo que a este le quedase.

Pero esa noche no ocurrió nada y, esperar sin saber durante cuánto tiempo tendría que hacerlo, le sacaba de quicio. En cuanto al qué pasaría no tenía dudas: agarraría a Campos por donde más le doliera. Se hizo tarde y, de madrugada, tomó la medida más evidente: aseguró la puerta de su piso y se fue a dormir. Tenía unas pocas horas y al día siguiente le tocaba relevo de la guardia frente al castillo Farnese.

De sábado (Isla Farnese, sábado, 16 de diciembre de 1989)

Miró su reloj, Lola había llegado al relevo media hora tarde. Recorrió la zona con la vista, los chicos no estaban por ninguna parte. Increíble. Se habían marchado. Típico de Reyes. Un arrebató. Resopló como un potro recién sacado del establo. No podía comprender cómo el imbécil del guardia civil se permitía darle clases de profesionalidad y después... Inconcebible. Un auténtico niño. Y se le había más que insinuado. En cuanto lo viera tendría unas palabras.

Aparcó lejos de la entrada de castillo, a unos 250 metros, junto a la curva, le echó un vistazo a su bolsa de provisiones, dejó los prismáticos en el asiento del acompañante, retomó a Pérez Reverte y se acomodó para pasar el día entero aguardando, buscando la estocada perfecta, dispuesta a disfrutar de un sábado en soledad. Lo necesitaba.

Se sumergió en la novela del corresponsal de guerra de la tele, confiando en que debía de tener una especie de radar, algo así como un sexto sentido que trabajaría en su subconsciente y que le avisaría en el momento en que fuese necesario, aunque no estuviera mirando directamente a su objetivo. Al menos, ese era el rollo que Ernesto le soltó la primera vez que hicieron la ronda juntos. Le sonó a chulería, pero en aquel momento le pareció divertido. Sobre todo, porque estaba más centrada en la forma en que movía los labios que en el significado de lo que la boca de Ernesto producía. Si pudiera volver a aquel instante. Era puro, sin aditivos. Lo echaba tanto de menos...

A media mañana, necesitó renovar el aire, estirar las piernas y volver a sentir que tenía culo y no un trozo de corcho. Daría un paseo y tomaría algo. Recordaba que un poco más adelante había un albergue, el Templo de Apolo o algo así. Pediría una Coca-Cola. Cinco minutos. Salió del coche y comenzó a andar. Fue un instante, como si su antiguo novio llevase razón y parte de su cabeza funcionase en modo autónomo. Mientras caminaba la adelantó una furgoneta. Tuvo una corazonada. Echó a correr en dirección al castillo. Pasó el arco que da al castillo y continuó por la vía Barone. El vehículo estaba parado a unos metros. La mujer se había bajado. Lola continuó su camino un poco más, como una turista, despacio. Pero al poco, agachó la cabeza instintivamente y comenzó a mirar de reojo. La mujer estaba junto a la puerta

de entrada apuntando en su dirección. No cabía duda, era Alma. Unos pasos por detrás, como materializado de la nada, el jardinero.

Giró de inmediato a la derecha, entrando en un callejón. Si aquel hombre la veía podría reconocerla. Debió de haber llevado gorra. Se asomó discretamente. Estaban entrando. Se dio la vuelta de nuevo en dirección al coche para coger un arma con una idea fija en la cabeza: iría a por ellos con toda la rabia que tenía acumulada, como si fueran los culpables de todas sus desgracias y le retorcería los huevos al general hasta que lo admitieran en los niños cantores de Viena. Pasó delante del albergue y entró preguntando por el teléfono. Avisaría al comisario. Mientras, otro individuo entraba en el castillo, justo detrás de la pareja. Un tercer actor que Lola no vio.

Insomnio (sábado, 16 de diciembre de 1989)

La noche anterior, volvió a casa con la sensación de que lo que estaba haciendo era incorrecto e inadecuado, como si hubiese entrado en la iglesia a robar el cepillo con la recaudación del Domund. Después de haber gastado la tarde en el hospital visitando a su marido, Zia quedaba con otro. Y no fue capaz de decírselo. A ninguno de los dos. Pero... estaba tan agotada, no era una santa, ni siquiera una mártir, solo una persona. Pasó la noche dando vueltas en la cama, recapacitando. Quizá no debiera volver a ver a Feltracco, pero ¿qué clase de vida le esperaba? Libros y más libros para no pensar en su propia existencia, peregrinaciones cargadas de frustración al policlínico, esperanzas rotas y algún que otro escarceo para matar la soledad. No era lo que quería, seguiría su camino y parecía que convergía con el de Paolo. Al final de la madrugada, se fue a la ducha, decidida a arrancar su nueva vida, hablaría con el comisario y le contaría su situación. Si estaba interesado, la comprendería y le daría tiempo para hacer las cosas a su manera.

Salió a la calle, a la caza y captura de una cafetería. Entró en la primera que vio y pidió una dosis que le elevó la moral y le espantó el sueño. Cuando fue a pagar encontró en su bolso el trozo de papel con el nombre polaco. Lo leyó en voz baja. Recordó una novela de la segunda guerra que había leído hacía tiempo. Había olvidado el título. Algo no encajaba. Se fue a la puerta de la biblioteca del barrio a esperar que abrieran. Pediría su ficha personal, buscaría el préstamo, releería la novela y averiguaría qué era.

A media mañana, tenía el ejemplar en las manos, y sí, el apellido era extraño. Pero necesitaba una última comprobación. De inmediato, localizó el número del consulado polaco y se fue a una cabina.

....

- Mire solo necesito una información, es para una investigación policial — dijo dudando.
- El consulado está cerrado ahora, tendría que esperar al lunes...
- Pero ¿usted es polaco?
- Sí.

- Es importante y no le llevará tiempo. El apellido Krasniewski, necesito confirmar su origen.
- ¿Solo eso? —preguntó el funcionario, relajándose—. Creo que ya sabe la respuesta.
- No es cristiano, ¿verdad?
- Efectivamente, la persona por la que pregunta, como muchos otras, cambió sus apellidos para protegerse. Fue una mala época...

Colgó el aparato, nerviosa y marcó el siguiente número.

- Policía, dígame.
- ¿Es la comisaría de vía Farini?
- Sí.
- Quiero hablar con el comisario Feltracco.
- No está.
- Necesito hablar con él...
- ¿Le puedo ayudar yo?
- No, es personal, necesito hablar con él. ¿Podría darme su teléfono?
- Lo siento, no está permitido.
- Usted... ¿es Tempesti?
- No, ¿quién llama?
- Una amiga del comisario, Zia, tengo que hablar con él
- Entiendo —dijo con un incómodo silencio.
- No es lo que cree —se defendió de inmediato.
- Ya, mire, no puedo darle el teléfono a una desconocida, lo siento...
- ¡Espere! —lo interrumpió—. ¿Puede localizarlo usted y decirle que me llame? Por favor —pidió con tono lastimero
- ¿De verdad que lo conoce? —preguntó el policía, valorando la posibilidad de darle el número.

- Ya le dije que somos amigos, ayer cenamos juntos —dijo convincentemente. Llámelo, es importante.
- Está bien, Zia, usted, gana, apunte el número —condescendió el policía...

Zia colgó el teléfono con la sensación de haber ganado el segundo asalto. Ahora tocaba el último. El teléfono sonó varias veces, perezoso como si no quisiera poner en contacto al amo con el exterior. Al segundo intento, sonó una voz.

- ¿Diga?
- ¡Paolo! Por fin —exclamó Zia, aliviada.
- ¿Zia? ¿Cómo has encontrado mi número? —preguntó sorprendido.
- De la comisaría...
- Tienes que disculpar mi conducta de ayer, era... era importante —la interrumpió, recapitulando.
- Sí vale, lo sé. Ya me lo cobraré. Ahora escúchame bien. Alma no irá mañana al castillo. Será hoy. La abuela era judía. El apellido es judío. Y hoy es Sabbath.
- ¿Cómo?
- Que el día sagrado es el sábado, no el domingo. Alma estará allí hoy. Puede que ya lo esté.

Trofeo (sábado, 16 de diciembre de 1989)

Tenía que reconocerlo, el encargo de Vlad había superado todas sus expectativas. Llevaba casi un mes buscando a su objetivo infructuosamente. Alma era digna de su saber hacer y se merecía su respeto. Cuando acabara el trabajo, ampliaría su colección de trofeos. Le cortaría una mano, la disecaría y la usaría de pisapapeles. Era la más alta distinción que concedía a sus presas, la mujer caníbal podía considerarse afortunada. Pensó que si no hubiese sido por aquella llamada no la habría localizado nunca. Los sentimientos que siempre nos traicionan, como a la teniente Aliyah.

Estaba satisfecho, porque una vez más había sido eficaz y más listo que la policía. Adivinó lo que tenía que hacer casi desde el principio. El jardinero ocultaba algo. Lo supo porque él era meticuloso, acechaba y no tenía prisa, cazaba como le había enseñado el abuelo. Esconderse y esperar el momento oportuno. Ese era el secreto. Hacía dos semanas que vigilaba al jardinero, observando como este disponía de la casa y cómo trataba a los animales. No era propio de un simple empleado de los de a diez mil liras la hora. Demasiado celo, demasiada empatía. Un trato vip solo para uno de los clientes. Por eso decidió pegarse a él aún más.

Y escuchó la conversación, de inmediato se le vino a la mente: los drusos como su padre, el jueves por la tarde; los musulmanes, el viernes; los judíos, el sábado y los cristianos el domingo. Como muy tarde, él podría descansar el lunes. Solo tenía que esperar a terminar su trabajo para volver a los Museos Vaticanos y cobrar el resto.

En cuanto vio a Alma bajarse del coche, salió de su escondite. Una casa con buenas vistas. Pasó por delante de la pareja de ancianos que llevaban dos días muertos sin mirarlos, un efecto colateral despreciable como las migas de pan cuando se corta en rebanadas. Se acercó al objetivo. Se sobresaltó oyendo a los perros ladrar. Estaban excitados con la llegada de la dueña. Era un contratiempo. Odiaba esa clase de bichos y su asquerosa fidelidad. Tendría que esperar un poco, después se aplacarían. Por lo que sabía, Alma los encerraría en cuanto se tranquilizaran. Los vio alejarse al jardín trasero y decidió pasar al patio central. Una vez más, se ocultaría y esperaría.

Al cabo de unos minutos, escuchó pasos, eran ellos, no podía ser nadie más. Continuó escondido hasta que oyó ruido de llaves. En un instante se puso detrás del jardinero apuntando con su pistola. Entraron juntos y cerraron la puerta.

- Vaya, Vlad no pierde el tiempo —dijo Alma sin perder la compostura.
- No es personal —contestó Nabil.
- Sí, si lo es. Disfrutas con esto. Lo veo en tu cara. Deja que el jardinero se vaya —argumentó Alma, fría.
- Lo siento, no va a poder ser... Dime, ¿de qué conoces a este viejo? —preguntó forzando el insulto.
- ¿Te importa? Solo es un viejo —contestó despreciativa.
- ¿Y a ti? —preguntó Nabil, apuntando a Pietro Costa

Se quedó unos instantes pensativa. No había respuesta buena y sabía que el sicario mataría a Pietro en cualquier caso. Era un punto y final, una despedida, puede que incluso también para ella. Pietro le hizo un leve gesto con la cabeza en señal de aceptación. Alma lo entendió. Movi6 los labios en silencio para decirle que lo quería. Se lo merecía.

- Es el único padre que he tenido —dijo mirando a Pietro a los ojos, con lágrimas, mientras a él le brillaban los ojos.

En ese instante, Pietro corrió hacia un lado de la habitación y Nabil disparó dos veces hiriéndolo en una pierna, Pietro continuó arrastrándose, huyendo, alejándose de su asesino. Para el libanés, la escena resultaba cómica, repetida una y mil veces, condenados agarrándose a los últimos instantes de su vida inútilmente. Se acercó, se tomó su tiempo, para dispararle en el est6mago, sabiendo que se retorcería en el suelo desangrándose. Pero era una estratagema, un kamikaze que se sacrificaba para que otro pudiera escapar. Alma huy6 en direcci6n opuesta hacia una puerta. Nabil se sonri6, la mujer mantenía el list6n alto. Le dio una patada al jardinero en la cara que lo dej6 inconsciente y sali6 tras Alma. La caza continuaba.

De vuelta a la vida, los primeros momentos de Pietro fueron de shock, si no

hacía nada difícilmente saldrían de esta. Y le dolía como nunca le había dolido nada. Como si tuviera brasas en la herida. No podía razonar con claridad, hasta que se le vino una imagen nítida. Alma, con cuatro años, desvalida y preciosa. Tardó unos instantes en recomponerse. Tenía que ayudar a su niña como fuera, después podía dejarse vencer. Pensó que no tendría éxito enfrentándose al asesino, pero sus perros... era otra cosa. Se agarró la pierna para contenerse la hemorragia y salió al patio para buscar la ayuda de los cánidos, cojeando. El camino sería más largo que otras veces.

Mal fario (sábado, 16 de diciembre de 1989)

Pidió una Coca-Cola y se fue directamente al teléfono señalándolo con la mano, como solicitando permiso. El camarero movió la cabeza en sentido afirmativo mientras le abría la chispa de la vida. Lola se quedó mirando la botella, le gustaba la forma, pensaba que parte del éxito del brebaje estaba en el diseño de la misma. Rebuscó en su bolso, cogió un trozo de papel y marcó el número del comisario Feltracco mientras tomaba un trago. Caliente. Imperdonable. Necesitaba hielo, limón y que el comisario colgara el teléfono. Comunicaba. Esperó cinco minutos, volvió a llamarlo infructuosamente. Tendría que dar su brazo a torcer, llamaría a casa de Dani y hablaría con el imbécil de Reyes.

- ¡Lola! ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Me tenías preocupado —dijo Reyes sensiblemente alterado.

Se hacía el majó, qué rico. Dudó entre mandarlo a tomar por culo o a la mierda. Después de haberla dejado plantada ¿qué sería más educado? Se contuvo unos instantes.

- ¿Te pasa algo? ¿Me oyes? ¿Dónde estás? —insistió Reyes.

Era más bien de los que se merecían el primer tipo de respuesta.

- Juan, de verdad, tengo una duda ¿tú eres tonto?

El guardia civil se quedó sin palabras, no sabía cómo interpretarla, estaba enfadada, era evidente, pero no tenía derecho a tratarlo así, no por lo del día anterior. No era necesario. Ya había captado el mensaje. No volvería a molestarla. A veces, Lola era tan difícil...

- Me lo vas a decir o cuelgo —contestó Reyes con frialdad.
- Idiota, estoy en el castillo. ¿Dónde si no?
- ¿No te avisó Feltracco? —preguntó sorprendido.
- No, ¿de qué? —respondió ella, dudando.

- El comisario suspendió la vigilancia. Nos llamó anoche. Ha averiguado que Alma no aparecerá hasta mañana.
- Juan, te lo explicaré despacio porque veo que te cuesta... Alma está ahora mismo aquí, con el jardinero, en el puto castillo. Los acabo de ver entrar *¿capisci?*
- ¿Estás segura? —preguntó arrepintiéndose de inmediato de su atrevimiento.
- Todo lo que mi torpe mente da de sí, que es poco —contestó agresiva.
- Vale, vale, lo entiendo —comenzó a decir, nervioso, templando la situación—. No hagas nada, aviso a los italianos y vamos para allá. Dame una hora.

De repente, Lola se serenó, se recordó a sí misma buscando las llaves cuando salió del piso de Dani, mientras sonaba el teléfono. Era una jodida coincidencia, una casualidad, pero no había otra. Cuadraba. Esta vez, el guardia civil no era culpable. Sacaría la foto de este de la diana. De momento.

- Está bien —respondió tranquilizándose—. Solo entraré si la situación lo requiere.
- Lola que te conozco.
- Te lo prometo —dijo con voz conciliadora.
- Quédate al margen. Dame una hora. Solo te pido eso.
- Vale, sí.

Acabó su refresco de un trago y fue al coche a por la artillería. Se quedaría esperando al séptimo de caballería. Al menos, esa era la idea hasta que, cuanto regresó a las inmediaciones del castillo, escuchó algo que se asemejaba a un disparo. Llegó a una conclusión. No sabía cómo, pero en su vida, los planes siempre se acababan jodiendo. Tenía que entrar.

Perros (sábado, 16 de diciembre de 1989)

El portalón de entrada al recinto amurallado estaba entreabierto. Lola lo movió levemente, con miedo de que las bisagras la delatasen. Pasó a través del gran arco de piedra y llegó hasta el patio sin apenas hacer ruido. Se mantuvo unos instantes pegada a la pared, junto a la escalera del lado izquierdo, mirando en todas direcciones. No había nadie. Parecía un sitio tranquilo y romántico, uno de esos hoteles en medio del campo para escapadas de amor furtivo de fin de semana sin compromisos ni futuro. Inexplicables extensiones del horario de oficina y consumismo de caricias de usar y tirar. Continuó andando rápido, buscando la pared de la derecha, y se parapetó tras uno de los árboles del lateral. Era ridículo, el tronco apenas le cubría la mitad del cuerpo. Estaba a tiro, visible desde casi cualquier ventana de la primera planta. Tenía que tomar una decisión de inmediato. Se acercó hasta la puerta central de entrada al edificio principal. Dos hojas robustas de madera roja decolorada por el tiempo. Abiertas de par en par como si hubiesen entrado con prisa. Pasó. Junto a la puerta había un charco de sangre. Alguien se había arrastrado y había dejado la impronta roja de su movimiento. Y estaba fresco. Definitivamente, lo que había oído era un disparo. Quitó el seguro de su arma, la amortilló y agudizó sus sentidos. Dio un paso y crujió una loseta suelta del suelo de barro como si fuera un sistema de alarma rudimentario. Se quedó inmóvil esperando ser descubierta en cualquier momento. Podía sentir su propio corazón a punto de salirle por la boca. El pavimento volvió a quejarse lastimero, pero no era ella, sonaba a la derecha, lejos. Alguien se acercaba desde una estancia contigua. Despacio, anduvo mimando cada pisada para que no la delatara y se escondió tras una de las puertas de la entrada.

Había dos personas en el salón. Lola mantuvo la respiración. Por lo que decían, el hombre dominaba la situación y era hostil. Pero no tenía sentido, si el jardinero era como su padre... No, no era él quien hablaba. Recordaba su timbre de la entrevista... Esa voz... sí, lo conocía pero no sabía de qué. Pensó en el momento más oportuno para tomar el control. Se sentía como la chica que sale de la tarta en la despedida de soltero de las películas americanas. Sería una sorpresa. Decidió esperar unos segundos más para ver qué sacaba en claro.

- Vaya, ahora desaparece tu padre —le recriminó el hombre a Alma—.

- Tengo que reconocerlo, estáis siendo de lo más entretenido —concluyó.
- Si le haces daño, te mataré —lo amenazó ella sin perder la compostura.
 - Alma, no estás en disposición de amenazar.
 - Todavía no ha terminado la partida.
 - Claro que sí. Te adivinaré el futuro...

A Lola se le encendió una bombilla. Bingo. Nabil. Era él. Lo recordaba del Koliseum. Con ella usó exactamente la misma expresión. El libanés iba a matar a Alma. Parecía que Vlad subcontractaba el trabajo sucio. Se sintió rabiosa y eufórica. Era su día de suerte, había dado con el tipo que le llevaría directamente al general. Cerró los ojos un instante para tomar fuerzas. Soltó un grito mientras le daba una patada a la puerta, quedándose descubierta. Instintivamente, disparó a Nabil en el hombro. Este perdió el equilibrio y el arma. Alma hizo un intento de hacerse con la pistola que Lola neutralizó. La inspectora se había hecho con la situación.

- Bueno, Nabil, ahora me dirás dónde encontrar al general —dijo relajada.
- Y sería hombre muerto. No, gracias, tengo cosas que hacer.
- Tranquilo. Sé guardar un secreto.
- Ya, olvídalo.
- Te detendrán y pasarás el resto de tu vida en la cárcel —puntualizó Lola.
- Tú eres Lola ¿verdad? —preguntó Nabil, conociendo la respuesta—. La amiga del guardia civil.
- Nabil, te ofrezco un trueque. El general o el calabozo, escoge.
- Lola, no creo que pase ni cinco minutos enjaulado.
- Ocurrirá si no colaboras.
- No será así. De hecho, no me puedes tocar ni un pelo. Y el disparo te va a costar tu carrera. Tengo pasaporte diplomático. Justo aquí, en el bolsillo de la cazadora —dijo haciendo un amago de meter la mano en el bolsillo interior.
- Ni lo intentes —le advirtió Lola, tensándose.
- Tranquila. No me puedes ni echar el aire sin que te joda la vida —la retó.

- Te pegaré otro tiro. ¿Te gusta en la rodilla? Para que os acordéis de mí, tú, tu cojera y tu jodido pasaporte.
- No lo harás.
- Yo creo que sí, ¿dónde está Campos?
- Agente, este hombre ha irrumpido en mi casa —intervino Alma—. Venía a por mí. Lo que ocurra habrá sido defensa propia. Testificaré lo que quiera.
- Alma, no te molestes en hacerte la desvalida. Sé quién eres, pero te lo agradezco, es un bello gesto, viniendo de ti.
- Vamos, tú y yo somos iguales —le dijo Alma con voz aterciopelada—. Lo veo en tus ojos. Podemos llegar a un acuerdo.
- Alma, yo no voy por ahí matando a la gente para comérmela.
- Eso es un detalle sin importancia... Deja que me vaya. Esta no es tu guerra.
- Gracias por la oferta. Creo que... no, no lo haré.

Lola escuchó un ruido que venía del patio que no supo identificar, la propietaria del castillo esbozó una sonrisa que la dejó helada. Le aclaró los conceptos.

- Lola, yo de ti me quedaba quieta y soltaba la pistola —susurró Alma, sin inmutarse.
- ¿Qué?
- Shhh, movimientos suaves, despacio, agáchate despacio y deja el arma en el suelo —le explicó mientras la jauría de perros comenzaba a gruñir—. Shhh, tranquilos —añadió dirigiéndose a los animales que rodeaban a la inspectora.
- Te podría matar ahora mismo.
- ¿Y a los perros también? ¿A todos? Vaya, eres rápida. ¿Antes de que se te echen encima? Anda, bonita, inténtalo. Vás a quedar preciosa.
- Pero te llevo por delante.
- No lo repetiré, suelta la pistola ahora o les ordeno que te arranquen la cara a dentelladas —gritó mientras los perros se volvían más agresivos sintiendo el tono de voz de la dueña.

- Está bien, tranquila, tranquila —claudicó, levantando las manos.
- Buena chica —contestó satisfecha, Alma.

El destino era una veleta que iba y venía con el viento cambiante. En ese momento, Alma tenía todos los ases en su mano. Cogió las armas y se quedó pensativa, dudando qué hacer con los intrusos. Sonrió. Sería divertido.

- ¿Veis ese armario? —preguntó enigmática, señalando a un viejo mueble de madera azul—. Hoy es vuestro día. Os voy a dar una oportunidad —añadió pasados unos segundos, sonriendo y mostrándoles su contenido.
- ¿De qué va esto? Vamos, acaba el trabajo —le encomió Nabil.
- Habla por ti —susurró Lola.
- Lo harán los chicos por mí —se explicó mientras acariciaba a uno de los perros—. Este es el trato. Como habéis visto, solo cabe uno. Y solo uno saldrá vivo de aquí. El que consiga entrar en el armario antes de que lo alcancen. El otro... mis chuchos tienen ganas de jugar, no puedo negarles nada —dijo con voz lastimera—. Están tan mimados —se explicó—. Ahora os tengo que dejar. Voy a por mi tío. Suerte.

Alma se dio media vuelta, los perros la siguieron unos metros. Salió al patio, cruzando la puerta roja. Un par de pasos. Dio una orden y la jauría se volvió con fiereza. Cambió de opinión y se quedó a mirarlos para disfrutar del espectáculo como si fuera una emperatriz romana viendo una sesión de cristianos y leones. Lola tardó un instante en reaccionar, lo suficiente como para que Nabil le tomara la delantera. Salió corriendo hacia el lugar seguro como si fuera el juego de las sillas y la música. Y esta se había parado de golpe. En el último momento, cuando el libanés iba a ocupar el burladero, Lola lo golpeó en el hombro con toda su fuerza tirándolo. Él la agarró por los tobillos. Era miserable como pelear por el único paracaídas. Juego sucio. Pero ya tendría tiempo Lola de sentirse mal mientras veía el avión estrellarse. Lola iba a golpearlo de nuevo, pero oyó un disparo. Era Alma, junto a la puerta, había vuelto a hacer blanco en Nabil. En una pierna. Se excusó, divertida.

- Apostaba por ti, inspectora. ¡Ahora, corre! —le gritó.

De inmediato, Nabil cedió amablemente el puesto como si fuera un caballero del siglo XIX, fuera de combate por el dolor, mientras los perros se hacían con él. Lola entró en el armario y sujetó la puerta con la punta de los dedos para que no se abriera, forcejeando con uno de los perros que intentaba acceder al interior rascando con las patas delanteras.

- Explícale a ellos lo del pasaporte —susurró Lola para sí misma.

Final del túnel (sábado, 16 de diciembre de 1989)

Hacía cinco minutos que no oía nada. Si todavía estaban allí, debían de haberse calmado. Abrió un par de dedos la puerta y miró fuera. Ni rastro de los perros. Salió despacio, sin hacer ruido, con miedo de alertar a las bestias y que regresasen para descargar su rabia. Mantenía la vista sobre la puerta del patio. Miró a Nabil un momento, estaba tirado en el suelo, deformado y ensangrentado como si fuera un Picasso rojo, irreconocible. Los perros se habían ensañado. Una de las mordeduras tenía una pinta horrible, le cogía el cuello y parte de la cara. Lo vio moverse gimiendo. Se acercó a él, instintivamente, como para salvarlo. Pero se paró en seco.

- Sí que estás jodido.
- Hija de puta.
- Eras tú o yo. Y no ha sido idea mía. Habrías hecho lo mismo.
- Necesito ayuda.
- De verdad, ¿te acuerdas de mí? —preguntó Lola.
- Claro, de Valencia, Alma lleva razón. No eres más que una asesina. Una como nosotros. Mataste a Cuevas.
- Fue en defensa propia.
- No lo fue.
- Pues la verdad... no, no lo fue. Pero no soy como vosotros. Si quieres nos podemos a discutir sobre ese tema. No tengo prisa —contestó Lola, con cinismo.
- Mejor otro día.
- ¿Y de aquí? ¿Te acuerdas?

El libanés no sabía a qué se refería. Se quedó pensativo unos instantes, perplejo. Lola interpretó su silencio.

- Te refrescaré la memoria —volvió a intervenir Lola—. Me acerqué a ti en el Koliseum y me diste veinte mil liras. ¿Lo recuerdas ahora?
- Creo que sí.

- Estoy detrás de este asunto desde hace mucho tiempo, créeme.
- Ayúdame, me voy a desangrar.
- Sería una pérdida irreparable para la humanidad. Nabil, he hecho un largo camino para llegar hasta aquí. En fin, no me voy a andar con más rodeos. ¿Dónde está el general Campos?

La mujer no bromeaba, había llegado hasta ese punto desde muy lejos. Nabil tenía dos opciones, dejarse morir como el capitán del barco que se hunde con el navío o saltar al bote salvavidas. Y ese bote lo tenía delante de sus narices, tan solo debía abrir la boca.

La miró fijamente valorando la propuesta. Porque si traicionaba a esa gente, jamás tendría un minuto de paz. Intentarían acabar con él. Pero sería en otro momento y en otra parte. Tenía dinero y recursos para huir y esconderse. Quizá lo abatieran. Si así era... mientras fuera rápido, no había problema. Hizo una mueca, un amago de sonrisa. Pensó que era el cazador cazado. Como si hubiese ido a la charca con el abuelo para que los patos les disparasen a ellos. ¡Qué ironía! En cualquier caso, no caería ahí, no de esa forma ni en ese momento. El escribano de su destino aún tendría páginas que rellenar.

- Tú ganas. Hotel Mascagni. Habitación 107.

Mascagni (martes, 19 de diciembre de 1989)

Desde la madrugada del 10 de noviembre, los eventos se sucedían a una velocidad de locos. Y era complejo y peligroso porque, en el orden mundial, las reglas estaban consolidadas, como los cimientos de un edificio viejo. Pactos tácitos que todos los jugadores de nivel suscribían y que nadie ponía en duda. Ahora, con la caída del muro... el general Campos no sabía a qué atenerse. Y en el periódico decía que hacía dos días que los rebeldes habían ocupado la sede del partido comunista en Rumanía. Estaba claro, la revolución de la revolución se extendía como la pólvora y el juego, ahora, sería otro.

- Servicio de habitaciones —le interrumpió la lectura una voz femenina.

No había pedido nada. Nunca lo hacía. Mientras desayunaba, realizaron la limpieza y no era la voz de la chica que había entrado en su habitación. Volvió a pensar que, en su negocio, cualquier día, alguien iría a por él. Otra alimaña como Nabil. Echó un vistazo rápido a la habitación por si se habían dejado algo. Parecía todo en orden. El general abrió la caja fuerte de juguete del armario, una de esas que ponen para que los alojados se sientan seguros mientras juegan a meter códigos. Cogió su arma. Se acercó a la puerta para oír a los que estaban al otro lado. Silencio. No le gustaba. Desde el baño contiguo, sacó una mano al pasillo y abrió el picaporte dejando la puerta entreabierta. Con la otra apuntaba desde la pared prefabricada en dirección a la intrusa. La bala no tendría problemas en llegar a su objetivo atravesando un par de placas de yeso.

- ¡Vaya sorpresa, la inspectora Tocapelotas Berlín!
- General, un placer saludarte.
- Y para mí, me facilitas el trabajo. Pasa, querida —dijo con amabilidad, apuntándola con el arma.
- Eso no es necesario. Voy desarmada. ¿Quieres cachearme? —se ofreció con fingida lascivia, para provocarlo.
- Siempre tan hija de puta... Lola.
- He venido a negociar, pero si lo prefieres podemos insultarnos el uno al

otro. ¿A ver quién gana?

- ¿Negociar? Eres graciosa, Lola. Idiota y graciosa. ¿No te has fijado? Mira mi mano, yo soy el que tiene la pistola.

Lo miró con desprecio, como si fuera un mierda de segunda al que habían aupado al puesto por ser el más servicial de todos los de su clase. Se rio de él, un caso típico del síndrome de la gorra de plato. Sintomatología: Auténticos imbéciles investidos de un poder que no sabían manejar, dóciles y fieles, capaces de hacer cualquier cosa para mantener la gorra en la cabeza. Probablemente para ocultar la calva. Sí, el general presentaba un cuadro agudo.

- Aclárame una cosa: a ti —comenzó despreciativa— te dieron el ascenso porque la chupabas mejor que los demás, ¿verdad?
- Gili...
- No, escúchame bien, imbécil —gritó—. Te tengo cogido por los huevos. Sé que mataste al comandante Pérez, sé que estás detrás de Nabil y de toda la mierda de Valencia. Y, seguro que eres tan tonto que cuando esto explote, te endosarán toda la basura flotante del universo.
- Muy graciosa.
- General, al lío, que te tengo grabado.

La hija puta no era tonta. Tenía huevos. Quizá si fuera de otra forma, podría reclutarla. Pero era una inadaptada social, demasiado estrecha. Necesitaba unos segundos. Esquemas, él funcionaba con esquemas. Ordenó su mente:

1. Oír la grabación.
2. Torturarla para averiguar cómo lo había encontrado, localizar todas las copias y neutralizarlas.
3. Neutralizar a Lola y a Reyes.

No estaba mal. Guardó el arma y se mostró relajado.

- Y no la habrás traído, ¿verdad?

- Pues mira, sí.
- Pero tienes una copia guardada.
- ¡Qué listo!
- Y la tiene tu amigo, el guardia civil.
- Oh, has fallado.
- No sabes mentir, Lola. Este juego te queda grande. Pobrecilla.
- Está bien, me has pillado. Reyes también tiene una copia.
- Aficionada.
- Ah, y se me olvidaba. En la embajada rusa hay otra.
- Vamos, Lola, es un farol.
- Compruébalo tú mismo. Descuelga el puto teléfono y llama. Pregunta por la señorita Novikova.

Parecía seria, como si fuera verdad. Aceptaba el reto. Cogió el listín telefónico, buscó el número y lo marcó con serenidad. La observaba, esperando un gesto de rendición. Pero no contaba con que Dani había utilizado sus contactos para darle cobertura a la policía española. Lola le pidió el favor, y él a su vez a Syu. Y allí estaba el periodista, como en un juego de trileros, en casa de la familia del oficial del KGB en Roma, escuchando música en vivo, al otro lado de la línea, esperando a que le pasasen una llamada, con un magnetófono en la mano. Listo para arrancar la función de teatro. Apenas el general comenzó a oír la cinta, colgó el teléfono de un golpe.

- Pero ¿tú eres gilipollas? ¿Sabes qué has hecho? —preguntó Campos fuera de sí.
- Tranquilo, te va a subir la tensión, general.
- Hija de puta. Negociaré con ellos, les daré lo que me pidan. Te mato — dijo sacando de nuevo su pistola y apretándola contra la sien de Lola.
- Vamos, general, están hablando tus huevos, no tu cabeza. No sería más barato que hicieses lo que te pido y yo, a cambio, ¿cómo decís en el argot? neutralizo la amenaza. Era eso, se dice así ¿verdad? Como soy una aficionada...

- ¿Puedes hacerlo? —preguntó incrédulo.
- General, uno no coge las cartas si no va a jugar toda la partida.
- ¿Qué coño quieres?
- Nada que no puedas lograr —suspiró—. Lo mismo que la otra vez. Reyes y yo recuperaremos nuestras vidas. Os olvidaréis de nosotros para siempre.
- ¿Solo eso? —preguntó riéndose—. Tú estás loca. Has cabreado a mucha gente que...
- ¿De verdad?
- ¿Qué?
- ¿Hay tanta gente importante interesada en mí? ¿No tienen otra cosa mejor que hacer? Me siento halagada.
- No lo entiendes, me has jodido a mí. Y soy lo suficientemente importante.
- Y ¿a nadie más?
- Pero tú te has creído que vales la pena...
- No. Claro que no. Pero esto facilita las cosas. Habla contigo mismo.
- Inspectora, no me toques los huevos...
- ¡General! —lo interrumpió, gritando— Ese es el único trato posible. Y tienes dos días. Después, no podré hacer nada por ti. Caerás con nosotros. Pasarás a ser un apestado como el comandante Pérez, el sargento Novo o Ernesto. Uno más. Decídette.

Túnez (viernes, 22 de diciembre de 1989)

Volver fue una mala idea. Ahora lo sabía. Miró a su tío y sonrió. Estaba fuera de peligro, magullado, pero a salvo. La aceptaba como era, le perdonaba los pecados, lo notaba. Y, en aquel refugio en medio de la nada, se sentían a salvo de los depredadores. Solo le quedaba devolverle el golpe a su desestimado Vlad. Pagaría por todo.

Ya hacía diez días que Alma había salido del castillo Farnese por última vez, en una huida atropellada, con su querido tío herido y los perros. Una fuga a la desesperada, sin apenas tiempo para finalizar lo que quedaba pendiente. Los pocos flecos sueltos permanecerían allí, ocultos, esperando a ser descubiertos como un tesoro. Y sabía que no sería fácil. Quizá, pasado el tiempo, regresase para llorarle a su esposo

Aquel día condujo hasta La Giustiniana, sabiendo que el tiempo jugaba en su contra, agobiada por las circunstancias, con un miedo que le impedía quitar el ojo del espejo retrovisor. Paró en la cuneta un instante para ajustarle el torniquete que le había hecho a su tío. No parecía muy grave. Aguantaría el viaje. A los pocos kilómetros dejó la carretera y se internó por la vía del Casale della Castelluccia. La otra furgoneta seguía allí. Cambió de vehículo, revisó de nuevo la herida, le prendió fuego al primer transporte y tomaron la autopista GRA. Tenían una dirección. Se dirigieron hacia el sur. Nadie los vio.

Once horas seguidas hasta llegar a un lugar donde la policía no los buscaría y los habitantes nunca hacían preguntas. Ella tenía referencias. Y, en una isla como Sicilia, comprar voluntades no era difícil. Había gente que llevaba años haciéndolo. Transacciones de honor de dinero mezcladas con el miedo a las represalias del que la apadrinaba. Nadie abriría la boca.

Pero eso era ya pasado. Esa tarde salió al campo a tomar el aire, escoltada por sus bichos. Un lugar despejado, lejos de todo, en alto, con una vista impresionante de la mitad Norte de la isla. El mar al fondo. Dio un paseo por los alrededores. Pensó en aquella policía extranjera y en Nabil. Rio abiertamente. Fue divertido. Hacía frío. Oteó el horizonte, preocupada, ni rastro de la policía. Nada. Regresó.

- ¿Te vas ya? —preguntó su tío.
- ¿Por qué lo dices? —contestó Alma, disimulando.
- Tienes esa cara... Tienes la misma cara que cuando me dijiste que te marchabas a vivir con Vittorio —afirmó.
- En realidad, es en plural. Tenemos que irnos, los dos. No podemos seguir aquí, en cualquier momento...
- ¡Para! —la interrumpió—. ¿Es que no lo entiendes? Dónde vas no debo seguirte, solo sería una carga. Me quedo aquí con los perros. Me has proporcionado todo lo que necesito. Estaré bien. Se ha acabado. No puedes seguir engañándote. No debes arrastrarme más.
- Pero...
- Alma, eso que dijiste, que era el único padre que habías tenido —dijo con un nudo en la garganta—... Ahora más que nunca tengo que mantener el listón alto para que no me odies en el futuro. No puedo seguir siendo una carga. No podría soportar que te encerraran por mi culpa. Ni tú tampoco podrías vivir en una jaula. No eres de esa clase de personas.
- Tienes que venir —le suplicó.
- No lo entiendes. Irán a por nosotros. Seguramente, ya hay una orden internacional de caza y captura. La Interpol habrá avisado a todos los países cercanos. Y buscarán a un “nosotros”. Un viejo con un tiro en una pierna, probablemente cojo, la caníbal y sus perros. ¡No tienes ni una sola oportunidad y lo sabes! —concluyó mientras se le escapaban unas lágrimas a Alma.
- Pero tú... eres toda mi familia, lo que me queda —comenzó a argumentar, contrariada.
- Tienes que irte y lo entiendo. Alma, cariño —cambió de tono—, esto es difícil de decir: deberías cambiar, tienes que dejar de hacer eso que haces —concluyó susurrando.
- Lo sé. Hace tiempo que lo sé —afirmó sin atreverse a mirarle a la cara, aceptando el consejo.
- Olvídate de todo. Márchate, huye, escápate de ti misma —dijo sonriendo—. Cambia de vida. Controla a la fiera que tienes dentro y conviértete en otra persona. Aprovecha esta oportunidad. Quizá no tengas otra.

- Me encargaré de ti siempre.
- Eso ya lo sé.
- Y mantendré el contacto.
- Ten mucho cuidado. Casi te cogen por mi culpa. No cometas dos veces el mismo error. Ahora vete.

No debía perder más tiempo. Era el día, la meteorología era la adecuada y el barco que la llevaría hasta Túnez estaba esperando. No dijo nada, se fue a su habitación, preparó una mochila con lo imprescindible. Abrió un cajón y cogió un diskette. Uno de los motivos por los que había vuelto al castillo. Regresó al salón, él la esperaba junto a la chimenea con uno de los perros a los pies. Una escena bucólica. Mantuvo los ojos fijos en el fuego mientras Alma se dirigía a la puerta. De repente, ella se paró en seco, se dio media vuelta y fue corriendo a abrazarlo.

- Lo siento —susurró al marcharse.
- Cuídate, pequeña. Estarás sola.

La noche y el mar fueron benévolos, usó el tiempo para ordenar su vida, pensando qué haría en el futuro y qué no haría nunca más, aunque le gustase. Era adicta y lo tenía que dejar. Desengancharse del subidón. Buscar otras aficiones de menos riesgo, o al menos, legales. Pobre Vittorio, si se hubiesen retirado a tiempo... Ya no tenía solución. Seguiría el plan. De madrugada, el capitán le advirtió que tenía que estar lista para desembarcar, llegaban a la capital. La llevaban en una lancha hasta la playa de la Goleta. Le dieron un plano de la ciudad y se desentendieron de ella.

Era una mujer y, a esas horas, llamaba la atención hiciera lo que hiciera. Hacía frío y se había mojado los zapatos. Nada de pantalones, ropa larga y oscura, suelta y el pelo cubierto. Tan cerca y tan distinto todo... como si fueran dos planetas gemelos, súbditos de estrellas diferentes. La miraron con curiosidad pero nadie se acercó. Caminó por la avenida Habib Bourghuiba, siguiendo el goteo de personas que iban a cumplir con el rezo matutino, acudiendo a la llamada que se realizaba desde el minarete a unos cien metros a la izquierda y ella era una más, fundida con la corriente, pero siguió más allá de la mezquita.

Un hombre la paró y le dijo algo que ella no entendió. Continuó su camino mientras el hombre la seguía profiriendo insultos. Unos doscientos metros, apretó la marcha. Solo tenía que aguantar un poco más, hasta la frutería. Una de las ideas de Vittorio. Habían comprado el local y lo tenían arrendado a un precio de risa, con la condición de que les mantuviesen una habitación intacta y disponible 24 horas al día, todos los días del año. Ese era el trato. Un pacto del que Alma se reía. Y sin embargo... Acudía sin un marido que lo había previsto todo excepto que lo mataran. O puede que hasta eso lo tuviese calculado.

La estaban esperando. Espantaron al intruso con malos modos. Alma se tranquilizó, había realizado con éxito la segunda etapa y estaba a salvo de su identidad y de su pasado. Ahora era otra persona y continuaría con su plan de fuga. Cogió el diskette de su mochila. Su último asunto pendiente como Alma Della Vedova. Firmó la etiqueta, lo metió en un sobre y se lo dio al inquilino con las instrucciones precisas. Sabía que cumpliría con el encargo. La invitaron a un té que le calentó el espíritu y la llevaron al aeropuerto. Después, se perdió tras la puerta de embarque.

Fiomicino (domingo, 24 de diciembre de 1989)

A Lola no le gustaban los aviones y no era una pose. Sencillamente, no comprendía cómo aquellos artilugios podían mantenerse en el aire solo con el flujo que pasaba a través de las alas. Tenía que ser mucho aire para que aquello flotara. Inestable como un funambulista sin pértiga. Pero, una vez más, Lola sucumbió a la rapidez del medio de transporte porque, si quería volver a casa por Navidad a la par que el turrón, no le quedaba más remedio que subirse a aquel aparato. Al llegar a la terminal, respiró hondo resignada.

Hacía tres días que Reyes se había marchado sin ni siquiera despedirse. Aún estaba enfadada. El día del castillo, el guardia apareció con la caballería para salvarla como si ella fuera una de esas princesitas inútiles que solo saben gritar. ¿Qué se había creído? Y ¿qué esperaba? ¿Que se desmayara en sus brazos? Y para colmo el imbécil que se atrevió a criticar su manera de sacarle información a Nabil.

Y por ella, lo habría dejado allí desangrándose, pero el buen samaritano tuvo que entrar en el castillo, inspeccionarlo todo y en cuanto encontró al tipo, se apiadó de él. Le salvó el culo y, de paso, la abochornó delante de los policías italianos. Un gilipollas.

Todo para que, en unos días el mercenario se fuera a su casa, saliendo por la puerta grande del hospital, reconstruido, esgrimiendo el puto pasaporte diplomático como si fuera un chaleco antibalas. Al igual que había hecho cuando los policías italianos intentaron detenerlo en el castillo. Medio muerto, pero con el puto salvoconducto en la mano. Nabil se recuperaría y seguiría en el negocio por culpa de Reyes. La sacaba de quicio. Y era un hipócrita que no se ensuciaba, pero después, se cubriría con el mismo paraguas que ella. Manteniéndose digno y limpio como el uniforme de un colegio de pago. Porque ella sí se había embarrado hasta el cuello enfrentándose al general para lograr un indulto para los dos a cambio de que se hicieran una lobotomía de la parte del cerebro donde tenían almacenado todo lo ocurrido. Un trato definitivo. Recuperaban su vida y su trabajo, una última oportunidad cogida con alfileres porque si decían lo más mínimo, les abrirían un tercer ojo en el rostro, justo encima de los otros dos. Sin avisos. Y, probablemente, el general también caería con ellos. No era un gran consuelo.

Se asomó al parking de los aviones. Conocía el aparato en el que le tocaba volar. Uno de esos con los motores en la parte trasera. Era mala suerte. Sonaban raro y cada vez que despegaban adquirían una verticalidad que le ponían los pelos de punta. Oyó el mensaje de última llamada con su nombre. Siempre esperaba hasta ese momento final, por si ocurría algo que le evitara el mal trago... Pensó en que, por culpa de su orgullo, estaba ahí. Podía haber llamado a Reyes. Se volvió solo, en coche. Si lo hubiera hecho, ya estaría en casa. O... No, no habría sido buena idea, seguramente habrían discutido hasta por la ubicación exacta del ombligo de las sirenas. Si Reyes no volvía a meter la pata, no lo vería más. Y era lo mejor. Demasiado contraste. Se levantó de la silla pensando que, por fin, esa tarde la pasaría con su padre. Después de tanto tiempo. Se acercó al mostrador y le entregó el billete a la azafata sonriente, la de la puerta de embarque, la que se quedaba en el suelo, a salvo. Esta fue amable y le deseó buen viaje. Al menos, en voz alta. Ella anduvo unos pasos y miró a su espalda, como despidiéndose del mundo. Por si acaso.

Regalo de Navidad (martes, 26 de diciembre de 1989)

Recuperaron la normalidad, la que cabía. Porque Tempesti seguía haciendo puerta mientras Paolo Feltracco se calentaba con la estufa que estaba bajo su mesa de trabajo. Leyendo el periódico a la espera de que le asignaran un nuevo caso. Y no había más hilo del que tirar. Alma y el jardinero habían desaparecido, Nabil seguía en el hospital, escoltado por sus amigos de la AISI día y noche. Para que nadie le molestara durante el delicado proceso de convalecencia. En cuanto a Vlad, solo la casualidad permitiría que se cruzasen sus caminos.

El trabajo de puerta era de lo más aburrido, Giacomo Tempesti solo tenía que poner cara de pocos amigos, pensar en sus cosas y estar un poco más atento cuando alguien acortaba las distancias. Y eso era todo. Un turno completo haciendo de estatua, como los soldados del palacio de Buckingham, solo que sin el ridículo uniforme. Un turno tras otro, sin perspectivas. Se imaginó a San Pedro custodiando las puertas del cielo, escuchando las risas de dentro, sin poder entrar. Como encargo divino, le pareció una putada.

Y solo esperaba a que llegase la hora de marcharse de allí, con los pies fríos y las ideas congeladas, para ver a la chica de nuevo esa tarde, a Syu. Se había acostumbrado a la música de su sonrisa. Le gustaba. Pensaba en su encuentro, nervioso como la foca que espera la sardina tras la actuación. Y era media tarde. Quedaba poco.

Se le acercó un mensajero, aparcó la moto junto a la puerta y se arrancó dispuesto a llegar hasta la cocina sin pedir permiso. Un tipo algo mayor, Lo evaluó: uno de esos que se creen que no tienen que respetar a los más jóvenes por el mero hecho de serlo. Y le jodía la actitud.

- Disculpe, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó con amabilidad, cerrándole el paso.
- Tengo que entregar un paquete ¿no lo ves? —contestó grosero.

Sí, era de los bordes. Definitivamente. Y él estaba aburrido. Miró el reloj, le daba tiempo. Echaría un rato.

- Y usted... ¿me enseña su documentación?
- Vamos chaval, tengo prisa. Este no es mi único encargo —argumentó sacando un pequeño paquete de cartón.
- Le entiendo, pero eso que tiene puede ser una bomba... Y usted un terrorista.
- ¿Bromeas? ¿Me vas a hacer perder toda la tarde?
- Le estoy diciendo que me dé su documentación. Cuanto antes lo haga, mejor para usted.
- Mira, es muy sencillo, aquí pone el remitente: Alma Della Vedova ¿Sabes leer? Y aquí el destina...
- ¿Qué ha dicho? Deme eso —le ordenó, agarrando el paquete.
- No, es para... —dijo intentando leer el destinatario, sin soltarlo.
- Démelo ahora o lo encierro. ¿No tenía prisa? Pues ya está entregado. Yo me encargo. Adiós —replicó Tempesti, tirando del paquete y quitandoselo de las manos.
- Eres un gili... po..
- Bueno, lo mío es por frío, pero lo tuyo es genético.

Un paquete de la caníbal. Lo abrió sin ningún miramiento. Dentro, un diskette con el nombre Alma en la etiqueta. Necesitaba un ordenador.

- Paolo —se acercó a su mesa de trabajo.

El comisario lo miró, el pipiolo estaba excitado. Ya lo conocía. Le seguiría el juego. El chico era incorregible. Tenía toda su atención.

- ¡Tenemos esto! —volvió a decir Giacomo Tempesti, mostrando el diskette, como si estuvieran en el patio del colegio.
- Bien —contestó con calma.
- Es de Alma —puntualizó.
- Joder, chaval, empieza por ahí. Tráelo.

Un único fichero de texto con nombres, itinerarios y direcciones. Y una nota aclaratoria especificando que la información era de las actividades de Vlad Popesk. Una información que Alma había recopilado desde que comenzó a dudar del intermediario.

- ¿Te das cuenta, chico?
- Lo tenemos.
- Sí, a él y a la lista de clientes.
- Por fin, jefe.
- Hay que investigar a toda esta gente con mucho cuidado.
- Ya. He leído algunos de los nombres...
- Será jodido —le interrumpió el comisario—. Y no podremos fiarnos de nadie. Giacomo, tú y yo. Solos otra vez.
- Lo sé, empiezo a acostumbrarme.
- Tenemos trabajo —dijo el comisario, levantándose de su sitio.

El destino (martes, 26 de diciembre de 1989)

De camino, Reyes había pasado por casa de sus padres para ver a la familia. Era lo que se esperaba de él y de todos. La Navidad, la tele, la cena... y, últimamente, los regalos, porque Santa Claus se estaba poniendo de moda. Un viejo gordo y borracho vestido de rojo ganándole la partida a los tres reyes con su séquito. Increíble. Pero, para Juan no era tan divertido. Se le hacía un mundo ver a sus amigos con compañía. Un plato de digestión lenta y pesada. Y ella no salía de su cabeza. Recaló lo justo, lo imprescindible y de nuevo zarpó como un marino viejo que teme más a la tierra firme que a la mar. Abandonaba para no pensar.

El viaje era monótono y sin ilusión. El regreso de las vacaciones sabiendo que lo que nos espera es más de lo mismo. Aburrida y gris cotidianidad. En su caso, con un punto inquietante, Juan Reyes desandaba kilómetros nervioso, más que Librero. La perra le lamería la cara en cuanto se bajara del coche. Pronto llegaría una notificación con la asignación del nuevo destino.

Comenzó a ver paisajes conocidos. Estaba al lado de casa. Nunca había pensado en aquello como “casa”. Y era extraño, porque ese sitio pronto dejaría de ser su hogar. Lo echaría de menos. Había aprendido a valorar las cosas pequeñas y se había hecho ilusiones. Se le hizo cuesta arriba volver al pueblo y se sintió triste. Pensó en Lola. Quizá fuera mejor así, cada uno por su lado. Puede que el universo no tuviese un plan para ellos dos como pareja y que el final feliz fuese un espejismo suyo solo factible dentro de su cabeza. Y le molestaba. Se la imaginó en Cádiz, junto a la playa de la Caleta. Si el tiempo acompañaba. Probablemente, en ese momento Lola estaría dándole un paseo a su padre, en una silla de ruedas, hablándole o tapándole las piernas con una manta mientras él se limitaría a mover la cabeza con la mirada perdida. Él se preguntaría quién era aquella mujer tan amable y ella rezaría para que cada instante durase en la memoria del anciano unos minutos más para que no la olvidase del todo. Un final muy infeliz.

Al llegar a casa, el reencuentro con Librero fue agradable, el animal no dejó de mover la cola y de dar saltos de alegría. El único que lo echaba de menos. Otra vez Lola volvía a su mente. Suspiró. Tardaría en reponerse de los efectos

secundarios de aquella quimioterapia. Quizá debiera llamarla, darle una última oportunidad y... volver a hacer el ridículo. No, no era buena idea.

Salió a dar un paseo recorriendo el pueblo y recordando que la última vez que lo hizo iban juntos, sin estarlo, pero juntos. Divertida, inteligente, arrolladora e imprevisible. Y... Otra vez ella. Regresó a casa cuando Librero dejó de brincar. Miró el buzón rutinariamente: propaganda. Un gasto absurdo que no entendía y que no servía para nada. Tirar papel por tirar papel. Debería haber otra forma de acceder al público más lógica y sin tanto desperdicio. Quién sabe, quizá los ecologistas llevasen razón.

Separó el grano de la paja. Y allí estaba. Una carta de la comandancia con todos sus sellos, sus membretes y sus firmas. Eso era. Dudó unos instantes como si su destino no estuviese escrito y pudiese variarlo a voluntad con el pensamiento. Abrió el sobre más nervioso que cuando le dieron el destino al salir de la academia. Leyó rápido, una y otra vez, sin encontrar lo que buscaba, hasta que, por fin, sus ojos se detuvieron en una palabra:

Basauri.

Primera plana (viernes, 19 de enero de 1990)

La investigación iba por buen camino. La lista cortesía de Alma contenía una decena de nombres. Tal y como se imaginaban, eran gente con peso y dinero suficientes como para hundirlos hasta las profundidades de la fosa del papeleo infinito. Al menos cinco de ellos, porque de la otra mitad no sabían nada. Especulaban con la posibilidad de que fueran nombres falsos o que vivieran fuera de Italia. Feltracco preguntó discretamente por ellos sin conseguir nada firme. En cuanto a Vlad, lo tenían localizado. Cada día que pasaba, sabían un poco más del hombre de negocios que, sin darse cuenta, se estaba quedando sin espacio vital como el pez atrapado en la red que poco a poco es subido a la cubierta del barco.

Pero no eran tan ingenuos, les quedaba la parte más difícil del camino: ir a un juez con un diskette en la mano, explicarle que lo había proporcionado la mujer de los asesinatos de Isla Farnese, pasar por alto que habían llevado el asunto por un camino paralelo y hacer que este firmara una orden para investigar dicha lista de forma oficial. Tendrían que demostrar que los mencionados eran realmente clientes y consumidores habituales del producto y no el objetivo de la venganza de Alma por cualquier otro motivo.

Y Feltracco sabía que pulir el aspecto legal para que los sospechosos no se escaparan por las ramas del sistema era el hueso más duro de roer. Disponía del fin de semana para pensarlo. De momento, era viernes por la tarde, acudiría a su cita con Zia y disfrutaría de la cena y la compañía. Se levantó de su mesa de trabajo para irse a casa.

- Jefe, un momento —lo llamó Tempesti, monódico.

Odiaba ese tono, traía problemas.

- Dime.
- Es Dani.
- Dile que me he ido ya —intentó escabullirse.
- Está en la puerta, dice que será un momento...

El comisario suspiró. Sabía que Dani Mestre había cumplido con su palabra y que se merecía la recompensa acordada. El periodista llevaba cerca de un mes esperando el beneplácito del comisario para dar rienda suelta a la Olivetti. Pero este posponía la decisión continuamente. El dilema era que, por un lado, no podía permitir que Nabil se saliera con la suya, pero por otro, no encontraba la forma de separar a aquel tipo del asunto de los niños de Valencia. Porque si llegaba a los oídos de determinadas personas, Lola y Reyes tendrían un serio problema. Y, de nuevo, volvía al punto de partida: si hacían público lo que sabían, le retirarían el pasaporte al libanés y lo meterían entre rejas.

Se había convertido en un asunto personal, le corroía por dentro la imagen mental de Elbouri esquivando al sistema y riéndose de los muertos y de él. Y estaba harto de acumular impotencia en el cajón de su mesa de trabajo como si fueran los envoltorios de las chokolatinas de media tarde. Decidió entrevistarse con Dani. Este tendría una oferta que no aceptaría. Se mostraría comprensivo con el chico, hasta un punto. Tenía prisa.

- No podemos permitir que lo publiques. Sé que te lo prometimos, pero es imposible —argumentó Feltracco, nada más saludar al periodista.
- No, no lo es —le rebatió Dani.
- Vamos, Dani, ya somos amigos, será la siguiente vez. Colaboraremos contigo. Si escribes ahora —suspiró Tempesti—..., en cuanto hables de Nabil será como firmar la sentencia de muerte de Lola y Reyes —concluyó.
- Giacomo, Paolo, he estado pensando. Creo que he encontrado una forma... ¿sabéis lo que es un mensaje oculto?
- Creo que no —contestó Tempesti.
- Es muy fácil, se trata de enviar un aviso a la vista de todos, pero solo entendible por los iniciados. Los demás verán algo inocente.
- ¿A qué te refieres?
- Este es mi plan. Vamos a publicar lo que sabemos del caso Rosso. Por entregas, utilizando los tiempos a nuestra conveniencia, para obtener un

efecto creciente.

- ¿Qué?
- Crearemos la necesidad de justicia. Ya sabes, el pueblo soberano y todo ese discurso pueril para que vayas a votar pensando que la solución de los problemas del mundo está en tu papeleta...
- ¿De qué hablas?
- Manipulación, simple y llanamente, manipulación. Vamos, nada nuevo, lo que se ha hecho toda la vida. Explicaremos quién era Alma, cómo captaba a la gente, qué hacía con ellos y cosas así. Conseguiremos que los demás periódicos se hagan eco de la noticia. Contratarán investigadores y sacarán algún que otro trapo sucio. Engrandecerán la noticia.
- Vas bien.
- En unos días hablaremos de Vlad. Sabemos mucho y ellos no.
- Pero, entonces se nos escapará.
- No, porque saldrá su foto en el periódico mientras le ponéis las esposas. No va a poder correr con los grilletos. Estaréis muy favorecidos.
- Perderemos el control de la investigación.
- Presión mediática...
- ¿Cómo?
- Muy sencillo, si ahora mismo vas a un juez con lo que tienes, algún secretario del juzgado, otro policía, o... cualquiera levantará un teléfono, os lo quitarán de las manos y habrá gente que ponga su culo a salvo. Pero si hay interés... si hay presión... los héroes seguirán al mando.
- Entiendo, quieres caldear el asunto para que nadie meta palos en las ruedas —le interrumpió Tempesti
- Más o menos. Aun así, alguien lo intentará, pero será más difícil, estará más expuesto, tendrá que dar explicaciones de lo que hace y se le echarán encima —argumentó Dani.
- ¿Y lo del mensaje oculto? —preguntó Feltracco.
- Bien, veo que me sigues. En una de las entregas, publicaremos una foto de Nabil saliendo del hospital, como si fuera un paseante anónimo con la leyenda a pie de página alusiva a... no sé, ¿las bondades del sistema de

salud en contraposición con la maldad de la doctora Della Vedova?, por ejemplo.

- ¡Muy bueno!, el tipo sale como por casualidad —exclamó Giacomo.
- Pero ¿qué ganamos con eso? —preguntó Feltracco, sorprendido.
- Jefe, se trata de quemar su imagen y que sepan que estamos al tanto. Nadie volverá a contratarlo. Si su cara pasa a ser pública...
- Efectivamente, ya no interesa —apuntó el periodista.
- Pero se irá igualmente —contrarrestó Feltracco, apretando los dientes.
- Sí, me temo que es intocable... al menos por nosotros —susurró—. Pero, a partir de ese instante será un tipo incómodo y visible y, en su negocio, no es buena cosa. Supongo que estará libre hasta que le cierren la boca definitivamente —se explicó Dani.
- No está mal, eres más hijo de puta de lo que pensaba... No, no está nada mal —repitió el comisario—. Me gusta. Déjame madurarlo —añadió sonriendo y ofreciéndole la mano para sellar el trato.
- ¿Cuánto tiempo? —preguntó nervioso Dani.
- Dame hasta mañana por la mañana—sentenció Feltracco.
- Trato hecho —contestó Dani, aceptando la mano.

Abandonó la comisaría como si fuera un gato asustado con un cubo de agua fría Y acudió a su cita con un ansia que no quería reconocer. Porque Paolo Feltracco se había acostumbrado a su sonrisa y a sus consejos. No tomaría ninguna decisión hasta que la viera e intercambiara impresiones con la vendedora de billetes de tren, su aspirante a algo más que amiga Zia. Era discreta, sensible y extraña. Por un lado, parecía accesible, dispuesta a escuchar, siempre vestida con un gesto agradable, pero, por otro, Paolo sentía que tenía una oscuridad, una sombra que le agriaba la sonrisa. Y no sabía qué era. Lo averiguaría, pero ahora tenía otra prioridad. Saber si la aficionada a la novela negra daba por bueno el trato con Dani.

- ¿Qué te parece? —le preguntó.
- Arriesgado.
- Eso creo yo.

- Lo primero que tendrías que hacer es avisar a Lola y Reyes. Al menos, que sepan lo que hay. Quizá no vayan contra ellos. Aunque, si lo piensas, no sería lógico que lo hicieran. Pero, en estas cosas, nunca se sabe.
- Entiendo.
- Tú quieres continuar con todo esto, ¿no? —preguntó Zia.
- Es evidente.
- ¿Y no quieres dejar a Elbouri fuera?
- No.
- Pues... no te queda más remedio que sacar su foto en un periódico. Y creo que es a lo más que puedes aspirar sin que Campos intervenga. El perro ladrará pero no morderá a no ser que intentéis entrar en su territorio. Y de momento, estáis junto a la valla, haciendo ruido, pero por fuera. El problema es otro.
- ¿A qué te refieres?
- En cuanto salgáis en los periódicos, os volverán locos.
- Lo sé.

Había sido una velada agradable pero no daba más de sí. La meteorología no era buena compañera de paseo y ninguno de los dos se atrevió a invitar al otro para algo más.

- ¿Nos vemos mañana?
- No puedo —dijo lastimera pensando en que gastaría el fin de semana en el ala psiquiátrica del hospital— Pero el viernes que viene sí —concluyó, abriendo una puerta ante la cara de contrariedad del comisario.
- Y hablaremos de ti —le propuso Paolo mientras Zia se acercaba para darle un tímido roce de labios de despedida.

Interpretó el gesto a su manera y se acercó más de lo que ella esperaba, le pasó el brazo por la cintura y se empleó a fondo como si fuera el beso del fin del mundo. Se separaron con torpeza, Zia bajó la cabeza, abochornada.

- Paolo, hasta el viernes —dijo con voz cálida.
- Adiós, Zia.
- Sí, hablaremos de mí. Seguramente te parecerá mi vida muy interesante — susurró para sí misma cuando Paolo ya se había marchado.

Tirando del hilo (sábado, 27 de enero de 1990)

La jornada anterior fue larga. Por la tarde, arrestaron a Vlad Popesk y gastaron la mitad del tiempo tratando de sacarle información. Pero fue una tarea inútil, el detenido se encapsuló sobre sí mismo como una crisálida y no solicitó clemencia ni para mojarse los labios con un triste vaso de agua. Aburridos y sabiendo que el tiempo jugaba en su contra, decidieron dedicar parte de la noche al registro de la propiedad del sospechoso. Una actividad interesante, apuntes contables, notas y nombres. La lista de Alma era verídica aunque incompleta. Necesitaban saber más y pronto. Algo les decía que, en breve, un fiscal se haría cargo del asunto y perderían el control.

Y aquella mañana, Giacomo Tempesti, con ojos irritados por falta de sueño, mientras caminaba hacia la comisaría, ojeó el periódico con la exclusiva firmada bajo el seudónimo doctor Watson y la instantánea de la detención. Sonrió. Leyó el titular: Vlad Popesk, escoltado por el comisario Paolo Feltracco y el agente Giacomo Tempesti. Por un instante, se sintió como si fuera un héroe. Sabía que comenzaba otro juego. Un hormigueo incómodo le recorrió todo el cuerpo. Al llegar a comisaría, comprendió que había pasado de categoría como si el equipo de regional, a mitad de liga, fuese elevado a los altares de la primera división. Comprobó que tenía sus ventajas: el jefe supremo y su cohorte de pelotas lo esperaban a la puerta para felicitarlo y darle la buena nueva: lo pasaban a investigación y homicidios. No vigilaría más a la entrada al edificio.

- ¡Giacomo! ¿qué tal? —lo saludó Feltracco nada más ver a Tempesti ocupar su nueva mesa, escoltado por la curia.
- Es raro, se me acerca todo el mundo y me da una palmada en el lomo, como si fuera el premio que le dan al perro policía cuando encuentra la maleta sospechosa.
- Al menos no te dicen eso de “buen chico”.
- Es lo que les falta.
- Bueno, se les pasará. Dentro de un mes, ese cabrón —siseó señalando con la cabeza despectivamente al jefe— te gritará y te dirá lo inútil que eres.

- Supongo —dijo sonriendo.
- Disfruta el momento, te lo has ganado.
- No sé... Y ahora, ¿qué?
- Revisar el material que recogimos ayer antes de que nos lo quiten de las manos. Haz copias de lo que te parezca importante. Además, tenemos al pájaro en la jaula. Habrá que hacerle otra visita. A ver si esta vez canta.

Paolo Feltracco recorrió el camino hacia los calabozos rememorando la última vez que lo hizo, cuando encerraron a Bruno Barone con Speedo para que a este se le soltase la lengua. Se le hizo un nudo en la garganta. Miró a Giacomo, ahora era distinto, el novato no corría peligro. No de ese tipo. Suspiró. Continuó caminando hasta la puerta del nuevo huésped.

- Señor Popesk, buenos días. Espero que haya disfrutado de su estancia — dijo Feltracco como si fuera un locutor de radio anunciando una marca de café por las mañanas.
- Váyase acostumbrando. Es el primer día de muchos días. Se lo aseguro — continuó Tempesti.
- Y no se preocupe... Hoy tenemos toda la mañana —le aclaró el comisario.
- Y la tarde —apuntó Tempesti.
- Y mañana también —sentenció Feltracco.

Les sonrió con soberbia como hacen todos los que se sienten por encima de los demás. A Paolo se le nubló la vista e hizo esfuerzos por no partirle la cara allí mismo. Dudó por un instante. Apretó los nudillos. Volvió a la carga con el interrogatorio.

- Vamos, hombre. Lo sabemos todo sobre usted. Será mejor que colabore — le invitó con su mejor pose.

El prisionero le prestó atención unos segundos y le clavó los ojos fija y cruelmente.

- Y ¿si no? —preguntó Vlad, frío.
- No podremos echarle una mano. El fiscal está de camino y...
- Comisario, no sea ridículo —le espetó—. No me insulte. Llame a mi abogado, a Studio Legale di Roma, pregunten por Marco Venturi —dijo suavemente—. Y ahora... Váyanse de aquí —les gritó, agresivo.
- Te pudrirás en la jaula —susurró Tempesti mientras salía.
- Bruno, era tu compañero, ¿no? —lo provocó.
- Me encargaré personalmente —lo amenazó Giacomo a punto de perder los nervios.
- Seguro que sí, lo estás deseando, vamos... —contestó Vlad, retándolo.
- No me durarías ni un minuto, pero eso tendrá que esperar a otro momento.

Abandonaron la celda en silencio, con el nombre aún retumbando en sus tímpanos. Era la soldadura que cerraba el círculo del anillo para que fuera perfecto. Marco Venturi, el abogado. Uno de los tipos más influyentes en la política del momento, una hiena alimentada por la mano del presidente Cossiga. Venturi, un tipo con un horizonte próximo brillante o inquietante, dependiendo del punto de vista. Un lobo en la sombra que pasaba a primer plano para engrandecer su ego. El principal candidato a ministro de justicia y el tipo que, curiosamente, también encabezaba la lista de Alma Della Vedova.

- Jefe, y ahora ¿qué?
- Giacomo, tengo una duda ¿vas a estar toda la vida preguntándome? Porque si es así, si esto te queda grande, siempre te puedes volver a la puerta.
- No, jefe, es que...
- Llamamos al abogado, a ver qué cara pone —lo interrumpió el comisario—. Porque ya me imagino de qué va todo esto.
- ¿Ahora?
- ¡Ya!
- Tú no has visto los periódicos, ¿verdad?
- Salimos tú y yo. ¿Por?

- Sí, ya. Pero, además, es la boda de la única hija de Venturi, con un tal Renzi. Silvio, creo que se llama. He visto las fotos. Un gilipollas engominado que está dando el braguetazo de su vida.
- ¡Joder! —exclamó Feltracco.
- ¿Qué?
- Que con la detención y toda esta mierda se me olvidó, ayer tenía una cita.
- Y no acudiste... ¿Zia?
- Sí.
- Vas muy tarde.
- En fin, ya lo solucionaré. ¿Por dónde íbamos? Ah sí, Renzi... te cae bien ¿no?
- Tanto como a ti en cuanto lo veas.
- Entonces... mejor me lo pones. Vamos a felicitar al yerno y, de paso, a tocarle un poco los cojones a Marco, a ver si pierde los nervios. Nos invitamos a la boda y le contamos que Vlad Popesk ha sido detenido por el caso Rosso. Será divertido.
- Jefe, ¿prefieres carne o pescado?
- No creo que lleguemos al banquete. No llevas la ropa adecuada.
- Nunca se sabe, igual nos tienen reservada una mesa.

Marco Venturi (sábado, 27 de enero de 1990)

Puede que fuera por culpa de la juventud o quizá no, igual la candidez de Giacomo Tempesti fuese innata. En cualquier caso, al policía le resultaba chocante el despliegue de medios exhibido para que aquella recua de purasangres vestida de pingüino no se mezclara con los jamelgos comunes. Y lo hacían impunemente, a cara descubierta, justificándose a sí mismos porque ellos sí se lo merecían. Por el bien de todos y estrujando los bolsillos ajenos un poco más, para pagar el despropósito. Sí, para Tempesti era llamativo el trabajo que costaba acceder a los prohombres fuera de época de cosecha de votos, como si, una vez bendecidos por unas cuantas papeletas, pasasen a otra dimensión.

Cuando se acercaron, los mastines adiestrados los miraron con desprecio, dudando de sus intenciones y de sus credenciales de policía, desde sus trajes de a millón de liras y sus zapatos brillantes, como si fueran actores de Hollywood. Elegantes para que no quedara fea la foto. Pero ellos se habían presentado sin invitación y no habían sido seleccionados para cubrir el evento. Unos pordioseros vestidos de cualquier forma. Una nota disonante en el lujoso complejo hotelero, algo así como un punk en el concierto de año nuevo moviendo la cresta al ritmo de la marcha Radetzky.

- No pueden pasar —les advirtió el jefe de seguridad sin inmutarse, devolviéndoles la documentación.
- Creo que sí, es un asunto policial.
- Comisario no siga por ese camino, no es el día de tocar las pelotas.
- Está usted interfiriendo una investigación...
- ¿Con quién cree que está hablando? —le preguntó, manteniendo la cordialidad.
- No tengo tiempo para esto, tengo un detenido y un deber que cumplir. La ley me ampara.
- Comisario, sé exactamente lo que hago y por qué. Tengo órdenes del ministerio de interior, de su jefe supremo. Lo lamento, pero... tendrán que irse por donde han venido.

- Puedo detenerlo. Puedo montar un espectáculo y llenar esto de policía.
- ¿De verdad? ¿Está seguro? Y ¿a quién cree que obedecerían? —preguntó el responsable de la seguridad—. Mire... le he visto en los periódicos, y le felicito. Un gran trabajo. Paolo, ¿no?, usted y yo no somos enemigos —continuó, templando la voz—. De hecho, me cae usted bien. ¿Sabe? Yo también vengo de la policía. Le conozco, tenemos amigos comunes. Por respeto, se lo pediré amablemente: váyanse, por favor.
- ¿AISI? —preguntó Tempesti, desafiante.
- Paolo, su pupilo tiene mejor olfato que usted —dijo mientras hacía un gesto y se acercaban dos trajeados más.
- Y ¿sí... hacemos un trato? —preguntó Tempesti.
- ¿Un trato?
- Sí. Nos vamos sin hacer ruido si le da un mensaje al Sr. Venturi —se apresuró a decir Giacomo mientras los dos escoltas llegaban a su posición.
- Agente Tempesti, eso no va a poder ser, como ya les he dicho, hoy no es el día...
- Mire —lo interrumpió Tempesti—. Tal y como yo lo veo, tiene dos opciones: le dice a Venturi que Vlad Popesk ha sido detenido y que ha preguntado por él o nos vamos y venimos con las sirenas.
- ¿Y?
- No creo que a estos —dijo señalando con la cabeza a los invitados— les haga gracia que montemos un numerito. No sería apropiado, el reportaje no quedaría bien, y si le soy sincero, usted tampoco saldría bien parado —le retó Tempesti mirándolo fijamente.
- ¡Vaya! —exclamó, sopesando la oferta—. El chico tiene recursos —añadió mirando a Feltracco.
- Ni te imaginas —le contestó el comisario.
- Está bien, pero os quedáis aquí. Mis chicos os acompañarán. Y os vais en cuanto vuelva. Cinco minutos. Sin numeritos.
- Trato hecho —accedió Feltracco.
- Recuerda —dijo Tempesti, levantando la voz— El detenido se llama Vlad

Popesk.

No había ido mal del todo. Ahora tocaba esperar desde el hall del hotel como un perro a la puerta del supermercado, atado a una farola, observando cómo los invitados deambulaban a su antojo y cómo el responsable de seguridad entraba en una de las salas. Lo perdían de vista. Probablemente, se quedaría tras la puerta un par de minutos y después saldría diciéndoles que no había suerte y exigiéndoles cumplir su parte del acuerdo. Al menos, se irían habiendo enseñado los dientes.

- Hay que mandar un fax a su bufete —susurró Tempesti.
- ¿Para? —preguntó Feltracco, intrigado.
- Que no nos acusen de haber lesionado los derechos de acusado. Que quede constancia de que hemos hecho nuestra parte, que hemos intentando localizar a su abogado y que no pueda alegar ningún defecto de forma.
- Levas razón, pero creo que no va a hacer falta —respondió el comisario, mirando hacia la puerta por donde había desaparecido el responsable del operativo de vigilancia.

El tipo había cumplido con su parte del trato. Volvía acompañado: Marco Venturi, trajeado y con cara de pocos amigos.

- Son ustedes realmente inoportunos. Ni siquiera en un día tan señalado ¿No pueden esperar? —preguntó Venturi, molesto.
- Sí, claro, si quiere nos vamos, se lo diré al señor Popesk —intervino Feltracco dándose media vuelta y dejando a Tempesti a solas con el padre de la novia.
- ¡Espere! —gritó Marco Venturi perdiendo la compostura.

Paolo sonrió, se giró despacio, apático, como si no fuera con él, lo tenía donde quería.

- ¿Sí? —preguntó el comisario.

La mayoría de las veces, no es lo que se dice sino el cómo. Y para Marco Venturi que un perro sin amo le hablara así era un insulto. Sabía lo que el policía estaba haciendo: echarle la pata por alto y marcar territorio. Ya se encargaría de él. Pero, por el momento, se tragaría su orgullo y averiguaría qué ocurría.

- Comisario, ha venido usted, ya que está aquí... ¿Qué desea? —preguntó con amabilidad forzada.
- Yo, nada, pero el Sr. Popesk ha pedido un abogado. Bueno, para ser exactos, no quiere un abogado. Lo quiere a usted —contestó Feltracco, dejando la frase en el aire y observando detenidamente a Venturi.

Para Paolo, los actores de cine de acción eran los tipos que mejor encajaban. Podían recibir palos y levantarse una y otra vez sin apenas sufrir con la embestida. Pero le gustaría verlos en una pelea real aguantando estoicamente el segundo golpe, uno de esos de barra de hierro en la espalda con los que a cualquier humano normal se les revienta el alma. Feltracco pensaba que Venturi era un gran actor, merecedor de un Oscar. El tipo tenía la virtud de encajar sin despeinarse y sonreír mientras pensaba en cómo aniquilar al oponente. A él. Sí, Marco Venturi era de los buenos, el policía le sostuvo la mirada todo lo que pudo intentando adivinar qué expresaba aquel rostro. Pero no averiguó nada. Parecía que el abogado era un hombre despreocupado, cordial, afable y correcto, a pesar de la interrupción en aquel momento tan inoportuno. Aunque nada era lo que parecía y ambos lo sabían. El comisario sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Acababa de declararle la guerra a aquel tipo y si no lo destrozaba, Marco Venturi lo enterraría en una oficina con fluorescentes de por vida.

En el último instante, el policía lo vio dudar mirando su reloj, quizá unos segundos de flaqueza, o puede que fuera una falsa impresión, porque Marco Venturi se recompuso de inmediato. Para Feltracco, era una victoria.

Venturi sabía que no le quedaba más remedio que acudir a la llamada de aquel tipo viscoso y que no podía arriesgarse a mantener una simple conversación telefónica con el detenido. La novia tardaría en llegar, la horrible sesión de fotos... Podía desaparecer un par de horas, quizá.

- Está bien, comisario. Usted gana. ¿Dónde vamos? —preguntó manteniendo la compostura.
- Vía Farini, a comisaría —apuntó Feltracco.
- Denme cinco minutos. Ahora vuelvo y les acompaño.
- Le esperamos, no tenemos prisa —contestó Tempesti, despreciándolo.
- Enhorabuena. Os habéis salido con la vuestra —los felicitó el jefe de seguridad después de que Venturi los dejara
- Gracias —contestó Feltracco.
- Oye... chaval... ¿a ti no te interesaría...?
- Es una broma ¿verdad? ... ¿yo en la AISI? No, gracias —respondió Tempesti.
- Tú sabrás —contestó— ¿Si cambias de opinión? —añadió dándole una tarjeta de visita—. En fin, tengo cosas que hacer. Un placer. Portaos bien —concluyó el jefe de seguridad.
- Gracias, muy amable —susurró el comisario cuando ya se había marchado.
- Ya sé que no te gusta que te pregunte —se dirigió Tempesti a Feltracco...
- No, no mucho. ¿Ahora?... toca esperar, ponerlos cara a cara y ver qué pasa.
- No es un careo, es su abogado, si no quieren, no podemos estar presentes.
- Ya, y también su rehén. Si la información de Alma es cierta... ¿has leído eso de que el universo es curvo?
- ¿Cómo?
- Eso dicen, que el universo es curvo. Y si es así, entonces la distancia más corta entre dos puntos es una línea curva.
- Venga ya, eso no te lo crees ni tú.
- Lo vas a ver, vas a ver como retorciendo la ley se llega más rápido, “ergo” es la distancia más corta en el universo de esta gente.
- ¿Ergo?

- No importa. Disparan de lado y aciertan casi siempre. Lo soltarán.
- No jodas. ¿Entonces, qué hacemos aquí?
- Evitarlo —contestó el comisario endureciendo la voz.

Visita de cortesía (sábado, 27 de enero de 1990)

- Sácame de aquí.
- Haré lo que pueda, la situación es compleja. Y encima ese periodista. Estás en el ojo del huracán.
- Eso no me vale, ni a ti tampoco. Tienes que hacerlo, y pronto.
- Vlad, ¿me estás amenazando?

Vlad esbozó un amago de sonrisa que se tornó al instante en un gesto frío.

- Claro que sí.
- ¿Cómo te atreves? No estás en disposición de...
- Creo que no lo has entendido —le interrumpió—. Mírate: bonito traje... ¡Vaya, un Rolex! Y, esos zapatos, mmm... dime ¿cuánto cuestan? Deja que lo adivine... ¿un millón? Aquí no los necesitarás. No te hará falta nada de lo que llevas puesto. Ni siquiera los calzoncillos. El estado es así, ellos te darán lo imprescindible, irás a la moda.
- No te atreverás.
- Prueba. De momento, me tienen, pero yo a ti también. Así que, escúchame bien: tú, tu reloj y tus putos zapatos sois mi salvoconducto. ¿Queda claro?

Marco lo miró de arriba a abajo. Sentado en el camastro, desaliñado. No parecía gran cosa. La sombra sin brillo del tipo elegante que un día le presentaron. El hombre con el que compartía las mordidas de los negocios que necesitaban cobertura. Y sabía demasiadas cosas. Ya no eran amigos del alma. Vlad estaba acabado y él no lo acompañaría en su viaje a las profundidades del océano. Pensó rápido, podía hacer que se tragara los dientes y que le cerraran la boca para siempre. Una llamada, conocía a gente oscura que solucionaba problemas sin hacer preguntas. Alguien propiciaría que el señor Popesk se cayera por las escaleras o de la litera o que resbalara en la ducha de la prisión a la que pronto iría. Un golpe con muy mala suerte. Y se acabaría el problema Vlad y sus estúpidas amenazas. ¿Quién se había creído que era? Imbécil pretencioso...Tenía que mostrar interés hasta que pudiera zanjar el asunto.

- Si lo que quieres es pasar página, lo que estás pensando no te va a funcionar —susurró Vlad, como si le leyese la mente al abogado.
- ¿El qué? —preguntó Marco, disimulando.
- Lo sabes perfectamente. Tomo mis precauciones y tengo a mi gente. Procura que no me pase nada mientras estoy aquí dentro.
- La misma gente que te ha delatado.
- Cierto, alguien ha cometido el error de su vida. Ya me encargaré de solucionarlo. En cuanto a ti, tienes que ser rápido para que no te ocurra lo mismo que a mí, para que no te señalen con el dedo. De momento, mi boca está sellada, pero tendrás que sacarme pronto o se me irán relajando los labios. Caerás conmigo.
- ¡¿Qué dices?!
- Te lo advierto, Marco, puedo hacer que tu hija acabe siendo la oferta estrella en el siguiente envío de carne. Ya sabes bolsas de plástico, al vacío... Otro como tú la probaría. Quedaría bien.
- ¿Estás loco? Tranquilízate —“hijo de puta ya me encargaré de ti cuando salga de esta”, pensó—. Haré todo lo que esté en mi mano, no será fácil. Necesitaré tiempo para saber exactamente qué tienen contra ti y cómo solucionarlo.
- Márchate —le ordenó como si fuera su criado—. No me interesa el cómo, sino el resultado. ¡Ah! —añadió pasados unos segundos—, Marco, una advertencia: no hace falta que me la juegues, solo que yo crea que lo intentas. Ten cuidado con lo que haces.
- No vuelvas a amenazarme. No funciono bien bajo presión —le advirtió el abogado apuntándolo con una mano mientras golpeaba la puerta con la otra para que le abrieran.

Marco Venturi abandonó la celda odiando a aquel tipo, un advenedizo con el que jamás debió de haber cruzado una palabra. Pero en el fondo, sabía que él era el único responsable de su situación. Él, todos los Marco Venturi de la Tierra y la necesidad de salirse del surco marcado por el destino para jugar a ser especiales. Dondequiera que hubiese uno como él, también habría un camello como el tipo que se quedaba en la jaula, uno dispuesto a vender. Y

ahora ese camello le exigía un peaje por los servicios prestados que no sabía si podría pagar. Intentó recomponerse. Saludaría a los policías cortésmente, llamaría a los súbditos del bufete para que se pusiesen manos a la obra de inmediato y se emborracharía en la boda de su hija. Por unas horas, olvidaría.

Fuera de juego (lunes, 29 de enero de 1990)

El sábado anterior, Marco Venturi se despidió de Feltracco mostrando su mejor cara, intentando que no se filtrase ninguna emoción. Pero no era tan buen jugador de cartas, el gesto le delató como al pardillo que tiene basura en las manos y echa un farol. Feltracco intuyó que estaba preocupado. Podría ser por la boda o por otros motivos, pero el comisario estaba seguro de lo que era. Casi sintió remordimientos cuando le preguntó si la carne estaba buena. Seguro que, a Marco Venturi, el comentario le terminó de arruinar el día.

Pero el comisario era un bocazas y un gallo de pelea. Y, el lunes a primera hora, desayunó las sobras de su propia soberbia.

- Ah, Paolo quería verte. Ha aparecido otro médico asesinado —intervino el comisario jefe abordándolo en su mesa de trabajo de forma rutinaria.
- ¿Y?
- El médico de las estrellas, el Doctor Fabiano, no sé si has oído hablar de él.
- No.
- Lo secuestraron a principios de diciembre del año pasado. El forense dice que lo torturaron. Ayer encontraron el cadáver. Le habían rebanado el cuello. Me han pedido que te asigne el caso.
- Pero... no jodas. Ahora no puedo —contestó levantando la vista.
- ¿Perdona?
- Estoy con el caso Rosso, y...
- Me da igual —lo interrumpió encogiéndose de hombros—. No eres diferente a los demás ni estás por encima de las normas por haber salido en los periódicos. Harás lo que te diga. Recibo órdenes.
- Pero, es importante —insistió Feltracco, levantando la voz.
- Paolo, te he dicho que te he asignado un nuevo caso, y si no quieres entenderlo, entonces, tienes un problema —le contestó sin alterarse.

Feltracco había conseguido la atención del resto de compañeros, decidió

levantarse para medirse con su superior como perros en un parque. Su vista se fijó en la ventana del despacho del jefe. Tenía las venecianas entreabiertas. Tras ellas un rostro familiar, era el tipo de seguridad con el que había hablado el sábado.

- ¿Qué hace ese ahí? —preguntó molesto.
- No es asunto tuyo.
- Ya, dime ¿desde cuándo la AISI se mete en una investigación policial? — volvió a preguntar susurrando.
- Paolo, madura. Desde siempre. Me han venido con el rollo ese del asunto de estado. ¿Crees que no sé lo que pasa?
- Pero...
- Sí, Paolo, son sus guardias y sirven para tapar sus vergüenzas como un taparrabos. Tienen montado un chiringuito por todo la alto y lo pagamos los demás. Y nos vienen con lo de la seguridad y el bien común, cuando lo único que buscan es el beneficio propio. Basura. Pero es lo que hay y ni tú ni yo vamos a cambiar las normas ahora.
- Mataron a Bruno.
- Lo sé.
- Venturi está involucrado.
- ¿Te crees que soy tonto? Claro que está involucrado. Si no fuese así, ese no estaría tomando café en mi despacho.
- ¿Entonces?
- Lo mejor que puedo hacer es asignarte en este instante otro caso —le repitió siseando, moviendo la cabeza y buscando su complicidad.
- ¿Qué quieres que haga? —preguntó Feltracco sin llegar a comprender.
- Unos días de suspensión de empleo y sueldo te vendrían bien. Descansarías de todo este ajetreo, pondrías orden en tus cosas... a tu aire, un tiempo.
- Eres un cabrón.
- Sí, como tú. Y te lo pagaré de mi bolsillo.

- Un detalle... pero, lo soltarán. Vlad saldrá.
- Lo sé, y estoy preparado. De hecho, estoy deseando que ocurra.
- ¿Perdona?
- Paolo, en esta comisaría huele fatal. En cuanto te quites de en medio, averiguaremos de dónde viene el olor y habrá que limpiar, ¿no?
- No suena mal.
- Cabréate y haz como si te estuviera jodiendo la vida ¿Me sigues?
- ¿Sabes que también eres un hijo de puta? —le preguntó bromeando.
- Ahí quizás me ganes... Paolo... Si esto sale bien, matamos dos pájaros de un tiro. ¿Algún problema? —le preguntó mirándolo fijamente y buscando su apoyo.
- Necesito a Tempesti.
- Eso ya lo apañaremos. ¿Algo más?
- No, ya tengo copia de todo lo importante.
- Estupendo, cuando quieras —lo invitó el jefe.
- En fin —suspiró— allá vamos con el teatro —añadió susurrando, para de inmediato comenzar a jurar en arameo como un poseído.

Terremoto (lunes, mediodía, 29 de enero de 1990)

Los expertos aseguran que las fallas acumulan la energía del roce de placas, en silencio, con paciencia, año tras año, enterradas como el vino viejo que va adquiriendo gradación alcohólica en la oscuridad de la bodega hasta convertirse en brandy. Pero la tierra solo lo hace hasta un punto porque cuando el subsuelo ya no admite más tensión, toda esa energía se libera en unos pocos segundos devastando sin compasión todo lo que encuentra a su paso. Y lo hace para volver a un estado de falsa mansedumbre, para arrancar de nuevo un sueño plácido que durará otros pocos años. Como si no hubiese pasado nada.

- ¿Sí?
- Ya está. ¡Hecho! —afirmó una voz al otro lado del hilo telefónico.
- ¿Estás seguro de que está fuera de juego? —preguntó Marco Venturi
- Sí, lo está. Totalmente fuera. El asunto ahora está en buenas manos. Tu pájaro pronto saldrá del nido.
- Excelente —respondió y colgó.

El abogado recorrió con la vista su despacho. Madera, cuero... un Picasso; dejaban de estar en el aire, lo recuperaba todo como si se hubiese despertado de una horrible pesadilla. Respiró hondo. Había sido un fin de semana complicado, con el agua al cuello todo el tiempo, llamando por teléfono y quemando amistades y viejas deudas que quedaban saldadas de por vida. El trabajo de tantos años, sus cartas gastadas en una sola mano, toda esa energía para hacer girar el orbe en la dirección adecuada y que los caprichos de su paladar no eclipsaran su futuro. Tras la descarga del terremoto que sacudía a Marco Venturi venía la calma. Había conseguido neutralizar al molesto y engreído policía, aunque con un elevado coste, Marco tardaría una eternidad en volver a reconstruir los puentes destruidos, si es que lo hacía.

Con Feltracco fuera de juego, entrar en la comisaría era más fácil. Tan solo era cuestión de talonario. Una cantidad, daba igual, era abordable. La chusma, que hasta para pedir, es miserable. Alguien portaría un maletín, y otro alguien se jugaría su trabajo para conseguir una paga extra. Migajas que el peón gastaría en cualquier estupidez que no necesitaba. Dinero fácil. No era su

problema. Ya no. Y, a cambio, las pruebas contra Vlad se volverían inocuas como el ricino hervido. El mundo, con dinero, era un lugar maravilloso. Sonrió un instante. Ya solo le quedaba averiguar cuántas de sus opciones para ser ministro se habían volatilizado. No le preocupaba, poco a poco recuperaría sus apoyos y sus enemigos tendrían que apretar un poco más los dientes. No olvidaba a ninguno.

Entre ellos, a ese policía, a Paolo Feltracco.

Relevo (viernes, 16 de febrero de 1990)

Era lo esperado, que a Vlad Popesk le abrieran la puerta de la jaula y le pusieran una alfombra roja para que las suelas de sus zapatos no rozasen el pavimento de cemento basto de las mazmorras. Pero, aun sabiendo que ese sería el siguiente paso, Paolo Feltracco no pudo evitar sentirse decepcionado. Y todo gracias a un topo, un traidor, alguien desde dentro. Uno de la casa que con un ligero movimiento de cintura sabotó el diskette de Alma. Después, los abogados de Studio Legale di Roma se tiraron al cuello del comisario jefe acusando a la policía de mala praxis. Y querían su cabeza.

Y para rematar la faena, en poco más de una semana, la casualidad forzada quiso que el asunto cayera en manos de un juez felizmente casado. Un hombre que en la vida pública era amante de la justicia y en la privada de un chico veinte años más joven. Casi sin presiones externas, con tan solo con un par de fotos, el tipo de la toga dictaminó que el registro efectuado en la propiedad del detenido era injustificado e ilegal. Un triunfo del sistema de garantías de libertades, de los trajeados de Studio Legale di Roma y un tajo certero en el cuello del comisario jefe de Vía Farini.

Ese viernes, la noticia de la sustitución del jefe caía como una bomba en la comisaría y Tempesti sabía que la digestión de la mala nueva, para Feltracco, iba a ser lenta y pesada. Agarró el teléfono. Tenía que avisarlo.

- Lo han soltado —dijo Tempesti, a modo de saludo.
- Me lo imaginaba.
- ¿En serio?
- Sí. ¿Quién fue? —preguntó Feltracco
- Angelo Messina. Ahora es el nuevo jefe.
- Roma —susurró—..., Roma sí paga traidores. ¿Y el jefe?
- Suspendido. Lo van a trasladar.
- Hemos sopesado mal a Venturi.
- Sí, se acabó.
- Creo que no —contestó Feltracco sin inmutarse.

- No lo entiendes, las pruebas carecen de validez. Nombres, fechas... cantidades; ya nada se puede usar en un juicio. Hay una sentencia firme.
- ¿De verdad crees eso?
- Paolo, ningún juez va a...
- Vamos, Giacomo, espero más de ti. ¿Quién está hablando de justicia?
- ¿Cómo?
- Llama a tu amigo Dani, queda con él y dale una copia de todo lo que tenemos de Venturi.
- ¿Para que lo publique?
- No, para encender la barbacoa... ¡Joder, Giacomo! ¿Para qué va a ser? Quiero que lo cuente todo. ¿Lo harás?

Era jugar sucio, pero, dadas las circunstancias, no les quedaba otra opción. A la mañana siguiente, Paolo Feltracco leería el periódico. Fin de semana. El momento perfecto. Más gente leyendo. A mediodía, si el torpedo había dado en el blanco, el barco Venturi comenzaría a hundirse. Y él lo vería en directo, desde el salón de su casa, sentado en su sillón. En el lugar dónde se despelleja a la gente viva sin importar su inocencia. La tele.

Dani Mestre (viernes, mediodía, 16 de febrero de 1990)

El muchacho le cayó bien a primera vista. Quizá por ese motivo, Misha lo investigó con más cuidado que a otro, para no tomar una decisión a la ligera. Dani parecía demasiado bueno para ser cierto, y siendo él del gremio, sabía que una cosa así no caía del cielo, sino más bien del otro lado del telón. Un yerno perfecto, puesto en bandeja de plata y, posiblemente, una manzana envenenada para chantajearle en el futuro. No arruinaría su carrera para que su hija se paseara con un espía con cara bonita y cuatro poses de buenos modales. No lo permitiría.

Descubrió que Dani había nacido en Trieste y que venía de una familia muy acomodada. Dinero viejo. Cuatro hermanos. Dos de ellos metidos en los negocios de la familia, un cirujano y una oveja negra, él. Bien educados, con mucho dinero gastado en colegios privados detrás de cada ademán. Había averiguado que el idioma les venía casi de serie porque tuvieron un ama de cría que les hablaba todo el tiempo en ruso. Galina Petrova, de Krasnoyarsk, profesora de literatura. Una intelectual caída en desgracia, una disidente y también una desertora que se cruzó media URSS a pie para cambiar de vida. El joven todavía mantenía lazos afectivos con la tata. Un motivo de peso para desconfiar de él.

De todos los hermanos, Dani parecía el más interesante. Quizá se impregnó del espíritu del 68 cuando nació o puede que no, que simplemente fuese un *enfant terrible*. Uno de esos niños mimados y consentidos que se pueden permitir el lujo de transitar por una adolescencia contestataria enquistada más allá de la veintena porque papá estará detrás y pagará los platos rotos. Para Misha, desde su experiencia personal, la pubertad era una excentricidad incomprensible. Algo que su estómago vacío jamás pudo sufragar. En su época, no disponía de un solo segundo para dudar, para pensar por su cuenta ni para poner el orden en tela de juicio. Un paso en falso, un mal comentario, un gesto equivocado... Eran otro mundo.

La realidad era que Dani Mestre vivía de espaldas a la opulencia de lo que había sido su niñez y su juventud. Subsistía con lo imprescindible. Y no era una pose, lo conocía desde hacía tiempo. Por lo que sabía, el chico llevaba haciéndolo desde que comenzó sus estudios de periodismo, echando un pulso,

queriendo demostrar a papá que no lo necesitaba, ni a él ni a sus cheques. Aún le quedaban un par de asinaturas. Tenía mérito estudiar así. Y él lo respetaba.

Dani era un enigma, un reto y un diamante por pulir. Quizá con el tiempo acabase reclutándolo. Quién sabe, puede que Dani Mestre fuese la persona adecuada para su hija Syu y para él. Por ese motivo le abrió las puertas de su casa, sin bajar la guardia ni un solo instante, porque quería tenerlo cerca para poder usarlo en el momento que lo necesitase. Y lo hizo sin saber que ese momento ya había llegado. Aquel tipo, el doctor Fabiano, antes de perder la cabeza soltó un nombre, Vlad Popesk. El mismo individuo que parecía estar en el punto de mira de la policía. Y Dani estaba infiltrado en medio de todo aquel embrollo, colaborando con el comisario Feltracco y el novato que tenía pinta de tonto de pueblo, Giacomo Tempesti.

Si manejaba bien los hilos, Misha podría contar con el periodista para lo que quisiera. Jugaba al ajedrez con él desde hacía unos años. Y, cuando el doctor Watson comenzó a publicar sus artículos, Misha utilizó las partidas para intercambiar caramelos, pequeñas dosis de información que el periodista se tragaba como si fuera un niño en la puerta del colegio. Y, de paso, se ganaba su confianza.

Hacía algo más de dos meses que averiguó que los policías iban detrás de un mercenario. Les dio la información que necesitaban a través de su hija, el día del concierto de diciembre. Aunque sabía que el asunto no estaba relacionado con su *vendetta*. Lo consideró un pago para allanar el camino. Asustó al periodista con uno de sus hombres de confianza que les quitó las partituras de las manos y los miró con ganas de partirles la cara. Dani reaccionó bien. El polluelo estaba preparado.

Últimamente, el chico le reportaba casi a diario, como si fuera un agente en nómina. Pero aún no lo era, no comía de su mano. Sabía perfectamente que para el periodista eran charlas inocentes relacionadas más con la necesidad del chico de estar junto a la hija y caerle bien al padre que de jugar al Risk. Para eso, Misha necesitaría más tiempo.

Desde que la noticia salió en los periódicos, desplegó un dispositivo. Su olfato nunca le había traicionado. Recopiló información. La información

siempre sirve. Descubrió todo un pastel. Y ya era el momento de comérselo. Organizó una nueva entrega envuelta con papel de regalo: fotos y escuchas a Venturi, al juez y al policía de Vía Farini que había amañado las pruebas, Messina. Material de primera para desestabilizar a la democracia cristiana. Un escándalo de corrupción que ayudaría a forzar elecciones... Hundir al enemigo. Mitad trabajo y mitad venganza personal. Todo encajaba.

Y ese viernes a mediodía, mientras jugaban una partida de ajedrez oyendo a Syu estudiar, el general Novikov recibía una llamada que le obligaba a dejar inconclusa la disputa y, de paso, olvidar una carpeta delante de las narices de Dani Mestre antes de marcharse. Este le echó un ojo. La tomó prestada.

Cuando Dani cogió el dossier lo vio claro, sintió como si el general lo hubiese puesto ahí para él. Le pareció una invitación. Pero, al abandonar la casa de los Novikov, a medida que pasaba el tiempo, ya no estaba tan convencido. El periodista llegó a su domicilio con la conciencia de que había cometido un delito. Seguro de que su acto tendría consecuencias. De que su relación con la familia Novikov se resentiría. Y que, si se había equivocado, Misha echaría de menos el material y ataría cabos. El general no era tonto. Entró y cerró la puerta de su apartamento con llave. Era tarde para arrepentirse. De forma automática, echó un vistazo general al salón de su casa. Todo en orden. Pulsó el botón del contestador automático.

- Cuando oigas este mensaje, llámame.
- Vamos Dani, es importante. Tengo que verte.
- ...
- Te he llamado una docena de veces. Joder, coge el teléfono.
- ¿Dónde cojones te has metido?

Dani se quedó mirando el aparato, contrariado. Parecía que Tempesti tenía prisa. Dudó entre devolver la llamada o no. Pero no era el momento, no ahora. Tenía trabajo, sacar a la luz otro artículo firmado por el misterioso doctor Watson. Y esta vez iría por libre. El material no se lo había proporcionado Feltracco, no le debía nada ni tenía que pedirle permiso para lanzarlo al mundo. No podía permitir que los policías metieran sus narices en su

investigación. Lo fastidiarían todo. Se concentró. Tenía unas cuantas horas para estudiarlo, averiguar lo que pudiese, escribir la columna y llevarla al periódico.

Comenzó por las cintas. De inmediato, se dio cuenta de una cosa: si todavía albergaba alguna duda del oficio del padre de Syu, esta ya se había desvanecido. Un general del ejército rojo, KGB. Jugaba con fuego. Por un lado, se alegró, no era un olvido. La carpeta era para él. Pero por otro... Sintió miedo porque Misha podía estar usándolo para una guerra de la que él no tenía ni idea de por dónde vendrían los tiros. Y él era un soldado raso. Si no medía sus pasos, lo usarían y se desharían de él a la primera de cambio como en las películas. Tirado en cualquier callejón como si fuera otro ajuste de cuentas. Volvió a sonar el teléfono. Dejó el aparato a su aire, se lo imaginó afónico, extenuado por el esfuerzo con la bobina quemada y el timbre fundido. Saltó el contestador. Otra vez Tempesti. Lo dejaría correr.

- Tengo que verte, tengo información y tienes vía libre para hacer con ella lo que quieras.

Palabras celestiales, Dani levantó la vista de las fotos que estaba ojeando, alargó el brazo a la velocidad de la luz y cogió el aparato.

- ¡No cuelgues! —gritó.
- ¿Dónde te has metido?
- Es largo. Trabajando.
- Enhorabuena, por fin te ha salido algo honrado.
- Qué gracioso, guárdate para ti los chistes. Me parto. ¿Qué tienes?
- No te lo vas a creer.
- Seguro que sí. Últimamente me lo creo todo. Sorpréndeme.
- La lista de clientes de Alma.
- ¿Cómo?
- Sí, ella nos envió un diskette. Por lo que se ve, espío a Vlad.
- ¿Muchos nombres?

- Unos cuantos conocidos. Venturi entre ellos.
- Entiendo.
- Hay más.
- Dime.
- El libro con los apuntes contables del señor Popesk.
- Ven inmediatamente. Te espero —le ordenó Dani y colgó el teléfono, nervioso.

Comenzó a comerse las uñas. No lo hacía desde que tenía trece años. Sintió un escalofrío, se levantó de la mesa de trabajo y se preparó un té. Demasiadas cosas en la cabeza. Quiso relajarse agarrando la taza con las dos manos, paseando por la casa. Intentó ordenar su mente. Cayó en la cuenta de que no había comido nada en todo el día. Tenía hambre. Abrió la puerta del frigorífico dispuesto a vaciarlo como si fuera un vampiro recién resucitado. Pero se alarmó. Gestión de prioridades. Había algo más importante. Se dirigió a radiocasete y rebobinó la cinta. Tenía que hacer una copia antes de que llegara Tempesti. Puso el aparato en marcha, se preparó un sándwich y abrió una Peroni.

Peroni (viernes, mediodía, 16 de febrero de 1990)

Aún le quedaba algo de pan en el plato. Llamaron a la puerta. El policía se había dado prisa. Debía de ser importante. Dani pensó que era su día de la suerte, estaba ansioso por meterle mano a lo que trajera Tempesti bajo el brazo. Le dio al botón de rebobinado del radiocasete para sorprender al policía con la grabación desde el principio y agarró el pomo para dejar entrar a Giacomo Tempesti. Sujetaba una cerveza de bienvenida con la otra mano.

Dar primero siempre es una ventaja, la sorpresa, el dolor intenso, la incertidumbre creada... el miedo. Da pie para soltar una segunda andanada antes de que el objetivo reaccione. Había dos tipos en la entrada y en cuanto vieron vía libre, uno de ellos le dio una patada a la puerta con fuerza dándole a Dani en la cara. Le abrió una ceja. El periodista se fijó bien, uno trajeado, algo mayor, pelo canoso y el otro con pinta de matón de discoteca, más joven, con unas espaldas que daban miedo y unos bíceps más grandes que sus muslos. El golpe lo tiró al suelo y el bulldog liberó su pierna buena sobre su estómago. Dani vio como una zapatilla de deporte azul con tres bandas blancas se cebaba con su vientre. Se quedó sin respiración. Rojo, convulsionando. Vomitó el sándwich.

- ¿Qué haces? No le des tan fuerte. Tienes que fijarte más en los detalles. Joder tío, nos daba la bienvenida, nos traía una cerveza —dijo uno de ellos, bromeando.
- Ya, y eso me he cabreado... el muy cabrón... somos dos y solo traía una — se explicó el de las zapatillas de deporte.
- Eso es verdad. A ver, chaval, ¿no te das cuenta? Mi amigo está sin cerveza —dijo cogiendo la botella del suelo y apurando lo poco que quedaba dentro.
- ¿Qué queréis? —preguntó Dani con la voz casi perdida.
- Así me gusta. Al grano —dijo el trajeado quitándose la chaqueta.
- Sí, cuanto antes acabemos, mejor —añadió el otro.
- Te lo vamos a aclarar. Mmmm... últimamente te paseas mucho por la embajada de la URSS. ¿Lo vas pillando? —apuntó el joven.

Pensó rápido. KGBs. No debió de haberle robado la carpeta al general. Había sido un error y le iba a costar caro salir del atolladero.

- No, no lo pillo —contestó Dani, encarándose.
- Pues este te puede refrescar la memoria aún mejor que yo —dijo el de aspecto deportivo mientras el del traje se remangaba la camisa.
- Supongo que necesitas que seamos más explícitos —intervino el del traje—. Te hemos visto salir con material de la embajada y nos gustaría echarle un vistazo.
- Pero... de forma amistosa, ya sabes —apuntó el que le había dado la patada, tocándose la punta del zapato.
- Y después, harás lo que nosotros te digamos. ¿Te ha quedado claro? —dijo el otro.

No eran KGB, o sí. No podía pensar con claridad y le dolía el alma. Decidió que hacerse el duro no era una opción, y menos contra dos. Quizá si pudiese recomponerse, si no lo machacaban demasiado podría huir, o defenderse. Necesitaba ganar tiempo.

- Vamos chaval, que no tengo toda la tarde. ¿Qué te has llevado?

Dani movió la cabeza y señaló con los ojos el material. Los tipos sonrieron, triunfantes.

- ¿Ves? Te lo dije, no es mal chico. A ver ¿qué tienes aquí? —dijo el más joven echando un vistazo al contenido—. No está mal, es interesante. Pero...
- Lo que mi compañero quiere decir es que no te lo puedes quedar. No sabrías qué hacer con todo esto —le aclaró el del traje, volviéndose a poner las mangas en su sitio.
- Lo malinterpretarías —puntualizó el otro.
- Bueno. Ha sido un placer —dijo el joven.
- Ah... y gracias por la cerveza —añadió el del traje.

Se marchaban. No importaba. Aún tenía la cinta. Y sabía una cosa de aquellos dos. Si no sabían de la existencia de la grabación, no eran del KGB. Pero lo habían seguido. Abrieron la puerta para marcharse. Estaba a salvo. Comenzó a levantarse. Escuchó un ruido, algo cayó al suelo. Al instante, Giacomo Tempesti entró apuntando con su arma a uno de los tipos. El otro estaba tirado junto a la entrada del apartamento.

- Policía. Al suelo —le ordenó Tempesti al que quedaba consciente.
- Te estás equivocando.
- Seguro. Ahora lo aclaramos. Al suelo boca abajo, manos a la espalda. O te mando yo. Tú decides.
- Está bien. Tranquilo. Sin violencia.

Le puso unas esposas. Estaba neutralizado. Fue a por el otro y lo arrastró junto al compañero.

- Tardo un minuto. Voy al coche a por otras esposas. Si se mueve, dale fuerte —invitó a Dani.
- ¿Tienes esposas de repuesto?
- Claro, como la rueda, por si pincho.

En un par de minutos estaba de vuelta. El de las zapatillas de deporte aún estaba inconsciente. Lo esposó entrelazándole las manos con el del traje.

- Ya está —dijo Tempesti, dando por zanjada la crisis—. Tienes mala cara —añadió.
- ¡Me alegra verte! —exclamó Dani.
- Te estás arruinando la vida —intervino el hombre del traje, desde el suelo.
- Seguramente. Vamos a ver qué tenemos aquí... —dijo teatralmente Tempesti, rebuscando en los bolsillos de la chaqueta del intruso.
- Idiota. Es un asunto de seguridad nacional. AISI —le aclaró.
- Claro, es eso. Una amenaza del exterior —contestó Dani cogiendo su

grabadora de bolsillo con disimulo y poniéndola en marcha.

- Contraespionaje. Y, tú, si no quieres pasarte los próximos veinte años en la cárcel, suéltame.
- Entiendo —contestó Tempesti sin alterarse—. Y este —dijo señalando a Dani— es un espía.
- Todo apunta a que sí lo es.
- Por lo de las fotos...
- Tú no lo entiendes, es fundamental que ese material sea destruido. Es falso. Es una maniobra de los rusos para desestabilizar a nuestro gobierno.
- ¡Y una mierda! ¿Para quién? Dime, ¿para quién es tan importante? ¿Para el gobierno o para el gobernante? —preguntó Dani.
- ¿No es lo mismo? —preguntó el hombre.
- No, no lo es —puntualizó Dani.
- Da igual, en cualquier caso, no es asunto tuyo —respondió con indiferencia.
- Creo que sí. Creo que sí es asunto suyo, creo que es asunto de todos, que el problema lo sufrimos todos. Y que vosotros sois parte fundamental de ese problema —contestó Tempesti
- Estás cometiendo el error de tu vida —intervino el oficial de la AISI.
- ¿Sabes? Te diré lo que va a ocurrir. Os vais a quedar aquí hasta que mi amigo haga lo que tiene que hacer, y después os vais a casa.
- Irás a la cárcel.
- No lo creo... Es más, tengo la sensación de que quién puede acabar entre rejas eres tú. Cuando esto salga a la luz, tendrás que explicar por qué has querido encubrirlo y quién te ha mandado. Caerás. Y si eres listo, cantarás. Venturi también caerá. Está podrido.
- No lo entiendes, chaval. Eso no pasará.
- Pero... —intervino Dani—. ¿Qué coño os hacen cuando entráis en la AISI? ¿No os dais cuenta? Sois vosotros los que dais cobertura a toda la basura que nos rodea, los que laváis los trapos sucios de los tipos que supuestamente deberían de vigilar que todo funcionase con pulcritud. Sin vuestra intervención... el, el..., el mundo sería distinto, ¡y mejor! ¿Cómo

puedes participar?

- Yo solo hago mi trabajo. Cumplo órdenes del ministro del interior.
- ¿Sin pensar? ¿Sin valorar la moralidad del amo que te las da? —volvió a interrogarlo, Dani, pensando en que lo estaba grabando todo.
- Exactamente.
- Del ministro del interior... ¿Te las da él personalmente?
- Sí.
- Y cada día te vas a tu casa y duermes tranquilamente porque has salvado al mundo —apuntó Tempesti.
- Algo así. Y si no lo hiciera yo, lo haría otro.
- Y ¿ya está? ¿Eso lo justifica todo? —preguntó Dani.
- Déjalo —intervino Giacomo—. Ya he oído bastante. Tenemos trabajo, no te va a convencer ¿verdad? —puntualizó acercándose al de la AISI—. Ahora estaréis calladitos los dos que no me concentro —continuó hablando Tempesti mientras les tapaba la boca con cinta americana. Acto seguido, les amarró los pies —. Si tienes ganas de mear... te lo haces encima, no notarás nada, ya eres un cerdo —concluyó.
- Giacomo, ¿una cerveza? —preguntó Dani.

Bola de nieve (viernes noche, 16 de febrero de 1990)

De nuevo, el artículo firmado bajo el seudónimo doctor Watson se convertiría en reclamo para la venta de miles de ejemplares de periódico. Para hacer caja y, de paso, conseguir que miles de personas se preguntasen por qué la basura escala tan arriba. Marco Venturi tendría que dar explicaciones en los medios. Lo negaría todo para mantener la ilusión de que seguía en la cumbre. Pero le retirarían los apoyos como a un leproso. El proceso sería imparable como quitar la cuña que mantiene a la bola de nieve estática. Una vez comenzado el movimiento, esta se haría más y más grande, no pararía hasta estrellarse y la onda expansiva arrasaría a con todo lo que estuviera cerca. Y todos se apartarían justo antes de que eso ocurriera.

La tarde fue intensa, Dani y Giacomo intercambiaron información sigilosamente, sin que los invitados se enterasen de nada, para no fastidiarles la sorpresa. Dani le cedió la copia de la cinta del general Novikov al policía para que la oyera en el coche, a cambio este le dejó el diskette y las copias de los apuntes contables de Vlad. Todo encajaba. El periodista comenzó a ordenar su mente y de inmediato dio vida a la Olivetti sin perder de vista a los prisioneros. El bulldog estaba despierto. Tuvo la tentación de acercarse y patearle la cabeza. Se tocó. Se le había secado la sangre en la cara. Le dolía. Lo dejó estar y comenzó a transcribir las cintas. Cuando volvió Tempesti, repasaron la información que este le había dado. No tenía desperdicio. O sí, la vista del periodista se fijó en un nombre.

- Esto no puede ser —susurró Dani señalando uno de los nombres.
- ¿El qué?
- ¿Sabes quién es esta?
- No.
- ¿En serio?
- Clara Alek...sevig —leyó Giacomo—. Una rusa, ¡vaya, se me había olvidado! —exclamó, alertado por su memoria.
- ¿Qué?
- Había quedado con Syu.

- ¿Cómo?
- Sí, nos presentaste, ¿te acuerdas? Syu, tu amiga pianista.
- ¿Estáis saliendo?
- Desde hace unas semanas.
- Hijo de puta —susurró enfadado—... Ahora no es el momento. Tengo que marcharme. Volveré en una hora.
- Pero...
- Cállate y vigílalos. Ya hablaremos tú y yo —lo interrumpió amenazante.

No estaba seguro, tantos años... Dani creyó recordar que le presentaron a la madre de Syu como Clara Novikova. Tiempo después bromearon con los nombres y Aleksievich salió en alguna conversación. Tenía que comprobarlo. O no, o... Tempesti le había robado a la chica. No se le quitaba de la cabeza. Ya no eran de su incumbencia... Pero, el general... los Novikov le hacían sentirse como de la familia. Hacía tanto que los conocía... Era contradictorio. No, no los podía traicionar. Realizó el camino hasta el domicilio de los Novikov dudando, sintiéndose frustrado. Lo recibió la chica, la miró unos instantes con odio y ella lo desarmó una sonrisa. Como siempre. Estaba radiante. Se vino abajo.

- Necesito hablar con tu padre. Es muy importante —acertó a decir, quitándosela de la cabeza.
- Vaya, el general también te ha reclutado. Tendré que hablar con él para que deje a mis amigos en paz —contestó Syu.
- No es eso.
- ¿Entonces?
- Dime, ¿cuándo me lo ibas a decir? —preguntó amargo, cambiando de tema.
- ¿El qué? —dudó Syu.
- Tempesti... —Dani le dejó caer el nombre como una losa.
- ¡Ah! Es eso —exclamó Syu cayendo en la cuenta—. Me gusta y todo te lo debo a ti.

- Vaya —dijo suspirando—. En fin, no, no he venido por eso —se aceleró a corregir—, bueno sí, también... Yo pensaba que, que tú y...
- Dani, no. No lo digas —lo interrumpió— Lo siento —suspiró—. Me gustas mucho, quiero decir, que tú me...

El periodista comenzó a desoír, mirando cómo los labios de la chica de sus sueños decían las palabras más perversas que se le pueden pronunciar a alguien en su situación, lo quería muchísimo, pero como amigo, como el hermano que no tenía. Eso era todo. Una batalla perdida sin disparar un solo tiro. Y era un “*lo tomas o lo dejas*”. Pensó rápido, quizá con el tiempo, si permanecía fiel, si seguía a su lado, si ella se daba cuenta de que Tempesti era un imbécil... Esbozó una sonrisa de compromiso, la besó en la mejilla y le dijo que contara con él siempre y que se alegraba por ella. Cambió de tema.

- Tengo que ver a tu padre. Es importante.

Dani regresó a casa con tres ideas nítidas en su cabeza. La primera era que el nombre Clara Aleksievich tenía que desaparecer de los papeles. El general se lo había rogado y, por lo que intuía, el militar no era de los que olvidaban. Le debería un favor de por vida. La segunda, que tenía que terminar el artículo cuanto antes. Y la otra, que aquel tipo que estaba en su casa era un traidor que le había quitado lo que más deseaba.

- Este nombre tiene que desaparecer de la lista Venturi —susurró Dani para que los invitados no oyeran nada.
- ¿La qué?
- El listado de nombres que nos dio Alma, lo he llamado así, es más periodístico.
- Suena bien, pero... ¿por qué quieres sacar ese nombre de la lista? ¿Sabes quién es?
- Oye, tú, además de ladrón, eres imbécil, ¿no?
- ¿Qué cojones te pasa? —gritó Tempesti.
- Me has apuñalado por la espalda —contestó Dani, en voz alta, sin importarle la presencia de los dos prisioneros.

- No te entiendo.
- Syu, me la has robado.
- Disculpa, no vi ningún cartel. No sabía que era tuya —le atacó con cinismo.
- Te dije que me gustaba, podías haberte quedado al margen.
- No, dijiste que erais amigos, que la conocías de hacía tiempo y que te gustaba como tocaba —le aclaró.
- ¿Y no te diste cuenta...?
- ¿Y no podías haber sido más claro?
- Déjalo. Enhorabuena —claudicó mientras Tempesti negaba con la cabeza.
- Gracias, yo... la vida es así —se justificó el policía encogiéndose de hombros, volviendo al tono bajo— y ¿qué tiene que ver la tal Aleksievich? —añadió susurrando.
- Es la madre de Syu. Antes de que digas nada. Ellos no han comprado carne. Bueno, según se mire, sí lo han hecho —se corrigió a sí mismo—. Ella recibió un hígado. Un trasplante. Se estaba muriendo. Pagaron por él, pero les aseguraron que lo único que habían hecho por ellos era saltarse la lista de espera. Los engañaron.
- O se dejaron engañar.
- Vamos, Giacomo, no seas gilipollas. Es la madre de tu chica. Dime, tú... tú ¿qué habrías hecho?
- ¿Con dinero? Es complicado... Supongo que lo mismo.
- Al menos, no eres un hipócrita. ¿Alguien más ha tenido acceso a esta información?
- El jefe Feltracco —suspiró Giacomo—. Está bien, hablaré con él.
- ¿Y?
- No te preocupes, no dirá nada. He mantenido la boca cerrada por él unas cuantas veces en los últimos meses. Me lo debe.

Escucharon un ruido. El paquete se debía de haber movido. Tempesti fue a comprobar a la habitación contigua. Cuando volvió reanudaron la

conversación.

- ¿Qué has hecho?
- He gastado toda la cinta. Te aseguro que no se van a mover —dijo satisfecho.
- Ya... oye, ¿has pensando qué vas a hacer con ellos? —preguntó Dani, preocupado.
- Tranquilo. Me quedaré toda la noche vigilándolos. Mañana, cuando vea tu artículo en el periódico, avisaré a los compañeros y les diré que unos intrusos han entrado en casa de un amigo. Tendrás que presentar una denuncia, los detendrán, los llevarán a comisaría y después los soltarán. ¡Lista Venturi!, sí, me gusta como suena.
- Gracias. ¿Vendrán a por nosotros?
- ¿Estos? No, no lo creo. No es personal. Solo son perros y, en cuanto se queden sin amo dejarán de morder.

La cuarta esposa (sábado, 17 de febrero de 1990)

El primer signo de la enfermedad fue el cambio de actitud del teléfono de su domicilio. Marco Venturi no cogía llamadas los fines de semana, no personalmente. Era una costumbre vieja. Y efectiva. Sus contactos ya estaban adiestrados. Nadie se molestaba en marcar su número. Pero, ese sábado, el aparato se mostró cruel e insistente. Una de las chicas de cofia recibió el mensaje. Preguntaban por él. Parecía importante. Interrumpió al señor de la casa. Marco dejó los croissants de lado. Miró a su esposa como pidiendo perdón por la injerencia de la subalterna. La esposa de Marco hizo un gesto de contrariedad que él entendió como un beneplácito a regañadientes para atender la llamada con la obligación de resarcirla más tarde. La desnudaría y lo harían. Perezosamente, cogió el aparato.

- ¿Marco Venturi?
- Sí, ¿de parte de quién?
- Canale 5. ¿Es verdad que usted chantajeó a un juez para que invalidaran un registro? —disparó el periodista.
- Pero, tú ¿quién te crees que eres? Te denunciaré y te joderé.
- ¿Niega que sobornó a un policía para que manipulase las pruebas que había en su contra? ¿Tiene algo que decir al respecto?
- Vete a la mierda. Hablaré con tu jefe. Te despedirán. Te arruinaré la vida.
- ¿Ni siquiera se va a defender de las acusaciones vertidas sobre usted de canibalismo?

Colgó el teléfono de inmediato. Miró el desayuno, el zumo de naranjas y fresas estaba a medias. Se asomó a la calle tímidamente desde la segunda planta del edificio parapetado tras las cortinas. Tres furgonetas mal aparcadas, varias motos y una masa amorfa de cabezas, micros y cámaras. Estaban allí, con la artillería pesada apuntando directamente hacia él. Carroñeros. Los denunciaría a todos. Pediría una millonada por daños morales. Su esposa lo miró sin comprender qué pasaba. Era la tercera con la que pasaba por el altar. Ella le pidió que volviera a la mesa usando unos encantos veinticinco años menos usados que los de él. Tremendamente inoportuna. La miró con crueldad. Le dijo lo estúpida y ridícula que era, que se tapara que iba a coger frío y

encendió el televisor. Canale 5 mostraba las imágenes en directo desde el portal de su casa y una voz en off comentaba la noticia del día.

Soltó el mando. Su tercera esposa se levantó de la mesa con rabia y se quedó unos instantes escuchando las noticias. Evaluando si procedía acercarse a endulzarle el mal trago. Pero no era el momento. No lo sería nunca más. Y ya no se merecía que malgastase sus encantos con él. Era grave y el panoli no se había dado cuenta todavía de que lo despellejarían. Sintió algo parecido a pena, pero a los pocos segundos su cerebro la alertó. Miró a su alrededor, el lujo, los contactos y la pleitesía que le rendían como si fuese una reina. Castillos de arena que se llevaba la marea. Lo miró con detenimiento, aquel tipo jamás levantaría cabeza y ella, si no se apartaba, se hundiría con él. No lo consentiría. Todavía tenía mucho por delante. No era tonta. Se apuntaría voluntaria para empujar el carro que llevaba a Marco al patíbulo. No habría una soga esperando para ella cuando llegase. Y, si hacía falta, tiraría personalmente de la palanca.

- Quiero el divorcio —gritó haciéndose la mártir.
- Ahora no me vengas con esas —le reprochó Marco, despreciándola, mientras ella abandonaba la habitación.

Ella hizo una maleta y dejó el domicilio dando un portazo, haciendo recuento de lo que le tocaría tras la separación. Volvería a casa en cuanto quedase el camino libre para llevarse todo lo que pudiera.

Marco debió de haber visto venir cómo venían las cosas, pero no lo hizo, no supo ver la señal. A mediodía, la imagen del súper abogado esposado, entrando en un coche de policía, abría todos los noticiarios y palabras como excesos, psicópata o mafioso salían de la boca de los que, hasta hacía unas horas, le reían las gracias.

Órdago (martes, 28 de febrero de 1990)

El caso estaba cerrado. Hacía unos días que la policía sueca dio el aviso. Un tal inspector Wallander. Habían detenido a Vlad Popesk. Y Paolo tenía casi finalizado el siempre reconfortante papeleo para solicitar la extradición. Pronto lo tendría en la jaula. Era una buena noticia.

Le gustaba pensar que el sistema funcionaba, aunque fuera a base de empujones y que, para que el engranaje se desatascara, él se hubiese dislocado un hombro en el empeño. Pero ese era su trabajo, limpiar basura para que los ejes siguieran girando. Habían desarticulado dos redes de una sola tacada, una para gourmets desviados y la otra para desahuciados inconformistas. Casi todos los integrantes de la lista Venturi irían a la cárcel, Vlad venía de camino y los médicos involucrados en la trama de trasplantes que aún seguían con vida, estaban arrestados. Era evidente, alguien no perdonaba. Pero esa sería otra investigación.

Salvando la fatalidad del agente Barone, no era un mal desenlace. Sin embargo, Paolo sentía que era algo así como envolver una caja grande con un papel de regalo pequeño. Siempre queda un trozo descubierto, una ranura por la que se va toda la magia en el instante en el que el receptor del presente fija la vista en la imperfección. Y Alma Della Vedova era ese resquicio que a Paolo le impedía disfrutar por completo del éxito. Como si se la hubiese tragado la tierra.

Aun así, el comisario se había vestido de gala para la ocasión. Los habían convocado para una ceremonia en la que los protagonistas eran ellos. Habría fotógrafos para inmortalizar el evento y saldrían de nuevo en los periódicos. El ministro del interior en nombre del Presidente de la República les daba las gracias y los condecoraba.

- ¡Enhorabuena! —exclamó un sonriente ministro de interior, mientras les clavaba un trozo de chapa dorada en la solapa.
- Gracias —contestó Tempesti, algo apabullado.
- Pero, hombre, alegre esa cara, va a salir en la tele, le verán sus padres — bromeó el ministro.

Se dieron la mano y en un ataque de *preelectoralidad* supina, el político los abrazó efusivamente como si estuviera realmente emocionado. Acto seguido, de forma espontánea, inició un discurso breve, emotivo y efectista.

- Señoras, señores... Todos sabemos que estos caballeros han ido mucho más allá del deber. Giacomo, Paolo, Italia necesita a gente como vosotros —dijo con voz impostada, mirándolos fijamente—. Este ministro del interior se complace en comunicar que los agentes aquí presentes serán ascendidos de inmediato y que pronto ocuparán los puestos de responsabilidad que por su capacidad de sufrimiento, tesón y sacrificio se merecen... Nada más, gracias.

Tempesti miró a Feltracco sin comprender, mientras se ruborizaba escuchando los aplausos de los presentes en el acto. El comisario le hizo un gesto para que esperase pacientemente. Sabía que pronto se apagarían los focos y que recuperarían sus vidas. Estaba acostumbrado a palabras huecas y rimbombantes que rara vez se materializaban. El tiempo diría qué daba de sí el discursito.

Al final del acto, la secretaria personal del ministro se acercó a Paolo Feltracco. El jefe supremo quería hablar con los policías en privado.

- Paolo, Giacomo me tengo que marchar, tengo muy poco tiempo. Solo quería saludarles de nuevo y agradecer tanta entrega. Ustedes son un ejemplo.
- Gracias, ha sido un placer —dijo Feltracco, con frialdad.
- Verán —titubeó— ¿habéis pensado entrar en política? —preguntó, cambiando el tratamiento—. En la democracia cristiana necesitamos a gente como vosotros. Es el momento —se explicó, cercano, casi susurrando.
- ¿Yo? —preguntó Tempesti, sorprendido.
- Sí, con tu edad y tu popularidad podrías ser diputado. El más joven del Congreso. Pronto habrá elecciones. Imagínatelo.
- No sé, tendría que pensarlo —contestó Giacomo.

- No tienes mucho tiempo, te lo aseguro, hay puñaladas por ocupar un lugar en la lista de candidaturas —le advirtió con sinceridad—. Y tú, Paolo ¿qué opinas? —añadió dirigiéndose al comisario.
- No lo sé —dudó—. No me veo haciendo otra cosa, no creo que valga para la política.
- Bueno, al menos, considéralo.
- Lo haré. Disculpe, ¿qué ha querido decir con lo del ascenso? —preguntó volviendo al tema inicial.
- Paolo, tenéis una gran oportunidad ante vuestras narices —le advirtió con tono paternalista—. Sería bueno para el país que no la desperdiciaseis.
- Querrás decir que sería bueno para vosotros —contestó Feltracco, cínico y molesto.
- No lo negaré, arañaríamos unos cuantos votos. Y vienen bien. Pero... tú puedes llegar muy alto. Eres famoso, legal e incorruptible... al menos, eso parece —concluyó con tono de voz misterioso.
- Llegado el caso, todos tenemos nuestro precio, supongo —argumentó Paolo Feltracco.
- Y nuestras lealtades —puntualizó el ministro.
- ¿Perdón? —preguntó alarmado.
- Vamos —suavizó su discurso—, os ofrezco un asiento en el congreso, uno junto al mío. Esta conversación no tiene por qué desarrollarse en otra dirección.
- ¿Y si no? —preguntó Feltracco, de nuevo, tensando la cuerda.
- Está bien, seré sincero. Leí la sentencia del juez que invalidó la lista de Alma —contestó el ministro, contundente.
- ¿Y?
- Que había otro nombre más. Y ha desaparecido —se explicó el ministro.
- Era falso —se apresuró a decir Tempesti.
- ¡Vaya! el gatito saca las uñas. Así me gusta, mintiendo hasta el último momento por una chica. ¡Lealtad! Esa es la actitud que busco en mis filas —lo felicitó el ministro.

- Entonces, ¿ya no hay ascenso? —preguntó Feltracco, haciéndose el decepcionado.
- Bueno, sí. Eso... por supuesto. Yo casi nunca miento, y menos en público. A partir de este momento, a Giacomo se le reconocerá el grado de comisario. Aunque tendrá que pasar por la academia antes de pisar la calle. Y para ti... habrá una jefatura. Pero, claro, si se descubre que habéis encubierto a alguien. Ya sabéis como va, el pueblo es tan voluble...
- Y dices que pronto habrá elecciones, ¿no? —preguntó Tempesti.
- Así es.
- Y que tu reelección está en juego —añadió.
- Sí.
- Y que nosotros podemos ayudarte —continuó Tempesti.
- Efectivamente.
- Pues lo haremos —afirmó Giacomo.
- Habla por ti, chico —puntualizó Feltracco.
- No, jefe, déjame. Lo haremos a nuestra manera. Verás, te lo voy a explicar —comenzó a decir, dirigiéndose al ministro—. Tengo una cinta donde un oficial de la AISI dice que tú personalmente los mandaste para destruir las pruebas que había contra tu antiguo amigo Venturi. ¿Cómo decías? Ah, sí, que el pueblo era voluble.... ¿Cómo crees que afectaría eso a tu carrera?
- Eso es mentira y lo sabes.
- Los llamaríamos a declarar. Creo que sería divertido.
- Es un farol.
- Arriésgate si tienes cojones. Pero yo de ti, antes de apostar, hablaría con un par de agentes... ¿cómo se llamaban? Mi memoria, se me olvida todo... Especialmente, si no me amenazan. Pero no importa, lo tengo apuntado. Por si lo necesito en cualquier momento, ya sabes. Si quieres, luego te mando un fax y una copia para que lo tengas fresco.
- Ministro, llevas toda la razón. El gatito tiene uñas y parece que las sabe usar.

Patada lateral (mediados de marzo, 1990)

Después de más de diez años, era su último día en aquellas instalaciones. Paolo Feltracco miró su mesa con cierta nostalgia, recorrió con la vista el resto de la oficina, se levantó y se despidió de los compañeros uno a uno. Los echaría de menos. Pasó por delante del puesto de trabajo de Bruno Barone, ocupado por otro novato. Se le humedecieron los ojos. Lo miró deseando recibir la redención por el pecado de la soberbia a través del joven policía, como si Bruno pudiese poseer el cuerpo del chico. Este lo miró sin saber qué decir. Paolo se dio media vuelta y salió por la puerta de la comisaría de Vía Farini. Giacomo Tempesti estaba esperando fuera.

- ¿Qué tal, jefe?
- Bueno, podía haber sido peor. Y ¿tú?
- La academia... no está mal. Ahí sigo. Me he incorporado al curso y me están dando apoyo extra. Parece que el ministro se lo ha tomado en serio. Supongo que en cuanto termine, volveré.
- Ojalá.
- ¿Acaso lo dudas?
- Estoy seguro...
- No me jodas, ¿sabes algo? Yo... esto, Syu y yo. No pueden putearme de esa manera. Era un ascenso. Necesito volver junto a ella. Todavía guardo la cinta.
- Giacomo...
- ¿Qué?
- Que lo de la cinta es como fanfarronear con el botón nuclear, si tú aprietas el tuyo, el otro hará lo mismo con el suyo. No hay forma de ganar... Salvo que los dos mantengáis el pulso sin perder la cabeza.
- Pero yo tengo que volver a Roma.
- Te voy a ser sincero. No sé qué destino te asignarán. Pero mucho me temo que lo que han hecho es quitarnos de en medio. Es una patada lateral ascendente, y con poco impulso vertical. En cuanto nos descuidemos, comenzaremos a caer. Y, lo han hecho para sacarnos de su zona de caza.

La cinta... solo tendrás esa carta un tiempo. Yo de ti, me olvidaría de ella. En cuanto cambien el ministro, se acabó. Después, no esperes que tengan miramientos.

- Entonces, ¿esto es para deshacerse de nosotros?
- Querido chaval, hemos cerrado el caso y hemos metido en la cárcel a más gente de la que pensaba que jamás podría meter en toda mi carrera. Gente con mucha influencia. Les hemos dado por culo y no les ha gustado. Estoy seguro de que a más de uno le encantaría devolvernos el envite, pero no pueden. No directamente. Ni ahora. Quizá más adelante. Pero lo que sí pueden es borrarlos del mapa. Como si no existiésemos. Y mandarme a Venecia, a quinientos kilómetros, a vigilar turistas no me parece un premio, sino más bien un castigo, una forma de hacernos salir de su universo. Un sitio donde morirte de asco sin que puedas volver a molestar a nadie. Eso es lo que han hecho conmigo. En cuanto a ti, espérate algo parecido.
- Vaya. ¿Venecia?
- Sestiere Santa Croce, 491, por si quieres ir a visitarme —bromeó.
- Pero...
- Giacomo —lo interrumpió—. Eres muy listo, pensé que ya te imaginabas algo así. En fin —suspiró—, cuídate mucho. Espero volver a verte.
- ¿Y Zia?
- Es complicado. Necesita tiempo. Tengo paciencia. Vendré a por ella.
- Jefe —gritó mientras Paolo se daba la vuelta.
- Dime.
- ¿Volveremos a trabajar juntos?
- Eso espero, chaval, eso espero —susurró el comisario Feltracco, alejándose.

Sevilla, 6 de abril de 2019

A Dabel y a Luis que, en estos días, se hizo grande
cuando su gato se volvió invisible.

Otros títulos

El mármol oscuro, 2016

Cuentos perros del suroeste, 2018

Estoy dándole forma a tres historias: Ocho días, Sabbat y Billete sin ida. alguna de ellas debería ser la siguiente.

Aclaraciones

Parte de este relato está basado en hechos históricos. Micro historia, esa parte de la desmemoria universal que rara vez aparece en los libros, sencillamente porque no cabe o no interesa. Los datos son ciertos, o, al menos, así lo parece. Se han consultado una y otra vez, en distintas fuentes, obsesivamente. En algunos casos, hay baile de cifras. Cuando esto ocurre se toma como referencia un valor medio.

URSS

Con respecto a los llamados “niños de Rusia”, todo apunta a que fue el propio PCE el que se negó a que Stalin los devolviese a nuestro país. No se trata de culpar a nadie por el error cometido ni de dejar de hacerlo. Simplemente, ocurrió y así se narra. El personaje de Clara Aleksievich es ficticio, pero los casi tres mil niños que emigraron no lo son. Los datos de mortalidad de estos críos son ciertos. Incluso algunos chicos acabaron fusilados por Stalin, como en el caso de El Campesino. La literatura, para quien quiera profundizar, es extensa. Fue una tragedia más de una España que, hoy en día, se empeña en

seguir manteniendo una dualidad absurda que solo beneficia a cuatro oportunistas.

La frase “*no podían devolverlos hechos unos delincuentes o putas, o peor aún, unos anticomunistas*” es literal. La autora, Dolores Ibárruri.

Las frases “*nadie en su sano juicio vendría a un sitio así por su propia voluntad*” y “*El trabajo es un asunto de honor, valor, gloria y heroísmo*” son de Stalin. La última de ellas era cartel de bienvenida en los campos de exterminio del sistema GULAG.

Las condiciones recreadas de los gulags son reales. Los datos del terrible exterminio son ciertos. El baile de muertos oscila entre 20 y 40 millones de personas. Algunas fuentes dan incluso números más altos. Uno de cada cuatro soviéticos fue represaliado de forma activa. Los investigadores no se ponen de acuerdo en las cifras. Y jamás lo harán. La postura actual de las autoridades rusas no es favorable a que se siga investigando. A pesar de la oposición de los familiares y de parte de la sociedad. Oficialmente, se ha optado por olvidar. De momento...

Durante los años de la gran purga, a los detenidos se les quitaba la documentación y se destruía tan pronto como caían en las redes del NKVD. Ir a preguntar a los sótanos de la Lubianka por un hermano, un hijo, una esposa... podía significar ser el siguiente desaparecido si el cupo del mes no estaba cubierto. Los cupos de detención y condenas a muerte no son un invento. Había que cumplirlos. De no hacerlo, los agentes del NKVD podían ser acusados de negligentes y ocupar el sitio vacante. Los datos de detenciones de 1935 de Moscú son reales y exactos. Las sentencias de muerte al mes en la capital,

también. Los hechos de Nazino y Katyn son verídicos. La anécdota del niño detenido en la estación de trenes y personificada en Yuri Volkov también es real. Se pueden ver amplios reportajes en internet. El desastre de Nazino fue denunciado por Vasily A. Velichko en 1933. No se ha podido averiguar qué ocurrió con este periodista tras la denuncia. Con respecto a Katyn, se trató de culpar a los nazis de la masacre. La URSS negó durante décadas saber nada del asunto. En 2010, el presidente de Polonia, Lech Kaczynski y todos los ocupantes del avión que los transportaban murieron en un accidente cuando viajaban al cercano Smolensk para la conmemoración del 70 aniversario de la masacre, cuando acudían para presidir un acto de reconciliación.

La carretera de los huesos se calcula que costó entre 2 y 3 millones de vidas. La ocurrencia de la Dalstroy para fijar el terreno pantanoso con los muertos es real. Hoy en día, bajo el firme, los restos humanos siguen allí.

La mayor parte de la información que visualizó la masacre estalinista se hizo pública tras la apertura en la era Gorbachov. La llamada *glasnost*. Hasta ese momento, permanecía oculta bajo el sello de secreto de estado. La nueva actitud oficial, desde 2010, tiende a olvidar, e incluso a negar los hechos, llegando a afirmar que parte de la documentación de la época es falsa.

Tanto el gulag de Norilsk como el de Kolymá existieron. Como muchos otros. Si bien el entramado de instalaciones de Kolymá se ha simplificado. La realidad era mucho más compleja. Los procesos de limpiado de oro, la producción, la proporción de oro limpio que se sacaba de cada tonelada, la contaminación del río Kolymá, los horarios, la comida, las temperaturas... todo es real si bien sufrieron ligeras variaciones a lo largo de los años. Se ha procurado que sea lo más ajustada a la época en la que se desarrolla la narración. Explicarlo todo

habría sido excesivo. Se han consultado cientos de fotos, mapas y planos del campo de concentración del Kolymá, documentos y páginas web, incluida una visita a la zona pública de los archivos de la CIA. Además de los testimonios de los supervivientes, se han utilizado los datos desclasificados de la CIA de la época para recrear las condiciones de vida del gulag de Kolymá. Todos los escenarios descritos son reales y de la época.

El sistema gulag permaneció operativo casi 40 años. Oficialmente, se abolió a principios de los sesenta. No obstante, las instalaciones siguieron operando bajo distintas denominaciones y la represión, los juicios arbitrarios, el miedo y las inhumanas condiciones se mantuvieron décadas.

La conversión de zek a carcelero o viceversa, es cierta. Cualquier fallo hacía que el guardia pasase a tener la condición del preso y asumiera como suya la condena y la parte de producción que se le estimaba al zek. Cuando se cumplía condena, no había dónde ir, en consecuencia, los zeks, una vez libres, tendían a quedarse por la zona. Acababan siendo los verdugos de sus antiguos compañeros.

MACASTRE

El crimen de Mascatre es un hecho real ocurrido en las fechas que se narra, en 1989. El impacto mediático fue escaso y la concatenación de errores fue, cuando menos, chocante. El hecho de que primero apareciera un cuerpo y al cabo de mucho tiempo, en las proximidades de la cabaña, otro, es real. Incomprensible pero real. Las autopsias, la torpeza en las mismas, las habladurías, las contradicciones, la eliminación de los cuerpos y toda la basura que el caso

acumuló a lo largo del tiempo *ayudaron* para que jamás se encontrara una explicación lógica del mismo. Y, por supuesto, tampoco se ha sentado nadie en el banquillo. El caso ha prescrito. Se ha asumido como cierta una de las leyendas que circulan por internet: el tiro de gracia al chico. En consecuencia, el relato se aproxima a la realidad, pero no lo es, o igual sí. Nunca se sabrá. Los responsables del triple asesinato duermen plácidamente en sus casas cada noche. Los investigadores involucrados en el caso son ficticios. No se han mencionado los nombres de los pequeños por respeto a las familias.

La existencia de un campo de entrenamiento de mercenarios en la zona también es un hecho real. En su momento, apareció en prensa, tanto en Israel como en España. El campo de entrenamiento estaba dirigido por un ex agente del Mosad. La vinculación de los dos hechos es ficción. Una teoría factible, pero solo es eso, una posibilidad no nula. El campo siguió activo mucho tiempo después.

La zona de Macastre es la misma donde tres años más tarde aparecieron otras niñas muertas en circunstancias parecidas. Las niñas de Alcasser. Las similitudes de los dos hechos son, cuando menos, curiosas.

Líbano

Los datos sobre la guerra del Líbano, sus orígenes, motivaciones, contendientes... son reales basados en documentación sacada de internet. Entre ellos los informes de la universidad americana de Beirut. La macabra singularidad de la línea verde no es una invención ni una licencia literaria. La ambientación está cuidada, los lugares, calles, zonas... todos son reales y están basados en fotos, mapas y planos de la época. La historia de Nabil Elbouri es

ficticia.

El caso Rosso

El resto de situaciones son ficticias y solo la casualidad haría que el clima de inmundicia y corrupción en la que se desarrolla la novela se parezca a la *armoniosa* realidad en la que nos hayamos inmersos.

Personajes ficticios nombrados en la novela

Vlad Popesk, Alma Della Vedova, Vittorio Dal Santo, Lola Berlín, Gabino Novo, Juan Reyes, Ernesto Sánchez, Bruno Barone, Antonio y Toni Rosso, Paolo Feltracco, Mijail Kirielevich Novikov, comandante Pérez, Nabil Elbouri, Duha Elbouri, Sami el Masri, Santi Cuevas, Gisela, Salva Cuevas, Tainaya / Tania / Clara Soria / Svietlana Ivanova Aleksievich / Clara Novikova, Doctora muerte / Teniente Aliyah, Yuri Sergeevich Volkov, forenses Pablo, Bellido y Carlos Muñoz, Nadia, Fran Urruti, Sasha Scriabin, 002242 / general, sargento del gulag, Ivan Aleksievich, Speedo / Giulio, Dubois, Giacomo Tempesti, Daniilevich, Gómez (hombre de confianza del sargento Novo), el Alemán (padre de Lola Berlín), doctor Fabiano, Fer (policía de la embajada), Giuseppe (camarero del café-museo), general Campos, Pietro Costa, Zia Fiore, Dani Mestre / doctor Watson, Syu Novikova, Sam Spade (novela Halcón Maltés), Lara Krasniewski y Antonio Costa (padres del Pietro Costa, jardinero), Marco Venturi, Silvio Renzi, Angelo Messina, Galina Petrova e inspector Wallander.

Personajes reales que se mencionan en la novela

Adolfo Suarez, presidente del gobierno español.

Mágico González, jugador de fútbol de la época.

Lavrenti Beria, Stalin, Nikita Jruschov, dirigentes de la URSS.

Pavel Ponedin, general URSS, ejecutado por orden de Stalin. Uno más de los caídos en desgracia.

Caudillo (Francisco Franco), jefe de estado de la dictadura. Se ha usado el término “Caudillo” porque sería el propio de la época en boca de un guardia civil de esa ideología.

Rock Hudson, Chuck Norris, actores de cine.

Madonna, artista.

Salvatore Riina, mafioso italiano más conocido como Toto Riina.

Roberto Calvi, banca ambrosiana. Su supuesto suicidio es real.

Verdi, Puccini, Mozart, Beethoven, compositores.

Humphrey Bogart, actor que dio vida al personaje del Halcón Maltés, Sam Spade.

Pérez Reverte, escritor.

Picasso, pintor.

Cossiga, presidente de la República de Italia.

Radetzky, militar del imperio austríaco, famoso por la composición de Johann Strauss con su nombre.

Nafatly Frenkel, personaje increíble. Real, pasó de ser un zek a convertirse en un importante apoyo de Stalin. Frenkel, fue padre de la idea de que los presos recibieran la ración o paika en función de la producción. El personaje del sargento del campo de concentración de Kolymá está inspirado en Naftaly.

Términos

Zek, preso.

Paika, ración de comida.

Uqqal, druso de alto rango.

Permafrost, permanentemente helado.

Norillag, juego de palabras, Norilsk + gulag.

Gulag, Dirección General de Campos de Trabajo Correccional y Colonias (Главное управление исправительно-трудовых лагерей и колоний).

CESID, antigua denominación del CNI.

NKVD, MI6, CIA, DPSP, KGB, AISI, agencias gubernamentales que *velan por nuestra seguridad y nuestro bienestar*.

Koliseum city

Todos los escenarios de la novela son reales y de la época, excepto el Koliseum city. Este antro romano está inspirado en los garitos de mala muerte que en los ochenta, incomprensiblemente, florecieron por todos los rincones de España, como si cubrieran una necesidad básica. Auténticos supermercados de droga. Consentidos como mal necesario y abrazados como parte indivisa de una modernidad defendida a ultranza para olvidar los complejos del pasado reciente, con el beneplácito más o menos velado de los políticos de turno. Extraño ecosistema que pagamos de nuestros pellejos con una generación entera. La llamada *generación perdida*.

Agradecimientos

A mis queridos lectores cobaya, que se tragan lo primero que se me pasa por la

cabeza: mi esposa Dabel López, mi hermano Lorenzo, mis compañeros Carlos Caspueñas, Javi Manrique, Daniel del Estal y, en especial, al incansable Javier Ramos. Gracias a todos por sus consejos.

[\[1\]](#)

Luego es martes

[\[2\]](#)

El trasiego de agencias de seguridad en la URSS es complejo, se simplifica. Considero que la NKVD (o su heredera) fue disuelta en marzo del 54, y se creó la KGB.